







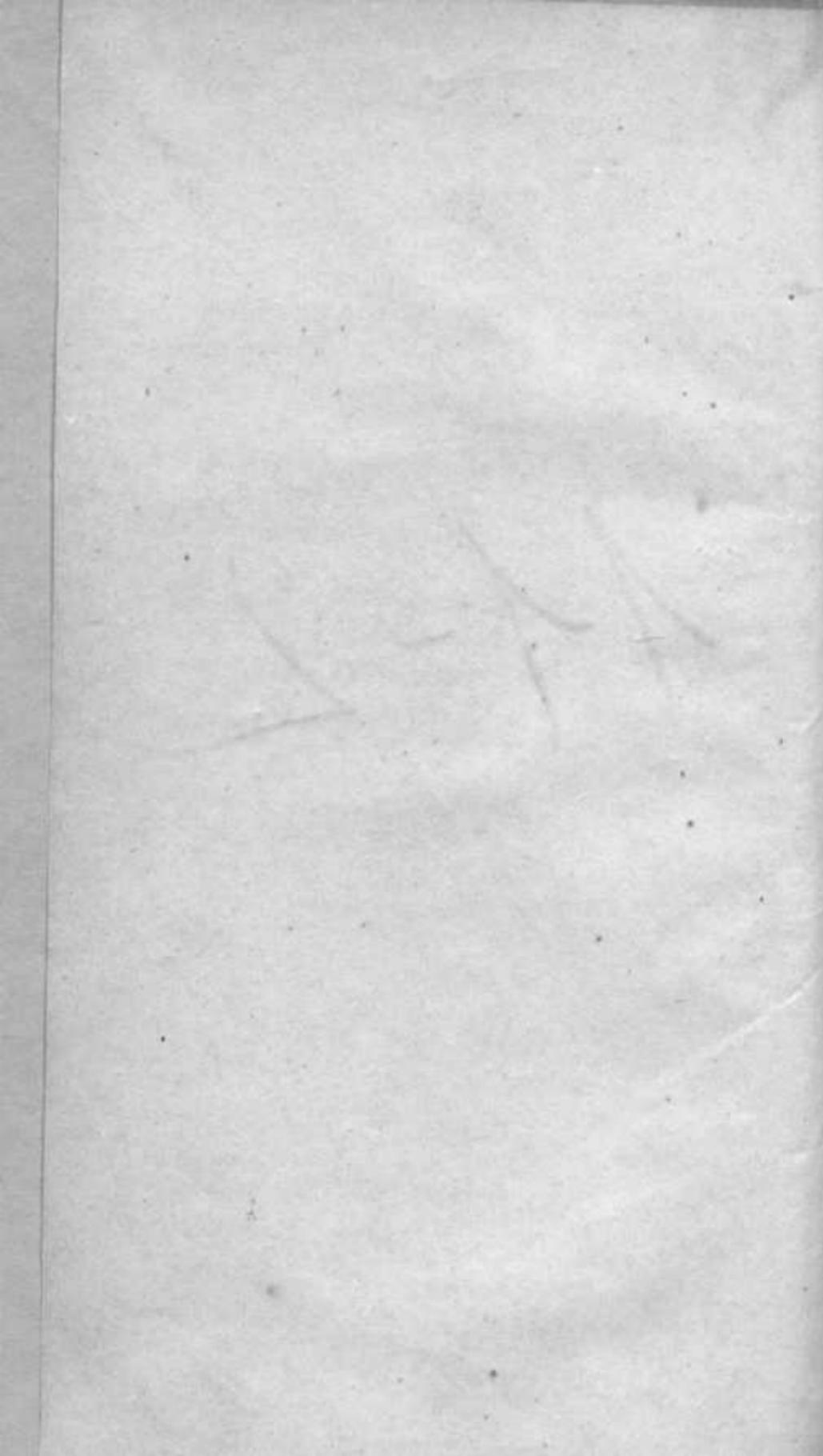
11-2

T. 1114201  
C. 72009576

1500  

---

270001



VERONA.

EL HEBREO DE VERONA.

EL HEBREO DE VERONA.



1109/19  
73

EL

# HEBREO DE VERONA.

NOVELA HISTÓRICA

que comprende la revolucion de Italia desde 1846 hasta 1849, en que se descubren los misterios de las sociedades secretas, su organizacion y su influencia en los sacudimientos y revoluciones de las naciones de Europa.

ESCRITA EN ITALIANO

R 40.204

POR EL P. ANTONIO BRESCIANI,

*traducida y continuada*

POR D. PEDRO REINES Y SOLA,



R. 16921

TOMO 1.º

MADRID.—1866.  
Imprenta de Tejado, Silva, núm. 47 y 49, bajo.

EL  
HEBRERO DE VERONA.

NOVELA HISTÓRICA

que comprende la revolución de Italia desde 1818 hasta  
1849, en que se describen los misterios de las sociedades se-  
cretas, su organización y su influencia en los sucesos  
importantes y revoluciones de las naciones de Europa.

ESCRITA EN ITALIANO

POR EL P. ANTONIO BRESCIANI.

traducida y continuada

POR D. PEDRO RUIZ I ZOLA.

TOMO II.º



MADRID.—1866.  
Imprenta de Tejedo, Silva, núm. 47 y 49, bajo.

UNA HISTORIA  
DE  
ALDEA.



**MADRID:**  
Imprenta de Tejado, calle de Silva, núm. 47 bajo.  
1865.

UNA HISTORIA

DE

ALDEA.

DE A. B. S. E. R. S.

Imprenta de Tejate, Calle de Santa Ana, núm. 43, Méjico.

1902

## UNA HISTORIA DE ALDEA.

### I.

El primer sol de la primavera brillaba esplendente en el azul del firmamento repartiendo liberalmente su luz rejuvenecida, por el valle, las colinas y los montes, y haciendo fermentar bajo sus calientes rayos la húmeda tierra. Desde su elevación parecía decir, sonriendo á la creacion entera: ¡levántate, levántate! ¡el invierno ha concluido: vuelve á vivir, y regocíjate con mi presencia!»

Pocas eran todavía las plantas que habian escuchado la llamada del astro bienhechor; pero entre estas pocas, figuraba la blanca campanilla, el precoz almendro y el frondoso avellano. En cambio todos los pájaros retozaban regocijados, y celebraban con agudos y variados acentos el retorno de la estación de los amores.

No de léjos Arnedo, á poca distancia de la aldea de C., se veian hace algunos años dos chozas solitarias y elvidadas, que se sostenian mutuamente. Habitaba la primera una pobre viuda con una hija, cuyo único patrimonio eran una vaca y un huerto redu-

cido. Vivía en la segunda otra viuda con un padre viejo y dos hijos, de los cuales uno era ya mozo. Aunque ménos pobres que sus vecinos, pues poseían una vaca y un buey y algun pedazo más de terreno, vivían con ellos en union tan estrecha, que entre todos componían una sola familia, amándose con un cariño recíproco y ayudándose en todas sus necesidades. Juan y su buey iban de tanto en tanto á trabajar en el huerto de la pobre viuda, y Catalina, la hija de esta, llevaba el buey á pastar y ayudaba á sus vecinos en la época de las cosechas. Nunca se les ocurrió á estas buenas gentes llevar cuenta de quién había hecho más ó ménos por los otros al cabo del año.

Ignorantes de cuanto pasaba en las ciudades, vivían felices con el pedazo de pan de maíz que Dios les había distribuido. Tenía su mundo límites muy estrechos: por un lado la aldea y su humilde y querida iglesia; por otro el valle, circundado de altísimas y pintorescas montañas.

Todo respiraba paz y alegría en aquel recinto: sus sencillos habitantes no tenían tiempo siquiera para pensar si había en el mundo otros seres más favorecidos por los dones de la riqueza y de la felicidad.

El amor había venido también á vivificar con su vara mágica aquella soledad. Juan y Catalina se querían, sin que ellos mismos lo supieran: su amor era tímido y casto, como el de dos corazones vírge-

nes. Una sonrisa de Catalina, una mirada, hacian estremecer de gozo el corazon de su compañero. Este, en su ignorancia, no sabia á qué atribuir muchas veces el súbito rubor que coloraba las mejillas de Catalina. Y sin embargo, este rubor le colmaba de alegría. Cuando iban juntos á sus faenas, apenas hablaban, y no obstante, este silencio tenia para ellos un encanto y una delicia inexplicables.

¡Pobres muchachos! Cuán lejos estaban de acordarse que allá, detrás de aquellas montañas, hay un hormiguero humano que todo lo llama hácia sí. Como nada le piden se figuran que tampoco él les pedirá nada, y continúan gozando en una engañosa confianza su hermosa y dulce soledad. Pero llega un dia el impuesto de sangre á llamar á la puerta de la cabaña de Juan; ¡de Juan, que es el único que tiene fuerzas para fecundar con su sudor aquel pedazo de tierra! Pero no hay remedio, Juan entra en cántaro y será soldado si su mano temblorosa saca un número. Tendrá que dar un adios, quizá eterno, á su madre, á su amada, á sus queridos campos, é ir á soportar las torturas que la rudeza de la vida militar impone á los caracteres cándidos y apacibles.

El dia fatal llegó por fin: era en el mes de Marzo del año 185...

Juan habia partido por la mañana en union con una decena de mozos de la aldea, para el pueblo, cabeza de partido donde debia celebrarse el sorteo.

Las dos madres y el chico rezaban devotamente postradas ante una imágen de la Virgen. Andaba el abuelo silencioso de aquí para allí como un hombre ébrio: de cuando en cuando se asomaba al umbral de la puerta, se apoyaba con una mano en el tronco de la parra y permanecía en esta actitud algunos minutos con la cabeza inclinada hácia el suelo, como si contemplara una fosa.

De pié en el establo delante de su vaca, fijaba Catalina en el animal una mirada triste y vaga, y le acariciaba dulcemente el hocico, como si hubiera intentado consolarla de una próxima desgracia.

Un lúgubre silencio, sólo interrumpido á intervalos por el solemne y triste mugido del buey, reinaba en las dos cabañas.

En esto Catalina vino sin desplegar los labios á colocarse al lado del abuelo, fijando en el rostro del anciano una mirada ansiosa y triste.

Este al verla, salió de su penoso ensimismamiento, tomó su palo y dijo á la muchacha:

—Chica, no te descorazonas, que Dios nos amparará. Ya deben estar de vuelta los mozos. Vamos á su encuentro.

Siguió Catalina al viejo por una senda que pasaba por delante de las cabañas y que guiaba directamente á la aldea. Aunque agitada por una impaciencia febril, caminaba, sin embargo, despacio y con paso desigual. Al observar una vez el abuelo



que la aldeana se quedaba atrás, con la cabeza inclinada y el rostro descolorido, no pudo menos de volverse á ella, diciéndola con dulce piedad:

—¡Pobre Catujal! ¡pues no quieres poco al chico! No es tu hermano, ni tiene nada contigo, y á pesar de eso estás más perdida que todos nosotros. ¡Vamos, ten más chichas!... Aún no sabemos lo que Dios habrá dispuesto.

—¡Ay, tio Bastian! Tengo mucho miedo,—murmuró la doncella suspirando y queriendo atravesar con su mirada la espesura del bosque.

—¡Miedo, tontaza! ¿y por qué?

—Sí, sí, no lo dude V., abuelo... Somos desgraciados.... ¡Ha sacado número bajo!

—¿De dónde sacas eso, muchacha? dijo el viejo alarmado á pesar suyo. ¡Tú quieres que yo pierda la cabeza!

Catalina extendió la mano con dirección al bosque, diciendo:

—¿No oye V., no oye V?

—No por cierto..... verdad es que estoy algo temiente. Serán quizá los mozos que vuelvan.... Mejor; así saldremos de dudas.

¡Ay Virgen santa! repuso Catalina. ¡Oigo una voz tan triste, tan triste!

Contempló el viejo aldeano con inquieto asombro á Catalina, que parecía prestar oído á sonos lejanos; él también trató de aguzar el suyo para ver si podía averiguar lo que causaba aquella turbación. Después

de un rato de concentracion, su rostro se serenó.

—Vaya, vaya, ya sé lo que es! exclamó. Son diabluras del viento que pasa por el bosque. Conozco la música...

—No, no,—insistió Catalina. ¿No oye V. más allá del bosque una voz que se queja?

—¡Tomal ya lo creo que la oigo... ¿No sabes lo que es? Es el perro del tío Nicolás que huele una muerte! Su mujer tiene ya la Uncion y habrá muerto esta noche... ¡Que Dios la haya perdonado!

El estado de exaltacion en que se hallaba Catalina, le habia hecho tomar aquel fúnebre ahullido, por un anuncio seguro de desdicha. Cuando conoció su verdadera procedencia se tranquilizó algun tanto, y sin cesar de enjugarse las lágrimas que corrian por sus mejillas, siguió la vacilante marcha del abuelo.

—¡Chical le dijo este. Si tú estás tan inconsolable, ¿qué hará su pobre madre? ¿Qué haré yo, que le quiero como á las niñas de mis ojos? Ahora que nos ayudaba en nuestra vejez, que era nuestro consuelo y nuestra alegría, vernos expuestos á perderle... Y el caso es que pocos de su edad se escapan!... Si Dios no ha enviado algun ángel para guiarle la mano .. tendrá que ser soldado y abandonarnos en nuestra miseria...

Estas palabras, sin contener las lágrimas de Catalina, despertaron sin embargo su natural energía, y contestó en tono de reproche:

—Diga V., tío Bastian, ¿y no sirvo yo para nada en el mundo?..... Pues, aunque mujer, tengo tambien un par de brazos que no se asustan del trabajo. ¡No tengan Vds. cuidado! Yo llevaré el buey á la tierra y haré sola las faenas mas penosas... Si Dios y la Virgen me ayudan... el pan no les ha de faltar á Vds. ¡Pero él!... el infeliz!... ¡No oír otra cosa mas que juramentos y blasfemias!... ¡Sufrir golpes y hambre!... ¡Quién sabe si se consumirá de peza como el pobre Perico el de la viuda, que en ménos de cuatro meses ha dejado la piel en los cuarteles!

—¿Quieres callarte, ave de mal agüero?—dijo el viejo con voz alterada.—Yo he oido decir al señor Cura que la vida militar no es tan mala, porque acostumbra á los mozos á la obediencia... Luego no todos los que van á servir al Rey se quedan por allá... y ademas, ¿sabemos todavía si Juan ha sacado un mal número?

—¡Ay abuelo! ¡Son tan pocos los mozos de la primera edad que se escapan!

—¡Eso es verdad! pero se escapan algunos, y ¿por qué no ha de tener esa suerte nuestro chico? Pero más vale contar con lo peor... Pronto saldremos de dudas.

Catalina guardó silencio y siguió marchando en pos del abuelo, siempre con direccion al sitio por donde debian volver los mozos.

En el camino se veian de trecho en trecho corrillos de campesinos, que esperaban impacientes

el resultado del sorteo. Entre ellos era muy fácil reconocer á los que tenían interes directo en aquel solemne acontecimiento: ya era una madre que se enjugaba los ojos con su delantal, ó un padre que se esforzaba por disimular la angustia que á pesar suyo se traslucia en su rostro y en la inquietud de sus movimientos, ó alguna jóven que, descolorida y con los ojos inclinados, hacia esfuerzos inútiles por no dejar ver la causa de su secreta inquietud.

Los que habian acudido á aquellos lugares por pura curiosidad, hablaban y se chanceaban en alta voz. Un carretero viejo que habia servido en sus juventudes, hacia de la vida militar una brillante apología, secundado por el hijo del molinero, licenciado tambien y héroe de taberna, expulsado de las filas del ejército á los once meses por sus vicios y enfermedades. No lo hacia á mal hacer el carretero: él creia sencillamente consolar á sus amigos atribulados, recargando su cuadro de brillantes y engañosos colores; y así no cesaba de repetir:

— Todos los días, buen rancho... mucho dinero... trago largo... y guapas chicas. Hoy baile, mañana pelea, otro dia siqueo... ¡Aquello es vivir! Cuando no se atrapa una bala, no hay vida como la del soldado.

Estas palabras no hacian en los oyentes el efecto que el orador esperaba, porque las madres redoblaban sus sollozos, y las muchachas se alejaban descontentas.

Catalina no pudo contenerse; habia en aquellas

chanzonetas una frase que le llegó al corazón. Colocándose, pues, en dos saltos frente al carretero, le dijo enseñándole el puñc:

— ¡Cállese V., viejo chochol! ¿Será preciso que todos los mozos se vuelvan borrachos como V., y malos sujetos, como otros haraganes que yo conozco, que no han aprendido en el servicio más que á ser viciosos y á matar á disgustos á sus padres?

El hijo del molinero, que se creyó, no sin razón, aludido, se puso enceudido de cólera y rompió en groseras injurias contra la muchacha; pero por fortuna para la pobre Catalina, ya pesarosa de haberse dejado arrastrar de aquel primer movimiento de cólera, la atención general se volvió hácia otra parte al oír gritar á algunos de los concurrentes:

— ¡Ahí están! ¡ya llegan!

Así era la verdad. Los mozos acababan de aparecer en lo alto de la ladera y se acercaban con paso acelerado, cantando y arrojando gritos que repetían los ecos de las montañas. Tiraban algunos sus gorras en señal de triunfo; pero aún no se podía conocer cuales eran los que venían tristes.

Los parientes y amigos echaron á correr para salirles al encuentro; pero el abuelo no podía caminar con presteza, por más que Catalina le tirase impaciente del brazo. No era de esperar que la chica pudiera resistir por mucho tiempo el prurito que sentía en las piernas, y así es, que al ver á algunas madres y mozas de la aldea abrazar á los recién llegados con demostraciones de júbilo, no pudo contenerse, y

—soltando la mano del viejo echó á correr desatentada. No duró mucho tiempo su carrera, pues á la mitad del camino se paró bruscamente; luego se apartó con paso incierto hácia uno de los lados del camino, y apoyando sus manos y cabeza en el tronco de un árbol, rompió en sollozos.

El abuelo jadeando la alcanzó.

—¿Por qué te detienes, Catuja? ¿por qué lloras? la preguntó con inquietud. ¿Acaso no viene el chico?

—¡Calle V., por Dios, tío Bastian! exclamó la desconsolada doncella saliendo de su dolorosa actitud. Mírele V.: allí viene, detras de todos, con la cabeza baja. Se conoce que el pobre viene medio muerto.

—¡Quién sabe! puede haberle desconcertado la alegría.

—¡Ay, abuelo, cómo se conoce que no tiene usted buena vista!

En esto, Juan, que habia divisado al anciano plantado en medio del camino, se acercó á él sin decir palabra. El abuelo no tuvo valor para interrogarle; pero en la elocuente mirada que dirigió al muchacho, conoció éste que valia mucho más no prolongar su incertidumbre, y murmuró con voz sorda:

—Abuelo, me ha caído la suerte.

Luego, al divisar á Catalina, arrojó un suspiro y se echó á llorar.

Demasiado conmovido el viejo para poder pronunciar una palabra ni formular una idea, se quedó inmóvil, con los ojos clavados en el suelo, de los

que se desprendieron algunas lágrimas que corrieron silenciosas por sus arrugadas mejillas.

El silencio duró algunos instantes, hasta que el mancebo exclamó con acento desconsolado:

— ¡Y mi madre! ¡mi pobre madre!

A esta desgarradora exclamación, una mutación súbita se operó en el ánimo de la valerosa doncella. En tanto que pudo abrigar alguna esperanza, la debilidad de su sexo prevaleció; pero en el momento que adquirió la certidumbre de su desgracia, sintió dentro de sí misma un generoso impulso que la deprivó toda la energía propia de su carácter.

— ¡Juan! ¡Dios lo ha querido así! dijo enjugándose los ojos. No hay más remedio que conformarse con su divina voluntad. Aún estarás un año entre nosotros... ¿quién sabe? No debemos perder toda esperanza. Yo iré delante á dar la noticia á tu madre. No quiero que otro se adelante, porque entonces quizá le faltarian las fuerzas.

Y apenas hubo dicho esto, volvió la espalda y echó á correr con dirección á las cabañas, por un atajo que cruzaba los sembrados.

Los dos hombres siguieron el sendero ordinario: atravesaron la aldea, deteniéndose aquí y allí para contestar á las preguntas que les hacían y no desairar las lamentaciones de estilo de las comadres, hasta que al llegar cerca de su humilde vivienda, vieron salir á su encuentro á Catalina con las dos madres todas desechas en llanto.

El primer exámen bastó á Juan para que diri-

giese á su amada una mirada de íntima gratitud. En el semblante de su madre, aunque anublado por las lágrimas, brillaba un rasgo de consoladora esperanza. Catalina se lo habia sabido infundir para mitigar la rudeza del primer golpe.

Fortificado por esta vista, procuró reprimir su propio dolor y corrió con los brazos abiertos hácia su madre.

El encuentro fué penoso y se derramaron muchas lágrimas; pero los corazones sencillos y religiosos saben resignarse pronto, y poco á poco se restableció la calma en las dos cabañas.

## II.

¡La hora de la partida ha sonado ya! Con el palo en la mano y un saco á la espalda, se ve delante de las dos cabañas un guapo mozo, cuyos ojos, ordinariamente vivos y animados, vagan ahora lentamente en torno suyo. Su fisonomía, sin embargo, aparece tranquila, y todas las señales exteriores anuncian en él una gran serenidad de espíritu: seria preciso ponerle la mano sobre el corazón para advertir el combate interior que le atormentaba.

La madre estrecha una de sus manos y le prodiga los nombres más tiernos: tampoco llora la infeliz. Sus megillas contraídas anuncian sin embargo el esfuerzo que está haciendo para contener su do-



lor. Sonríe á su hijo para consolarle, pero con una sonrisa violenta que causa pena á los que la miran.

Ocúpase la otra viuda en calmar al rapazuelo tratando de persuadirle del pronto retorno de su hermano; pero el chico, que ha comprendido por la tristeza que abruma á toda la familia, que la cosa no debe ser así, arroja agudos chillidos.

El abuelo y Catalina, ocupados hasta entónces dentro de la cabaña en los preparativos del viaje, salen con las provisiones para el camino y se detienen delante del mancebo.

Tristemente contempla el buey desde el abierto establo esta patética escena, y rompe de cuando en cuando un mugido dulce y melancólico. Parece que el animal adivina la desgracia que pesa sobre sus amos.

Todo está ya pronto. Juan, dispuesto á marchar, estrecha convulsivamente la mano de su madre, y da un paso hácia adelante; pero ántes echa una ojeada en torno suyo para ver la humilde choza que abrigó su infancia, el bosque y los campos testigos de sus primeros juegos, la árida tierra que ha fecundado con los sudores de su juventud: despues sus ojos se detienen alternativamente en los de todos aquellos séres amados: contempla tristemente al pacífico habitador del establo, compañero de sus rudas faenas; se cubre el rostro con las manos para ocultar las lágrimas que le ciegan, y murmura con voz apenas inteligible:

—Adios,—y marcha resueltamente hácia adelante.

Todos le siguen: no ha llegado todavía el momento de la separación. A cierta distancia yendo hacia la aldea, en el sitio en que el camino se bifurca, se alza un frondoso tilo en cuyo tronco ha suspendido Catalina en una apacible tarde de Mayo una estampa de la Santísima Virgen. Allí, en aquel lugar sagrado adonde acudia diariamente la familia á prosternarse despues de las faenas campestres, es en donde debe tener lugar la separación.

Ya se vé á lo léjos el árbol con la rústica imagen. Modera el paso el jóven en tanto que su madre le dice con voz cariñosa estas palabras:

—Hijo mio, ten siempre á Dios delante de los ojos y no olvides ninguna de tus obligaciones de cristiano. Miétras hagas esto serás bueno; pero si algun dia lo olvidas, acuérdate del dolor que esto causaria á tu pobre madre si lo supiese, y te corregirás. Es verdad que vas á vivir entre soldados; pero en todas partes se puede ser buen cristiano, y nuestro señor Cura, que es tan sábio, dice muy á menudo que es más fácil ser buen cristiano en los cuarteles que en medio del bullicio de las grandes ciudades. Piensa mucho en Dios y un poco en nosotros. La confianza de que lo harás así, me hará más llevadera tu ausencia.

—Madre, pierda V. cuidado, respondió Juan suspirando. Si alguna vez me abandona el valor, Dios y el recuerdo de los que me quieren será mi único refugio.

—Ademas es preciso no jurar, ni blasfemar, ni

llevar una mala vida, ¿estamos? No dejes tampoco de darnos, siempre que puedas, noticias de tu salud. No olvides que todos los días que haya carta tuya serán para nosotros días de fiesta. Yo rezaré todas las mañanas á tu Angel de la guarda para que no te abandone.

Conmovidó el pobre muchacho por la voz dulce y penetrante de su madre, no osa levantar los ojos del suelo; de tal modo le imponen en esta hora solemne las graves palabras de aquella excelente mujer. Su única respuesta consiste en apretarla la mano de cuando en cuando, y en suspirar profundamente.

Ya se aproximan al lugar de la separacion; pero ántes de llegar, el abuelo, colocándose al lado de Juan, le dice con acento reposado:

—Muchacho, cumple tus deberes sin repugnancia y con amor. Sé obediente con tus superiores, sufre sin quejarte hasta la injusticia si es preciso. Con tus camaradas sé complaciente y servicial. Si llenas con valor todas tus obligaciones, Dios te ayudará, y serás estimado de tus jefes y de tus compañeros.

La madre, Catalina y Pablito, estaban ya prosternados delante de la Virgen del Tilo. No tuvo tiempo Juan de responder una palabra á los consejos del abuelo, pues una señal de su madre le invitó á tomar parte en la fervorosa plegaria.

Murmura el aura suavemente al agitar las hojas de los castaños: el sol primaveral dora con sus ale-

gres rayos la campiña: cantan las aves su amorosa canción matutina; pero en torno al sagrado tilo reina un silencio solemne y triste, y sólo se oye el ligero murmullo de la devota oración que eleva al cielo la atribulada familia.

Esto por fin ha concluido: todos se levantan; pero de todos los ojos se escapa un torrente de lágrimas. Abraza la madre á su hijo exhalando desgarradores gemidos, y aunque los demás miembros de la familia se hallaban ya con los brazos abiertos para darle el apretón de despedida, la infeliz no tiene valor para desprenderse del fruto de sus entrañas.

Las fuerzas la abandonan, y cae abatida sobre un banco de césped. Juan desea ya terminar aquella penosa escena: abraza precipitadamente á su abuelo, á la madre de Catalina; aparta dulcemente á su hermanito, que le ciñe las rodillas llorando á grito herido; corre otra vez á su madre, la estrecha entre sus brazos, la besa en la frente, y exclama con voz sofocada:

— ¡Adios!

Y sin atreverse á volver la cabeza, echa á andar con tal rapidez hácia la aldea, hasta que al llegar á uno de los recodos del camino, desaparece á los ojos de su desconsolada familia.

Catalina le sigue, llevando en la mano un pan y un pedazo de queso.

Ambos caminan algun tiempo sin hablarse y hasta sin mirarse; pero sus corazones laten con violencia y están encendidas sus mejillas. Hora solemne

en la cual aquellas dos almas presienten la necesidad de desahogarse del secreto que las llena y las abruma.

Juan busca tímidamente la mano de Catalina y la coje; pero la suelta al momento avergonzado de su propia audacia. Su secreto, sin embargo, se escapa á pesar suyo de sus lábios, encerrado todo entero en esta lacónica pregunta:

—Catalina, ¿me olvidarás?

La muchacha rompió á llorar por toda respuesta.

—¿Esperarás,—dijo el mancebo,—á que vuelva del servicio? ¿Podré al ménos llevar conmigo este consuelo para no morir de pena?

Una mirada elocuente de Catalina inundó el corazón de Juan de alegría y de felicidad. El rostro de su amada resplandecía delante de él con todo el brillo del poder y de la esperanza. Juan se llevó la mano al corazón como para contener sus violentos latidos; luego una indescriptible sonrisa iluminó su rostro; sus ojos brillaron con ardor varonil, y alzó la cabeza con resolución. Una sola mirada de Catalina, le ha dotado con la fuerza y el valor de un gigante.

En este momento una voz conocida cantó á sus espaldas con acento burlon la siguiente tonada:

Piensan los enamorados,  
Piensan y no piensan bien;  
Piensan que nadie los mira,  
Y todo el mundo los vé.

Y al mismo tiempo una mano pesada cae amistosamente sobre la espalda del endiosado mozo. Es la de Andrés, su compañero de infortunio, que se dirige también hacia la aldea.

Catalina, sobrecogida de vergüenza, vuelve la cabeza para ocultar su confusión, y Juan procura responder en tono de broma á las chanzonetas de su amigo. Este, una vez satisfecho aquel primer impulso de humor chancero, adelanta el paso discretamente para dejar que los dos aldeanos acabasen su tierna despedida.

Catalina aprovechó aquel momento, y dijo á Juan con rapidez:

—Juan, yo cuidaré á tu madre y á tu abuelo. Cuando sea preciso iré á arar vuestras tierra y cuidaré de que no falte nada al buey. Tengo salud y robustez, gracias á Dios, y espero que á tu vuelta lo encontrarás todo conforme lo has dejado.

—¿Y á tí? preguntó Juan lanzando á su amada una mirada profunda.

—Esperándote siempre.... No iré al baile á la aldea los domingos mientras estés ausente; porque sin tí no podré hallar gusto en nada. Pere.... es preciso que tú no hagas lo que decia hace un año el tío Juancho el carretero.... Nada de taberna.... ni guapas chicas.... ¡Si yo supiera que hacias eso!..

—¡No tengas cuidado!.... repuso el mancebo con vivacidad; tu memoria será mi único entretenimiento.

Aquí cesó la amorosa plática, porque Andrés, que

habia acertado el paso creyendo la despedida terminada, llegó de nuevo á reunirse con ellos, y poniéndose al lado de Juan comenzó á charlar de cosas que éste ni oia ni entendia. Catalina los seguia á alguna distancia, sumida en un melancólico arrobaamiento.

Llegaron por fin á la aldea. Delante de la iglesia otros tres mozos esperaban con su palo en la mano y el saco al hombro la llegada de Andrés y de Juan.

Todos abrazaron á sus amigos y parientes. Catalina sola no abraza á nadie, pero en la mirada furtiva que cambia con su compañero de infancia al darle el pan y el queso se encerraba todo un poema de amor.

Partieron los quintos y Catalina se alejó tambien de la aldea sin llorar; pero cuando llegó á las solitarias cabañas llevaba el delantal delante de los ojos.

### III.

En una apacible tarde de otoño dejaba Catalina la aldea para volver á su cabaña. Su marcha era ligera como la de una mariposa; embellecia su rostro una sonrisa de satisfaccion, y de su boca se escapaban palabras incomprensibles, expresion del alegre diálogo que habia entablado consigo misma.

Llevaba en una mano dos pliegos de papel, y en

la otra una pluma y una tazita de barro con tinta: todos estos avios se los había dado el Sacristan.

En el camino encontró nuestra heroína á Juana, la hija del carretero, que venia cantando y con un cesto de coles en la cabeza.

—Adios, Catuja,—la dijo esta,—¿dónde vas con ese avio? Que prisa llevas. ¿Tienes noticias de Juan?

—Hace tiempo que no sabemos de él, respondió Catalina sonrojándose. Desde que se marchó sólo hemos tenido tres veces noticias suyas. Estaba bueno. Hace seis meses que el tio Juan el tuerto, dejó para nosotros en el meson un encargo suyo. Desde entónces no hemos vuelto á saber nada.

—¿Sabe escribir?

—Sí sabia, porque hemos ido juntos á la escuela; pero lo habia olvidado como yo.

—¿Y qué vas á hacer con ese papel?

—Te diré: desde hace dos meses estoy estudiando las planas que hacia de chica en la escuela. Quiero ver si soy capaz de poner una carta. No sé cómo saldré. ¿Lo has hecho tú alguna vez?

—No; pero he oido leer muchas,—dijo Juana con aire de importancia.—Mi hermano Santiago, que vive en la ciudad, nos manda una casi todos los meses.

—Y ¿qué cosa es una carta? ¿qué hay dentro? ¿Es una cosa así... como si se hablara con alguno?

—No, tontaza.—Es una cosa donde se ponen muchos cumplimientos... y unas palabras muy pulidas... asi como las que dice el Cura en el púlpito.

—Caramba, Juana, ¿y cómo me he de componer?



Pero si yo dijese, por ejemplo, de este modo: «Juan, estamos muy tristes porque no sabemos de tí: es preciso que al momento nos digas cómo estás, porque si no tu madre va á enfermar;» ¿crees tú que él no nos entendería?

—¡Calle, simple! ¡eso no es una carta! Para decir eso, no se necesita saber escribir... Espera un poco... una carta debe comenzar así... «Mis venerados padres: estimaré que estas cortas letras les hallen á Vds. con la más perfecta salud que yo para... para mi...» No puedo acordarme...

—«Daseo...» repuso Catalina.

—Justo. Tú lo sabes mejor que yo... Háse visto, la burlona...

—¡Pues es claro, eso se cae de su peso!... No eres poco simple. Pero yo no sé á qué vienen esos cumplimientos entre parientes... tu hermano no sabe escribir bien.

—¡Oh! si tal... sino que... te diré... como Santiago vive en la ciudad, necesita siempre dinero... y sin duda para enternecer á padre, que no es muy blando de corazón... pone tantos cumplimientos... Y ¿la vaca, sigue bien?

—Así así... La pobre ha estado un poco mal; pero ogaño va recobrando las ganas de comer. Ya sabrás que hemos vendido el becerro á Perico el Chalan... ¿no te acuerdas? Uno con pintas... Mucho me ha costado el separarme de él.

—Adios Catalina,—dijo la hermana de Santiago,

prosiguiendo su camino...—Si aciertas á escribir, da memorias á Juan.

—Hasta el domingo , despues de Misa mayor... te diré cómo ha ido la cosa.

Al alejarse Juana , entonó con voz fresca esta cancion:

El amor del militar,  
Es como el plato de arena,  
En poniéndolo en la calle  
Viene el viento y se lo lleva.

Catalina se detuvo inmóvil y pensativa , hasta que la alegre voz de su compañera se perdió entre los árboles. Luego se lanzó á todo correr como para desechar toda idea importuna.

Aguardaban su vuelta con impaciencia las dos viudas, sentadas cerca del hogar de una de las dos cabañas. El abuelo, á quien un ataque de asma tenia clavado en el lecho, esperaba tambien, deseando por lo ménos ser testigo y ayudar con su experiencia la grande obra que se trataba de llevar á cabo.

Así que la muchacha apareció en el umbral de la puerta, las dos mujeres retiraron apresuradamente todos los objetos que habia esparcidos sobre la mesa, limpiando esta enseguida con las puntas de sus delantales.

—Ven aquí, Catuja,—dijo la madre de Juan:—siéntate en la silla del abuelo, que es la más alta.

Obedeció la doncella sin decir palabra, extendió

el papel y se metió la punta de la pluma entre los labios, quedando en actitud meditabunda.

Contemplábala en tanto las mujeres y el abuelo con infantil curiosidad. Pablito, con los dos codos sobre la mesa y la boca abierta, examinaba ávida-mente á Catalina, curioso de saber lo que iba á hacer con la pluma.

Pero ésta, sin decir palabra, no hacia más que dar vueltas al papel. En una de estas metió la pluma en la tinta, y se colocó en postura; pero despues de un instante de meditacion, levantó la cabeza y preguntó:

—Vamos. ¿Qué es lo que voy á decirle?

Las dos viudas se miraron una á otra, y como de comun acuerdo volvieron los ojos hácia el abuelo.

—Dile,—exclamó esta,—que esta nos todos buenos... y... (aquí comenzó á toser) Las cartas comienzan siempre así.

—Todos buenos! todos buenos!—exclamó Catalina con aire descontento.—¿Y los quince dias que lleva Vd. de cama, abuelo?

—Lo podrás poner al fin.

—No, hija mia. ¿Sabes lo que es preciso hacer?—dijo la madre de Juan.—Comienza por preguntarle si está bien de salud, y luego poquito á poquito iremos poniendo otras cosas.

—Si no,—repuso la otra viuda,—dile que tomas la pluma en la mano para informarte del estado de su salud. Así empezaba la carta de Sebastian, que vi leer el otro dia en el molino.

—No me gusta eso,—replicó Catalina.—Ya se imaginará Juan que no he de tomar la pluma con el pié.

—Lo primero que debes hacer es escribir su nombre,—dijo el abuelo.

—¿Qué nombre? ¿Fernandez?

—No, Juan.

—Tiene Vd. razon, abuelo.—Vamos, Pablito, sépárate un poco, y Vd., madre, póngase más lejos. Manos á la obra.

De repente se levantó la madre de Juan y exclamó cogiéndola la mano.

—E-pera un poco. ¿No te parece que Juan á secas no está bien? El pobre se resentirá. ¿No sería mejor empezar así: «Querido hijo?»

Catalina, que habia puesto ya la pluma sobre el papel, hizo como que no oia, y so pretexto de un botron que le habia caido, exclamó medio incomodada:

—Ya no sirva este papel: tendré que tomar otro p'igo.

—Pero dime,—insistió la madre,—¿no es verdad que debes empezar así: «Querido hijo?»

—No por cierto. ¿Le parece á Vd. que puedo yo escribir á Juan como si fuera su madre?

—Pero entónces, ¿cómo vas á empezar?

Catalina dijo poniéndose como una cereza:

—Vamos á ver: *Querido amigo....* ¿Eh? No le gusta á V.?

—No; dijo la madre resueltamente. Más vale que escribas Juan á secas.

—¿*Querido Juan*? preguntó la muchacha.

—Eso, eso, exclamaron todos satisfechos de que se hubiese resuelto esta primera dificultad.

—Pues dejadme libre la mesa y sujetarme á Pablo, que se me está echando encima.

La aldeana comenzó con resolucion la árdua tarea. Al poco tiempo su frente comenzó á bañarse en sudor y sus mejillas se encendieron. Por fin, exclamó regocijada alzando la cabeza.

—¿*Querido Juan!* ya está. Esta pícara Q es la letra más difícil del alfabeto.

Abalanzáronse las dos viudas y examinaron con admiracion los tamaños garabatos que habia endiligado Catalina.

—¡Parece brujería! exclamó una de ellas. ¿Conque eso quiere decir *Querido Juan*? ¡Qué buena cosa es saber escribir!

—Vaya, pues, déjenme ustedes:—dijo Catalina resueltamente. Creo que saldré con la mia. ¡Si la pluma estuviera mejor cortada!

Dicho esto, volvió á su faena, sudando y respirando ruidosamente. Mirábala el abuelo y tosía: las dos viudas no osaban moverse. El chico metía los dedos en el tintero, y llenaba su brazo desnudo de manchas negras.

Cuando, pasado algun tiempo, quedó terminado el primer renglon, Catalina se detuvo como para tomar aliento.

—¿En qué vas? preguntó la madre de Juan. Es preciso que nos leas todo lo que has escrito.

—¿Le parece á V. que es lo mismo escribir, que arrancar patatas? Hasta ahora no he puesto más que *Querido Juan*, y no es poco. Estoy sudando á mares. Prefiero limpiar diez veces el establo. ¡Diablejo, mira que vas á derramar la tinta!

—Sigue, sigue muchacha, dijo el viejo, porque si no tendremos carta hasta la semana que viene.

—Pero á ver, ya es tiempo de que Vds. me digan lo que debo poner.

—Primero, preguntale si está bueno.

—Catalina prosiguió de nuevo, no sin borrar de tanto en tanto con el dedo las letras que le salían mal. Vino despues un pelo tenaz á enredarse en la pluma. Murmuró del pobre sacristan, porque la tinta era muy espeza, y al cabo de un cuarto de hora, leyó en alta voz:

—*Querido Juan, ¿estás bueno?*

—Bien va así,—dijo la madre.—Ahora escribe que nosotros seguimos todos con salud, gracias á Dios, lo mismo que las bestias, y que le saludamos.

Catalina se paró algunos minutos á pensar, y luego continuó escribiendo. La práctica le iba soltando la mano. Cuando hubo concluido, leyó lo siguiente:

—«A Dios gracias, nosotros tenemos salud, y la vaca y el buey tambien, excepto el abuelo que está con su asma; y todos te saludamos.»

—¡Eso es! ¡eso es! Así va bien, Catuja,—exclamó la madre:—¿dónde has aprendido eso?

—No me hablen ustedes,—repuso ésta que iba cobrando confianza en sí misma.

Durante más de una hora, reinó en la cabaña el silencio más profundo. Sólo le interrumpían de cuando en cuando los pasos de las dos viudas, que salían y entraban en la cabaña haciendo y deshaciendo la misma cosa, como medio de distraerse y de calmar su impaciencia. De cuando en cuando se acercaban de puntillas á admirar la obra de Catalina. Esta parecía satisfecha de sí misma, y de cuando en cuando se sonreía. Lo único que la contrariaba era ver á Pablito con los cinco dedos llenos de tinta, embadurnándose el brazo á más y mejor. Diez veces habia colocado la taza fuera de su alcance, y otras tantas el testarudo rapaz se habia ingeniado para proseguir su juego.

A pesar de este inconveniente, Catalina llenó las dos primeras páginas del papel. Las dos viudas, impacientes por saber lo que habia detras de aquellos geroglíficos, la instaron para que leyese. Accedió la muchacha. La carta decia así:

«Querido Juan ¿estás bueno? A Dios gracias nosotros tenemos salud y la vaca y el buey tambien, excepto el abuelo que está con su asma; y todos te saludamos. Hace seis meses que no tenemos noticias tuyas: así tu madre está hablando de tí noche y dia, y yo sueño todas las noches que te sucede alguna desgracia y te oigo gritar ¡Catalina, Catalina! con una voz tan desconsolada que me despierto llena de angustia... El buey ¡pobre animal! casi da ganas

de llorarle verle estar siempre mirando fuera del establo, como si aguardára tu llegada... Juan, no puedes imaginarte lo que nos aflige el no tener noticias tuyas... Dinos qué es de tí, por compasion; si no te pobre madre enfermará, pues en cuanto oye tu nombre, se pone á llorar tan fuerte, que yo no tengo corazon para oirlo.»

Durante la lectura de estos renglones, los ojos de todos los oyentes se habian ido poco á poco llenando de lágrimas; pero al llegar á las últimas palabras, ninguno pudo dominarse y los sollozos interrumpieron á la jóven. El abuelo habia inclinado la cabeza sobre la almohada para ocultar su flaqueza; la madre de Juan, demasiado conmovida para intentar lo siquiera, se arrojó en brazos de Catalina sin decir una palabra, en tanto que esta observaba con asombro el efecto producido por su obra.

Hija, de dónde has sacado esas palabras?—exclamó su madre?— Parecen cuchillos que la atraviesan á una el corazon. No importa, así me gusta.

—No es más que la pura verdad,—dijo la madre de Juan. Bueno es que sepa lo que estoy padeciendo. Sigue, hija mia: yo no sé cómo has sabido encontrar esas palabras que llegan al corazon: nunca he oido cosa mejor. No has nacido tu para trabajar en el campo; pero Dios sabe lo que se hace.

Catalina, orgullosa con estos elogios, dijo con sonrisa de triunfo:

—Oigan Vds. lo que falta: veo que es más fácil de lo que yo creia escribir una carta.



«Juan, por la Virgen, no dejes de mandarnos alguna ración que nos consuele. Ogaño el alcacer no ha pintado bien por las he'adas, y hemos tenido poco grano en la hera; pero el maiz ha pintado que es una bendición de Dios, y tambien hemos tenido mucha patata tempranera. Y luego el hijo del herador se ha casado con la estanquera, que aunque es tuerta tiene cuartos como sabes; y sabrás como Juan Francisco, el albañil, se ha muerto, segun dicen, de una borrachera.»

—¿No más? preguntó la madre viendo que habia cesado la lectura. ¿No le dices que la vaca ha parido?

—¡Ab! sí: no tenia presente otra cosa. Aguarde usted.... así.... ya está. «Y sabrás cómo la vaca ha parido y hemos vendido el becerro.»

—¿No le dices nada de mis conejos? preguntó el abuelo.

Catalina volvió á escribir y luego leyó:

—«El abuelo ha hecho en la cuadra un apartado para los conejos: el más gordo se reserva para tu vuelta. Entónces sí que habrá en casa carnaval.»

Toda la familia se sourió inocentemente al llegar á este pasage. Al ver la alegría general, quiso tambien el chicuelo echar su cuarto á espaldas, y empezó á gritar y á palmotear. Por desgracia el tintero estaba cerca, y al querer hacer un ademan más expresivo, tropezó con él y lo volcó sobre la carta.

Todos se quedaron mudos y consternados á tan repentino contratiempo, y el chico, temiendo que le

pegasen, chillaba anticipadamente como un desconsido.

Durante algun tiempo fué el objeto de la indignacion general, y si el abuelo no hubiera estado en cama, de seguro no se habria escapado sin un torniscon. Se deploró amargamente el fatal desastre, pero al fin todo concluyó con la acostumbrada exclamacion:

—¡Qué desgracial ¡qué lástimal ¡Y ahora qué hacemos?

—Toma!—dijo Catalina con resolucion,—escribir otra carta. Asi como asi, ya tenia intencion de hacerlo. Las letras me han salido muy gordas y los rengiones muy torcidos. Ahora que ya me he ensayado, saldrá mejor. Voy corriendo al lugar para tomar papel y tinta y para que el sacristan me vuelva á cortar la pluma.

—Sí, sí, corre,—exclamó la madre de Juan. Aquí tienes la moneda que nos dieron por el becerro, porque tambien habrá que mandar algo á nuestro pobre Juan.—Vamos, Pablo, véte de aqui, bribon, y cuidado que estós en casa ántes de oscurecer.

Catalina salió corriendo para la aldea. Iba satisfecha por su inesperado triunfo y por la persuasion de que en lo sucesivo podria escribir á Juan cuanto se le viniese á la cabeza.

Al llegar á las primeras casas del pueblo, vió venir hácia ella al peaton, que traia una vez por semana las cartas de la vecina estafeta. Catalina se detuvo al verle, y su corazon latió con violencia.

En la actitud de aquel hombre conoció que tenía algo que comunicarla.

Así era, en efecto; pues apenas se aproximó á Catalina, sacó una carta de su paquete y se la presentó, diciendo:

—Carta de Valladolid; pero te advierto que cuesta nueve cuartos.

—¡Nueve cuartos!—Balbuceó Catalina turbada, tomando la carta y examinando el sobre.

—Sí, sí, respondió el peaton. Ahí lo reza el sobre; conque despacha si los tienes.

—Deme V. la vuelta,—dijo Catalina, entregándole la moneda que llevaba en la mano.

El hombre lo hizo así y se alejó, saludando amistosamente á la muchacha.

Esta dió la vuelta y echó á correr hácia la cabaña, llena de alegría y de inquietud al mismo tiempo. No pudiendo dominar su impaciencia, se paró á mitad del camino, abrió la carta con mano temblorosa, y notó con sorpresa que al romper el sobre cayó otro papel en el suelo. Apresuróse á recogerle: era otra carta con dos ó tres palabras en la cubierta: Catalina la examinó, y leyó esta mágica frase:—*Para Catalina sola.* ¡Para Catalina! ¡El alma de Juan se hallaba encerrada en aquel papel! ¡Iba á ver un secreto entre ella y Juan!

—Turbada y temblorosa, quedó por un instante inmóvil y con la vista fija en el suelo: mil pensamientos contradictorios la agitaron. En este momento un mugido del buey vino á sacarla de su éxi-

tasis, recordándola que no era ella la única á quien interesaba tener noticias del ausente. Ocultó toda avergonzada en el seno la segunda carta, y emprendiendo otra vez la carrera, llegó á la cabaña casi sin aliento, gritando al entrar con voz sofocada:

—¡Carta de Juan! ¡Carta de Juan!

A tan inesperada noticia, las dos viudas fuera de sí corrieron hácia ella con las manos extendidas, y el abuelo se alzó del lecho como movido por un resorte.

Catalina refirió rápidamente el encuentro que habia tenido con el cartero, y cómo éste la habia pedido nueve cuartos; pero las mujeres, interrumpiéndola á cada momento, no cesaban de gritar:

—Léela, Catalina, léela pronto,

Esta se sentó enfrente de la mesa y comenzó á leer en alta voz. La empresa, sin embargo, no era fácil, tardó más de un cuarto de hora en descifrarla. Hé aquí su contenido:

«Mis venerados y queridos padres: Me alegraré que estas letras hallen á Vds. con salud. Yo estoy bueno para lo que Vds. gusten mandarme, sino que me encuentro en el hospital con un mal de ojos muy grande, y esta la escribe el cabo Barea, que es de la tierra. Y sabrán Vds. cómo he cogido este mal de estar más de dos meses sin salir fuera del cuartel, porque el pueblo se queria pronunciar, y algunos camaradas se han quedado ciegos de lo

— mismo, y así es que estoy muy afligido y tengo mucho miedo.»

Catalina no pudo continuar, é inclinando su cabeza sobre la fatal misiva, rompió en amargos sollozos: las dos mujeres y el abuelo hicieron lo mismo.

— ¡Pobre hijo mío! ¿quién me lo había de decir? exclamó la madre de Juan alzando las manos al cielo y moviéndose como una insensata. ¡Ciego, Dios mío, ciego!

— Por el amor de Dios! exclamó Catalina levantando la cabeza. No haga V. las cosas peores de lo que son. ¡Harta es nuestra desgracia sin que V. la haga mayor! Sigamos leyendo: ¿quién sabe si encontraremos algo que nos tranquilice? «Díganle ustedes á madre que no se apure, pues á Dios gracias sigo bien; sino que, como veo cada vez ménos, me tienen á media ración y paso muchas hambres, y no me vendrían mal algunos dineros. Y sabrán ustedes que los paisanos quieren pronunciarse, porque dicen que no les dan libertad, y no lo creo porque entónces no tendrían los ojos tan sanos; y hé oído decir al teniente Herreros, que es muy sátrapa, que estos pronunciamientos es porque todos quieren comer del presupuesto; y aunque esta comida no se usa por nuestra tierra, debe de ser de mucho alimento, y aquí estamos con mucha necesidad. Hemos pedido al físico que nos aumentara la ración, pero han de saber Vd. cómo este se nos ha reído en las barbas. Y con todo esto yo estoy muy triste, y mis camaradas me dicen que tengo mor-

riña, y no piensan mal; porque siempre que me acuerdo de Vd., del buey y de nuestra casa, el corazón se me aprieta de un modo que quisiera llorar y no puedo. A Bautista, el hijo del hortelano, le han hecho cabo; y en el cuartel los ratones me han hecho un agujero en la mochila; y como me han dado otra nueva, he tenido que poner treinta y un reales y tres cuartos de la masita; y me parece que esto deberían pagarlo los ratones y no yo, y fuera de esto no tengo deudas.

«Todos los jefes me quieren bien; y el sargento primero, que es montañés, me protege mucho; y sin más por ahora, les desea á todos salud su respetuoso hijo,

JUAN.»

Acabada la lectura, Catalina se llevó la punta del delantal á los ojos, el abuelo se metió la cabeza entre las sábanas, y las dos madres se deshicieron en lágrimas.

Este doloroso silencio, sólo interrumpido por suspiros y sollozos, duró algun tiempo, hasta que Catalina se levantó, descolgó una luz de la pared, y se dirigió á la puerta diciendo á los que se quedaban:

—Con la pena olvidaba que hay que dar su ración al buey. Tengan Vds. ánimo, y piensen entretanto lo que se debe hacer.

Ninguno respondió. Catalina se alejó de la casa; pero apenas llegó á ocultarse entre unos árboles que bordaban el huerto, se sentó en el suelo y sacó

temblorosa del seno la carta de Juan. Después de haberla abierto, comenzó á descifrarla en alta voz, y hé aquí lo que leyó, no sin limpiarse de cuando en cuando los ojos, oscurecidos por el llanto:

«El cabo Barea ha escrito también esta carta; pero yo le he dicho palabra por palabra lo que había de poner.

»Catalina, no me he atrevido á escribirselo á madre, porque no le diese un mal al oírlo; pero á tí te digo que soy ciego, ciego para toda la vida! He perdido los dos ojos! Mi pena no sería tan grande si pudiera acostumbrarme á la idea de no verte más en este mundo, ni á madre, ni al abuelo, ni á ninguno de los que me quieren. Conozco que esta desgracia me llevará al cementerio, si Dios no me dá resignación.

»Catalina, desde que estoy ciego te tengo siempre delante de los ojos, y esto es lo que más me atormenta, porque ya no debo pensar en tí, ni tú en mí: no dejes ya de ir al baile todos los domingos, ni sea causa este pobre ciego de que se malogre tu juventud; pues si yo creyera que ibas á ser desgraciada por mi causa, más pronto daría con mi cuerpo en la tierra.

»Catalina, te he escrito esto á tí sola para que vayas dando á madre poco á poco este amargo trago. Por el amor de Dios, que nadie más que tú se lo diga, porque nadie más que tú sabrá hacerlo sin matarla.

»Tu desgraciado Juan, hasta la muerte.»

Apénas la jóven acabó de leer el último renglon, cuando una palidez mortal cubrió su rostro; sus brazos cayeron á lo largo de su cuerpo, sus ojos se cerraron, y su cabeza se inclinó lánguidamente hácia atrás..... Un profundo desmayo se apoderó de ella.

La tibia brisa de las colinas murmuraba dulcemente entre las hojas de los árboles, haciendo ondular la sombra de sus verdes ramos sobre la pálida frente de la doncella; la abeja zumbaba en torno de sus oídos, la alondra entonaba su canción, perdida en el azul del cielo, allá en el bosque se oía el incesante chirrido de la cigarra; nada, sin embargo, despertaba á la jóven de su mortal desvanecimiento.

Pero el sol, que seguía magestuosamente su curso, la envió uno de sus rayos deslumbradores por entre el follage de los árboles, hiriendo vivamente sus ojos: la infortunada los abrió lentamente: la sangre comenzó á circular por sus venas: levantó la cabeza como el que se despierta de un sueño penoso, y echó una mirada de asombro en torno suyo.

La carta abierta todavía á sus piés, le recordó la terrible catástrofe. Cogió el fatal papel, lo cerró, lo guardó en su seno, inclinó la cabeza sobre el pecho, y cayó en una profunda meditacion.

Así permaneció algunos instantes: luego se levantó presurosa, cogió la hoz, y dirigiéndose á un prado inmediato medio segado y medio arrancado,



reunió muy pronto una pequeña carga de yerbas y de alfalfa: hecho esto la cogió con la misma rapidez, llegó al establo, arrojó el pasto delante de la vaca, y sin detenerse entró en la cabaña, diciendo á la asombrada familia:

—Mañana por la mañana, si madre me lo permite, me pongo en camino para ir á ver á Juan.

—Hija mia, ¿qué estás diciendo?—exclamó su madre.—¿Te has vuelto loca? ¿Sabes lo que tienes que andar? No le encontrarás en un año.

—¡Oh! Pierda Vd. cuidado,—replicó Catalina con tono resuelto;—le encontraré aunque esté á cien leguas de aquí. Yo tomaré informes en el pueblo.

La otra viuda, con las manos juntas, se lanzó hácia la jóven, gritando entre sollozos:

—¡Hija de mi alma! ¿Serás capaz de hacer eso por mi pobre Juan?

—¡Si soy capaz!—exclamó Catalina.—Si madre me deja, el mismo Rey no podría impedírmelo. Pierda Vd. cuidado: le veré, le consolaré, ó moriré en la demanda.

La madre de Juan dirigió á la otra viuda una mirada tan suplicante; el rostro de la muchacha brillaba con tan valerosa confianza, que aquella no se sintió con valor para oponerse, y dijo despues de un momento de penosa indecision:

—Hija, yo no sé si hago bien; pero no me siento con fuerzas para apartarte de una resolucion que el mismo Dios parece haberte inspirado. Sólo pongo una condicion.

—¿Y cuál es?—exclamaron todos con ansiedad.

—Que lo consultes ántes con el señor Cura. Si él te da su aprobacion, tendrás tambien la mia.

—¡Oh madre! Ya pensaba hacer lo que Vd. desea,—replicó Catalina.—Pero el señor Cura no se opondrá: estoy segura.

—Entónces,—repuso la madre, no pudiendo ya contener su llanto,—marcha, hija mia, y que el ángel de tu guarda te acompañe!

Y las tres mujeres se abrazaron sollozando, mientras batallaba en sus corazones la angustia, la incertidumbre y la esperanza.

#### IV.

Acaban de sonar las siete de la mañana; el calor empieza ya á hacerse sentir, y el sol se ostenta con todo su brillo en el azul de un cielo límpido y despejado.

Una jóven aldeana, cuyo traje revela su origen montañés, camina con los piés desnudos y los zapatos al hombro por la inmensa y árida llanura que circunda á la capital de España. Aunque fatigada por un larguísimo viaje, la jóven campesina fija los ojos con una alegría indecible en una línea blanquecina y desigual que se destaca en el horizonte. Algunos arrieros á quienes ha preguntado, le han dicho que aquello es Madrid, deseado fin de su penosísimo viaje.

¡Pobre Catalina! Diez días hace que ha abandonado su cabaña, y en todo este tiempo no ha cesado de caminar más que el necesario para restaurar con un sueño breve y una comida insuficiente y mezquina sus perdidas fuerzas. Dios y su constitución robusta la han sostenido.... Por fin ha llegado á aquel deseado pueblo, en el cual su desgraciado Juan padece y llora léjos de los suyos. Ya ha olvidado todos sus sufrimientos: su corazón salta de alegría y de impaciencia á la vez. Quisiera tener alas para volar hácia aquellas torres sobre cuyas negras pizarras brilla el sol como en un espejo.

Impulsada por el deseo, la jóven devora el camino, hasta que vió distintamente la muralla que rodea á la coronada villa. Cuando estuvo á pocos pasos de ella, se detuvo, y sentándose en un guardarueda, se puso los zapatos, se sacudió el polvo que cubria sus vestidos y se alisó un poco el cabello. Hecho esto, dirigióse resueltamente hácia la puerta, sonriendo amistosamente al guarda que, apoyado en su cala, la vió acercarse con aire indiferente.

—Señor militar, le dijo Catalina con la sonrisa más afable que le fué posible, ¿sabrá V. decirme dónde encontraré á Juan Fernandez?

—¡Juan Fernandez! murmuró el guarda examinando á la jóven con curiosidad.

—¿Qué? ¿no conoce V. ese nombre?

—Al contrario, hija mia, repuso el guarda, que

era andaluz y un poco burlon. Todo el mundo se llama Juan Fernandez. Si no traes otras señas, ya te ha caído que hacer.

—Es un soldado como V.

—Es que yo no soy soldado. Soy carabinero.

En esto algunos guardas que estaban en la caxilla inmediata y que habian presenciado de léjos este corto diálogo, se acercaron atraídos por la graciosa fisonomía de la aldeana.

—¿Qué quiere esta guapa chica? preguntó uno de los recién llegados que parecia sargento.

—Pregunta por Juan Fernandez.

Estas palabras fueron acogidas por una carcajada general.

Catalina al ver que era objeto de las burlas de aquellos desconocidos, comenzó á ponerse encendida, y á poco rato se le asomaron las lágrimas.

—Vamos, no hay que afligirse,—dijo el sargento.

—¿Qué Juan Fernandez es ese? ¿No puedes dar alguna otra señal?

—Sí por cierto, señor oficial,—replicó Catalina, —cuyo semblante recobró su ordinaria tranquilidad, animada por el tono bondadoso de su interlocutor.—Es un muchacho de mi aldea que es soldado desde hace un año.

—Con eso no adelantaremos gran cosa,—replicó el sargento.—¿No sabes en qué cuerpo sirve?

La jóven miró al sargento, dando muestras de no comprenderle.

—Quiero decir,—repuso este,—cuál es su regimiento.

—¡Ah! ya caigo,—exclamó Catalina.—En su primera carta nos dijo que estaba en el segundo de cazadores.

—Vamos á ver,—dijo el sargento á los guardas:

—¿Alguno de vosotros sabe dónde está acuartelado ese regimiento?

—Yo lo sé, mi sargento,—dijo uno del corro.

—Pues bien, saca de penas á esta buena moza.

El guarda indicó á Catalina que le siguiera. Esta lo hizo así, no sin haber ántes dado gracias con una mirada al sargento, que volvió á entrar en la casilla.

Apenas hubieron pasado la puerta, el guarda se paró, mostrando á la asombrada aldeana una calle larga y formada de casas altísimas.

—Sigue esta calle hasta el fin,—dijo el guarda;—luego encontrarás una plazuela y una calle estrecha á la derecha; á la mitad de esta calle tirarás por otra que hay en la izquierda, hasta que encuentras una iglesia: dejas esta iglesia á la izquierda, y luego vuelves á la derecha, hasta llegar enfrente de una tienda muy grande: á la derecha de esta tienda hay una callejuela que desemboca en una plaza. En esta plaza preguntas al primer granuja que encuentres por el cuartel de cazadores, y él te lo enseñará.

Por más que hizo Catalina por seguir mentalmente el hilo de este embrollado itinerario, no pu-

do comprender nada. Sin embargo, no atreviéndose á hacer más preguntas, siguió valerosamente calle adelante, confiando en la Providencia y en aquel refran que dice: *El que lengua tiene á Roma va.*

Haremos gracia á nuestros lectores de las preguntas que tuvo que hacer y de las fatigas que pasó antes de llegar á ver aquel deseado cuartel, ansiado término de su larga y fatigosa peregrinacion. Baste decir, que despues de mil vueltas y revueltas, despues de deshacer diferentes veces el camino andado, y de arrostrar el vario humor de las personas á quienes tuvo que pedir informes, llegó por fin á la plaza que le indicó el guarda, y en donde reconoció fácilmente el cuartel por los soldados que habia á la puerta, y por los redobles de tambor que sonaban en el interior.

Fuera de sí de alegría, Catalina se dirigió á la puerta para entrar; pero el centinela la intimó bruscamente que se retirase.

La jóven insistió todavía mirando al soldado con aire suplicante; pero este reiteró la consigna, aunque de un modo más amable.

—Pero militar,—porfió Catalina,—yo necesito hablar á uno que es soldado como Vd.—¿Cómo me he de componer?

—¿De qué batallon es y de qué compañía? preguntó el centinela.

—¡Ah! no lo sé, murmuró la aldeana desalentada.

—De aqui á media hora,—replicó el soldado,—

tocarán á rancho, y poco despues será el ejercicio. Verás todos los camaradas salir por esta puerta, y si tienes buenos ojos, como parece, ya conocerás al que buscas. Entre tanto puedes ir á descansar á ese café abí enfrente; y déjame en paz, que nos está esperando el ayudante.

Dicho esto, el centinela, dejando á Catalina estupefacta y con la boca abierta, dió un manotazo en la culata de su fusil, echó la cabeza hácia atrás y se puso á pasear de un lado á otro de la puerta, sin mirar siquiera á la aldeana, aunque al parecer bien contra su voluntad.

Esta quedó por un momento absorbida en una triste meditacion, tratando de comprender qué delito podia haber en enseñar su camino á una forastera. El dolor comenzó á apoderarse de su espíritu. Sin embargo, media hora despues no le pareció mucho; á la salida de los cazadores procuraria ponerse al lado de la puerta para que no se le escapase ninguno: entre ellos veria y conoceria á Juan; pero esta idea que debia consolarla la volvió á sumir en la duda y la tristeza; acababa de pensar que no era probable que un soldado ciego saliese á hacer el ejercicio. Y sin embargo, ¿quién sabe? Todo lo que veía le parecia tan extraño, tan extraordinario... En la duda le pareció que lo mejor seria seguir el consejo del centinela; así como así, sus piernas necesitaban ya algun descanso: se dirigió, pues, al café, que más parecia taberna, y entrando en él se fué á sentar á un rincon toda avergonzada.

A la entrada de la muchacha, ocho ó diez soldados, que estaban de pié disputando de cosas del servicio al lado del mostrador, se volvieron á mirarla, y sin cesar de fijarse en ella comenzaron á cuchichear y á reirse. Catalina, confusa y temblorosa al observar sus miradas atrevidas, no sabia á dónde volver los ojos.

Sin embargo, los soldados parecían todos guapos muchachos, excepto uno que era de más edad y que les hablaba con cierta especie de autoridad. Su aire duro y ultra-marcial, su largo vigote, y cierto desenfado truhanesco, que la nueva organización de las quintas ha hecho casi desaparecer de nuestro ejército, revelaban á las claras que era un soldado vendido, al cual muchos años de servicio militar le habian dado la práctica de todas las exterioridades que constituian el tipo perdido del soldado del año 20. Hay que añadir que era andaluz, ó al ménos afectaba serlo.

Ni el aire ni la actitud arrogante de este militar habrian llamado sobre él la atención de nuestra heroína, si no fuera la mirada fija é insolente que clavó en ella desde su aparición en el café. Catalina bajó los ojos ante aquella dura mirada, en tanto que el soldado se chanceaba en alta voz, al parecer á costa de la jóven campesina: esta no pudo disimular la impresion desagradable que sentia, y en su semblante se pintó la repulsion que le inspiraba aquel matamoros de cuartel.

Entre tanto la cafetera se acercó á la recién lle-



gada, preguntándola lo que quería tomar: la muchacha no contestó, y aquella, interpretando su silencio, la presentó en una súa bandeja un vaso y una botella de cerveza. Miétras esto pasaba, un soldado, que la habia estado observando desde su llegada, y cuya mirada era benévola y dulce, se acercó á ella, diciéndola con tono cordial:

—Perdonando: ¿es Vd. de Santander?

—No por cierto,—respondió la jóven;—pero soy de la provincia: del lado de Arnedo.

—Lo conocí á la legua: yo tambien soy de cerca de Torrelavega; de modo, que somos paisanos.

Una dulce alegría iluminó el rostro de Catalina: le pareció que en el soldado habia encontrado un hermano, y le dirigió un saludo afectuoso.

En esto, los otros cazadores se habian acercado tambien á la mesa, y entre ellos el soldado de los bigotes largos, el cual se aproximó tanto á la muchacha, que casi la tocaba.

Catalina, al ver esto, se echó á temblar, y cediendo á un movimiento involuntario, se agarró á la mano de su compatriota, diciéndole con actitud suplicante:

—Paisano, por Dios, no se aparte V. de mi lado: tengo miedo de este militar. Yo no sé por quién me ha tomado.

—No tenga V. miedo de ese fanfarrón; contestó el interrogado. Si le toca á V. el pelo de la ropa, yo le diré cuantas son cinco.

Animada por estas palabras, Catalina se volvió al

—soldado jaquetón, diciéndole con tono firme:

—Señor militar, hágame V. el favor de irse un poco más lejos. Yo no sé en que bodegon hemos comido juntos.

El soldado contestó con una carcajada; sin embargo, se hizo un poco atrás, profiriendo en groseras chanzonetas, que afortunadamente no comprendió la aldeana.

—Dígame V., paisano, preguntó ésta á su protector: ¿Y cuál es su gracia de V.?

—José Chamorro.

—¡Chamorro! ¡qué casualidad! No hace todavía quince dias hemos vendido un becerro á su padre de V. ¡Hermoso animal! Todavía tengo el dinero en el bolsillo.

—¿De veras? dijo el soldado conmovido. ¿Y cómo está padre?

—¡Bueno! Es un hombre como un roble... Ahora me acuerdo que nos dijo que tenia un hijo en el servicio... ¡Ah! pues entónces, V. debe conocer á nuestro Juan!

—¿Cómo es su apellido?

—Fernandez.

—Vaya, ya lo creo; somos de la misma compañía... Antes de que enfermase de los ojos, siempre andábamos juntos.

Catalina, sin saber lo que hacia, cogió las dos manos del soldado, diciéndole con voz temblorosa.

—¡Oh Dios mío! cuánto me alegro de haber en-

trado aquí! Usted me dirá á dónde debo ir para verlo. Todos los montañeses son buenos muchachos, y se protegen.

—Vaya, ya lo creo, paisana: yo la acompañaré á V. al hospital. Ya sabrá V. que el pobre se ha quedado ciego.

—Si por cierto,—exclamó Catalina suspirando....—¿Conque es verdad? ¡Cuántas lágrimas nos ha costado!

Mientras tenia lugar esta conversacion, los demas soldados, que unos de pié y otros sentados habian presenciado esta escena, no podian ver sin una especie de envidia la intimidad que se habia establecido entre su camarada y la graciosa aldeana: el de los bigotes especialmente, se agitaba en su silla, gesticulando de una manera expresiva: por fin, no pudiendo ya contenerse, se acercó á la muchacha, y cuando esta se hallaba más descuidada, le pasó la mano por debajo de la barba.

Al ver esto, el soldado montañés se levantó impetuósamente profiriendo amenazas; pero Catalina, cuyo rostro habia encendido la indignacion, le ganó la acción, aplicando en la mejilla del insolente una vigorosa bofetada.

Desde el momento en que este volvió en sí del aturdimiento que le produjo tan inesperado arranque, la taberna fué teatro de una escena de tumulto y de confusion: el abofeteado cogió una botella para dar con ella á Catalina; pero el protector de esta, más forzado y vigoroso que él, le agarró del cuello,

obligándole á soltarla. Los demas soldados intervinieron, consiguiendo despues de muchos esfuerzos separar á los dos combatientes.

Catalina, miétras tanto, toda temblorosa, derramaba un torrente de lágrimas: los soldados se empujaban unos á otros: la dueña del establecimiento gritaba que iba á llamar la guardia. Todo era tumulto y confusion.

En esto sonó en el cuartel un redoble de tambor.

—¡El rancho! ¡el rancho!—exclamaron todos los cazadores, excepto los dos contendientes, precipitándose fuera de la puerta.

El de los bigotes profirió todavia algunas amenazas; pero se alejó tambien detrás de los otros, diciendo al campeón de la aldeana:

—Ya nos veremos las caras, seor valiente.

—Cuando quieras, morral,—respondió el provocado con una risotada buriona.

—¡laleliz de mí! ¿Qué es lo que he hecho?—exclamo Catalina, cuando se vió sola con su protector.—Yo voy á ser causa de que le suceda á V. alguna desgracia.

—No tenga V. miedo, paisana. Lo peor que puede suceder, es que yo le aplaste las narices á ese fanfarron..... Y ni aun eso..... ya sabrá él arreglárselas para que todo concluya en la taberna..... Es una manera que tiene de procurarse bebida cuando le falta la moneda..... Ya conocemos sus mañas..... Pero vamos; le haré á Vd. compañía hasta el hospital.

Catalina pagó la cerveza, que no había tocado siquiera, y salió de la taberna en compañía del soldado. Este la acompañó, hablando siempre de las cosas de la tierra, hasta que después de haber recorrido cuatro ó cinco calles, se detuvo diciéndola:

—¿No ve Vd., allá abajo, á ese militar sentado á la puerta de una casa grande? Pues ahí está el hospital. Es preciso hablar á ese soldado. Si la consigna se lo impide la dejaré á Vd. entrar. Con que... adios. Memorias al camarada de mi parte, y si vuelve Vd. á la tierra, diga Vd. á padre que estoy bueno.

—Sí haré... Gracias, paisano: nunca olvidaré lo que ha hecho Vd. por mí, respondió Catalina dirigiéndose á toda prisa hácia el edificio designado por su acompañante.

Apénas se encontró sola nuestra aldeana, cuando una triste inquietud se apoderó nuevamente de su espíritu: no se sentía con valor para dirigir la palabra al militar sentado en el banco. Sin embargo, á medida que se iba acercando, una alegría indecible se pintó en su fisonomía; le pareció reconocer al soldado. Así era en efecto: á pocos pasos de distancia le llamó por su nombre. Era Bautista, el hijo del hortelano, cuya promoción á cabo había anunciado Juau en una carta, y el cual se hallaba de plantón en aquel puesto.

Apenas avistó el soldado á la muchacha, se levantó y se fué hácia ella, exclamando con gozosa sorpresa:

—¿Tú por aquí, Catalina? ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Cómo has dejado el pueblo? ¿Madre ha sanado ya? ¿Has visto á Carlota? ¿Sabes que ha ascendido á cabo? ¿Qué ha dicho Carlota cuando lo supo?

—Todos están buenos,—respondió Catalina.—Tú madre ha estado el domingo en la Misa mayor, y ya no tiene rastro de fiebre. En cuanto á Carlota, yo misma la he dicho al despedirme que te habian hecho oficial...

—¡Y qué! ¿Se ha reido?

—¡En qué estás pensandol Se ha puesto encendida como una amapola: luego me ha mirado con unos ojos que querian decir mucho; pero ella no me ha dicho nada.

El cabo inclinó la cabeza y clavó su vista en el suelo: la expresion de su rostro cambió de repente: él tambien conoció que se ponía encendido, y su corazon latia apresuradamente. El pais natal con sus bosques y montañas, la tímida mirada de su novia, la afectuosa sonrisa de su madre, las fiestas y alegrías del domingo, despues del penoso trabajo de la semana, las canciones bajo las verdes arboledas, los cantos del gallo, los ladridos del perro, el sordo murmullo del viento entre los castaños; todas estas imágenes y recuerdos revivian frescas y animadas en la imaginacion del montañes: todo esto se confundia en sus oidos, produciendo una mágica armonía, y le retenia como fascinado con la memoria encantadora de aquellas alegrías pasadas.

¿Qué tienes, que así te has quedado triste y parado?—preguntó Catalina al soldado con voz suave.

—¡Qué sé yo, Catalina! Nuestra aldea se me ha aparecido de repente delante de los ojos: veía el campanario de la iglesia iluminado por el sol, Padre estaba recogiendo el rastrojo, y madre al lado suyo, y yo los oía que hablaban de mí.... No sé qué ha sido esto.... pero, en fin, ya se pasó.

—Vamos, Bautista, líévame al momento donde está Juan. ¡Qué contento se pondrá al verme!

—Ya sabes el estado en que se encuentra.

—¡Sí, Bautista! ¡qué desgracia! Por eso vengo.... quiero hablarle y consolarle..... Vamos, no me hagas esperar más.

—¡Ay, Catalina! No puedes figurarte lo que lo siento, dijo Bautista suspirando, pero....

—¡Vamos, acaba! exclamó Catalina. ¡Me estás dando miedo!

—¡Pobre Catalina! Nadie puede entrar á ver á los ciegos ni á los que tienen mal de los ojos. Está prohibido bajo las penas más severas.

Al oír esto Catalina exhaló un grito penetrante y doloroso, se llevó el delantal á los ojos, y exclamó sollozando convulsivamente:

—¡Qué oigo, Virgen mía! Despues de tantas fatigas y trabajos tener que volverme sin verle. ¡Oh! ¡No! ¡Primero me quitarán la vida!

—¡Vamos, Catalina, juicio!—dijo Bautista. Si lloras así en medio de la calle, va á acudir la gente, y....

La muchacha, ya fuese valor ó desesperacion, pudo enjugar sus lágrimas y contenerse; pero no por eso dejó de exclamar:

—Aun cuando tuviera que entrar en esta casa como un ladron, ó una espada hubiese de atravesarme el corazon, yo le he ver y hablar.... ¡Quién me lo podrá impedir!

—Oye Catalina, dijo el cobo con tono persuasivo, yo te ayudaré aunque pierda mis galones. Estate quieta y haz como si no supieras nada. Dentro de poco irá el sargento á dar el parte: el médico ha hecho ya su visita y el director está algo enfermo, de modo que no vendrá á la inspeccion. Cuando se vaya el sargento, yo te llevaré de ocultas á la sala en donde está Juan. Pero oye Catalina, si me llevan al calabozo y pierdo mis galones, diles á madre y á Carlota la causa....

—¡Oh! pierde cuidado, Bautista, respondió la aldeana. Dios mio, ¡cómo se lo he agradecer! ¡Déjame á mí yo me las arreglaré para que Carlota te escriba una buena carta en cuanto yo vuelva al pueblo.

—¡Carlota no sabe escribir! dijo el cabo suspirando.

—Pero yo sí, replicó Catalina. Yo lo haré por ella, y pondré cosas que te harán saltar de alegría.

—Ven á sentarte en este banco, y disimula hasta que salga el sargento. ¡Cuidado, porque tiene muy malas pulgas! Le diré que eres mi hermana, pues



si no querrá ponerse á charlar contigo... ven aquí, hablemos un poco de las cosas del pueblo. ¿Es verdad que Nicolás se ha casado con la criada de don Dionisio el escribano? Buena hembra; ¡pero de la piel del diablo! Nicolás era su quinto novio.

En esta conversacion, ámbos se sentaron en el banco, algo separados el uno del otro, y continuaron por algun tiempo hablando de los ausentes.

En el departamento destinado en el hospital á las enfermedades de los ojos, habia una sala que producía en todo el que entraba una sensacion penosa y extraña; las ventanas estaban tapadas con encerrados de un verde oscuro: ni un rayo de sol penetraba en aquel sombrío recinto. Para los que veían era esta una morada siniestra; una luz mucho más triste que la más profunda oscuridad teñía todos los objetos de una tinta lúgubre. Hablando con propiedad, no habia allí ni dia ni noche; pero era preciso para poder ver algo habituarse ántes á aquel verde lúgubre. Además, aunque este lugar estaba habitado por infelices que sufrían indecibles dolores, reinaba en él un silencio profundo, que sólo interrumpía de cuando en cuando algun gemido arrancado por el abrasador contacto de la piedra infernal en los ojos de los enfermos.

Los ciegos estaban sentados á lo largo de la pared, sobre unos bancos de madera. Semejantes á una reunion de espetros, se mantenían inmóviles y mudos en la sombra. Todos llevaban sendas viseras

de tela verde, de modo que no se les podía ver el rostro.

En el rincón más apartado del aposento, se hallaba nuestro conocido, el pobre Juan Fernández, con la cabeza entre las rodillas, agitado por el doloroso recuerdo de los que amaba, y á quienés no debía volver á ver. Su pensamiento y su alma erraban en la apartada comarca que le vió nacer. De cuando en cuando, asomaba á su rostro una dulce sonrisa, y sus labios se movían como si hablase con algunos seres invisibles. En el instante de que nos ocupamos, acababa de evocar del fondo de sus recuerdos la imágen de su amada, y la obligaba á pronunciar por centésima vez la tímida confesión de su amor; cuando se oyó de repente en la escalera un rumor imperceptible: le pareció que habían pronunciado su nombre. El jóven, agitado de un temblor febril, se levantó bruscamente como herido por un choque eléctrico, y de sus labios se escapó involuntariamente este nombre.

— ¡Catalina! ¡Catalina!

La puerta se abrió por de fuera, dando paso á la aldeana, que entró acompañada por el cabo. Cuando su vista penetró por la oscura estancia y distinguió aquellos hombres que parecían fantasmas, con los rostros ocultos detrás de la visera verde, se estremeció de horror, y retrocedió lanzando un agudo grito. Este grito hirió los oídos de Juan, que se levantó fuera de sí con las manos extendidas. Catalina al ver venir hácia ella aquella sombra, se de-

tiene, le reconoce, y lanzando un gemido desgarrador, corre á abrazar al desdichado ciego.

Por de pronto no se oyó nada más que los nombres de Juan y de Catalina repetidos bajo las diferentes inflexiones del amor, de la compasion y de la tristeza. Catalina lloraba: Juan lloraba tambien. A los sollozos se sucedió un cuchicheo, un murmullo de frases entrecortadas y sin hilacion, con las cuales aquellos dos corazones, subyugados por un sentimiento poderoso, procuraban desahogar sus primeras y encontradas sensaciones.

En esto los demas ciegos se habian ido acercando tambien á la aldeana, y tentaban sus vestidos como si quisieran reconocerla. Al sentir aquellas manos extrañas, Catalina volvió en sí y dijo á Juan toda temblorosa:

—¡Dios miol ¿qué quiere decir esto? Juan, diles que me dejen en paz, ó no me atreveré á estar aquí más tiempo.

—No tengas miedo,—respondió el jóven.—Los ciegos ven con los dedos. Tientan tus vestidos para saber de qué país eres. Lo hacen sin mala intencion.

—¡Ah! ¡pobres muchachos!—dijo Catalina con acento compasivo:—si es así, se lo perdono de todo corazon. Sin embargo, no me gusta eso... Ven conmigo y sentémonos en aquel rincon. ¡Tengo tantas cosas que decirtel

Y mientras decia esto, condujo á Juan por la

mano hacía uno de los extremos de la sala, sentándose á su lado en el banco.

La conversacion que se entabló entre los dos campesinos debia ser sumamente tierna, aunque no se oian bien las palabras. En el semblante de Catalina se podian leer alteroativamente las sensaciones más encontradas: la alegría, la tristeza, la duda, el temor; ámbos se enjugaban con frecuencia las lágrimas, y de cuando en cuando se apretaban furtivamente la mano. Era indudable que la doncella procuraba derramar el bálsamo del consuelo y de la esperanza en el corazon de su infortunado compañero; este tenia un tanto levantada la visera verde y en su rostro se podia leer una especie de atencion concentrada y meditabunda; sumido en un abismo de dolor, oia palabras que no le hacian olvidar su pena, pero que le entregaban momentáneamente á la fascinacion de una dicha imaginaria.

Los demás ciegos, agrupados en semi-circulo, estaban silenciosos en torno de la conmovida pareja. Ellos tambien aguzaban el oido para cojer algunas de aquellas frases consoladoras que convenian igualmente á su infortunada situacion.

El cabo se habia quedado fuera de la puerta paseando, y asomaba de cuando en cuando la cabeza, como para recordar á Catalina que debia abreviar su visita.

El pobre muchacho no se sentia con valor para interrumpir la solemne plática de sus infortunados amigos.

De repente palideció. El sargento subía la escalera. Ya no era tiempo de remediar el daño; por lo tanto, le dejó entrar en la sala sin hacer ninguna observacion y siguiéndole como un criminal á su juez.

Apénas vió el sargento á la aldeana, pronunció un taco enérgico, y dijo volviéndose al cabo:

—¿Cómo ha dejado Vd. entrar aquí á esa muchacha? ¿Así cumple Vd. con su obligacion? Voy á dar parte ahora mismo y á pedir para Vd. quince dias de calabozo. Si no pierde Vd. sus galones, no será por culpa mia.

Catalina se levantó, dirigiéndose con gesto suplicante al irritado sargento.

—Señor oficial, por compasion: él no tiene la culpa. Yo soy quien le ha obligado á faltar á su deber. El pobre no ha podido resistir á mis lágrimas... Por Dios, no le castigue V. porque ha demostrado buen corazon.

El sargento, impaciente, interrumpió á Catalina, diciendo:

—¡Basta, basta! No me rompas la cabeza; conozco mi obligacion..... ¡Largo de aquí cuanto más ántes!

La aldeana, dolorosamente sorprendida al oír esta órden inesperada, se acercó temblando al sargento, y le dijo con voz sofocada y suplicante:

—¡No, por compasion! ¡Déjeme V. siquiera etra media hora! Rezaré por V. siete Ave-marias á la Virgen....

— ¡Vamos, ya es tiempo de acabar estas niñerías! dijo el sargento con rudeza. No concedo ni un minuto más.

— ¡Por todos los santos, señor oficial! Considere usted que ha hecho un viaje á pié de más de once dias, por venir á consolar á esta infeliz, y no es justo que me eche V. de aquí sin haberle dicho nada todavía.

— ¿Te largas? ¿sí ó no? gritó el sargento apoyando su interpelacion con una grosera blasfemia.

Catalina, deshecha en lágrimas, c. yó á los piés del inexorable militar.

— ¡Por el amor de Dios, buen señor, concédame Vd. siquiera un cuarto de hora! ¡No me haga Vd. morir! ¡Tenga Vd. pied-d de un pobre ciego! Mañana puede sucederle á Vd. la misma desgracia. ¡Yo rogaré á la Virgen para que tenga Vd. mejor fortuna! ¿Qué diria Vd. si viera arrojar de su presencia, como si fuera un perro, á su madre ó á su hermana? ¡Ah! ¡tenga Vd. piedad de nosotros, y toda mi vida no será bastante para pagar este cuarto de hora que le pido de rodillas!

La crueldad del sargento acabó por irritar á Juan y los demás ciegos, que apoyaron con sordos murmullos las súplicas de la aldeana. Toda la sala se conmovió; todos los ciegos daban indicios de rebelion contra su inexorable superior. Esta demostracion acabó de exasperar al sargento, que prorumpió en terribles amenazas y cogió á Catalina de un brazo para echarla fuera; pero esta, previendo su

irrevocable designio, se desprendió fuera de sí de la mano que la sujetaba y fué á refugiarse al lado de Juan, agarrándose á él con ámbas manos. El pobre ciego, convencido de que la separacion era inevitable, trató de consolarla, y le dijo apresuradamente muchas cosas olvidadas durante su conversacion.

En esto el sargento habia vuelto á apoderarse de Catalina, y cogiéndola por las espaldas, trató de separarla de Juan; pero la muchacha opuso tal resistencia á sus esfuerzos, que el sargento furioso llamó al cabo, que presenciaba consternado esta escena en el umbral de la puerta.

Señor cabo, ¿qué hace V. ahí? Venga V. aquí al momento. Le mando á V. que sin más dilacion ponga V. esta muchacha á la puerta... ¡Pronto!

Bautista se acerco con la cabeza baja, y dijo á Catalina cogiéndola por el brazo...

—Yo lo siento mucho, Catalina; pero no hay remedio... vete por voluntad, ó si no te echarán por las escaleras... Esta es la consigna: el sargento tiene que cumplir con su obligacion.

Catalina se desprendió de Juan, y levantando la cabeza con calma, dijo al sargento, llorando siempre amargamente:

—Señor oficial, ya me voy; pero perdónenos V. á los tres. Dios se encargará de recompensarle, porque es una buena accion..... V. tendrá tambien un corazon como los demas..... Todos somos prógimos..... ¿No es verdad, señor sargento, que olvidamos.....

rá V. lo que ha pasado? Yo me acordaré toda mi vida; pero será para rogar por V.

Desde el momento en que vió sus órdenes acatadas, el sargento se ablandó y sintió que su cólera se desvanecía. La dulce voz y los ojos elocuentes de la campesina acabaron por enternecerle á él tambien. Así es que contestó con voz que había perdido ya su primitiva aspereza.

—Está bien, está bien, váyase V. pronto..... y si no se trasluce lo que ha pasado, por mi parte no sabrán nada los jefes.

—¡Oh! ya sabia yo que tenia V. tambien un buen corazon,—exclamó Catalina.—Me voy; pero ántes déjeme V. decir á Juan el último adios.

La jóven se acercó de nuevo al desvalido ciego, que oyó silenciosamente la despedida de su amada, y murmuró tambien algunas palabras, que ella sola comprendió. Hecho esto, la muchacha se dirigió á la puerta y desde allí volvió la cabeza lanzando una mirada desconsolada á su amigo, el cual se habia ido á arrodillar en un rincon de la sala con la cabeza vuelta hácia la pared é inclinada sobre el banco.

La expresion de ternura, de angustia y de piedad que se pintó en el rostro de la jóven, acabó de enternecer al sargento, el cual, para ocultar su conmocion, y viendo al mismo tiempo que aquella vacilaba en su resolucion, la empujó suavemente, y cerró la puerta de golpe, ocultando á sus ojos aquel desgarrador espectáculo.



Fatigada y medio muerta por tantas y tan diversas emociones, Catalina se dejó conducir, dócil como una mártir, por el sargento y por el buen Bautista. Después de haber bajado la escalera, se encontraron en un gran patio, en una de cuyas puertas estaba de pié una señora de agradable y dulce fisonomía y vestida con elegancia. Esta vió de lejos á la aldeana, y al notar su fisonomía descompuesta y las lágrimas que la inundaban, se vino hácia ella arrastrada por un sentimiento de compasión.

Catalina lo notó: un rayo de esperanza penetró en su alma. Bautista entónces le dijo al oído:

—Es la mujer del director: una señora excelente! Es de Bubao.

Catalina corrió á echarse á los piés de la reciénvenida, y extendiendo hácia ella sus manos suplicante, exclamó:

¡Ah, señoral! Tenga Vd. compasión de un pobre ciego.

La señora, sorprendida y embarazada con tan inesperada escena, contempló durante breves instantes con asombro á la aldeana, que tenia fijos en ella sus hermosos ojos preñados de lágrimas y de ruegos, y que sonreía al mismo tiempo como si la diese ya gracias por el beneficio recibido. Cogién-dola de las manos, la levantó y la dijo con dulzura:

—¡Pobre muchacha! Venga Vd. conmigo. ¿Cuál es el motivo de esa aflicción?

Diciendo estas palabras, y sin hacer caso del sargento que la hacia respetuosamente un saludo mi-

litar, la dama introdujo á la jóven por la misma puerta por donde habia aparecido un momento ántes, hasta llegar á una sala en donde se encontraba un oficial escribiendo. Este levantó la cabeza y miró á la llorosa aldeana; pero calló esperando una explicacion.

La señora, que era su esposa, tomó á Catalina de la mano y la obligó á sentarse en una silla. Luego la dijo:

—Vamos, hija mia, consuéllese V. sus penas, y si está en mi mano remediarlas, no dejaré de hacerlo.

—¡Ah! ¡Señora! exclamó Catalina besando con efusion la mano de su protectora; que Dios se lo pague á Vd.! Yo soy una pobre aldeana de la provincia de Santander. Nuestro Juan ha caído soldado. Hace cuatro días recibió su madre una carta y yo otra: en la de su madre la decia que se hallaba en el hospital enfermo de los ojos; pero á mí, á mí sola me escribia que estaba ciego para toda la vida. ¡Figúrese cómo nos quedaríamos! Yo he estado como muerta más de dos horas debajo de unos árboles que hay detrás de nuestra cabaña; pero no me he atrevido á decírselo á su madre por temor de que no se cayese redonda al saber la noticia. Al día siguiente por la mañana me puse en camino y á fuerza de preguntar y de caminar día y noche, casi sin comer ni beber, he llegado aquí despues de once días de viaje, con los piés ensangrentados. Un muchacho de nuestra aldea, que es cabo, me ha dejado entrar por compasion.

Veo á nuestro pobre Juan con los ojos muertos: quiero consolarle ; ¡pero el sargento viene y me echa de la enfermería! ¡Y ahora no puedo volverle á ver! ¡tengo que dejar al pobre infeliz abandonado de todo el mundo! ¡Ah señora ; esto no puede, no debe ser! ¡Considere V. todo lo que he sufrido para llegar hasta aquí , y tenga V. compasion de aquel desdichado para el cual no puede haber ya más alegría que oír la voz de los que le quieren!

—¿Es hermano de V.?—preguntó el oficial detrás de su escritorio.

Catalina inclinó la cabeza para ocultar el púdico rubor que cubrió sus mejillas. Despues de unos instantes de silencio, dijo alzando los ojos:

—No señor, no soy su hermana ; pero hemos nacido bajo el mismo techo , nos hemos criado siempre juntos, sus padres han sido los míos ; el quiere á mi madre lo mismo que á la suya ; su abuelo me ha llevado en sus brazos y me ha enseñado á andar ; en fin, señor, trabajo y ganancia, penas y alegrías, todo es comun entre nosotros.

Aquí se detuvo la aldeana, y murmuró despues de una pausa, mirando al suelo.

—Desde que es desgraciado, conozco bien que no soy hermana suya...

Conmevido el oficial por estas sentidas razones, dejó su pupitre y se acercó poco á poco á Catalina.

—¡Pobre muchacha! exclamó la señora; es preciso que abandone V. esas ideas... y trate de resig-

narse. ¡Seguramente que V. no puede unir su suerte á la de un pobre ciego!

Catalina se estremeció.

—¿Y le he de abandonar? exclamó con vivacidad. ¿Le he de olvidar por lo mismo que es ciego, y necesita más amparo y consuelo? ¡Oh! señora, no diga V. eso por Dios; me parece recibir una puñalada en el corazón!

Y un torrente de lágrimas se escapó nuevamente de sus ojos.

El oficial cambió algunas palabras en vascuence con su mujer. La dijo que acababa de recibir una orden del ministerio, que conferia á los coroneles la facultad de poder enviar á sus pueblos con licencia ilimitada á los soldados inutilizados; que aunque esta medida no debía ponerse en ejecucion hasta que trascurriesen al ménos un par de semanas, iba sin embargo, á dar los pasos necesarios á fin de conseguir un permiso especial para el desgraciado amigo de la aldeana. Su mujer le animó en su laudable proyecto. Aunque Catalina no comprendia el vascuence, conoció que la señora excitaba á su marido en favor suyo; é instintivamente apoyó con un gesto suplicante la demanda de su compasiva protectora.

—¿Quedaría V. contenta, preguntó el oficial á la jóven, si ese soldado pudiera volverse con usted á su casa?

El rostro de Catalina se iluminó de repente con una expresion tal de alegría y de duda al mismo

tiempo, que no es posible describirla. Sus grandes ojos se clavaron en el oficial, esperando la explicación de aquella nueva inesperada. Por fin exclamó, sin poderse contener:

—¿Contenta dice V., señor? Solamente de oírle á usted preguntarme eso, estoy fuera de mí. ¡Oh! no me dé V. esa esperanza si luego no ha de poder realizarse.

El oficial se puso el morrion, se ciñó su sable, y dijo, encaminándose á la puerta:

—Tenga V. ánimo, que quizá saldremos con ello. De todos modos, yo le prometo á V. que podrá ver á Juan.

Catalina se deshizo en protestas de gratitud, que despues que el oficial salió dirigió á su caritativa esposa; pero ésta no le dió tiempo de desahogarse. Corrió á la cocina y volvió al momento seguida de una criada, que colocó en una mesita delante de la aldeana algunos manjares y una botella de vino.

—Coma Vd. y beba tranquilamente, hija mia,—dijo la señora:—se le ofrece á Vd. de buena voluntad.

—¡Ah, señora! bien lo sé,—respondió Catalina.—¿Qué he hecho yo para merecer tantas bondades? Es Vd. más que una madre para mí. ¡Que Dios se lo pague á Vd.!

—¿Hace mucho tiempo que ha comido Vd.?

—Desde esta mañana á las cuatro,—dijo Catalina comiendo, no con apetito, sino con hambre. Despues he caminado siete horas y no me he acordado

de comer porque tenia otras cosas en qué pensar. Al presente casi doy gracias á Dios de lo que he padecido, porque á eso debo el haber tropezado con una señora tan buena y compasiva. El angel de mi guarda es el que la ha puesto á Vd. en mi camino.

Así continuó por largo tiempo la aldeana desahogando su corazon henchido de gratitud, y la señora por su parte consolándola con dulces y cariñosas palabras. En el curso de la conversacion, la jóven acabó por referir toda su historia, hablando con efusion y enternecimiento de sus queridas montañas, entre las cuales no se conoce ni la falsedad ni el cálculo, y en donde todos los sentimientos del alma son rectos y sinceros.

La señora escuchaba con un vivísimo interes aquel lenguaje que, aunque inocente y sin artificio, revelaba sin embargo una inteligencia naturalmente delicada y un corazon rico en nobles sentimientos. Más de una vez sus ojos se humedecieron con lágrimas de enternecimiento.

En tanto que ámbas se ocupaban de la dulce y agradable vida del campo, el oficial se habia dirigido, seguido del sargento, á la sala de los ciegos. Despues de haber permanecido breves instantes entre estos infortunados, descendió otra vez la escalera y apareció en el patio. Juan le seguia con el morral á la espalda y un palo en la mano, guiándole el sargento por la mano hasta la habitacion del oficial.

—Catalina está aquí, esperándole á Vd., le dijo este último al entrar en la habitación en donde se hallaban las dos mugeres.

Juan sacó del pecho un papel, y agitándole con aire de triunfo, exclamó con una indecible expresión de gozo:

—¡Catalina! ¡ya puedo irme contigo! ¡ya no soy soldado! Aquí está mi licencia....

—Así es la verdad,—dijo el oficial viendo que la muchacha no se atrevia á dar crédito á lo que oía.

Juan en esto se adelantaba con las manos extendidas hácia el medio de la estancia; pero Catalina no corrió á su encuentro. Sin decir una palabra fué á caer de rodillas delante de un cuadro colgado en la pared y que representaba á la Madre de Dios, y allí estuvo recogida durante breves momentos, sin que nadie la osara interrumpir en aquella solemne actitud. Luego se levantó, y dirigiéndose á su bienhechora, exclamó con el rostro radiante de alegría y de reconocimiento:

—¡Oh señora! Yo no tengo palabras para explicarle á Vd. lo que siento. La Virgen se encargará de recompensar á Vd.—Juan, vamos á llevar la alegría á nuestra casa.

Después de una explosión de lágrimas y de gratitud, que nuestra pluma es incapaz de describir, Catalina y Juan traspusieron las puertas del hospital, alejándose con sentimiento de sus bienhechores.

No dejaba de ser un extraño espectáculo el que ofrecia la graciosa aldeana sirviendo de lazarillo al pobre soldado , por las calles de Madrid. Los transeuntes se detenian á admirar , no tanto si aquel desgraciado que con el morra! á la espalda y la visera sobre los ojos se dejada guiar maquinalmente, como la expresion de orgullo y de alegría que daba al rostro de la campesina una nobleza y una hermosura verdaderamente notables.

La buena Catalina se sentia tan feliz , tan orgullosa por el feliz resultado de su heroica empresa, que caminaba con la frente erguida y la fisonomía radiante, sin tratar de bajar los ojos ante las cariñosas miradas de los que pasaban.

Tenia gran deseo de salir de la ciudad, y excitaba al ciego á que caminase de prisa.—Aún no le parecia verdad lo que acababa de suceder , y de cuando en cuando se le oprimia el corazon creyéndose víctima de un sueño ó de una alucinacion.

Llegó por fin á la puerta por donde habia entrado sola algunas horas ántes, y vió desarrollarse delante de ella el blanco y polvoroso camino que debia conducirla á su aldea. Por vez primera se escapó de su garganta un verdadero grito de triunfo. Alzó los ojos al cielo, hizo la señal de la cruz , y luego rompió en esta exclamacion:

—Ahora Juan , ya somos libres. ¡Animos y adelante!



Aunque el sol se hallaba ya próximo á ocultarse detrás de las montañas, y las sombras de los árboles se alargaban indefinidamente en el suelo, hacia sin embargo un calor sofocante. Los diáfanos vapores de la tarde ondulaban suspendidos sobre las colinas: no agitaba el inmóvil follage la más ligera brisa: las aves ansiosas y mudas parecían dormir entre la enramada: todos los ecos de la naturaleza parecían mudos: en toda la extension del valle no se descubria un ser viviente; la tierra parecia abrumada de cansancio.

A orillas de un camino solitario, al cual prestaban sombra algunas encinas, yacia, con la cabeza reclinada sobre un morral, un soldado dormido. Al lado de sus piés desnudos se veian los zapatos.

Una jóven aldeana, sentada á su lado, fijaba sobre él una mirada llena de tristeza y con las mayores precauciones ahuyentaba de cuando en cuando las moscas que se iban á posar sobre su cara y sobre sus piés.

Sin duda el soldado llevaba ya algunas horas de descanso, porque su compañera dirigia con frecuencia hácia el horizonte sus miradas inquietas, calculando sin duda por la marcha del sol lo que les quedaba aún de dia. Quizás su inquietud venia de otra causa; la aldeana advertia que el sol en su

descenso deslizaba ya sus rayos por entre los troncos de las encinas comenzando á posarse en el cuerpo del dormido. Perpleja y sin saber qué hacerse, pensó primero en acomodar las ramas más bajas de uno de los árboles entrelazándolas de modo que imposibilitase el paso de la luz; pero este medio fué infructuoso.

Entónces con el mayor silencio, y á paso de lobo, se deslizó la muchacha hácia lo interior del bosque, cortó dos ramas gruesas que luego despojó de las hojas, vino á ponerse de nuevo enfrente del soldado, y despues de examinar el sol como para calcular sus designios, hincó en tierra las dos varas. En seguida se desató su delantal y lo extendió sobre las ramas, poniendo el rostro del dormido al abrigo de los rayos del sol. Hecha esta operacion, pareció satisfecha, y se sentó en el mismo sitio que ántes ocupaba.

Todavía permaneció así algun tiempo velando el sueño de su compañero, escuchando su respiración anhelosa y esforzándose por contar los latidos de su corazón. No podía ver sus ojos, porque estaban ocultos detrás de una visera verde.

Per fin el soldado comenzó á moverse; tentó con angustia en torno suyo; extendió las manos hácia adelante, y exclamó con voz inquieta:

— ¡Catalinal! ¡Catalinal! ¿dónde estás?

La muchacha le cogió la mano y respondió:

— Aquí estoy, Juan. Tranquilízate. ¿Por qué tiembblas? ¿Qué tienes?

¡Ah! soñé que me habías abandonado—dijo el mancebo levantándose. ¡Oh, qué sueño! Aún siento un sudor frío...

—¿Qué tonterías son esas, Juan?—replicó la aldeana con un acento de dulce reproche.—¿Me crees á mí capaz de abandonarte?

—¡No, no!—dijo el soldado estrechando las manos de Catalina.—¡Dios te recompensará en el cielo!

En esto la aldeana sacó del morral pan moreno y algunas viandas que colocó sobre la yerba, diciendo al propio tiempo á su amigo con voz cariñosa:

—Y ahora, Juan, ¿qué tal te encuentras? ¿Has descansado? El sueño ¿no te ha aliviado un poco?

—Lo que es ahora ya no siento cansancio, Catalina. Sin embargo... no sé... me ha puesto tan triste ese pícaro sueño...

—Ya se te pasará: cuando se duerme en cama dura siempre sucede lo mismo. Ya está la mesa puesta: ¿no quieres comer algo?

—Sí, Catalina, tengo hambre.

La frugal comida empezó. Catalina iba poniendo en las manos del soldado los bocados ya preparados de pan y de vianda. En tanto que él comía silenciosamente, ella le observó con más atención y notó en su rostro una singular expresión de desaliento y de aflicción. Creyendo siempre que esto fuese originado por la pesadilla, y que el aire y el ejercicio le serenarian, no hizo ningun esfuerzo por tranquilizarle. Comidos los últimos bocados, Catalina le

puso las medias y le ató los zapatos. El soldado tomó el merral para cargarlo en la espalda, pero la jóven se lo quitó de las manos.

—No, Catalina,—dijo él con voz suplicante,—déjame llevarlo á mí: tú te fatigas demasiado. Luego no parece bien el ver una muchacha cargada guiando á un soldado que no lleva carga ninguna. ¿Qué dirán las gentes que nos vean?

—¿Y qué nos importa á nosotros de lo que digan las gentes? Tú, que no ves, te fatigas cien veces más que yo, porque tropiezas á cada paso. A mí no me hace nada esa carga. Sabes que estoy acostumbrada.

Dichas estas palabras, se colocó el merral á la espalda, y trajo al soldado hácia la mitad del camino. Luego le puso un palo en la mano tomando ella la otra extremidad, á fin de que el pobre ciego pudiera seguir exactamente sus pasos.

—Ahora, Juan, le dijo comenzando á caminar seguida de éste, avísame si ando muy aprisa, y charlemos un poco para que el camino no se haga tan largo.

Al ver que no recibia contestacion, la aldeana, sin detener su marcha, se volvió hácia el jóven.

—Vamos, repuso con el mismo tono que emplearía una madre para reñir á un niño de pecho; es preciso alzar esa cabeza y no dejarla caer sobre el pecho. Así te fatigarás mucho más.

El ciego levantó la cabeza sin decir palabra, pero á los pocos pasos la dejó caer de nuevo hácia ade-

lante. Se veía que le preocupaban serias reflexiones, y quizá tristes pensamientos; así lo debió creer también la aldeana, porque si bien su fisonomía se entristeció de repente, exclamó con voz alegre como para desvanecer las sombras que ofuscaban la mente del soldado:

—Juan, mañana por la tarde ya estaremos en casa. ¡Qué acogida vamos á tener! ¡Cómo te va á abrazar tu pobre madre, que te cree todav a en el hospital! ¡Cómo va á saltar y á gritar tu hermanito, que lloraba tanto el día que nos dejaste! ¡Y mi madre! ¡Y el abuelo! Me parece que los estoy viendo llegar con los brazos abiertos... ¡Y el buo! ¡Ya verás cuando te sienta! En los ojos del pobre animal se ve que no te ha olvidado... El abuelo matará el conejo más gordo, y nos regalaremos como duques! ¡Cuando pienso en la alegría que nos espera, quisiera tener alas!

Miéntas decía todo esto, la muchacha se volvía con frecuencia para observar el efecto que producian sus palabras. Una dudosa sonrisa fué el único cambio que advirtió en la fisonomía del soldado. Este insignificante resultado la alentó, sin embargo, para continuar en su piadosa tarea.

—Cuando nos hallemos en casa, prosiguió después de esperar inútilmente una contestacion, yo estaré siempre cerca de tí y no te abandonaré nunca. Aprenderé las canciones más bonitas para cantártelas por la noche al lado del hogar, y cuando salga á trabajar al campo vendrás siempre conmi-

go. Charlaremos como cotorras durante el trabajo, y lo que no puedes ver haré que lo toques con las manos. De este modo sabrás también como yo el estado de las cosechas, y las irás viendo crecer. Los domingos, te llevaré á la iglesia, y por la tarde te llevaré un ratito á la taberna para que eches un trago y oigas hablar á los amigos. ¡Lo pasarás lo mismo que si no estuvieras ciego! ¿Qué te parece?

—¡Ah Catalinal tu voz es tan dulce que hace latir mi corazón... Cuando te oigo, me parece que mi ángel de la guarda marcha delante de mí: te veo debajo de mis ojos; tienes alas y tu cuerpo brilla como el sol. Creo que Dios misericordioso me deja verte como estarás algún día cuando Dios te recompense en el Paraíso por tu bondad.

—¡Juan, por Dios no me hables así! Una sola recompensa te pido, y es que no estés tan triste. Ayer tenias el corazón más alegre.

El ciego soltó el palo en que se apoyaba para coger la mano de su compañera y marchar al lado suyo.

—Sí, Catalina, le dijo. ¡Ayer no pensaba en otra cosa, si no en que volvía á mi casa! Pero desde esta mañana, y en tanto que dormía, he comenzado á ver claro. Ahora una idea me roe el corazón, no te lo quiero ocultar. Dios me castigaria si pensara todavía en tu amor.

—Juan, ¡por la Virgen! ¡qué idea tan tonta te se ha metido en la cabeza! Me pones tan triste que apenas me quedá aliento para dar un paso. Dime

lo que te pesa sobre el corazón: apostemos á que es una necesidad.

—Hablemos seriamente, Catalina, prosiguió el muchacho con voz alterada: tú eres guapa, robusta, buena, hacendosa.... ¿Debes sacrificar tu juventud por amor y por compasión hácia un desgraciado ciego? Cuando nuestros padres reposen en el campo-santo, ¿quieres verte sola y abandonada en el mundo por causa mia?

Catalina conmovida por el acento desgarrador de Juan, se echó á llorar amargamente. El ciego no lo notó, y prosiguió su triste razonamiento.

—Catalina, yo me acordaré hasta la hora de mi muerte, del instante en que nos despedimos cuando marché al servicio: comprendí cuanto me querían decir tus hermosos ojos, y esto ha endulzado todas las amarguras que he pasado despues. Hasta en el momento en que el médico me quemaba los ojos con piedra infernal y me arrancaba gritos de dolor, tenia delante de mí tu hermosa imágen, y casi sentia tu mano temblorosa entre las mias. ¡Ah! si el Señor misericordioso me hubiera dejado solamente un ojo para poder ganar un pedazo de pan, caeria de rodillas delante de tí para pedirte lo que sólo nos puede reunir para siempre en este mundo. ¿Qué no haria yo entónces para recompensarte por tu bondad? Ahora ya no puede ser.

—Por el amor de Dios, Juan; gritó la jóven con angustia ¿qué estás diciendo? ¿Es por atormentar-

me? No te comprendo. ¿Qué te quedaria entonces sobre la tierra?

—Los padecimientos... y la muerte, dijo el joven suspirando profundamente.

—¿Morir? ¿Y piensas sin duda que yo te voy á dejar? Moriremos, cuando Dios quiera, pero no nos empeñemos en morir cuando nosotros queramos. ¿Qué significa eso? Espíciate mejor; porque ni puedo soportar tus palabras, ni las comprendo... Yo no quiero que sigamos caminando hasta tanto que esto se arregle.—Sentémonos un instante á la orilla del camino, á ver si consigo echar de tu cabeza esas ideas negras que te oprimen.

La muchacha, guiando al ciego, se fué á sentar con él sobre el césped de un bosque que se corria á lo largo de la carretera, dejando el saco en el suelo.

—Vamos á ver, Juan,—le dijo:—expícame claramente tus imaginaciones.

—¡Ah, mi querida Catalina! harto comprendes tu lo que he querido decir. Quieres sacrificar tu juventud por mí. ¿Puedo yo aceptar semejante sacrificio? Semejante idea me desgarrá el corazon, porque yo quiero, ante todo, que seas tan dichosa como mereces. ¿Quieres verme alegre y consolado? Pues bien; prométeme que no serás para mí otra cosa que una hermana, y que no pondrás mala cara á los otros mozos del lugar que te pretendan.

Catalina rompió á sollozar y respondió con la voz anegada en lágrimas:



¡Ay, Juan! ¿Es posible que seas tan cruel? Hé aquí el fruto de mi bondad. ¡No pongas mala cara á los mozos que te pretendan! ¿Qué mal te he hecho yo para que me digas eso?

Juan buscó la mano de la muchacha, y apoderándose de ella, le dijo con voz dulce y triste:

—¡Ah, Catalina! Tú haces por no comprenderme! Si tuviera diez ojos, me los haría quemar todos diez por poder amarte sin hacerte padecer. Y sin embargo, la ceguera es un martirio que sólo puede comprender el que lo pasa... Dios me castigaria seguramente, si consintiera en que me sacrificaras tu vida ..

—Y si yo siguiera tu mal consejo, me olvidarias... ¿no es verdad?

—¡Olvidarte!—dijo el ciego suspirando;—la luz se ha acabado para mí. ¿Qué me queda que hacer durante mi triste vida, sino pensar en tu bondad y en lo que tus ojos me han dicho cuando nos separamos en el bosque?

—¿Y tú amarás siempre á Catalina, aunque ella consienta en seguir tus consejos?

—¡Siempre, hasta la muerte!

La doncella se enjugó los ojos. Su fisonomía se puso radiante, y con un movimiento de orgullo y de gozosa alegría, exclamó:

—¿Y yo te habia de abandonar? ¿habia de tener corazon para hacer cara á los mozos que se acercasen á mí, en tanto que tú llorabas, te consumias y pensabas en mí al lado del hogar? Juan, no sé cómo

tienes entrañas para hablarme de semejante cosa. Si no fueras tú, me pondría furiosa contigo. ¿Crees tú, por ventura, que yo no tengo mi corazón como cualquiera otra? No, no: tú me quisiste cuando tenías sanos tu par de ojos negros, y yo continuaré amándote lo mismo ahora que los has perdido. No me hables de otros mozos, porque eso me hace perder la razón.... ¡Me parece que no me podrías decir eso si me amases!.....

Juan, mudo de admiración, estrechó con reconocimiento las manos de la doncella, y murmuró después de un momento de silencio:

—Catalina, eres un ángel sobre la tierra: lo conozco; tú eres la única que podría volverme lo que Dios me ha llevado; lo que te propones es imposible.

—Sí, sí;—replicó ella:—ya te comprendo: tú quieres que me quede para vestir imágenes: pues no señor; he de casarme, y muy á gusto mio, ántes que venga San Miguel. ¡Chúpate esa!

—¿Casarte? ¡ah, ya te comprendo,—dijo el soldado procurando disimular su emoción.—Ahora veo claro... ¡Quiera Dios que tu marido te ame tanto como tú mereces! ¡Ah! ¿con que te vas á casar? ¿Y con quien? ¿Es con alguno de nuestros conocidos?

—¡Juan, vamos; tú pierdes la cabeza!—exclamó Catalina. Voy á casarme, sí, ¿Quieres saber con quién? Contigo.

—¿Qué dices! ¡conmigo! ¡Con un ciego!

—Contigo: con el que daría diez ojos por poderme amar.

—Cuán buena eres, Catalina! Bendita sea tu boca; pero....

Catalina le tapó la boca con la mano.

—Chito! Demasiado seriamente has hablado hace un momento.—Anda, que creí que el corazón se me rompía en el pecho.... Ahora me toca á mí. Si por desgracia Catalina hubiese perdido los ojos, ¿la rechazarías? Y si ella hubiera continuado amándote á pesar de eso, ¿serías tú capaz de darle el golpe de gracia, haciendo la corte á otras muchachas? Respóndeme sin rodeos.

—No me atrevo.

—¡Nada, nada! ¡Hablar con el corazón en la mano!

—¡Ah, Catalina! Yo hubiera hecho lo mismo que tú haces ahora... y sin embargo... no puede ser. ¿Qué dirían las gentes de mí?

—¡Vaya si será!—exclamó Catalina con resolución.—Aquí está mi mano. Que Dios sea testigo de mi promesa, hasta tanto que nuestro buen Vicario nos una ante el altar.

Al escuchar estas palabras el soldado se cubrió la cara con ámbas manos, para ocultar su emoción. Catalina prosiguió con entusiasmo.

—¡Las gentes! El que obra bien no tiene por qué avergonzarse. Cuando vayamos juntos á la iglesia para casarnos, por mi parte iré tranquila, porque sólo el que está arriba sabe leer los corazones....

Déjame á mí: yo haré ver á todo el mundo lo que se puede cuando no faltan ni el valor ni la confianza en Dios. Nada nos ha de faltar; Catalina pensará en todo y estará siempre á tu lado para consolarte, para amarte y para tenerte contento hasta tanto que la muerte no nos separe. Continuaremos viviendo como siempre, unas veces con nuestros padres, otras con la abuela, con Pablito.... ¡Oh! Hemos de ser muy felices. ¿Qué te parece?

El pobre ciego besaba las manos de la doncella sin saber lo que se hacía, llorando y sollozando. Murmuró todavía algunas palabras que parecían una repulso; pero su compañera le dijo con tono imperativo:

—Juan, el tiempo se pasa y es preciso que prosigamos nuestra marcha. Ya será bien oscuro cuando lleguemos al caserío donde dormí hace cuatro días. Levántate. No quiero que se hable más de este asunto. Lo dicho, dicho. Habiemos de cualquier otra cosa.

Dicho esto, cargó el saco sobre su espalda, alargó el palo á Juan, y ámbos prosiguieron silenciosamente su camino, pensando en la interesante escena que acababa de mediar entre los dos.

## VI.

Al alba del día siguiente, Catalina se volvía á poner en marcha, con el saco á la espalda, y el ciego detrás.

El césped y el helecho que crecían por ámbos lados del camino brillaban á los rayos del sol naciente como si estuvieran sembrados de diamantes, y las puntas de los agudos pinos humedecidos por la escarcha, parecían cubiertas de plata mate. Teñíase el horizonte hácia el Oriente de púrpura y oro: elevábanse en lontananza los vapores nocturnos, flotando entre la tierra y el cielo: despertábanse los coros de las aves, llenando el espacio de una lluvia de alegres acentos: revoloteaba la industriosa abeja zumbando sobre la olorosa madre-selva: mosquitos, cigarras y mariposas revoloteaban saltando de planta en planta: todo sonreía saludando el retorno de la naciente aurora.

La excelente muchacha participaba también sin saberlo de la alegría de la naturaleza. De cuando en cuando canturreaba ó balbuceaba palabras y exclamaciones sin sentido, como para dar salida al gozo que inundaba su corazón. Hacía ya tiempo que el soldado caminaba silencioso. Al fin rompió el silencio, diciendo:

—¡Qué alegre estás, Catalina! Es sin duda porque se prepara un hermoso día. Yo no puedo verlo; pero lo conozco en la manera con que los pájaros dan los buenos días al sol.

—No, Juan, no es por eso,—contestó la muchacha.

—Tengo que contarte una cosa. No es más que un sueño, y ya lo tenía casi olvidado; pero con el aire de la mañana me ha vuelto á venir á la memoria.

¡Qué bueno es soñar! ¿No es verdad, Juan?

—¡Alguna vez!

—Sí, pero yo quiero hablar de los buenos sueños. Jamás he sido tan dichosa como esta noche mientras dormía. No daría mi sueño ni ni por cien duros..., y eso que es dinero. ¡Qué lástima que los sueños no sean más que sueños!

—¿Qué es lo que has soñado, pues, que tanto te agrada?

—Voy á decírtelo: como puedes imaginarte, tú tienes también en él su parte. ¡Oh, qué cosa tan hermosa! Oye pues. La casera ¡que Dios se lo pague! me hizo acostar en un cuartito muy pequeño. Cuando estuve sola me puse de rodillas delante de una Virgen que había en la pared. Yo no sé cuánto tiempo me estuve de aquel modo; sólo sé que cuando me levanté se me iba la cabeza y estaba como fuera de mí, así al menos me lo parecía. La luna entraba tan clara por el ventanillo, que todo el cuarto estaba como inundado de azul... te aseguro que era cosa curiosa.

Me eché en la cama medio vestida para no perder tiempo al día siguiente; pero no pude dormir y tenía sin cesar la luna delante de los ojos. Por fin pude cojer el sueño: no puedo asegurarlo, pero así debió ser por lo que me pasó en seguida. De repente la luna se transformó: se le fué formando la boca, luego unos hermosos ojos azules, luego sus mejillas adquirieron los colores de una manzanita de San Juan, y me sonrió con tanta bondad, que yo lloraba de alegría. Jamás he visto una cara tan

hermosa y tan amable; y si se encontrase una semejante en el mundo, hombres y mugeres nos pondríamos de rodillas delante de ella. ¡Ya lo creo! Pero oye, que ahora falta lo mejor. Poco á poco la luna fué adquiriendo brazos y un vestido largo sembrado de estrellas de oro: sobre su cabeza se colocó una corona de plata con siete estrellas brillantes: sobre su brazo vino á reposar un niño más hermoso que todos los ángeles del Paraiso.

¡Dios mío! no lo dudes, Juan, era la Santísima Virgen que traía á Nuestro Señor en los brazos, que me sonreía de lo alto del cielo y me hacía señal... Pero... oye. Yo no sé cómo te hallabas tú en la habitación, ni por dónde habías entrado; pero yo te ví sobre una silla cerca de la ventana, y con tus ojos ciegos mirabas también el divino semblante de nuestra Madre: ámbos caímos de rodillas y tendimos los brazos hácia la ventana, como si quisiéramos llamar á la Madre de Dios. Ella parece que oyó nuestras súplicas: fué descendiendo suavemente, y acercándose cada vez más, pasó á través de los yerros del ventanillo, y entró en el aposento. Entónces murmuró algunas palabras al niño Jesus: éste posó un dedo sobre tus ojos, y tú arrojaste un grito de alegría, exclamando: ¡Ya veo! ¡Ya veo! Yo entónces me desperté sobresaltada, y caí de la cama... ¡No era más que un sueño! La luna brillaba en el cielo como siempre, y así no se veía otra Virgen que la Imágen pegada á la pared... Y sin embargo, ¡Qué sueño tan hermoso! ¿No es verdad?

La jóven se calló esperando una contestacion. Juan dijo al cabo de un rato:

—¡Qué bien sabes contar las cosas, Catalina! Mi corazón palpitaba de alegría mientras hablabas. Creia verlo todo: cuando has dicho que nuestro Señor me tocaba los ojos, sentí algo que no puedo explicar. Veia ademas la Santísima Virgen; pero tan bien, que podria dibujar sobre la arena las flores de oro de su vestido.

—¿Y qué flores eran las que tú le has visto?

—Rosas!

—Yo también. ¡Es sorprendente!

—Y azucenas.

—Sí, sí; rosas y azucenas. Cómo puede ser..... Yo pierdo la cabeza.

—¡Ah, mi buena Catalina!—dijo Juan suspirando;—no te dejes engañar por una falsa esperanza. Recibamos ese sueño únicamente como un consuelo que Dios nos ha enviado durante nuestro viaje.

—No importa, exclamó la doncella con alegría: me parece que desde esta noche me inspira más devocion la Santísima Virgen que ántes.—Cuando nos hallarnos en nuestra casa, he de pedir al sacristan papel plateado para hacer á nuestra Patrona una corona de siete estrellas... y si algun dia podemos, no le ha de faltar á la divina Señora un vestido con flores de oro. Pero caminemos un poco más de prisa en tanto que el sol está bajo, y ten cuidado porque el camino se va haciendo estrecho y pedre-



goso. Temo que con la alegría hayamos equivocado el camino.

—Es preciso que pongas cuidado, porque mis piernas comienzan á fatigarse y difícilmente podré caminar hoy las diez horas de estos días atrás.

—No te apures por eso,—dijo Catalina contentiendo la marcha:—cuando se camina hácia casa, se llega siempre. Avisame cuando estés muy fatigado, y descansaremos. Ahora conviene que calles, porque así te cansarás ménos.

A todo esto, el sol, á medida que se iba elevando, despedía rayos más intensos. La calor se hizo tan viva, que los dos viajeros comenzaron á sudar copiosamente y á respirar afanadamente. El soldado no se quejaba, y seguía valerosamente á su conductora. Sólo habia roto el silencio para quejarse del dolor que sentia en los ojos, como si los rayos deslumbradores del sol le hubiesen aumentado la inflamacion.

De pues de una hora larga de fatigosa marcha, Catalina se detuvo de repente sin decir una palabra.

—Catalina,—le dijo Juan sorprendido;—¿qué es lo que has visto?

—Juan,—contestó esta;—¡la hemos hecho buenal Hemos perdido el camino. Nos hallamos delante de un arroyo bastante ancho, y no veo paso por ninguna parte.

—¡Lo siento! ¡estoy tan cansado! murmuró Juan. ¡Hay mucho fondo!

—¡Oh! no; le veo perfectamente: nos llegará hasta las rodillas.

—Pues no hay más remedio que pasarlo.

—No es posible, Juan, las orillas son demasiado altas y tú no puedes bajarlas ni subirlas... Pero, bien mirado, sería mucho peor volver atrás. Conque... lo que ha de ser que sea pronto: ven.

Aún no había acabado de pronunciar estas palabras, y ya había conducido á Juan hasta los bordes del arroyo. Desde allí arrojó el saco vigorosamente á la orilla opuesta, y se deslizó hasta el fondo del arroyo.

—¿Qué haces, Catalina? preguntó Juan.

—Echame los brazos al cuello y tente firme, respondió ésta, atrayendo hácia sí al soldado á pesar de sus protestas, y obligándole á obedecer.

A pesar de lo pesado de la carga, Catalina, que era robusta, llegó con paso vacilante á la otra orilla.

—Juan, agárrate bien á estas ramas de sauce; yo te ayudaré tambien á subir.

El soldado siguió la recomendacion de su guia, y subió hasta la orilla sin gran esfuerzo. La muchacha se halló muy presto á su lado, y se sacudió las faldas empapadas de agua.

—¡Oh! exclamó el ciego: eres la misma bondad. ¡Cuándo aumenta mi tristeza el no poder recompensarte por tantos cuidados y fatigas!

—Vamos, no digas tonterias: esto no vale la pena de que hablemos de ello. Te he traído un momento sobre las espaldas, ¡vaya una hazaña!

—¿Y tus vestidos?

—El sol los secará bien pronto, que te aseguro que pica de lo lindo. Volvamos á emprender nuestra marcha poco. Dentro de media hora llegaremos á una aldea cuyo campanario se vé desde aquí, y allí descansarás.

—¿El agua del arroyo es clara?

—Como el cristal. ¿Tienes sed? Espera: ahora nada importa que me moje. Te voy á dar un trago.

—No, Catalina, no tengo sed; pero los ojos me hacen mucho mal: lávame los un poco con agua fresca, á ver si se me calma el dolor.

La muchacha bajó al arroyo y llenó una taza de barro de agua limpia. Volvió á subir, sacó del seno un pañuelo blanco, y dijo al ciego:

—Siéntate y deja que yo te lave, pues tú no puedes hacerlo sin mojarte la ropa.

El soldado obedeció sentándose sobre la yerba y volviendo la espalda al sol. Catalina le quitó la visera y comenzó á refrescarle los ojos con el pañuelo mojado, y como el soldado parecía sentir un gran alivio, no se contentó con esto y le lavó la frente y el rostro, hasta que el soldado lo apartó dulcemente con la mano diciendo:

—¡Basta, Catalina, basta!

Se separó la doncella algunos pasos para recoger la visera que estaba en el suelo; pero al volver con ella vió con asombro y temor á un tiempo que el ciego se incorporó como fuera de sí lanzando un

grito y con las manos extendidas hácia ella:

—¡Dios mío! Juan, ¿qué te sucede?—exclamó la muchacha corriendo hácia su compañero, pálida y temblorosa.

Este la rechazó con un movimiento convulsivo, y le dijo con voz entre-cortada y suplicante:

—¡Catalina! ¡Catalina! Te lo suplico..... vete..... un poco más lejos..... al mismo sitio que ocupabas ántes .... ¡Per Dios, no pierdas tiempo!

Sorprendida Catalina de la incomprensible alegría que iluminaba la fisonomía del ciego, obedeció y se colocó á alguna distancia. Juan abrió entonces sus ojos apagados y exclamó levantando los brazos al cielo:

—¡Catalina! ¡amada mía! ¡Te he visto! ¡Mi ojo izquierdo no está perdido todavía!

Quedó la aldeana al oír estas palabras como si la hubiese herido un rayo, y acercándose al soldado con paso vacitante, exclamó:

—¡Juan, tu me engañas! ¡no es verdad lo que dice! ¡No me hagas morir de alegría! Pobrecillo, la luz del sol te ha engañado.

—Te he visto, prosiguió Juan fuera de sí: te he visto en las tinieblas, como una sombra; pero no tengo duda; porque te he reconocido. Te digo que mi ojo izquierdo vive todavía. ¡Ay Catalina! si se realizará tu sueño de esta noche.

Catalina lanzando un grito penetrante cayó de rodillas, y extendiendo las manos al cielo, murmuró una fervorosa plegaria. El soldado la vió aunque de

una manera vaga é indecisa, y cayó tambien prostrado al lado suyo.

Tan arrobada se hallaba la doncella, en su extática plegaria, que no notó la accion de Juan, y permaneció algun tiempo en una inmovilidad completa; pero cuando la oracion la hubo restituido alguna calma y observó la postura de su compañero, exclamó fuera de sí:

—Juan! tu has visto lo que yo hacia?

—Lo he visto! respondió el pobre muchacho con transporte.

—Ah! Virgen del Cármen! Santa Madre de Dios! Tu eres la autora de este milagro! Madre mia! ¿Cómo podré mostrarme agradecida á tanta misericordia? Todos los años iré descalza á su ermita y le llevaré un cirio y una corona de flores. Aunque nos falte para comer, no te faltará nunca nuestra ofrenda, Virgen Santisima!

Despues de este ferviente desahogo de gratitud, Catalina se dejó caer sentada en el suelo y comenzó á llorar silenciosa y dulcemente. El soldado, no ménos conmovido, no encontraba palabras con que manifestar las sensaciones de su alma. A sus ojos se presentaba inesperado todo un porvenir de amor y de felicidad.

Pasado este primer momento, se levantó Catalina y anudó con mil alegres exclamaciones, la visera de Juan. Luego se echó el saco á la espalda, tomó la mano de su prometido y ámbos se pusieron en marcha con paso ligero.

—No sé lo que me pasa, decía caminando Catalina; quisiera saltar y bailar de alegría. Sería ahora capaz de andar veinte horas seguidas sin cansarme.

—Yo también, contestó el soldado; ¿qué digo, andar? ¡me parece que volaría si quisiera! ¡Ay, Catalina de mi alma! ¡Si mi ojo izquierdo pudiera curarse! ¡Qué felicidad, Dios mío! ¡El corazón se me salta de pensarlo!

—¡Vaya si curarás! ¡Pierde cuidado, que el asunto está en buenas manos!... ¡La Virgen velará!... ¿No ves que en todo esto anda la mano de Dios? ¡Y mi sueño de esta noche!

—¡Oh! ¡Cuán dichosos seríamos sobre la tierra! Entónces sí que podríamos casarnos... Yo trabajaría como un esclavo... ¡qué dicha!... para que tú no hicieras nada más que descansar... y querer siempre á tu pobre Juan.

—Nada de eso, dijo Catalina sonriendo: ¿para qué me ha dado Dios este par de brazos? ¿piensas que podría yo acostumbrarme á estar mano sobre mano? ¡quita allá!

—Bien, bien; no harías más que lo quisieras.... ¡Cuán dichosos serian nuestros padres al vernos felices, y procurando que ellos lo fueran también.... Echaria abajo la pared que separa nuestras dos cabinas, para hacer de las dos una sola casa, y para que pudiéramos vivir todos juntos... ¡Semejante vida seria un paraíso!...

—Calla, calla, que la boca se me hace agua con

lo que dices... Caerá la pared en cuanto lleguemos... y entónces, el abuelo, nuestras madres, Pablo, nosotros dos, y hasta los pobres animales, podremos vernos á todas horas... estar siempre reunidos! ¡Oh! ¡qué gusto! ¡qué felicidad!

Catalina saltaba como un chico al pronunciar estas palabras, y su seguridad iba fortaleciendo las esperanzas de Juan.

—Además, prosiguió este, tenemos poca tierra para poder vivir y ahorrar algo... Tomaré en arrendamiento un poco más, porque es preciso pensar en el día de mañana... y además...

La voz de Juan se debilitó, y murmuró en tono casi imperceptible:

—Debemos pensar en que, Dios mediante, nuestra familia se irá aumentando poco á poco.....

Al decir esto se detuvo, porque al mismo tiempo Catalina se llevó la mano á los ojos, y la oyó sollozar.

—¿Mis palabras te apesadumbran?—la preguntó Juan.

—¡Por el amor de Dios!—contestó la doncella,—cállate, porque el corazón quiere salirse del pecho..... pero no temas..... es de alegría..... Me siento tan feliz, que perderé la cabeza si continúas hablándome del paraíso que nos aguarda.

—¿Y qué piensas que me sucede á mí? Pero no puedo callarme..... mi corazón está demasiado lleno..... Déjame continuar, y dime tú algo de cuando

en cuando... Así llegaremos contentos al término de nuestra jornada....

Catalina se calló, y el soldado continuó desarrollando las risueñas perspectivas que acababa de entrever, haciendo aparecer á la vista de la conmovida aldeana el mágico cuadro de una felicidad doméstica sin nubes ni sinsabores.

De este modo llegaron á la aldea en donde pensaban pasar la noche, y en donde se reposaron de tantas fatigas y de tan encontradas emociones.

VII.

En la tarde del día siguiente los dos jóvenes caminaban] silenciosos y tristes por el sendero de un bosque. Ninguno de ellos habia revelado al otro el penoso estado de su alma; antes al contrario, en las pocas palabras que se dirigian, se esforzaban ámbos por aparecer contentos como el día anterior.

Estaban tristes porque un amargo desengaño habia venido á disipar sus sueños de esperanza.

Desde que habian comenzado su jornada, Catalina habia lavado ya cinco ó seis veces los ojos del soldado; probó todas las fuentes y manantiales del tránsito para ver si poseian la maravillosa virtud del arroyo del día anterior. ¡Inútil afán! Estos amorosos cuidados eran para ella y para el desgraciado



mancebo una causa de desaliento y de dolor.

Ya fuese porque el soldado se hubiese realmente engañado cuando creyó ver á su compañera, ó ya porque la frescura del agua y la frotacion del lienzo le hubiesen aumentado la inflamacion, la verdad es que ya no veia nada, por más que se esforzaba en abrir los ojos á cada nueva ablucion. Este deplorable estado se acrecentó hasta el punto de no poder soportar la luz, y cerraba los ojos con una viva sensacion de dolor, cada vez que Catalina le desataba la visera para refrescárselos.

Con estas dolorosas pruebas, ámbos adquirieron la terrible conviccion de que habian sido víctimas de una cruel alucinacion, y que la ceguera era completa é incurable. Verdad es que un rayo de pasajera esperanza dormia todavía en el fondo de sus corazones; pero no servia más que para mantener viva la lucha sin alcanzar á mitigar las amarguras del desaliento.

Otra causa aumentaba su tristeza. Desde el alba habian hecho ocho leguas de jornada, y se hallaban sumamente fatigados, el ciego, sobre todo. Sumergido en una mortal atonía, se arrastraba trabajosamente detrás de su compañera con el cuerpo echado hácia adelante, y como un autómatas. Tenia destrozados los piés, y á no ser por la mortal preocupacion que le embargaba, no hubiera dejado de sentir la sangre que le corria del talón derecho dentro del zapato.

No se hallaba ménos fatigada la pobre Catalina,

pero proseguía su marcha sin decir palabra y sin tener valor para mirar á Juan. Tampoco se atrevía á hablar, porque en su corazón no había consuelo; y por lo tanto no podía darlo. La seductora visión se había desvanecido: toda esperanza de felicidad se había ido con ella. Su gozo había sido demasiado vivo al ver delante de sus ojos la perspectiva de un dichoso y risueño porvenir; y aunque naturalmente valerosa, el desengaño la oprimía bajo su mano de plomo. Además, ¿qué habría podido decir á su compañero para sacarle de su sombrío abatimiento? ¿Hablarle de sus ojos, y mentir? No podía hacerlo. Sería una amarga ironía que destrozaría el corazón de Juan y el suyo propio.

Hé aquí por qué contra su costumbre caminaba silenciosa y con paso tardo, abismada en amargos pensamientos y casi sin conciencia de lo que hacía.

Trascurrida una media hora del más profundo silencio, el soldado se paró repentinamente, y con la respiración afanosa, dijo:

—Descansemos, Catalina: yo no puedo más.

—También yo me siento fatigada,—respondió la jóven sin volver la cara y arrastrando dulcemente á su compañero:—vamos á descansar un poco: poco nos falta para llegar al pueblo donde hemos de pasar la noche.

—¡Ah! Por caridad quedémonos aquí,—exclamó el ciego con voz suplicante.

—Estamos cerca de un jardín: nos faltarán unos

veinte pasos: allí tenemos una hermosa alameda para descansar á la sombra.

—Por el amor de Dios! Vamos presto.

Catalina condujo á Juan hasta la alameda y le ayudó á sentarse con la espalda vuelta á los árboles.

El mancebo se dejó caer como un fardo sobre la yerba, é inclinó la cabeza sobre el pecho.

Inmediatamente al sitio donde se detuvieron nuestros dos jóvenes, la avenida de álamos se retiraba con direccion al jardin formando un ángulo recto. Cerca de este ángulo y sentado en un banco de piedra, se hallaba un caballero anciano con un libro en la mano. Blancos eran sus cabellos y su fisonomía, surcada de profundas arrugas, respiraba benevolencia. El gaban abrochado hasta la barba y la cinta en el ojal, le daban el aspecto de un militar de graduacion, retirado.

Cuando este personaje oyó cerca de sí el rumor de los pasos de nuestros dos viandantes, se volvió y los examinó por entre los claros del follaje. A primera vista se sorprendió de ver á dos jóvenes de diferente sexo errantes por los campos; pero luego pensó que serian hermanos: que la muchacha conducía sin duda á su hermano enfermo á la casa paterna, y que por ahorrarle fatiga se habia cargado con el saco que él debia llevar. Sin embargo, no pudo ménos de admirar esta sencilla y elocuente prueba de cariño, y una sonrisa bondadosa iluminó su grave fisonomía, en tanto que sus ojos conti-

[Estaban examinando la interesante pareja.

En esto Catalina se habia ya sentado al lado del ciego, y le decia:

—Juan, ¿estás mudo y triste? ¿qué es lo que te atormenta? Sin duda la fatiga del cuerpo; pero no temas; esto pasará.

No habiendo obtenido contestacion, repuso con voz más dulce.

—Vamos, ánimo y piensa que mañana dormiremos en nuestra casa ¿No te regocija esta idea? Todo lo más, nos faltarán tres leguas; saliendo mañana por la mañana tempranito, al medio día podremos hallarnos en los brazos de nuestros padres... ¿Qué contentos se pondrán!... Ha sido una fortuna el haberte podido arrancar del hospital y obtener tu licencia. En lo demás no tienes que pensar:—yo haré de modo que no tengas en tu vida ni un solo disgusto... ¿Por qué callas?

El muchacho respondió suspirando:

—¡El corazón y los ojos me hacen mal...! Déjame descansar.

Se pasaron algunos momentos sin que Catalina se atreviera á romper el silencio: examinando á Juan llegó á persuadirse que era la pena más que la fatiga lo que tenia abrumado á su pobre amigo. Con generosa abnegacion, procuró comprimir su propio dolor, para consolar al pobre ciego, y así le dijo con afectada tranquilidad.

—Juan, tú estás bien seguro de haberme visto, ¿no es verdad? Esto me hace creer que todavía no

está perdido tu ojo izquierdo, por más que ahora te halles completamente ciego. El calor te ha irritado y te ha inflamado los ojos. Ten paciencia hasta que lleguemos á casa; vendaremos un poco de maiz y haremos venir al cirujano. El te curará como ha curado tantos otros que estaban con un pié en el camposanto. Mañana ¡qué gusto! abrazarás á tu madre, al abuelo, á Pablo. Yo te conduciré á ver á todos los vecinos y amigos. Cuando hayas descansado, los ojos no te harán daño y verás un poco, como ayer. Además iremos juntos á orar á la ermita y á dar gracias á la Virgen, porque, no lo dudes, Juan, mi sueño no puede faltar..... ¡Calla, qué estoy viendo! ¡Tienes el pié ensangrentado y no me dices una palabra!

Bajarse para quitar á Juan el zapato y la calceta y restañarle la sangre que corría con su pañuelo blanco, fué para Catalina la obra de un momento. Iba á decirle que la herida era de poca importancia, pero apenas alzó los ojos se puso á temblar preguntando con ansiedad:

—Juan, pobrecito. ¿Qué tienes? ¡estás pálido como un muerto!

El muchacho murmuró con voz apagada:

—No lo sé..... el corazón se me vá... me siento morir.....

Y un estremecimiento general agitó su cuerpo, cayendo inanimado sobre la yerba.

Catalina, arrojando gemidos inarticulados, acudió á socorrerle; pero al examinar el semblante de Juan

perdió la cabeza exclamando con acento de angustia.

—Juan! Virgen Santa! el pobrecito está muerto! agua! socorro! socorro!

Se levantó al decir esto como una loca, corrió de aquí para allí en busca de alguna corriente; pero no la encontraba. Entonces notó al fin de la avenida una barrera abierta que daba entrada al jardín y á la casa, y lanzando una exclamacion de alegría se echó á correr en aquella direccion para pedir auxilio. A la mitad del camino se encontró con dos personas que venian de la casa. La una era el anciano de que hemos hablado poco ha, y la otra parecia un criado, viejo tambien, pero fuerte y vigoroso. Una larga cicatriz, que parecia de un sablazo, le cruzaba toda la cara. Traia en las manos una jarra con agua, dos botellas y algunos pedazos de lienzo.

—¡Oh señor, por compasion!—exclamó Catalina dirigiéndose al primero de los dos desconocidos:—deme Vd. un poco de agua y vinagre! Allí ha quedado un pobre muchacho ciego sin conocimiento. ¡Por la Virgen del Cármen, señor, tenga usted caridad y acompáñeme á socorrerle..... ¡Ah! ¡venga Vd.!

Sonrió el anciano con aire compasivo, y tomando la mano de la muchacha, la dijo con perfecta tranquilidad:

—Calmate, hija mía: eso no es nada. Ibamos precisamente á sacarte del apuro... No tengas cuidado..... ese es un desmayo que pasará pronto.....

La debilidad y la fatiga sin duda..... Ven, y no te descorazonés.

Catalina, creyendo que no iría más allá la caridad de los dos desconocidos, y sonriendo con angelical dulzura, les dió las gracias con estas palabras:

—Señores, yo soy una pobre aldeana, y Juan no es más rico que yo; pero siempre nos acordaremos de Vds. en nuestras oraciones, y les bendeciremos por su gran bondad. No se molesten Vds. más: déjenle Vds. sentarse sobre la yerba: así descansará, que tanto lo necesita. Tenemos aún que llegar á nuestro pueblo ántes que venga la noche. Que Dios Nuestro Señor y la Virgen les dé á Vds. la felicidad en este mundo y la gloria en el otro, por su caridad.

—¡Cómo se entiende! ¡no! ¡no! respondió el anciano: es preciso venir con nosotros. Sois unos buenos chicos, y yo no quiero dejaros marchar en ese estado. Este muchacho no partirá sin algun alivio, y en cuanto á tí, hija mia, veremos lo que se puede hacer para recompensar tu abnegacion.

—Tenemos todavía botellas de Jerez capaces de hacer revivir á un muerto, añadió el criado. Esa es la única medicina que necesita: dentro de una hora ya no le reconocerás.

—¡Oh, señores! murmuró la jóven: hagan ustedes cuanto su alma cristiana les inspire: cuando veo lo buenos que son Vds., la emocion no me deja hablar. Benditos sean Vds. mil veces.

—Sostenido de cada lado por el amo y el servi-

dor, Juan se puso á caminar con paso tardo. Cuando llegaron al jardin, se acercó al criado, y le preguntó en voz baja:

—Diga Vd.: ¿su amo de Vd. es médico?

—¡Toma! y de los mejores. Ha sido médico-cirujano en jefe del ejército. Hemos cortado más piernas y brazos que flores hay en este jardin, que no es decir poco.

—¿Sabe curar los ojos?

—Sí, sí; y un poco mejor que los cirujanos del dia. Pocos quedan de nuestros antiguos camaradas, si no más de uno podria contar que le debe la vista.

—Ay señor, ruéguele Vd. por Dios, que examine los ojos de Jaan. ¡Quién sabe si podrá curarle!

—Déjale hacer, hija mía, que no hay necesidad de que nadie se lo diga. Ama á los soldados como á las niñas de sus ojos. Jaan no se marchará tan pronto de aquí.

—¡Ah! no deje V. de hacer cuanto pueda porque este señor haga ese milagro.

—No hay necesidad de pedírmelo: yo tambien he sido soldado. Mira cómo se endereza el muchacho: ya marcha sin ayuda.

Llegaron en esto al pórtico de la casa, que atravesaron, entrando en una habitacion con ricos muebles. El anciano condujo al ciego hacia un sillón, donde le hizo colocar dando las espaldas á la ventana; le dió una llave al criado, el cual tomó



con aire regocijado, volviendo al momento con una botella y dos vasos. Al pasar le dijo á Catalina al oído:

—Este es un vino capaz de resucitar á un muerto: vas á ver:

Catalina comprendía con dificultad lo que se le decía. Le parecía tan maravilloso este socorro inesperado, que su alma ingénuo veía en él la intervención de la Virgen, y contemplaba con asombro y gozo la dulce y consoladora fisonomía del anciano. Este solreía con aire protector, y dijo á la jóven, no sin dejar de apresurar el paso:

—Eres una excelente muchacha, y Dios te premiará la caridad y el amor que demuestras á este pobre soldado. ¿De dónde vienes con él? ¿De Madrid?

—Sí señor: de Madrid.

—¿Y has llevado durante todo el camino el saco que traes sobre la espalda?

—Sí, señor, —contestó la doncella llorando:— el pobre está ciego y no puede caminar sin tropezar á cada momento. Teníamos prisa de llegar; yo estoy sana y robusta, á Dios gracias... ¡Ay Dios mío! ¡Mírele V. pándo como un difunto!

Al decir esto, un torrente de lágrimas corrió por sus mejillas, y exclamó con voz suplicante y angustiada:

—¿No es verdad, señor, que no morirá?

El anciano movió la cabeza sonriendo, y se aproximó al enfermo, al propio tiempo que el criado,

dejando las botellas en tierra y sin esperar la orden de su amo, levantó con una mano la cabeza del soldado, y con la otra le desanudó la corbata descubriéndole el pecho. El desconocido entre tanto lavaba el rostro y las mejillas del pobre licenciado.

Catalina contemplaba de rodillas y con los ojos fijos y llenos de lágrimas los cuidados de que era objeto su desventurado compañero, pareciéndole en medio de su emoción que los dos desconocidos debían estar acostumbrados á tratar enfermos, por lo que se le metió en la cabeza que el anciano debía ser un médico.

Esta idea la consoló y la reanimó, confirmándola estas palabras que pronunció el criado:

—Mi amo, esto me recuerda el lance de Ramales.

—¡Ah, sí! El pobre capitán Doblado! Aludes á él, ¿no es verdad?—respondió el viejo suspirando.....

—El desmayo es tenaz! Dadme esa redoma.

—Sí; me parece que le estoy viendo en este momento.... Estaba así, arrimado á un árbol... El pobre dejó sus huesos en Vitoria... Era un valiente! Qué vida aquella, señor... Se cortaban piernas y brazos como quien corta rebanadas de pan... Aquel día sobre todo. Yo estaba lleno de sangre de la cabeza á los pies, y Vd. también, mi amo!

—El corazón comienza á reanimarse... pronto volverá en sí.

El criado levantó con el dedo las pupilas del enfermo, y exclamó:

—¡Es ciego! ¡Ah, sí... no hay duda! Pero mire usted, señor, el ojo izquierdo me parece que no está perdido todavía.

Catalina arrojó un grito de alegría. Expiando la fisonomía de su compañero vió que las mejillas se coloreaban ligeramente, y que se comenzaba á mover.

El ciego, vuelto en sí de su desvanecimiento tentó los vestidos de los que le rodeaban y dijo con ansiedad:

—¿Dónde estoy? ¿qué me ha sucedido?

Y echando las manos por delante, exclamó con voz suplicante:

—Catalina, Catalina, ¿dónde estás?

La doncella se apoderó de sus manos, gritándole con alegría:

—Aquí, aquí estoy; no tengas cuidado. Da gracias á la Virgen por haber caído en tan buenas manos. Dicen que tu ojo izquierdo no está muerto.

—Quien quiera que sean, que Dios se lo pague, murmuró el jóven.

—Camarada, dijo el criado, veamos si puedes tenerle derecho. Animo.... verás que la cosa no es tan difícil.

Diciendo esto, tomó el brazo izquierdo del soldado, en tanto que su amo le sostenía por el otro lado, consiguiendo entre los dos que se tuviera en pié.

Catalina no comprendió lo que quería decir, y examinaba con atenta curiosidad al anciano. Este acercó á los labios de Juan un vasito lleno de un licor dorado y transparente.

—Bebe esto á traguitos, le dijo, y verás cómo te restaura.

—¡Dios mío! ¡qué es esto!—exclamó Juan estupefacto despues de haber bebido algunas gotas del licor benéfico.... Esto me refocila.... Gracias, señor.... ¡tengo hambre!

—¿Tan pronto, camarada? Es preciso un poco de paciencia. Te vendaremos el pié por lo pronto, y luego te exploraremos los ojos. Ven aquí, buena chica... casi te habia olvidado, hija mia. Siéntate en esa silla, y tú, Pepe, dále un vasito de vino.

En tanto que el criado estaba entretenido en hablar á Catalina ponderándole la maravillosa virtud del Jerez, el amo rodeaba con una venda el pié herido de Juan. Concluida esta operacion, cogió una redoneta de un arinario, le lavó los ojos con el elixir que contenia, untándoselos despues con una pomada blanquecina. Hecho esto, corrió las cortinas de las ventanas para amortiguar la luz, y acercándose al soldado le dijo:

—Abre los ojos á ver si hemos adelantado algo.

Juan abrió los ojos y se quedó por algun tiempo silencioso, á pesar de las preguntas del anciano. Sus ojos apagados parecia que buscaban alguna cosa.

De repente se escapó de su pecho un grito agu-

disimo: se levantó y marchó con las manos extendidas hacia su compañera, que de pie y temblorosa le veía acercarse. Quería adelantarse hacia él, pero el criado la contuvo.

El ciego se paró delante de ella, y tendiéndola la mano con un movimiento convulsivo exclamó:

—¡Catalina! ¡Catalina! ya no soy ciego. Esta vez no me equivoco, volveré á ver á mi madre, á la abuela, á Pablito... ¡Ah, ven, que traes el pañuelo encarnado que te compraste por San Miguel.

La muchacha sin saber lo que se hacia, y pronunciando palabras ininteligibles que parecian más bien gemidos que gritos de alegría, se arrojó al cuello de Juan; pero el viejo, cogiendo á éste de nuevo, le volvió á santar en el sillón, y le anudó la vizera verde delante de los ojos, diciéndole de paso:

—Has dicho que tu compañera trae un pañuelo encarnado. No me parece posible que hayas podido verlo. ¿No temes haberte engañado?

—No he visto más que una sombra gris,—respondió el soldado;—pero cuando empecé á volverme ciego, noté que el encarnado se me hacia más oscuro que los otros colores. Estoy seguro de que Catalina trae su pañuelo encarnado.

—Me lo figuraba.—murmuró el médico;—ahora es preciso andarse con mucha prudencia. Pepe, lleva á este chico á la cocina y dale un poco de carne y de pan. Media racion y nada más, ¡cuidado! Despues le conducirás al gabinetito y le harás acostar: tiene necesidad de reposo. Dí tambien á la

criada que traiga algo de comer á esta buena chica.

En cuanto el criado y Juan hubieron pasado el umbral de la puerta, Catalina cayó de rodillas delante del anciano, sollozando y riendo al mismo tiempo. Este quiso levantarla, pero ella se resistió, y exclamó alzando hácia él sus hermosos ojos llenos de lágrimas:

—Dios y la Virgen derramarán sobre V. sus bendiciones por haber tenido tanta caridad con unos pobres como nosotros. No puedo decirle á usted lo que tengo aquí;—y se tocaba el pecho;—pero daría con gusto diez años de mi vida por usted. Si V. acaba de curar los ojos de Juan, rozaremos por V. todos los dias, é iremos todos los años, por la intencion de V., á rezar á la Virgen del Milagro, que se venera á tres leguas de nuestra aldea.

El viejo hizo que la muchacha se levantara y la arrastró suavemente hácia la mesa, dirigiéndola palabras de consuelo y de esperanza. La criada apareció entónces y colocó delante de la confusa Catalina algunos manjares delicados, y desapareció en seguida.

La aldeana comió poco; ya fuese fatiga ó ya conmocion, dejó la mesa á los pocos bocados, y su mirada se fijó con una expresion de mudo reconocimiento sobre su bienhechor, que se habia sentado cerca de ella con objeto de animarla á que comiera.

Cuando el anciano vió que ya no queria comer más, la tomó la mano y la dijo:

—Ahora cuéntame de dónde eres y cómo es que andas en compañía de ese pobre soldado ciego.—  
Dime si tienes padres y dónde se encuentran.

La muchacha se puso á hablar con una inocente y sencilla elocuencia, de las caritas de barro, de la quinta, de la abuela, del abuelo, de Pablo y de la partida de Juan. Pero cuando llegó á contar los trabajos que tuvo que pasar para reunirse con su compañero en Madrid, cómo habia estado á punto de desmayarse de alegría cuando el oficial le habia dado permiso de llevarse consigo al infelizmente ciego, cómo habia soñado con la Santa Virgen y lo que Juan y ella se dijeron durante el camino; una profunda emocion se apoderó poco á poco del corazón del anciano, que de cuando en cuando se enjugaba los ojos. La dulzura del acento de la muchacha era irresistible.

Nada le habia esta ocultado, refiriéndole con abandono todas las circunstancias de su sueño, su matrimonio con el ciego, lo que habia prometido á éste, lo que pensaria hacer para endulzar su triste existencia: tambien le habia referido las palabras de Juan y cuanto habia prometido en el caso de que por la misericordia del Señor recobrase la vista.

Duró largo tiempo la tierna narracion, aunque el viejo no la interrumpió sino con alguna que otra pregunta.

Cuando la jóven hubo acabado, esperó silenciosa una respuesta de su auditor; pero éste con los ojos

fijos en tierra parecia sumido en una profunda meditacion.

Al cabo de algunos instantes, levantó la cabeza y la dijo:

—Hija mía, has hecho una buena accion, y Dios te lo recompensará. ¿Conque has soñado que trabajando noche y dia llegariais, tú á dulcificar las tristezas de la ceguedad á tu compañero de infancia, él á recompensarte de tu cariño, y entrambos á asegurar á vuestros ancianos padres una existencia tranquila? ¡Magnífico! Dios ha oido vuestras plegarias. El es quien os ha guiado aquí, y me permite hacer una buena accion. Yo echaré mano de todos los recursos de mi arte para curar el ojo izquierdo de tu futuro, y espero que lo conseguiré. En cuanto á lo demás, no paseis cuidado ninguno. ... tu generoso sueño será una verdad ... Por de pronto pasareis hoy aquí la noche, y veremos mañana lo que se puede hacer: descansa y pásate por el jardin: si quieres algo pídelo á cualquiera de los criados; son buena gente que se desvivirá por servirte. Ahora te digo: pronto nos volveremos á ver.

Catalina vió alejarse al anciano, sin poder profesar una palabra... A los pocos instantes dejó tambien la habitacion, y con el corazon inundado de alegría se puso á vagar por el jardin, fantaseando con lo que le habia dicho el anciano.

Al dia siguiente, un carruage traspasaba la barrera de la mansion campestre. Sobre el asiento delapтеро se pavoneaba Pepe, sibando una tonada



marcial y azuzando el caballo con el látigo. En el interior se veía al licenciado con su visera verde delante de los ojos, y cerca de él á Catalina, con la cara risueña como unas flores.

—¡Cuán felices somos! ¿no es verdad, Juan? Mi sueño se ha realizado... ¡Qué contenta va á ponerse madre!... y tú curarás también, de seguro, porque lo ha dicho aquel señor tan bueno. ¡U! ¡cómo se van á quedar con un palmo de narices cuando nos vean llegar como marqueses dentro de un coche!

—Hasta aquí conozco el camino,—dijo el criado;—des de allí será preciso que me lo indiqueis vosotros. ¡O! ¡eh! ¡Valerosa!

Y soltó la brida al vigoroso animal.

El polvo del camino vuela en torno á las ruedas como una nube, y el carruaje desapareció, dejando atrás las últimas casas de la aldea.

### VIII.

Cazando un día por el bosque me sorprendió una tempestad. ¡Espectáculo maravilloso y formidable, cuando se admira en plena campaña, y mucho más si acaece en un día de verano, lejos del ruido de las ciudades, en medio de una vegetación robusta y con horizontes extendidos! Parece que una agona mortal va poco á poco apoderándose de la natura-

leza entera. Palidece el sol, se hace pesado y sofocante el aire, huyen los animales inquietos buscando una guarida; las abejas hienden el espacio como flechas para ganar su colmena; se quedan inmóviles las hojas de los árboles, como aterradas por la perspectiva de la próxima batalla; cierran sus cálices y replegan sus hojitas las tímidas plantas..... todo parece que se recoge esperando con silencio solemne el estallido de la cólera celeste! En aquellos momentos se siente el alma sobrecogida de respeto, y el corazón comprimido por la ansiedad..... En medio del terror universal de la naturaleza, no es posible al corazón humano permanecer frío é indiferente.

Comienzan á chocarse las nubes: al silencio siniestro de hace un momento sucede un combate impetuoso y desordenado: truena y ruge el huracán azotado por la mano omnipotente de Dios, y arranca del seno de los bosques gemidos profundos: públase el aire á impulsos de la ventisca de hojas y de polvo que se arremolinan, hasta que la voz del rayo viene por fin á dominar todos los demás ruidos. Desde este momento ya no se ve mas que fuego, ni se oye más voz que la del trueno; hasta que las nubes, fatigadas de esta lucha titánica, se desgarran derramando torrentes de agua que inundan el valle, y al formidable ruido de la tempestad sucede el monótono rumor de la lluvia.

Me hallaba en este día ansioso de impresiones poéticas y había por lo tanto contemplado con vo-

luptuosa emoción el magestuoso espectáculo que se desplegabá ante mis ojos; pero á la aparición de los primeros relámpagos comprendí que debía hacer lo que habian ya hecho todas las criaturas vivientes; esto es, buscar un asilo y ocultarme humildemente en presencia de los prodigios de Dios.

No léjos del sitio en que me encontraba, se veía una alquería solitaria, rodeada de verdes prados y de espesas arboledas. Cuando llegué á este oasis á demandar hospitalidad, la lluvia caía ya como un segundo diluvio.

Allí encontré á todos los habitantes de la alquería puestos en oracion en torno de un cirio bendito. Un hombre jóven se levantó al verme entrar, me invitó con amable sonrisa á tomar asiento, y volvió en seguida á hincar la rodilla y á juntar las manos.

El recogimiento de esta familia en oracion, ofrecía un espectáculo tan bello, tan tierno, tan celestial, que un impulso irresistible me movió á asociarme á la piadosa demostracion y á humillarme ante aquel Dios cuyo acento formidable se hacia entonces sentir desde las profundidades del cielo. Descubrí mi cabeza, hínqué las rodillas en el suelo, y me puse á orar. ¡Oh! ¡cómo refrescó mi alma aquella plegaria en medio de las soledades del campo y rodeado de almas sencillas y creyentes!

La tempestad iba calmándose poco á poco; pero los habitantes de la alquería que á cada relámpago

se hacian devotamente la señal de la cruz, continuaron en su mudo recogimiento, dándome casi tiempo para hacer, sin ser notado, un estudio atento de cada uno de ellos.

Observé por de pronto un anciano que debía pasar ya de los noventa años: su cabeza y sus manos estaban agitadas por un temblor continuo. Cerca de él se encontraban dos mugeres tambien ancianas, y más lejos un hombre joven y membrudo, que tenia un ojo completamente apagado mientras que el otro brillaba vivo y enérgico. Tenia á su lado una muger de fresca edad todavía, con un niño de pecho sobre las rodillas y cosidos á su falda un chico sonrosado y robusto y una niña como de siete á ocho años. A una de las extremidades de la mesa se veia un mancebo que tendria apenas diez y ocho años.

A una señal del hombre que no tenia más que un ojo, toda la familia se santiguó por última vez y se levantó. El abuelo con paso vacilante fué á ocupar su puesto al lado del hogar, los demas se dirigieron hácia mí invitándome á no abandonar su morada, pues llovía todavía á cántaros.

Al poco tiempo se estableció entre nosotros una gran familiaridad, y charlábamos como si nuestro trato datase de mucho tiempo atrás. Acepté un puesto en su rústica mesa; y me supé á gloria su pan moreno y la leche y el queso que me sirvieron abundante; y como por entónces no tenia otra cosa mejor que hacer, me quedé con ellos hasta la mañana del día siguiente, oyendo con enternecimiento

la sencilla historia de su vida que me hicieron el tuerto y su mujer.

La relacion que has leído , lector amable , es la misma que me fué contada en aquella tarde , dentro de la solitaria alquería , que ocupa el mismo lugar de las dos humildes cabañas que figuran en el principio de nuestra relacion. Ahora la pueblan ademas cuatro vacas y dos caballos.

Juan y su excelente compañera cumplen cuanto se habian prometido. Dios ha bendecido su amor: en torno suyo juegan tres niños hermosos que enjugan todos los días con sus caricias el sudor de sus frentes.

No falta ningun miembro de la familia: el abuelo, aunque con un pié en el sepulcro, fuma todavía su cigarrillo al lado del hogar: las dos madres, satisfechas con la felicidad de sus hijos, trabajan todavía con ellos en el establo y en los quehaceres domésticos. Pablo cuida los caballos y trabaja con su hermano en el campo: su hermano anda en tratos para casarlo con una de las hijas del agrimensor.

Ninguna noche deja de rogar aquella dichosa familia por el anciano médico de la casa de campo: él es quien restituyó la vista á Juan y quien transformó dos humildes cabañas en una próspera alquería.

¡Que Dios se digne conceder á los que hacen el bien y á los que le reciben con gratitud, una dichosa existencia sobre la tierra!

FIN.

la sencilla historia de su vida que me hicieron el  
torito y su mujer.

La relación que has leído, lector amable, es la  
misma que me fué contada en aquella tarde, den-  
tro de la soñolienta vigilia, que ocupó el mismo lu-  
gar de las dos hermosas cabezas que duraron en el  
principio de nuestra relación. Ahora la vuelvo  
además cuatro veces y dos capítulos.

— Juan y su excelente compañero cumplían cuando  
se habían prometido. Dios les bendijo su amor:  
en torno suyo fueron tres años hermosos que en-  
jugaron todos los días con sus cartas el andar de  
sus frentes.

— No falta ningún miembro de la familia: el abuelo,  
siempre con su ley en el asiento, Juan todavía en  
cuentado al lado del hogar; las dos niñas, así se-  
ñala con la felicidad de sus hijos, también todavía  
con ellos en el establo y en las pueras de domos-  
litas. Esto es todo lo que he y trabajo con su her-  
mano en el campo; su hermano anda en tratos para  
cuentado con los de las hijas del matrimonio.

— Ninguna noche dejó de tener aquella hermosa la-  
nilla por el antiguo edificio de la casa de campo:  
él es quien festeja la vida, José y Juan traba-  
jaron los humildes capataces en una propiedad si-  
guera.

— Que Dios se digna conceder á los que hacen el  
bien y á los que lo reciben con gratitud, nos dicho-  
se existencia sobre la tierra.

FIN.

AL REVERENDO PADRE

CARLOS MARIA CURCI.

Reverendo y amado P. Carlos: Miétras que separado tan cruelmente del sagrado ministerio y de vuestros estudios en Nápoles, os vistéis precisado á desterraros de vuestra hermosa pátria, acogiendoos á la hospitalaria isla de Malta, pasaba yo en Roma mis dias solitarios, tristes y pesarosos, arrancado tambien al amor de tantos hijos que eran los niños de mis ojos y el objeto más querido de mi corazón. Y como si la amargara en que me sumió la fuerza no fuese aún bastante, miétras que vos peregrinábais seguro por Francia, Flandes, Holanda, Inglaterra y Escocia, hallando benévola acogida en esos pueblos extraños, yo encerrado en Roma, asediada exteriormente por las tropas francesas, y oprimida en el interior por la tiranía de unos hombres perversos y traidores al Jefe de la Iglesia, y mortales perseguidores de los ministros de Dios, estaba vacilante entre la vida y la muerte.

Así, pues, en primer lugar los republicanos, levantando baterías en las plataformas por encima de la puerta de San Pancracio y en la cima del Aventino, molestaban en gran manera al campo francés; mientras que adelantando cada día los franceses las obras de las trincheras, avanzaban sus baterías y batían de frente á las de los republicanos, apagando sus fuegos, destruyendo las cureñas y dando muerte á los artilleros; arrojaban balas de sitio á las murallas para abrir brecha; y como para desmoronar y derruir la parte superior del muro, dirigíanse un poco altos los proyectiles, á menudo de rebote penetraban en la ciudad y derribaban las paredes de las casas, y hundían los techos, que se venían abajo llevando la muerte y la desolacion á las familias.

El cañoneo empezaba por lo regular á la una de la noche, y los continuos estampidos infundían todo el horror que podeis figuraros: á menudo se veía un granizo de cascos de granadas y de bombas, que ó estallaban en el aire, ó en las plazas y las calles, ó en los aposentos y salas, despues de haber hundido y desplomado los techos, ó entrando por las ventanas llevaban consigo la ruina y exterminio con un mortal terror y espanto. Las balas que entraban eran tantas, que sólo las que despues del sitio se recogieron en el Transtiber, y fueron entregadas á la municipalidad, llegaron al número de 2272. ¡Ya podeis pensar qué días y qué noches fueron aquellos! Apenas desde un balcon veía en el aire las bombas con



lo ignea cola de la espoleta, que considerando su direccion sentia latirme el pecho por la suerte de algun amigo. Yo mismo me iba á acostar, y desde la cama oía á menudo el áspero silbido de las bombas que cruzaban los aires por encima de mí, y algunas reventaron tan cerca, que hicieron retemblar toda la casa. Estos temores y sobresaltos no fueron por pocos dias, sino que duraron todo el mes de Junio.

Con todo, no eran tales sustos los peores, ni los sentia tanto como las crueldades que todos los dias cometian los fieros republicanos en los Sacerdotes y ciudadanos honrados que eran presos en la calle y arrastrados á las cárceles, ó lo que aun era peor, á San Calixto, en donde habian establecido el matadero y la carnicería de los ministros del Señor. Yo con mis propios ojos ví prender en la calle á un anciano Sacerdote por dos malvados aduaneros, y llevárselo al Transtiber, cuyo suceso no puedo borrar de mi imaginacion. El mal aventurado se dirigia á sus asuntos por la plaza Farnese, cuando aquellos se le echaron encima, le cogieron por el collar como dos tigres, llenáronle de oprobios y de maldiciones y gritaron:—¡Muere, infame! Luego empujándole hácia adelante á culatazos, lo llevaron sin duda á San Calixto á aumentar el número de los muertos. A semejante encuentro el pobre ministro perdió el color, no dijo una palabra, levantó los ojos al cielo, se puso las manos en el pecho y se fué á donde quisieron sus verdugos. Esto no sólo se veia en las calles y sitios públicos, sino que iban

tambien escudriñando las casas particulares en busca de objetos preciosos, joyas y dinero, como tambien para sorprender en su asi'o algun Sacerdote ú otra persona indicada por los espías. Inmediatamente encima de mi escondite vivia un excelente caballero español, agente de la Corona de España, el cual ó tenia fama de aborrecer la república, ó acaso querian ponerle las manos encima, puesto que la España habia promovido la liga católica á fin de reponer en la silla al desterrado Pio IX. Así fueron de improviso á sorprenderle bajo el pretexto de que tenia un depósito de escarapelas españolas para distribuir las entre los enemigos de la república romana.

Habitaba un gran piso, y no tenia consigo más que una criada y un hijo de esta: habia hecho creer al vecindario que se habia ido á vivir en otra parte; pero en lugar de esto, hacia más de veinte dias que se mantenía escondido en la misma. Cierta noche llega de improviso una turba de bandidos y golpean fuertemente á la puerta. La mujer habia salido á comprar algo para arreglar la cena, y nadie respondia; por lo que eran tales los porrazos y el estrépito que parecia que la puerta se venia al suelo. Entónces los inquilinos rogaron á aquellos furiosos que se sosegasen un rato, que la mujer no podia tardar en volver; y en efecto llegó á poco rato.

Le preguntaron por su amo, y respondió:—Hace cosa de un mes que mi señor no vive en esta casa, lo que podeis preguntar á los vecinos.—Estos dije-

ron que así era la verdad. — Sin embargo, aquellos hombres mal carados se hirieron del ojo y dijeron: — Aquí debe estar; y como no se haya convertido en golondrina para volar desde este altísimo cuarto piso, no es posible que haya dado un salto tan enorme. — Hiciéronse abrir, se apoderaron de todos los pasos, huroneando y rebuscando desde los lugares excusados hasta el conducto de la chimenea, abriendo las cómodas y armarios, vaciando sacos, rasgando tapices, y con los sables y las espadas traspasando de parte á parte los colchones, las almohadas y jergones. Con todo, no pudieron cogerlo, de lo cual estaban asombrados y decían entre ellos: — Este hombre se ha disuelto en humo, ó se lo ha llevado el diablo por obra de encantamiento. — En su lugar encontraron y se embolsaron, no las escarapelas, sino las hermosas onzas de España, y un billete de banco de unos veinte mil escudos.

No contentos con tan rico botín, y perfiando en querer coger vivo al agente español, se plantaron allí de centinela y se me pasearon toda la noche encima de mi estancia: temía yo á cada instante que creyéndolo escondido en el piso inferior llegasen á descubrir mi refugio y bajasen á sorprenderme en la cama; por lo que estuve en la mayor ansiedad y angustia sin poder pegar los ojos ni un instante, contando los pasos que sonaban encima de mí. Sobresaltábame cada crujido que daban las vigas del techo, pues pisaban fuertemente, revolvían los muebles y las sillas y metían un ruido de los infer-

nos. ¡Oh que noche de perros fué aquella para mí!

Pero el caballero español habia tomado verdaderamente el vuelo, ó por mejor decir su ángel custodiodo le prestó sus alas. Fué aquello un cúmulo de prodigios. Un buen señor que habitaba al lado de la casa, entró poco ántes de media noche con una débil luz en su estancia y vió sentado allí un hombre, que poniéndose un dedo en la boca y alargando la otra mano, le dice en voz baja:—Apagad la luz.

En aquella hora acostumbraba á entrar en dicha estancia la criada, y si hubiese sido esta, de seguro hubiera dado un gran chillido, y precisamente allí al lado de la ventana estaba de centinela uno de los malvados que buscaban al español y le hubieran descubierto al punto. Pero Dios quiso que en vez de la criada entrase el amo, hombre de gran corazon, que en efecto apagó la luz y dijo:—¿Quién sois?—Soy D. Estéban; por amor de Dios salvadme.—El amo cerró los postigos de la ventana; hizo acostar á las mujeres, y habiendo dado un sombrero á su protegido lo llevó á salvo.

¡Cosa al parecer milagrosa! Cuando el español advirtió que estaba rodeado de republicanos, subiése á una vectana y se arrojó de un brinco á la del vecino, mediando entre una y otra más de diez y ocho piés de distancia y correspondiendo á un pequeño zaguan profundísimo, puesto que ámbas ventanas estaban en el cuarto piso. Aquella ventana regularmente estaba cerrada. Cuando supe en secreto este caso, cuantas veces veia la ventana y

consideraba la distancia y su espantosa altura, se me erizaban los cabellos, y bendecía al Señor que quiso salvar á dicho caballero.

Entretanto, nosotros estábamos en una mortal angustia. Yo no tenía ninguna señal de eclesiástico, pues llevaba trage seglar con un kalbak ó gorro turco, con bigotes retorcidos hacia arriba á lo húngaro, y dos patillas grises que me desfiguraban el rostro, sin embargo, no era cosa de poder arriesgarme mucho á salir á la calle; pues aquellos lobos distinguían á los Clérigos con el simple olfato: conocíanles en el andar, en el aire, en el movimiento de los brazos y en sus buenas acciones; y de esta manera no pocos fueron conocidos y encarcelados ó muertos. Así, permanecía todo el día por espacio de dos meses sentado en una silla, ó paseando por todos lados y direcciones en una salita, y cuando leía junto á una ventana que salía á un zaguan en que estaba el pozo, para que al sacar agua no me viesen las criadas de los vecinos, me mantenía con las piernas encogidas, pues arriba tenía unos fogos republicanos.

¡Ya veis, Padre Carlos, qué delicioso! Si al ménos hubiese podido salir por Roma (aunque dos ó tres veces fui de noche á visitar el Santísimo Sacramento en la Magdalena); pero era cosa de ver cómo revolían en torno de uno aquellos rostros feroces, ébrios, sanguinarios y crueles, armados de pistolas, estoques, puñales y carabinas, con sus sombreros calabrezes, en que de un lado pendían penachos

tricolores, echando á cada palabra horribles, torpes y endiabladas blasfemias contra María Inmaculada y la divina persona de Jesucristo. Y por añadidura un parapeto y un foso en cada boca-calle y en cada encrucijada; de suerte que no quedando libre más que un estrecho espacio de tres palmos para el tránsito, era indispensable rozarse y casi besar aquellas fachas curtidas y patibularias, lo que causaba cierto estremecimiento. En algunos callejones donde no había barreras, habían colocado por señal una bandera colorada para que los correos pudiesen dirigirse desde la puerta de Roma á los triunviros, y como siempre iban á galope, habían cubierto las calles con una capa de estiércol para que los caballos no resbalasen y cayesen; por lo que era necesario al pasar, ensuciarse en aquel mar de babura.

Pero lo que más traspasaba de dolor mi corazón era ver desde las celosías de mi ventana cómo pasaban por allí algunos infelices Sacerdotes, que no teniendo más medios de subsistencia que las limosnas de las Misas, se veían obligados á salir en traje seglar: estaban pálidos, con los ojos hundidos, y á primera vista se conocía que sus vestidos eran prestados; iban recelosos, pero disimulando su miedo con fingido aire de franqueza y de brío, aunque sus corazones sufrían mortales latidos. Ví á más de un bandido medirlés con la vista de piés á cabeza, y no quitarles el ojo de encima mientras ellos pasaban adelante. Así los infelices daban largos rodeos, y

luego despues de haber mirado en torno, se deslizaban á la iglesia que habia en frente de mi casa, y yo quedaba temblando por ellos pensando en lo que podia sucederles al volverse á sus casas.

¡Y no obstante Mazzini y Zambianchi tuvieron valor para protestar ante la Europa que en Roma durante el sitio fueron siempre venerados los templos y respetados los Sacerdotes! De los sacrilegios y robos cometidos en Santa Cruz en Jerusalem, en Santa Francisca Romana, en San Silvestre *in Capito*, en la sacristia Lateranense, en San Pedro en Montorio; del derribo de los púlpitos y de los confesonarios destruidos en San Carlos, en Jesús y María, en los Milagros, en Santiago y en San Lorenzo en Lucina, no dijeron una palabra. Baste saber que en la basílica de San Pancracio fueron tantas y tan nefandas las abominaciones cometidas por aquellos republicanos, que los soldados franceses á su entrada quedaron indignados y horrorizados, y no pudieron contenerse sin escribir de mil maneras en las paredes la indignacion que sintieron sus almas. Asi los mismos impíos, habiendo roto la urna que contenia las cenizas del Santo Mártir, las sacaron y dispersaron al viento, y convirtieron la sagrada urna en depósito de inmundicias. Arrancaron de los altares las piedras consagradas, las llenaron de lodo y las rompieron: con las dagas rascaron las santas imágenes, les vaciaron los ojos y las desfiguraron, con carbon les pintaron torpes señales propias de lupanar, y hacian salir de la boca de las Vírgenes

inscripciones fealsimas y torpes.

Luego en cuanto al respeto de los republicanos hácia los sacerdotes, puede preguntarse á los alguaciles del Santo Oficio, á los carniceros de San Calixto, á los desolladores de la Regola, quienes pescando en el Tiber, despues de haber degollado á un sacerdote, lo descuartizaban y arrojaban al rio su cabeza y sus miembros palpitantes. De esto tengo en mi poder un testimonio escrito y firmado por un sargento, que en la noche del 13 de Junio estaba de guardia en los reductos de San Pancracio. Aquel dia fué terrible, y hubo tal trastorno que no llevaron á los soldados con qué desayunarse; de modo que siendo ya más de media noche, y sintiéndose el sargento desfallecer de debilidad, se resolvió á ir á la ciudad en busca de algo que comer. Despues que hubo pasado el primer puente de la isla Tiberina, y cuando estaba en medio de la plaza de San Bartolomé, oyó gente en el otro puente: levantó el gatillo de su fusil, y se adelantó con cautela. Entónces vió en él á dos aduaneros y á otros dos que cortaban la cabeza á un cadáver, y á su lado se veia una sotana y un sombrero de clérigo. El sargento hizo como quien nada habia visto y siguió su camino: luego sintió el ruido del cuerpo que arrojaron al Tiber, y despues el de la cabeza.

¿Pero qué necesidad hay de citar testigos cuando el mismo dia de la toma de la ciudad y de la entrada de los franceses, miéntras que estos desfilaban hácia arriba por el Corso, á su misma vista fué ar-



rebatado en la plaza de Sciarra un sacerdote porque aplaudia el triunfo de los libertadores de Roma: y despues de conducirlo á un portalón, le mataron á puñaladas liriéndole en la cara y en el pecho, le arrancaron los ojos y la lengua, le abrieron el vientre, y sacándole los intestinos, los distendieron, y arrollándolos en torno del cuello del sacerdote, lo estrangularon y lo dejaron al suelo como un horrendo espectáculo para cuantos acertaron á pasar por aquel sitio?

Con este podreis conocer, P. Carlos, cuál era nuestra vida en Roma: y todavía no os he hablado de las crueldades de esos tigres en cuanto á forzar de noche los monasterios de las vírgenes del Señor, arrojarlas de sus celdas, robarlas, insultarlas, gritarles que estaban libres de los votos que las hacian esposas de Jesucristo, mandarlas á otros monasterios en medio de las silbas de aquellos dragones infernales, sin respeto ni consideracion á las ancianas decrepitas ni á las enfermas de gravedad. Tampoco os he dicho nada de los robos de alhajas cometidos en los templos: de haber bajado las campanas de las torres, de haber hecho escavaciones en los claustros, derribado paredes de las sacristias y de haber profanado los sepulcros de los muertos buscando tesoros; de las contribuciones impuestas á los cabildos, ni de otros mil atrocincos y nefandos sacrilegios que presenciábamos todos los dias.

Quando Dios quiso, despues de muchas batallas

sangrientas, habiendo entrado victorioso por la puerta de San Pancracio el mariscal Oudinot con su ejército, libre Roma de tanta tiranía, pudo levantar su desmayado espíritu á la viva esperanza de volver á ver pronto dentro de sus muros al gran Pontífice Pío IX, quien habiendo escapado del furor de los impíos y traidores de las sociedades secretas, se había refugiado en los brazos amorosos de Fernando II, Rey de las Dos-Sicilias, en el fuerte de Gaeta.

Allí corrieron á verle y á venerarle sus fieles apénas estuvo levantado el sitio de Roma; y ni aun la Compañía de Jesús (que fué la primera víctima del furor de los facciosos) dispersa y prófuga como se hallaba por toda la superficie de la tierra, pudo dejar de enviar inmediatamente alguno de sus hijos á felicitar al Padre, postrándose devota á sus piés para renovarle con el mayor celo su voto de especial obediencia y de una completa y absoluta sumision á sus paternales mandatos. Así habiendo elegido para tan agradable comision al Padre Marco Rossi, vicepreósito de la Casa Profesa de Roma, y señalándoseme á mí para acompañarle, despues de nuestro regreso de Gaeta nos recogimos, dejando las varias casas de ciudadanos (que despues de la dispersion nos dieron la más amistosa acogida) en la Casa Profesa de *Gesu* con nuestro Padre Vicario de Italia, en donde dedicado yo enteramente al sagrado ministerio de la confesion, despues de tan tremenda tempestad, pasaba los

días tranquilos en la subsiguiente calma que nos concedió la misericordia divina.

Así las cosas, en Enero de 1850 recibí una carta de una persona á quien debo todo respeto y obediencia, la cual me llamaba á Nápoles para escribir en cierta obra periódica que el Padre Santo (que á la sazón habitaba en la Real villa de Pórtici) deseaba que se publicase para desengaño de muchos y utilidad general de Italia. Este llamamiento me dejó atónito, pues en mi vida habia leído periódicos, ni podia concebir cómo yo debiese en mi vejez ponerme á desempeñar tan odiosa tarea. Pero reflexionando que el respeto y sumision á los superiores á veces hace milagros, no dije una palabra para excusarme, sino que al instante fui á Nápoles por la posta, en donde despues que llegásteis vos, estimado Padre, fuisteis el primero en abrimme los brazos, me animásteis á la empresa y me excitásteis á tener confianza, diciéndome que el Padre Santo, libre apénas de tantos trabajos, habia vuelto la vista y el corazon benignamente hácia la doliente Italia, deseando que volviese en sí de los delirios que la habian precipitado en el abismo de tantos males y desgracias.

Veia el Padre Santo en su sabiduría que la causa de esos mortales paroxismos que agitan á la Cristiandad consiste en desconocer la autoridad divina y humana que refrena y guia á los entendimientos y las voluntades de los hombres por medio de las leyes, para que no se aparten de las sendas de la

verdad y del bien. El hombre que se sustree á esa saludable sujecion, y dice, como el onagro del desierto;—Naci libre y nadie tiene derecho de ponerme el freno,—va corriendo á su antojo bestialmente hasta que se precipita en un abismo de miserias. Ahora el Vicario de Jesucristo, á impulsos de su celo universal en favor de la Iglesia, deseando facilitar algun remedio á esa enfermedad, entre otros medios, quiere tambien valerse de la imprenta periódica, la cual convenciendo y atrayendo, procure ayudar del mejor modo posible, á lo ménos á la Italia, que ha sido la última de las naciones y aun por ménos tiempo invadida de tan terrible enfermedad.

Vos, Padre Carlos, precisamente en aquellos días habiais vuelto á Nápoles de vuestras largas peregrinaciones, y el Padre Santo, que conocia vuestro celo y firmeza en las guerras del Señor, os comió esa magnánima empresa, mandándoos buscar escritores en la Compañía, que en variado estilo desenvolvesen los asuntos de las saludables doctrinas, y que con la claridad que emana de la verdad alumbrasen las tinieblas de los entendimientos disipando el humo y las sombras del error.

Una vez reunidos, de lo primero que tratásteis fué del título que debia llevar el periódico; y presentásteis muchos, hermosos y significativos; sin embargo, el de *Civilizacion Católica* nos pareció que reunia las mejores condiciones para corresponder al santo y noble designio del Pontífice; por cuya razon, aunque alabando los demas, convinimos

todos en la adopción de este último, que al punto fué anunciado en nuestro programa de Italia. Pero al señalar á los redactores la parte peculiar á cada uno, quisisteis que me encargase de instruir deleitando con la energía del estilo, la viveza de las imágenes, la variedad de los asuntos, la originalidad de los argumentos y la gracia de los chistes y de las sales, que deben ser el cebo que atrae á la juventud á morder en el anzuelo de ciertas verdades severas, que desde luego presentan un sabor algo amargo, pero una vez que han pasado al estómago proporcionan un alimento vital, purifican la sangre y dan fuerza y salud al cuerpo.

Oponiendo yo que un hombre anciano y de mi condición era el ménos á propósito para hablar al público en estilo jocoso, disfrazando la verdad con el vestido de arlequin, quitándole el traje sério y solemne correspondiente á su majestad; me alegaste sonriendo las dignas palabras de Pedro Crisólogo, hombre antiguo, Obispo y Santo, el cual decia:—*Et nos interdum nostris parvulis potentibus noxia, ingerimus salutaria sub specie noxiorum; fallentes insipientiam, non decipientes affectum* (Serm. 25).

Así me preparé de buena gana á satisfacer vuestro deseo. Todavía me acuerdo que no sabia qué asunto escoger, ni cómo habia de tratarlo; pero vos, que por nada os arredrais, me dijisteis:—Escribid acerca de los asuntos de Roma, que vos mismo presenciasteis. Este es un asunto reciente, notorio y gene-

ral, desenvolvedlo del modo que os venga mejor; siempre quedará para satisfacer la curiosidad de los italianos, y podreis ilustrarlos sobre las falacias y mentiras que propagaban sin pudor los periódicos de los conspiradores en aquellos desgraciados dias.

Dicho y hecho. Aquella misma tarde paseábame solo por la hermosa ribera de la *Inmacolatella* contemplando la violenta y espantosa erupcion del Vesubio, cuando de repente se me vino á la imaginacion la idea del *Hebreo de Verona*. La examino, la desenvuelvo rápidamente, echo los principales hilos del urdimbre, los reuno en un grupo, y exclamo:—Ya tengo hecha la tela.—Una idea es como el grano de mostaza, que siendo sumamente diminuto echa numerosos vástagos, grandes ramas y llega á ser un árbol frondoso y corpulento. Fui á casa, escribí las primeras páginas, y desde entónces esta tela fué creciendo y aumentándose en mis manos de modo que todavía sigo tejiéndola.

No obstante, muchos lectores me han escrito de diferentes puntos de Italia quejándose de ver truncada la relacion en la conversion de Aser, precisamente cuando parecia que se abria delante de mí un campo hermoso y vasto, llevando al protagonista hasta el desenlace de la funesta y cruel catástrofe de Roma. Sóbrales la razon, y yo mismo lo conocí, y me supo mal despedirme de ellos de una manera tan seca. Pero ¡buen Dios! ya sabeis, Padre Carlos, que hacia veinte y dos meses que padecia unos agudos dolores que me desgarraban las en-

trañas sin intermision; que ni el dulce clima de Nápoles podia calmar, ni la hermosa marina de Sorrento, ni el buen aire que se respiraba en el Quirinal en el Colegio Belga, en donde el primer año de nuestra llegada á Roma volvimos á hospedarnos; y allí sintiendo que se me apagaba la vida, pareciéndome un verdadero prodigio haber podido llegar tan adelante en escribir tan lamentables sucesos, pensé en mí mismo reanudar el hilo de mi trama ántes que mi muerte viniese á cortarlo. Y como la historia del Hebreo de Verona está toda unida á un centro, aunque acaso no lo parezca á los que no conocen el arte, quise terminarlo de cualquier modo, puesto que habia llegado el caso de poder poner la conclusion á mi arbitrio.

Ni el deseo de saber más que deja esta relacion es un defecto en el arte, puesto que los hilos se juntan por sí naturalmente, atendidas las perfidias de las sociedades secretas, las cuales tienen ciertos medios de llegar directamente á su objeto y de alcanzar sus fines, y como el suceso del pobre Aser, es verdadero, ni podia hacer yo más que retardarlo algunos dias hasta la entrada de los franceses en Roma, en los que podia referir los excesos cometidos en aquellos sesenta dias de funesta memoria.

Hallá:dome algo recobrado en Ferentino, á beneficio de los aires de los montes Ernicos, emprendí de nuevo mi tarea bajo el título de *República romana*, pintando el cuadro con variedad de matices, aunque sin apartarme del primer diseño; de modo

que aun espero tenerlo adelantado hasta el Diciembre del presente año de 1852 en que concluye la primera série de la *Civilizacion Católica*; tanto mas, cuanto que por la sobrada abundancia de materia, que no admite mi cabeza con tanta claridad como éntes, he tenido que suprimir muchas cosas, y hasta aquellas que conviene referir he debido expresarlas con la mayor brevedad posible.

Sea como quiera, la historia del Hebreo de Verona queda terminada á fin de Setiembre de 1851, y en esta edicion creo presentarlo al público si no con mejores vestidos (1) á causa del mucho trabajo que tengo, á lo ménos corregido de muchos errores que se hallan en varias ediciones que de él se han hecho y se hacen aun en Italia, de ninguna de las cuales respondo: y sí solamente de esta de la Propaganda, hecha á mi vista: del mismo modo lo declaro con respecto á las ediciones que salgan á luz en adelante, si no son hechas sobre el modelo de la presente y carecen de las pequeñas notas que he puesto en comprobacion de muchas verdades, ó para mejor inteligencia de ciertos hechos históricos.

Esta edicion, pues, os la dedico, mi respetable Padre Cárlos, puesto que toda es obra vuestra; y la mayor razon para que obre así, es el haber sido

---

(1) Para la inteligencia de lo que dice el autor en esta dedicatoria, es menester saber que la primera vez que vió la luz esta obra fué por fragmentos en la seccion de amenidades del periódico titulado *la Civilizacion Católica*.



elegido por el Padre Santo para fundar la *Civilización Católica* y el haberme sugerido la idea de escribir sobre los sucesos de Roma desde 1846 á 1850; por lo que el Hebreo os nació, no sólo en el huerto de vuestra casa, sino en vuestras más íntimas habitaciones. Recíbidle, pues, con agrado y honradle con vuestro nombre; pues de este modo pretendo atestiguaros del mejor modo posible la estimación, el afecto y la reverencia que os profeso.



## AL LECTOR.

El autor, ántes de despedirse quisiera dar de sí algun descargo á los que han seguido leyendo con paciencia (1) la relacion del Hebreo, algunos de los cuales, por lo mucho que habrán oido decir en contra á los republicanos, dudan si en ella se dice verdad, puesto que han oido decir que es en sustancia un poema en que el autor ha querido representar el estado actual de Italia y de Roma, como (hablando con respeto) hizo Dante Alighieri en su *Comedia* con relacion á su tiempo. ¿Y qué tenemos con esto? pudiera preguntárseles: ¿acaso porque los rasgos históricos de Dante se ponen en boca de los personajes fingidos de un poema, son por esto ménos verdaderos? En tanto lo son, que no pueden serlo más y los confirman solemnemente las historias de aquella época. Así pues, aunque en mi relacion haga hablar entre sí ó referir algun suceso á personas imaginarias; ¿será ménos cierto y averiguado

---

(1) Dirigese á los suscritores de la *Civilizacion católica*.

lo que digan ó cuenten? Ciertamente no: y tengo por testigos á las historias veraces, y tambien en mucha parte á las mentirosas, dictadas por el espíritu de partido, como las de Farini, de Gualterio, de De Vecchi, de Montanelli y de Guerrazzi, que torciendo y desfigurando los fines y los medios propuestos y empleados por los conspiradores, no siempre pudieron ocultar sus dichos y hechos escandalosos. Aun cuando no lo dijieran las historias, tenemos los periódicos de Roma y de toda Italia que nos referian con el calor propio del espíritu de partido los mismos excesos que ahora se niegan, y que de mil maneras se trata de ofuscar para que no se sepan en lo venidero.

En cuanto á mí (que nunca tomé nota de los sucesos que pasaban en Roma ante mi vista, y que escribí gran parte del *Hebreo* en Nápoles segun me lo sugería la memoria, haciendo lo mismo al continuarlo en Roma), considero esta relacion bajo dos distintos aspectos: ó bien hablo de hechos públicos, notorios y que tuvieron lugar á la vista de todos en las plazas, en las posadas, cafés, etc., y en los círculos populares, ó en las juntas ó asambleas, y entónces tienen por testigos á miles de personas que lo presenciaron; ó bien son cosas públicas porque hacen relacion á la generalidad, pero fraguadas en lo interior y secreto de las juntas ó conciliábulos de los agentes revolucionarios; y si yo las saco á relucir al sol, bien puede decirse que las supe de tal ó cual sugeto que abrió la espita, y lo

que estaba encerrado en el tonel se derramó á la calle; ó bien por último son asuntos privados referentes á tal ó cual sugeto, y entónces me los refirieron al oido personas que los vieron y palparon por sí mismos; y para no comprometer á nadie los atribuyo á personajes ficticios, ocultando así bajo distintos nombres los verdaderos. Si alguna vez por acaso nombro y señalo la misma persona que fué el autor de tal dicho ó de tal acto, será alguna de aquellas que se han hecho públicas de un modo solemne, ya por sus propios escritos, ya por los periódicos, dando así derecho á los demas para nombrarlas y designarlas con todos sus pelos y señales, sin que ellas tengan ya el de quejarse.

Luego si se me opusiese que el dicho ó hecho que refiero en el Hebreo con respecto al aludido no es del todo exacto, y que quien me lo contó añadió alguna circunstancia poco conforme á la verdad, en tal caso pudiera contestar con razon:—Hermano, en aquellos dias de embriaguez y de demencia dijiste é hiciste cosas tan exorbitantes y desconcertadas, que diste márgen á que se creyesen estas frioleras. Pero no te echaré en rostro este derecho que tu proceder me ha dañado; sino que en lugar de esto, no haré más que dejar la verdad en su lugar; pues no trato de hacer reir á costa de alterar la verdad, y ruégote que me creas cuando te digo que no te he nombrado por malquerencia ni ménos para castigarte, sino únicamente para desengañar á tantos italianos que no advirtieron los manejos astutos y pér-

fidios con que los sedujiste para hacerles prevaricar en la justicia, en la fé, y en el respeto que deben á Dios, á sus legítimos Monarcas y á las leyes naturales y civiles que en aquellos desgraciados dias hollaron y despreciaron del todo en su funesta ceguedad; y muchos de ellos, si no fuesen advertidos é ilustrados por escritos francos y leales, ni aun ahora se desengañarian de vuestra perfidia, ni de su simplicidad. Yo debía hacerlo así, no tanto aun para los actuales lectores, como para los venideros, á quienes pudiera hacérseles creer que ciertos chismes que alguna vez he introducido en algunos diálogos del *Hebreo de Verona* son puro cuento y sales para hacer más agradable la narracion, pero que no contienen un átomo de verdad. Esto, en efecto, fuera muy perjudicial á los lectores, pues no podrian hallar luz que les desengañase cuando hay de esto tanta necesidad. Si debo decir las cosas como las siento y como realmente son, los romanos son testigos de que entre tantas maldades, desaciertos y locuras como salieron de la boca y de los actos de los conspiradores desde hace algunos años, no digo yo la milésima parte; ni hay nadie, por grande que sea su inventiva, que pueda añadir un punto al profundo abismo de tantos excesos.

Algunos hay no obstante que, viendo en *El hebreo de Verona* desentrañados y sacados á relucir tantos ardidés secretos, viéndome pasear tan á mis anchas por ciertos laberintos, y penetrar en ciertas madrigueras, creen que por mi desgracia caí en los

abismos de las sociedades secretas y recorrí todos sus subterráneos senderos.

¡Dios me libre de tan gran pecado! Pero puesto que tantos hombres de bien muestran curiosidad de saber de dónde obtuve esta especie de noticias, les diré con franqueza que las debo en gran parte á la prudencia de mi padre, que receloso de que yo cayese en los lazos que me rodeaban, instruía mi juventud descubriéndome todos los ardides de los seductores; y esto me sirvió muchísimo para que estuviere alerta y no cayese desprevenido. A más de esto, desde jóven he tratado con toda clase de personas, y de todo cuanto veía ú oía en las reuniones, en los viajes, en las últimas guerras de Napoleon, en las que me hallé envuelto, hacia mi depósito en la memoria.

Después, separado por Dios enteramente del mundo, y colocado de repente por su infinita misericordia en la Religión, en virtud de mis ministerios tuve que tratar con gente de toda ralea, y que hacer frecuentes viajes terrestres y marítimos, en que naturalmente sucede al que por asuntos de Dios *in terram alienigenorum gentium pertransit, et in medio magnatorum ministrat, et in conspectu præsidis apparet que narrationum virorum nominatorum conservet, et bona et mala in hominibus tentet*, según se halla escrito en el Eclesiástico.

Luego después que di á la imprenta los *Avisos de Tionides*, en que traté de poner sobresí á los jóve-

nes italianos con respecto á las tramas de los seductores, sin que pueda decir la causa, y sólo asegurar que fué por especial providencia de Dios, cuando más léjos estaba de pensarlo obtuve profundas revelaciones de algunos sectarios de los que ocupaban en la sociedad secreta los principales grados, y esto sia que lo preguntase absolutamente; de modo que lo hicieron ó para que pudiese yo aconsejarles, ó para desahogar la opresion que causaba en sus pechos el remordimiento. ¡Qué horrores! ¡Oh! ¡Qué abominaciones! Y al mismo tiempo ví cuán desesperada es la situacion de algunos que quisieran pero no pueden desembarazarse de los lazos que les estrechan, y que cuanto más se esfuerzan por soltarlos, más se constriñen alrededor del cuello. El que ha experimentado en sí este tormento del corazon, sabe que no hay otro en el mundo que pueda comparársele. Verse con un pié en el infierno, teniendo la fé necesaria para espantarse; querer apartarse del abismo, y en el acto de resolverse, mirar delante de sí un demonio que está para atravesarle un estoque en el pecho, es para muchos una angustia mortal.

Nótese finalmente que en mi agitada vida halléme en medio de todas las revueltas de Italia, las oí rugir en torno de mi cabeza, contemplé su pavoroso aspecto, medi toda su extension, sondeé toda su profundidad, y pudiera decir que penetré hasta en sus más íntimos senos. Por lo mismo si Dios me impele á levantar el grito á los pueblos y á



los Reyes diciendo que no hay poder en la tierra que pueda librarles del exterminio con que los amenazan las sociedades secretas, sé muy bien lo que digo; y les advierto y suplico vivamente que consideren que el único puerto de salud para ellos es creer, obedecer, venerar, favorecer y sostener con todo su poder á esa Iglesia, única que reorganiza al hombre, á la familia, á los pueblos, naciones y Estados bajo un perfecto plan de sociedad: ella sola con el brazo de Aquel, *qui data est omnis potestas in celo et in terra*, puede conducirlos á salvo.

Si hubiese alguno que viéndome escribir de un modo tan claro temiese por mí creyendo que mi vida corre peligro, le doy las gracias por su interés y buena voluntad; y pudiera consolarle diciendo que los conspiradores no vuelven la vista tan bajo que quieran dar muerte á esta pulga. Luego les pido que consideren que yo, aunque indigno é insignificante, con todo soy Sacerdote y religioso; y cuando veo los *De la Odde* y los *Chenu*, conspiradores como son, descubrir las más negras tramas, y hasta á los dos jóvenes mazzinianos *Lavelli* y *Perego* revelar las torpezas de los más famosos conspiradores de Italia, desafiando el peligro á rostro descubierto, fuera yo muy perezoso y descuidado, en medio de la furiosa guerra que se hace á Jesucristo, si según mis fuerzas no entrase en el combate y esgrimiese mis armas. Sobre todo tengo hecho sobre esto un voto especial, en virtud del cual de un

instante á otro pudiera ser enviado á predicar el nombre de Jesucristo á los caníbales de la Oceanía, á los mismos que despedazaron á Cook, á Marion á Langle, y á otros ilustres navegantes, y vivir en medio de aquellos salvajes y antropófagos, siempre en peligro de ser muerto y devorado miembro á miembro. Ahora, ¿qué diferencia hay para cualquiera que esté en mi lugar, entre exponerse á las venganzas en Italia por el celo en defender su causa, ó hacer lo mismo en la bahía de Karakowa, como Cook, ó en las costas de la Nueva Zelandia, como Marion, ó en las selvas de Hamoa, como el intrépido Langle, compañero del malogrado Laperouse?

Gracias á las sociedades secretas y á sus sicarios, la hermosa y pacífica Italia está continuamente amenazada en la vida de sus más pacíficos ciudadanos: el mazziniano Perego nos dice que «en 1852 »está para levantarse; ántes que decline, dice, debe »quedar resuelta la gran cuestion: no será ya una »contienda de principios, sino una lucha terrible, »en que correrá á torrentes la sangre que lave »nuestras pasadas debilidades: no más treguas, ni »transacciones; debemos combatir sin piedad á los »croatas, y si es preciso á nuestros enemigos interiores.» Esos croatas y estos enemigos interiores ya sabemos quiénes son, y ya vimos en 1848 y 1849 qué pechos y qué cuellos buscaban las puntas de los puñales republicanos; y para hallar el martirio no hay necesidad de peregrinar á las inhospita-

talarías playas de *Tonga* y de *Rotouma*.

Pero nuestros destinos así en Italia como en cualquier otro punto están en las manos de Dios, manos amorosas y paternales: él tiene contados mis cabellos, y ni uno solo me será arrancado sin su voluntad: por consiguiente, que él disponga de mí como quiera, que yo refugiado bajo el manto de María, le suplico con filial confianza que no aparte de mí sus ojos misericordiosos, y me alcance la santa perseverancia final: *In pace in idipsum dormiam et requiescam, quoniam tu, Domina, singulariter in spe constituisti me.*

Ahí ves, benévolo lector, cómo con motivo de la impresion del *Hebreo de Verona* he tenido una larga conversacion contigo; pero se me han dirigido tantas preguntas, ya de palabra, ya por escrito, que no podia dejar de decir algo so pena de ser tenido por adusto y descortés. Acaso te habré disgustado con mi charla; tenme por disculpado y vive feliz.

estas pajas de Yanga y de Kolumba  
Las pajas de Yanga son en forma de  
cuerpo, y las de Kolumba en forma  
de paja. En Yanga, el cuerpo es  
de color rojo y el paja es de color  
rojo. En Kolumba, el cuerpo es de  
color rojo y el paja es de color  
rojo. En Yanga, el cuerpo es de  
color rojo y el paja es de color  
rojo. En Kolumba, el cuerpo es de  
color rojo y el paja es de color  
rojo.

El cuerpo de Yanga es de color  
rojo y el paja es de color rojo.  
El cuerpo de Kolumba es de color  
rojo y el paja es de color rojo.  
El cuerpo de Yanga es de color  
rojo y el paja es de color rojo.  
El cuerpo de Kolumba es de color  
rojo y el paja es de color rojo.  
El cuerpo de Yanga es de color  
rojo y el paja es de color rojo.  
El cuerpo de Kolumba es de color  
rojo y el paja es de color rojo.

# EL HEBREO DE VERONA.

## TOMO PRIMERO.

---

### CAPITULO PRIMERO.

---

#### LA ERUPCION.

¡Qué bellas y deliciosas se presentan las faldas del Vesubio al que las contempla desde la parte de acá de Pórtici y de la torre de Grecol! La vista jamás se cansa de mirarlas, ni el entendimiento de considerar su grandeza, ni el corazón de gozar del deleite que respiran por todas partes aquellas florestas. El alma noble y sensible del Pontífice Pio IX, en medio de la amargura que le causaba su prolongado destierro, contemplaba á menudo desde el Real palacio de Pórtici aquellas lomas risueñas: ya desde una ventana ó galería extendía la vista hácia el mar, midiendo el ámbito del golfo de Posilipo en Sorrento; ya en las dilatadas playas veía extenderse á lo léjos las quintas, palacios y felices poblaciones;

ya los declives del monte, cubiertos de jardines de naranjos, cedros, viñedos de esquisitas uvas, huertos llenos de fresca verdura, de manzanos y de sabrosísimas frutas. La dulzura del clima, la tibieza del ambiente, la serenidad del cielo, la tranquila marina, los amerosos zéfiros, el aroma de las flores, el brillo que hasta en invierno despiden en derredor los verdes bosquecillos de laureles, mirtos y naranjos, en parte suavizaban la tristeza de Pío IX, y calmaban el afán de aquel corazón traspasado de agudos pesares. ¡Cuántas veces exclamaba para consigo:—¡Oh tierra bendita! ¡oh tranquila y amada mansión de la paz (1)!

Pero ¡ah! el día 6 de Febrero vióse salir de la alta cumbre del Vesubio una columna de humo densa y vertiginosa, la cual, aumentándose por instantes, subía negra y tenebrosa hasta las nubes. Empezó á oírse un rugido sordo y lejano en las hondas concavidades del monte; oscurecióse el cielo, amortiguóse el sol, y el mar hervía removido por el viento: agitábanse los caballos, relinchando, pa-

---

(1) Por efecto de los tristes sucesos de 1848 en Roma, el Sumo Pontífice Pío IX se dirigió á Gaeta, en donde recibió una generosa y filial acogida del Rey de Nápoles Fernando II. De Gaeta pasó, en Setiembre de 1849, á vivir en la quinta Real de Pórtici, en cuyo punto permaneció hasta Abril de 1850. La erupcion del Vesubio tuvo lugar precisamente en Febrero de este año.

teando, sacudiendo las crines y la cola, y aguzando las orejas; corrían los perros de acá para allá ahullando por las vías de Octaviano, de Resina y de Bosco: las aves con inseguro vuelo se dirigían hacia los montes de Amalfi: huían de las fuentes los ánades grazpando, cantaban los gallos, las gallinas clocando recogían debajo de sus alas á los trémulos pollitos, y las palomas tristes y silenciosas, buscaban un refugio en las torres.

De improviso avivábase furiosamente el fragor y los rugidos en las cavernas del monte; é impelidos por el huracan los torbellinos de humareda; revuélvense impetuosos y cubren los llanos inferiores; tiemblan las peñas, ábrese el cráter del volcan, y vomita piedras, llamas y cenizas, disparándolas á una desmedida elevacion con horrenda furia y estampido. Arrojado el negro y encendido humo por los impetus de la tempestad interior, despide relámpagos, truenos, rayos, y derrumba las candentes rocas en el abismo del cráter, al paso que precipita en los profundos valles grandes peñascos. Por espacio de tres dias y tres noches no cesaron de vomitar fuego, piedras, humo y cenizas aquellas bocas del infierno. Extendíase el negro humo impelido del viento boreal por encima del golfo y á lo largo de los montes de Castellamare; luego, pasando por Sorrento, arrojábase á las costas de Amalfi, y siguiendo por el ancho seno de Salerno, llegaba hasta Peste: acompañaba á sus tempestuosos giros el viento, la lobreguez y el hedor.

En seguida, dilatándose por encima de las aguas, parecía que hasta el mar humease y oscureciese el cielo con sus exhalaciones. Todo esto llenaba de pavor á los que estaban léjos; al paso que en medio del cráter sucedíanse continuamente las columnas de fuego, como las olas de un torrente esparcidas por el aire, que luego caian por la loma de la montaña hácia el camino de Octaviano. La ardiente lava, semejante al rio Flegetonte, bajaba centellante relampagueando y sacudiendo las llamas entre el humo y las cenizas, y aumentando el horror de aquella infernal corriente. Los míseros habitantes de Octaviano, llenos de espanto al verla tan negra y amenazadora, abandonaban el techo doméstico para buscar refugio en otra parte: las madres estrechando en el seno á sus hijuelos, volvíanse y llamaban á sus esposos, quienes al ver avanzar las olas de fuego prontas á abrasar los campos, golpeábanse el pecho, y llenos de desesperacion se arrancaban los cabellos; pero la implacable corriente baja espumosa abrasando y destruyendo árboles, casas y cuantos obstáculos encuentra, sin detener su terrible avenida hasta la distancia de unas siete millas, en una llanura inmediata al Sarno, en cuyo punto forma crugiendo y espumando un pantano de piedra pomez, azufre y betun. Los que desde Nápoles habian acudido para presenciar esta escena de terror, contemplaban la fatal avenida desde las alturas opuestas, y el vivo resplandor abrasaba sus ojos extraviados, ensordecía el retemblar de



los truenos, el mugido de las olas, los sacudimientos de la tierra y los estallidos de las peñas, todo lo cual aumentaba el horror de tan infernal espectáculo.

Sin embargo, mientras que algunos se arrepentían de su curiosidad, otros más osadas subían por la loma opuesta del Vesubio para alcanzar la cumbre y contemplar más de cerca el impetuoso torrente arrojado al aire por el incendio interior del volcan. De estos insensatos algunos quedaron magullados bajo la lluvia de enormes piedras, otros con los brazos y piernas fracturados, y la mayor parte á duras penas escaparon huyendo precipitadamente lo más léjos que les fué posible.

Entre los que desde la parte opuesta del monte contemplaban la erupcion, habia un romano llamado Bártoło Capegli, que viendo aquella escena, exclamó golpeándose la frente: ¡Quién no ve representando en el Vesubio el destino de Italia! La Italia, nuestra generosa pátria, convidaba al deleite al peregrino, quien jamas se cansaba de admirar la hermosura de sus lugares, la riqueza de su ornato, la calma y el sosiego de sus ciudades, el ardor de la juventud, la jovialidad de sus doncellas, y la industria, valor, talento y prudencia de sus habitantes! ¡Qué terrible y repentino trastorno ha sufrido! ¡Qué volcan ha estallado en su seno, dejándola cubierta de humo, llamas, cenizas y de tan espantosa ruina! ¡Oh pátria! ¡dulce y sagrado objeto de mi amor y de todas mis alegres esperanzas! ¡cuál te veo despeda-

zada, humillada y despojada de tus bienes, echada en el fango y con el pecho llagado y ensangrentado!

Se hallan moribundos tus hijos; estos mismos hijos que trataste de engrandecer sobre las naciones, y que no conocieron la altura á que quisiste llevarlos! Estas eran tambien mis esperanzas, cuando un maléfico influjo vino á corromper y envenenar tus sublimes intentos, y convirtió en ruina cuanto en tu sabiduría deseaste obrar en beneficio de la libertad, del decoro, de la virtud y poderio de tus ciudadanos. No tuve valor para presenciar tantos estragos; y por otra parte, no pudiendo contener el vasto incendio que te consume, abandoné tus deliciosas comarcas, y me fui á país extranjero á llorar nuestras desgracias.»

Esto decía Bártolo con el rostro inflamado de rabia y de despecho en medio de un ancho corro de amigos que habia encontrado en Nápoles, recién llegados de Suiza; y con los mismos habia subido á ver aquel vasto rio de lava que iba á dejar yermos los abundantes campos y deliciosos vergeles de las fértiles faldas del Vesubio.

Paréceme oíros preguntar quién podia ser este Caton, que comparando la Italia á las graciosas y floridas faldas del Vesubio, se lamentaba luego tan profundamente del volcan que reventó en el seno de aquella, y de las grandes ruinas que produjo; así tambien deseareis saber cómo, penetrado de íntimo pesar, salió de Roma y abandonó la Italia, refugiándose en país extranjero.

Sébase, pues, que era Bártolo hombre de unos cuarenta años, de alta estatura, hermosa presencia y excelente entendimiento; afable con sus amigos, y en las reuniones de sus buenos tiempos siempre jovial y fecundo en agudezas, chistes picantes y noticias. En su casa era circunspecto y bondadoso con su familia, cuidadoso de sus negocios, probo, franco y de buen natural. Era hijo de uno de aquellos curiales de coleta y pelucon empolvado, que se dirigian al tribunal de la Rota, ó al del Monte Citorio, con vestido de color violado y su gran capa, con que parecian grandes personajes.

Aquel viejo, pues, enjuto y discreto, llevábase consigo todas las mañanas á Bartolino, cuando todavía era muchacho, á oír Misa en Nuestra Señora de San Agustín; queríalo siempre á su lado en las funciones pontificias, y nunca dejó de acompañarle por las fiestas de Navidad, de Pascua, de San Pedro ó San Juan, á los Pontificales á recibir la bendición del Papa. Tenia además sus días señalados para visitar á Nuestra Señora *del Archetto*, la de la *Piedad* en la plaza de Colonna, el Niño de *Ara-cæli*, y la Degollacion de San Juan en Cerchi. En la casa de Capegli, juntábanse cada noche varios abogados consistoriales, jueces de la Rota, consultores del Santo Oficio, Prelados de la Signatura, el Breve, del Concilio y de la Dataria. Eran en su mayor parte ancianos, que recordaban los dichosos tiempos de Pio VI, el cual pintaban á Bartolino como el Pontífice más hermoso y lleno de dignidad que

haya jamás ocupado la cátedra de San Pedro; siendo alto, robusto, con su augusto continente y su paso grave y arrogante, su voz clara y sonora, y sus régios y majestuosos ademanes, causaba maravilla verle dar la bendición desde la tribuna del Vaticano.

— ¡Y qué días tan crueles y angustiosos fueron aquellos (decía uno) en que unos bárbaros republicanos lo arrebataron de Roma para llevárselo á Francia! ¡Qué llantos y gemidos resonaron por todo el Transtiber y por los Montes! ¡qué duelo en la ciudad! — Hallé bame aquel día, añadía otro, por la parte de Viterbo, y no puedo acordarme de esto; sin embargo, tengo muy presente el escalamiento del palacio Quirinal, cuyo objeto era robarnos á Pio VI. Tú, mi Bartolino, eres muy joven, y tal vez no habías nacido aun; pero pregúntalo á tu padre, y te dirá cuán tristes días fueron aquellos! ¿Os acordáis, añadía volviéndose al padre, os acordáis, Sr. Leonardo, de entónces que por no querer prestar juramento, tuvimos que andar fugitivos, ocultándonos ya en una parte ya en otra, temiendo siempre por nuestras casas? ¿Teneis presente aquella matanza y pillaje, cuando tantos pobres caballeros fueron encarcelados, y luego conducidos el uno á Fezestrella, el otro al fuerte de Alejandria, este á Córcega, aquel á los presidios de Génova, de Tolon ó de Burdeos?

— En cuanto á mí, decía otro, nunca salí de la casa de Barberini; pero pasé tales sustos, que no

pocas veces tuve que huir á las caballerizas y disfrazarme de mozo de cuadra; entónces, miéntras los franceses andaban huroneando y registrando todos los rincones, hallábame con mi nuevo traje limpiando un caballo tan alto que apenas podia llegarle á las crines con el peine. Luego de noche salía á veces á visitar á mis amigos y colegas; y era por cierto cosa de reirse ver alguno encaramado encima de un tejado, y metido en algun nicho ó escondrijo á donde se subia por una escala de mano, quitada la cual sólo podia creerse habitacion de gatos ó de ratones. Otros se refugiaban en miserables casuchas de la Suburra, ó de más abajo de San Cosme; de modo que daba lástima ver á unos hombres de tanto juicio pasar dias y meses ociosos en medio de las lavanderas de la otra parte del Tiber, y de las verduleras de los montes.

Luego despues, en casa de Ruspoli, jugábamos alguna partidilla con el arcipreste de Ariano, cuando entraba este de incógnito en Roma viniendo del cortijo del príncipe, á donde habia ido á ocultarse como capellan de los mozos que cuidaban los caballos y búfalos de la hacienda. A veces entraba montado á caballo disfrazado de *butero* (1), con el sombrero en forma de pan de azúcar, y debajo de él un gorro de punto de color de escarlata, con una borla que le colgaba por encima del hombro

---

(1). Los romanos dan el nombre de *butero* al hombre que montado á caballo con una larga pica en la mano conduce vacas y búfalos.

derecho; ceñíale una gran faja de seda verde y azul, con ciertas franjas á lo matasiete; de modo que no le faltaba más que el puñal y las pistolas para asemejarse al mayor espadachin de la comarca. Con un chaleco encarnado y de relucientes botones, con sus botas con hebillas á lo larga de la pierna, sus grandes espuelas tomadas de orin, su largo baston pendiente del brazo, con su casaca y la capa revuelta, en que estaban tejidas las armas de Ruspoli, hacíase respetar de las centinelas francesas, las cuales cuando entraba en Roma le saludaban con urbanidad.

Cierto viejo del Santo Oficio, que iba los juéves y los domingos á pasar la velada en casa de Capegli, y habia visto en su tiempo á Clemente XIII, murmuraba sentado en su sillón de cuero, tosiendo y desahogando el pecho de sus mucosidades, y exclamaba á menudo: — ¡Pobre Roma! qué lástima verla sin Papa! qué tristeza, qué oprobio! Bien podia decir el general Miollis: «*L'Empereur* pronto vendrá á coronarse en el Capitolio.» ¿Qué quiere coronar? En el Capitolio desde la corona de los Césares, no hubo ni habrá otra que la tiara. ¡*L'Empereur, l'Empereur!* y mientras tanto Roma se hallaba tan doliente y miserable que daba horror verla: no habia ya forasteros, ni bellas artes, ni comercio: nosotros vimos crecer la yerba en la plaza de España y en el camino de Babbuino. Lloraba envilecido y sin esperanza el pueblo; todas las familias de los Cardenales se hallaban fuera: los

decanos, gentiles hombres de capa, palafreneros, cocheros, maestros de palacio, todos carecian de pan, y no pocos vivian de limosna. Dichosos si hubiese habido pan en Roma donde la necesidad era grande; aunque los franceses, por no ver amotinados á los transtiberinos, debieron abrir los hornos de más allá del puente de Sixto y de otros lugares; pues de lo contrario, el Emperador hubiera podido ver á más de un dragon y á más de un granadero volar al Tiber. Yo mismo, en la taberna de la Escala y de los Santos Cuarenta, ví á los transtiberinos rechinar los dientes exclamando: «Queremos el Papa, queremos el Papa. ¿Acaso no somos romanos? no tenemos sangre troyana? Sin el Papa, Roma es un cadáver; y si el Emperador Napoleon no deja libre al Papa, San Pedro le dará con las llaves en los nocicos. San Pedro los ha desbaratado más hermosos que los suyos: ¡viva el Papa!

—¡Oh Bartolino mío! qué tiempos! aunque vivieses mil años, no vieras á Roma tan triste y desierta. ¡Dichoso tú que no tienes memoria de nuestros trabajos! Ahora lo ves todo floreciente: la ciudad ha tomado un aspecto de Reina; los forasteros acuden de todos los puntos á los Siete Collados, y encuentran feliz albergue las artes. Todo ha cobrado vida. ¿Sabes qué significa tanto oro y plata como nos llega de los ingleses, alemanes, franceses, rusos y otros grandes de todo el norte, que vienen á pasar los veranos enteros en los amenos collados de Roma? Cuando eran católicos pagaban el dinero de

San Pedro, y ahora lo pagan multiplicado por causa del Papa; pues sin este ni una sola vez hubieran venido á visitarnos. ¿Crees que durante el cautiverio de Pío VI y de Pío VII estuviese el Pincio tan adornado y delicioso como ahora? Observa las hermosas casas, los agradables paseos, sombrías alamedas, anchas escalinatas de mármol, columnas rostradas, fuentes y estátuas antiguas y pequeños y deliciosos palacios. ¿Crees que en Villa Borghese se viesan tantos coches, tantas cabalgatas de brillantes ultramontanos y tantas señoras nobles y elegantes de todas las naciones? En aquellos días, Roma sin Papa, se habia convertido en una ciudad de provincia de las más decaídas; al paso que Venecia, Milan, Génova, Turin, Florencia y Nápoles, siendo ciudades mercantiles, aunque perdieron de su señorío, no fué en menoscabo de las artes, de la industria ó del comercio. En cuanto á Roma, si le quitamos el influjo de las bellas artes, no tiene otra vida que la Iglesia; á Roma sin Papa no le queda más que mantenerse con monumentos, cosa que no se come asada ni frita.

¡Figúrese, pues, el lector si seria Bártolo afecto al Papa! Con semejantes conversaciones, que oia continuamente, veia en el Papa, á más del Vicario de Jesucristo y Cabeza visible de la Iglesia, un Soberano, ó mejor, un padre de Roma, luz y gloria de la misma. En medio de semejantes lecciones crecia el muchacho, y se le grababan más profundamente en las escuelas del Colegio romano bajo el institute



de los Sacerdotes; pues era el favorito del Abate Laureani y del Abate Graziosi, quienes con frecuencia lo llevaban con otros muchos alumnos á esparcirse y recrearse en Monte Mario, en la *Villa Lodovisi* ó en la *Villa Panfilí*, ó en otros deliciosos sitios de las cercanías de Roma. Siendo más crecido, era muy aficionado al juego de bolos en la *Villa Barberini*, en la cual llegó á ser tan diestro, que podia habérselas con los primeros jugadores de Italia. Era de cuerpo ágil y gallardo; y tan buen mozo, que al verlo en medio de sus juegos y ejercicios, parecia un modelo de los antiguos gladiadores romanos.

Era tal su aficion á montar á caballo, que pasaba todas las mañanas en el patio de la Dataría y del Príncipe Rospigliosi viendo cómo los adiestraban, metido siempre entre picadores y caballeros; siempre con calzones de ante, grandes botas acampanadas y con el látigo en la mano. A la tarde paseábase por el Corso ó por la Villa Borghese, ya montado en un caballo bayo, ya en uno negro ó blanco ó pardo. Al verle tan bien plantado en la silla, con un sombrero blanco, corbata de seda encarnada y un vestido verde oscuro, con botones dorados en que habia grabadas cabezas de ciervo, de jabalí ó de oso, y con sus botas relucientes y vueltas junto á las rodillas, dirigianse á él todas las miradas, así de las mujeres romanas como de las jóvenes viajeras de la otra parte de los montes. Hasta los Príncipes romanos le admitian de muy buena

gana en sus cabalgatas de la tarde, y en alegre compañía recorrían á medio galope las sendas sombrías de la villa Borghese, las praderas, la floresta y en torno de las pequeñas lagunas y pesquerías. No se cansaban de mirarle las doncellas, ora se paseasen, ora estuviesen tomando el fresco en los asientos que hay á lo largo de las fuentes y quese-  
ras de la villa. Bártolo, al ver las lindas paseantes, separábase de sus compañeros y ponía al paso su cabalgadura, la cual era un blanco alazan, que ya daba saltos y corbetas, ya se empinaba, ya iba á paso de lado, y con un andar suave comunicaba la mayor gracia al ginete, quien ágil y flexible en la silla, se adaptaba á todos los movimientos, haciendo chasquear el látigo.

El dulce vientecillo de la tarde agitaba las cintas de su blanco sombrero; y al tomar el galope ondeaban los faldones de su casaca y los rizados cabellos. Todo esto le daba un aire tan noble, que las jóvenes princesas decían entre sí con cierta especie de envidia: ¡Que no haya nacido príncipe ó duque! Bártolo, sin embargo, con toda su bizarría no podía subir las escaleras de los grandes palacios para asistir á las tertulias y bailes de casa Doria, de casa Borghese, de casa Piombino y de otros príncipes romanos; siendo admitido todo lo más durante el Carnaval á las fiestas que el duque Torlonia daba á los forasteros sus correspondientes: y entónces se satisfacía todo lo posible.

Entre las hermosas doncellas romanas que más

admiraban la gallardía de Bártolo, hubo cierta jóven hermosa y rica, hija de uno de esos maestros de obras que dirigen los edificios públicos, y que á causa de las grandes empresas que intentaba el Cardenal Consalvi, secretario de Estado del Papa Pio VII, se habian hecho opulentos en pocos años. Este riquísimo arquitecto, viéndose tan acaudalado, quiso emplear sus capitales en la ciudad, y compró casas y palacios de gran valor con hermosos barrios para Cardenales y nobles ultramontanos que venian á establecer su morada en Roma: y sacando de ellos crecidos alquileres, vivia en la mayor opulencia. Habia además en Roma, entre otros, un caballero que habia solicitado la mano de esta jóven para un sobrino; y ya el padre estaba á punto de otorgarla, pero la jóven Flavia se negó absolutamente, y se empeñó en que queria á Bártolo á todo trance.

El padre, á quien la suerte habia negado un hijo varon, cedió, con la condicion de que Bártolo consintiese en vivir en su casa haciendo las veces de tal, á lo que convino sin dificultad Leonardo Capigli, puesto que le quedaban otros dos hijos.

Era Bártolo de un carácter muy propio para contentar á su jóven esposa; nunca faltaba á aquellas delicadezas y respetos que son tan agradables á las mujeres; y especialmente le profesaba aquel aprecio y estimacion que daba á conocer al público cuánto era el amor que la tenia. Pero la ociosidad en que vivia en casa de su suegro fué casi la causa de su pérdida; puesto que entre los nuevos amigos que

tuvo que admitir en su casa, atendido su nuevo estado, hubo algunos que lo llevaron á menudo por sen las peligrosas y llenas de remordimientos. Ciertamente nada sufrieron en él algunos principios, que tenia bien grabados en su corazon con respecto á la fiel observancia de los deberes de ciudadano, que le inculcó la probidad de su padre; pero olvidó ó descuidó otros, con grave daño y desdoro de sí propio. El ardor de la juventud nos echa á veces en ciertos pasos, de los cuales creemos poder salir á nuestro arbitrio; y ya tarde advertimos que nos hallamos enredados en estrechos lazos. No pocas veces debió Bártolo al buen juicio y á los consejos de su esposa el salir bien del peligro; puesto que pasados los primeros años de matrimonio, esta acometió la magnánima empresa de detener las indiscreciones y fanfarronadas de su marido, quien en el fondo no era malo, y algunas veces daba oídos á sus cuerdas y suaves advertencias.

Mucho contribuyó para corregir la poca experiencia de Bártolo su trato familiar con el abate Graziosi (1), quien, ayudándole con sus consejos, lo volvía al recto sendero de la discrecion, sacándolo de los malos pasos en que inopinadamente habia caído. De esta especie de servicios le eran deudores tambien muchos jóvenes romanos, y no poco habie-

---

(1) El abate Graziosi, canónigo en San Juan de Letran, fué hombre de admirable sabiduría y en extremo celoso del cultivo de la piedad en la juventud romana.

ran ganado, si todos le hubiesen prestado oídos, en las contingencias que les aguardaban despues de la muerte del Pontífice Gregorio. Uno de los medios más prudentes y suaves de que se valió Graziosi, fué inspirarle grande afición al estudio de las antigüedades: pues Bártolo se dirigia dos ó tres veces á la semana al Museo Vaticano, en donde contrajo íntimas relaciones con monseñor Mezzofanti, persona muy amiga de los jóvenes, y dotada de suma amabilidad y dulce trato, propio para alimentar el entendimiento con buenos estudios, y para infundir buenas y virtuosas costumbres. De ahí á veces gozaba Bártolo de la satisfaccion de acompañar á Monseñor en su mismo coche hasta Roma; y entónces la íntima conversacion de este grande hombre serviale de viva escuela de sabiduria y de profundos conocimientos.

Y hasta despues que fué Cardenal no disminuyó en un ápice al afecto que habia concebido por Bártolo cuando este frecuentaba el Museo y la Biblioteca del Vaticano. Por lo mismo, habiendo sido avisado secretamente de parte de Flavia, de que Bártolo frecuentaba muchas noches la casa de cierta aventurera inglesa, mujer hermosa y seuctora en extremo, en donde se entregaba al juego; el Cardenal se compadeció de él, y para evitarle la pérdida del dinero y de la reputacion, buscó un medio honorífico de librarle de aquel miserable lazo. Y fué, que deseando el Papa ir á ver algunos monumentos de los mauros pelásgicos y ciclopeos

del Lacio, el Cardenal envió á Bártolo, acompañado de algunos artistas, á examinar cuáles entre todos eran los más hermosos y mejor conservados.

Túvolo Bártolo por grande honor, y desde luego fué á participarlo á los más célebres anticuarios y arquitectos de Roma; tales como el caballero Canina, el caballero Visconti, el comendador Campana, el marqués Melchiorri, y cuantos supo que gozaban fama de inteligentes en esta clase de materias. Corrió á Rieti, y visitó todas las cumbres de los Aborígenos, buscando los vestigios de aquellos grandes muros poligonos y gigantescos; examinó Ameria y Spoleto en la Umbria; vió la cerca de Prenesto; recorrió las regiones de los Equos, descendió á los Volscos, rodeó á Norba, Segni, Sezze, Terracina y Circei; pero nada le pareció tan admirable como los muros eróicos de Ferentino y de la ciudadela de Alatri.

Aquí vió con asombro aquellas enormes piedras angulares y diferentes, tan sólidamente ajustadas y trabadas entre sí; midió sus dimensiones, dibujó sus formas y examinó su variedad. En la puerta Sanguinaria y en el segundo circuito de la Acrópolis de Ferentino admiró la grande maestría de los arquitectos y la destreza de los picapedreros. Pero sobre todo al contemplar Bártolo las gallardas fortificaciones de la peña de Alatri, tan perfectamente unidas, y tan bien dispuestas en los ángulos y resaltos de los bastiones, parecía imposible que pudiese haber otras iguales. Luego de haber cumplido con

esta comision, regresó Bártolo á Roma, y tanto ponderó aquella maravilla del humano ingenio, y las fuerzas de aquellos primeros habitantes de Italia, que el Papa tomó la resolucion de ir á visitar la ciudadela Saturnina de Alatri.

esta comision, segun el artículo 1.º de la ley de 1.º de Mayo de 1890, y  
puedo decir que en ella se han reunido los señores de la  
comision de señores de la comision de señores de la  
comision de señores de la comision de señores de la  
comision de señores de la comision de señores de la  
comision de señores de la comision de señores de la



## CAPITULO II.

ELISA.

A principios de Mayo de 1846, en una de las esplendorosas mañanas en que el cielo de Roma deja admirados á los forasteros, vióse asomar por la plaza del Quirinal un coche de viaje, el cual, llegando á las Cuatro Fuentes, dió vuelta por la calle de Santa María la Mayor, y se paró delante de la puerta del monasterio de San Dionisio (1). Habiendo tocado la campana del torno, oyóse á la tornera, que decia á otra conversa—Llamad á Elisa.—Dicho y hecho.—¡Oh y qué pronto! Animo.—Elisa, Elisa, papá ha llegado.

Vióse á una jovencita de poco más de quince años vestida en traje de marcha, y con un collarín blanco como la nieve, un vestido con listas blancas

---

(1) Las religiosas de San Dionisio son de antigua institucion francesa. En su convento se educa la flor de las doncellas de Roma, saliendo algunas jóvenes de virtud sólida y muy diestras y aptas para el desempeño de los deberes de la familia.

y de color de rosa, abierto de la cintura abajo y con botoncitos de madreperla y lazos con borlas azules; calzaba unas pequeñas botas de color de amarantho, y toda ella respiraba ligereza y gracia virginal. Sus cabellos de un color castaño reluciente, desde la crencha se separaban formando una pequeña trenza detrás de las orejas; y la abundante cabellera, retorcida y arrollada en la cabeza, formábale un peinado en extremo elegante.

Oyendo que su padre la estaba aguardando á la puerta, con el rostro encendido y los ojos llorosos se echó al cuello de sus dulces compañeras, las cuales entre sollozos le daban su triste despedida; luego abrazando á las queridas maestras, haciendo á la una mil caricias y á la otra dando mil besos; mientras la una le componia el vestido, y la otra apuntaba un alfiler en sus guarniciones, una conversa le ponía el sombrero de paja, y una jovencita, que entre ellas se hallaba escondida, se le puso en un punto delante, y quiso anudar las coloradas cintas debajo del manton, y aplicarle otro beso en la frente.

Al pasar Elisa por la sala de la labor, inclinóse para mirar un bordado en terliz, y volviéndose luego á una compañera le dijo:—¡Ah, amiga Laura, cuán agradecida te estará tu mamá el día de su fiesta! ¡Dichosa tú que tienes aun una madre!—Y esto diciendo suspiró tristemente. Viendo un piano, quiso recorrer sus teclas: luego llegó á la vuelta de un corredor donde habia una querida imagen de la

Virgen, á la que tenían suma devocion todas las alumnas; la inclinó, la miró con vivo afecto y exclamó:—¡Madre mia, sed vos mi guarda! Juia, no te olvides de renovarle cada dia las flores; cosa de que siempre tuve buen cuidado: te recomiendo el jarrito de porcelana de Sevres; cuidado con romperlo, y piensa que es para todos los dias de fiesta: aquel corazon encendido que en él está pintado, es el mio.

Esto diciendo, llegaron á la puerta en medio del tropel de todas las de la casa, que repetian sus besos, caricias y lágrimas; la superiora la entregó al Padre, quien la dió el brazo, condújola al coche, y habiendo subido ligera á él, al instante partieron. Elisa se echó algo hácia atrás, y con el pañuelo en los ojos y la frente baja permaneció taciturna; en tanto que su padre, arrellanado y apoyando el pié en el asiento de enfrente, la contemplaba tambien silencioso, respetando aquellos primeros efectos de su hija.

Este Padre era el mismo Bártolo, quien hacia tres años habia perdido su prudente y bondadosa Flavia, la cual murió de sobre-parto de un niño. Despues de haberlo tanto deseado, al fin pudo darlo á luz; pero atacado de violentas convulsiones, espiró en los brazos y entre las angustias de su madre, la cual se afectó á tal extremo, que habiéndosele suprimido la leche é inflamádosele la sangre, no pudo resistir á la fuerza del mal, y acompañó á su hijo al sepulcro. Asi Bártolo quedó solo con su primogé-

nita Elisa, á la que con su consentimiento, colocó la madre en San Dionisio desde muy pequeña, y allí creció al lado de aquellas piadosas é instruidas religiosas, recibiendo una educacion virtuosa y modesta, al par que escogida y adornada con todos aquellos conocimientos que convienen á una doncella para que sea instruida, prudente y agraciada, asi en casa como en el trato del mundo. Era Elisa hermosa, y estaba dotada de agudo y penetrante ingenio; pero de una imaginacion vivísima y de genio alegre y ligero; su corazón era dulce, candoroso y franco; pero en extremo sensible, ardiente y apasionado.

Muerta Flavia, aunque Bártolo no se entregó á una vida desordenada, sin embargo, vióse impulsado á excederse en varias reuniones de amigos, que en medio de los placeres propios de la opulencia hablaban de política, y entre el movimiento de las copas discutian los más altos y complicados asuntos de Estado. Gregorio XVI era ya muy anciano, aunque continuaba siendo siempre un gran Papa en el gobierno de la Iglesia, siempre pronto á combatir los insidiosos manejos de una diplomacia hostil á la Santa Sede; siempre firme é incontrastable en sostener su preeminencia y dignidad ante los Gabinetes católicos, y robusto y decidido en contrastar el poder y los ataques de los Gobiernos heterodoxos: era constante amigo, defensor y Mecenas de las artes y de las ciencias, particularmente de las filológicas, y se complació hasta el fin de sus dias en

la rica y noble institucion del Museo etrusco vaticano.

Todo está bien, decian los amigos de Bártolo al oír estos elogios que hacia á menudo el anciano Papa; pero Gregorio es demasiado altivo, intratable y agreste, enemigo del progreso de la civilizacion europea y de las luces; combate las nuevas invenciones, y sofoca la llama de los ingenios italianos. A más de esto, no entiende la administracion, y permite que el Estado se arruine, agobiándolo con nuevas deudas y pesadas cargas.— Concedamos, replicaba Bártolo, que tenga en aversion el progreso y que le disguste en atencion á ciertas miras pontificias; pero en lo respectivo á los gastos, el mal no procede de él, sino de las facciones y revueltas suscitadas en la Romanía y otras partes, que hicieron necesario tomar á sueldo á los suizos, y ántes que estos á los alemanes. Pero, creedme, si bajo un nuevo Papa forma toda Italia una confederacion, segun lo expone extensamente Gioberti en su Primado, veremos renacer á Roma, y recordar, bajo la presidencia del Romano Pontífice, su antiguo ascendiente y su mayor grandeza.

Qué, ¿crees tú, decia el otro, que el Austria consentiria en la confederacion italiana? ¡qué cándido eres! — ¡Oh! en cuanto al Austria, tenemos á César Balbo con sus esperanzas sobre Italia, quien ha encontrado un medio sumamente expedito de despachar este asunto. Pero hablando con formalidad, póngase el Papa al frente de la Confederacion

itálica, y Roma, no sólo pagará sus deudas, sino que será grande, rica, y prestará sus tesoros á otras naciones, como lo hizo en los pasados siglos, cuando el Papa era verdaderamente Papa, y regia los destinos del mundo cristiano.

Alguno decia:—Es cierto. — Otro replicaba:—Bártolo está soñando siempre con Alejandro III y la liga lombarda; y ahora se le ha metido en la cabeza este Pontífice, jefe de la liga italiana; pero si no aparece entre nosotros un Pontífice jóven, capaz de montar á caballo y dotado de un corazon napoleónico, no saldrá ciertamente de su capa pluvial, y en vez de cabalgar en los campos, será conducido al Vaticano en su silla para darnos la bendicion.—Poco á poco, amigos: Urbano VI era tambien muy viejo, y no obstante, fué el primero en montar á caballo en el Garigliano á la cabeza de sus valientes; y Julio II habia visto no pocos Atriles, y con todos sus años recorrió á caballo el centro de la Lombardia, dirigió asaltos, y penetró animoso por la brecha de la vencida ciudad. Al oír estas ardientes expresiones, los amigos reian; excepto dos que lo miraron de soslayo y guardaron silencio.

Esta vida llevaba Bártolo hacia dos años: fiel al Papa por afecto y por interés de Roma; deseoso del engrandecimiento de Italia por amor á la patria comun; enemigo de las sociedades secretas por la altivez de su corazon libre, era sin embargo amigo de algunos sectarios, en parte por ligereza, en parte por ignorancia. No teniendo más que á Elisa, pareciale

que nunca llegaba el tiempo de dejar su estado de viudez llevando á su casa este amado tesoro, que apreciaba más que todo lo del mundo, teniéndola al lado, y haciéndola brillar en Roma y rejuvenecer con su compañía la vida doméstica.

Mientras que el coche, despues de haber pasado ya la puerta de San Juan, adelantaba hácia el camino de Albano, en donde poseia Bártolo una pequeña y alegre quinta, volvióse éste á su hija, y rompiendo su largo silencio, le dijo:—Animo, hija mia, enjuga las lágrimas y alegra á tu padre. No puedes figurarte cuán vivamente deseaba ver llegar este dia, que debe ser para mí el principio de una larga felicidad. Pasaremos en el campo la deliciosa primavera, y luego tengo intencion de llevarte á ver la Toscana, en donde tengo algunos amigos; despues á Florencia, Siena, Pisa y Liorna, en cuyas ciudades podrás disfrutar los placeres propios de una sociedad florida y elegante, y alimentar tu entendimiento y tu corazon con todos aquellos conocimientos que convienen á tu juventud. Y con el fin de evitarte el fastidio de la soledad doméstica, te he procurado una virtuosa y amable compañera, la que viviendo en tu compañía podrá serte muy útil con su experiencia y sus luces; tú procura ser para ella una hermana y una amiga, y te corresponderá con iguales sentimientos, pudiendo ámbas juntas cultivar el talento con el estudio de las letras y de las artes liberales, en que es maestra.

En efecto; llegado á Albano, encontró Elisa en un

pequeño jardín, por el cual se entraba á la quinta, una linda jóven de unos veintiocho años, que la estaba aguardando; la cual apénas la vió, echósele al cuello alegre y risueña, besóla, abrazóla con efusion, y luego tomando á Elisa del brazo la acompañó á una sala. En seguida le desató las cintas del sombrero de paja, y habiéndole dejado en la frente algunos cabellos para que fuese más agraciada, la hizo tomar asiento en un divan, colocado en frente de una puerta vidriera que daba á un terradito de encima del jardín.

Esta señorita, compañera y juntamente maestra de Elisa, ya sabemos que era buena y virtuosa segun las *piadosas* intenciones de la persona que la proporcionó á Bártolo; y al mismo tiempo la más á propósito para formar el corazon de aquella inocente criatura, que acababa de salir de la compañía de beatas, llena de tantas nimiedades y supersticiones como hay entre monjas; lo que de ningun modo podia convenir á una jóven hermosa y poseedora de ochenta mil escudos, que tenia de parte de su madre. La señora Polisená, no obstante ser toscana, habia sido educada para el teatro en el Conservatorio de Milan, y fué bailarina hasta que tuvo veinte años; pero habiéndola sacado, no sé por qué motivo, de la escena de Berlin un Mecenás húngaro, regresó luego despues á Italia, donde en varias ciudades hizo profesion de curar ciertas enfermedades por el sistema homeopático y el magnetismo.

En cuanto á italiana, no habia otra, pues se habia



consagrado enteramente á la *Jóven Italia*; sin embargo, sabia guardar tan bien el secreto, que en ella la una mano no sabia lo que hacia la otra. Cuando iba de ciudad en ciudad, llevaba ciertas embajadas de viva voz, de aquellas que no es prudente confiar al papel, puesto que era un correo de los más activos: llevaba tambien las cartas y avisos importantes, escritas en un tejido de seda blanca, que luego cosia al rededor del palillo ó entre las ballenas del corsé: asi la seda no crugia, como el papel, siempre que á algun empleado de policia poco modesto se le antojaba registrarla, y la astucia tenia un éxito completo.

Estaba Bártolo muy ageno de sospechar siquiera que tuviese aquella jóven semejantes habilidades; pues presentaba un aire elegante, una fisonomía tan franca y una mirada tan placentera y serena, que unido esto á un continente siempre comedido, era imposible penetrar sus verdaderos sentimientos. Sabia acomodarse á toda especie de conversaciones, para lo que tenia en todas ocasiones ciertos dichos propios, que aplicaba con oportunidad; de suerte que no hubieran podido competir con ella las personas más sensatas y juiciosas. De vez en cuando soltaba algunas exclamaciones sobre la resurreccion de Italia, que dejaban embobado á Bártolo: particularmente despues de comer debajo de un pequeño emparrado de jazmines, tenian largas conversaciones tocante á los medios más á propósito para restituir en el trono á esta hermosa reina de las nacio-

nes, que yacia triste y lánguida entre los andrajos y podredumbre de su larga miseria.

En aquellos primeros días Elisa, unas veces con su padre, otras con Polisená, daba largos paseos por los verdes y sombríos senderos de los cerros inmediatos al lago Albano: subía al monte de Júpiter Lacial, visitaba la antigua selva de Ferento, ó el bosque de los Nemios, que con sus oscuras sombras nos representa las sangrientas ceremonias del culto de Diana Ericina; alguna vez bajaba á ver el santuario de Galoro, custodiado por jesuitas, donde es venerada del pueblo de Aricia y de todo el Lacio inmediato una antiquísima y prodigiosa imagen de la Reina celestial, que al atroz sacrificio de víctimas humanas, propio del culto de Diana Nemerosa substituyó el dulce y suave holocausto de nuestros cerzones.

En esto habian trascurrido más de quince días cuando la virtuosa Elisa pidió dulcemente á Polisená que la llevase á confesarse en la iglesia de Nuestra Señora de Galoro, con un anciano jesuita que le había indicado su madre Maestra de San Dionisio. A esta improvisada demanda, poniendo el rostro sério Polisená, y reprimiendo á duras penas su rabia, dijo con voz suave estas venenosas palabras:—¿Qué estás diciendo ángel mio? ¿tú, tan buena confesarte á un jesuita? ¡tú, que tienes un alma tan pura, noble y candorosa! ¡Lo mismo fuera que ir por tus propios piés á encerrarte en un sepulcro! ¡Ignoras que los jesuitas son los mayores enemigos de toda

virtud; que con sus sutiles y refinados artificios pervierten las almas jóvenes, les quitan toda la fuerza, y apagan la flama de los más tiernos afectos del corazón? Si desgraciadamente cayeses en los lazos de estos hombres, acabariase para tí todo amor á tu padre; pues te harian un deber de desamarle. ¡Guárdete Dios de confesarte á ellos! cada sábado irian tus pecados por el correo á la vista del Padre General; quien todas las semanas, el sábado por la noche, hace su meditacion sobre las listas de los pecados de las doncellas. Así cuando alguna quiere tomar esposo, é. te pide en confianza dicha lista al General, y descubre en ella los hechos y hasta los más íntimos pensamientos de la pobre muchacha. Has de saber que los jesuitas son unos zorrastrones, tristes, fraudulentos y crueles, y cubren sus vicios con una hipócrita piedad: ¡por Dios no te fies de ellos, si quieres salvar tu alma!

Quedó Elisa llena de asombro al oír lecciones tan nuevas, sin saber lo que le pasaba.—Con todo, dijo, mi buena madre, de feliz memoria, tenia por confesor al P. Bonvicino, y sin embargo era tan piadosa, tan amable, paciente y magnánima, que la citaban por modelo las señoras romanas. Y cuando os diga que desde algunas ventanas del convento de San Dionisio se vé á cierta distancia el jardin del Noviciado de los jesuitas, y no pocas veces con alguna de mis amigas veíamos pasearse los novicios de tres en tres rezando el rosario ó callados; y aunque á su parecer nadie los veia, llevaban no obstan-

te la vista baja, con tanta modestia y compostura que parecian unos santos. Confieso que no pocas veces, despues de haber presenciado un espectáculo tan ejemplar, íbame á mi querida Virgen del corredor, y le suplicaba enternecida que me comunicase la misma virtud.

—¡Oh y qué buena eres! ¿No conoces que los jesuitas adiestran á sus jóvenes novicios á semejan-tes imposturas para engañar á los tontos y llamar á la gente á su devocion, y que son astutos como el demonio? Ello es que jamas se te ocurra hablarme de los jesuitas. La pobre Elisa vió que lo mejor era callar. Habia llevado consigo del colegio las eternas *Máximas* y las *Glorias de María* de Liguori, la hermosa novena del Sagrado Corazon, escrita por Borgo, y algun otro librito de devocion; pero sin que nunca pudiese averiguar cómo, ello es que hoy desaparecia uno, mañana otro.

Preguntábalo á Polisena, y esta se encogia de hombros diciendo: —¿En dónde lo pusiste?—En mi cajoncito.—Nunca lo he reparado, acaso piensas habértelo traído y lo habrás dejado olvidado en el convento. En su lugar le proporcionaba Polisena el *Marcos Visconti*, de Grossi, *Los Llorones*, de Máximo de Azeglio y la *Margarita Pusterla*, de Cantú, diciendo: Ya verás, Elisa, en estos libros cómo puede conciliarse la virtud con el amor á la Italia. Amiga mia, la que en sus venas no siente correr sangre italiana, no es digna de respirar ese aire vital que animaba á los primitivos Pelasgos. Aquí

tienes á Alba, Cori, Ardea, Laurento y la cercana Aricia: aquellos antiguos Opicos, Ausonios, Rútulos y Auruncios sentían hervir en sus pechos el orgullo de pertenecer á tan gran pátria.

Entregábanse las dos jóvenes á esta clase de lecturas, por lo regular á la mañana á la sombra de los cerros inmediatos al lago Albano, y Polisena hacia á su discípula sutiles comentarios sobre los pasajes más ardientes y alusivos al futuro estado de Italia. Cierta dia, miéntras que Elisa estaba leyendo un triste pasaje del libro de Grossi, pasó por la galería de los Capuchinos un jóven á caballo, el cual, aunque iba á un trote largo, pudo observar los animados gestos de Elisa cuando, profundamente conmovida por la cruel agonía de Bicia en el castilo de Galarata, se hallaba sin pestañear ni respirar, con sus mejillas ora teñidas de un vivo encarnado, ora pálidas alternativamente; y su frente ya arrugada ó ya serena á impulso de los mil encontrados afectos que interiormente la agitaban.

Después de haber llegado el caballero al extremo de la senda, volvió las riendas y pasó otra vez más rápido por delante de Elisa, la que apenas alzó los ojos para mirarle. Polisena viendo ya cerca la hora de marcharse, y queriendo evitar que el desconocido caballero las sorprendiese por tercera vez, interrumpió de repente la lectura, y volviéronse á su casa.

Dos dias después, hallándose las dos sentadas bajo un grupo de alisos encima del lago, hablaban

entre sí, cuando Elisa vió oculto detrás de las ramas á un jóven pintor, sentado en un banquillo de cuero, dibujando en una tablilla el extenso ámbito del lago, con el monte Lacial y demás collados circunvecinos. Como en todos aquellos alrededores se ven pintores alemanes, suecos, belgas, etc. que se deleitan centemplando tan magníficas vistas, las dos jóvenes no pararon en él la atención; solamente Elisa, habiendo levantado más veces los ojos como por casualidad, vió por los intersticios del ramaje á un jóven de larga y ensortijada cabellera, con bigotes retorcidos y barba terminada en punta: de modo que le pareció ser exactamente el mismo jóven que montado á caballo pasó dos dias ántes por el camino de los Capuchinos.

Con las piernas cruzadas, apoyaba en las rodillas un cuadro de unos cuatro palmos; y á menudo, cubriéndose la cara con la paleta, y aplicando el ojo en el agujero por el cual entra el dedo pulgar para sostenerla, miraba al través del mismo (sin que Elisa supiese á dónde), y exhalaba un profundo suspiro. ¡Pero quién hace caso de las rarezas de los pintores!

Vuelta á su casa para el almuerzo, entró de improviso Bártolo, arrojó su sombrero de paja encima del piano, asomóse distraido al terrado que mira á Roma, y luego retrocediendo y volviéndose á las dos jóvenes, que lo estaban mirando con pasmo, exclamó:—«Pues señor, el Pontífice Gregorio ha muerto!—¡Muerto! repitió Polisena, ha muerto!

¡Viva la Italia! Paseábase agitado Bártolo por la sala, y á veces se paraba de repente; y pasándose la mano por la frente y por el rostro, apoyaba luego en ella la barba en ademan meditabundo; despues, echándose en un sofá, y mirando al techo, decia como para sí á media voz:—¡Cómo elegir un nuevo Pontífice en medio de la actual agitacion de Italia! El Piamonte relampaguea, las Romanías rugen como un mar tempestuoso, la Toscana se entrega á los deleites, pero vuelve la vista á los amigos que tiene en su seuo y á quienes lisongea; Nápoles, al mismo tiempo que hace locuras, allia en secreto la espada; la Sicilia está muy postrada, lo mismo que su Encelade debajo del Etna; pero ¡ay! si se rehace! Entónces desquiciará los montes y vomitará fuego y llamas; el reino Lombardo-Veneto, en medio de su opulencia, tiene los ojos fijos á la otra parte del Pó, esperando que aparezca una luz, ó que baje del Apennino al sonido de la trompeta. ¡Elegir un Pontífice en estos tiempos! ¿Y será posible que los Cardenales consientan en correr tanto riesgo reuniéndose en cónclave?

Mirándolo estaba Polisena con los ojos entrecerrados y de un modo atrevido é impertinente. «No lo dude Vd., Sr. Bártolo, tendremos cónclave y Papa. Sin ámbas cosas nunca viérais el renacimiento de Italia.—Así debiera suceder en efecto, pero no sé si todos serán de vuestra opinion.—Todos.—Veó que habláis hoy muy resuelta.—Yo sé porqué hablo así.»

—En esto vino un criado á avisar que estaba pronto el almuerzo.

El dia 6 de Junio llegó á Roma con la diligencia de Florencia el conde Pompeyo Campello, quien habiendo sabido que Bártolo y otros amigos de la misma clase, especialmente Polisena, se recreaban en Albano, fué á verlos, tanto para tratarlos, como á fin de tomar algun descanso en medio de aquellas deliciosas alturas. Recibió una lisongera acogida, convidando á comer á los amigos, y median-do entre ellos largas y vivisimas conversaciones. El conde, hablando de su viaje por el alta Italia, decia: «En cuanto á mí, tengo una firme conviccion de que nuestra estrella está despuntando, y que ya se divisan sus primeros rayos. Cuando la muerte del Pontífice, hallábame en Florencia: tuve íntimas conferencias con los valientes de Toscana, y les comuniqué los proyectos de los amigos del Piamonte; los expuse despues en Parma á Pedro Giordani, y lo mismo á los demas italianos sensatos de Plasencia, de Regio, de Módena y de Bolonia: todos son de un mismo modo de parecer. En este sentido se escribió, y allí donde no era seguro tratar por escrito, se enviaron mensajeros, especialmente á Lombardía y á Venecia.

Amigos, con las conspiraciones, con las abiertas rebeliones, con tumultos parciales, con el repentino estallido de los motines y sangrientas refriegas, es imposible llevar á cabo el renacimiento de Italia. Pégase fuego en un punto, y se apaga en otro; y



miéntras tanto los Monarcas toman sus medidas; todo son recelos y sospechas; los más fuertes campeones de Italia son presos y sepultados en los calabozos de las torres y fortalezas. Es preciso cambiar de sistema, y seguir otro rumbo, haciendo como las ratas del lago de Venecia, que miéntras el leon de San Márcos dormía en su dorada jaula en el patio del palacio ducal, se le subieron por la espalda, y agarrándosele por entre las crines de la melena, empezaron á lamerle y á morderle juntamente.

Sintiendo el leon aquellos suaves mordiscos, abria de cuando en cuando sus ojos soñolientos, pero como con las dulces lameduras curaban las heridas de los dientes, recostó otra vez el hocico en las garras, y durmióse tan profundamente que las ratas le royeron hasta el corazon, y murió. Quiero decir, que está resuelto entre los amigos de la Italia alcanzar la libertad empleando la miel, toda vez que la hiel no ha producido el fin propuesto. Los Reyes rechazan las espadas y la artillería; pues por cada diez de las nuestras tienen ellos mil, que se nos echan encima mucho más ejercitadas: nada les traspasa como el puñal de la adulacion; no hay coraza de acero, ni cota de malla que pueda resistir á su punta: la lisonja empleada oportunamente, y el aplauso segun las circunstancias, los ablanda aunque sean de diamante. Por lo mismo, queda convenido en una conspiracion general, ahogar á los Reyes en jarabo de violeta y miel rosada; sepultarles bajo una nube de rosas, y deslumbrarles con el re-

flejo de los espejuelos, como si cazásemos alondras ó calanprias.

—Ya hemos hecho el primer ensayo en Turin el día 6 del mes pasado, cuando uno de nuestros campeones, apénas llegó el Rey al Campo de Marte para revistar, excitó á los soldados á que gritasen: ¡Viva *Cárlos Alberto, Rey de Italia!* Toda la plaza Real, todo el camino nuevo y la plaza de San Cárlos hasta el Parque de Artillería, estaba lleno del concurso, y entre el pueblo estaban apostados muchos hombres para que al regresar el Rey gritasen, haciendo eco al hosanna del Campo de Marte. Las mujeres engalanaadas ocupaban las alturas, ó estaban asomadas á las ventanas, unas para arrojar coronas de laurel, otras, flores al pasar el Rey, agitando banderillas con la cifra del Rey de Italia bordada en oro, como las caballerescas insignias de las antiguas justas que las doncellas ofrecían al vencedor. El Rey lo supo y se gozó interiormente: ya el caballo estaba ensillado, y el real palafrenero lo tenía por las riendas al pie de la escalera, cuando dos infernales retrógrados, envidiosos de la gloria de Italia, entraron á ver al Rey, y tanto le dijeron, y tanto le rompieron la cabeza, que no pasó la revista, y nuestro ensayo quedó frustrado. Sin embargo, supimos que el Rey Cárlos Alberto quedó penetrado hasta los tuétanos al saber tales demostraciones. Creed que el medio encontrado es excelente y el más apto para alcanzar nuestro noble objeto.

—No conoceis á los Papas, dijo un hombre colo-

rado y regordete, que ocupaba la cabecera de la mesa: los Papas regularmente son viejos y experimentados, y no se dejan prender en tales lazos; y si fuese tal un fraile, no extrañaría que volviese á levantarse un Sixto V, é hiciese rodar más de cuatro cabezas por las almenas de las torres. El Papa Gregorio sin duda era bonachon; tenia miedo de los carbonarios; pero cogidos y guardados bajo llave en San Angelo, en Civita-Castellana, en la Torre de Spoleto y en la roca de Ancona, los dejó hacer; y si le incomodaban un tantico, los enviaba sanos y salvos á América, como sucedió á los del treinta y siete. Pero si saliese Papa el barbudo de encina del Triton de la plaza de Barberini (1), aunque sólo fuese por medio año, veríamos ciertamente otro Sixto.

¡Oh! en cuanto á los Sixtos, mi querido Pantaleon, dijo el conde, se perdió la semilla; y si germinase otra vez tan fuerte planta en el campo de San Pedro, pronto hallaría quien la arrancase hasta en sus más pequeñas raíces. Digo, pues, que en su lugar se levantará un Papa algo conocedor de las condiciones de los tiempos, y sabrá arreglar el negocio de manera que se dirija á dos objetos, á conjurar la tempestad que ruje sobre la cabeza de los Reyes todos, y á hacer que la oprimida Italia levante la cabeza del fango en que está hundida

---

(1) Hace alusion al Cardenal Micara, Capuchino, persona de un grande ánimo.

hasta los ojos. Por consiguiente, queremos un Papa, y pronto; y á ménos que los Cardenales hayan perdido el juicio, nos darán un Papa que no sea viejo, ni fraile, ni diplomático, ni inquisidor; sino hombre de Dios y conecedor, no de los tiempos de Gregorio VII, sino de los de Gregorio XVI; así verá que por cada diez liberales que tiene entre cadenas, existen mil que están libres, y que han jurado resucitar la grandeza de Italia ó morir en la demanda. Verá que es fuerza pasar por estas horcas caudinas y bajar la cabeza; y si hay algun medio de superarlas honrosamente, no es otro que valerse de las alas de una política generosa, que pase por encima de las añejas ideas de la pasada supersticion de estado, y ser algo generoso con los pueblos que anhelan por algunas libertades. Dénnos un Papa que tenga estas condiciones, y apuesto la cabeza que será nuestro Dios.

Pero hemos de saber, replicó Bártolo, si este Dios podrá dar á los liberales cuanto baste para aplacar su sed, ó si temerá que sean como el horno, en que cuanto más leña se echa, más arde, cruje, devora y consume. Dicho esto y terminado el almuerzo, salieron al jardín á tomar el café debajo de un templete cubierto de plantas enredaderas que lo esmaltaban de flores. Pero el conde hizo del ojo á Polisena, y salió: luego habiéndola enaontrado detrás de un rosal, que le estaba aguardando, le estrechó la mano diciendo en voz baja: *Hasta la muerte.*

— La Italia te observa: para la nueva elección, Bártolo se hallará sin duda en Roma: ayuda á los hermanos: todo está dispuesto. — *Hasta la muerte.*

— La tibia in (oblique) parte II. (oblique) parte  
— La tibia in (oblique) parte II. (oblique) parte  
— La tibia in (oblique) parte II. (oblique) parte  
— La tibia in (oblique) parte II. (oblique) parte

CAPITULO III.

LA LUNA DE MIEL.

Angel Brunetti, plebeyo romano, llamado despues por sus compañeros *Ciceruaçchio*, era en su tiempo un mancebo denodado y amigo de penden-  
cias: alto, robusto, de recia musculatura y capaz de hundir de un puñetazo las costillas á su contrario, ó desquijararle casi por broma. Llevaba un sombrero calabrés caido sobre la oreja izquierda, y adornado con una pluma de gallo; el chaleco corto, y entre éste y la cintura de los calzones asomaba la camisa por dehsjo de una faia de seda encarnada y verdemar; la chaqueta de terciopelo azul adornada con cordon amarillo; la cual los dias de fiesta se quitaba en la taberna y se la echaba encima del hombro izquierdo. Jugaba á los bolos y á los birlos como el más diestro, y bailaba mejor que el primer transtiberino ó montañés. Las mujeres públicas de Lungareta ó de la calle de San Francisco salian á la puerta cuando él pasaba, en compañía de otros jó-

venes, los dias festivos al ir á jugar fuera de la puerta Portese; sin embargo, él seguia su camino haciendo como quien no reparaba en ello. ¡Pero ay del jóven que pasease demasiado por la calle en que vivia su querida! Y las tuvo iguales á aquellas, por cuyo motivo sostuvo no pocas reyertas con los valentones de Regola, de Ripeta y de Borgo San Pietro. Era tan pronto á usar del puñal como irascible; de consiguiente tuvo muchos lances y disputas con los tribunales de justicia: pero así como bajo un rostro lozano y una fisonomía franca ocultaba un alma llena de astucia, tambien las más de las veces sabia salir libre del atolladero.

Era carretero de profesion, y llevaba en su carro el vino á los mesones y tabernas, principalmente de aquella parte de Roma que desde el puente de San Angelo da vuelta hasta la plaza de España, y hácia abajo por el Babuino hasta el Pópulo: tenia íntima amistad con los barqueros que conducian vino, leña ó carbon, que de Sabina llegan al puerto de Ripeta en el Tiber. Era una misma cosa con los carreteros y con los más osados perdonavidas; confiábales el transporte del vino de Marino, de Veletri y de Genzane; y luego de habarlo descargado, llevábalos á merendar en la Via Felice, en la de la Vid, etc. pagando él el gasto. De manera que Angelo tenia fama de hombre honrado y valiente. Pero este era un malvado, falso, y ocultaba una alma perversa y cruel, bajo un semblante afable y sereno. Desde el año 1830 que se habia entregado en cuerpo y alma



á la secta de los carbonarios. en la cual diósele el encargo de corromper y pervertir á la plebe romana acostumbrándola á la erápula, al juego y libertinaje; pero tanto supo disimular y fingir, que las autoridades de Roma nunca tuvieron motivo para echarle el guante.

Pero llamó toda la atención de los conspiradores de la *Jóven Italia*, como hombre osado y emprendedor, y el más activo y apto para ayudarles y servirles en toda empresa, conforme á sus secretas intenciones. Así pues, habiendo sido elegido á mediados de Junio con maravillosa solicitud por los Cardenales reunidos en cónclave para Pontífice de la Santa Iglesia el Cardenal Mastai, que tomó el nombre de Pio IX, quisieron los conspiradores poner en práctica el plan, determinado ya por la secta, de vencer á los Reyes de Italia con el dulce halago de las adulaciones del pueblo, con el cebo de las alabanzas, embriagarles con aplausos, coronarles de rosas, y conducirlos al punto que querian llevándolos en palmas. Por consiguiente, el pontificado, que desde mucho tiempo era un objeto de aversion, de despecho y de rabia para los impíos, desde que fué elegido Pio IX se convirtió de repente en la delicia y el amor de todos los pueblos, el ídolo de los católicos, el deseado de los protestantes y la admiracion de los musulmanes.

Cuando despues en Julio concedió el Papa amnistia y perdou á los que por crimen de lesa majestad se hallaban presos en las torres de las ciu-

dadelas y de las fortalezas, no hubo término para las evaciones, para las glorias y triunfos del sumo pontificado, que Pio IX representaba con tanta dignidad y con una clemencia y sabiduría celestial. Algunas plumas infernales, que hacia algunos años derramaban en sus páginas los más venenosos y amargos conceptos contra la silla de San Pedro; que denigraban á los Papas, emponzoñaban sus más santas intenciones, y deprimian en el polvo y el fango sus actos más nobles; que profanaban las virtudes, exageraban los defectos, detestaban la fortaleza, calumniaban á la justicia y declamaban contra el cielo; estas plumas malditas, convirtiendo la censura en alabanza y el envilecimiento en homenaje, no encontraban palabras bastantes para ensalzar el reinado de Pio IX.

De la tiara pontificia, decian, vinieron á Italia todos los bienes; la libertad, la paz, la gloria, el poderío, la civilizacion y la sabiduria: los Papas disiparon las tinieblas de la barbárie que envolvian la Italia y la Europa en oscura noche; de la tiara salió la luz de las ciencias divinas y humanas: leyes, estatutos, costumbres, sacadas de la razon vandálica, goda y longobarda, sepulieron, é irradiaron en derredor la mansedumbre, la discrecion y la caridad. De ahí fueron convertidos los tiranos en padres de los pueblos, el despotismo fué templado por la ley, la ley animada por la justicia, y la justicia unida al amor y á la clemencia. Los Reyes hallaron en los Papas accion y consejo, y juntamente freno y casti-

go; los pueblos un estímulo á la obediencia, una represion á los tumultos; pero tambien unos protectores de sus derechos, promovedores de sus franquicias, abogados de las razones de los pobres, viudas y huérfanos. La verdadera libertad de las naciones cristianas permaneció íntegra miéntras que la autoridad del Pontífice fué sagrada para los gobernantes; luego, disminuida ó quebrantada esta, los pueblos desconocieron la autoridad de los Gobiernos, y les hicieron sufrir la pena del Talion. Esto se imprimió durante aquellos primeros meses en mil opúsculos populares, en toda especie de poesía, en mil periódicos; y lo escribían personas conocida-mente enemigas desde mucho tiempo, no sólo del pontificado, sino de todo el órden sacerdotal.

La divisa blanca y amarilla del estandarte pontificio, que fué ántes objeto de vituperio, volviése de improviso en el resplandor del sol y de la luna que cubren de oro y plata el firmamento. Las salas se entapizaban con estos dos hermosos colores, y los mismos se veían en los cortinajes de las camas, de los balcones y ventanas, en las colgaduras de los palcos del teatro, en todas partes se ostentaban el blanco y amarillo, la plata y el oro. Blancos y amarillos eran los pañuelos de las señoras más elegantes de Roma, las cintas de los sombreros, las guarniciones y adornos de los vestidos, y hasta los esmaltes de los collares, brazaletes y pendientes.

En medio de un cambio tan completo, Bártolo estaba fuera de sí de gozo: y si por su educacion, su

sensatez y su arraigada religiosidad era afecto al Gobierno pontificio, como origen de la gloria y riqueza de Roma: en las circunstancias presentes su amor y afecto á Pio IX llegaba al delirio. Hallábase en todos los festejos, en todas las demostraciones; tomaba parte en todas las disposiciones y proyectos para honrar y ensalzar al Papa: fatigábase recogiendo socorros para los *amnistiados*; subía escaleras, entraba en las fondas, y hasta en las cantinas donde venden vino y carbon, y á unos pedia un *escudo*, á otros un *bayoco*, segun sus posibilidades, y pedia estos socorros con una voz tan suave y apasionada, y con maneras y palabras tan compasivas, que hacia asomar las lágrimas.

Iba vestido de negro con una corbata listada de blanco y amarillo; y daba gusto verle entrar por la mañana en el café de los Espejos, en el Nuevo, en el de las Bellas Artes, en la plaza Colonna y otros lugares frecuentados, y allí en los escritorios, donde se reunian los donativos, entregaba Bártolo los que habia recogido de los ciudadanos en favor de los infelices excarcelados, y sacaba ya una caja de plata, ya un bolsillo, y á cada oblacion besaba aquella bolsa como que contenia las preciosas reliquias de la caridad romana. Por la noche hacia su cuestacion en el teatro, yendo de uno á otro palco; y no hay que decir si sacaria cuantiosos donativos de las elegantes y compasivas señoras. No dejaba en olvido tampoco las sacristías; y allí donde se celebraba alguna festividad, acercábase á los Sacerdotes que se

disponian á celebrar los Divinos Oficios, ó se situaba en las basílicas y en las colegiatas, aguardando á que los Canónigos saliesen del coro, y les hacía las más bellas reflexiones acerca de la caridad cristiana. Despues recorria los establecimientos de enseñanza, los conservatorios, los monasterios, etc., etc., y en todas partes empleaba los más sublimes rasgos de elocuencia para pintar los sufrimientos y miserias de aquellos pobres presos de estado, la oscuridad de los calabozos, la humedad de las fortalezas, el peso de las cadenas, la palidez del rostro, los vestidos hechos girones, etc.

Esto hacia Bártolo con la mejor voluntad del mundo. Afanábase, sudaba y se fatigaba desde la mañana hasta la noche rodeado siempre de una multitud de apasionados de Pio IX.—A ti, Bártolo, te toca encender las antorchas para la nocturna subida á Montecaballo el mártres próximo (1); Gigir, Alberto, Carlos, se ocupan en las banderas; Ciceruachio recorre los montes: Borgo, el Trastiber, la Regola y la plaza Barberini para avisar al pueblo; Gerónimo el Carbonerito y Materassi (2) corren como

---

(1) Habian reunido mucha gente, y no poca pagada, que llevaban de la plaza del palacio apostólico al Quirinal, en donde el Papa bendecía al pueblo desde la tribuna.

(2) Nombres de los caudillos del populacho, que despues se hicieron célebres en los montes de Roma. Los Montes, la Regola, Borgo, Transtiber, son los barrios en que habita la plebe romana.

gamos por todas partes al arbitrio de Ciceruachio.

Piensa en la comunión del Papa en *San Pedro in Vinculis*, del mismo modo que pensaste en acudir á las Salesas cuando se supo que el Papa iba allí á celebrar el día 2 de Julio, y como tambien animaste á los jóvenes de la Universidad por San Vicente de Paul á tirar de la carroza Pontifical. Eres un héroe, Bártolo.»—Al punto fué Bártolo á los Roquetinos para disponer lo necesario á la comunión que deseaban recibir los *amnistiados* de mano del Pontífice Pio IX.

Pocos dias despues de aquella célebre comunión (1), en la plaza del Santo Espíritu, se dirigió á un capellan de San Pedro, y habiéndole estrechado amistosamente la mano, le dijo:—¡Oh mi amigo D. Alejandro, qué dias tan felices! ¡Qué nueva gloria para Roma! ¡Qué repentina exaltacion de la Santa Iglesia! ¡Qué dichoso cambio hemos experimentado en poco tiempo! Cuando estábamos temiendo á cada instante motines, sediciones y furiosas revueltas; cuando nos parecia ver derruirse San Pedro y su Cátedra, y abismarse el Pontificado, hé

---

(1) Fué el día 1.º de Agosto de 1846, por la festividad de *San Pedro in vinculis*, en que se veneran las cadenas con que fué atado San Pedro por órden de Herodes en Jerusalem; y en Roma por Neron en la cárcel Mamertina. Allí recibieron la Comunión de manos de Pio IX los que habian sido puestos en libertad, la mayor parte de los cuales de allí á dos años cometieron la vileza de quitarle el Estado.

aquí que con este Pontífice, venido del cielo, todo ha mudado de aspecto, todo se ve rejuvenecido y floreciente; todo al rededor nuestro es regocijo, y hasta los mismos protestantes están locos de alegría con este varon celestial. Los protestantes; y sin embargo, ya sabeis que el odio al Pontífice es su quinto elemento. En cuanto á los católicos, señor Alejandro, se observa una prodigiosa mudanza: la fe que en muchos, si no estaba muerta, se hallaba muy amortiguada, ahora se levanta é inflama todos los pechos.

Los jóvenes abandonados á todo vicio, hombres entregados al libertinaje, usureros, estafas, hombres disolutos y mujeres públicas, véense ahora frecuentando las iglesias, hablando de Religion, ensalzando el Evangelio, y exceptuando al Papa Gregorio, no hablan ya mal de los Pontífices, ni blasfeman de ellos como tiempo atrás. ¿Y los pobres amnistiados? ¡qué devocion! ¡qué compostural ¡qué piedad! ¿Les visteis comulgar en San Pedro *in Vinculis*? Conmovian los corazones. Inundaban la sagrada mesa de lágrimas; y Pio IX, en el acto de besarle el anillo, sentíalas caer ardientes en la mano.

—¡Se las sacudiria soplando, replicó D. Alejandro, y le levantarían ampollas! Que semejantes gazmoñerías hallen crédito entre las hermosas que se pasean por el Corso, no hay que extrañarlo; pero que vos, hombres de mundo y experiencia, os tragueis el Coloseo como un confite, es cosa que me

saca de quicios. ¿Qué diablos de Religion quereis que tengan esos pícaros renegados, que miran al cielo con desprecio, á Dios con ódio, y á toda ley divina y humana con execracion? ¡Bella devocion por cierto fué aquella mascarada de comunión! ¿Acaso no hubo muchos que se alabaron de haber tomado un buen almuerzo ántes de comulgar?

—Despacio, Alejandro mio, no os separeis de la verdad, replicó Bártolo alterado. Estas son calumnias; y los Sacerdotes debiérais ser los primeros en dar á estos pobres extraviados el beso de paz, y olvidar su pecado, vistiéndoles, como el padre del hijo pródigo, el más hermoso y rico vestido de la Iglesia, cual es la caridad. ¿No veis á Pio IX cómo hace las obras de un padre?

—Sí, amigo mio, dijo el anciano Capellan: Pio IX tiene entrañas de padre, pero estos no tienen entrañas de hijo. Creedme: el Papa los conoce mejor que nadie, los admite al abrazo del perdon; ve que si alguna esperanza hay de enmienda, es tendiéndoles los brazos; pero quiera Dios que ellos no hagan como la serpiente de la fábula; que miéntras estuvo amortiguada por el frio, permaneció en el seno de un hombre compasivo, y cuando éste le volvió el calor y la vida, le mordió en el corazon y le dió muerte. Bien podeis ponderar la Religion de estos hombres, que yo ya sé cuántas son cinco, miéntras vos sois un atolondrado.—Y vos sois un negro.—Y vos un blanco, adios. Esto dicho, fuóse D. Alejandro con las manos cruzadas detrás de la



espalda, meneando la cabeza, y murmurando entre dientes: ¡Sí, Religion, Religion!... aguarda á que el leoncito saque las garras... ¡Religion!

Con todo, no estaba Bártolo tan falto de juicio que no previese un movimiento en Italia por obra especial de las *sociedades*; pero como era hombre de rectas intenciones, creia que la revolucion ocurriria por las vías honradas, que convenciendo á los Príncipes italianos sobre las verdaderas y sólidas ventajas de toda la nacion, les conducirian voluntariamente á emprender las reformas necesarias.

Principalmente tenia su mayor confianza en el Papa, de quien esperaba la mayor justicia, considerando que si éste tomaba algunas disposiciones de modo que se anticipase á los demas Príncipes en las concesiones, lo haria impulsado del noble deseo de hacer felices á sus pueblos, y de impedir las sacudidas violentas que amenazaban, promovidas por los *carbonarios*; logrando así desarraigar de Italia los gérmenes de revuelta que se hallaban en incubacion en todas las ciudades hacia ya muchos años, y despuntaban acá y acullá terribles y amenazadores así á la Iglesia como á todo órden humano y civil. No se equivocaba Bártolo en estos pensamientos que suponía en el ánimo del Pontífice; pero no veia absolutamente el abismo de perfidia en que se agitaba el *carbonarismo* italiano. Bártolo, recreándose en la fantasía toda de color de rosa, veia en el brillante aspecto de los regocijos públicos los primeros albores de sus esperanzas.

—«Papá, díjole á principios de Setiembre Elisa, ¿sabes que Ciceruacchio, á quien me pintaste como buen cristiano, me huele á pícaro que trasciende! Ayer, volviendo de la quinta Borghese con Poliseña, habiendo hecho detener el coche en la bajada de Pincio, junto á la posada de Meloni, me metí en medio del gentío para ver de cerca el hermoso arco triunfal por donde pasará el Papa el día de Nuestra Señora. Y mientras que lo estaba contemplando, Ciceruacchio blasfemaba como un hereje, se agitaba entre el gentío y gritaba como un desesperado. Yo, papá mio, bajé los ojos y sentí un trasudor que me bañaba el rostro.

—¿Qué quieres, hija mia? Son hombres de taberna, y al fin y al cabo él no es más que un carretero.

—¿Siendo pues un hombre tabernario, cómo es que nuestros señores lo estiman tanto, lo tratan con tanta familiaridad, y en las plazas y calles le dan tales apretones de mano que nunca se dieron los más queridos amigos ó hermanos? Yo misma he visto á algun patricio romano darle el brazo, llamándole *tribuno del pueblo*; á otra quitárselo, introducirlo en su coche y llevarlo corriendo al *café Nuevo*.

—Sabe, querida, que Ciceruacchio es muy ingenioso, y en todo se halla para el arreglo de la fiesta del día 8. Es necesario un ejército para adornar el Corso con el esplendor que requiere tan grande triunfo; la arena amarilla con que suele cubrirse

el camino que ha de seguir el Pontífice desde el Quirinal al Pópolo, necesita muchos carros para conducirla: y lo mismo requieren infinitos cuidados y diligencias los demas preparativos de la fiesta; y Ciceruacchio piensa en todo, y todo lo hace con una diligencia, oficiosidad y conocimiento que admira. Por esto, hija mia, le quieren tanto hasta los patricios, que por medio de finezas le animan para el arreglo de la fiesta.

—Me llevarás á verla, papá, ¿no es verdad? Pero quisiera estar en la ventana de un primer piso, porque deseo ver bien á Pio IX, y que él me vea cuando agite el pañuelo gritando con todas mis fuerzas *viva*, y entónces con su celestial sonrisa, me dará su bendicion. Cuando me oiga aclamarle, levantará los ojos y me bendecirá en particular. ¿Y no hay despues indulgencias?

—Sí, por cierto.

—Entónces las aplicaré al alma bendita de mi madre. ¡Oh, si mi madre pudiese presenciar estas fiestas, qué alegría fuera la suya!

Despues de haber ido el Pontífice con tanta solemnidad y aplauso á Nuestra Señora del Popolo, sucedió que Elisa fué en compañía de Polisena, por el mes de Octubre, á la academia de San Lúcas, á ver la exposicion de pinturas que habian concurrido al premio aquel año. En aquella extensa galería veianse ordenados en hermosa disposicion los diferentes estilos de la escuela romana; el grandioso aire de Podesti, con sus fisonomías alegres y ani-

madas, los ropajes llenos de viveza y gallardía, y sus toques atrevidos; las ropas aterciopeladas ó sedosas, con las luces amortiguadas y suaves, y aquellos retoques dorados ó plateados manifiestan que el pintor reúne á lo bello ideal un pincel hábil y lleno de animacion. Más allá se ostenta el estilo limitado, dulce y llano de Oderbech, con esa gracia en los rostros, esos ojos pacíficos, la dulce sonrisa y gentileza de contornos propios del divino pincel de Angélico y las bellas actitudes de Perugino; la delicadeza del dibujo y de los contornos de la escuela Florentina de Giotto en el cuadro de *La Guirnalda*.

Decoraban la pared opuesta los discípulos del grande y noble estilo de Minardi, quien en la pureza del dibujo participa de Leonardo; en lo atrevido de los escorsos se asemeja á Miguel Angelo; en la sublimidad de las actitudes á Rafael; en la claridad y amenidad de los semblantes al Corregio, y en las proporciones y la animacion al Dominiquino.

Elisa, dotada como estaba de una sensibilidad exquisita para apreciar lo bello, no se cansaba de contemplar aquellas pinturas, y ora se paraba delante de una hermosa copia de Albani, ora delante de una piadosa Virgen de Dolci, ó ante un retrato de Ticiano, de Pordenon, ó de Vandick. En otro punto admiraba alguna copia de Guido, de Andrés del Sarto ó de Anibal Caracci, ó algunos niños de Gianbellini, del Parmesano, ó de Tribolo. Paseábase Polisena con dos jóvenes y gallardos pintores; y si

hemos de juzgar por ciertas miradas animadas y por sus palabras entrecortadas, el objeto de su conversacion era muy distinto de la pintura; cuando Elisa, de repente, se detuvo delante de un cuadro de paisaje que representaba al natural el lago de Albano y sus contornos.

Se paró á examinarlo, y vió en medio de un hermoso grupo de collados á una jóven aldeana con el traje de Aricia, sentada en una piedra, con un corderillo que tenia el hocico arrimado al regazo, mirándola amoroso, en tanto que la doncella, para corresponder á su cariño, le ponía una guirnalda de narcisos que acababa de cojer y de entrelazar. Pero lo más extraño es que Elisa vió, ó le pareció ver, su propio retrato en aquella hermosa aldeana. Examinóla con más atencion y más de cerca, comparada con su propia imágen representada en el cristal de una ventana que tenia cerca, y no le quedó duda de que era su exactísimo retrato. Se le agruparon mil ideas; palpitábale el corazon, sudábale la frente, y cubrió su rostro un carmin virginal.—¿Pero quién puede haberme retratado? ¿Dónde?..... ¿Quién puede ser este?—La inocente Elisa no se acordaba del desconocido que por el mes de Mayo la vió al pasar á caballo por los senderos de Albano; y verla y quedar profundamente enamorada de ella fué obra de un instante.

Mientras que Elisa se estaba contemplando á sí misma, veíase en el fondo de la galería un jóven que apoyaba el codo en el pedestal de una estatua

de Zeusis, pálido y silencioso, con los ojos ya fijos en Elisa, ya clavados en el suelo. Leyó la jóven la tarjeta puesta al pié del cuadro, y vió escrito el nombre *Aser*, debajo del cual se leía: *Primer premio de paisaje*. ¡Aser! decía Elisa entre sí; ¿quién será este hombre? Y sacó de su bolsillo una tablita de marfil en la que solía anotar sus memorias, y con un lapicero de plata, en una página en que no habia nota alguna, escribió trémula el nombre *Aser*, siendo tal su temblor y agitacion, que no acertaba á cerrar el librito de memorias.

Habiéndosele acercado en aquel instante Poliseña, le dijo: Pues bien, amiga mia, ¿te gustan estas hermosas pinturas? Estas son las glorias italianas. Que venga á verlas el envidioso extranjero y que rabie; resplandece la llama del genio; el que con ella quiera inflamarse venga aquí, y si no la siente en su pecho, ó será un bárbaro ó un hombre insensible.—Dicho esto, bajó la escalera, entró en el coche, y desembocando en el campo Vaccino, subió al Capitolio, encima de la vía triunfal que se extiende en los fosos entre el arco de Septimio Severo y el templo de la Concordia.

—«Observa, Elisa, dijo Poliseña con más ardor que nunca; observa los restos de la grandeza romana. ¿No te hablan estas al corazon? ¿No te dicen que desde esta roca Roma domina el mundo? Allí aquellas oscuras piedras, que formaban los cimientos de la fortaleza capitolina, las puso el Rey Tarquino; pero siempre fueron los tiranos el cascabel

de la libertad: Tarquino cercó de muros los cimientos del Capitolio; pero la república levantó la roca eterna que jamás se desplomará.

La pobre Elisa miraba distraída los templos, arcos y columnas, y se mostraba fría y silenciosa á los trágicos y heróicos arranques de su amiga, pues tenía el pensamiento preocupado en su *Aser*. Por espacio de tres ó cuatro días estuvo haciendo cálculos acerca de su retrato; pero como niña y ligera, los públicos regocijos de Roma, que se sucedían con rapidez, así de día como de noche, la llevaban tan agitada y arrebatada en aquel torbellino incesante, que el ánimo no podía atender á los impulsos secretos del corazón. Su padre, que se envanecía, presentándose con una flor tan bella al lado, la llevaba consigo á todas las fiestas, así públicas como particulares. Nunca faltaba, pues, Elisa al teatro por la noche, á las conversaciones más alegres, á los paseos de más animado concurso, y á las reuniones de las más elegantes señoras, así romanas como forasteras, vestida siempre con extremada gracia, con ricos trajes, y brillantes joyas del mejor gusto. Llevaba á menudo un sombrero de seda de color pagizo con blanquísimas plumas de ave del paraíso, para simbolizar así la divisa blanca y amarilla del Papa. En el brazo derecho llevaba un brazalete con un precioso camafeo que representaba á Pio IX, y en el izquierdo una gruesa amatista, en que había grabadas las palabras *Fe y Gloria*.

Los zapatos de seda amarilla, inmediatos á las

medias blancas como la nieve, hacian que la doncella desde la cabeza á los piés pudiese considerarse como una divisa pontificia: á semejanza de las doncellas antiguas en las córtes de amor ó en los torneos.

Cuantas hermosas habia en Roma ostentaban estos dos colores, ó en varias prendas del vestido, ó á lo ménos en los abanicos y en las cintas: y lo mismo los hombres lucian dichos colores en las corbatas, pañuelos, etc.

Era Elisa siempre la primera que subia á Montecaballo para presenciar cómo el Papa desde la tribuna daba la bendicion al pueblo romano; y en todas las tardes iba, ya á pié, ya en coche, á la gran calle de Puerta Pia, para ver al Papa á su regreso de paseo; y se gozaba mirándolo, admirándolo y aplaudiéndolo con la multitud que se agrupaba al rededor del Quirinal. Otras veces, despues de haber observado si el pontífice habia salido á fuera de la Puerta Mayor, á donde subia á pié para hacer algun ejercicio, esperábale en el camino con su padre, y echábase á besarle á los piés con tal viveza, que excitaba en su Santidad una dulce sonrisa. Un dia que la dió á besar el anillo, preguntó á Bártolo, á quien ya conocia, si era su hija aquella jovencita; lloró Elisa de satisfaccion, y durante muchos dias se complacia refiriéndolo á sus amigas, y teziéndolo por el instante más feliz de su vida.

Ello es indudable que desde que N. S. Jesucristo invistió á San Pedro con la grande dignidad de ca-



beza y maestro de su Iglesia en la tierra, no presenta la historia semejante conmocion en los ánimos por la eleccion de un pontífice. Bien pudo Roma en los hermosos dias del pontificado, y cuando la Europa entera fué un solo rebaño y un solo pastor, hacer fiestas y regocijos más espléndidos y pomposos, arcos triunfales, cabalgatas, luminarias y maravillosas decoraciones, como leemos en antiguos historiadores: pero nunca vió Roma, ni verá acaso jamás, la embriaguez, el delirio universal, que á principios de la eleccion de Pio IX se difundió por todo el género humano. Dios quiso manifestar un rayo de su gloria; quiso mostrar al mundo como en los últimos siglos podrá reavivar la fé que estará casi muerta en los hombres, atrayéndolos detrás de este divino sol á que solo formen un solo rebaño, y sigan dóciles y mansos á un solo pastor. Bastóle para esto al Omnipotente suscitar el dia 17 de Junio de 1846 á Pio IX; y cuando yacia postrada la dignidad pontificia, bastó un hombre sól para realizarla hasta tal punto, que el mundo asombrado no supo esplicarse la razon de semejante prodigio.

Muchos hombres de limitada comprension y de corazon mezquino dirán que tal entusiasmo fué producido por la misteriosa excitacion de las sociedades secretas. Estas ideas son verdaderamente dignas de lástima, como si todo el mundo fuese una sociedad secreta; y como si no hubiésemos visto lo que valen y pueden valer estas sociedades. De su seno sale la ira, el ódio, la traicion, las heridas y la

desolacion; pero la paz, la alegría, el gozo, la admiracion, los más nobles sentimientos del alma, jamás. Sin embargo, esas sectas, que no tuvieron poder para producir tanto bien, lo tuvieron para emponzoñarlo. Los hombres sinceros y generosos que veian en el Papa el sólido y verdadero principio del renacimiento de la Italia, primeramente sin advertirlo, y luego por estravio del corazon, cedieron el campo á la demagogia, la cual saltando dentro de él á pié puntillas lo recorrió con violencia é iniquidad, como conquista suya. No vieron que en lugar de censurar á los reyes y de hacerles objeto de escarnio; en vez de atribuirles las faltas de algun ministro ó magistrado, era para ellos un deber sagrado defenderlos ante el pueblo dándole á conocer su corazon bondadoso y paternal. Acaso nunca tuvo la Italia príncipes tan buenos, amables y clementes como en nuestros dias: ninguno tan propenso como estos por su carácter condescendiente y bondadoso á hacer aquellas saludables reformas que podian engrandecer la Italia en el concepto de las otras naciones; pero los hombres de estado no supieron aprovecharse de semejantes disposiciones.

Las sectas vencieron á los buenos italianos, no por medio del valor, sino por su mayor talento; pues tambien tienen su talento los perversos, y saben dirigir sus tiros á todos los puntos débiles de sus contrarios. No es cierto que todos aquellos que desde mucho tiempo clamaban con ardor por el renacimiento de Italia fuesen sectarios ó irreligiosos;

hubo entre ellos, como tambien los hay ahora, almas grandes, piadosas y deseosas del bien, que lo apetecian aunque fuese necesario el mayor sacrificio, como fuese este honesto; pero no tuvieron bastante prudencia para conocer que el primer sacrificio que debe hacerse á la patria, consiste en la union del brazo con el consejo; en el desprendimiento de las garantías municipales, el noble desinterés, la generosidad en las ofertas, la actividad en las operaciones, la eficacia de la palabra, la franqueza y libertad de opiniones, el sagrado denuedo que vence los obstáculos, y en los casos extremos de la patria hasta el sacrificio de la propia vida.

Todo esto lo hicieron y lo hacen todavía las sectas, que bajo diferentes nombres se hallan tan estrechamente unidas así en su espíritu como en su objeto, que parecen dirigidas por una sola alma. Tienen una cabeza, y á ella dejan la dirección y el consejo; tienen miembros, y cada uno acude á desempeñar su particular misión; y ni el ojo hace de mano, ni el pié de lengua, acomódanse á todos los lenguajes y estilos y á todas las provincias de Italia; el noble se acompaña con el plebeyo; el ciudadano con el aldeano; y en todas partes tratándose de su conjuración se estrechan la mano y se abrazan como hermanos. Son astutos y sutiles, falsos, disimulados, prontos y atrevidos, pacientes y constantes. Ni les atemoriza el ojo de la justicia, ni les mengua el encarcelamiento de sus hermanos; sino que se multiplican y aumentan ante las cadenas y



Esta actividad y talento son dignos de mejor causa; y si los italianos probos y honrados no emplean esas mismas artes para la consecucion del bien, la Italia se verá siempre conmovida y agitada por las facciones, y en vez de renacer para la gloria caerá en una completa ruina.

Nos hemos desviado de los festejos que hacia Roma á Pio IX, para lamentar la ceguedad de los hombres sencillos que no quisieron atender á las intrigas y manejos de la secta respectivamente á los mismos. Por consiguiente, miéntras que los hombres de bien pasmados y fuera de si, estaban con la boca abierta en el llano de Montecaballo admirando al Pontífice cuando salia á la tribuna, y prostrados con las lágrimas en los ojos y golpeándose el pecho, se persignaban haciendo grandes cruces al recibir la bendicion pontificia, ellos, los miserables, interiormente se reian, aunque eran los primeros en hacerse cruces inmensas en el pecho.

Al descender Bártolo del Quirinal, dirigióse á un jóven con ferreruelo de seda, y le dijo: —¡Oh amigo D. Aquiles, qué ternura! ¿No habeis visto á Renzi, Sterbini y Galleti, con qué devocion se persignaban como buenos cristianos?—¿Qué quereis? respondió el elegante señorito: son milagros. La Religion triunfa.—Y el demonio se rie y se prepara, murmuraba entre sí un barrendero de palacio, que se hallaba al paso. Ellos le miraron de soslayo, y se dijeron estrechándose la mano:—Estos viejos son como los bubos de las termas de Caracalla, que

cuanto más brilla el sol más les ofende á la vista.— Los buhos sois vosotros, pobres Clérigos, continuaba diciendo entre dientes el viejo; y dia vendrá que todos los agujeros de las termas no bastarán á ocultaros de las garras de esos buitres insaciables y que no se cansan de perseguir al Clero.—Dicho esto, subió al Quirinal casi sin aliento.—Vienen aquí, decia, en gran tropel, así de dia como de noche, á pedir la bendicion; y si el Santo Padre tarda un poco, gritan como energúmenos y la quieren por fuerza; bendicion en la tribuna, y luego maldiciones á la memoria de Gregorio; señales de la cruz y odio á los Cardenales: es cosa de volver loco á uno.

—Poco á poco, señor Pacífico: ¿qué teneis que os trae tan amostazado? dijo el decano de un Cardenal que á la sazón salia de palacio.—Hablo de esos hipócritas de la bendicion. Si el amo los conociese, por vida de San Pedro que los arreglaria.

—¿Y creéis, señor Pacífico, que el Papa no los conoce? Al contrario, los penetra hasta la médula de sus huesos. Mi amo el Cardenal cierto dia convidó á comer á un caballero anciano de los del tiempo del Pontífice Leon; y como el anciano murmurase de la molestia que estos causan al Papa con tanta frecuencia, y viendo el amo que los criados habian salido y que yo estaba distraido arreglando la vajilla de plata en la alhacena, le respondió: Tranquilizaos, amigo mio: el Papa me ha hablado muchas veces de las altas razones que le indu-

cen á obrar de un modo tan paternal con esta gente.

A más de que, si vencidos por tanta bondad se ablandan y abandonan su rencor, y su conciencia les obliga á arrepentirse de su mal comportamiento, de suerte que permanezcan tranquilos en adelante, entónces el Papa habrá comprado á tan dulce precio la paz de sus Estados y de toda la Italia; ó bien, si al contrario, abusando de tanta bondad y de tanta clemencia, siguen en su perfidia y en sus traiciones, y se obstinan en atacar á la autoridad legítima, rebelándose más y más contra Dios y su Iglesia, en este último caso se atraerán sobre sí con sus propias manos el ódio universal, y la Italia, la Europa y todo el mundo verán patente la incorregibilidad de sus almas, el espíritu rebelde y la ingratitude que las gobierna; y entónces todos los hombres sensatos y honrados se les echarán encima para arrojarnos de la tierra que contaminan con su hálito, incendiándola con las antorchas revolucionarias.

A tan justas como naturales razones, D. Pacífico respondió al decano:—«Así me gusta, y así debiera ser precisamente, como lo dice vuestro Cardenal; pero yo os digo que si se realizare la segunda de vuestras suposiciones, esos ingratos atraerian sobre ellos el ódio; pero tambien atraerian á sus cajas los tesoros de la Iglesia, y sobre nosotros el temor y la miseria.

En medio de todos esos festejos, regocijos y triunfos, y despues del viaje de otoño que hizo el Papa

á las colinas de Albano y de Frascati, llegó el Noviembre, y los señores del Norte que habian venido ya en gran número á Roma. esperaban con ansia ver las fiestas y magnificencias de la toma de posesion de Pio IX en la basilica de Letran. Monseñor de Ligny, maestro de ceremonias, lo tenia todo dispuesto para tan solemne aparato, cuando el Papa quiso resucitar la antigua cabalgata, que yacia olvidada desde que cayó del caballo Clemente XIV, y mandó que toda la corte cabalgase delante de la carroza.

Abria aquella grande y gloriosa comitiva un escuadron de caballería de dragones, con morrion de pelo y plumaje blanco y amarillo, cordones blancos, guantes de ante en forma de manopla y botas de montar. Seguian despues las trompetas de los suizos, con corazas de acero, llevando la divisa pontificia de las llaves y de la tiara en la cota de armas y en los adornos de las trompetas.

Tras estos iban los camareros de honor, montados en hermosísimos corceles con ricas gualdrapas, y vestidos á la italiana á la moda del siglo XVI, con preciosas guarnachas de terciopelo negro, y pendiales del pecho una cadenilla de oro con la cruz palatina. Los birretes eran tambien de terciopelo negro, y de su lado izquierdo colgaba una pluma negra que les daba mucha gracia.

Los camareros eclesiásticos vestian grandes capas de púrpura, tan holgadas y largas, que bajaban



majestuosamente hasta cubrir los caballos, lo que hacia una vista magnífica.

Venian detrás los colegios de los Prelados, con grandes capas violadas, y los Obispos asistentes al Trono pontificio con sombreros verdes y montados en caballos soberbiamente enjaezados; luego los Capellanes y Clérigos de cámara y otros personajes de la familia pontificia; y todos, lo mismo que los Obispos y Prelados, llevaban dos palafreneros, que tenían del diestro las respectivas cabalgaduras.

Tiraban de la carroza pontificia seis caballos negros, con sus palafreneros montados, y presentaba un espectáculo tan espléndido que parecia un monte de oro rodando por las calles de Roma.

Terminaban el cortejo los coches del Papa tirados por cuatro ó seis caballos cada uno, y trás ellos los demas de los Cardenales con riquísimas libreas, y cerraba la marcha triunfal el Senado romano precedido de los trompetas á caballo; los guerreiros en cuyos escudos se veian doradas las letras S. P. Q. R. y los maceros á pie delante de los caballos.

Roma entera se hallaba aquel dia en la carrera que debia seguir el Papa desde la cumbre del Quirinal hasta la vastísima plaza de la basilica de Letran. Pio IX desde su trono ambulante, con sobrepelliz, muceta y estola, veia en todos los puntos de la carrera levantarse mil manos que le aplaudian, oia mil voces que le aclamaban, y en todas las fisonomías observaba la expresion de júbilo que llenaba

todos los corazones. Al ver tanto amor en el pueblo, correspondia el Pontífice con una mirada y sonrisa angelical dándole la bendicion de Dios.

Elisa, desde una ventana de enfrente de San Silvestre, contemplaba aquel magnífico acompañamiento, el cual partiendo del Quirinal, se estendia desde la gran fuente de los caballos de Fidia, hasta la quinta de Aldobrandino; pero luego de haber pasado Pio IX, ansiosa de volverle á ver, tanto suplicó á su padre, que le obligó á llevarla á la plaza del foro Trajano, en donde vivia una amiga suya. Bajó por la escalinata de las tres Cañitas, y apresuró el paso á lo largo de la iglesia de Santa María para dar vuelta á la entrada de la carnicería de los Cuervos. Pero era tan inmenso el gentío y tal la apretura, que no pudo llegar á tiempo de ganar la delantera á los dragones que abrian la marcha, los cuales ya hacian retirar la multitud. Fastidiado Bártolo con este accidente, se retiró con su hija lo más cerca que le fué posible de la pared. Los caballos alineados de frente ocupaban la mayor parte de la calle; el gentío se hallaba sumamente apretado; las madres levantaban en brazos á sus hijuelos, cuando de improviso vióse caer desde un poyo un pañuelo blanco de los que las señoras tenian preparados para desplegar al aire así que llegase el Papa. Esto fué causa de que se espantase el caballo de uno de los dragones, el cual se empinó sobre sus piés traseros inclinándose á un lado y amenazando caer encima del pecho de Elisa. Esta con el susto dió un

agudo grito, cuando de repente un jóven se arrojó por debajo del caballo, la tomó en brazos, se abrió paso á viva fuerza, la depuso en seguridad en el umbral de una puerta, y desapareció.

Pero el caballo, pateando, había herido con la herradura al jóven en el hombro izquierdo, el cual apretando los dientes y conteniendo las lágrimas que le arrancaba lo agudo del dolor, penetró furioso entre el gentío, empleando todos sus esfuerzos para abrirse paso y marchar á su casa. No obstante, apenas llegó á la esquina de la calle que conduce á los Santos Apóstoles, no pudo resistir más el dolor, perdió el conocimiento y cayó desmayado entre la gente. Dos mozos robustos del pueblo lo llevaron en brazos á una botica que estaba allí cerca, y lo sentaron en un sifon. Pronto le prestaron sus cuidados el boticario y un médico, y desabrochándole el pecho le hacían aire, creyendo que se había desmayado por efecto de la compresion de tanta gente; y tanto hicieron con agua fresca y con el álcali volátil, que al fin el jóven volvió en su acuerdo; pero el dolor del hombro era tan intenso y agudo, que no le dejaba respirar. En vista de ello, quisieron desnudar el brazo y el hombro; pero se habían hinchado tan extraordinariamente, que fué preciso desgarrar la manga y hasta la camisa. Luego le bañaron varias veces la parte herida con agua de Saturno, con que le proporcionaron algún alivio.

Al desabrocharle el vestido, vieron entre una finísima camisa de Holanda un gran collar, del que

pendia un retrato con marco de oro y de gruesos diamantes; cerraba el collar un solitario de bellísimas aguas y de mucho valor, de lo que dedujeron los circunstantes que era jóven de alto nacimiento. Y habiendo examinado atentamente el retrato, mientras aún él jóven permanecía sin sentido, vieron ser de una hermosísima jóven, que ninguno de ellos conocia; pero un Sacerdote que se había acercado, habiendo examinado el retrato, exclamó:— ¡Es la misma!—¿Quién? le preguntó el médico.—La hija de Bártolo Capegli, de ese hombre rico que vive allá abajo en medio del Corso.

El jóven, mientras que le ponian el vendaje en el hombro, buscó el retrato, y lo volvió al revés para que no lo vieran, y en el reverso vióse que estaba escrito con sangre: *Sin esperanza*. El médico preguntó al herido quién era y en dónde vivia para llevarlo en coche á su casa, y él respondió:— Lllámome Aser, vivo en la calle de la Vid.

#### CAPITULO IV.

##### ASER.

Mientras que todas las clases, nobles, ciudadanos y plebeyos se hallaban en Roma arrebatados por tantos y tan cordiales festejos en honra y gloria del gran Pontífice, de cuando en cuando dejábanse traslucir á la vista de los hombres sagaces y conocedores algunos rayos de siniestro agüero salidos de las sociedades secretas, y esto les ponía en gran recelo para lo porvenir. Ciceruacchio nunca dejaba de sacar del trabajo al pueblo de Trastiber y de los montes, tomando ocasion de cualquier accidente para llevarse las turbas á la taberna haciéndoles gritar en medio de los brindis: *¡Viva Pio IX, viva Italia!* Y allí donde no podia estar Ciceruacchio, multiplicábase por medio de sus camaradas, tales como Gerónimo, Tofanello, Mecocetto, el Carbone-rito y otros de su misma calaña de la Regola, del Olmo, del Burgo Nuevo y de Ripetta.

Este desaforado entusiasmo en favor de Pio IX estableció sus reales en el café Nuevo, en el de las

Bellas Artes, en la pequeña tienda de tabaco de Piccioni, en las boticas, en los talleres de los pintores, bajo los pórticos de la Sapienza; y allí algunos celosos alternativamente soplaban con tal fuerza el fuego, que encendian los ánimos más frios, haciéndoles despedir llamas y centellas; por lo mismo viérais salir de allí sangradores, medicastros, bachilleres, pintores, escribanos, curiales, mozos de fonda, agentes de negocios y aspirantes á toda especie de oficio que lleva consigo buena vida y y poco ó ningun trabajo; y correr acá y acullá por la ciudad, hablando, preguntando, respondiendo, agitándose y clamando á son de trompeta: ¡Felices nosotros! ¡Feliz el mundo! Sale ya la aurora, despiertan sus albores, el cielo se pone rubicundo, y se ven ya los primeros rayos del sol en las cumbres de los montes. ¡Oh Italia! afortunada entre todas las naciones, ya vemos brillar la primera joya de tu corona! ¡Aquí tienes á Pio IX, póstrate, adórale y espera!

Maravilladas las gentes al oír tales exclamaciones, preguntaban: ¿Qué hay? ¿Qué ha sido? ¿Quién es esa Reina no coronada? ¿Llegará pronto? ¿En dónde habitará?—¡Oh! esto ya lo sabemos, respondía un sabiondo, en la pesada de Meloni.—¡Viva la Reina!

Bártolo, con sus utopías, se llenaba de satisfacción, viendo tanta vida y animación en Roma, habiendo sido siempre indolente y perezosa, y más amante del placer y de la ociosidad que del trabajo

y la aplicacion; y decia con aire satisfecho á sus amigos:—¡Ved qué pueblo más activo! ¡cómo se ha despertado de su largo sueño! Greedme, el pueblo romano conserva en el pecho las virtudes de sus padres, y con sus gritos despertarán á la soñolienta Italia, la reanimará y la impulsará á acometer grandes empresas. ¿Qué son los cantones suizos al lado de los ricos y extensos estados de Italia? No hablo de los más pequeños cantones como Uri, Schwitz, Unterwald y Glaris; sino de los mayores y más aguerridos, como son los de Lucerna, Losana, Argovia y Berna, cuyos cuatro cantones juntos no igualan á la mitad del Piamonte, de Toscana ó de Lombardia. Esto no obstante, por medio de su confederacion constituyen la invicta y noble Helvecia, que mira de frente con orgullo como á hermanos á los más altos Reyes y Emperadores de Europa.

—Organícese la liga italiana; póngase por presidente al Papa; constituya Roma el centro de la Dieta; y luego Roma se levantará desde su Capitolio cual émula de la antigua. Sean no obstante soberanos todos los Estados de Italia; y rijase cada cual segun sus leyes, estatutos, usos y costumbres; pero manténganse unidos reciprocamente por el pacto federal; formen un solo sistema de pesos y medidas, de monedas, peajes y predios; tenga cada cual su ejército en pié de guerra, y esté pronto á acudir al auxilio de sus vecinos; y finalmente, que tenga la Dieta pleno derecho de paz y de guerra bajo las ór-

denes de sus consejos y estatutos corregidos por los Reyes.

—Muy bueno es lo que estais diciendo, replicó un día el Abate Palma, que se hallaba en un círculo de amigos, y oyó tales discursos; pero el profundo establecimiento de las confederaciones, debe dejarse para los Monarcas de Italia: lo que es yo no concibo cómo de las boticas, de los cafés, de los despachos de sal y de tabaco, hayan salido tantos grandes estadistas y políticos profundos, ni cómo arrojan sentencias tan graves acerca de asuntos públicos de tanta importancia. Os digo la verdad: mientras tanto charlan los romanos y las romanas, convertidas en Sempronias, Cornelias y Hortensias, veo por la ciudad ciertas caras siniestras, ciertos gestos atravesados, que no me gustan. Mientras tanto por San Juan de Diciembre, que fué el día del santo particular del Papa, y también ayer por San Pio V, nombre que tomó en el pontificado, recorrí yo mismo detenidamente el pueblo, organizado en compañías y banderas, con sus cabos, con insignias y divisas en el pecho. Y este pueblo, sacado repentinamente de su trabajo, ¿cómo se mantiene? ¿Cómo alimenta á sus familias? Alguna mano oculta debe tenerlos á sueldo para tales fiestas. Y tanto dinero, ¿quién lo derrama y de dónde sale?

—Amigos, las fiestas de Pio IX el año pasado se hicieron espontáneamente, salian del corazón, todos acudian á ellas, el júbilo era universal. Pero ahora este populacho, que á una señal se reúne de



dia, vésele por la noche recorrer las calles de taberna en taberna gritando, ahullando y cantando ciertas cosas que ofenden el oído. Ahora empiezan á oirse las voces de partido, de junta, de convencion, y especialmente las voces de negros y de blancos, de retrógrados y de progresistas, de bigototes y de coletas, de liberales y de papistas, de ilustrados y de jesuíticos. ¿Y así se quiere hacer la confederacion itálica con semejante division de guelfos y gibelinos? Y luego los hombres de bien son muertos, á puñaladas á la mitad del dia en los caminos, encrucijadas y plazas de mercado; mientras que los asesinos desaparecen entre la multitud rodeados de gentuza, puesta allí de propósito para facilitar su fuga y ocultarlos al ojo vigilante de la justicia. Amigo Bártolo, ¿me hareis el favor de descifrar-me estos enigmas? Ilustradme con respecto á algunos Cardenales tenidos en el mayor desprecio por ciertos calumniadores, que van esparciendo acerca de ellos mil indignidades, que al pasar por la calle no les dan ninguna muestra de respeto, y los denigran llamándolos enemigos del Papa, amigos de la noche y parricidas de la pátria.

Y luego, ¿qué especie de libertad es esta que no permite á uno ir á sus asuntos peinado como mejor le agrade, sino que debe llevar el pelo partido á un lado; ni puede presentar la cara como no se deje crecer los bigotes y la barba? ¿Y los bigotes deben ser segun tal moda, y la barba puntiaguda, redonda ó cuadrada, segun el capricho de los campeones del



la Villa Borghese se abrian al tropel de nobles, así forasteros como romanos, las quintas de Panfilo, de Albani, de Patrici, y dentro de los muros de la ciudad, las de Ludovico, de Máximo, de Altieri y de otros principes señores, eran visitadas por alegres comitivas de ciudadanos, quienes retirados á algun sitio oculto, ó alrededor de las pesquerías, ó á lo largo de las floridas espalderas, merendaban alegremente. Aquello era una continua agitacion de botellas, un afan de cortar jamones y quesos, y la salsa de estas campestres meriendas eran siempre conversaciones sobre política, alabanzas á Pio IX, y hablar de las esperanzas de la patria, y de los medios de llegar más pronto y con mayor seguridad al renacimiento de Italia.

Como estas reuniones parciales no correspondian plenamente á los deseos de los más exaltados, quienes hubieran querido ascender de clase, ó para emplear la expresión del dia, *salir de casta*, y que confraternizasen las gerarquias de la ciudad de modo que formasen un solo cuerpo indivisible de filántropos, resolvieron dar banquetes públicos, confundiéndose en ellos los nobles con los ciudadanos y con la plebe.

Habiéndolo encargado á Ciceruacchio, Sterbini y Masi, pusieron manos á la obra, y desde aquel mismo mes de Mayo en adelante, los almuerzos, las comidas y meriendas en las quintas, en las cercanías de Roma, pudieron competir con las reales provisiones de Asuero en los huertos de su palacio, que

duraron ciento y tantos dias seguidos.

Un día, entre otros, el doctor Sterbini, que habia llegado á ser médico de la casa de Bárto- lo y su familiar amigo, fué á verle, y le dijo:—Amigo Bárto- lo, ya ves cómo Roma entera está tranquila y el pue- blo animado, de manera que se van acercando los dias de su rescate. Nuestras reuniones se asemejan á las comidas cívicas de Esparta, de las cuales se levantaba la juventud con el pecho rebosando de amor pátrio, con altos y poderosos pensamientos y con nuevas virtudes para emprender las magnáni- mas operaciones de la guerra.

Ya lo ves, amigo Bárto- lo, tú que nunca dejas de intervenir en nuestros banquetes, y eres tan gene-roso en tus ofertas para sufragar á los gastos de vi- no, pan y queso para la plebe romana: hoy la comi- sion popular no te pide dinero; sólo quisiera que tu- vieses la satisfaccion de franquear el lunes tu her- mosa hacienda de puente Molle, con motivo de la gran comida que se ha resuelto dar á los amigos. No te causará el menor gasto, pues todo está ar- reglado para los pabellones, las mesas, los terraple- nes, etc.; los vinos te aguardan, la volateria y sal- vagina, los terneros y demas está ya encargado: tendremos admirables mayordomos y criados.

Bárto- lo dió por respuesta que se creia muy hon- rado pudiendo ofrecer á la pátria tan leve prueba de su adhesion á Italia, y principalmente á Roma. —Muy bien, respondió Sterbini; quedamos cor- rientes. No os movais de vuestro escritorio, que

vosotros los ricos siempre traéis cuentas entre manos; miéntas tanto pasaré al cuarto de la señora Polisena, pues le duele algo la cabeza... No os movais, os digo: con los amigos no se gastan cumplimientos.

Habiendo dejado pues á Bártolo en la grande antesala, se fué Sterbini al cuarto de Polisena, cerró bien la puerta, miró en derredor, y luego dijo:— «Pues bien, no andamos ya con los pies, sino que volamos con alas desplegadas. Todo está por nosotros: los hermanos de Suiza han saltado las barreras; aquellos tontos del agua santa y de las romerías á Nuestra Señora de Einsiedeln, pronto se irán con las manos en la cabeza. En Viena la mina está ya abierta, y sólo falta llenarla de pólvora, atacándola de manera que no haga ruido. En Alemania están tirantes los hilos de la trama.—La Francia aprueba, y Luis Felipe volará por los aires con su Maquiavelo en la mano. Piamonte, Toscana y todo lo restante de Italia, es semejante á un vivero en que se han echado ya las redes, y no ha de escapar ningun pez grande ó pequeño, porque las mallas son muy recias. Inglaterra derrama el cebo á pequeños bocados; los judíos de Italia, Alemania, Polonia, Bohemia y Hungría nos prestan auxilios de todas clases: unos dinero, otros prensas tipográficas, quiénes libros, quiénes láminas de todos burliles; sobre todo, y es lo que más nos interesa, tenemos estos hombres de todas condiciones y de todas edades, que viajan bajo el nombre de comisio-

nados de comercio, haciéndonos un servicio de los más fieles y seguros. Estos se encuentran repartidos por todas partes, acechan por todos resquicios, se meten en todos los agujeros, y en una palabra, son nuestro telégrafo electro-magnético.

—¿Y os fiais de judíos, respondió Polisena, gente baja, ignorante, mezquina y vil, que por dos reales vendería á Judea?

—Por lo mismo, replicó el doctor, no es la grandeza de alma, ni la generosidad, ni la adhesión, lo que tan estrechamente los une á nosotros; sino la rabia de Judea, así, á fin de que el renacimiento de Europa vuelva á sacrificar y á sepultar al Nazareno, nos darian hasta la camisa.—Pero tú juzgas de los judíos de Ultramontes, por nuestros judíos de Italia, tan sucios y miserables; y en esto te engañas completamente: aquellos son libres, cultos y ricos, frecuentan las universidades, tienen acogida entre las nobles reuniones, tienen comercio en todas partes, bancos en todas las capitales; están admitidos á todos los empleos y cargos del Gobierno, y les falta poquísimo para ser gentiles hombres de cámara en los palacios reales.

Animo, Polisena, que pronto verás á los amigos de Liorna: estamos esperando de Romanía algunos *de la legion de la Muerte*, cuatro ó seis calabreses, el *Leon* de Ancona, el *Leopardo* de Rieti, el *Dragon* de Perusa, el *Alma desesperada* de Viterbo; y sólo estos cuatro valen por mil. La policía nos dejará la piel: dos de ellos no perderán de vis-

ta á Nardoni, y los otros dos harán lo mismo con respecto á Freddi: en cuanto al *Desesperado*, le sobran bríos para dar una puñalada al lucero del alba: por último, los demas siempre tras las huellas de los comisarios, de los espías y de los gefes carabineros. No tengas cuidado, Polísena, verdadera hija de Italia. Y con respecto á Elisa, ¿qué resolvemos? No puedo ménos de recomendártela encarecidamente, porque siendo rica, hermosa y con talento, es imposible que no sea una buena italiana. Sobre todo necesitamos mujeres; puesto que tienen en sus manos mil medios de hacer nuestros á sus amantes, maridos é hijos, ellas gobiernan la casa, y reinan fuera de ella, llevan las conversaciones al objeto que quieren, en las tertulias dan el tono á la música, y en el teatro hacen caer en sus redes y en su liga á los pájaros que atraen con su bello rostro y con sus gracias y sus zalamerías, con que de todo triunfan. En resúmen, sin ellas el apostolado se debilita; y nuestras romanas, hechas de mauteca, no saben más que rezar é ir á las estaciones. Esos jesuitas tienen largas cuentas que arreglar con nosotros. Las Princesas y nobles romanas todo el dia están lamiendo las rejas de sus confesonarios; las alumnas del Sagrado Corazon, de las *Madres piadosas*, de las *Doroteas*, del *Niño Jesús* y demas beatas de esa cloaca de San Pedro no ven con otros ojos, ni oyen con otros oidos, ni hablan con otra lengua que con los ojos, oidos y lengua de los jesuitas, que el demonio se lleve.

Polisena con la sonrisa en los labios, respondió á semejantes blasfemias. ¿Qué quereis que os diga, amigo mio? De Elisa hay muy poco que esperar; ahora, tocante á los jesuitas, no tengais cuidado, que no la dejo acercarse á ellos. Sin embargo, las monjas de San Dionisio la hechizaron, de suerte que no la puedo separar de la Virgen: siempre tiene á su Virgen en lo íntimo del corazon: y todos mis esfuerzos, todas mis mañas para borrar en ella tales supersticiones, se estrellan en su devocion. Díle á leer libros de los nuestros, que vos ya sabeis: le pongo en las manos los periódicos de *La jóven Suiza*, *El Judío errante*, *La Religion del porvenir* por Feurbach, las poesias de Jorge Herwech, las arengas de Weitling y de Marr; pero ella, ó bosteza, ó rabia, ó hace la señal de la cruz. Hasta aquí con todos mis artificios sólo he logrado distraer su corazon, y excitar su ardor juvenil llevándola á las diversiones y fiestas de que inundais á Roma: hé aquí cuanto es asequible de ella, no obstante sus pocos años.

Añádase que el dia de la posesion del Papa en Letran, corrió Elisa gran riesgo de ser atropellada por un caballo, si cierto jóven no la hubiera arrebatado de entre las patas del animal, aunque salió con un hombro magullado.

Lleváronlo á una botica en medio de su desmayo, y desabrochándole el pecho se le encontró pendiente del cuello un retrato que cierto Sacerdote reconoció por la efigie de Elisa. Ese jóven es un ex-



tranjero llamado Aser. Supo Elisa lo sucedido, y desde aquel día se la ve retirada, distraída, pensativa y no gusta ya de diversiones ni de regocijos. Creo que el tal extranjero la ama extremadamente, pues le veo siempre siguiéndonos: en el teatro nos aguarda á la puerta, luego se sienta en un palco superior fronterizo del nuestro, y detrás de la cortina, no aparta un instante la vista de nosotros. En las bendiciones del Papa, allí estuvo entre el gentío; en las revistas del Corso, siempre en frente del sitio que ocupaba Elisa, y siempre solo y taciturno. Es hermoso, de espaciosa frente y ojos ardientes; viste á la italiana, lleva un sombrero con una pluma negra algo caída encima de la oreja derecha: ¿acaso le conocéis?

—Es'te Aser, querida, es un hombre misterioso, aun para nosotros; con todo no es un misterio su gran corazón; y sus hechos en favor de la Italia y de Roma nos muestran que con dificultad se hallará otro jóven más audaz y arriesgado que este, ó que más contribuya á las prácticas y secretos manejos de nuestro partido; pues es capitán y jefe de la *sacra-cohorte*: él hace el alistamiento de hombres fuertes y animosos, listos y activos, así en público como privadamente. Toma á sueldo jóvenes atolondrados, libertinos, fraudulentos, holgazanes y llenos de vicios: alista á los vagos, á los pródigos, á los que maltratan á sus mujeres, á los que aborrecen á sus hijos, á los que han derrochado sus caudales, cargados de usuras y de empeños en el Monte de

piedad, á los que sólo les queda que empeñar su honra, la de sus mujeres ó de sus hijas. De este cieno necesitamos para varias empresas: son carne de matadero, buena para arrojarla al frente del peligro, al que se arrojan con la cabeza baja como ciegos y desesperados; y ora venzan, ora se pierdan, siempre continúan siendo una chusma desconocida y vil, propia para hacer de sus pechos un escudo, y para salvar nuestra vida con su sangre. Para tales manejos, Aser vale un Perú, y ya tenemos en Roma muchísimos de sus alistados, más de los que piensan Nardoni y los Cardenales.

Por lo demas, quién sea este Aser nadie lo sabe, pues se lo guarda en impenetrable secreto. La mayor parte creen que es hijo natural de algun Príncipe del Norte; y en efecto, llegó á Roma con pasaporte de Hamburgo; trajo cartas de recomendacion de los principales banqueros de las ciudades anseáticas; fué recomendado á varios cónsules, y se hallaba siempre al lado de lord Minto: sin embargo, huye siempre del embajador de Rusia y muy particularmente del de Austria. Gasta con profusion y jamas le escasea el dinero; viste con elegancia, tiene su casa amueblada á lo grande; presta á todos los artistas, en especial á los prusianos, hannoverianos, sacos, dinamarqueses y noruegos; habla bien diferentes idiomas y con perfeccion el frances, el ingles y el italiano, en que se expresa con una pronunciacion muy dulce, cosa que no se observa en ningun aleman. Toca el arpa y el piano,

canta con gracia, pinta con maestría, y monta con majestad y elegancia.

—No hay duda que me parece jóven de grandes brios, dijo Polisena; ¡lástima que se ignore su linaje!

—¿Qué me importa saberlo? replicó Sterbini; si tal quisiésemos, nuestra policía lo descubriría muy pronto y tendríamos noticia del padre, de la madre, de los parientes y deudos hasta la quinta generacion; pero lo que interesa es que nos ayude. Sabe pues que Aser es amigo de Mazzini, de Ruffini y de Rosales; que está en continua correspondencia con los hombres de Scharpff, de Breidestein, de Barth y de Stomeyer, quienes, como no ignoras, son caudillos de la *Jóven Alemania*. Nada te digo de los suizos; pero has de saber que tiene mucha intimidad con todos los regeneradores de Lucerna, de Berna, de Ginebra, de Zurich y de otros cantones. Esto para nosotros es un motivo de alegría: así, Polisena, animate y dedícate con todas tus fuerzas á esta miserable Italia que queremos sacar de su miseria. Dicho esto, marchóse Sterbini á sus asuntos.



## CAPITULO V.

### EL FESTIN CAMPESTRE.

Bártolo no descansó un momento en disponer su hacienda, llamó al viñador, le encargó que limpiase y barriese los senderos, que echase arenilla en los caminos del prado, que recortase los laureles, que recómpusiese las espalderas del jardin, que arreglase los rosales, limpiase las fuentes y los bancos, y quitase de todas partes la hojarasca y residuos vegetales que al fin del invierno caen por todas partes. Envió pintores á la quinta para que pintasen algunas paredes descoloridas por la humedad y el polvo; ebanistas y taraceadores para que barnizasen, puliesen y recompusiesen los muebles de las habitaciones; tapiceros para arreglar los cortinajes y colgaduras de las camas, de las ventanas, las alfombras y tapicerías de los sofás, pastorinas, divanes, etc. etc., de manera que toda la casa se hallaba en movimiento.

Pero abajo en el prado acudieron artesanos de todas clases con infinitos lienzos, damascos, tapices y paños. En el centro se levantó un pabellon circular á la persiana, con tiras de lienzo alternativamente blancas y amarillas.

En el centro del pabellon se unian los cordones de oro, de que pendian encima de las mesas tres órdenes de luces; y la gran lucerna central contenia numerosos globos de finísimo cristal con facetas, de manera que al llegar la noche aquel inmenso entoldado debia resplandecer como á la mitad del dia. Las cortinas que formaban las paredes del pabellon eran igualmente de lienzo blanco y amarillo, rodeadas de colgaduras festoneadas con guirnaldas de rosas y bollos dispuestos con el mayor gusto. Desde el centro del círculo, que constituia el principal entoldado, se extendian por los cuatro vientos cuatro extensas galerias formadas por lienzos de los mismos colores que los del pabellon principal y con el techo llano; pero recorria toda su extension una cornisa de colgaduras con franjas, borlas y guirnaldas doradas. En lugar de grandes luces, habia á pequeñas distancias espejos reunidos en forma de abanico y palmatorias con tres luces cada una.

En el centro del pabellon pusieron una grande alhacena con gradas, cuyo remate estaba formado por emblemas de guerra y de triunfo, con armas, banderas, etc., y de su centro salia el alto chorro de un surtidor perenne, cuya agua caia formando mil juegos y visiumbres en una magnífica pila de mármol, la cual por conductos ocultos la llevaba al jardín. Las gradas superiores de la alhacena estaban llenas de botellas de vino ultramontanos y ultramarinos que debian servirse en el festin; en las gradas del medio, habia los dulces, confituras y almíbares, y toda espe-

cie de pastas: inferiormente estaban dispuestos con el mejor orden y simetría las tortas, los embebidos ingleses, la crema de Berna, la natilla de Apenzell, los quesos de Holanda, de Lodi y de Nortumberland; en las otras gradas veíanse las salsas, las ciruelas, aceitunas, alcaparras y anchoas, y por último, frutas así en conserva como de la estación, puestas en grandes vasos, formando pirámides, de modo que los colores más vivos fuesen los más visibles: así hacíanse admirar las manzanas de todas especies, peras, naranjas de Bari y de Palermo, melocotones, albrérchigos, fresas y uvas invernizas.

Al pié de esta bien provista gradería extendíase una tabla como base de la misma, en la que se veían primeros de platos de porcelana, la vajilla de plata con los cubiertos en sus estuches. Todo esto estaba lleno de verdes y frescas hojas y rosas esparecidas por entre los platos, vasos y demas.

Todo este magnífico salón redondo, semejante al panteón de Agripa, estaba lleno en derredor de mesas, y había en los intersticios jarrones de floridas plantas de cedros, naranjos, limoneros y olivos. En la parte superior de la entrada de las cuatro galerías, por la parte del pabellón, había cuatro espaciosos palcos, destinados para las damas y doncellas romanas que fuesen á disfrutar de la fiesta y á embellecerla y animarla con su presencia; las cuales, en lugar de estar sentadas á la mesa, tenían en distintos puntos del palco unos escabeles de hermosísimos mármoles, y encima de ellos había fuentes

de plata con frutas, pastas y confituras, arreglado con admirable elegancia.

Bártolo mandó traer de su hermoso jardín de la quinta de Albano gran cantidad de flores para colocar en jarros encima de las mesas, y á más de las plantas de su jardín, pidió otras á los amigos que como él poseían quintas y jardines; de manera que reunió una colección de macetas con sus plantas floridas, así del país como extranjeras, de arbustos crecidos dentro de invernáculos y que en esta hermosa estación se sacan al aire y al sol para darles más vida y mayor brillo á sus colores. Entre estas plantas figuraban la *Achea protearea*, de Puerto Jackson, la *Antolicia mayor*, el *Gandasulio naranja*, la *Dulcamelia rubia*, del Perú, la *Idranga hortensia*, el *Erantemo bicolor*, de Madagascar, la *Caprinela celeste*, de Tranvancor, el *Acónito variegado*, el *Rododendro pontico*, y otras que sería largo enumerar, basta decir que eran de las más raras y preciosas y de las más esquisitas y brillantes flores.

Estas macetas y las plantas que contenían adornaban por la parte exterior todo el recinto del Pabellon y las rectas y largas empalizadas que había en toda la extensión de las cuatro galerías, y que servían para dejar libre el espacio que mediaba entre las mesas del pueblo romano y los espectadores, á fin de que pudiesen maniobrar sin obstáculos los encargados del servicio y tuviesen el tránsito desembarazado los heraldos que debían llevar consigo



las órdenes del tribuno de la plebe. En las galerías no había ni alhacenas, ni confituras ni gollerías propias para hombres de delicado paladar, acostumbrados á las mesas de los ricos ciudadanos; sino que á trechos habian colocado entre una y otra mesa pequeños toneles de vino de Genzano, barrilitos y cubos cubiertos por adorno hasta las espitas con pedazos de damasco con franjas de oropel, y encima de cada uno habian fijado banderitas de papeles con las letras S. P. Q. R. Acá y acullá, encima de escabeles habia colocados grandes quesos de Parma, de Gruyera, de Holanda y de los cortijos de los nobles romanos; en otros habia colocados en forma de pirámide jamones, morcillas, embutidos y salazon de toda especie, cubierto todo con hojas de laurel mezcladas entre el oropel y con pétalos de rosa y de otras flores; lo que hacia muy agradable su vista.

Al llegar el dia señalado, compareció Ciceruacchio con sus satélites para poner en órden las filas de los plebeyos, y en medio de los cantares y gritería los condujo á fuera de la puerta del Pópolo, y de allí á la granja de Bártolo: más tarde llegaron los coches de los artistas de todas naciones, pintores, escultores, grabadores, estatuarios, y vaciadores en yeso, músicos, cantores, fundidores de obras de bronce, los hombres alquilados para servir de modelo en las academias de dibujo, y hasta los mozos y los moledores de colores. Después vinieron los ciudadanos, oficiales de varios oficios, magistrados de Roma,

mercaderes y traficantes en todos géneros, holgazanes, nobles, patricios y príncipes de todas condiciones y categorías. Era aquella reunion una extraña mescolanza, una confusion, una algarabía, una fraternidad, una reunion abigarrada, cual nunca se vió otra igual. Fué semejante á aquellas aguas que saliendo de diversos manantiales, por diferentes conductos van á desaguar en un lago, en donde pierden sus nombres y cualidades, refundiéndose en un solo líquido; de la misma manera las diferentes clases de ciudadanos romanos en aquel prado y dentro de aquel pabellon parecian todos de una misma condicion.

Ciceruacchio era el hilo de oro, el *funiculus charitatis* que con las dulces cadenas del amor enlazaba todos los estados y clases; quien estrechaba la mano de un Príncipe, tomaba del brazo á un duque, abrazaba á un marques ó besaba á un conde, pellizcaba á un banquero, á un coronel le alisaba por broma los bigotes, y delante de un juez de Monte Citorio ó de un presidente de Rion poníase en jarras y se contoneaba un poco. Luego recorría las galerias, dando con el puño en el hombro de un fagín de Ripetta ó de un carromatero de la plaza de la Oca, y gritaba: Buenos dias; con mil diablos, ¿qué haces ahí tú, Pepillo? Ea, gritad todos ¡viva Pio IX! ¡viva la Italia!— ¡Viva maese Angelo, nuestro tributo de la prebel exclamaban allá abajo un grupo de zurradores de la Regola. ¡Vival repetian los que recojen la cebada para las caballerias.

Unos cuantos jóvenes de los más elegantes tenían el encargo de salir á recibir á las señoras y de acompañarlas á los palcos que les estaban destinados, y todos iban vestidos á la italiana, con pequeñas túnicas y calzones de terciopelo negro, con plumas en el gorro, con faja, y dentro de ella un puñalito con el puño en forma de cruz. Aser aquel día estaba más hermoso é interesante que nunca: su túnica era de terciopelo negro, doble; llevaba una finísima golilla de encajes; el cinturón estaba cerrado por una hebilla de oro, y un escudo delicadamente cincelado con una hermosísima esmeralda en el centro. El pequeño puñal no tenía la empuñadura en forma de cruz como los demás, sino que la formaba una serpiente enroscada, que teniendo levantada un poco la cabeza, formaba con ésta la extremidad del puño; la hoja era de acero damasquino con preciosas cinceladuras y adornos dorados; la preciosa vaina era de oro y su puntera terminaba en un bello rubí. Llevaba en el sombrero de fieltro una graciosa pluma de avestruz; y el collar, formado por una cadenita de oro, sostenía una medalla que representaba la Italia coronada por un génio, y en el exergo leíase: *Levántate y reina.*

Tenía metidos en el cinturón cerca del puñal unos guantes de color amarillo claro, y llevaba unas vueltas blancas como la nieve, que recibían gran realce del color negro de las mangas de la túnica. Sus bigotes, terminados en punta, lo mismo que su pequeña barba á lo Wandick, y sus cabellos peina-

dos á semejanza de los del Buondelmonte de Cimabue, le daban el aire de un antiguo italiano. Apenas acababa Aser de acompañar alguna noble señora á la galería ó palco, volvía á bajar rápidamente la escalerilla, y volaba fuera del pabellon. Parecía preocupado en mil pensamientos, y con mucha frecuencia dirigia la vista á la puerta de entrada.

Habiendo llegado Bártolo con Elisa y Polisena, Aser de un salto se puso á la portezuela del coche, y alargó la mano á Elisa á fin de ayudarla á apearse; y la jóven con grande admiracion sintió temblar debajo de su brazo la mano de Aser como si se hallase en un fuerte acceso de calentura. Polisena se adelantó con un jóven de Rimini, y la siguieron Aser con Elisa, á la cual no dijo este otra palabra fuera de preguntarle si habia llegado con felicidad.

—Perfectamente,—respondió Elisa;—el viaje es muy corto, y ademas el dia está muy hermoso y la estacion es deliciosísima. ¡Esta fiesta deberá ser muy alegre!

Y esto diciendo llegaron á la galería.

Poco despues, todos los señores del gran pabellon sentáronse á las mesas, y empezaron los conciertos de las músicas militares, colocadas debajo de las galerías, y otra música compuesta de los primeros profesores ocupaba la rotunda, y tocaban alternativamente, derramando el placer y el júbilo en las mesas. Por entre las señoras giraban los azafates de los refrescos y pastas, y aquellos gallardos mancebos hallábanse en continuo movimiento, ha-

ciéndose todos ojos y manos para presentar y ofrecer, mudar los platos y echar los helados. Sin embargo, Aser, fijó detrás de la silla de Elisa, permanecía inmóvil, siempre pronto á detener los azafates, y á mudarle el plato á cada nuevo manjar. Si al quitarle el plato habia quedado en él algun confite ú otro dulce, lo tomaba disimuladamente y lo guardaba, feliz en conservar algun objeto que le recordase aquel hermoso dia.

Pero mientras se consumia Aser interiormente, un tal Casemirski (polaco atrevido y vacío de sesos que se moria por armar contienda con todo el mundo, y aunque en sus riñas habia algunas veces hallado la horma de su zapato, con todo, no dejaba de inquietar al perro que duerme), Casemirski, pues, habiéndose acercado á Aser, le dijo:—¿Qué haces tú ahí, lame-platos? Sábeta que esta señorita me gusta.—Aser sintió hervirle la sangre, le miró con ojos de fuego, y calló. Casemirski le dió un codazo en el costado, diciendo:—Quita allá, que aquí estoy yo.—Aser lo cogió por el brazo, apretádoselo como unas tenazas, y en dos saltos le hizo bajar la escalera y se lo llevó al prado. Otros tres polacos querian echársele encima con el puñal desenvainado; pero Aser sacando el suyo, siempre sin decir una palabra, defendíase con valor de los cuatro. Entónces pusiéronse de por medio algunos romanos y sicilianos, y los separaron, y se llevaron á Aser á otra parte. Pero Casemirski, mordiéndose las uñas, dijo: Hasta mañana: te aguardo con la pistola.

Miéntras tanto en las mesas de abajo, el órden, la elegancia y delicadeza de los manjares y servicios, y lo esquisito de los vinos, hacian la admiracion de todos; y los extranjeros que habian acudido al festin ponderaban la grandeza de los romanos, que se manifiesta en todos sus actos así públicos como particulares. Pero aquella reunion, que la mayor parte de los comensales, y aun la mayoría de los espectadores, consideraban como una diversion de primavera, como una alegre mañana de Mayo, una deliciosa concurrencia de gozosos ciudadanos, un esparcimiento y fiesta popular en testimonio de la felicidad pública bajo los benéficos auspicios del glorioso reinado de Pio IX, en concepto de los sectarios, de los iniciados en las sociedades secretas, debia convertirse en una manifestacion bastante clara y explícita para cualquiera que tuviese ojos, de los primeros movimientos de la más negra conspiracion que nunca se hubiese tramado contra el más paternal de los Príncipes, contra el más benéfico y benigno Vicario de Jesucristo. Entre el ruido de las copas levantábanse las voces fatidicas de los bardos del Tiber, quienes habiendo impuesto silencio en torno de las mesas por medio de sus heraldos, subieron á una tribuna puesta allí en un lugar que pudiesen ser oídos de todos, y entonaron los himnos de Italia.

Sobre todos, los poetas Guerrini, Gherardi, Sterbini, Meucci y Tomasoni, en desvariados metros profetizaban ya (tan seguros estaban de lograr sus

intentos), los triunfos futuros de Roma. «Allí, allí, decían, ó pueblo romano, descendiente de héroes, en las cimas de esos siete collados estaba sentada tu inmortal Roma, señora del universo. El Capitolio fué la roca de la libertad, encima de la misma se desplegaba al aire majestuosa tu bandera; de ella levantaban el vuelo las águilas del Quirino para ir á dominar, á civilizar, y á derramar por el mundo la felicidad, y en la misma roca replegaban sus alas triunfantes en medio de las aclamaciones y aplausos de vuestros padres. Pueblo romano, despierta, rompe tus cadenas y reina.

»La primitiva Roma tenía limitado su recinto por el monte Aventino y el Palacio; sin embargo, recibía dentro del pequeño espacio contenido entre sus murallas á los hombres de mayor corazón que había en el mundo. De allí descendían los caballeros romanos armados á las asambleas del foro, y el pueblo de Quirino en aquel foro tenía un íntimo sentimiento de su soberanía; pues en cada ciudadano palpataba un corazón de Rey: cada plebeyo levantaba su mano omnipotente al dar su voto en la elección de los cónsules y dictadores: en aquel mismo foro vuestros padres concluían las paces é intimaban las guerras, y por último, en aquel foro se decretaba el destino de las naciones!»

Otro más osado cantaba: «Pueblo de Roma! tú eres soberano, tú diste el Vaticano á los Papas, pero te reservaste el Capitolio.» Y otros decían en verso: «Oh Roma, toda Italia tiene fijos los ojos en tí, de

tu brazo y de tu inteligencia espera su renacimiento. ¿Veis el monte Janículo? El nos trae á la memoria al extranjero etrusco que vino á combatir á Roma para imponerla un aborrecido Rey. Acordaos de Mucio Scévola, que se abrasó la mano por no haber acertado el golpe destinado á traspasar el corazón de Porsena. Acuérdate de Coclites, quien por sí solo detuvo al ejército enemigo en el puente Sublicio.

Y vosotras, oh romanas, acordaos de vuestra Clelia, que huyó de la esclavitud del extranjero, arrojándose á nado con otras doncellas romanas al río Tiber, y tomó tierra en las faldas del monte Aventino.

A cada una de estas arengas, Ciceruacchio enviaba sus agentes á las galerías para hacer gritar al populacho: ¡Viva Roma, viva Italia! y para ocultar á los hombres de bien las malignas intenciones de la sociedad secreta, al día siguiente se hizo divulgar por Roma, que habiendo cierto liornés sacado una pequeña bandera tricolor que llevaba escondida, apenas lo vió el pueblo, que queria hacerle trizas, gritando: ¡Fuera estos colores! ¡nuestra divisa es el blanco y el amarillo, y ay de quien se atreva á tocar á ella! ¡Viva Pio IX!

Dichas poesías fueron luego impresas y esparcidas por todos los puntos de la ciudad: unos admiraban la sublimidad de sus conceptos; otros decían que eran alardes teatrales; otros que fanfarronadas.— ¡Que vayan en el día á buscar los Coclites y los Mucios! Ahora han cambiado el monte Aventino en



el monte Testaccio (1). En aquellas cuevas ponen las manos en las botellas, y no en braseros encendidos.—¡Qué! mejor cantaba mi Pataca en la plaza Barberina y en las encrucijadas de la Suburra.— ¡Pero las personas juiciosas, los romanos de sanos honrados principios, mirábanse despavoridos, diciendo: Si siguen las cosas así, pronto el Papa tendrá que refugiarse en San Juan por Arcipreste, pues estos foragidos caerán sobre Roma á bandadas como los cuervos: y por otra parte dan tales graznidos, que no nos dejarán un instante de quietud. Estos veían condensarse encima de Roma negras y tempestuosas nubes, diciendo los que tenían mejor vista que ya veían los rayos cruzarse dentro de ellas y que percibían el lejano rumor de los truenos.

Las señoras que el día ántes estuvieron en las tribunas del pabellon, por la noche en el teatro hicieron objeto de todas sus conversaciones, de lo ocurrido detrás del asiento que tuvo Elisa en el festin; y mientras que esta apenas notó el altercado suscitado entre los dos rivales, las remilgadas doncellas y las envidiosas madres que estaban á su lado no lejaron escapar ninguna circunstancia.— «Mira, tú, decíanse, tan jovencita y ya tan cortejante, que se eareda en unos aventureros. ¡Oh, có-

---

(1) El monte Testaccio está formado de los escombros de la antigua Roma, y contiene dentro bodegas para depósito de vinos. Allí en el mes de Octubre van los romanos á beber y á solazarse.

mo se complacia teniendo detrás de sí un criado tan hermoso! Y no obstante se hacia la desdenosa sin dirigirle una sola mirada.

—Aun no tiene la edad de mi Virginia, decía otra, y ya, percibiendo el olor de sus ochenta mil escudos de dote, se ensoberbece y halla muy poca cosa para ella los jóvenes romanos. Dicen que aquel bello joven del broche de diamantes es un duque suizo; sin embargo, tiene unas miradas que mete miedo á cualquiera á quien las dirige.

—Sr Flavia pudiese salir del sepulcro, exclamaba otra, cierto que no veríamos este escándalo. ¿Quién ha visto nunca una muchacha que acaba de salir del convento, correr sin freno tras de todas las fiestas, vestir con tanto lujo y elegancia, y mezclarse en todas las reuniones? Pero esta señorita de compañía, ó aya ó consejera ó como quiera que se la llame, verdaderamente me gusta poquísimo. Afecta reserva y compostura, pero yo tengo mucha experiencia, y no me engañan estos pájaros que vuelan á diversos nidos, y son más astutos que las urracas. O síno, díganme: ¿se la ve nunca en el templo? Al contrario, siempre le da jaqueca cuando Elisa va á ver al padre Buenaventura, y entonces la hace acompañar por la camarera, ó la acompaña su mismo padre el Sr. Bartolo. Al fin y al cabo Elisa es hija de una senora, de esclarecida virtud, y ojalá Dios la libre de ese suizo; ¿quién sabe las diabluras que hara este con el polaco con quien tuvo ayer tan terrible contienda?

437 Casemirski, indignado contra Aser, y no contento con el reto que le habia dirigido en el Prado, hizo llegar á sus manos en el teatro una esquila, en que le intimaba que el dia siguiente al medio dia se hallase en las antiguas ruinas que existen detrás de la iglesia de San Estéban: que se previniese de padrinos, y que si queria llevase las pistolas á su gusto. Acompañaron á Aser un jóven de Palermo y otro de Liorna, y á Casemirski un húngaro y un parisiense. Llegaron en dos coches, que dejaron en el Prado de la Navacilla, y habiéndose dirigido á un llano en las faldas del monte Celio, los padrinos cargaron las pistolas y los dos combatientes se pusieron en mangas de camisa. Pero como Polisena habia tenido noticia de este duelo, envió apresuradamente al sitio donde debia efectuarse á dos jóvenes romanos á suplicarles que no expusiesen sus vidas en unos momentos tan críticos y solemnes para la patria; que guardasen su sangre para defenderla del extranjero, y su ardimiento y valor para romper las cadenas de la Italia; puesto que para esta sublime empresa uno y otro habian abandonado su pais nativo, haciéndose unos verdaderos italianos; que recordasen sus juramentos, y por último, que considerasen que, cualquiera de ellos que tuviese la desgracia de perecer, siempre habria un campeón de ménos en las falanges de los valientes.

Aser contestó con frialdad:—«Mi sangre la he consagrado ya á la Italia; así, decid á esa alma generosa que os envia, que perdono á Casemirski,

aunque he sido ofendido y desafiado por él; pero mi sangre no es vil; y si es necesario que combata y sucumba, mi última gota echará en rostro á mi enemigo el haberla derramado en vano en el césped de Roma, en vez de dejarme regar con ella los campos del Adige y del Pó.»

Casemirski, con unas miradas atroces, dijo:— «Ahora por cobardía, la quieres echar de héroe: combate y muere, infame. Dicho esto, sacó del bolsillo un pañuelo blanco, y alargando un cabo del mismo á Aser, queria que disparasen á quemarropa; pero los padrinos no lo consintieron, poniéndose de por medio, y diciendo que debian observarse todas las reglas del duelo cortés, y tirarse á la distancia de cinco pasos. Luego vendáronles los ojos, y habiendo hecho suertes para ver quién debia disparar primero, tocó á Casemirski. Apunta el arma, dispara, y la bala, pasando por junto á la sien derecha de Aser, se le llevó algunos cabellos. Este, al oír el silbido, no se movió un punto, ni en su fisonomía se vió la menor señal de espanto. Entónces Aser se puso en guardia; y en lugar de apuntar la pistola al pecho de su contrario levantó el brazo y disparó al aire gritando: ¡Viva la Italia!

## CAPITULO VI.

### LAS SOCIEDADES SECRETAS.

El que examina atentamente las condiciones de nuestro siglo al leer las historias de las naciones europeas, ó al representarse los hechos ó sucesos de que él mismo ha sido testigo de vista ó de oídos, desde luego busca las causas que en tan breve tiempo han podido ocasionar tantas revoluciones, y entónces por los efectos ve claramente que siempre es el mismo y único principio que las ha producido; y aunque este principio quiera presentarse á los pueblos como variado y distinto, con todo, sus constantes é idénticos resultados nos demuestran que la causa es la misma sin que pueda confundirse con otra alguna. Quien diga lo contrario ó no conoce las presentes circunstancias de Europa, ó no tiene juicio y vive al acaso.

El alma pues de todas las repentinas é imprevistas mudanzas de los Estados europeos es el *pan-demonio* de las sociedades secretas; este es el mis-

tarioso *demiurgo* de las religiones orientales, que todo lo animaba, así en la naturaleza física, como en el mundo moral; que se presentaba bajo todas las formas; que con su oculto fuego enardecía á todos los corazones; que inspiraba la inteligencia de los seres invisibles esparcidos por el universo. Este sumo *protógono*, al que todo reconocía por causa, era el principio activo y pasivo del mundo simbolizado en la figura de la serpiente por excelencia, que entre los egipcios era el *Pfta*, y entre los griegos el *Apolo Pionio*.

Imposible era que las sociedades secretas adoptasen un emblema más adecuado que este. La serpiente arrástrase callada entre las yerbas, se acerca y se enroscas sin hacer el menor ruido en lo más íntimo y oscuro de las ruinas de los muros, dentro de las hendiduras de las rocas y de los agujeros de la tierra; permanece entre los escombros y bajo los cimientos de los torreones, bajo las raíces de los árboles y hasta bajo los altares del Señor. Vive solitaria en lo profundo de los pozos y cisternas, de los sepulcros vacíos, de las lóbregas cuevas; y aun envuelta en su oscuridad está trazando planes de destrucción, acumula su veneno, aguza los dientes, y en medio de su rabia despideu sus ojos una luz sangrienta. Una vez ha salido el sol, despliega altanera y mortífera sus anillos, deja la antigua piel y ostenta con pompa sus nuevos colores; vibra su ahorquillada lengua, y arrojase con la cabeza inhiesta silbando. Su silbido es tan agudo, que si cuando quie-

ta su vista hiela el corazón, cuando silba hace estremecer amenazando de muerte.

Pero lo que aumenta aun la semejanza que hay entre la serpiente y las sociedades secretas, es la fascinación que llevan consigo sus miradas: ese ojo inmóvil, agudo y sutil de la serpiente en el acto de fascinar al animal en que fija su mirada, le deja envuelto en misterioso encanto; en términos que no sabe ó no puede huir, y se deja matar con toda seguridad. Así también el mundo odia las sectas, teme su horrible misterio, lamenta sus estragos, y con todo se deja caer sin oponer resistencia, en sus mortales asechanzas. Así también las sociedades secretas esconden la cabeza lo mismo que la serpiente que enroscán losa sobre sí misma, deja expuesta la espalda y la cola á los golpes; pero la cabeza nunca. Las sociedades secretas, tantas veces descubiertas y heridas, renacen poco á poco de la cabeza que quedó entera y sin daño, y volviendo á curar de sus heridas, recobra nuevo vigor y un veneno más homicida.

La Europa entera ve hoy más que nunca señales manifiestas y evidentes de la extensión y fuerza de estas sociedades, que la emponzoñan hasta en sus más íntimas y vitales raíces sociales; los Reyes lo saben; los Gobiernos, cualquiera que sea su régimen, lo conocen; sin embargo, á cada nueva sacudida enarcan las cejas admirados, y se preguntan unos á otros: ¿Qué es esto? ¿Qué hay? ¿Es posible? ¿Quién había de decirlo!... Y todavía no se hallan del todo

recobrados de su primer aturdimiento, que vienen nuevos tumultos á derribar tronos y á poner en desconcierto á todas las clases de la sociedad, y á todos los órdenes religiosos y civiles.

Hé aquí lo que estamos presenciando en el corto espacio de pocos años. En 1830 derribase en Francia de un estallido el Trono de San Luis: su Rey Carlos X es desterrado, y puesto en su lugar Luis Felipe de Orleans por algunos pocos que supieron contener á la multitud. La España, despues de sofocado el movimiento de 1820, gobernábase monárquicamente bajo el Rey Fernando VII: muere éste, despues de haber derogado la ley Sálica, y de destinar para sucederle una niña; empéñase la contienda con Don Carlos, hermano del difunto Rey, sobre el derecho á la corona; y vienen guerras, agitaciones y mudanzas infinitas en el reino. En Portugal reinaba tranquilo Miguel de Braganza. Su hermano Pedro, señor del Brasil, arrojado de este imperio, navegaba con escasas prevenciones delante de Oporto, más á modo de *filibustero* que de Príncipe. Aquella pobre embarcacion lo condujo en derechura á Oporto; desde este punto lo llevó á Lisboa á combatir á su propio hermano, que tenia bajo sus órdenes todas las fuerzas de la monarquía: lo venció y lo echó del reino. La Italia, desde 1831 se arroja desesperadamente á las conspiraciones, toma las armas y grita libertad, hundiendo todo cuanto pisa. El Austria mitiga el incendio, pero no lo apaga, y así lo vemos de repente extenderse á Bolonia, luego á Rimini, y



despues cesar para reproducirse con mayor fuerza. La Suiza, que gozaba de la libertad más antigua y pacífica de Europa, vemos que desde 1830 está hirviendo y revienta al fin como una bomba que con sus cascos estropea, hiere y mata á cuantos halla á su alrededor, y que con su fuego lleva á todas partes el incendio.

Todos estos grandes y rápidos trastornos, dejaron asombrados á aquellos que principalmente debian vigilar hasta conocer el incendio que debian producir las chispas que de cuando en cuando se veian salir de la fragua donde soplaban las sociedades secretas. Y luego gritan: ¡Traidores! ¡Maivados! ¡Asesinos!—Esto ya lo sabemos: ellos cumplen con su profesion y lo verifican con astucia, y por medio de sutilísimas é ingeniosas artes. No mienten más que á los hombres descuidados; puesto que de mil maneras os están diciendo que no quieren á Jesucristo ni á su Iglesia, ni Emperadores, ni Reyes, ni Gobiernos; y al fin, tanto harán, que echarán abajo altares y tronos.—¡Y luego, si llegan á cumplir sus amenazas, entónces vienen las exclamaciones!

¡Y cómo es posible quedar admirados, despues de haber visto los triunfos de Druey y de toda su comitiva, que despues de derribado el legitimo gobierno de Losana, gritaba:—*¡Fuera el buen Dios! ¡Muera Cristol! ¡Mueran los que hacen oracion, mueran los curas metodistas, los limosneros, los ministros de la Iglesia reformada!* En Echalens fuerzan las puertas de los diáconos protestantes; rompen y ha-

cen añicos cuantos muebles hallan en su casa, roban lo más precioso y pisotean y escupen á la Biblia. En Oron, un padre de familia que habia reunido á sus hijos en el hogar doméstico para la oracion de la velada, vióse de improvise acometido por aquellos sicarios del radicalismo, que descargaron una nube de garrotazos sobre la cabeza del padre y de los hijos. Hasta los mismos ministros protestantes se ven arrojados como *jesuitas*, y huyen en busca de seguridad al lado de los Católicos del Valais.

Por los caminos se oye al populacho que vocifera clamando:—*¡Mueran los ricos! ¡Mueran los que tienen criados!*—Treicher, Fournier y Cosiderant predicán en Losána el comunismo de la *falange*, llamado *bestial é infame* por el mismísimo Proudhon; tan horrible en su atrocidad, y tan bárbaro su desenfrenado espíritu de rapina. Berna en su Constitución de Julio de 1846 arrojó al lango al impío Neuhaus para sustituirle el no ménos impío, pero más cruel Ochsenbein; y este llama para enseñar teología á los jóvenes clérigos de Berna al ateo Zeller de Tubingen, á quien las mismas *Gacetas* de Berna llaman *el anticristo descendido de incógnito á la Universidad de Berna bajo los despojos de este discípulo de Straus*. Celébrase ya la perfidia de los cuerpos francos, y se empieza la guerra no sólo contra el Catolicismo, sino hasta contra la misma confesion protestante, y se amenaza con la servidumbre á los Estados libres de los cantones conservadores. Despues de unos ejemplos tan recientes,

que se presentan ante nuestros mismos ojos, ¿es posible continuar mostrando extrañeza y admiración con respecto á la fuerza y á los perversos intentos de las sociedades secretas?

Nos hallábamos ya en el mes de Julio de 1847. Ciceruacchio estaba en continuo movimiento para erigir un gran trofeo en la plaza del Pópulo, puesto que el día 17 de dicho mes era el aniversario de la amnistía que el Papa había concedido á los reos de estado. Toda la ciudad de Roma tenía la vista fija en ese sitio, y en ella no se pensaba ni se hablaba de otra cosa que de hacer una fiesta que sobrepujase á todas. Arcos triunfales, estatuas gigantescas, galerías de buena vista, todo debía formar como un inmenso templo dedicado á la inmortalidad. Pero mientras que los pueblos acudían á ver los públicos preparativos, la *jóven Italia* en secreto preparaba otras inauguraciones para triunfar de la libertad de Roma y de la felicidad de Italia. Roma, (según había decidido Mazzini en un conventículo celebrado el 4 de Marzo en París por los corifeos del socialismo) debía ser, según sus atentos designios el centro oculto y después la fragua pública, de todas las conspiraciones y de todas las novedades contrarias á las antiguas instituciones de los Estados italianos; por la razón de que ningún otro reino podía secundar tan bien la arriesgada empresa meditada contra Roma: pues siendo esta el centro de la Cristiandad, el soberano asiento de la Fe, la augusta morada del que es cabeza de la Iglesia, y la ciu-

dad reina de toda la familia cristiana, habria enardecido con su ejemplo á todos los pueblos no sólo de Italia, sino de Europa.

Ya habian bajado de los Alpes, uno á uno y dirigiéndose á Roma, los satélites más feroces y perversos de la *Jóven Italia*, Alemania, Suiza y Polonia, bajo las órdenes de Mazzini, Ruffini, Dybowsky, Marr y Weitling. Hallábanse entre ellos los sicarios que asesinaron á Emiliani y Lazzareschi en Rodes, los que dieron muerte á los comisarios de policía y á otros empleados del Gobierno en la plaza de Ravena, en el puente de Faenza, bajo los pórticos de Bolonia, y al pié del castillo de Cesena; los asesinos de Liorna, que desde algunos años se ejercitaban en los caminos dando puñaladas á los que la sociedad secreta les señalaba. Todos estos bandidos, bajo diversos nombres y tomando todos los disfraces, presentábanse unos como artistas, otros como mercaderes, estos como vendedores de estampas, aquellos como caballeros, etc.; y por medio de señas convenidas, ó con los sellos de la sociedad, tenian sus citas y se comunicaban las noticias, órdenes ó avisos y resoluciones. Entroncábanse en las reuniones; sentábanse á la mesa del pueblo en las tabernas, en las fondas y demas establecimientos públicos, donde tentaban el vado y sondeaban los corazones de los romanos. Aquí soltaban una expresion, allí una mentira, en unos sitios se hacian del partido Pontifical, en otros republicanos, segun el ambiente de que estaban rodeados.

A fin de librarse de las pesquisas de la policía, no permanecían siempre en un mismo sitio, sino que buscaban los callejones más retirados y desiertos de Roma: quien iba una noche al del *Pavo*, quien al del *Cinco*, quien detras de la plaza de la *Sarten*, ó de la *Higuera*, y tambien al lado del *Puente Roto*: un dia se presentaban con camisolin á la italiana, otro con blusa lombarda, otro en traje de petimetres, con los cabellos cuidadosamente arreglados y olorosos, y con un pequeño peine en la mano para peinarse los bigotes y la barba, hasta habia algunos que vestian sotana y manteo: tambien los habia en traje de mercaderes ambulantes, con su pequeño mostrador pendiente del pecho, en que estaban arreglados, espejitos, pinzas, navajas y otros varios objetos de quincalla, con lo que recorrían una y otra tienda por las tintorerías y molinos del Tiber, por las carnicerías de fuera de la puerta de la ciudad y por los establecimientos de fabricantes de pieles, zurradores y cerrajeros: todos gente de la plebe, y allí conversando y respondiendo á las preguntas (pues los romanos son sumamente curiosos) supieron sacar partido de ellos enseñándoles varias cosas que por su parte aprendieron con harta facilidad y con pocas lecciones.

Pero la caverna de donde salian toda especie de iniquidades hallábase detras de la *Lungara*: allí en aquellos sitios retirados y yermos se reunian todas las noches; allí arreglaban y fraguaban todas las conspiraciones y seducciones y se resolvian los ase-

sinatos; allí sacaban á la suerte los sicarios que debían matar á traición á las víctimas de la sociedad; allí se decía á los incendiarios:—«Tú anda á pegar fuego á tal pajar, tú á tal granero, y tú á tal tienda, puesto que pertenecen á esos infames á quienes los hermanos de la Suiza mandan castigar. A los envenenadores intimábaseles que procurasen dar tóxico á alguna mujer de su misma sociedad por temor de que con su charria descubriese algunos secretos importantes; y que mezclasen un poco de morfina en los conlites ó en el vino de ciertas infelices muchachas que víctimas de los artificios de los iniciados, no podían ya ocultar su desgracia, y por efecto del sutil veneno caían en tal estado de postración y de consunción, que conducidas al hospital por sus padres, morían miserablemente en pocos días en medio de terribles paroxismos de una fiebre abrasadora.

En aquel sitio había las prensas en que se imprimían infernales folletos, que con grande admiración de los hombres de bien aparecían fijados en las esquinas de Roma durante la noche, y excitaban al pueblo romano á cometer los actos más funestos. Allí, por fin, estaba el depósito del aguarrás y espíritu de vitriolo, con que llevaban á ejecución sus destructores y execrables intentos (1).

---

(1) En 1851, todo esto y mucho más que no se expresa dejó de ser un misterio, pues las causas formadas á los iniciados dieron á luz las mayores infamias.

En aquel centro se cobijaban toda especie de maldades y de impiedad: el altar de Satanás (permi- tiéndolo Dios según los inescrutables designios de su saber infinito) se levantaba en competencia con el del Omnipotente. Allí se adoraba al demonio como el Dios supremo, allí recibía incienso, allí los votos tremendos, los sacramentos obscenos y los presentes nefandos. En torno de aquella ara danza- ban todas las noches doce desvergonzadas meretri- ces, las que hechas sacerdotisas celebraban el exe- crable sacrificio. Otras impiedades cometían que la pluma se resistió á escribirlas.

Cometíanse, pues, todas las noches en Roma los más horrendos sacrilegios precisamente en el mis- mo monte Janículo, donde San Pedro fué crucifica- do en testimonio de su amor y fidelidad á Jesucristo nuestro divino Redentor; en aquella tierra bañada con la sangre de tantas legiones de mártires, no lé- jos de la augusta cátedra de la verdad, á vista del mismo Sumo Pontífice, quien mientras estos hacían tal escarnio del Salvador se hallaba postrado ante su divina imagen pasando en profunda oración todas las noches y suplicándole que tuviese misericordia de Roma, que iluminase los entendimientos y mo- viesse el corazón á tantos impíos como contamina- ban á la metrópoli del mundo cristiano. Mientras tanto la ciega y misera Roma bailaba encima del volcán que iba á estallar en su seno.

Cierta tarde Bartolo, conforme solía hacerlo algu- na vez, fué al colegio de la *Propaganda* para espe-

rar y en seguida acompañar al Cardenal Mezzofanti á su casa. Este, todos los días, despues del paseo de los alumnos, se complacia hablando para ejercitarse en la lengua birmana con los naturales del Pegú; ó con los indios del Maduré para adiestrarse en la lengua tamulica, y mucho más á menudo aun con los chinos para practicarse no solo en la lengua de los mandarines, sino tambien en los dialectos de Siam. Terminado que hubo el Cardenal su conversacion, habiendo encontrado á Bártolo al pié de la escalera, le ofreció el coche, y se lo llevó consigo á su casa. Aquella tarde estaba Bártolo algo taciturno y pensativo, y se hallaba como en una lucha interior, sobre si debía ó no manifestar una duda á aquel doctísimo purpurado, que se dignaba dispensarle toda su confianza. El Cardenal, que era hombre de genio dulce y amable, le dijo:—¿Qué teneis, amigo?—Entónces Bártolo, no pudiendo ya contenerse, respondió.—Vea su Eminencia un extraño caso que acaba de sucederme, aun no hace dos horas. Acababa de salir de la botica de en frente de San Pantaleon, á donde habia ido á fin de que me compusiesen un cordial para mi hija Elisa, que hace algun tiempo adolece de ligeros espasmos, cuando acaso me encontré con Monseñor Morini (1), con quien tengo antigua amistad, aunque no estamos conformes en opiniones. Este, pues, habiéndome llamado aparte debajo de los pórticos de casa Braschi, me enseñó una bolsita en-

---

(1) Morini fué muerto á traicion cerca de Faenza.



caruada llena de chucherías. Aquí vereis, mi amigo Bártolo, vos que tanto porfiais en creer que la Religión prospera hoy más que nunca en Roma, y que todos estos antiguos *carbonarios* están arrepentidos de sus pasadas felonías, aquí, digo, vereis una prueba de lo contrario en estos objetos é instrumentos de maleficios, que me ha entregado un infeliz esta mañana, antes de amanecer, movido no sé si por la conciencia ó por el miedo.

Entónces miré fijamente á Monseñor Morini, y le dije: ¿Pero qué significa esto?—Quiero confiaros bajo el mayor secreto, me respondió, lo que me dijo aquel desconocido, que fué lo siguiente:—Monseñor, esta noche he visto con mis propios ojos al demonio, y le he adorado, y he oido su voz que animaba á todos mis compañeros (éramos seis) para que obrasen con ardimiento, que él estaria con nosotros y no nos abandonaria. Estoy aun sobrecogido de un horror mortal, así os ruego que me echeis agua bendita y me persigneis. Le calmé algo, y le dije que volviese á la noche, que le aplicaria los remedios que tiene en su mano la Iglesia para semejantes casos. Amigo Bártolo, me dijo cosas que hace estremecer solo el pensarlas: tened juicio, y manteneos firme en la fe, no olvideis la Religión; pues no dudeis que estos impíos nos van á jugar un mal tercio.

—Dicho esto, se fué. En cuanto á mí, lo tengo por cuentos; aunque de todos modos me remito á lo que su Eminencia me diga. ¿Os parece posible que el demonio aparezca por medio de conjuros? ¿O que haya

verdaderamente en Roma una secta tan malvada que adore por su dios el diablo, habiendo hecho con él pactos y convenios, para que con su poder les ayude en sus conspiraciones y rebeldía? Ciertamente son cosas que se me hace muy duro creerlas.

El Cardenal entónces, como hombre sábio y prudente, contestó á Bártolo, diciendo que esta cuestion era un laberinto muy intrincado, cuyos senderos y revueltas era sumamente difícil conocer, y principalmente sus salidas, ó el punto á que conducen; que si bien no podia asegurar que existiese en Roma semejante boca del infierno, no dudaba que habia en Eurcpa una secta tenebrosa, que era el alma de todas las sociedades secretas; cosa que no podia negarlo quien tuviese una idea de la humana perversidad. En cual to á la intervencion del espíritu maligno, aunque algunos se rian con desprecio, *San Leon* la afirma gravemente hablando de la secta de los maniqueos, y lo mismo defienden otros varones de reconocido talento y sabiduría. Me lo dan sobre todo á creer en la actualidad esos libros que pueden llamarse en verdad satánicos, en cuyos principales personajes se ven retratados todos los rasgos característicos del espíritu del mal; tales son en especial, los escritos de Balzac, de Dumas, de Victor Hugo, de Jorge Sand, de Fourier, de Considerant, y sobre todo los más recientes libros de los comunistas alemanes.»

Oyendo estas palabras, quedó Bártolo más triste y meditabundo, y si ántes dudaba, ahora quedó pas-

mado al oír la profunda iniquidad de que era capaz el corazón humano. Pero el Cardenal cogiéndole suavemente la mano añadió.—Amigo, no por ello hay motivo para desesperar, ni aun para desanimarse considerando la guerra que Satanás declara al verdadero Dios: hoy más que nunca debemos tener presente que aunque es rebelde se halla vencido y encadenado por Jesucristo; que puede labrar, pero no morder, y que si alguna vez nos parece ver todo el infierno sobre la tierra, no puede pasar ni una línea del límite que Dios le ha señalado. Si los malos cristianos son presa del demonio, es porque ellos mismos se echan en sus garras. Si Dios permite que se haga tan cruda guerra á su Iglesia es para concederle nuevos triunfos y nuevas coronas. Nuestros tiempos son verdaderamente tristes, pero los que se mantienen fieles á Dios no sufren escándalos por tales excesos ni sienten menguar sus esperanzas. Estas persecuciones terribles que se levantan en la tierra son seguro indicio de la vida eterna que nos espera tras las pruebas que habrá tenido que sufrir nuestra fe en este hondo valle de nuestra peregrinación.

estado de orla profunda indignación de que era capaz el corazón humano. Pero el Cardenal cogióle suavemente la mano derecha.—Amigo, no por ello hay motivo para desesperar, ni aun para desanimarse. Consideremos la guerra que Salinas declaró al verdadero Dios: hoy más que nunca debemos tener presente que aunque es terrible se halla vencido. Y escudándose por Jesucristo; que puede hablar, pero no hablar, y que si alguna vez nos parece ver todo el mundo sobre la tierra, no puede pasar ni una línea delante de Dios en la realidad. Si los malos cristianos son presa del demonio, es porque ellos mismos están en sus garras. Si Dios permite que se haga tan cruda guerra a su Iglesia es para castigarla por sus pecados y nuevas corrompiones. Nosotros también son verdaderamente cristianos, pero los que no escudamos a Dios en todas sus escandalosas por tales sucesos ni están ni escapan sus esperanzas. Tales persecuciones terribles que se venían en la tierra son seguras indicaciones de la vida eterna que nos espera tras las nubes que hasta cuando que aquí nuestra fe en esta honda valle de miseria peregrina.

acción.

**CAPITULO VII.**

**CONSPIRACION DEL 17 DE JULIO.**

Mientras tanto hallábase Polisena poseida del humor más negró. Era el caso que Elisa, despues de aquel célebre banquete de mediados de Mayo, habia caido en una melancolfa, que rayaba en la languidez y decaimiento propios de un ánimo afligido. Salia muy raras veces, y en las fiestas no se presentaba tan placentera y expansiva con sus conocidas; al contrario, gustábale permanecer sola en su estancia, leia ménos las novelas de que se hallaba atestado el gabinete de Polisena, principalmente las de Balzac, que miraba ésta con particular predileccion. Hacia cinco ó seis dias que se sentia con pequeña calentura, agitada por frecuentes movimientos expasmódicos, lo que hizo decir á los médicos, que le convenia guardar cama. Como Polisena tenia que estar todo el dia á su lado, no podia salir de casa á desempeñar los encargos que le tenian en relaciones con los promovedores de la cau-

sa italiana, de que era ella uno de los agentes más activos.

Por otra parte, Sterbini estaba fuera de Roma, en el Ernico, á propagar por allí la corrupcion. Viendo, pues, que ninguna excusa aceptable tenia para salir sin que Bártoło entrase en recelos (puesto que guardaba sumamente secretos sus manejos), tomó la resolucion de escribir una esquila á Agustini, quien hacia de galopin en la sociedad y valia en su oficio un Perú.

Así, pues, miéntras que Elisa cerró los ojos para dormir un poco, vuelta de lado y como dando la espalda á Polisena, ésta escribió de prisa lo siguiente:

*«Amigo y fiel italiano:*

»Rayiento de mal humor y de rabia por no poder ver ni un instante ni á vos, ni á Pinto, ni á Guerri-  
ni, ni á otro alguno de los hermanos, ni oír qué partidos os pasan por la cabeza á fin de llevar á cabo con felicidad nuestros proyectos: esa maldita política no nos aparta de encima sus mil ojos, de qué solo. Freddi tiene ciento y otros ciento Nardóni.  
¿Qué haremos? Es menester hallar medio de cercar-  
rárselos para siempre; porque creed que mientras estos tunantes del palacio de Madama hagan la ronda como mastines, nada bueno lograremos. Y luego ¿qué hacemos así ociosos y con las manos vacías?  
¿Quereis arrojar al extranjero con nueces ó hacer sin armas que los negros os teman? Ya sabeis que los negros se nos echarán siempre encima miéntras

estemos desarmados; pero poneos un fusil al hombro y callarán como muertos.

»En cuanto á Pio IX, es Papa y esto basta: su plan es alimentarnos con confites y endulzarnos la boca con alguna reforma. Concédase que le tengamos como un principio, pero si no estamos armados, nunca llegaremos á la comida y todo acabará con un poco de miel. Nosotros queremos beber con abundancia y á menudo la libertad y que nos inunde á modo de un diluvio, al paso que Pio IX nos quiere dar sólo lo que bastaria para apagar la sed de un gorrion. ¡Bravísimo! ¡El lo ha acertado: ó todo ó nada: ó nos la da de buenas (y esto no lo hará jamás) ó se la arrancaremos con maña ó de por fuerza.

»El mundo nos llamará ingratos, perjuros, impíos; pero dejemos cantar á los imbéciles. Cuando los hermanos juraron por su honor ser fieles al Papa, no tenian espadas ni bayonetas; ahora las tendremos, y estos cortarán perfectamente cualquier compromiso.

*¡Viva nosotros!*

»Reflexionad, amigo, que soy mujer y que deben serme gratas todas las virtudes de mi sexo; por lo mismo, escoged con mucha discrecion vuestros medios para verme. Si Elisa ha cogido el sueño, como lo espero, y Bártolo está ya acostado, vereis á la media noche abierta la tercera ventana del segundo piso. Entonces entrad bajo del pórtico, que siempre queda abierto, dad vuelta á mano izquierda, y hallareis una puertecita que da á un pequeño patio, en que

hay los lavaderos. En el fondo hay otra puertecita que da á una escalerilla secreta, la cual pasa precisamente por detrás de mi gabinete de estudio.

»Ha dado ya unto á los goznes de las puertas, á fin de que no rechinen al abrirlas: así, no teneis más que ponerlos detras del pilar de la segunda fuente que se halla junto á la puertecita de la escalera secreta; y como yo os vea entrar desde una pequeña ventana, bajaré inmediatamente. Así nadie podrá oirnos ni vernos, pues no da al patio otra ventana que la mia. Adios: Os aguardo sin falta.

*Libertad y fraternidad*

**AMATISTA.»**

Amatista era el nombre de guerra de Polisena, puesto que cada hermano tiene su particular nombre y divisa para darse á conocer en caso necesario. Habia en casa de Bártolo cierto jovencito llamado Alfredo, quien estaba á las órdenes del administrador, y desempeñaba los servicios del escritorio, llevaba las cartas á los abogados y curiales, ayudaba al cobro de alquileres y al desempeño de los demás negocios corrientes. Sobre este mancebo habia dirigido sus miras Polisena, y le iba inculcando muy diestramente las doctrinas Mazzinianas; el pichoncito empezaba á sacar las plumas de las alas y daba algun vuelo que prometia mucho.

Polisena, despues de haber sellado el billete, llamó á Alfredo bajo el pretesto de hacerle comprar no sé qué cintas de seda, y se lo dió con gran reco-



mendacion, y sobre todo bajo el mayor secreto, añadiendo que hiciese lo posible para que llegase con seguridad á manos de Agustini.

Entre las doce y la una de la noche salió Agustini del café de las *Bellas Artes*; dirigióse agazapado al pórtico de la casa de Bártolo, dió vuelta á mano izquierda, y se colocó detrás de la pila de la segunda fuente. Polisena, que estaba ya de acecho, bajó sin hacer ruido la escalera secreta, y abierta la puertecita, dió un apretón de mano al caballero y ámbos se sentaron en el borde de la fuente, que era de hermoso mármol blanco.—«Pues señor, exclamó Polisena, hijo de Italia, ¿quedaremos sofocados bajo los aplausos de Pio IX? ¿Qué se ha hecho? ¿Qué se hace? ¿Qué se piensa hacer?»

Agustini, retorciéndose los bigotes, respondió: Todo va perfectamente: el diablo nos lleva en palmas, ¿y te asombras? Has de saber que ya tenemos en Roma hace algunos meses los más valientes genizaros de la *Jóven Italia*, campeones tan intrépidos y firmes, que cada uno daría de puñaladas á su padre por la libertad de Italia. Ahora en nuestro venerable colegio se han sacado á la suerte los valientes que deben quitar del mundo á Nardoni, Freddi, Benvenuti y otros malvados que con sus artes se oponen á nuestros sagrados intentos.

Salieron para llevar á efecto esta noble venganza cuatro de los más audaces, cada uno de los cuales ha dado ya muerte á muchos de esos abominables satélites de la tiranía: todo estaba arreglado, y se-

ñalado el día, la hora y el sitio en que debía caer sobre ellos el puñal: uno, debía morir en el acto de regresar á su casa bastante tarde; otro, al salir de casa del fiscal; otro, en el trayecto que desde la plaza de Madama da vuelta al arco de San Agustín, en un rincón oscuro donde acostumbraba detenerse. Pero Pio IX, que sin duda tiene algún ángel por comisario de policía, y descubre por su medio todos nuestros secretos, olió la trama, y desde ayer han desaparecido Nardoni y Freddi, y la policía está muy sobre sí.

El malogro de esta magnífica empresa contra esta nuestra mortal enemiga, va á producir sin embargo resultados más gloriosos, puesto que, descortezado el golpe, hemos tomado la resolución de achacarlo todo á los mismos que debían ser las víctimas de nuestra venganza. La conspiración que nos disponíamos á hacer caer encima de la policía, vamos á suponer que ésta la preparaba contra el pueblo romano, diciendo que el día de la gran fiesta por el aniversario de la amnistía, debía proporcionar ocasión á los negros para pasar á cuchillo á los romanos reunidos en la plaza de Popolo, en el arco triunfal de Pio IX.

— ¡Tontería! Dijo Polisena. ¿Creeis que los romanos sean tan estúpidos, que den crédito á semejantes paparruchas? ¿Quién es el necio que ha dado tan pueril consejo?

— ¿Necio le llamas? Pues has de saber que es hombre de gran talento, cabo de nuestra fraterni-

dad, á quien ocurrió este plan tan sutil. Tú no puedes figurarte cuanta credulidad y tontería hay en la multitud: en general todo se lo tragan, y esto sin perjuicio de tenerse ellos mismos por los más sagaces y astutos del mundo. Pero la cosa es muy sencilla: hemos enviado ya á todas partes algunos de los nuestros para que difundan la voz de que el día de la fiesta ha de haber una catástrofe; que se ven por la ciudad muchos emisarios austriacos con los bolsillos bien provistos de dinero en monedas del Imperio. Otros propalan que fueron depositados en manos de los jesuitas, que son bien conocidos; dos cajones de estoques, que llegaron á la aduana ocultos entre libros de devoción y de teología: que un diluvio de laventinos, amigos todos de los clérigos y papistas hasta los huesos, han venido á Roma desde el Burgo de Favencia, pagados por los retrógrados, y como enemigos que son del pueblo romano.

Muchos están tan creídos de esto, que varias señoras por miedo dieron orden á los sastres y modistas que suspendiesen los encargos que les habían hecho para lucir nuevos trajes y brillantes galas el día consabido.

—¿Será verdad? repuso Polisena; con todo, habíase mandado á Paris brillantísimos encargos á Madama Papelin Ducarré, sombreros hermosísimos, que debían venir de los almacenes de Baudraud, Guichard y Bidault: adornos de tocado de las admirables modistas Barenne, Elia y Perrot; botines y

zapatillas de Melnotte y de Dufossée: delicados y ligeros guantes de Mayer, y perfumes de Durand y de Pinaud. Toda la elegancia de París debía venir á Roma. ¡Qué telas! ¡qué veles! ¡qué blondas! ¡qué gracias debía enviarnos el Sena! ¿Y todas dieron contra órden? Es regular que...

— ¡Ah! avergüenzate, Polisena, de tus pasiones mujeriles en medio de una conspiracion, y en los instantes supremos de la pátria.

— Disimúlame, amigo, un desahogo de placer por ver mortificadas á estas romanas, que no tienen un corazon italiano y que son papistas hasta los tuétanos.

— Toma un poco de paciencia, y las arreglamos á nuestro gusto. No hay duda que desesperamos de dar un bautismo de libertad á las princesas y á la mayor parte de las matronas de Roma; sin embargo, en la clase media hallaremos abundante cosecha. Pero prosigamos nuestro asunto: para el dia 15 Cicorucchia dirá que ha descubierto una conjuracion austro-jesuítica; leerá en las esquinas la lista de los conjurados; nuestros hermanos recorrerán los corrillos, los cafés, todos los puntos de reunion, y propalarán al oído de cuantos encuentren los horrores y los estragos que se maquinaban contra el pueblo, y añadirán:— ¡qué infame policia tenemos en Roma! Los bárbaros querian lavarse en nuestra sangre! ¡Nuestra sangre fué vendida á los austriacos! ¡Mueran los negros! ¡Muera Nardoni! ¡Muera Freddi...!

— ¡Figúrate qué diabluras haremos, qué alaridos, qué desesperación! Mientras tanto, en medio del general asombro y temor, improvisaremos una guardia ciudadana para la seguridad y salvación de Roma. Todo está ya dispuesto, así fusiles como toda especie de municiones. Aser, á quien sin duda debes conocer, hace un mes que recibió letras por valor de 25,000 escudos, procedentes de los hermanos de las ciudades Anseáticas y de Hannover; nuestros establecimientos de seguros marítimos y contra incendios nos envían abundantes socorros. Mecocetto de la Régola, Gerónimo de los Montes, Estevanillo por el Trastiber, y otros por Ripa grande y por Ripetta han pagado á varios jefes del pueblo para que difundan entre este el miedo de dicha conspiración. Pio IX nos hallará armados, y tendrá que agradecerarnoslo, pues le haremos creer que Roma nos debe su salvación. Apuesta á que daremos tal apariencia de verdad á nuestra farsa, que obligaremos á los Clérigos y frailes á cantar un *Te-Deum* en acción de gracias por haber Dios salvado al pueblo romano.

Esto más... Así sucederá (1). El mejor del caso será que á nuestro ejemplo toda la Italia gritará á una voz que también quiere su guardia nacional.

(1) En efecto, así fué, y no faltaron algunos Parrocos que dieron públicamente gracias á Dios en sus templos por el feliz descubrimiento de aquella conspiración.

nal. ¿Te parece esto poco? ¡La Italia armada! ¡Oh! veremos heroicidades: haremos temblar á los Reyes, huir á los extranjeros, y Roma será más grande que la antigua.

—A propósito de Aser, dijo Poliseña: he tenido carta de Moedeff de Basilea, en que me dice que me ponga en relacion con aquel, pues está iniciado en todos los secretos de la alta y baja Alemania. Procura acompañarle aquí una noche, ó á lo ménos indícale el secreto de la ventanita abierta, y no olvides que quedo aguardando á que venga sin falta. Querras que en la puertecita, y desde que le oiga, bajaré en un instante. —Estey enterado; adios. —Dicho esto, fuése Agustini del patio, agachiándose por no ser visto, y se dirigió al Círculo romano.

En efecto, el día 15 de Julio, Roma se convirtió en un infierno. Hallábase la ciudad oprimida por un general espanto y terror á causa de una misteriosa conjuracion que debía estallar y sembrar la destruccion entre el paello. Todos temian, y ninguno sabia qué, recelándose de amigos y de enemigos: cada cual al hallar un hombre con chaqueta de terciopelo con grandes bolsillos pareciale ver un Faventino, y pasaba de largo, ó volvía la primera esquina por temor de algun chubasco. En todas partes se les representaban puñales, estoques é instrumentos de muerte y de destruccion. —«Alli hay un conjurado, decian algunos. —Y todos huían, gritando:—Alli está. —¿En dónde?—Alli estaba, en aquella esquina.»—Luego se movia un bullicio terrible llantos

de mujeres, chillidos de niños, gemidos de viejos.— ¡Dios mío, y qué atrocidad! ¡Pobres de nosotros! ¡Matarnos á todos! ¿No sabéis que se han encontrado cincuenta conjurados ocultos en las cloacas, y un millar en las grandes cuevas de las Termas? Ciceruacchio los ha llevado atados al castillo; yo mismo los he visto.»—Grupos y reunion de gente armada por todas partes; unos con garrotes, otros con grandes fusiles llenos de orin, otros con mochila y bayoneta, estos con sombrero, aquellos con la cabeza descubierta, y la mayor parte con su pedazo de escarapela.

—«Adelante: haced la ronda alineados. Arriba al campo de Marte.—Toca la caja á paso de carga.»—La gente acude, y salen todos á las puertas y á las ventanas, preguntando:—¿Qué es esto, qué hay?—La Guardia cívica.—¡Jesús, y qué fachas! ¿Y qué van á hacer?—Van á prender á los conspiradores que querian matarnos.—¡Dios nos asista! ¡y qué benditos que sois!

En medio de esta barahunda, la casa de Bártolo se asemejaba á un mercado ó á una lonja de mercaderes: todo era ir y volver con muestras de paño de todos los colores, de botones, de charoles, galones de oro y canutillo de todas clases y medidas.

Montegrande, Torre, Spini, el droguero Galletti y otros mil nuevos Fabios, Cincinatos, Cariolanos y Camilos hallábanse en conferencia con Bártolo, para resolver acerca del uniforme que deberia adoptar la guardia ciudadana. Uno queria que fuese á la mo-

da bávara, diciendo que los bávaros son soldados ligeros, elegantes y de buena talla. Otro contestábale que no, y que el yelmo con aquella cola por cimera no le gustaba. Un polaco decía:—No hay uniforme en el mundo tan hermoso como el de los hulanos: casaca con falbalás muy cortos, trenzas y cordones encima del hombro izquierdo, y morrión cuadrado y cóncavo en la copa, con hermosa visera!...—Qué! gritaba un lombardo: á los hulanos de caballería les vá muy bien esa casaca, lo mismo que la chaqueta de pieles á los húsares húngaros; pero á las tropas de infantería les estaría muy mal.—Un vizzaino propuso el uniforme español con dos hileras de botones en el pecho y sombrero apuntado con grande escarapela.—Lo mismo que nuestros bomberos, observó un romano.

Bárto lo había reunido una colección de figurines de todos los soldados de Europa; y ya examinaba los franceses, ya los ingleses, ya los portugueses y demás; pero ninguno le cuadraba del todo; en unos dominaba demasiado el color encarnado, en otros las vueltas eran anchas, en otros en demasía largos los faldones. Finalmente, estaba indeciso entre el traje ligero y desabrigado de los *Maoners* tiroleeses, y de la pequeña blusa militar de los prusianos y de los piemonteses.—¡Que *Maoners*! gritó Galletti; ¿no no veis que esto huele á austriaco que trasciende? No queremos croatas.—Esto hizo que todos se resolviesen en favor de la blusa prusiana y piemontesa, la cual perfeccionaron los romanos dando mayor



gracia á las vueltas y más ligereza á las faldas. En cuanto al yelmo adoptaron el bárvaro, con ciertas variaciones que le asemejaban al antiguo capacete romano, con algunas guarniciones de latón encima del cuero negro, y un largo y expeso penacho de crines coloradas que desde la cimera caía profusamente por la espalda, lo que ofrecía una vista hermosa é imponente.

Los sables eran unos machetes semejantes á las espadas de los antiguos romanos, y los llevaban pendientes de un cinturón. Los pantalones, con trabillas, eran según la moda corsa, con una tirita de escarlata, y todo el vestido era de color azul turquí con filetes encarnados. Luego el capote tenía capucho como el de los antiguos romanos.

Arreglado ya el uniforme de la nueva milicia, los señores fueron los primeros que lo vistieron; y no hay que decir cuánto lucían los jóvenes con aquel noble y vistoso uniforme. Durante los primeros días, no se oía una llamada de los cívicos, ni se verificaba reunión al son de la caja, que todo el mundo no corriese á verlos, y se atropellaba la gente llevada de su curiosidad. Pero los bolsillos de los romanes pronto conocieron que no era para ser visto de balde tan hermoso espectáculo; gracias á que los primeros padres de la patria, divididos de dos en dos, recorrian todas las reuniones de la ciudad llamando á las puertas del *amor nacional*, estimulándolo de mil maneras, halagándolo, solicitándolo y acaso punzándolo agudamente á fin de que se mostrase generoso

y cortés con la *Guardia ciudadana*, honor, defensa y gloria de Roma.

No bastaban mil subsidios extraordinarios para acudir á los gastos de iluminaciones, fiestas y banquetes, cuando vinieron nuevas cuestiones para vestir á los jóvenes romanos, tan ricos de amor patrio como pobres de dinero. No hubo puerta á que no se llamase, conservatorios, cofradías, comunidades religiosas, clérigos, sacristanes, todos debían contribuir á tan grande obra. Hasta las monjas debían distinguirse por sus donativos, puesto que les decían:—¡O vosotras, vírgenes celestiales, no basta que rogueis á Dios por la causa de Italia, sino que es necesario que os mostreis liberales en esta tan sagrada y magnánima caridad. Sí, debeis ofrecer os á sostener con todos vuestros recursos á la patriótica milicia, la cual por su parte velará en vuestra defensa; y mientras que vosotras estareis arrodilladas delante de los altares y hablareis con el divino Esposo, nuestros valientes cruzados combatirán á los enemigos de nuestra santa Religión, y en favor de la libertad de la Iglesia, del sumo Gerarca, de la inmunidad de las sacrosantas basílicas, de la guardia del Santo Sepulcro, del Príncipe de los Apóstoles, y de los venerados altares de millones de mártires, que con su sangre sellaron esta metrópoli del universo. La Guardia cívica hará triunfar la justicia en los tribunales, la fidelidad en las administraciones, la solicitud y celo en los magistrados: acudirá al socorro de la viuda y del huérfano; velará por la se-

guridad de las posadas públicas, por la inviolabilidad de los domicilios, por las riquezas de los palacios y las modestas alhajas de las casas de los ciudadanos.»

Aquellas cándidas madres abadesas, prioras, discretas y ancianas de las Clarisas, de las Crucifijas, de las Capuchinas, ó de las Sepultadas en vida, al oír aquella elocuencia de los Crisóstomos y Crisólogos, llenas de devota compuncion y oprimidas, decian por bajo sus velos:— ¡Pero Señor! ¡Qué es esto! ¿Vienen acaso los turcos á saquear á Roma y á destruir nuestra santa Religión? ¡Que Dios nos libre de tantos males!—No temais, piadosas madres, que para eso están ahí los Guardias cívicos romanos: fiad en ellos, y mostraos generosas en vuestros donativos.»—Y aquellas benditas entregaban su tributo, y pedian al confesor que celebrase una misa contra la invasion de los turcos.

Cierto día, estando el Cardenal Ostini y el canónigo Graziosi en conversacion, vinieron á hablar de esa Guardia cívica: Graziosi, que era naturalmente chistoso y tomaba fácilmente las cosas por su lado risueño, burlábase así un poquito de estos nuevos Scipiones y Pompeyos:— «¿Cree vuestra eminencia, decia, que los romanos tardarán mucho en cansarse de estas ideas marciales?—Mientras no se trate más que de hacerse arreglar el pelo y los bigotes por el peluquero, y de pasear por la villa Borghese con sus vistosos uniformes, ostentando el yelmo con su hermoso penacho de crines encarnadas, que horrida-

mente sobre el yelmo ondea, como el de Acheo de Homero, creo que, al ménos los oficiales, se mantendrán firmes; pero para Enero los aguardo, cuando tengan que dar patrullas nocturnas, y hacer centinela en medio de las lluvias y del frío de aquellas oscuras y largas noches. ¡Pobrecitos! ¡Están acostumbrados á levantarse de la cama á las diez! Luego tantos artesanos y tenderos, tantos como comen el pan del día, tantos padres de familia, metidos en continuos negocios y obligaciones públicas particulares, ¿cómo podrán abandonarlo las veinte y cuatro horas necesarias para estar de guardia cuando les llegue el turno? Vamos, digo que no lo aguantarán un mes.

—Estais extrañamente equivocado, amigo mio, replicó el Cardenal. La realidad es muy diferente de lo que parece á primera vista, y esto Roma por su desgracia lo conocerá muy pronto. Si este nuevo levantamiento de la Guardia cívica fuese efecto de un impetu del corazón, excitado por alguna fogosa pasión propia de estos tiempos, habiendo nacido de ligereza, caería por su misma insubsistencia; pero en la actualidad las causas secretas tienen profundas raíces en la conspiración general de las sociedades del *Iluminismo*, que es la peste y contagio del mundo moderno.

Siendo esto la verdad, lo es también que esa secta de los Iluminados con su maligna sutileza pondrá en obra todos aquellos medios capaces de neutralizar en los romanos su natural deseo de descanso y de

vida regular. Pagará en secreto, por medio de las cajas ocultas, á los artesanos, y ademas tendrá á su sueldo á los hombres viciosos de todas clases, libertinos, jugadores, estafadores, truhanes y barateros; y tendremos una Guardia cívica, que renovará la fábula de los lobos y de los perros, cuando aquellos se presentaron con humilde aspecto á los pastores ofreciéndose á guardarles el aprisco sin sueldo ni recompensa de ninguna especie. Engañados los pastores por la fingida lealtad y desinterés de los lobos, resolvieron aceptar la oferta. Viendo estos que les habia salido bien su primer trato, añadieron: ¿Y para qué son buenos estos perros holgazanes, que no sirven más que para comer el pan y lamer el suero de las cubetas? Quitadio de delante. Los pastores se pidieron á los mastines, con que habiendo quedado los lobos únicos guardas del rebaño hicieron en él espantosos estragos.

Las sociedades secretas dispusieron en Suiza los descubridores, y de estos nacieron los cuerpos francos, que tantos años hace están despedazando las entrañas de la pátria, la que casi se halla en el último trance, y morirá bajo el puñal de la libertad. Cuando estuve en Viena, en mis conferencias con el Príncipe de Metternich, hablábamos de la situación de la Alemania, la cual se hallaba entonces presa de todas las seducciones del iluminismo. El Príncipe auguraba inminentes y grandes males, y bajo el juego de *tirar al blanco*, veia un general adiestramiento de la juventud alemana para insurreccio-

narse y tomar las armas. Y vos vereis, amigo Graziosi, que ya el gran cataclismo germánico se aproxima al día de su estallido: la juventud arde en deseos de novedades; las milicias ciudadanas tienen las armas, y el iluminismo las hostiga sin dejarles un punto de descanso. Actualmente hasta la Italia se ve en la pendiente del abismo que esa secta ha estado socavando bajo sus piés durante muchos años. No tardareis en ver los penachos rojos ondear en la cabeza de todos los italianos; vereis trastornos inauditos; y los Reyes, si Dios no pone remedio, tendrán que pasar por pruebas muy duras, puesto que el iluminismo ha tomado ya todos los vados y todas las salidas para poder expugnar la peña de las antiguas instituciones.

¿Pero qué pretende ser el tal iluminismo? replicó Graziosi. Y el Cardenal le contestó.—El iluminismo es el enemigo de todo orden y de toda autoridad; tiene guerra jurada á Dios, á los Monarcas, á las repúblicas, á las constituciones y á todo poder legítimo, con el objeto de poner al mundo en el mayor desconcierto; y para llegar á este fin todos los medios son buenos. El iluminismo está fundado en la perversa máxima de Maquiavelo, con la que defiende y justifica á Rómulo por haber muerto con su propia mano á su hermano Remo, y hecho asesinar á Tito Tacio Sabino, con el inicuo fin de reinar sólo.

Y luego añade:—*Jamas ningun hombre sabio reprenderá á otro por algun acto extraordinario*

cometido para ordenar un reino ó constituir una república. Y conviene en que si el acto le acusa, el efecto le justifica. Por actos extraordinarios entiendo Maquiavelo, asesinatos, traiciones, envenenamientos, incendios, perjuros y felonías de toda especie; pues después de justificar á Romulo de tales crímenes, alaba al espartano Cleomeno, quien para reunir él sólo toda la autoridad, hizo matar á todos los éforos y demas que pudiesen serle obstáculo. Cuya resolución era propia para hacer resucitar á Esparta y dar á Cleomeno una fama igual á la que tuvo Licurgo.

Aquí teneis, amigo mio, el dogma del Iluminismo de Weishaupt, quien ahora manda como Soberano en esa corrompida civilización de Europa, por medio de sus campeones de las sociedades secretas. Barruel nos hace el horrible retrato de dicha secta; con todo, en realidad es mil veces más malvada y atroz de lo que nos la pintó este autor, el cual debería ser leído de todos los Principes, pero que se les quitó de las manos como un libro más mentiroso que los cuentos árabes. Sobre esto refirióme una persona muy discreta y de grande experiencia, que pocos años atrás cierta excelsa reina preguntó qué libro era mejor para poner en manos de un Principe jóven en los tiempos presentes; y como se le dijese que el del abate Barruel, dicha señora lo halló á mal y dijo:—¿Pero qué libro más extravagante vais á proponerme?—Hoy, aunque tarde, empieza á conocer cuán prudente fué el consejo; y

23

llora sin consuelo por los extragos que ha causado la desenfrenada secta.

Al principio el iluminismo se hallaba circunscrito, y se avergonzaba de salir de Baviera y de Alemania; pero una vez traspuesto el Elba y difundido hasta el corazón de la Rusia, y por otra parte hasta Inglaterra, derribó á Napoleon y con él á la *francmasonería*, que hoy es un juego de niños comparada con el *iluminismo*. Este en la actualidad es inmenso, se ha derramado por todas partes bajo diferentes denominaciones. El *carbonarismo*, italiano fué una de las innumerables ramas de este tronco, la cual hoy se halla casi muerta; al paso que toda su vida y robustez, ha pasado al *socialismo* y al *comunismo*, bajo la direccion de Mazzini y de otros italianos coaligados suyos.

Por consiguiente, es muy claro que este asunto de la *Guardia cívica romana*, léjos de ser cosa de juego, es una poderosa maquinacion para quitar al Papa y á los demas Reyes de Italia las riendas de la soberanía, y conducirlos á los más terribles extremos. Los revolucionarios se preparan sin cesar reuniendo armas en secreto. Catilina fué su gran maestro; pues cuando, se color de libertad, queria dar muerte á la flor de los ciudadanos romanos, abrasar la ciudad y arruinar todo lo sagrado y humano, tenia escondidas las armas para los conjurados, y otras preparadas en Fiesoli y en la Pulla. Ya veis cómo aclamada la *Guardia ciudadana* de Roma, se desentierran armas que estaban escondidas



en los campos y otros lugares solitarios de la Romaña, de las Legaciones y de las Marcas. Ya vereis cómo se repetirá esto mismo en Sicilia, en Nápoles, en Toscana y el Piemonte. Las revoluciones de Portugal y otras tuvieron por indispensable aditamento la formación de la Guardia ciudadana; que luego fué el principal medio de subversión de todos los órdenes en dichos reinos, escudando el furor de la secta en el despojo de la Iglesia, empezando por los cálices y acabando por las campanas.

—Vuestra Eminencia me asusta, replicó Graziosi; ¡de los cálices á las campanas!— ¡Vaya! empecé hablando en chanza y vuestra Eminencia termina llenándome de espanto. Pero de todos modos debemos estar sumamente agradecidos á la Guardia cívica por haber salvado á Roma de una conspiración más cruel y tremenda que la de Catilina. Solo pensarío me llena de terror, y no puede negarse que nuestros jóvenes se han mostrado valientes. Yo mismo los vi desde las ventanas del colegio de la Propaganda, á donde había ido para abrir la clase: ¡y con qué destreza procuraban los Guardias cívicos contener al populacho que quería matar al pobre Mignardi, refugiado en la Vaccara, junto á la plaza de San Andrés de las Brenas! Algunos subían á los tejados, y corrían por ellos como gatos; salían de todas las buhardillas, se encaramaban á las chimeneas y examinaban el interior de las mismas; otros saltaban á los tejados más bajos, y penetraban en las habitaciones de los pisos; en términos que se-

mejante ligereza y temeridad me dejó aturdido.

A más de esto, los vemos todas las noches de ronda, sacando de sus escondrijos á los ladronzuelos, rateros, y toda especie de gente perdida; de suerte que durante la noche las calles de Roma se han convertido en corredores de monasterio, cuando los religiosos se hallan entregados á su primer sueño. Ahora ninguna necesidad tenemos de esbirros ni de agentes de la policía.

—Es mucha verdad lo que estais diciendo, supuesto que la policía ya no existe, de este modo han tenido la profunda astucia de quitar al Papa todo medio de vigilar los manejos de los sectarios, á quienes ha quedado libre el campo.

Viendo los pueblos hace más de un año los muchos asesinatos y excesos cometidos contra los buenos, lamentanse de que el Padre Santo no ponga un remedio, castigando, encarcelando, sentenciando á los malvados; pero no ven en medio de su ceguera que el Gobierno está sin brazos, atados y mutilados por los conspiradores; y no pocas veces corrompidos en términos que los ocultos motores de la rebelion, habiendo penetrado con la más fina hipocresia en lo más íntimo de la policía, descubren sus secretos, impiden sus operaciones, desvian sus intentos, amenazan á los fieles y atemorizan á los buenos; siendo lo peor que ayudan á los homicidas para quitar á estos buenos del mundo. Ahora que Roma se halla á merced de la *Guardia ciudadana*, que arrebató las armas del Papa so pretexto de

conspiracion, veréis tal libertad como nunca se vió.

¿Os acordais, amigo Graziosi, de la historia de Pisistrato?—Me acuerdo perfectamente; pero no sé qué relacion tenga con lo que tratamos.—Tiene relacion en cuanto al objeto de la *Jóven Italia* al armar al pueblo con tan sutil engaño.

Sabeis que Pisistrato, habiéndose ensangrentado el rostro, los brazos y el pecho, corrió á la plaza fluyéndole la sangre por todas partes, y gritando que sus enemigos habian hecho en él aquella cruel carnicería, y que no estarían contentos hasta haber bebido la última gota de su sangre; pero que él se echaba en los brazos de sus conciudadanos que no dejarían de ampararle. Los atenienses le señalaron cincuenta guardias; Pisistrato poco á poco fué aumentando su número, y llegó á ser el tirano de la patria.

Ahí teneis la conjuracion de Roma, á cuyo frente figuran el Cardenal Lambruschini el padre Roothaan! D. Vicente Pallotta, y otros conspiradores de la misma especie que atentan á la vida del pueblo romano! Añadidles el padre Bernardo Taulotto (1), y sobre

---

(1) El P. Bernardo, religioso mínimo, estuvo en opinion de santidad por muchos años en Roma; en términos que al pasar por la calle acudia la gente á besarle el hábito y á pedirle su bendicion. Era muy devoto del mismo el Rey Carlos Alberto, quien le llamó á Turin cuando las bodas de Victor Manuel, actual Soberano. Murió el año pasado en la Calabria. El Abate Vicente Palotta fué otro santo varon lleno de celo y de caridad.

conspiracion, veris tal libertad como nunca se

div. Los acordados amigos de la historia de

178  
todo los estragos debian ser tan terribles que toda  
Roma debia nadar en sangre. Ahora Pisistrate está  
ya armado y tendremos la libertad á ochavo la li-  
bra.—Adios amigo, pues debo salir á un ajuste con  
el Cardenal Gizzi

Sabes que Pisistrate habiéndole  
el rostro, los brazos y el pecho, cortó á la plaza  
llevándole la sangre por todas partes, y gritando  
que sus enemigos habian hecho en él aquella cruel  
carnicería, y que no estaban contentos hasta haber  
debido la última gota de su sangre; pero que él se  
echaba en los brazos de sus concidatarios que no  
dejaban de ampararle. Los atenciones le señalaron  
cincuenta guardias; Pisistrate poco á poco fue an-  
mentado su número, y llegó á ser el linde de la  
patria.

Ahi tenéis la conspiracion de Roma, á cuyo frente  
figuran el Cardenal Lambroschini el padre Roschini  
D. Vicente Pallotta, y otros conspiradores de la mis-  
ma especie que están á la vida del pueblo romano.  
Añadidles el padre Bernardo Tullio (1), y sobre

---

(1) El P. Bernardo, religioso mínimo, estuvo en  
opcion de santidad por muchos años en Roma; en  
terminos que al pasar por la calle se oia la gente á  
pasarle el hábito y á pedirle su bendicion. Era muy  
devoto del mismo el Rey Carlos Alberto, quien le  
llamó á Turin cuando las bodas de Victor Manuel,  
actual Soberano. Muró el año pasado en la Calabria.  
El Abate Vicente Pallotta fué otro santo varon lleno  
de celo y de caridad.

de los que debían recibirlo. La grandeza del beneficio como la profunda gratitud de los que se demostrase así preparar al Papa una fiesta en que se demostrase así que los que debían recibirlo.

El colegio romano, uno de los edificios más vastos y santuosos que nos ha dejado la magnificencia de los pontífices, comunicó con la universidad de Gregoriana por medio de un hermoso patio cuadrado, rodeado de un ancho pórtico, y de una graniosa tribuna superior, á la que corresponden las entradas de los edificios.

## CAPITULO VIII.

### AMOR Y ENTUSIASMO.

El aspecto de Roma iba cambiando de un día á otro y bajo ciertos respectos empeorando; sin embargo, el Sumo Pontífice era siempre lo mismo, bueno, clemente y benévolo con todos, y hubiera deseado que cada cual pudiese leer en su corazón y ver todo el fondo de ternura con que como padre más que como señor, consideraba á sus súbditos de todas condiciones. Así, habiendo entendido con el mayor pesar que sus enemigos y de la Iglesia esparcían la voz de que no amaba á los jesuitas, y que por su parte estos tampoco le amaban, quiso dar á Roma y al mundo un testimonio de cuán falsos y malignos eran semejantes dichos; y con motivo de la fiesta de San Luis, anunció que el día 27 de Junio, dominica infraoctava, daría con su propia mano el pan eucarístico á todos los alumnos del colegio romano. Este ejemplo de benignidad pontificia jamás se había visto desde que Gregorio XIII fundó

aquella universidad. La alegría que semejante anuncio causó tanto á los maestros como á los discípulos fué tan extraordinaria, que determinaron preparar al Papa una fiesta en que se demostrase así la grandeza del beneficio como la profunda gratitud de los que debían recibirlo.

El colegio romano, uno de los edificios más vastos y suntuosos que nos ha dejado la magnificencia de los pontífices, comunica con la universidad Gregoriana por medio de un espacioso patio cuadrado, rodeado de un ancho pórtico, y de una grandiosa tribuna superior, á la que corresponden las entradas de las clases. Este espacioso patio cuadrado fué convertido para festejar la llegada del Santo Padre en un vasto salon, rodeado de galerías y cubierto de brillantes adornos. Desde la cornisa superior, arrancaba un inmenso entoldado, y cubría el patio, de manera que resaltaban debajo del mismo los dobles arcos de los claustros, dándole cierta semejanza á los antiguos teatros. El pavimento apareció convertido en un verde y delicioso jardin, salido allí como por encanto, y cuajado de las más hermosas flores, así del pais como exóticas. Por medio de varios senderos se salia á un gran círculo puesto en el centro. Cada compartición del jardin era un campo de verdor, simétricamente adornados con macetas de rosas, de tulipanes, narcisos, anémonas, junquillos, ranúnculos, lirios, etc. y en los intersticios ostentábanse otras florecillas y yerbas aromáticas como tomillo, espliego, mejorana y

el pan servido á todos los alumnos del colegio romano. Este templo de benignidad pontificia jamás se había visto desde que Gregorio XIII fundó

otras. Divisábanse tambien dentro del círculo nuevos encantos de flores de todos matices dispuestas con el más esquisito gusto; allí con la más artificiosa disposicion de las flores entrelazadas veíanse formadas y dibujadas las armas y blasones de la familia Mastai, al rededor de las insignias pontificias.

Para ordenar y embellecer una obra tan magnífica, no quisieron los alumnos que nadie les dirigiese ni ayudase; ellos mismos la idearon, y la llevaron á cabo con tal perfeccion, que es menester darles todo el mérito. Con los pétalos de las flores imitaron las piedras preciosas, los colores, los esmaltes, y diéronles degradacion de sombras y de claro oscuro con un arte verdaderamente inimitable.

Para que nada faltase en aquel delicioso jardin, levantáronse en los cuatro ángulos otros tantos palcos para los coros que debian cantar en aquel alegre sitio las alabanzas y los hechos de Pio IX. El Padre José Marchi, director del museo Kirkeriano, puso todo su afan en adornar las cuatro galerías de aquel átrio con un aparato espléndido, digno de recibir al inmortal Pio IX. Llamado á tomar parte en la empresa el ilustre caballero Carretti con otros célebres artistas, les manifestó su plan, y cada cual echó mano de todos los recursos de su ingenio; por lo que salió fecundo en la invencion, riquísimo en sus pormenores y vário en su artificio.

Dentro de las semilunas de los arcos interiores de las galerías hizo pintar al temple otros tantos medallones que representasen al natural los retratos de

los nueve Pontífices que en su adolescencia estudiaron la literatura y las ciencias sagradas y profanas en el Colegio romano, y juntamente los retratos de los santos que en el mismo cultivaron su entendimiento con la doctrina y formaron su corazón en las virtudes, que sembradas por los maestros y fecundadas por el Espíritu Santo, dieron ópimos frutos de vida eterna. Los Cardenales que primero desempeñaron las cátedras de la universidad Gregoriana durante muchos años, instruyendo á la escogida multitud que se agrupaba á su alrededor, y que luego brillaron esplendorosamente en la púrpura senatorial de la Iglesia romana. Finalmente los retratos de aquellos Padres que mientras instruían de viva voz en las cátedras, ennoblecían con sus escritos las letras y las ciencias.

Elegidos para tan grande obra no sólo los jóvenes de bellas esperanzas, sino los más aventajados, reuniéronse todos en el espacioso patio del Colegio romano, y allí, como en pública palestra de ingenio y de arte, y hallándose juntos, siendo todos testigos y jueces del mérito de cada uno, emprendieron con grande ardor su trabajo. Era un espectáculo digno de Roma ver á tantos jóvenes pintores, unos tirando líneas; otros arreglando los campos; otros dando las sombras; otros dilatando las masas de colores; estrechando los contornos; dando cuerpo á los huecos y á los realces, arreglando el claro oscuro; otros inventando las figuras, perfilando los extremos, arreglando los pliegues de los ropajes, dándoles aire



en sus posiciones, animando sus fisonomías, y deramando en todas ellas la llama que les da vida, y que no pudiendo expresarse por la palabra, se trasluce en los ojos, en los gestos y en las posiciones.

Mientras que los jóvenes alumnos mutuamente se estimulaban y se admiraban, los estudiantes de las ciencias dictaban disertaciones, componían tratados, referían historias, resolvían cálculos, desarrollaban sistemas de astronomía, de física, de química, de geología y de historia natural. Los que cultivaban las letras, preparaban oraciones, arengas, descripciones y poesías de todo especie, en todos metros y estilos, así en griego como en latín y en lengua vulgar. Los filólogos disponían inscripciones en prosa y en verso en las lenguas antiguas y modernas con caracteres fonéticos y geroglíficos, empezando por las letras sagliformes, babilónicas, medas, asirias y persianas, y viniendo á parar á las sanscritas, itálicas, etruscas, umbrias, latinas y arcaicas, hasta los hermosos y conspicuos caracteres del tiempo de Augusto.

#### *Ornato de la Iglesia.*

Arreglábase en el templo la capilla de San Luis, ya de sí tan hermosa y rica con sus mármoles, los más finos y preciosos que produce la naturaleza, con sus esculturas y dorados bronce, con las placas de plata de que está incrustada la urna de lapislázuli en que descansa el Santo, con sus columnas de verde antiguo, con el puro alabastro orien-

tal con basamentos de pórfito y de diaspro. Allí hasta el término de aquella maravillosa altura, se colocaron más de cuarenta palmatorias con dos ó tres círculos de luces en cada una y dispuestas de modo que formaban hermosísimos dibujos; y lo mismo desde la parte superior de la bóveda, ó de las últimas cornisas hasta abajo en los arimeces, y las luces de esas tersas arañas despedían mil reflejos que presentaban todos los colores del iris. En los modillos, saledizos y rosetones, había igualmente relucientes palmatorias. En el centro de los arcos de las capillas menores pendían dos candelabros dorados con grande arte y preciosos relieves; en unas partes el oro era terso y bruñido; y en otras apagado y mate, formando su mayor mérito los follajes y arabescos que en ellos trabajó un cincel maestro.

El altar, que es en sí tan hermoso como todos eaben, aquel día hería la vista con un brillo y resplandor verdaderamente prodigiosos, con las luces de los grandes candelabros del tabernáculo y del arca, adornada con arabescos de oro y plata, con cabezas de querubines, y guirnaldas y lazos formados con hojas en elegante disposición. El confesionario estaba cubierto con un rico tapete de felpa, con varios dibujos de flores de vivísimos matices. En las balaustradas había estatuas de bronce sosteniendo antorchas, lámparas y palmatorias doradas, y entre las estatuas, preciosísimos jarros con bellos y odoríferos ramilletes de varias flores. Había en-

frente del altar un reclinatorio cubierto de un grande y rico paño de escarlata, y encima y debajo del mismo unos almohadones de seda con borlas de oro en sus esquinas.

Por toda la extensión del templo, en los arcos, resaltes y pilastras, se veía un grandioso ornato de tapices y colgaduras de damasco formando anchos y majestuosos pliegues; y por todos los contornos y cornisamento corrían inmensas tiras y franjas doradas. Las dos tribunas que dan á la capilla de San Luis, estaban destinadas para las damas y princesas romanas, que se hallaban sumamente deseosas de oír la misa del santo Pontífice, y de verle distribuir el pan de los ángeles á aquella multitud de alumnos.

#### *Ornato de las galerías.*

En cuanto á los ricos adornos de las paredes y de los arcos fué muy admirado y alabado Fornari, no solamente por la excelencia de los ropajes, sino por la armonía de los colores y la variedad del entretejido, de los movimientos, de los grupos y de los bajos y altos relieves. Veíanse varios crespones, arreglados en pliegues anchos ó delgados, suaves ó secos y como cortados, los cuales, ya se dilataban de arriba abajo á modo de abanico, ya formaban elegantes ondas con delicados pliegues recogidos por cordones y cintas. Aquí velase un majestuoso vuelo de ropajes, de cortinajes y de pabellones; allí formaban semicírculos sobrepuestos, y en fin colga-

duras régias, que cayendo con majestad estaban fijas en hermosísimos rosetones.

Cada una de las partes arquitectónicas tenía su particular ornato desde las cornisas exteriores, las cuales estaban ricamente adornadas debajo de los espléndidos cortinajes y colgaduras que las rodeaban. Luego, en medio de los arcos internos, debían colocarse los medallones de los retratos en campo azul; por lo que también se pintaron de este color las aristas de las bóvedas, á fin de que hiciesen mayor armonía los fondos con el cielo; así presentaba un aspecto muy alegre ese color vivo rodeado de fajas doradas que se extendían por todas las bóvedas, y formaban como un marco á toda la ornamentación inferior.

Los grandes arcos externos estaban cubiertos en toda su extensión hasta la cornisa de un ropaje fijo, en el cual se colocaron los carteles de las inscripciones; de la parte inferior de estos salían dos grandes cortinas de muselina blancas con caídas que formaban pabellones, y tanto estos como los cortinajes estaban adornados con una franja de oro de grande anchura; luego los pilares estaban revestidos de un paño carmesí con tiras de oro, y en medio de los arcos pendían unos cuadros que también contenían inscripciones.

En frente de aquel punto en que los arcos forman medio relieve encima de la pared interna, veíanse hermosos adornos, y en los intersticios de los arcos exteriores, adornados con espejos, leíanse otras ins-

cripciones. En el centro de estos arcos, como ya dije, se suspendieron los medallones en campo azul, festoneados de color carmesí y rodeados de una franja de oro. De la parte media del círculo pendían dos hermosas colgaduras de raso color de naranja con estrellas doradas.

En fin, fuera enteramente imposible referir todo el artificio, la riqueza, la esplendidez, el gusto, la elegancia y el mérito de las pinturas, y la oportunidad de aquella vasta ornamentación, tanto considerada en su grandioso conjunto como en cada una de sus partes, aun las más secundarias. Dichosos fueron aquellos jóvenes que en una ocasión tan oportuna pudieron dar á Roma, muy hábil en distinguir y apreciar el mérito, tan magníficas pruebas de sus talentos.

La mayor parte de los retratos se representaban sentados, tanto para que se descubriese mayor parte de la persona, como para dar más majestad á su posición y ademán. Los sillones en que se hallaban sentados, á más de favorecer muchísimo á la perspectiva, presentaban suma variedad de escultura y dorados, de que sacó gran partido la habilidad del pintor: todos fueron dibujados según antiguos modelos, y á su sencillez reunían la mayor grandeza y magnificencia, terminando sus respaldos con los escudos y blasones de las familias de los Pontífices y Cardenales allí representados. Antes de entrar á recrear la vista en el pomposo claustro de las tribunas, hacía admirar el vestíbulo de la puerta

principal, llena toda ella de colgaduras de seda y de riquísimos adornos. Desde el arco de entrada brillaban grandes cortinajes bordados de oro, de color blanco y amarillo alternativamente.

En medio de dos grandes espejos de ornato, veíanse en ámbos lados del vestíbulo dos grandes cuadros, uno de los cuales representaba el Pontífice Gregorio XIII, fundador del colegio romano; y el otro á Leon XII, que lo devolvió á los antiguos maestros. Estos dos grandes Pontífices, siendo los primeros en el beneficio, debían serlo también en recibir el testimonio de la inmortal gratitud que les profesaba la Compañía de Jesús.

*Retrato de Gregorio XIII, PINTURA DE SERENI.*

Este retrato era de cuerpo entero: representaba al Pontífice sentado en un sillón macizo y galoneado en todo su contorno, con el almohadon del respaldo franjeado, y en su parte superior se ostentaban los blasones de la familia de Buoncompagni, cuyas armas se veían también al pié del sillón sostenidas por dos dragones alados. El Pontífice estaba retratado con gorro pontificio y capa de terciopelo carmesí graciosamente levantada con el movimiento del brazo, puesto en actitud de dar la bendición á cuantos entraban. El sobrepelliz era riquísimo, con preciosos encajes los cuales formaban transparencia con el falbalá de color de rosa que tenían debajo. Llevaba lo demás del vestido de sarga blanca, con magníficos pliegues que caían hasta los piés. Pendíale del cuello hasta la rodilla una bellísima

estola de brocado, cuajada de joyas y de pedrería, que recreaba la vista con sus bellas luces y reflejos. Las crucecitas de la estola estaban llenas igualmente de piedras preciosas y de perlas. En los dos manípulos debajo de las perlas de las cruces, habia un camafeo con las insignias pontificias en bajo relieve. La estola estaba atada con una cinta de seda con hermosas borlas tambien de seda mezclada con oro. Debajo del cuadro lefase la inscripcion siguiente:

GREGORIUS XIII PONT. MAX.  
CONDIDIT ANN MDLXXXII.

*Retrato de Leon XII, PINTURA DE SOZZI.*

Al lado izquierdo figuraba el retrato del Pontífice Leon XII sentado; era su figura llena, y bellas sus facciones y actitud. Llevaba solideo y sotana blanca, que dibujaba majestuosos pliegues y hacia un hermoso contraste con la muceta de color de amaranto, forrada de armiño. Pendíale la estola, que era de un rico tejido tornasolado y formaba metálicos cambiantes. Apoyaba el Pontífice la mano gravemente en la mesa, sosteniendo el breve de restitucion del colegio á la Compañía de Jesús; el sillón estaba cubierto de terciopelo encarnado con galones de oro, y lo superaba el escudo de armas de la casa de Genga con el águila correspondiente. Lefase debajo de este cuadro:

LEO XII PONT. MAX.  
RESTITUIT AN. MDCCCXXIV.

*Retrato de Pío IX*, OBRA DE CARTA.

En medio de los medallones estaba pintado al natural por el caballero Carta el Sumo Pontífice Pío IX, en un gran lienzo, que descansaba en el plinto de una base á manera de ara. Todo al rededor de este cuadro, el cual estaba tambien aplicado á un fondo azul, eran festones de color carmesí graciosamente plegados, y en medio de estas colgaduras habia varias tiras de tela de oro que con su brillo aumentaban la hermosura de los adornos que rodeaban aquella obra maestra de pintura.

El pintor supo echar mano de todos los accidentes y objetos secundarios para dar mayor realce á la figura del Pontífice. Representó el altar de San Luis. El Papa estaba vuelto de cara al pueblo con el copón en la mano y la Sagrada forma levantada en el acto del *Ecce Agnus Dei*. En la tarima y gradas del altar extendió el pintor una grande alfombra verde, que daba sumo relieve á la cándida blancura del alba y al pantuflo del pié derecho que asomaba por debajo del vestido con la cruz de oro en su parte superior.

Al lado de la Epístola representó el pintor el maestro de ceremonias arrodillado é inclinado con reverencia para levantarle el alba en el acto de bajar del altar; y al lado del Evangelio puso encorvado en ademan de adoracion un alumno del colegio Capránica, en traje negro y con un acha encendida en la mano. En la última grada colocó un alumno del colegio Germánico devotamente arrodillado con



sobrevesta encarnada, á su lado otro alumno de los Huérfanos con zamarreta blanca, y por último un alumno del colegio Escocés y Panfilo, que visten de color violado claro. Al lado habia un muchacho de la clase de ciudadanos, y algo más allá el Padre director de la Congregacion de los escolares.

Però sobre todo el artista se sobrepujó á sí mismo en el rostro y fisonomía del Pontífice, comunicándole aquella celestial expresion que recibia de la viva presencia de Jesucristo que tenia en la mano, y que reflejaba un rayo de su divina esencia en la frente de Pio IX. Aquellos ojos fijos en la hostia, la frente compungida, el aire humilde al par que sublime, el fuego que coloreaba sus mejillas, y los labios entreabiertos al pronunciar las suaves palabras de *Ecce Agnus Dei*, no hay pluma que baste á describirlo, ni pincel que sea capaz de producirlo sin ser inspirado el artista por el augusto semblante de Pio. Este cuadro quedará como perpétua memoria de la altísima dignacion y paternal amor de tan excelso Pontífice á las escuelas del Colegio romano, y será nuestra suerte y nuestra gloria envidiada de los que nos sucedan.

La inscripcion referia la historia de aquel fausto acontecimiento con estas palabras:

In memoriam diei auspiciatissimi  
v. cal. iul. an. á p. v. MDCCCXXXVII  
cum in sacris annivers. Aloisii Gonzagæ  
alumni incolæ patroni cœlestis coll. rom.  
Pius IX. pont. max.



## CAPITULO IX.

### VISITA DE SU SANTIDAD Á LA IGLESIA DE SAN IGNACIO.

No habian transcurrido veinte y cinco dias desde que se tuvo noticia de que Su Santidad debia ir por la octava de San Luis á celebrar en el altar de su santo, que todas las pinturas y ornamentacion que acabamos de describir, las inscripciones, disertaciones, poesías, música, etc. estaba ya dispuesto y preparado en expectacion de tan grande acontecimiento. El dia anterior, el Cardenal Tosti envió muy cortesmente al colegio las admirables tapicerías que se fabricaron en el hospicio de San Miguel, para adornar las gradas del trono levantado al extremo de la galería que está á mano derecha de la puerta del colegio, y presentaban un alfombrado regio y magófico.

A la mañana siguiente llegó al colegio la guardia suiza, y todos los alumnos, que desde muy temprano estaban reunidos en las escuelas, entraron en la

iglesia de San Ignacio, donde se colocaron en orden de clases con sus maestros entre ellos. Y los colegios que frecuentan la escuela, cada cual formaba una brigada aparte, con los colores que constituyen sus divisas: así el colegio Germánico vestía de color de escarlata; el Irlandés con listas encarnadas; el Escocés, amoratado; el de Capranica, negro; el de Panfilo, violado, y el de Huérfanos, blanco. Todos estos colegios vestían el traje clerical. En traje se-guían el colegio de Nobles con cinta purpúrea y un lirio de oro en el pecho; el de Ghislieri la llevaba de color negro, y por último veíanse todos los estudiantes de Roma vestidos de fiesta.

Para las princesas romanas y forasteras, se destinaron las tribunas de San Luis, y las grandes señoras y nobles matronas estaban colocadas de frente entre los pequeños pilares que rodean el altar de Nuestra Señora. Los Príncipes, embajadores, gentiles-hombres romanos y extranjeros tenían sus puestos señalados, para separarlos y distinguirlos de la multitud. Todo en fin estaba dispuesto y arreglado con tanto orden y bella disposición, que á la llegada del Papa pudiesen contemplarle á su sabor sin incomodidad, y admirar á tan gran Pontífice, llenándose de la devoción que inspira el inmenso amor de que está poseído en el acto de celebrar los augustos misterios del altar.

Apenas habían dado las siete de la mañana, que ya Pío IX salía del palacio Quirinal, en la carroza custodiada por la guardia de honor. Al lado iba el

caballerizo de portezuela, gran gentil-hombre romano, y le precedían los hombres á caballo que formaban la vanguardia. Llegado que hubo á la plaza de San Ignacio, bajó á pié la gradería, bendiciendo al pueblo, en el acto de subir á la plataforma. Al umbral de la puerta hallábase el general de la compañía con sus asistentes, el rector del Colegio romano con los profesores, y todos los escolares de las facultades de filosofía y de teología, ordenados como dos legiones, formaban ala á la carrera del Papa. Apenas puso Su Santidad el pié en el umbral del templo, cuando monseñor Sacrista le presentó el agua bendita: Pio IX, después de haberse persignado, dió la bendición á los Padres que se habían arrodillado y á todo el pueblo que se había agrupado y postrado para recibir la bendición.

Mientras tanto el coro de niños cantaba con dulce melodía, y agradable concierto de voces argentinas de sopranos y tenores, un himno de alabanza, cuya acertada compasion y combinacion de sonidos resonaba en las bóvedas con una armonía inexplicable. Así, conmovido el corazon paternal del Pontífice, iba adelantando con lentitud por la Iglesia, siendo para todos un objeto de admiracion y de reverencia. Llegado al reclinatorio, arrodillóse para rezar las oraciones preparatorias, y tambien se arrodillaron algo más abajo en la tarima dos Prelados de Cámara, que le asistian á cada lado, mientras que la guardia de honor estaba formada en ala con las espadas al brazo ofreciendo hermosísima vista

con sus nuevos y bruñidos yelmos , de cuya cimera pendia el espeso penacho de crines de caballo, á semejanza de los antiguos dragones romanos.

Concluida la preparacion, levantóse , subió al altar, tomó agua en las manos , y monseñor Romilli, Arzobispo de Milan, que aquel dia habia venido á á tributarle homenaje , le vistió las sagradas insignias, y permaneció á su lado como asistente durante la Misa. Despues de la comunión volvióse Su Beatitud al pueblo; y dicho el *Ecce Agnus Dei*, descendió á dar el Pan eucarístico á los escolares. Entre aquella innumerable multitud de jóvenes el Papa se ofreció á dar la comunión á trescientos, los cuales tuvieron que sacarse por suertes, puesto que todos estaban ansiosos de gozar de tal dicha. Pero los alumnos de varios colegios que frecuentan las escuelas del colegio romano fueron privilegiados , y se acercaron los primeros á la sagrada mesa. Habia en el altar otro dos copones consagrados por el Papa: uno de estos tomó el Arzobispo de Urbino monseñor Angeloni, y el otro el Obispo de Anagni monseñor Truchi, y ámbos dieron la comunión al lado del Pontífice á lo largo de los bancos preparados para los demas estudiantes.

Miéntas esto sucedia en la Iglesia, en la botica del colegio todo estaba de fiesta. Compónese dicho establecimiento de tres grandes salas, y todas se hallaban adornadas con macizas alhacenas, llenas de preciosas esculturas, así entre las columnitas como en la base y en la cornisa. En los es-

tantes habia grandes jarros de porcelana del Japon y de la China ricamente adornados con arabescos y dorados, y otros del país, de loza fina, con bellos dibujos azules y de un brillante barniz. El pié de los morteros era de pórfido, y estos de bronce bruñido como el oro. Las balanzas relucian tambien como un espejo. En ámbos extremos del mostrador habia dos pilas ó conchas de mármol griego; y encima de la alhacena figuraban algunos hermosos cuadros, que representaban los retratos de Hipócrates, Galeno, Averroes y de otros célebres médicos y naturalistas.

En las dos primeras salas, y en otra al lado del laboratorio en el centro de cada cual habia una larga mesa con blancos manteles, y en medio platos de pan de España, dulces y confituras: á esta mesa se sentaron para refrescar los Prelados de palacio; en la otra sala hicieron otro tanto los oficiales de las guardias, y en la del laboratorio los familiares de Su Santidad. En la última estancia, que es el estudio del farmacéutico, habia dispuesta una ancha tarima alfombrada, y la mesa estaba cubierta de un precioso damasco, y encima finisimos manteles con guarniciones de encajes y calados en todo su alrededor. En el centro habia un magnífico templete, y á cada lado dos jarros de flores de las más esquisitas y raras. Junto á la mesa habia un trono de terciopelo carmesí con un sillón magníficamente esculpido, todo lo cual estaba preparado para el refresco del Pontífice.

Terminada la comunión de los alumnos y después de la misa, Su Santidad oyó otra de gracias, que celebró su capellan. Luego se levantó, y con el acostumbrado acompañamiento se dirigió á la farmacia por el pequeño jardín interior. Este jardinito tiene en el centro un surtidor de alto chorro, el cual cae en una hermosa pila, en que nadan dorados pececillos. Las tablas y macetas contienen plantas medicinales y de uso de la farmacia, y en un ángulo se levanta la más arrogante palmera que existe en Roma. Los arcos del claustro que rodea el jardín están sombreados por bellas espalderas de oleandro con flores blancas y coloradas formando como una vistosa tapicería.

El Sumo Pontífice adelantábase por debajo del pórtico ya mirando al jardín, ya parándose á veces para hablar benignamente acerca de la devoción y compostura con que los alumnos se presentaron á recibir la comunión.

En la farmacia se detuvo algunos instantes en cada sala complaciéndose al ver aquellos vasos y el aspecto grave y solemne que los antiguos acostumbraban dar á tales santuarios de Esculapio, mayormente escribiendo en los vasitos sus terminachos arábigo-grecos. Cuando hubo entrado en la última estancia, y sentado que estuvo á la mesa que le habían destinado, su credenciero sacó de dentro de un cofrecito de marroquí encarnado y forrado de terciopelo, una preciosa taza de porcelana dorada con salvilla de graciosos y delicados esmaltes, y habiénd-



dole puesto café y leche de dos vasos de oro, le presentó el pan cortado en una pequeña fuente de plata. Conversaba Su Santidad agradablemente con el Cardenal Castracane, con Monseñor de Isoart, auditor de Francia y con otras personas respetables.

Entonces todo estaba dispuesto en el atrio de las escuelas. Fueron convidados todos los colegios de Roma lo mismo los eclesiásticos que los seculares, quienes enviaron tantos alumnos como cabían en cada una de las arcadas de la galería. También fueron convidados los Príncipes, Prelados y señores romanos. Los coros y las orquestas situáronse en los cuatro ángulos del patio: los estudiantes que salieron de la iglesia se arreglaron ordenadamente en los sitios por donde debía pasar el Pontífice: los de las escuelas inferiores con sus trofeos, lábaros, manípulos y estandartes formando una vistosa variedad de colores con sus banderas, insignias y divisas romanas y cartaginesas. Cada escuela formaba dos legiones, las que tenían su infantería, caballería, vélites, etc. y se dividía cada una en centurias y decurias, con sus emperadores, cónsules, tribunos, cuestores y legados. Su Santidad recibió el mayor placer viendo como aquellos atrevidillos y alegres estudiantes inclinaban delante de él sus insignias clamando con todo su esfuerzo: Viva Pio IX.

Cuando el Pontífice entró en la galería fueron infinitos los aplausos y aclamaciones. Los coros hacían el mas agradable concierto cantando dos, tres y cuatro juntos; despues cada cual sólo, y por fin,

respondiéndose unos á otros: luego venian pausas, repeticiones, piezas concertantes, pianos y fuertes de todo el lleno de las voces, y finalmente, cavatinas, duetos, tercetos de sopranos y contraltos. Miétras tanto Su Santidad avanzaba lentamente, ya alabando el ornato de las galerías, ya deteniéndose delante de los retratos de los medallones, ya celebrando un objeto, ya otro, con aquel dulce y paternal sonris que alegra los corazones y aviva los ingenios. El Padre Manero, rector del colegio, y los profesores de diferentes idiomas le interpretaban las inscripciones hebráicas, egipcias, babilónicas, caldeas, etruscas, sanscritas, umbrías y osecas, en lo que Su Santidad en extremo se complacia.

Cuando llegaron al trono, Su Santidad tomó asiento en medio de los ardientes vivas de los asistentes. Entónces el rector del colegio se arrodilló en la última grada del trono, dió al Padre Santo las más expresivas gracias debidas á su extrema benignidad y clemencia; se las dió tambien por el altísimo honor que se habia dignado conceder al Colegio con su presencia, animando á aquella fervorosa juventud á seguir con mas entusiasmo la senda de los estudios bajo los admirables auspicios de un Príncipe tan generoso y tan sábio. Le suplicó que por último término de su excelsa clemencia, se dignase dirigir una mirada paternal á los alumnos de todas las facultades, admitiendo sus leves ofertas, que le presentaban como fruto de sus estudios, y que no podian apetecer mayor premio ni más noble corona que

el ponerse á los piés de Su Santidad. A esto contestó con su particular gracia el Pontífice, diciendo: que admitia las composiciones y con ellas el afecto y adhesion de su querida juventud romana.

Estas palabras del Papa levantaron un clamor unánime de viva Pío IX. Estaban alineados delante del trono el profesor y dos alumnos de cada facultad ó clase; y adelantándose una despues de otra las escuelas y arrodillándose á los piés de Su Santidad, le presentaron sus disertaciones. No es posible escribir toda la benévola acogida, las palabras cariñosas y los generosos impulsos que salian de los labios del admirable Pontífice, quien se hacia todo para todos, y estimulaba á cada uno con sus dulces miradas que inspiran confianza y con aquellos suaves modales que le atraen los corazones de todo el mundo.

Los pobres niños cursantes de gramática, no pudiendo ofrecer cosa mejor en verso ó en prosa, atuvieronse á las flores, las cuales hacen esperar con ei tiempo sabrosos frutos. Así, habiéndose aproximado á los piés de Su Santidad uno de los niños recitó algunos versos presentando al propio tiempo un precioso ramillete de esquisitas flores. Pronunció los versos con tan gracioso despejo, que Su Santidad, al recibir las flores, le hizo varias caricias poniéndole dulcemente las manos en la cabeza.

Este rasgo de benevolencia reanimó las aclamaciones de los demas alumnos, y despues se levantó

el Pontífice, dió la bendición á toda aquella entusiasmada juventud y se dispuso á salir del atrio. Pero hé aqui que habiendo llegado á la mitad de la galería, vió delante de sí el gran cuadro de la Carta, en el que Su Santidad estaba representado en el altar de San Luis en actitud de dar la comunión á los alumnos. Miéntas que alababa la maestria de aquella obra, la delicadeza del arte, la finura del dibujo, y el carácter de la composicion, el rector del colegio, doblada la rodilla, le ofreció un cuadro, en que el profesor de física habia copiado al daguerreotipo, en una lámina de plata, todo el lienzo de la Carta. Sonrióse el Papa dulcemente al verlo; y tomándolo de manos del rector, lo dió al maestro de ceremonias diciendo: Lo aprecio infinito, lo conservaré para memoria de tan bello dia y de tan alegre fiesta.

Dicho esto se fué por la portería hácia la puerta del lado del Colegio, en donde aguardaban los coches y las guardias. Luego saludó benignamente á los Padres, dió su bendición al pueblo, y volvió al Quirinal entre las aclamaciones de los estudiantes. Despues se permitió la entrada al pueblo romano por espacio de tres dias, para que viese los adornos de las galerías, y fué tan numerosa la concurrencia, que con dificultad podian los reverendos Padres entrar ó salir de casa.

Bártolo no fué ciertamente de los últimos que anduvieron á visitar tan hermosas decoraciones, y quiso presenciar toda aquella solemnidad, que lue-

go trató de describir á Elisa. Esta sentia muchísimo no poder entrar en las galerías, aunque estuvo en la iglesia y asistió á la Misa del Papa, de modo que cuando este se volvió con la hostia en la mano, sintió la jóven una conmocion tan viva, que derramó dulces lágrimas mientras duró la comunión.

¡Quién hubiera dicho que la impiedad y la rabia republicana habian de robar y destruir aquella rica farmacia, y devastar é incendiar aquel magnífico Colegio romano para hacerles pagar por medio del fuego y de la destruccion el honor de un dia tan grandel

The first part of the book is devoted to a general introduction to the subject of the history of the English language. It deals with the various stages of the language, from Old English to Modern English, and with the influence of other languages on it. The second part of the book is devoted to a detailed study of the history of the English language in the various parts of the world. It deals with the history of the language in America, Canada, Australia, and New Zealand, and with the influence of these countries on the English language. The third part of the book is devoted to a study of the history of the English language in the various parts of the world. It deals with the history of the language in Africa, India, and the East Indies, and with the influence of these countries on the English language. The fourth part of the book is devoted to a study of the history of the English language in the various parts of the world. It deals with the history of the language in the various parts of the world, and with the influence of these countries on the English language.

The book is written in a clear and concise style, and is suitable for students of the history of the English language.

## CAPITULO X.

### BARBARINA DE INTERLAKEN.

Aser, bajo la apariencia de un viajero comisionado de una casa de comercio de Dantzinck, habiendo encargado á Spini los intereses de la faccion romana, dirigióse primeramente á Toscana, á fin de conferenciar con Guerrazi y Montanelli; pasó á ver á los conjurados de Liorna, Pisa y Luca; les animó y enardeció para su empresa, y luego marchó á Génova. Aquí aguardábanle ya Pellegrini, Reta, Canale, Bisio y demás consocios en que los habia muy ardientes. Se dirigió despues á Turin, conferenció con Sineo, Brofferio, Borella, Valerio y otras buenas piezas que deseaban hacer volar los Tronos hasta las estrellas.

Con ciertas muestras de tejidos de seda, queria dar una vuelta á Milan para bajar luego por el San Gotardo ó el Espluga á Suiza; pero sus amigos del Piamonte le aconsejaron que no se arriesgase á caer en las garras de la policia alemana; que por lo

demás no tuviese cuidado, puesto que se trabajaba con el mayor ahinco; que fuese aquella misma tarde al café de San Carlos, donde habria ocasion de hablar extensamente de los asuntos relativos á la Lombardia, á Venecia y á la Italia central. Aser, conforme á las noticias que recibió aquella tarde, habiendo ido debajo del pórtico de la plaza y encontrado en el café á Brofferio, que le aguardaba, fuese con este hasta Santa Peiagia á una casa que tenia la entrada junto á un callejon transversal, el cual estaba casi siempre desierto, principalmente de noche.

Allí subió á un tercer piso, y pasando por un corredor algo oscuro, entró en una hermosa estancia adornada con elegancia, entapizadas las paredes con papel felpudo, con bellos cuadros y estampas grabadas en acero, puestas en dorados marcos. Estas representaban la historia de los esfuerzos hechos por varios pueblos para conquistar su libertad, tales como el incendio de Misolongi, la batalla de Nauplia, de Idria y de Tripolitza. Veíanse mujeres combatiendo animosas á los turcos, en medio de los valientes batallones de los griegos; otras curando las heridas de sus hermanos; otras llevando en hombros los cadáveres de sus esposos; otras detrás de las columnas, al pie de los árboles, cargar los mosquetes de los combatientes, llevar municiones y disponer los bálsamos y vendas. En otros cuadros se representaban los esfuerzos de Varsovia contra los rusos, y de Cracovia contra los prusianos y sus aliados. Los adustos montañeses del Cáucaso, ataa



cando á los cosacos en los despeñaderos y profundidades de sus valles; los maronitas del Líbano, que, ó defendían la entrada de sus aldeas á fin de impedir que cayesen en poder de los egipcios, ó saltando de roca en roca, huyendo de la servidumbre, con sus hijuelos en hombros, y dejándolos á veces detrás de una peña, mientras disparaban un arcabuzazo á un emir, al que derribaban del caballo. Todas estas historias estaban tan al vivo representadas, que al contemplarlas el que entraba en aquella estancia se hallaba movido de mil afectos.

Encima de una gran mesa de mármol blanco habia un quinqué con seis luces, encerradas en hermosos globos de cristal esmerilado, y que despedían una luz blanca é intensa. Encima de la mesa, habia esparcidos los periódicos más furiosos de la Alemania, de Suiza y de Francia, los cuales predicaban los principios y máximas más infernales acerca de las rebeliones, conspiraciones y traiciones: las doctrinas del Proletario ladrón de Weithling, del Panteísmo de Hegel, del Comunismo de Prudhom, del Estado salvaje de Marr, y del Hombre Dios de Meodeff.

En aquella estancia encontró Aser algunas personas que habian llegado antes: estaban leyendo echados en una especie de sillones elásticos en actitudes groseras é irregulares, uno con la pierna cruzada con el brazo del sillón; otro tendido en un sofá apuntalando las botas en el damasco del mismo; otro con el sombrero puesto, con una gran corbata desatada y echados los cabos encima del hombro, y con

el codo apoyado en la mesa, rascándose la barba y leyendo en alta voz aquel pasaje de Desmoulins, que dice: «Cuando los hermanos de Francia den la señal, la Italia hará pedazos de sus príncipes y de sus Papas.» Y murmurando ó gruñendo decía: «Muy bien, en cuanto á mí, yo quisiera despedazar á una docena de ellos con estas manos, empezando por el teólogo Guala, y acabando por...— Antes de acabar, gritaba otro deternillándose de risa, yo te daré una cuerda recia y untada con jabon para estrangular á todos los jesuitas del Piamonte, y á tres ó cuatro Esmeraldinas del Sagrado Corazon por añadidura.»

En medio de estas risas de lobo y de hiena, entraron Aser y Brofferio, y despues de haber estrechado la mano á algunos, y dádoles un beso en la boca, hundióse Aser en un sillon. «Pues señores, ¿qué se hace en Roma? dijo un hombrecillo flaco, que estaba sentado en un rincon junto á otro grueso y rechoncho. ¿Se hace algo? ha llegado todavía Mamiani? ¿Sterbini se ha hermoseado el rostro? ¿Galctti se está perfumando las barbas? ¡Oh ese Píol la gente cree nos ha de proteger, pero tengo para mí que si no andamos alerta nos hace volar por los aires: es necesario gritar, aturdirle, pedir, y luego de obtenida una cosa pedir otra y otra hasta que solo le quede la cabeza para darnos.»

Aser añadió: No estaria muy bien si ahora que tenemos las armas en la mano nos dejásemos pisar; pero no somos tan estúpidos. Mientras tanto, desde

Julio el Papa no tiene ya policía ni fuerza. Muchos jefes de carabineros aparentan ser del Papa, pero son nuestros en alma y cuerpo. A fuerza de ahullidos, de calumnias y de terror, hemos quitado de los alrededores del Trono á todos aquellos que nos hacian sombra; y al fin tanto gritaremos y ahullaremos, que cuando no quede ya gota, rompemos la botella. Ahora necesitase obrar allá arriba, y luego decirme en qué estado se hallan las cosas.

Mientras que Aser se dirigia á aquellos dos sujetos de los principales de la secta, entró un jóven metido en un graa sobretodo de camelote impermeable, con un boa de lana del Japon revuelto por el cuello, con bellos y pequeños bigotes, y con rizada cabellera caída sobre la oreja derecha. Llevaba botas de corte ingles con espuelas, que resonaban en el pavimento cuando el jóven andaba; el cual entró haciendo chasquear un látigo. Despues de haber saludado á la reunion y reparado en la presencia de Aser, le dió un ligero latigazo en la espalda, é hizo una pirueta girando sobre sus talones, plantándosele delante y mirándole fijamente. Aser lo midió de arriba abajo con una ojeada, se puso la mano en la frente como para refrescar su memoria; le parece reconocer á aquel jóven, y permanece indeciso, mientras que este dobla el índice sobre el pulgar, coge un pequeño resorte de debajo de la nariz, y se quita los pequeños bigotes.

Como vió Aser el rostro limpio y sin bigotes, ca-

yó en la cuenta, y exclamó:—¡Hola, Babeta! ¿Cómo estás ahí en semejante traje? Ya sé que eres una valerosa muchacha, capaz de grandes empresas; pero en verdad no te creí ginete. ¿Te has hecho acaso caballero andante para arrojar á los mónstruos de la selva negra?—Si me hubiese cruzado para tal empresa, respondió alegremente Babeta, tú estarías ya muerto.—Muy bien; no creí que fuese yo tan mónstruo, replicó Aser, y arrimando una silla, hizo que Babeta tomase asiento á su lado.

Era esta la célebre Babeta de Interlaken, digna sobrina de Weishaupt, á quien el pastor Veyermann llamaba la gran Virgen del comunismo helvético. Su nacimiento fué fraudulento, y se crió desde muy niña en medio de los cuerpos francos como criadita de una vivandera; fué creciendo entre la crápula, los hurtos, la rapiña y la sangre, y solo conocia á Dios por haber oído de continuo blasfemar su nombre. En las escaramuzas en Lucerna, cuando los radicales mataban algun católico de los cantones primitivos, le hacian arrancar el corazon por Babeta, sacarle los ojos ó las entreñas, y llevarlo en triunfo á los demas bandidos quienes la pagaban con un beso y un vasito de Kirschenwasser.

Pero pasado el 28 de Agosto 1846, y creados magistrados de Berna Ochsembein, Funck Stokmar y compañía, Babeta fué el heraldo más astuto entre estos y las sociedades secretas, el agente de todos los manejos, astucias, tratos é intrigas de las misteriosas reuniones. Apareciase de improvisos en

todas partes, y desaparecía en un instante como un duende, sabia impenetrables secretos, robaba despachos diplomáticos sin alterar los sellos, se deslizaba como un áspid en los recónditos Gabinetes de Viena y de Berlin, y hasta de San Petersburgo; fabricaba letras de cambio, y alteraba las cifras de los pasaportes. Siendo aun tan niña que todavía se hallaba en la escuela de Lamastre, conocia el arte de confeccionar venenos, y de propinarlos segun las órdenes de la secta. Blasfemaba como un bandido, bebía como un argoviano, fumaba como un turco, disparaba la carabina como el más diestro tirador al blanco, y manejaba el puñal como un maestro de esgrima. Parecía tener el diablo en el cuerpo, tal era la fuerza de su fibra, la actitud de sus brazos, la fascinacion de sus miradas, la audacia, temeridad y fiereza de su semblante cuando se encolerizaba ó amenazaba á alguno.

Atravesando un dia el lago Lemano desde Roll á Tonon en el Ciabrese á fin de descubrir la huella de un sectario que habia huido de Lausana, con una respetable cantidad de dinero de la jóven Suiza, se encontró con cuatro carabineros saboyardos, quienes habiéndola visto desembarcar del barquichuelo, la rodearon en una pequeña selva junto á la ribera. Entónces Babeta les clava la vista, apunta la pistola al pecho de uno de ellos, y grita: «¡Ea, cobardes, cuatro contra una muchacha!» Da un brinco, sale del bosque, salta en el esquife, y á toda fuerza de remos surca el lago, y deja á los cuatro carabineros

mirándola atónitos sin saber lo que les pasaba.

Ahí teneis la buena albaja que era Babeta, jóven de veinte y tres años, y ya tan perversa y cruel; pero no debemos maravillarnos de que saliese tan endiablada de aquella escuela de sangre, de blasfemias é iniquidades. Otras mujeres por el mismo estilo se vieron en Roma, á las que varias veces se oyó cantar en las tabernas: «¡Viva el infierno y los que van á éll!—¡Muera San Pedro! Y no pocas junto con los bandidos de Garibaldi, cometian latrocinios, sacrilegios y homicidios. De donde salieron semejantes furias, lo podemos decirlo, como no sea de alguna tenebrosa caverna de conspiradores (1).

Así Babeta en aquel primer encuentro con Aser le dijo:

---

(1) Algunos han dicho en el alta Italia, que tales mujeres nunca se vieron en Roma. Pero las vimos con nuestros propios ojos: algunas iban enteramente vestidas de soldado y con carabina; otras llevaban el traje de mujer con basquiña y calzones. Cuando en la hacienda de Macao prendieron al jesuita Casaccia en traje de viñador, habia entre los agresores dos mujeres armadas con picas, las cuales no conociéndole le dijeron: «Enséñanos al jesuita, que queremos arrancarle el corazon; y cuando hirieron en el puente de San Angelo á aquellos tres que creyeron ser jesuitas, y á otro, los arrojaron al Tiber; mujeres armadas eran las que les dieron de puñaladas y se lavaron con su sangre como resulta del proceso. Esas furias vinieron á Roma con otros muchos malvados.

«Despacha pronto, porque Ochsembein te aguarda en Berna, y necesita tus trabajos para ciertas comisiones tuyas en la alta Alemania. Sabe, amigo, que el jesuitismo de los católicos y de los protestantes está en su agonía; pero es necesario apagar el fuego del romanismo, que siempre está vivo en Italia, y principalmente en Roma. A tu vuelta te ocuparás en este asunto, seguro de que arrimarán también el hombro muchos amigos. Pero entre tanto, ¿cuándo partes á Berna?—El miércoles, respondió Aser; aunque primeramente debo escribir á Sterbini con respecto á lo que debe hacerse en Italia.—Siendo así, escríbele, y yo me encargo de entregarle tus cartas con mis propias manos.

—¿Cómo? ¿Acaso vas á Roma? ¿Para qué? Dímelo.—Pasaré por Roma, como quien dice, al vuelo, puesto que mi viaje es á Sicilia. Debes saber que Cestio, católico de los Grisones, uno de los primeros justos de Weithling, despues de haberse enterado de los secretos de nuestra sociedad, desapareció de Nidau, y en Lucerna se hizo espía del Sonderbund. Conque mira si puede pasar esto así: nuestro artículo 46 dice: Toda traicion de parte de algun miembro de la asociacion merece la muerte. Tô lo miembro está obligado á ser el ejecutor de la sentencia. Cayó la suerte en Porcio de Liestal; pero este perdidamente enamorado de cierta mujer de Laufen, fué sorprendido por el esposo (que se habia ocultado en el huerto), y viéndole entrar por una ventanita escondida detrás del establo, le disparó

un tiro que lo dejó tendido. En consecuencia, se me dió á mí el encargo de ejecutar la sentencia de Cestio, como empresa difícil de llevar á cabo, tanto por la astucia de ese traidor, como por la dificultad de envolverle en nuestras redes.

—¿Y cómo sabes que se halla en Sicilia? dijo Aser.

—No ignoras la perspicacia de nuestra policía, replicó Babeta. Cuando traslució que nuestros jefes habian notado su traición y tenían conocimiento de su morada, desapareció de Lucerna, y al través de inaccesibles montes, se dirigió al Vallés, y se acomodó con un aldeano de Grampel. Allí permaneció de incógnito hasta el mes de Junio, en que habiendo venido del bajo Vallés algunos segadores, hallóse acaso entre estos cierto jóven de Bex, á quien reconoció Cestio por haberle visto entre los tiradores al blanco en el tiro de Aaran. No se necesitó más para que encaramándose por las escabrosidades del Simplon y subiendo á las neveras, descendiese luego por vias desconocidas y arriesgadas y por entre enormes peñascos á los valles de Italia, y despues bajo diferentes nombres se dirigió hasta Génova. Aquí tenía un hermano mayor en una casa de comercio, quien le vistió de nuevo y le dió algun dinero; y llevándolo á bordo del Castor, le hizo viajar hasta Népoles. Tenía un primo capitán de las Guardias suizas, el cual le acogió afectuosamente, y hubiera deseado que se alistase en el primer regimiento; pero como prudente y previsor, pensó que en



Nápoles podían conocerle y denunciarle á los papistas de Berna, le persuadió que se trasladase á Sicilia, á donde en efecto partió con cartas de recomendacion para el gobernador de la isla.

Habiéndole pedido que fuese maestro y ayo de los hijuelos de cierto Príncipe de Palermo, aceptó de buena gana, y á su lado se halla actualmente; pero te juro que no durará mucho. Por causa de la sorda inquietud que reina en Palermo, el Príncipe vive la mayor parte del año en una magnífica quinta de los amenos collados de la Baghería, y últimamente se supo que se habia trasladado con los niños á otra bella mansion del Príncipe en los alrededores de Siracusa. Pero aunque se esconda en las entrañas de la tierra, ó si quiere en los abismos del Etna, no ha de escapar de la punta de mi puñal, capaz de traspasar un diamante.

—Anda con cuidado, que con los sicilianos no hay que gastar chanzas, y si te pesa la vida, tienes buena proporcion para desembarazarte de ella; pues si el Príncipe que dices, quiere á Cestio, sabrá defenderle ó vengarle.—Si es por esto, replicó Babeta, no te dé cuidado, que le heriré entre sus mismos brazos.

Peao no habrá necesidad, puesto que soy bastante fecunda en estratajemas. ¿Quién crees tú que sacó el alma del cuerpo al Arquidiablo de Turgovia, que era enemigo del partido de Ochsembein, para defender los conservatorios de Berna? Yo.—¿De veras?—Tan cierto como hace tres meses que lo está

comiendo la tierra. Lo ejecuté del modo siguiente:

Ya sabes que era temido como un tigre, iba siempre cubierto de una cota de malla tan densa que no la atravesaba una aguja de tapicero; y á más iba siempre armado con su estoque y con dos cachorrillos en cada bolsillo. ¿Qué hice yo para echarle el guante? Pagué un hombrecillo contrahecho, que casi no tenia piernas ni brazos, sino solamente el cuerpo, y este con una joroba delante y otra detrás: caminaba á gatas, apoyando las contrahechas manos en unos zuecos de palo. Este, pues, siendo un infeliz hizo cuanto quise por poco dinero. Supe que Arquidiablo debía pasar por un camino solitario: al mismo tiempo el jorobado hizo como que se dirigia á una cabaña á pedir un poco de abrigo, y pasaba por la márgen del camino á orillas de una zanja.

Así que este le vió venir hizo como que pusiese en falso el retorcido pie y se dejó rodar á la zanja, desde cuyo fondo gritaba pidiendo socorro por amor de Dios. El otro al instante bajó á la zanja y procuraba cargarse áuestas al contrahecho para sacarle del peligro. Pero mientras él estaba así inclinado, salí de repente de entre unas matas donde me habia puesto en acecho, y á la distancia de seis pasos le disparé mi carabina en la sien, de modo que la bala le atravesó el cerebro. Cargué con el jorobado y lo llevé lo más léjos que pude al través de los campos, y despues de haberme desembarazado tambien de él me dirigí á Gruningen.

—Eres ciertamente un ángel, dijo Aser; mañana hablaremos con mas comodidad. Ahora que estos señores deben estar ya hartos de *Gacetas*, debemos deliberar acerca de los asuntos de Italia, pues ya sabes cuánto importan estos á los hermanos de Suiza y de Alemania. Esto hablaron en voz baja y en aleman Aser y Babeta, mientras que Brofferio disputaba con dos saboyardos de Montier y de Bonneville sobre los medios más seguros de corromper la piedad y fidelidad de las aldeas de Saboya, que conservaban su antigua sencillez de costumbres, gracias al celo de sus Curas, á quienes aquellas dulces bocas llamaban lirones, marmotas y osos silvestres.

Aser permaneció en medio de aquella junta hasta más de la media noche: allí cada cual hablaba con seguridad de las disposiciones comunes, y proponia las desmedidas y malignas artes de la rebelion cubierta con el velo y el engañoso oropel del bien público, y de la seguridad y libertad de los ciudadanos; pero presentadas á modo de pacíficas peticiones de los pueblos adictos á sus reyes. Sin embargo, se convinieron tácitamente en fabricar todos á una bajo la sombra de tales artificios, los grillos y cadenas con que debian sujetar á la autoridad de las monarquías italianas. Sobre todo que se fuese siempre avanzando con la religion en los labios y la hipocresía en el corazon, llevando en la mano un gran libro en cuya portada se leyese impreso en caracteres de oro: «Los Santos Evangelios de Jesucristo; pero

desde la primera página, en todo lo restante del libro, en la primera parte el código de Lutero y de Calvino; y en la segunda los misterios del panteísmo, con el decálogo del socialismo, y del comunismo de Prudhom, de Fourier y de Considerant.

El día siguiente Aser escribió á Sterbini:

«Querido mio: ahí te envío la presente por mano segura, y te suplico que trates al dador con la amorosa cortesía que te sea posible; y pues sueles ser la misma gentileza, en especial con los valientes, sabe que la mano que te la entregará aunque blanca y pequeña, es tan robusta que donde aprieta deja impresos sus cinco dedos.

1.º «De aquí en adelante recibidas mis cartas y las de los hermanos por los peones de Liorna, puesto que se ha establecido un telégrafo viviente por el estilo del que hay en el imperio chinesco. Liorna es el punto central, y sus radios se extienden por toda Italia á manera de una telaraña.

»A cada diez millas en todas direcciones, tendremos una estación de correo secreta. Un mensajero parte de Liorna y á diez millas hácia Roma, Florencia, Turin, Milan, Venecia ó Nápoles encuentra otro, á quien entrega el pliego, ó trasmite de palabra su mensaje, cuando éste es breve y de pocas palabras, lo que se repite sucesivamente hasta el punto determinado. De esta suerte en pocas horas tenemos un correo seguro, activo, rapidísimo, y ni la policía podrá abrirnos la correspondencia, ni conocer nuestros secretos intentos.

2.º »Lo que más interesa ahora á la sagrada Liga, es el asunto de los jesuitas. No queremos que haya en Italia esos suizos al rededor de los reverendos Padres. Pequeños consejos, grandes consejos cantonales, dietas federales en el Vorort de Zurik, de Lucerna y de Berna, tardarán muchos años en poder desarraigat tan mala semilla del suelo helvético; y al fin es necesario todo el esfuerzo de los cuerpos francos para desanidarlos. Ahora el comité central de Mazzini, de Bridensteind, de Zaleski y de Druey, ha adoptado la sábia resolución de esterminarlos en todo el territorio de Italia y de Alemania con artes muy especiales y muy sencillamente, sin herir á nadie y sin derramar una sola gota de sangre italiana, gracias á que desea conservarnos para combatir al extranjero.

»Así, lo mismo en Turin que en Génova, Cerdeña y Nápoles, en la Romania y en la Italia central, conviene dar á los jesuitas un asalto general y simultáneo, sin otras armas que gritos, silbidos, ahullidos; y todo lo más algunas piedras en los vidrios de las ventanas, y si conviene algunas botellas de aguarrás y unas cuantas faginas.

»El Jesuita moderno del abate Gioberti nos ha despojado el terreno, allanando las sendas, hecho transitables los montes, llenado los valles y consolidado el mar; esta es la mejor ocasion que puede presentarse. Si con todo hay alguna dificultad ó algun obstáculo nos sale al paso, precisamente debe venir de Roma. Pio IX da pruebas de estar en buena amis-

tad con los jesuitas, y así cree tenernos distraídos, y que nuestra atención, fija únicamente en la regeneración de la Italia, no se dirigirá á esos reverendos á quienes ama y amó siempre. Pero precisamente porque queremos regenerar la Italia, no podemos sufrir en ella estos repugnantes fuertes.

»Por consiguiente, amigo Sterbini, es menester mucha astucia para cogerlos en el lazo. Hacedlos pasar por retógrados, por enemigos de toda nueva franquicia concedida por el Papa á sus estados, engañadores de la plebe para mantenerla sumida en la ignorancia, coligados con el Austria, traidores á la patria, adversarios de toda institución noble, usurpadores de las dignidades y oficios del Clero romano, envidiosos detractores de las virtudes y de la sabiduría de los demás Religiosos, llenos de crímenes y de infidelidad á Pio IX, a quien profesan un ódio infernal. Ciertamente Pio IX no lo creerá, pero si él no lo cree, lo creerán otros muchos, y esto basta para nuestro objeto.

»Tenemos enteramente de nuestra parte á la Guardia cívica; y únicamente los buenos romanos, los papás barrigudos y con papada, y los de los bigotes grises exclamarán:—¡Por vida del! ¿Qué manejos son estos? ¿Acaso hemos olvidado la triste época del cólera, en que tanto bien hicieron los jesuitas al pueblo romano? ¡Cómo se entiende! ¡Arrojarlos de Roma! ¡Nunca!—Y echando la panza adelante bajo sus capotes, y puesta la mano en la daga, jurarán defenderlos de los cañones. Pero son majaderías;

pues uno solo de nuestros cívicos marcados, vale por ciento de esos cobardes. Adelante, Sterbini, esta es la voluntad de los hermanos.

3.º »El Rey Carlos Alberto partió para Génova el 2 de noviembre, y ya todo está pronto para las fiestas populares. En ellas, aprovechando el motivo de los jesuitas, probaremos á impeler los fagines del puerto y demas populacho á que se reunan y agrupan debajo de banderas, para resistir con su masa numerosa y compacta los ímpetus de la caballería. En Turin aun no ha llegado la ocasion á juicio de los hermanos y segun sus intentos; la gravedad de la córta y de la metrópoli no debe comprometerse tan de ligero, pero en cuanto á Génova, todavía conserva bajo la ceniza las áscuas de la república; y te aseguro, que bajo el pretexto de los jesuitas haria buen juego de ajedrez.

»Ya Constantino Reta está acorchando el castillo, y moviendo un peon quiere quitar áquellas torres del tablero, gritando luego: ¡jaque al Rey! Los jesuitas en Suiza se cubrieron con sus sombreros; los genoveses tambien bajo la sombra de las anchas sotas, quisieran teñir la cruz blanca de Saboya en la colorada de San Jorge.

4.º »En Francia Guizot, Montalivet y otros moderados tienen muy buen olfato; huelen de léjos los banquetes reformistas á la inglesa; y este solo olor ya se les indigesta y da empacho. Así es que están buscando medios de quitar á los cocineros Ledru-Rollin y Prudhom las cacerolas y sartenes, y de

apagar tambien el fuego de sus hornillos ; pero los dos cocineros tienen unos ayudantes y galopines tan hábiles y decididos que guisarán con salsa á estos ingénios , y ya preparan la cazuela para recoger el caldo de Luis Felipe á quien nos lo darán asado ! Ya la Inglaterra ha enviado la manteca y la salvia para condimentar el guiso. Dentro de algunos meses llegará el oiorcillo hasta acá en Roma.

»Con respecto á Viena y Berlin , te escribiré desde Francfort : ahora parto para Ginebra , de allí á Berna , Constanza y otras ciudades del Rhin , y por último á Swerin . He desempeñado ya la comision relativa á los fusiles : arreglad como es debido la guardia cívica. Pio IX querrá hacerlo á su modo , os dará leyes militares , ordenanzas de disciplina : aceptadlo todo y dadle las gracias ; pero obrad como conviene . Te recomiendo la juventud romana , haz la guerra , pues con padre nuestros no se combate al extranjero . Ya me entiendes . Adios .

Tu amigo *Aser.*»



## CAPITULO XL

### ARTES Y ASTUCIAS.

Los asuntos de Roma cada dia giraban más y más en torno de los principios profundísimos que socavaban debajo de ella los mineros de la Joven Europa. No se trabajaba ya sordamente ni de oculto, sino á la luz del sol, y á vista de toda la cristiandad se arrancaba de manos del Pontífice la augusta autoridad de que se hallaba investido en sus dominios. Apenas acababa de hacer alguna generosa concesion al pueblo, todo eran festejos y prolijas gracias, pero luego seguian nuevos clamores y exigencias aun más exorbitantes. No se permitia al Papa un instante de sosiego, ó al ménos de trégua, sino que abusando pérfidamente de las mismas concesiones, las convertian en arma para nuevos alborotos, hasta que por medio de perfidias y de amenazas pedian ó mejor arrancaban de manos de su señor mayores libertades. Semejante trastorno de sucesivas concesiones era muy semejante á un peñasco des-

prendido de la cumbre de un monte, el cual hallando en su caída algun punto llano parece que se detiene, pero sólo es para dar la vuelta con mayor ímpetu derrumbándose hasta el profundo valle, donde permanece sobre sus mismas ruinas.

Cualquiera que en Roma tuviese esperiencia de la índole de las sociedades secretas, de sus perversas artes y de su actividad, que aumenta las fuerzas haciéndolas obrar con rapidez; quien conocia toda la apariencia de bien con que se ocultaban perversos fines, cubriéndolos con el manto de las virtudes cívicas; y quien comparaba las palabras con los hechos, y los actos públicos con los particulares, veia en aquellos formidables manejos un designio ya formado con sutilísima perspicacia; consideraba las fuerzas y las resistencias; distinguia lo aparente de lo oculto, lo resuelto y lo ensayado; veia las causas y los efectos, los estudios hechos sobre el carácter de la plebe, las inclinaciones de los grandes, y la presuncion de las clases medias; y á mas de esto, como quien navega en un mar nuevo ó incierto, observa los escollos, las pruebas, las tentativas en lo íntimo del Clero para proceder con tiento, y no echar á perder el juego.

Pero las perversas artes se habian vuelto en daño de la juventud romana, los crueles instrumentos de la seduccion le socavaban el terreno por todos lados, de suerte que caía á pié juntillas en las redes que le tendian sin poder escapar por ningana parte. El que habia llegado á veinte años, era alistado en la

Guardia cívica, sin valerle excusa ni pretesto, ni decir que aun seguia los estudios y que no podia interrumpirlos á la mitad de su carrera; pues los que traficaban con la muchedumbre del pueblo romano, habian formado en el seno mismo de las escuelas, inclusa la de la *Sapienza*, una legion de estudiantes, poniéndoles por jefes los mismos catedráticos de leyes, de matemáticas y de medicina. Algunos por no caer en semejante lazo, vistieron el hábito eclesiástico; otros se marcharon de Roma só pretesto de que los médicos les habian ordenado viajar, ó por tener que ausentarse para sus negocios, ó porque deseaban emprender nuevos estudios.

En medio de tal desconcierto, era sumamente aflictivo para las personas piadosas y sensatas ver por una parte tal estrago y por otra el olvido de la religion de nuestros padres, y se lamentaban del abandono de la fe y de las buenas costumbres bajo capa de amor pátrio, de la pública felicidad, del renacimiento de la Italia, y de muchas otras farsas que debian hacer caer sobre Roma é Italia tantas calamidades. Pero el Sumo Pontífice, con sus miradas paternales, vió claramente que los impíos iban corrompiendo la parte más tierna y sensible de la gloria romana, y deploraba que se arrancase de los corazones de la incauta juventud el preciosísimo tesoro de la fe y de la piedad. ¡Ah! exclamaba con frecuencia, me roban á los jóvenes, manchan su candor y matan sus bellas almas.

Cierta mañana fué á visitar á Elisa una tia suya,

hermana de Flavia su madre: Polisena, bajo el pretexto de ir á comprar no sé qué guarniciones para un cubrecama, salió ocultamente de casa y entró luego en una tienda de modista en donde la aguardaba Masi, el secretario de cierto personaje. Hallándose solas la tia y la sobrina, aquella le dijo:— Hijita mia, que tal puedo llamarte segun lo que te me recomendó tu buena madre Flavia: ya sabes de cierto que Aser desapareció de improviso hace algunos dias; conozco bien que eres muy discreta y reservada; de todos modos eres muy jóven y todavía no tienes experiencia de la malicia de los hombres: quiera Dios, y así se lo ruegue el alma bendita de tu madre, que jamás llegues á sufrir tales desengaños, ni tengas que mirarte en semejante espejo, donde sólo se ve el rubor de la vergüenza y la palidez de los remordimientos.

El tal Aser, hija mia, te ha puesto en lenguas de medio Roma; y por cierto no puedo comprender la obcecacion ó el descuido de tu padre que no se haga cargo de esto. Hállase tan fuera de sí con estas novedades de Roma, que miéntras está asomado á la ventana por ver lo que se hace en el exterior, no oye ni ve cosa alguna de lo que sucede en su casa. Este Aser es un desconocido; y si unos dicen que es hijo de un Rey, otros, al contrario, aseguran que es un pícaro vagabundo, un miserable agente de las sociedades secretas; y no faltan otros que lo tienen por un asesino oculto bajo hermosos y ricos vestidos.

Ay amada tia, ¿qué decís de asesino? Yo creo que Aser tiene un alma noble y franca, replicó Elisa. Me ama bastante, y me salvó la vida con notable riesgo de la suya. Sin embargo, nunca se ha atrevido á decirme que me ama, ni aun á hacérmelo saber por ningun medio. Conténtase con verme en la calle y en el teatro, y nunca ha puesto los pies en esta casa. Muy al contrario, mis amigas me llaman fria é ingrata, y quisieran que me mostrase más afable y sensible; pero tengo grabados profundamente en el corazon los consejos de mi pobre mamá, quien muchas veces cuando iba á verme á San Dionisio, decíame: «Considera, Elisa, que una jóven cristiana debe tener modestia y rubor y no dar el más leve indicio de ligereza á los jóvenes. Si alguno de estos ama con buena intencion ya sabe lo que le toca hacer, esto es, dirigirse á los padres.—Así, querida tia, aunque no pueda negar que le quiero bien, con todo no me separaré de mi comportamiento modesto.» Esto diciendo se le asomaron las lágrimas.

—Me complazco en creerte enteramente, repuso la tia; pero es el caso que en Roma se habla mucho de ello; y Matilde del Campo de Marte, y Julia de la plaza Farnesia, que, como sabes, son muy buenas madres, decian ayer en una reunion de caballeros que habian prohibido á sus hijas todo trato familiar contigo por temor de que se hablase mal de ellas. Ahora que por fortuna se ha marchado Aser á otra parte, procura enmendar lo pasado; supuesto que

(y creeñ tu tia que te ama) Aser debe de ser un gran francmason.

—Querreis decir, querida tia, que todo su afan es por el bien de Italia, que sólo piensa en la grandeza y en la libertad de la pátria, y estoy muy lejos de creer que estas cualidades lleven consigo nada de francmason ó de carbonario. Mi padre desea el mismo triunfo para Italia, y con todo es muy buen cristiano, y ama y reverencia al Sumo Pontífice; cosas todas que no hacen los carbonarios.

Tu padre debiera ser algo más romano de lo que es en realidad, dijo la tia; pues segun él nada bueno hay actualmente en Roma. Siempre está con los suizos, con los franceses, con los húngaros, etc..... entre estos todo es bello, magnífico y grande; al paso que entre nosotros todo es oscuridad, y parece que nunca nos salga el sol. Eavanécese con su uniforme de capitán de la guardia cívica, pareciéndole ser otro Napoleon; y cuantas veces me encuentra me apura para que aliste á mi Severo en el batallon de la Esperanza (1). Considera que aun no ha cumplido once años. Bastante tengo con Mimo y Lando, que desde que han entrado en esa guardia cívica no puedo ya hacer carrera con ellos.

—A propósito, tia, decidme, ¿por qué no vienen ya los jueves ni los domingos á pasar la velada con

---

(1) Los demagogos instituyeron un batallon de niños con uniforme verde, que se llamaba de la *Esperanza*.

nosotros? No obstante, tengo preparada para Mimo una nueva pieza de Verdi á cuatro manos para piano, y es hermosísima. A Lando le tenemos preparada aquella hermosa romanza para arpa con acompañamiento de flauta. Allí está mi pobre arpa, vedla; no la he tocado desde que se fué mi primo; pues sola no me da gusto; al paso que con acompañamiento de flauta la estaria tocando todo el dia. Polisena cuando nos oye se enternece, diciendo que las antiguas italianas animaban con el arpa á los guerreros lombardos para combatir á Barbaroja. Decidles á entrambos que los aguardo, y que es una vergüenza olvidar así la música.

—¿Qué quieres, hija mia? dijo aquella pobre madre: desde que se ha establecido el cuartel de la cívica, yo misma no los conozco. Siempre están con el fusil en la mano; continuamente vienen á casa ciertos mocetones barbudos con aborascados bigotes, que al verlos no puedo ménos de hacer la señal de la cruz. Abajo en el plan terreno hacen el ejercicio: Mimo enseña á Lando; luego este manda á Mimo, y así pierden el tiempo hasta deshora de la noche. Luego cuando viene el maestro de esgrima hacen un ruido, un pateamiento y dan unos gritos capaces de despertar á un difunto.

Tú sabes cuán bueno y dócil era mi Landoncito, cuán amable é interesante; pues has de saber que se ha vuelto una víbora. Además, le veía muy humilde, era muy amigo del padre de Vico, cada ocho dias frecuentaba los sacramentos, y todas las maña-

nas oia Misa en el altar de San Luis. Ahora, casi no me atrevo á decirlo, harto consigo si logro con todos mis esfuerzos que no pierda la última Misa de los domingos, pues desperdicia el tiempo engalanándose para la parada que hace el coronel en la plaza del Pueblo, ó en la de San Pedro, á las dos de la tarde. Empiezan limpiando uno el cañon del fusil y otro las abrazaderas, llaman á su hermana Anita para que blanquee con yeso el cinturon de la cartuchera, y la pobrecilla, apénas levantada, con los cabellos en desórden, se embadurna las manos con el albayalde; uno bruñe, otro frota, otro rasca, otro limpia las hebillas y los botones, de manera que tu prima se ha convertido en su verdadero ordenanza; y cuidado que no lo haga á buenas, que Mimo se enfureee y le arroja á la cara el trapo súcio.

En aquel instante entró Bártolo en el cuarto de Elisa por haberle dicho al volver á casa que en él se hallaba su cuñada, y fué á saludarla.—Buenos dias, Adela, ¿cómo estamos?—Muy bien si no fuese madre; pero esta calidad tan dulce y suave por sí misma, ahora me entristece y llena de afan. Amigo Bártolo, no puedo más.—¿Qué sucede? ¿teneis algun hijo indispuesto?—Ojalá que ámbos enfermasen.—¡Ciertamente es esto muy extraño!

Entónces Adela, vuelta á Elisa, le dijo: «Querida, ¿podrias hacerme una naranjada? tengo muchísima sed, y tú sabes prepararlas que es un prodigio.» Despues que salió Elisa, volviéndose su tia á Bárto-



lo, le dijo con las lágrimas en los ojos: «Sí, cuñado mio, me hallo en cuanto á mis hijos en el extremo de desear que estuviesen sumidos en el lecho: la cívica me los asesina.»—¿Cómo así? dijo Bártolo.—Porque, repuso Adela, porque de buenos cristianos que los crié, se hallan en camino de perdicion por la impía y malvada escuela que frecuentan de noche y de día en el cuartel, donde oyen conversaciones que hacen estremecer, blasfemias, juramentos y heregías de nuevo cuño.

«Los primeros dias que mi Lando estaba de guardia, volvía á casa todo desconcertado, los ojos encendidos, la frente arrugada, la cara pálida y el pecho anhelante; me cogia de la mano y estrechándomela la besaba con viveza: ¡qué palpitaciones! parecia que el corazon queria salirse del pecho. Luego me decia llerando: «Mamá, libradme de ese infierno; pues en él pierdo mi alma. Allí no se habla más que de sociedades; uno cuenta sus hazañas con las bailarinas; otro las asechanzas puestas al pudor más exquisito; otro las torpezas cometidas hasta en la Santa Basílica: y citan las personas por sus nombres, diciendo: con esta hice tal cosa, á la otra dije tal otra: y los demás rien, se hacen señas, y esclaman: bien, muy bien, perfectamente.

»Ya podeis figuraros, mamá, que noches se pasau en medio de tan escandalosas conversaciones. Una de ellas, al dar la campana el Ave María, yo me quité el sombrero como es debido. Pero qué silbidos, qué escarnio y befa no hicieron de mí por causa de

aquel acto. Uno me llamó tonto, otro imbécil, otro que era un asno en empañar la gloria de las armas con el Ave María. ¡Vete á decirle con esos bribones jesuitas, que son supersticiones suyas! ¡Infames! ¡he aquí como embrutecen y hacen estúpidos á los jóvenes de talento! ¡Mueran los jesuitas! ¡Viva Gioberti! De día leen los pasajes más furiosos del *Jesuita moderno*, y ay del que no pone toda su atencion á la lectura; la cual glosan y la aplican al padre A, ó al padre B..... Y observad, mamá, que hay muchos entre ellos que todo lo deben á los jesuitas, y que iban á lamerles los piés. Luego despues de leer aquel perverso libro, leen otras mil habladurías é impiedades. Denigran á los cardenales, y hasta hay alguno que en voz baja va diciendo á los más pervertidos:—De aquí en adelante el Papa tendrá que haberlas con nuestras bayonetas.—Ensartaremos á los jesuitas; los guisaremos condimentados con grasa de frailes y prelados, y será un manjar exquisito.»

Todo esto me referia Lando los primeros dias; pero despues, ya porque Mimo tenia más respetos humanos y le reñia por su devocion, ya tambien porque una manzana podrida malea la que está sana, Lando poco á poco se volvió incorregible, provocador y libertino; desprecia las cosas sagradas, se ha vuelto aitanero en casa, y trata de pervertirme á Severino. Además, Mimo y Lando me roban continuamente, y ya han desaparecido de mi casa varios objetos de plata, que Dios nos guarde de que

mi esposo lo note. En fin, Bártolo, el Gobierno debiera poner remedio, ó de lo contrario Roma va á ser una abominacion.

Bártolo contestó: Nada tiene que ver con esto el Gobierno: el Papa dice, menda, suplica, exige, pero el mal está hecho. Luego ya se sabe: ¿quereis que un cuartel sea una sacristía? En ellos se fuma, se gastan algunas bromas, se habla un poco de flores frescas, se rie; pero en el fondo son buenos muchachos los romanos. Ya vereis, Adela, como todo se arreglará, y cuando la confederacion italiana se halle efectuada la Religion florecerá más que nunca.

—Mucho importan estas esperanzas, replicó Adela, á una madre que con tanta ansiedad vé como se separa á sus hijos del temor de Dios, y se les lleva á su perdicion. Pero quisiera que fuéseis más avisado, que vigiláseis algo más á Elisa, y tomáseis en cuenta lo que de ella hablan las amigas de la difunta Flavia tocante á ese mozo suizo... Pero hé aquí á Elisa que llega con la naranjada.

Miéntras tanto, á fin de Noviembre, dos horas despues de medio dia, llegó corriendo un coche á la fonda de Serny en la plaza de España: iba en él la jóven baronesa de Derberg, con un vestido de raso, una esclavina de pieles de marta y un sombrero de felpa rodeado de una trenza de oro. En un asiento detrás del coche iba la camarera, y un lacayo de grandes bigotes que le cubrian el lábio enteramente.

Así que paró el coche en el umbral de la fonda,

salieron de ella dos mozos, que se apresuraron á abrir la portezuela á su excelencia la baronesa, dándole en frances la bien venida. La baronesa mandó que le preparasen la mejor estancia de la fonda; y habiéndose hecho traer los baules y maletas, dijo al dueño: «¿Sabeis si se halla en Roma el señor Sterbini? Sí, excelentísima señora.—Le mandareis decir, pues, en nombre de la baronesa de Derberg que me haga el obsequio de pasar á verme un instante.»

¡Ya podeis figuraros si fué puntual Sterbini! ¡Una baronesa de Derberg! ¿Quién podia ser? ¿Acaso alguna hermana de la Santa Alianza germánica? En medio de tales pensamientos llegó Sterbini á la fonda Serny. Al entrar vió una hermosísima é interesantísima jóven, con un magnífico vestido de terciopelo azul turquí á lo María Stuardo, con una grande soguilla de oro al cuello, de la que pendian varias joyas preciosas sujetas por medio de anillos. La baronesa inclinó suavemente la cabeza, y estendió la mano, la cual besó Sterbini con respeto. Luego la baronesa le dijo:—Sentaos, amigo.—En seguida sacó de una carterita una carta y añadió:—Aquí me teneis que os traigo una carta que me entregó con gran confianza nuestro amigo Aser en Turin... Aquí está, leedla.

Mientras que Sterbini, puestos los anteojos, recorría con avidez el contenido de la carta, la baronesa, apoyando el brazo izquierdo en el sillón, y la mejilla en la mano, con la otra hacia dar vueltas á

los cordones que en gruesas borlas caíanle delante; y así al soslayo observaba los varios afectos que en la frente de Sterbini traslucían á la lectura de aquel escrito. Luego que este se enteró del contenido, soltó una risita; y volviéndose á la señora, le dijo: «Perdonad, señora baronesa; pero segun se espresa Aser, parece que esta carta se haya entregado á un hombre, y no á una tan graciosa viajera.

No os dé cuidado, replicó; Aser debió estar distraído al escribirla. En cuanto á mí, me alegro de que la fortuna romana en todo os sonríe: manteneos firme en la empresa, pues la Alemania tiene la vista fija en Roma, y tambien en Viena y París están esperando la señal.

—Vuestra venida nos infundirá valor, añadió el doctor Sterbini; pues supongo que nos traeis muchas indicaciones á propósito de nuestro intento. ¿Tendremos por mucho tiempo el gusto de teneros aquí?—Mañana parto para Civitta-Vecchia, dijo la baronesa.—¿Cómo mañana? ¿Y no vereis á los hermanos?—No.—¿Y cuál es el término de vuestro viaje?—Malta, dijo la astuta jóven.—Si necesitais cartas para Aquiles ó para De Sanctis, excelentes y virtuosos amigos, tendré el placer de proporcionáros las.—No hay necesidad; pero os lo agradezco infinito: tengo cartas de otra parte para estos tambien, y les llevaré noticias vuestras.»

Sterbini, despues de hacerle otras muchas preguntas, viendo que era tarde, y creyendo que la jó-

ven necesitaba descansar de su viaje, se despidió cortesmente. Babeta el día siguiente partió á Civitta-Vecchia, desde donde se embarcó para Sicilia en busca de Cestio.

## CAPITULO XII.

### LA FRAGATA SAN]MIGUEL.

Aser, despues de haber recorrido gran parte de Alemania hasta Danzick, siempre dedicado á arreglar nuevas coligaciones para las novedades que iba preparando la Jóven Europa en daño de los príncipes y de los gobiernos, lo mismo católicos que protestantes; despues de haber dado esta vuelta, dirigióse á Italia. Los asuntos de Roma ocupaban vivamente á Mazzini y de los radicales de la Suiza; pues creían no poder llegar enteramente á su objeto, mientras la metrópoli del mundo cristiano no hubiese dado al traste en medio de todos los escesos y trastornos civiles y religiosos. Aser habia recibido de estos las más perversas instrucciones; llevaba su provision de noticias para exaltar los ánimos; espuelas para aguijonear, y frenos para sujetar; llevaba consigo los diseños de todas las trincheras para animar los asaltos de todos los baluartes, con el doble objeto de atacar y de defenderse; de todas las mi-

nas para las sorpresas, de todos los acechos para las emboscadas, y de todos los senderos para la fuga.

Roma debia caer en poder de la secta secreta; pero más bien como aquel que paseando entra en un laberinto en cuyo centro hay una cueva de ladrones, que despojan y atropellan al que entró por gusto, que no como quien, sabiendo que el enemigo le aguarda, se arma, procede con cautela, y no cede sino despues de haber con valor combatido. Roma se perdió, tocando, cantando, bailando y riéndose de aquellos que compadecidos le gritaban: Cuidado que si continúas en estas locuras, te verás arruinada cuando ménos lo pienses.

Aser, despues de haber visto otra vez en Turin á los amigos de la calle de Santa Pelagia, en medio de los cuales habia hallado en Noviembre á Babeta; y despues de haber conferenciado con ellos acerca de los intentos de los jefes de la Sacra Alianza, fuése á Génova, no á confortar y enardecer á sus compañeros, sino á alabarles por todo lo que habian hecho, y por lo que estaban en ánimo de hacer. Por la tarde, aunque el cielo estaba turbio y el mar agitado, metiése Aser en una lancha del puerto y se hizo llevar á bordo de la fragata de guerra *San Miguel*, cuyo gran casco descansaba sujeto por el áncora. Allí preguntó por un oficial de á bordo, á quien debia comunicar varios secretos de parte de un ginebrino, quien le habia informado de los procedimientos helvéticos contra la Sanderbund, que habia caído ántes por traicion que por las armas de un ejér-

ido de los con estruendo de los cañones, con el ruido de las bombas y de los cañones de los buques.



cito de más de 90,000 hombres mandados por el general Dufour.

Recibióle en la cubierta del buque un viejo contramaestre que con adusto semblante, pero con ojos serenos, le dijo que el tal oficial habia bajado á tierra para asuntos del almirantazgo; pero que no tardaria mucho en volver, y si queria esperarle mientras tanto, le enseñaria aquel hermoso buque.

Condescendió Aser con mucho gusto. El marino le hizo notar la limpieza del puente, la pulidez de los metales, la maestría de la brújula, el grosor y altura de los mástiles, los cañencitos de las gabias, lo hermoso de las velas plegadas sobre las vergas, la admirable distribucion del cordaje y demas; de manera que Aser quedó maravillado.

Bajando despues á la cámara de popa, entraron en la sala de armas, y vieron espadas y cuchillos dispuestos en forma de estrella, y las paredes cubiertas de puñales, pistolas, trompetas, amarras y falconetes para el abordaje, todo colocado en tan buen órden y hermosa disposicion, que formaba la mejor vista imaginable. Examinó la cámara del comandante y los camarotes de los oficiales y el lujo extraordinario y las magníficas y lustrosas maderas de los muebles, con filetes y embutidos de varios colores, de modo que ellos solos equivalian á las más ricas tapicerías orientales. Pasó á la gran cocina, y admiró los ingeniosos hornillos de hierro, tan bien colocados en el centro de la nave, que aun en medio de la mayor agitacion del mar y de las bor-

rascas, no se derramaba nada de lo contenido en los calderos, ni se esparcían las ascuas con riesgo de causar un incendio.

Al rededor estaban suspendidas de travesaños las hamacas, lechos de lienzo para los soldados y marineros; á los lados en las troneras vió los cañones con gúmenas y garfios para resistir el contragolpe del disparo. Allí estaban sentados en buen orden formando corro partidas de seis y ocho soldados, que estaban comiendo unas sopas con yerbas, y bebían con frascos de cuero, haciendo de mesa las tablas del buque.

Habiendo bajado despues Aser á la estiva, vió otros dormitorios de soldados, y en la proa la enfermería muy bien arreglada y limpia, lo mismo que el botiquin, provisto de cuantas sustancias y medicamentos podían necesitarse, así como de trapos, vendas, lilas y apósitos de toda clase para las heridas recibidas en los combates. En medio de aquella oscuridad que sólo á trechos disipaban algunas lámparas con su luz lánguida y moribunda, en medio de aquel silencio interrumpido sólo por las olas que azotaban los costados del buque, Aser se dirigió poco á poco á un rincon, que formaba una estancia, dentro de la cual se oía un rumor sordo de mucha gente que hablaba en voz baja interrumpida por graves suspiros. Esteriormente se paseaba triste y silencioso un centinela, con pasos lentos y los brazos cruzados, con el sable que casi le resbalaba del hombro izquierdo.

El viejo marino, volviéndose á Aser, le dijo: «Aquí dentro, caballero, están encerrados los Jesuitas que anteayer á media noche, como por un milagro de la Virgen, se salvaron de un terrible asalto que dió el populacho escalando la casa profesa de San Ambrosio, y al mismo tiempo el Colegio Real en el palacio Doria-Tursi. Los pobrecillos son capaces de conmover á las piedras: al ver á unos Sacerdotes dedicados hace tantos años y con tanto celo al bien del pueblo con limosnas, predicaciones confesiones, asistencia á los enfermos y á los moribundos, perseguidos ahora hace tantos meses como unos malvados ó ladrones, y al fin asaltados por una plebe feroz que queria asesinarlos!...

—¿Sabeis cómo han escapado?—Los del Colegio Real, que tenian á pension tantos jóvenes, al ver casi derribada la puerta principal y puestas las escalas á las ventanas, huyeron con aquellos inocentes por un pequeño sendero que desde el jardin conduce debajo del fuerte de Castelletto, y por un favor de Dios hallaron abierto el cancel de hierro, el cual regularmente para guarda del fuerte está cerrado: desde allí pudieron refugiarse en las casas de los ciudadanos, quienes compadecidos los acogieron y pusieron en salvo.

»Los de San Ambrosio, atacados con una rabia de tigre y en medio de ahullidos y blasfemias, vieron que no habia modo de escapar, y estaban ya á punto de caer en las garras de los furiosos, quienes ya se afianzaban en los antepechos de las ventanas

con el puñal cogido entre los dientes, la baba en la boca, y la muerte, el estrago y la desolacion en el corazon. Los infelices padres, viendo rodeada toda la casa y la iglesia por innumerables turbas de amotinados, no podian arrojar se á la calle por las ventanas más bajas, ni escapar por los tejados, por estar la casa enteramente aislada.

»Pero Dios, que queria librarles de aquel martirio, les trajo á la memoria muy oportunamente que la antigua tribuna, en la que iba el Dux los dias festivos á oír el oficio divino, tenia comunicacion con el palacio Ducal por medio de un pasillo que daba á las habitaciones interiores de la familia. Así arriaron escalas á la tribuna, subieron, y despues de haberlas arrojado detrás de sí, se refugiaron en el palacio, donde actualmente vive el gobernador de Génova. Hé aquí que S. E. vió entrar de improviso en su casa á aquellos Sacerdotes descoloridos y aterrorizados, erizados los cabellos y con la frente bañada en sudor mortal.

»Mientras tanto los más feroces enemigos de la casa de Dios entraron por la ventana y corrieron á abrir las puertas: una porcion de guardias cívicos se precipitaron al átrio, y la otra impidió con las bayonetas que entrase el populacho, diciendo que le arrojaría por la ventana las riquezas de los jesuitas. Debeis saber que en aquel átrio hay muchos confesonarios, donde por la tarde iban á confesarse los genoveses, y no pocas veces yo mismo me confesé y recibí grandes consuelos. Al rededor de los pila-

res y las paredes, estaban suspendidos los retratos de tantísimos Padres como fueron martirizados en el Japon, en las Indias, en América y en la China. Pues lo primero que hicieron algunos fué destruir á sablazos los confesonarios, y con un furor satánico traspasaban los ojos de aquellos mártires con las puntas de las bayonetas, y con las dagas los desgarraron é hicieron trizas, dándoles un segundo martirio, diciendo: Ojalá pudiésemos arrancar las entrañas y despedazar á aquellos malvados reverendos (1).»

Aser permanecia inmóvil contemplando á ese anciano marino tan lleno de fe y de piedad; y al oír tan execrables hechos, sentia en su corazon una conmocion muy rara entre sus semejantes, la cual tra-

---

(1) Un diario democrático de Génova quiso desmentir esta genuina relacion diciendo que—la guardia cívica aun no se habia organizado en Génova en aquel tiempo.—Solos les preguntaremos: ¿quién destruyó los confesonarios y desgarró los cuadros? La tropa regular piemontesa no es tan vil que se abandonase á tales sacrilegios y torpezas.

Pero fué la guardia cívica, la cual invadió el colegio Doria Tursi, cuando el Padre Severo Gastaldi, salido de Cerdeña y expuesto á ser asesinado en el camino, fué entregado para salvarle á la guardia cívica, vióse escarnecido toda la noche, lo mismo que Jesucristo en casa de Caifás, haciéndole horro- rizar con las más asquerosas torpezas. La historia, imparcial conservadora de los hechos, tiene notados ya los nombres de los que promovieron aquella atroz y furiosa cacería de jesuitas.

taba de reprimir cuanto le era posible. Pero el contra-maestre proseguía diciendo: «Después no hubo rincón de aquel vasto edificio en que no huroneasen, ni mueble que no rompiesen ó arrojasen al populacho por la ventana: camas, colchones, sábanas, manteles, sillas, mesas, cajones, útiles de cocina, cuadros, y por último, millares de libros y de manuscritos de la biblioteca; de manera que causaba la más profunda lástima ver tantas preciosidades arrojadas confusamente por algunos desalmados, que cargaban con cuanto podían llevar, y adelante.»

«Pero lo más horrible fué que para hacer ver al pueblo que los Padres eran unos disolutos y maivados dignos de toda especie de castigo, arrojaban por las ventanas tajas de chiquillos de teta, gorros de mujer, sayas, estampas obscenas y otros objetos propios de un lupanar. Así fué que la plebe (ora lo creyese, ora fingiese creerlo) gritaba:—¡Mueran los infames! ¡Vayan á la horca los hipócritas! ¡Al fuego los malvados!»

Aser, no pudiendo contenerse, interrumpió al marino diciendo:—¡Oh! Esto es ya demasiado. Eugenio Sué en el *Judío errante*, Gioberto en el *Jesuita moderno*, que achacan á los jesuitas toda especie de iniquidades, nunca les atribuyen estas asquerosas torpezas: semejante honor estaba reservado á los genoveses.—Mejor direis, repuso el anciano, á un médico malvado que se alabó delante de algunos de nuestros oficiales de haber traído él mismo

debajo de la capa todos aquellos objetos abominables y de haberlos arrojado por las ventanas; como tambien fué él mismo quien arrojó el cadáver de una criatura al terrado del pabellon en el jardin del Colegio Real, exparciendo luego la voz de que los jesuitas eran infanticidas. El comisario de policía fué al Colegio, y habiendo hecho arrimar una escalera, subió al terrado, envolvió en un paño la criatura, y entrando en la estancia del Rector se la presentó. El pobre religioso quedó como fuera de sí del susto; pero el comisario le dijo: «Tranquilizaos, Padre mio, que la policía sabe ya de qué manera fué llevada allá arriba esta criatura, y hasta conoce á su madre desnaturalizada y al malvado que la mató y que la arrojó al terrado.

Aser exclamó:—¡Ah mónstruos! Pero estos jesuitas deben ser muy odiados del pueblo cuando tanto se ha enfurido contra ellos.

—¿Odiados del pueblo? Muy al contrario; el buen pueblo genovés ha dado siempre pruebas de que los ama y reverencia: á ellos acudia en sus necesidades con toda confianza, y ellos en cambio le trataban con grande amor. En cuanto á mí, los tengo en el concepto de bienhechores, y nunca podré olvidar cuánto hicieron en mi casa en tiempo del cólera. Figuraos que tenia un hijo ya creciao, que entónces acababa de llegar de Buenos-Aires: el cólera atacó á mi esposa; el muchacho y una hija mia de 16 años la cuidaban, dábanle friegas con franela, le aplicaban los fomentos y demas; pero luego, uno tras otro

cogen la enfermedad y su estado es gravísimo. Continuamente permanecieron junto al lecho dos jesuitas. Los vecinos, cada uno procuraba guardarse, y no se encontraban asistentes con todo el oro del mundo; al paso que los jesuitas, á más de confesarlos y animarlos con santas palabras, les daban á beber aceite, calentaban mantas y los envolvian con ellas, les levantaban la cabeza, y muchas veces en medio de la violencia del vómito parte de lo arrojado les caía en el hábito; pero ellos firmes sin que nada les amedrentase ni les hiciese asco. Mi esposa murió; pero gracias á tan solícitos cuidados mis hijos se libraron de una muerte casi inevitable. Uno de aquellos dos Padres se halla también encerrado aquí dentro. ¿Quereis verles un instante? Se os partirá el corazón al verles tan abandonados, pues hubieron con sólo el hábito que llevaban encima.»

Aser le respondió que en efecto gustaria de verlos. Entónces el viejo marino abrió poco á poco la puerta, é hizo entrar al jóven forastero, quien á dos pasos se deluvo como desmayado. En aquel estrecho recinto, á la fúnebre luz de un ahumado farol, en el interior de una especie de sepulcro de cinco metros de largo sobre cuatro metros de ancho y uno y medio de alto, habia más de veinte religiosos, pálidos, macilentos, con los ojos mustios y la cabeza inclinada, sentados en el suelo, arrimados unos á otros como bestias, en medio de un tufo, un hedor, y un afán mortal. En un rincón habia sentado encima de un monton de paja un viejo,



envuelto en una colcha, atormentado por dolores, y tan angustiado, que á cada respiracion parecia querer exhalar el alma; á su lado habia un hermano jóven aleman, quien con una mano sostenia la cabeza del moribundo, y con la otra le enjugaba el sudor que en sus accesos asmáticos le chorreaba de la frente.

Dijo este algunas palabras á otro Padre, y conoció Aser en la pronunciacion que era aleman; por lo que animándose le preguntó en su lengua pátria, quien fuese aquel enfermo. El hermano Winterhalter levantó la cabeza, y contento con hallar en medio de aquel extremo abandono un compatriocio suyo, le respondió: «Señor, esta víctima de la crueldad humana es el viejo polaco Wisoski, echado del Imperio ruso con los demas jesuitas en 1820, hombre que empleó sus mejores años acompañando á los misioneros á las áridas tierras de Siberia y á los ásperos montes del Cáucaso, en donde cada año iban los jesuitas en busca de los infelices católicos de Polonia allí desterrados, á fin de proporcionarles los consuelos de la Religion, y tambien lo que puede dar el hombre, llevando ropa y pieles para que se abrigasen en aquellos rigurosos hielos, y alguna botella de ron con bizeoches, que era para ellos un beneficio inestimable. Así este noble y generoso hermano, quebrantado por tantos viajes y por la humedad de aquellos frios y nebulosos países, se vió atacado de terribles dolores en los huesos que le obligan á ir encorvado hasta el suelo, y princi-

palmente le han atacado en las articulaciones de los dedos, que como veis, tiene encallecidos.

«Este infortunado habitaba en el colegio Real, en donde hacia mucho tiempo que estaba imposibilitado y sumido en un lecho por sus espasmos y achaques; ahora hace dos semanas que su estado era gravísimo. La otra noche, en el asalto del colegio, mientras huían los Padres y demás comensales, uno de dichos Padres, jóven magnánimo (el mismo que veis allí sentado, disfrazado (1) á la italiana), no quiso separarse del lecho del enfermo, y Dios le salvó milagrosamente de las manos de aquellos furibundos. Cesado algun tanto el tumulto despues de media noche, salió ocultamente, y fué á pedir por favor que aquel viejo fuese admitido en el hospital público; pero se lo negaron con inaudita crueldad. Así el mismo Padre fué detenido en el cuerpo de guardia, y Visoski, cogido envuelto en la colcha por cuatro soldados, lo llevaron en brazos á bordo y lo echaron, como veis, en el fondo de este buque.»

Así rechinaba los dientes á impulso de la rabia que tamaña crueldad le infundia, y sentia en lo íntimo del corazón un punzante remordimiento por haber él mismo, segun las órdenes de Mazzini, impulsado á aquella cacería á los tigres de la secta. Preguntó á Winterhalter quién era el superior. «Ahí está echado, contestó el hermano. Es bre-

---

(1) Era un misionero de los Estados-Unidos de América.

ton, y por espacio de veinte años estuvo haciendo grandes beneficios en Génova, por lo que era amado y respetado de todos los buenos (1). A ser se inclinó, y compadecido de su situación, le preguntó en francés quién le había así sepultado y cómo había sido ello. El superior, que era benévolo y cortés, después de haberle dado las gracias por sus compasivos sentimientos, le dijo así:

«Desde Noviembre del año pasado y á la vista del Rey, los seductores del pueblo empezaron á formar grupos y turbas, con banderas que llevaban por las calles gritando:—Viva la Italia, Viva Gioberti.— Llegados al Colegio Real y debajo de San Ambrosio, ahullaban, mugían, rugían como fieras, vociferando:—¡Fuera los jesuitas! ¡Fuera el austriaco!—Habiendo partido el Rey en Diciembre, el motin no tuvo ya tregua, y así de día como de noche se oían los gritos de mueran los jesuitas.

«Largo fuera de contar nuestras zozobras, las terribles noches y espantosos días que hemos debido pasar por espacio de mas de tres meses, encerrados en casa, y reducidos hasta á decir la Misa en la iglesia con las puertas cerradas, puesto que ni aun el santo templo del Señor era respetado. Algunos de nuestros hermanos legos que salieron á comprar lo

---

(1) El P. Luciano Guiberto, después de haber sufrido tantos males en Italia, pasó á América: de allí fué á Flandes al lado del conde de Ultramontes, con qu'en fué el año pasado á Roma y Nápoles, y ahora se halla en los colegios de Francia.

indispensable, viéronse acometidos en la calle por hombres feroces pagados y atizados por la secta, que les maltrataron, y hubiéranles asesinado á no haberles sacado algunas personas compasivas de las garras de semejantes malvados.

•»Desde muchos años que teníamos en casa al Padre Jordan, portugués, sujeto de gran celo y virtud, quien enviado por la Compañía á Inglaterra, y de allí á San Petersburgo, hizo admirables conversiones entre los Príncipes y nobles de Rusia. Arrojado de allí en 1815 y de toda la Polonia en 1820, primeramente fué á Francia, despues á Italia, y por último, desde hace mas de veinte años que se hallaba en Génova. Convirtió él sólo mayor número de judíos y de protestantes que ningun otro de nuestros Padres. Ya podeis pensar cuánto le aborrecerian los impíos. Debió ir prófugo y errante por el Piamonte, y consumido por los años, las persecuciones y los sustos, siempre con la muerte que le estaba amenazando, cayó en una grave enfermedad, y aun así demacrado y exhausto, echado de una á otra ciudad, sin que ningun hospital ni persona alguna caritativa pudiese recogerlo de la calle, fué llevado en medio de los frios en unas angarillas al través de los hielos de los Alpes á Niza de Provenza, en donde murió apenas acababa de llegar.

•»Ni sus venerables canas, ni la memoria de las abundantes limosnas que hizo continuamente á los pobres de Génova, ni el agradecimiento por tantos beneficios como hizo á los desgraciados que acudían

siempre á su bondadoso corazon, nada de esto pudo mover en lo más mínimo los crueles corazones de sus enemigos. Así, habiendo escapado de sus manos, no sabiendo estos como vengarse de sus virtudes, corrieron furiosos á la plaza del teatro, en donde habia caído una copiosa nevada, y amontonando la nieve formaron como un catafalco, y con dos palos y un travesaño formaron una herca. Luego hicieron un maniquí en figura de jesuita, poniéndole el nombre del *infame* padre Jordan, lo ahorcaron por mano del verdugo en medio de los silbos y rugidos del populacho, el cual le escupia y arrojaba pelotones de nieve. No se contentó con esto todavía su ferocidad, sino que descolgándolo lo pusieron en un féretro é hicieron una procesion nocturna con antorchas de resina, y recorrieron la ciudad cantando el *Miserere*, hasta que al llegar á San Teodoro precipitaron el maniquí al mar por entre los peñascos, y llenando el aire de maldiciones.»

Aser callaba y trasudaba, y el superior prosiguió su relacion. «Despues de tantos horrores y abominaciones, dieron el asalto á nuestra casa derribando las puertas y escalando las ventanas. La Divina Providencia nos deparó un medio de salvacion en la tribuna que desde la iglesia comunica con el palacio del gobernador; pero allí, apénas llegamos á salvo, se nos quitaron inmediatamente los manuscritos de sermones y de lecciones de humanidades y de filosofia, lo único que pudimos llevarnos; nos encerraron en una estancia, y al cabo de dos horas,

habiéndonos hecho poner unos capotes y yelmos de soldados, así disfrazados y estrechados en medio de un numeroso batallon, fuimos llevados á esta oscuridad, sin permitirnos hasta despues de un dia y medió subir á cubierta ni aun de noche á respirar un sorbo de aire puro, puesto que, como podeis experimentar vos mismo, aquí nos ahogamos.»

El viejo marino, al contemplar el triste aspecto de aquellos Sacerdotes, lloraba y habiéndose vuelto al padre que con tanta caridad habia salvado á sus hijos en tiempo del cólera, le cogió la mano, y sin decir palabra la besó exhalando un hondo suspiro. Aser dijo: Pero entre estos Padres no pocos serán ciudadanos y naturales del reino: siendo así, ¿por qué razon no se les permite volver á sus casas?—Ya lo hemos solicitado, dijo el superior, pero no nos dan respuesta, ni nos dejan los medios de acudir al Rey; ántes al contrario, á algun oficial se les escaparon ciertas palabras que nos dan muchísimo que re celar.

Aser, llevado de su enojo, exclamó.—Estos hombres empedernidos son dignos de todo vuestro ódio.

—No, señor mio; ellos merecen toda nuestra compasion.

—¿Es posible? despues de haber sido tan crueles con vosotros (al paso que si no querian que estuviérais reunidos, podian separaros y enviar á cada uno á su respectivas familias) ¿y no les odiais?

—Muy léjos de desearles el menor mal, rogamos á Dios por ellos.

Aser, al oír la expresion de tan nobles y cristianos sentimientos, quedó profundamente conmovido: despidióse, y salió de allí con unos afectos del todo nuevos en su corazón.

Dos días despues partió en posta para Luca, y en la bajada del Poyo entre el Borghetto y Spezia, en uno de los saltos que dió el carruaje, se rompió un muelle, por cuya causa debió detenerse algo en esa ciudad. Mientras estaba paseándose á lo largo de aquel admirable golgo, en el que pueden fondear varias flotas sin verse la una á la otra, y estar con toda seguridad, divisó á lo léjos la humareda de un pequeño buque de vapor que habia vuelto la proa hácia aquel lado.

—¡Miradlos! ¡miradlos! empezaron á gritar algunos hombres de cara feroz, ¡ahí vienen! ¡arribal mano á las piedras: vienen jesuitas, los cuales son enemigos de la Italia, no les dejéis acercar: querian entregarla al Austria, abrasar nuestras casas y asesinar á nuestros hijos.

Eran aquellos furiosos algunos genoveses, que habiendo oído decir que el gobierno habia trasladado los jesuitas desde la fragata *San Miguel* al *San Jorge* para enviarlos á Spezia, y de ahí á los estados del Duque de Módena en Massa, habian venido de antemano con intento de amotinar al populacho para insultar á aquellos infelices desterrados. Semejante rumor y gritería atrajo á los carabineros; y cuando

el buque estuvo surto y anclado, echó al agua algunos botes para desembarcar á los jesuitas. Pero aun no habian llegado al muelle, que aquellos frenéticos, atizados por otros, arrojaron una nube de piedras. Los carabineros gritaban al pueblo que se estuviese quieto, pues obraban por órden del Rey, y aquellos sacerdotes estaban bajo su salvaguardia; añadiendo que allí estaban los coches en que debian ser trasladados, hallándose todo dispuesto para que partiesen inmediatamente.

—¡No! ¡matar á los traidores!

Pusiéronse de por medio algunos caballeros, y Aser entre ellos, y tanto hicieron, que al fin aquellos infelices pudieron subir á los coches. Pero en medio de tan encarnizado furor y de tan fiero tumulto, ¿cómo trasladar al anciano Wisoski, dolorido de todo su cuerpo, enteramente encorvado y casi moribundo? El padre jóven del Colegio Real, de quien hemos hablado, vestido como estaba á la italiana con una gran corbata tricolor al cuello, cargó con el enfermo á cuestras, envuelto como estaba en la manta, y gritando como si fuese un agente de policía:—Ea, fuera, canalla, paso! lo llevó á un coche, en el que le acomodó del mejor modo posible en medio de tan extraordinario tumulto.

Partieron aquellos desterrados sacerdotes en medio de los ahullidos y silbos de la turba soez, aunque custodiaba cada coche un carabinero y habian ya pasado la Magra; los dos carabineros que iban de vanguardia retrocedieron asustados, diciendo á sus



compañeros: Vamos á morir todos: de Sarzana salen más de mil furiosos que fueron avisados por un expreso enviado de Spezia: están armados y gritan: ¡Mueran los traidores! Los carabíaeros se pusieron alerta y mandaron á los postillones que se mantuviesen apartados de la ciudad, y que diesen la vuelta á las murallas hasta llegar al otro extremo de la misma, en donde renovados los tiros partirian á Carrara.

En tan angustiosa situacion, los desventurados jesuitas encomendaban su alma á Dios, confesábanse y se absolvian mutuamente en artículo de muerte, levantaban la vista al cielo, invocaban á la Virgen, y se ofrecian en pleno holocausto al Señor.

Aser, despues de haber arreglado el coche, prosiguió su camino, y llegó á Sarzana precisamente cuando aquellos tigres desencadenados, corrian por dentro de la ciudad á tomar la delantera á los Padres. Aser, como vió la tempestad que iba á caer sobre aquellos desdichados, detuvo su carruaje algun tanto en la plaza ó esplanada que hay fuera de la ciudad, y vió el atroz espectáculo que ofrecian aquellos centenares de bárbaros reuniendo grandes piedras, precipitándose á los carruajes en que iban los Padres, y con el brazo levantado, aguardando la señal para arrojarlas. La mayor parte de los espectadores se estremecieron, helóseles la sangre; bajaron la vista, y volvieron la cara por no ver tanto estrago. Unos llenos de ódio se arrimaban á las portezuelas y arrojaban fango y estiércol de buey y de

caballo á la cara de los Padres; de modo que estos, pálidos y desfigurados, apenas tenían figura humana; pues cabellos, vestidos, rostro, todo estaba cubierto de fango y de suciedad. Nada vivo presentaban, ni aun los ojos, que tenían cerrados por temor de quedar ciegos, y á algunos mezclada con el fango les cayó alguna piedra que les descompuso el rostro (1).

Cuando Dios quiso llegaron al sitio destinado á la muda de caballos, los que rompieron algun tanto por entre la muchedumbre, y fué un milagro de la Providencia que ninguno arrojase la primera piedra, pues de lo contrario indudablemente hubieran caído tantas sobre aquellos mártires de las sociedades secretas, que hubieran quedado sepultados bajo las mismas. Al salir por la cerca de Lavenza del territorio piamontés, bendijeron á la Providencia, y llegaron á Carrara en un estado tan miserable que el verlos causaba espanto.

---

(1) Pedro Sterbini, en su larga palabrería impresa en Roma en su diario, dijo: «Ya no hay un sólo jesuita en los colegios de Italia: los pueblos no los quisieron; pero los respetaron; á nadie se hizo daño ni se tocó á ninguno siquiera á un cabello.— No sé si al Sr. Sterbini le hubieran gustado mucho semejantes obsequios.

### CAPITULO XIII.

#### CESTIO.

Por ese mismo tiempo Babeta de Interlaken, ya desde fines de Noviembre del año antecedente se dirigió, como queda dicho en otro capítulo, á la isla de Sicilia bajo el nombre de Baronesa de Derberg, con el piadoso designio de quitar del mundo al jóven Cestio, el cual movido por los impulsos de su conciencia habia abandonado las sociedades secretas, á las que por desgracia habia dicho su nombre y su profesion. Llegada Babeta á Palermo, y habiendo alquilado allí una casa elegante cerca de la marina, estuvo acechando los pasos y las acciones de Cestio, con que tuvo conocimiento de que por Navidad debia volver á Siracusa con los hijos del Príncipe, de quienes era ayo é institutor. Mientras que (como el gato que dormitando acecha el agujero donde está metido el raton) aguardaba á su víctima, no permaneció ociosa; sino que usando de toda su actividad para promover y ayudar á los perversos intentos de

la secta, se introdujo en las reuniones de la Joven Sicilia para animarla á acometer grandes y súbitas novedades.

Obraba parte en público y parte en secreto; frecuentaba las juntas de los más ardientes demagogos en casa del Príncipe de Scordia ó del viejo Rugerio Septimio, en donde le sucedia encontrar todas las tardes uno ú otro imitador de Juan de Prócida; quienes ayudándose con los secretos manejos con que se gobiernan los agitadores de Suiza y de Alemania, agradecian á la baronesa sus provechosas lecciones.

Vuelto ya Cestio y Palermo, Babeta, que era muy hábil en falsificar escrituras, valióse de un ardid diabólico, escribiendo á Cestio una carta como que fuese de su prima de Lucerna, á quien el jóven amaba; y al mismo tiempo le envió de letra propia una esquila, diciéndole que tuviese la condescendencia de pasar á verla, pues tenia que hablarle muchas cosas de parte de su prima Enriqueta. Cestio quedó contentísimo; y la baronesa le dió tan halagüeña acogida, que quedó prendado de aquella noble señora; y no contento con la primera visita, siguió tratándola familiarmente todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones, y hasta alguna vez salia á paseo en su compañía.

En resúmen, supo aquella miserable tomar tan bien sus medidas, que ya le pareció haber llegado el momento de dar el golpe. Una tarde, paseándose fuera de Palermo por una espesa selva de laureles,

dirigióse con él detrás de una pequeña altura, llevándolo por sendas estraviadas, y en que cruzándose las ramas forman como una bóveda de verdura, y despiden una sombra que despues del crepúsculo tiene la oscuridad de la noche. Pero en el instante en que la fingida baronesa iba á clavar traidoramente en el costado de Cestio un largo estilete, hirió sus oídos el repentino ladrido de una perra de casta de lebel, que saltaba y jugueteaba con otros perros por entre el laberinto de aquellos senderos; por lo que temiendo Babeta que los dueños de los perros podian entrar de improviso en la selva, aparentó que queria volver á los sitios frecuentados, y se volvió con Cestio á la ciudad.

Como le salió mal el golpe, se puso á imaginar nuevos ardidés para lograr su intento. Así, cierto dia que estaban sólos en casa, tomando un aspecto grave y sério, le dijo: «¿Sabeis, mi querido Ernesto (este era el nombre que le habia puesto la secta de los iluminados al entrar en ella) que el año pasado, en una romería que hice con otras nobles señoras alemanas á vuestro santuario de la Ermita, al contemplar á vuestra Virgen Santísima sentí en mi pecho tan viva conmocion, que no pude ya recobrar otra vez la calma? Trato continuamente de combatirme á mí misma, pero es inútil, pues la idea de dejar de ser luterana por abrazar el Catolicismo me persigue y atormenta con una tenacidad increíble. Vos, que sois católico, ¿no podríais darme alguna luz que me ilustrase y guiase en este asunto?

Cestio, que se habia convertido de veras al buen camino, se alegró muchísimo de lo que estaba oyendo, y le propuso ponerla en manos de un piadoso Sacerdote que desvanecería sus errores, y le daría mucha luz acerca de la verdad del Catolicismo. Babetta le respondió al punto:—Os lo agradeceré muchísimo; mientras tanto os ruego que mañana por la tarde vayais á la basílica de Monreal, en la capilla donde hay los sepulcros de los Reyes, y allí, sin temor de que nadie nos interrumpa, como sin duda sucedería aquí en mi casa, podremos hablar de este asunto con más seguridad y comodidad. Cestio respondió que de muy buena gana iría, y que ántes pasaría á buscarla.—No, repuso Babetta; vos vais allá solito, y yo por mi parte vendré tambien sola; no os haré esperar: ved que no tardeis. A propósito, despedid el coche que volveremos juntos en el mio.»

Al dia siguiente al ponerse el sol, dirigióse Cestio al grandioso templo de Monreal, y despues de haber examinado con asombro aquel vasto y magnífico edificio, que levantó la magnificencia de los Reyes normandos fundadores de la monarquía de Sicilia, dirigió sus pasos solitarios al recinto de los sepulcros. Los dias de invierno son cortos, sombríos y por la tarde se aumenta la oscuridad, y la arquitectura gótica forma siempre majestuosas sombras: así fué que en aquella hora los mausoleos de los Reyes sólo tenían una leve tintura de luz. Cestio, viéndose sólo, se arrodilló al pié de uno de los

pilares, y rogó á Dios, en medio de aquel triste y y solemne silencio, que en su misericordia le perdonase las culpas de su juventud, y principalmente el haber apostatado de la fe con los juramentos y secretas abominaciones de los iluminados.

Cuando estaba intimamente conmovido su corazón con estos pensamientos, y compungido brotaban lágrimas de sus ojos, oyó el ruido de ligeros pazos y vió que entraba la baronesa. Iba vestida con un manton oscuro, y llevaba las manos metidas en un gran manguito de piel de fauna forrado de negro. Adeñtose, y despues de haberle dado las gracias por la puntualidad con que habia acudido, sacó la mano del manguito, y se la alargó cogiéndole la suya.— ¡uy bien; pero me parece que estaríamos mejor sentados detrás del sepulcro de Guillermo el Malo.

Dieron vuelta al mausoleo, y ántes de sentarse, la baronesa detúvose algo como examinándolo; luego, bajando la vista al pié del sepulcro, dijo á Cestio:— ¿Habeis jamás leído la inscripcion del sepulcro de este gran Monarca? Por favor leedme algo de ella, y veremos qué dice.— Cestio se bajó un poco por causa de la oscuridad, aproximando la vista al mármol. Entónces Babeta sacó de dentro del manguito un agudo puñal de tres filos y le clavó su agudísima punta en la articulacion de la cerviz; luego, en un abrir y cerrar de ojos, retiró el puñal, echóse á un lado, y clavóselo por los riñones hasta el corazón.

Aquella satánica mujer enjugó friamente el puñal

en el mismo vestido de su víctima, lo metió en la vaina, y salió de la basílica sin ser vista de nadie; subió otra vez al coche, y sin que nadie del mundo pudiese sospecharlo, fué como acostumbraba á pasar la velada á casa del Príncipe Rugiero Septimio, donde estaban reunidos los conjurados que dentro de pocos dias habian de presentarse en abierta rebellion, y trastornar la isla á los gritos de viva la libertad (1).

En aquellos primeros dias de furor y de estragos, Babeta, vestida de hombre, ocupábase enteramente en poner barricadas en las calles, y atrincherada detrás de los paisanos, tiraba á la guarnicion con un pequeño cañon ingles que barria con su metralla á cuantos soldados se ponian delante. Cuando fué asaltado el cuartel real, fué de los primeros que entraron, semejante á una pantera, dentro de las habitaciones, y mataba sin piedad á los oficiales. Pero como tenia muy á pechos las cercanas revuel-

---

(1) Hemos recibido de Sicilia amargas y prolijas quejas, suponiendo que hemos calumniado al Príncipe Rugiero Septimio atribuyéndole inteligencia secreta en el asesinato de Babeta; y esto por haber dicho que despues de cometido el crimen fué á pasar la velada á casa de dicho Príncipe. ¡Buen Dios! ¡quién pudo sospechar que nuestras palabras contuviesen semejante indignidad! Los sicarios de la secta, despues de cometer un homicidio, y á fin de alejar de sí toda sospecha, van á las casas honradas con una cara tan serena que nada deja traslucir del horroroso secreto del corazon.



tas de Viena y como seguia con los conjurados de este país tratos que la llamaban á Alemania, resolvió salir de Sicilia. Por aquella parte el mar le estaba cerrado, por lo que subió á un buque británico, navegó á Malta, y de ahí á Nápoles.

Habiendo llegado al puerto y desembarcado en el muelle nuevo, pidió una de las mejores posadas con vista al rio Chiaia. Luego, viendo á lo lejos en la direccion del castillo grande confusion, agrupamiento de pueblo, y gentes que se preguntaban y respondian mutuamente, ó retrocedian espantadas, y arribaba los terrados y balcones llenos de curiosos, y un gran movimiento de cabezas, salió Babeta á la portezuela del coche y preguntó qué era aquel tumulto.

Respondiéronle que la Guardia nacional se habia llevado los jesuitas, y ahora los custodiaba en el Castillo, desde donde se trasladarian á un buque y se marcharian con Dios. Babeta ya no pudo contenerse; y apeándose del coche, metióse entre los amotinados, y tantos esfuerzos hizo, que penetró hasta la fuente Medina. Allí con la espalda apoyada en el cancel de hierro, esperó que pasasen por allí los coches, que ya asomaban por la puerta de San José, y llegaron á la fuente formando una hilera de más de treinta carruajes.

Estaban los pobres proscritos repartidos cuatro en cada carruaje, pálidos y silenciosos, pero serenos; custodiábalos la Guardia nacional con los auxiliares á lo largo del pequeño mercado, donde dieron el

asalto al colegio, y más abajo, por Toledo y Montoliveto, hasta Castelnuovo. Los napolitanos que acudieron á aquella especie de entierro público, estaban tristes, taciturnos, espantados de tantos sacrilegios y horrorizados de ver tanta crueldad.—¡Oh monstruos! esclamaban al rededor de Babeta aquellos hombres del pueblo: ¡oh bárbaros! ¡Tenerlos encerrados en sus cuartos por un dia y una noche con centinelas; perseguir á los pobres que buscaron su salvacion bajando por las ventanas; arrancar del lecho á los enfermos, desterrar á nuestros conciudadanos, pobrecitos, despojados de todo, sin dejarles llevar un poco de ropa blanca ó alguna manta para abrigo!—¿Qué manta ni ropa blanca? decia otro: se lo robaron todo; yo mismo he visto esta mañana vender por nada las servilletas.—Y yo, añadia otro, ví robar en la despensa manteca, jamon, queso y demas. Al ver aquellas caras patibularias, es imposible creer que fuesen napolitanos los que tal hacian. ¡Pobres Sacerdotes! ¡nos hacian tantos beneficios!

Pero cuando vieron asomar el Padre Capelloni (que es el viejo misionero y el padre del pueblo), hubo tal conmocion entre los que miraban aquella desgarradora escena, oyéronse tales gemidos y vieronse tantas amenazas, con las manos, con los ojos y con el gesto, tales suspiros, tal llanto y murmullo sordo y profundo, que daba verdadera lástima.

Ciertamente que Babeta no era muy tierna de co-

razon; y sin embargo, no pudo ver sin enojo aquel espectáculo que hacia odiosa la secta á los ojos de los ciudadanos pacíficos. Cuando se despejó el lugar fuese Babeta á la posada, y asomándose á la ventana vió el pequeño buque de vapor *Flavio Gioia* lleno de jesuitas.

El cielo estaba oscuro, con grandes y amenazadoras nubes, que rompieron en lluvia y granizo, cosa muy rara en el mes de Marzo, de modo que parecia una muestra de la indignacion divina. Dos grandes barcas llenas de populacho pagado seguian al vapor, y aquellos hombres embriagados cantaban el *Miserere* con voces roncadas y bestiales. Pero el vapor siguió el rumbo hácia el cabo Posilipo, y desapareció de la vista de los que lo estaban observando, sin detenerse hasta Baia, en donde los infelices Sacerdotes hallaron seguro refugio en aquel antiguo y solitario Castillo, y de allí al cabo de algunos dias se dirigieron á Malta.

Las circunstancias de Nápoles eran poco seguras, tanto por las tramas del interior, como por las intrigas exteriores: los malos humores, estancados y corrompidos desde mucho tiempo, ya habian llegado al punto de gangrenarse; pero el verdadero pueblo y el brazo del ejército estaban sanos, y el corazon del Rey era fuerte y robusto. Con tanta vida no era el mal desesperado; y si el vado no era muy libre para los monárquicos, tampoco faltaban escollos y tempestades para los liberales, muy difíciles de evitar en vista de la récia corriente que con tal

impetu los arrebatava. En medio del tumulto de las facciones, Babeta se creia segura en Nápoles, y no tomaba de sí ningun cuidado, pues en la persecucion de los jesuitas veia un triunfo completo y seguro para la libertad.

Pero el dia siguiente, un teniente de la guardia suiza dijo á un compañero suyo: «¿Sabes, Frontz, que hoy mismo me ha parecido ver una forastera que tiene todas las trazas de Babeta de Interlaken? Subia sola hácia San Telmo para gozar de la maravillosa vista de Nápoles, del Vesubio y del Golfo, miéntras que yo bajaba saliendo de guardia por la puerta de la Cartuja. La miré fijamente, pues venia de frente, pero ella iba distraida mirando la cima del monte; en efecto, era la misma.

¿Qué estas diciendo, amigo Oswald? Con todo, creo que no te has equivocado, pues ayer en la plaza Real ví entretenido en examinar el pórtico de San Francisco de Paula al famoso Mathis, que sin duda debe haberse asalariado como criado de Babeta.—¿Quién es ese Mathis?—Aquel muchacho de la posada del Oso en Berna, un pícaro de agudo puñal y de carabina infalible: aquel holgazan que se metió despues en los cuerpos francos, y cometió tantos crímenes en los pequeños cantones. Precisamente debes de conocerle.— En efecto.— Pero, repuso Frontz, ¿Cómo diablos ha venido á parar acá esa mujer? ¿Con qué objeto?

¿Con qué objeto? dijo Oswald; seguramente seguirá la pista á algun desgraciado que debe sacrificar á

la venganza de las sociedades secretas. No puede ser otra cosa; ¡y Dios nos libre de su puñal! no quisiera que fuese su víctima a!gun compañero nuestro, pues sabes que asesina al más pintado á traicion. Sé de secreto que los embajadores de varias c6rtes han dado aviso á sus Gobiernos de las hazañas de esta doncellita.

Al dia siguiente de la conversacion que acabamos de referir, tenida entre dos oficiales, mucho despues de anochecido, se paró un coche en la plaza de la Victoria, y se apearon dos caballeros, que se pasearon por delante de la puerta de los jardines p6blicos. Al cabo de media hora entraron á ver al dueño de la posada, y preguntáronle si habia acabado de cenar la señora Baronesa de Derberg.—¡Oh! hace ya rato, y su criado acaba de salir para ir al correo.—Estos dos personajes se hicieron anunciar el uno bajo el nombre de conde de Arstelf, y el otro bajo el de Baron de Gutz. Halláronla que estaba leyendo la *Gaceta de Augusta*; y presentándosele de improviso delante, le dijo el principal: «Señora, estais en poder de la justicia.—¡Como!—¡Silencio, señora!—Pero me tomais por otra persona.—¡Silencio!—Pero esto es un horror.—Silencio repito, ó sino...—Al ménos permitid tomar un chal y una pelisa.—Todo lo tendreis ántes de una hora. Esto dicho, el uno la tomó por el brazo, y el otro le puso el sombrero que tenia encima de la cama; luego cerraron con llave la puerta de la estancia, y subieron al coche. Abajo en la calle habia otros tres comisa-

rios; uno de los cuales se juntó con el jefe, después que su compañero volvió á subir á la habitación, á fin de recoger los papeles, escudriñar las maletas; y los dos restantes quedaron en acecho de Mathis, que no tardó en volver.

#### CAPÍTULO XIV.

#### EL ARPA.

Mediante todo el tiempo que Aser estuvo ausente de Roma, Elisa supo tan bien reprimir los sentimientos de su corazón, que las amigas y conocidas nunca la oyeron pronunciar aquel nombre; y cuando oía hablar de él á otros, se conducía con tal sosiego, y su fisonomía manifestaba tanta serenidad, que unido todo á su compostura y modestia hacia que nunca la envidia pudiese hincar en ella su venenoso diente. Hasta muchas doncellas creían que Elisa no le amaba ya, ó acaso que nunca le había amado. Esto no obstante, nuestra jóven pensaba en él á menudo; y tenía el más profundo sentimiento al oír los rumores de que acaso era cómplice en las conspiraciones y trastornos de Europa; pues no hubiera deseado otra cosa que ver en él un jóven honrado y virtuoso; y á este fin dirigía á Dios continuamente sus oraciones.

Pero Polisena, multiplicando sus asechanzas, tra-

taba con toda clase de ardides de corromper aquella alma, y en todas sus palabras exparcia el veneno de la impiedad; con todo, así como esa mujer perversa, no atreviéndose á expresarse abiertamente, ocultaba el tósigo bajo palabras de virtud, así el alma virginal de Elisa, fijándose más bien en el sonido de las palabras que en el maligno fin á que tendian, mantenian íntegro en el pecho el tesoro de la educacion religiosa que habia recibido en su infancia; y aunque se le dieron á leer los libros más nocivos, no la pervertian; lo que fué un verdadero milagro debio á su recto juicio, que no podia gustar del error; y que cuanto peor era el libro, tanto más asco le causaba y tanto más lo aborrecia.

Elisa, un día de los primeros de Marzo de 1848, despues de comer estaba sola en su gabinete de estudio, mientras que Poisena habia salido de casa con una Princesa húngara que le suplicó la acompañase á ver el conde Mamiani para ciertos asuntos propios secretos. Bartolo estaba leyendo en un cuarto inmediato tendido en un sofá. Elisa estaba triste, pues su corazon, siempre que se hallaba libre y entregada á sí misma, le dictaba aquellos buenos sentimientos que entre el tumulto de las pasiones ó callan, ó si hablan no son atendidos. Levantó los ojos y los fijó en su querida Virgen de los Dolores que estaba encima de su escritorio, la que con sus miradas dulces y ojos humedecidos parecia que la estuviese contemplando.

Cogió Elisa el arpa, y sentada en frente de la Vir-



gen, teniendo en ella fijos los ojos, recorrió las cuerdas, empezó á tocar uno de los más dolientes versículos del *Miserere* de Haiden, acompañándolo con su canto. A los primeros sonidos de aquellas notas, Elisa profundamente conmovida y arrebatada su mente, recorría con suma ligereza con la mano derecha las cuerdas agudas y las graves con la izquierda, y era tal el poder de aquella celestial melodía, y tan suave, clara y triste la voz de aquel canto, que á Bárto se le cayó el libro de la mano, y estuvo escuchándola como estático.

Aquella mano tan linda, aquellos dedos largos y torneados, recorrían las cuerdas con tal agilidad y soltura, haciendo con tanta gracia los saltos, carreras y el paso de una á otra octava, que podía compararse á la industriosa araña trabajando en las sutilísimas hebras de su tela.

La voz de Elisa era dulce, aguda y sonora, y se acomodaba á todos los tonos con una suavidad y un sentimiento tan profundo, que la religiosidad de aquellos divinos versículos fluía más tierna y grave de su melodiosa garganta.

Mientras que Bárto, medio levantado, saboreaba como en éxtasis el dulcísimo canto de su hija, cesó de repente así la voz como el instrumento sin que pudiese atinar con la causa. Levántase en pié, corre á la puerta, y encuentra á Elisa con la mano izquierda abierta sobre las cuerdas bajas, y la derecha apretando las agudas, los labios entreabiertos, los ojos inmóviles fijos en la Virgen, la cara en-

cendida y dos gruesas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Sorprendido Bártolo á semejante vista, contemplaba en silencio aquel rostro angelical casi sin atreverse á preguntar:

—Elisa, ¿qué tienes? Con todo, despues de un instante se adelantó sonriendo y dijo:—¿Qué ha sido esto, hija mia? Elisa retiró las manos del arpa, inclinó y recogió la cabeza volviéndose á su padre y diciendo: ¡Padre mío, oh! ¿qué es esto que pasa hoy en Roma? Tales cosas suceden que no puedo ponderar cuanto me avergüenzo de que me tengan por romana.

¿Pero qué hay de nuevo? exclamó Bártolo, y qué cosas son estas que te avergüenzas?—¿No estais oyendo, añadió la doncella, cómo ahora están pasando por el Corso unas turbas furiosas cantando el *Miserere* y gritando: ¡Mueran los jesuitas! ¡Y sin embargo, no se levanta siquiera una voz noble y leal que abogue por esos pobres Sacerdotes, ni hay un pecho generoso que tome su defensa! ¡Oh vergüenza! En las reuniones donde pasamos las veladas no se oyen más que mofas, injurias y sarcasmos de boca de los mismos que debieran hablar de ellos con todo el respeto que se debe á unos maestros y bienhechores de sus hijos.

Nuestros amados y graciosos primos Mimo y Lando, van con otros holgazanes á la puerta de Gesu, y con un librito en la mano están mirando y anotando en él á las jóvenes romanas que entran á confesarse,

y les dirigen miradas y gestos inmodestos. ¡Oh qué bella hazaña! y la otra tarde en el cuartel de la guardia cívica todos los jóvenes se estrecharon las manos jurando no casarse jamás con ninguna joven que se confesase con jesuitas. Las doncellas honestas debieran por su parte hacer tambien juramento de no dar nunca su mano á semejantes hombres. ¿Qué mal han hecho los jesuitas para ser así maltratados?

¿Qué quieres, hija mia? respondió Bártole; los jesuitas tienen la falta de no amar á la Italia, de ser amigos del Austria, y de defender la ignorancia. Aconsejan á las madres que no permitan que sus hijos se alistén en el batallón de la Esperanza; quisieran que Roma volviese á los tiempos de Pio VI; son contrarios de los caminos de hierro. Hé aquí por qué el pueblo los considera como perjudiciales al progreso de la actual civilización.

—¿Cómo, padre mío! ¿Tambien vos habláis al modo de aquellos ímpios? Con todo, años atrás hablabais de un modo muy diverso, y alabábais su sabiduría y su virtud. Pero sea de ello lo que fuere, digo que los romanos se envilecen y deshonoran en concepto de las demás naciones, no digo cristianas, pero siquiera civilizadas, tratando á sus Sacerdotes de una manera tan indigna que no se hiciera tanto con las fieras.

Algunos dias despues de estas juiciosas observaciones le Elisa, regresó Aser á Roma despues de su comision con instrucciones de la Joven Italia; y

en una secreta reunion con el príncipe de Canino, Sterbini, Galetti, Mamiani y otros, despues de haber dado varias instrucciones y encargos concernientes á los diferentes partidos que debian adoptarse con respecto á Italia y á Roma, en especial relativamente á la guerra de Lombardia, dijo lleno de enojo : «Si continuamos procediendo como hasta aquí, sin duda todo lo echaremos á perder. Que vayan al diablo los jesuitas, pues así lo ha resuelto el consejo supremo de la *Sacra Alianza*; pero obremos con cordura. Despues de haber trabajado tan obstinadamente para alcanzar el renacimiento de la Italia, y hacernos amar del pueblo que tratamos de regenerar, algunos furiosos nos atraen el odio universal con sus fechorías. En vez de desembarazarnos de estos enemigos de la libertad con cierto aire de noble desden, muchos descienden á actos atroces y á un furor bárbaro, dándoles caza en los sitios en donde buscan un refugio, cual si fuesen lobos ó tigres: todo esto nos atrae la fama de ímpios y crueles. En Cerdeña arrojaron bombas á las bóvedas de un colegio de jóvenes con riesgo de sepultarlos debajo de sus ruinas, y de suscitarlos la venganza de sus padres; quemaron libros preciosos, rompieron y destrozaron los gabinetes de física, robaron los vasos sagrados, y apedrearon á cuantos tomaban por jesuitas. ¿Qué locuras son estas? ¿Se trata de dar á los retrógrados estas ventajas? ¿Confirmándolos en la opinion de que la libertad es sinónimo de impiedades? ¿Qué constituciones y re-

pública significan persecucion contra la Iglesia y el sacerdocio? ¿Perderíase la causa de Italia precisamente en el instante de la victoria? Guardaos bien, principalmente con respecto á Roma, de caer en tan crasos y trascendentales errores. Espantad á los jesuitas con gritos; y el Papa por compasion hácia los mismos y para sustraerlos á tantas amenazas dirá:—«Hijos míos, retiraos hasta que haya pasado la borrasca.»—Y así se alabará nuestra moderacion, y cuando llegue su tiempo y sazon les cortaremos á todos las alas.

—Muy bien, Aser, exclamó Sterbini a iéndose las barbas y mirándolo por debajo de los anteojos, perfectamente; veo que te has vuelto jesuita.—Precisamente; lo mismo que tú te has rebautizado cristiano, le replicó Aser en el mismo tono.



**CAPITULO XV.**

**Á LA MONTAÑA.—Á LA MARINA.**

Cualquiera que desde Púzzuoli sube á la Solfatara, siente temblar el suelo bajo sus piés; oye un sordo bramido en lo profundo de los abismos subterráneos; siente sofocarle los hálitos sulfurosos que se exalan de aquellas hendiduras, y queda con el ánimo sobrecogido de cierto terror, exclamando:—Me falta la tierra y me hundo.—Todo á su alrededor es fuego, vacío y abismos, y á veces improvisos fulgores de relámpagos, torbellinos y negra oscuridad.

Continuando el camino de aquel pavoroso recinto, siente desmayarse el curioso en la caverna del Perro; y despues que ha dado por ella algunos pasos, se le erizan los cabellos, tiembla, lucha consigo mismo, vuelve la vista en blanco, boquea y está á punto de muerte; pero el guardian lo retira de aquellos mortíferos vapores del carbono que ahogan y matan.

En Baia, en los corredores de las estufas de Nerón, vé á un hombre ennegrecido por el humo, que enciende un pedazo de acha de viento, y lo conduce por un angosto paso escavado en las entrañas del monte; de aquellas profundidades infernales sale un torrente de aire inflamado, tan ardoroso, que corta el aliento; la oscuridad asusta, la angustia es extrema, y los abrasados vapores invaden la cara del que frecuenta aquel lugar, inúndale el sudor, corre á la entrada, respira, y queda como desmayado.

Desde allí da vuelta por Lucrino a lago del Averno. El lugar solitario, el silencio que reina en torno de aquellas aguas muertas, profundas, oscuras é inmóviles, le traen á la memoria las antiquísimas nieblas que lo rodeaban, y el Cocito y Flegetonte, rios de fuego que del mismo lago salian: parecíale ver todavía cuál se agitan las Furias por aquel oscuro cielo que lo cubre. Entre las ruinas del templo de Pluton párecielse oír los ladridos del Cancerbero, los silbidos de los dragones, y contemplar las sombras de Minos y Radamanto. Vuelve á la izquierda por la oscura selva, y se le abre la negra boca del infierno, la cueva de la Sibila, negra morada de la eterna noche. Aquella caverna desciende por mil pasadizos subterráneos que desembocan en el misterioso laberinto, y se tuercen, se entrecortan, se angostan y se ensanchan, abriéndose en algunos espacios, de los cuales parten otros senderos que se hunden más y más en las entrañas de la tierra.



Despues que el viajero ha salido á ver otra vez el cielo, y pasando por Púzzuoli ha recorrido los campos flegreos, acércase á la gruta de Posíippo, la cual atraviesa las entrañas del monte, y lo conduce á Nápoles ó á la hermosa marina de Chiaia. Pero al llegar despues de puesto el sol y á la hora del crepúsculo á la entrada de aquella profunda y larga cueva, encuentra una multitud de gente, de caballos y de carruajes, que entran unos con direccion á la ciudad, y otros salen para ir á Púzzuoli. Así, despues de haber penetrado algo en la cueva, se oye un rumor confuso, un ir y venir, y una oscuridad que va sucesivamente aumentando. El polvo que levantan los que van á pié y los carruajes, los rebaños de las cabras, los cencerros de las vacas, y los chasquidos de los latigazos, todo contribuye á formar un bullicio espantoso.

Faltando enteramente la luz, al escaso resplandor de los faroles, empañados por el polvo pegado á ellos, no se ve ningun objeto á la distancia de dos pasos; pero con la cabeza ya aturdida por los gases sulfurados de la Solfatara, por el hervor de las térmias de Neron, por la misteriosa oscuridad de la cueva Cimerias, acaba de aturdirle un continuo gritar por todos lados.—A la marina.—A la montaña. Y un responder: A la montaña.—A la marina.—Poco á poco.—Alto.—¡Por Dios! A la montaña digo.—A la marina. Y á estos gritos acompaña una barahunda, un tumulto, un desorden y confusion de voces, de pensamientos y de afectos indefinible y espantoso.

Con todo esto, el viajero no advierte que el carruaje ha retardado su carrera; que pasa arrimado á los objetos de frente y chocando con los carros del lado, mientras que el cochero grita:—A la montaña, y le responden:—A la marina; y sacudiendo el aire con el látigo, y haciéndolo chasquear, lo lleva á gran trote á la salida de la gruta; y habiéndose aclarado el aire, y divisando á lo léjos el cielo, el corazón se alegra, y sale al fin como por encanto de aquellas oscuras profundidades que tal espanto le infundieron.

Así que el viajero ve el cielo abierto, pregunta al cochero qué significan aquellos gritos de: A la montaña, á la marina. Y el cochero le responde, que no significan otra cosa sino que cada cual se mantega en su lado para no confundirse y maltratar á los que van á pié pasándoles el coche por en línea ó aplastándoles entre la rueda y la pared del subterráneo. Tales gritos bastan á los napolitanos para ir seguros en medio de tanta oscuridad y ruido; los conductores de los carruajes siguen adelante sin retardar el paso; y los que andan á pié pasan libres cargados con cestos y hasta con botellas llenas en la cabeza, llevando de la mano á sus hijuelos, y guían sus pequeños rebaños, y en medio de semejante alboroto algunos se adelantan cantando como si estuviesen en campo abierto.

En medio del torbellino de las vicisitudes humanas, los hombres de poco espíritu, pusilánimes y flacos, se ven muchas veces envueltos de repente

en tal oscuridad y delirio, que no ven ni oyen, se confunden, se desconciertan y desesperan del éxito; mientras que al propio tiempo la Divina Providencia, como un diestro cochero, conduce las vicisitudes con ojo tranquilo y sereno al través de mil rodeos y aparente desorden, los que sin embargo son á sus ojos caminos sencillos, claros, conocidos y dirigidos al cumplimiento de los designios de lo alto y á aquellas nobles combinaciones cuyo resultado es la admirable armonía del Universo.

Si hubo jamás una ocasion más á propósito para aquilatar la pureza de los corazones humanos en el fuego que acrisola y separa el oro puro del falso, fué ciertamente en las grandes y repentinas revueltas del año 1848, que llenaron de trastornos y de descontento á la Europa entera.

Apenas se tenia noticia de una revolucion, cuando se hablaba ya de otra y de otras sucesivamente, en términos de que aun los ánimos no habian tenido tiempo de volver de su primero, segundo y tercer asombro, cuando venia una mayor catástrofe, más sangrienta que las anteriores, á llenarlos de espanto y de terror. Conspiraciones, seducciones, levantamientos de pueblos, ruina de Tronos, fugas de Reyes, incendio de palacios, asalto de fortalezas, hundimiento de monarquías, combates, iras, furioses, destruccion de ejércitos y de ciudadanos, todo lo cual puso al Occidente en tal conflicto y ruina de órdenes, de instituciones y de leyes, que parecia que el mundo volvía á su primitivo caos.

En medio de tanto desorden, el ojo vigilante de la divina Sabiduría, conducía con su clarísima prevision los hilos de esa trama, tan enredada en concepto de los mortales, hácia el cumplimiento de los divinos designios, de manera que todo tendia al triunfo de su gloria, á la purificacion de sus elegidos, al ensalzamiento de su Iglesia, y á la derrota y confusion de la impiedad.

Una mañana del mes de Febrero de 1848, en la sala de la legacion prusiana, celebrábase una conferencia de arqueología, entre un pequeño círculo de hombros doctos. Estos, despues de haber oido una erudita disertacion sobre una nueva lápida consular que ilustraba un punto de la historia romana muy controvertido, pusieronse á hablar, como ordinariamente suele suceder, de los asuntos del dia. Habia en aquella reunion, entre otros, un frances, un aleman, Bártolo y el profesor Orioli. Uno de los prusianos, volviéndose al francés, le dijo: «Vuestro Luis Felipe, ó no entiendo yo nada, ó presto se verá cogido en una red cuyas mallas él mismo se ha ido entretejiendo por espacio de diez y ocho años; y quienes le envolverán en ella, serán los mismos á los cuales él queria enredar y que le parecia tener tan sujetos que no podian dar un paso fuera de sus lazos.»

El frances, levantando la frente y meneando un poco la cabeza como quien no consiente, le replicó: —¿De qué red estais hablando? Luis Felipe es viejo y cazador muy diestro, y no entiendo cómo puedan

los que han caído en sus redes, envolverle en las mismas; tiene en su mano todos los hilos, y sabe tirar de ellos y coger al que se le antoja.

A lo que dijo el prusiano: «Si quereis que hablemos sin metáforas, en dos palabras os diré yo lo que siento: Luis Felipe despues de las jornadas de 1830, para barrer de Francia á los trastornadores y consolidarse en el trono, los envió á sembrar novedades en Polonia, Bélgica, Italia y Suiza, separando estos pueblos de toda ley, destruyendo en ellos las más rectas y sábias costumbres, haciéndoles romper juramentos, faltar á las promesas, manchar con sangre de ciudadanos las estancias domésticas, despreciar la suprema autoridad, vínculo del comun respeto entre las gentes, y base de la vida pacífica y tranquila entre las diferentes clases que constituyen la sociedad y el trato de los hombres. El fuego prendió en todas partes; pero no atendió Luis Felipe que dejaba el loco en Paris, y que mientras la llama ondeaba prepotente, con especialidad en la Helvecia, el fuego doméstico serpenteaba oculto en todas sus instituciones políticas.

—Pero era luego de amor pátrio, añadió el frances, fuego del valor civil y militar, fuego noble que inflamó los corazones de todos los franceses para magnánimas empresas y altos intentos sociales, para adquirir glorias de ingenio, de artes de toda especie, de ciencias, de comercio y de la felicidad pública y privada.

—Todo está muy bien, repuso Bártolo; pero en

este caso soy de la opinion del Sr. Federico, de que este fuego debe abrasar por fin á Luis Felipe, puesto que lo están soplando todas las malas pasiones. Figuraos qué amor patrio ó qué amor al orden puede haber en un reino en que hace diez y ocho años que, quitada la enseñanza á la Iglesia y á los buenos, toda la juventud se educa en la impiedad y la disolucion?

—Esta en efecto es la llaga más venenosa y maligna; dijo el docto alemán, que corroe toda sociedad, y la gangrena sin esperanza de curacion siempre que la ciencia no se purifica en la llama vivificante de la Religion. Tambien en Alemania se educa á una juventud sin Dios, y por consiguiente sin virtud intrínseca que la guíe al bien; por lo que veo que la Alemania corre á su ruina. El ejemplo de la Suiza la ha hecho estremecer á tal punto, que el choque destruirá en ella las más antiguas y sanas bases de los institutos germánicos, consagrados por el valor y la sabiduría de tantos hombres famosos antiguos.

—Siento decirlo delante del Sr. Federico y de estos doctos prusianos, interrumpió Orioli, liberal juicioso; pero tambien la Prusia está amenazada de novedades y tumultos por todas partes, en vista de la efervescencia de la juventud imbuida en las doctrinas más disolventes, y de que lo mismo que los demas paises de Europa, se halla envuelta en las infernales tramas de las sociedades secretas.

—Está muy bien, replicó el frances; pero la

Francia es inatacable, tiene en sí misma una vida, un vigor y una virtud que nada tiene que temer el trono de Luis Felipe: este se halla rodeado de grandes hombres, muy previsores, de brazo fuerte y de ánimo decidido, para contrarestrar los golpes de las fieras de la montaña (1), tiene una administración sabia, y una policía activa y perspicaz.

París está fortificado como una ciudadela, y dos mil piezas de artillería están prontas á disparar un torrente de fuego; tiene un ejército valiente y que no vuelve la espalda á las demas naciones de Europa, por lo que mucho ménos las volverá á un puñado de furiosos que se reuna en los baluartes, ó en los Campos Elíseos, ó en el Carrousel.

—Como gustéis, dijo Bártolo; pero vuestro *Diario de los Debates*, que ve las cosas de muy léjos y sabe un punto más que el diablo, hace cosa de un mes que nos anunciaba ciertas noticias oscuras...

—¿Qué noticias? *Los Debates* está pagado por los Rojos.

—¡Pagado! Paréceme que tiene tienda abierta y demuestra los géneros para venderlos, con grandes letras que dicen: «Los banquetes reformistas han desgarrado el velo, y para quien no es ciego voluntario, ó no trata de hacer ciego á los demas, es cla-

---

(1) Los comunistas se dan el nombre de *Rojos* y de *Montañeses* ó de *la Montaña*. Estos amenazaban pasar á fuego y sangre á Francia, peor aún que en 1793.

ro que nó se va solamente contra el ministerio Guizot, sino contra la mayoría entera, contra el partido conservador, contra el Gobierno: los radicales apenas creen necesario disimular aun detrás de Odilon Barrot, estos han precedido de algunos pasos á los *socialistas*, los cuales forman el último batallon de la *anarquía*.»

—¡Qué! «Luis Felipa se rie de toda esa chusma salvaje, la cual con un soplo que dé desde las ventanas de las Tullerías, la barre y dispersa como el viento disipa las nubes.»

En aquel mismo instante, hé aquí que apareció de repente el secretario de la legacion con la correspondencia en la mano, y con aire grave y pensativo se volvió á los circunstantes, diciendo: Señores, al fin ha llegado el correo de París: no sabemos cómo explicar el extraño retardo que ha experimentado en estos dias; pero ahora es muy claro el motivo en vista de las noticias que nos envía nuestro embajador.

—¿Y qué noticias son esas? dijeron todos á una voz y rodeando al secretario, mientras que con la vista fija en él y con la curiosidad pintada en sus fisonomías aguardaban la respuesta.

El secretario abrió lentamente una carta, exclamando para sí: ¡Qué acontecimientos! ¡qué trastornos! ¡qué estallido de bomba!... ¡Sabe Dios dónde irán á caer los cascos y el daño que causarán!

—Pero ¿qué ha sucedido? ¿qué hay?

—¡Qué ha sucedido! que Luis Felipe no es ya



Rey, y que la Francia está ardiendo como un volcan.

—¿Ha muerto?

—Más le hubiera valido, porque entónces hubiera terminado como un valiente su largo reinado, al paso que ahora lo ha terminado en un miserable calesin; y teniendo en su cofre dos millones de francos ha huido sin un sueldo y con la única camisa que llevaba puesta.

—Pero, por favor, descifradnos de una vez este enigma.

—Bastarán poquísimas palabras. Las sociedades secretas, bajo las órdenes de Caussidiere, Ledru-Rollin, Blanc, Prudhom, Albert y comparsa, en vez de dar un ataque al ministerio Guizot, lo dieron al Palacio Real y hasta tambien á las Tullerías. Armaron al populacho sacado de entre los jornaleros de oficios mecánicos de París; pusieron barricadas en las boca-calles, y con procesiones de gentualla con blusa, de verduleras y mujeres públicas, de raterillos de diez á doce años, hicieron trizas el Trono constitucional de Luis Felipe.

—Pero vos, señor secretario, replicó el frances algo irritado, nos verís con esos cuentos porque tenéis ganas de chanceros sobre nuestras cosas de Francia.

—No son cuentos, y estoy muy léjos de chancearme, dijo friamente el secretario; os refiero las cosas punto por punto como han acontecido.

Sabed que la Guardia nacional de París, vuelta desleal por efecto de las artimañas de los facciosos,

fué causa de que el ejército permaneciese inmóvil, pues se le mandó retirar á sus cuarteles. Fué separado el general Bugeaud, engañado Odilon Barrot y las sociedades secretas de la montaña, habiendo hecho de modo que la Guardia nacional se mezclase con el populacho cruel y desenfrenado: el dia 23 de Febrero impelieron aquellas frenéticas turbas hácia el Palacio Real, en donde hicieron añicos los preciosos muebles y adornos, desgarraron las tapi- cerías, rompieron los espejos, echaron á perder los dorados y esculturas y destruyeron los cuadros de los grandes maestros, arrojando todo por las ventan- nas; y no salieron de aquel palacio, que era la ad- miracion de cuantos lo vieron, hasta que parecía un monton de destrozos y de ruinas.

—Y las sociedades secretas, exclamó Bártolo, han publicado en más de cien periódicos que el mundo aún está sumido en la barbarie, y que ellos se encargarán de civilizarle, de forjarlo de nuevo enteramente y de alumbrarle con otro sol y otras estrellas; y los que aparentan dudar de ello, son re- trogrados, negros y oscurantistas, que tienen bas- tante con la débil luz de este viejo sol, y con la opa- ca claridad de esas gastadas estrellas. Veremos si el el Dios Prudhom sabrá crear unos astros más re- fulgentes; pero entretanto, se apaga en la tierra toda belleza, todo orden, todo arte bueno, y con ellos la felicidad así pública como particular.

El dia 24, continuó el secretario, invadió el pala- cio de Luis Felipe un enjambre de miserables, hom-

bres, mujeres y pilluelos. Entónces se vió al señor de Girardin correr á la real estancia y casi sin aliente decir al Rey:—¡Señor, salvaos!—¡Ya están en Palacio!—¡Pero quiénes?—Los canibales. El Rey Luis Felipe exclamó entónces por dos veces:—¡Lo mismo que á Carlos X, lo mismo que á Carlos XI! La Reina Amalia lo tomó del brazo, y sin poder echar mano de un sueldo siquiera en medio de tantisimos tesoros, fué llevado con inciertos y vacilantes pasos á una puerta escusada del jardin, que daba á la plaza.

—Viendo el pueblo salir de palacio aquel grupo de personas, acudió atropelladamente gritando:—¡Es él!—Es el mismo Luis Felipe.—¡Hola! ¡heh!—¡El viejo!—¡Y allí la Nemours con los muchachos!—Y aumentábanse las turbas, y se aglomeraban al rededor de la verja; en términos, que la Reina tomó otra vez á su esposo por el brazo, lo empujó hácia una carretela y entró ella en seguida en la misma. Entónces el cochero dió latigazos al caballo, atravesó por en medio de los curiosos; y pasando por las calles de París los condujo salvos cerca de la ciudad Eu. Llegado que hubieron á esta ciudad, se vieron en la precision de pedir por favor al *maire* que les prestase algun dinero para poder continuar su viaje y trasladarse á Inglaterra.

Aquí empezaron á hablar mucho y simultáneamente los señores de la reunion; uno hacia una observacion, otro otra; pero todos convinieron unánimes en confesar la vanidad de las grandezas huma-

nas, y la debilidad de los Gobiernos que no están cimentados en la justicia: hicieron pronósticos con respecto á la nueva situación de la Francia y de Europa, á las agitaciones de la Alemania, pero en especial acerca de las recientes revueltas de Italia, que infundían esperanza ó temor conforme á las condiciones de los espíritus italianos, divididos en mil opiniones de sistemas, combinaciones y disoluciones, y en mil pareceres sin juicio ni prudencia.

Sicilia es todo fuego: Nápoles echa el guante de la constitución á los señores de Italia, quienes, ó bien por error propio, ó impelidos por las facciones domésticas, clamaban contra el Rey que mantenía el pié firme sobre lo antiguo, y aborrecía toda suerte de novedades. Ese guante fué recogido primero por la Toscana, luego por el Piamonte, después por los Estados centrales, y finalmente por el Papa. Todos juraron una constitución que en el concepto de los demagogos debía ligar á los Reyes en cuanto á la observancia de la misma; pero no á las facciones. Estas la elevaron cuando aun no se habían apagado las antorchas y los castillos de fuego de las fiestas públicas.

La libertad de imprenta se convirtió en licencia, en desconcierto, en un diluvio de blasfemias, de difamaciones y de impiedades contra todo derecho divino, natural y humano: la justicia en los labios, y la iniquidad en el corazón: los pueblos no estaban seguros ni en sus haberes ni en sus personas; ni se respeta el hogar doméstico, ni la vida privada, ni lo

sagrado de la fé pública, ni la paz ni el sosiego en casa como fuera: libertad para obrar mal; cadenas para la virtud, para la Iglesia, para el sacerdocio y para la santa palabra. En Roma mismo se quitó al Supremo Gerarca la facultad de valerse á su arbitrio en los asuntos de gobierno de la cooperacion de los Cardenales y de los Prelados, naturales ministros y coadyutores del pontificado en ámbos derechos anexos á aquella augusta corona.

De esta suerte católicos y protestantes hablaban en aquellas circunstancias cada cual segun su propio sentir, y segun la abundancia del corazon. Pero Bártolo, todavía estaba alucinado por la utopia de la confederacion itálica, y le parecia que las constituciones debian promoverla más fácilmente, siendo este el único aspecto bajo el cual las consideraba. En el fondo, y esto no debe olvidarse, queria que el Papa fuese verdadero Papa; pero el pobre hombre no advertia aun que los malos se reunian astutamente para desposeerle de la autoridad de Príncipe, y reducirle á un barquichuelo y una red para pescar alguna anguila ó barbo en el Tiber, como lo pinta el periódico *D. Pirlone*.



CAPITULO XVI.

D. SILVANO.

Despues que Bártolo salió del palacio prusiano, al bajar por el Capitolio, vió venir de lejos mucha gente con banderas, y reparando en el doctor Muchielli que se dirigia hácia Tordispecchi, le preguntó qué significaba aquel gentío que se divisaba hácia Gesú.—¡Como! dijo Muchielli, ¿no sabes que el zorrastron de Luis Felipe se ha escapado dejando la cola en la trampa? ¡El pueblo, amigo Bártolo, tiene gran poder! Estos reyes tienen las leyes en la Carta; pero el pueblo las tiene en los puños. ¿Ves allá abajo aquella plebe? Está celebrando la caída del tirano, y al llegar junto á Gesú hace alto para arrojar cuatro flores á los reverendos Padres. ¡Y cuidado que el Papa quiera poner un dique al torrente!

A lo que dijo Bártolo:—Vosotros los del Círculo deberiais conducir al pueblo con moderación; cuando al contrario no sólo le quitais el freno, sino que le soltais la rienda y le dais espolazos.

Muchielli prosiguió su camino hácia la roca Tarpaya, y Bártolo hácia Gesú; pero cuando hubo llegado á la fuente de la plaza Capitolina, vió salir de San Venancio un anciano Sacerdote que se dirigia á su encuentro.

«¡Ya lo veis, Sr. Bártolo, ya volvemos á los gritos y á los bramidos! Es una tempestad que nos dejará sordos. ¿Pero qué hay de nuevo hoy que tanto vociferan?

—No os espanteis, D. Silvano; pues el pueblo romano celebra la caída del Rey de los franceses, á quien los parisienses han enviado á paseo.

—¿Luis Felipe?

—El mismo.

—Lo siento en el alma, replicó el Sacerdote; pues aunque el tal Luis Felipe no era ciertamente un cordero sin mancha, era un dique para la anarquía y el latrocinio del comunismo que está amenazando inundar y abismar á Europa. Ved ahí al que vos llamais pueblo romano que celebra y solemniza este nuevo desastre social. ¡Pueblo romano! Miradle allá arriba que se dirige hácia el Capitolio, y decidme si tiene cara de pueblo romano: unos miserables desharapados, inmundos, y bandidos que por un vaso de vino renegarian del paraíso. Vos, Sr. Bártolo, que sois un verdadero romano, decidme: ¿quisiérais formar parte entre aquellos hombres patibularios?

—Pero es el pueblo.

—Estas caras son del populacho y de la hez de la plebe, pero no del pueblo: semejante especie de plebe en Roma es más brutal y feroz que en otra alguna ciudad de Italia: descende de la antigua casta de gladiadores, gente vil y cobarde, proterva y sanguinaria, que por dos *basícos* asesina á un



cristiano á traicion. Esa gentuza ha nacido del fango de las calles, y como es soez y asquerosa es ciego instrumento de todo mal. Ved si el pueblo romano, que es la flor de la fe y de la antigua devocion al Papa, hubiera jamás festejado la derrota de Sonderbund; esto es, de los católicos de la Suiza oprimidos por la fuerza brutal y salvaje de los radicales? Ni por sueños.

El verdadero pueblo romano lamentó y deploró la cruel persecucion ejercida sobre sus cohermanos suizos; admiró su constancia, alabó su valor, su sacrificio, su heróico desprendimiento de sí mismos, de sus bienes, de su libertad y de su vida para el sostenimiento de la fe catolica y el triunfo de la Iglesia de Jesucristo.

Quien celebró su derrota fué el diabólico júbilo de las sociedades secretas, las cuales por medio de la buena alhaja de Ciceruacchio compró esa misma turba de viciosos y ébrios que están rugiendo junto á Gesu. Eseuchad que blasfemias están vomitando. Quiero evitar el encuentro de aquellas turbas, que á la vista de un Sacerdote se enfurecen como el demonio al ver la cruz: así, adios amigo Bártolo, que me voy por la calle de la Pedacchia.

Bártolo se adelantó algo hácia la encrucijada de los Polacos, y cuando estuvo cerca del palacio de la Academia Tiberina, vió un caudillo con una cara diabólica que daba el tono á aquellos pilluelos diciendo:—¡Viva la bula de Ganganelli! Y ellos contestaban:—¡Viva la mula de Ganganelli!—No es esto,

bestias estúpidas, sino, ¡viva la bula! y ellos repetían: ¡viva la mula!

Al oír tales despropósitos, Bártolo no pudo contener la risa; y volviéndose á un caballero que se hallaba entre triste y disgustado de aquellas indignidades, lo dijo:—Vea Vd. si no son un rebaño sin discernimiento.

—Como esta necedad gritarian cualquier otra, lo que me prueba que están pagados para que ahullen como lobos sin que ellos sepan por qué. Dias atrás me escribieron de Orvieto, que cuatro hombres de mala vida de aquella buena ciudad pagaron á algunos villanos y los llevaron al colegio de los jesuitas á gritar: ¡Viva Gioberti!—Vivia casualmente enfrente del colegio un caballero llamado Giberti, y tanto gritaron viva el señor Giberti, que el buen caballero tuvo que salir á la ventana á dar las gracias por aquella serenata para que se marchasen á paseo.

En Cerdeña fué el caso algo más sério, pues algun faccioso hizo gritar á aquellos sardos: ¡Viva Gioberti! Y preguntando estos quién fuese un hombre tan digno de ser aclamado en la isla, los pícaros hicieron creer á aquella buena gente que el tal Gioberti era un rico comerciante de granos, que habiendo tenido noticia de la suma escasez que reinaba en la isla aquel año, quería enviar desde Génova dos grandes naves cargadas de granos para alivio del pueblo; pero que los jesuitas, empleando mil artificios por odio que tienen á este mismo pueblo, impi-

dieron el envío de tan abundantes y oportunas provisiones. No se necesitó más para hacer entrar en furor á aquella gente: asaltaron los colegios, y ay del jesuita que hubiese caído en sus manos, que hubie-  
ra salido de ellas despedazado.

Cuando hubo pasado aquella turba que con banderas tricolores se dirigia al Capitolio á solemnizar la caída de Luis Felipe, volvióse Bártolo sumamente disgustado á su casa. No porque fuese amigo de los jesuitas, pues no lo era, como quien los trataba muy poco, pero los estimaba y sentia que se ejerciesen en ellos tales crueldades. Hubiera deseado que se fuesen en paz á las misiones de Ultramar; pues los giobertinos le habian hecho creer que los jesuitas se oponian á la confederacion de Italia y eran enemigos constantes de la felicidad de la pátria. Como Bártolo, hubo muchos de la misma opinion en aquellos dias, aun entre los que debian conocer de cerca á los jesuitas.



CAPITULO XVII.

EL CAFÉ DE BAGNOLI.

En resúmen, querido Aser, decia un sugeto llamado Meucci, á primeros de Marzo, estando en un rincon del café de Bagnoli, á donde fueron á tomar un refresco: en resúmen, eres una cabeza original. Mucho te has equivocado viniendo tan tarde al mundo; pues debieras haber nacido en el siglo de Tristan de Cornualles y del Rey Arturo.

—¡Siempre serás poeta! dijo Aser mojando en el café su *kiffel*: ¿con qué objeto, dime, me haces entrar en la Tabla redonda con los paladines de Francia?

—Porque cuando ruges en asuntos de la Sacra Alianza por la libertad de Italia, eres un leon; pero en punto á amoríos, eres una liebre. ¿Quién vió jamas que un jóven de tu temple se halle tan perdidamente enamorado de una muchacha, que no se atreva a hablarla, y ni aun á mirarle la cara; no es propio esto de Giron Cortés, ó de Lancelote del Lago? Tú amas á Elisa, y...

—No prozigas, no profanes este nombre, dijo Aser enojado.

—Con todo, presumo que ella no te quiere mal, y Polisena bien pudiera...

—Cállate, bruto, ó te arrojó la taza á los hocicos; no te he confiado tanto mis asuntos, que puedas entrometerte en mis secretos.

—Decíalo meramente por hablar... Perdona, y vamos á otra cosa. ¡Qué diabluras hacen en Milan aquellos austriacos, que no pudiendo vender cigarros á los jóvenes italianos se retuercen los bigotes y se muerden los labios!

—¿De qué cigarros hablas?

—¡Cómo! ¿no sabes que los lombardos se han comprometido por juramento á no gastar más cigarros, ni vestir tejidos austriacos, sino tan sólo terciopelo, sedería y telas de Italia? De este modo ponen un fuerte dique á la corriente de dinero que iba continuamente á regar el Erario imperial. Han hecho como Napoleon con el bloqueo continental cuando cerró los puertos de Europa á los géneros de las colonias inglesas. Recibo cartas de Milan, de Brescia y de Pavia: es de admirar la firmeza con que aquellos jóvenes mantienen sus propósitos. Hay algunos que por la larga costumbre de fumar, no pudiendo resistir más, fuman hojas de encina y de otros árboles, y hasta papel. Los oficiales alemanes fuman delante de ellos; y ellos quietos: les echan el humo á las narices: y ellos callados. ¡Estos son verdaderos italianos!

—Mejor fuera que estos napoleones que no quieren hacer humear la pipa, hiciesen humear las bocas de los fusiles y de las pistolas sobre los croatas:

este, amigo, es el verdadero humo de los italianos; lo demás es juego de niños y tonterías.

Por otros informes secretos sabemos que pronto llegaremos á los fusiles, á las carabinas, y todavía peor. Esta misma noche por nuestros telégrafos vivientes que recorren la Italia relevándose cada diez millas, según no ignoras, se ha traído la noticia de que los Casati, los Greppi, los Giuliani y los Porro están fraguando una revolución general y simultánea en toda la Lombardia. Carlos Alberto tiene tratados secretos en Milán y sigue pláticas ya desde mucho entabladas con Venecia. ¡Cuando te digo que toda la Italia está ansiosa de novedades! Y si los movimientos de Milán tienen buen éxito, el austriaco verá de hoy más á Lombardia y Venecia en el mapa, pero en cuanto á pisar su suelo, no lo hará ya nunca.

—¿Y de Verona, habeis olfateado algo?

—¡Verona! ¡Verona *idelis*! Esto todos lo saben: con todo, no dudes que también allí hay sus buenos y valientes italianos; ¿pero qué quieres que hagan? Cada parroquia tiene allí sus oratorios, que son un plantel de sacristía: todos los niños y jóvenes del pueblo están en manos de una legión de diablos que les enseñan el catecismo; y tanto se lo explican y se lo meten en la cabeza, que á los quince años salen unos perfectos teólogos.

Siempre sermones, siempre confesiones, y siempre comuniones. ¡Si á lo menos tuviesen libres las tardes! Pero apenas acaban de comer ya están otra

vez en el oratorio; y aquellos malditos clérigos se los llevan á pasear y á recrearse en las huertas de las afueras de la ciudad; de manera que ninguno de nuestros consocios puede acercárseles á darles lecciones de libertad, de amor pátrio, y de ódio á los extranjeros: por lo mismo me escriben los amigos de allá, que en cuanto á Verona nada hay que esperar.

—Sin embargo, ella es la llave de nuestras operaciones. ¿Qué nos importan Milan y Venecia si no tenemos á Verona?

—Dejemos este asunto al cuidado de Cárlos Alberto, pues de otro modo, espontáneamente nunca esta ciudad se levantará para chamuscar los bigotes á los austriacos. ¿Sabéis qué dijo cierto día el viejo Papa Gregorio á un jóven amigo mio que fué á besarle los piés?

—Qué le dijo?

—Preguntóle de qué pais era; y como respondiese que era de Verona, el Papa rozandole un poquito la punta del pié por la nariz, añadió chaceándose: —Vosotros los varoneses nunca hareis revoluciones.

—¿Por qué, Santísimo Padre?

—Porque el aire de Montebaldo os mantiene har-to alegres y no teneis el ánimo dispuesto á trastornos y traiciones.

—Y el alegre verones le replicó:—Santo Padre, voy á escribir á mis paisanos que esto en adelante es artículo de fe, pues ha sido sentenciado *ex ore Sanctissimi*.



—Sonrióse el Pontífice, pero nosotros nos mordimos los labios de despecho viendo aquella ciudad convertida en el freno que contiene á toda Italia, y defiende toda la embocadura del Adige; de modo que ni aun el Tirol puede venir á nuestro auxilio.

—Dejemos hacer á Cárlos Alberto. Mientras tanto en mi correría por Alemania recogí todos los hilos de las maquinaciones urdidas por la Sacra Alianza; y te aseguro que haremos saltar á pedazos la Prusia y el Austria. Las imprevistas revueltas de Francia hicieron estremecer á la Alemania hasta los tuétanos: el ejemplo de Italia te dará el último empuje; y ahora que estamos hablando con sosiego, digo que no á pocos monarcas les dan palpitaciones de corazón, y están temblando como azogados.

—Y tú crees que esté la trama tan bien urdida en Alemania, que luego resulte una tela capaz de envolver á todas las instituciones antiguas, y de guarecer las nuevas.

—Vosotros, romanos, limitais el mundo á Pontemolle; pero ¿ignorais que la Alemania es ya nuestra, cuando vosotros estais aun en el abecé? Weisshaupt echó las primeras semillas de las reformas sociales, y todo lo reflexionó, pesó y calculó. Ese grande hombre sabia decir con el reloj en la mano: —Hasta la perfecta madurez del fruto del iluminismo, deben trascurrir setenta años. Sin embargo, antes de treinta años llenará de espanto á toda esa vieja Europa, y ni un sólo Rey podrá decir: Mañana aun reinaré;—ni pueblo alguno podrá decir;

Mañana aun tendré mis leyes y mi religion;—ni habrá ciudadano que pueda asegurar que mañana sus cosas ó su dinero ó su poder todavia le pertenecerán.

—Ahora nos hallamos en el último desenvolvimiento, pues hace setenta años que la obra de las sociedades secretas ha sido incesante, y siempre más activa, vigorosa, perspicaz y osada. Ahora es omnipotente: á las mismas barbas de los hombres políticos, de los grandes publicistas y de los economistas, han roto uno á uno los eslabones de las antiguas instituciones, y han socavado y destruido, por sus cimientos más sólidos, los edificios sociales. Ahora, salido de sus escondrijos el iluminismo, y sobre los tejados y campanarios habla abiertamente á los pueblos, suena la trompeta vencedora en la gran lucha, y grita: Hombres nuevos, leyes nuevas, órdenes nuevas: los cristianos vuélvanse paganos; los Reyes sean esclavos de sus súbditos; los amos de los criados; los nobles de los plebeyos, y los ricos, de los pobres.

—Este es precisamente el nuevo anuncio que nos hace José Mazzini.

—Mazzini, amigo, nada de nuevo nos anuncia: de su parte sólo pone la franqueza de predicar por los tejados lo que le dijeron al oído: lo demás todo es palabra por palabra lo que escribió Weishaupt en su código secreto de iluminismo. Mazzini nos reproduce uno tras otro sus artículos, añadiendo solamente el estilo nervioso, sentido y apasionado con

que agita, anima é inflama los corazones de la Joven Italia.

Primero tuve yo en Lubeca y despues en Darmstadt, por instructor á uno de los que asesinaron á Kotzebue, hecho ya areopagita de la Sacra Alianza; pues bien, los artículos del código de Weishaupt que el maestro nos esplicaba, escritos en estilo frio y pesado, no tienen la milésima parte de la energía que ofrecen bajo la pluma de Mazzini. Por lo demás, repito que aunque grite tan alto, no desempeña otro papel que el de la bocina que de lejos empuña el almirante.

—Dime, Aser, ¿cómo fué posible en Alemania proceder con tanta inteligencia y concierto, entre tantos pequeños, y de distinta índole é intereses? Ténome que ha de resultar la mayor confusion y enredo.

—¿Crees por ventura que los alemanes sea tontos como los heroicos hijos de Italia, que continuamente riñen, se disgustan, se muerden y se auplantán; y esto no tan sólo los de estados y provincias diversas, sino hasta aquellos *que un sólo muro y sólo un foso encierra?*

—Es mucha verdad.

—Pasa los ojos por las últimas *Gacetas* de Augusta y de Francfort, y verás que en esos estados reina un espíritu y un alma sola. Toma y lee:

HAMBURGO, 4 de Marzo.—Tuvimos una gran reunion: tres oradores, á saber, Wurm, Heckscher y Witt, arengaron al pueblo en favor de las refor-

mas, de la libertad de imprenta, y de la publicidad de los preventivos; fueron aclamados con los gritos de: ¡Viva la reformal ¡Viva la república!

BERLIN, 9 de Marzo.—Después de las indicaciones de las ciudades prusianas, el municipio se reunió, y pidió libertad de imprenta, reforma constitucional de la patente régia, creacion de un parlamento nacional germánico, etc., etc.

LEIPSICK, 7 de Marzo.—En un decreto extraordinario de los diputados se insiste en la libertad de imprenta, en el cambio del ministerio, y en una nueva organizacion del sistema de Gobierno.

8 de Marzo.—Wurtemberg, Baden, Nassau, las dos Asias, Francfort, Brunswick, Anhal-Dessau pedirán y obtendrán la libertad de imprenta, completas reformas y libertad para el pueblo.

HANNOVER, 6 de Marzo.—El magistrado general y el colegio de los jefes de la clase media, piden al Rey que se declare la imprenta libre, un parlamento popular germánico, reformas radicales, etcétera, etc.

¿Pero qué necesidad tenemos, amigo Meucci, de ir peregrinando de uno á otro estado, cuando tenemos aquí reasumida toda la condicion actual de la Alemania, segun trae la *Gaceta* universal de Prusia del 3 de Marzo? Todos los periódicos alemanes claman por la independencia de la Alemania: este es el lenguaje de los diarios del Rhin, de Silesia, del Mediodía de Alemania y de la Alemania entera.

¿Estás satisfecho? ¿Te parece si los alemanes subdivididos en cien diversos Estados, son *cor unum et anima una*?

—Perfectamente, contestó Meucci, frotándose las manos; veo que los valientes alemanes ponen por base de todo nuevo sistema la libertad de imprenta. Esta es una gran piedra, y tan fundamental que sobre ella pudieran levantarse los muros pelásgicos y ciclopeos.

Y si todas las prensas fuesen libres como tu espada, fuera cosa de poner encima los montes Pelio y Ossa y escalar el cielo.

—Para nosotros es suficiente poder escalar el Quirinal, apagar los rayos que tiene en la mano el Júpiter con estola, quitarle de la cabeza las tres coronas, del cielo, de la tierra y del infierno, y confinarlo en un rincón de la sacristía de Letran. Mi espada tiene una punta tan aguda, que traspasaría las siete murallas de Tebas. Deja correr la bola.

Aser dijo:—¡Que corral pero entre tanto, tu espada da el asalto á Gesu y al Colegio romano, que son dos rocas más fáciles de tomar que el Quirinal.

—Después de estas dos bicocas, replicó Meucci, verás tomar las fortalezas de todos los frailes con avellanas, y allanado el camino para otras municiones de mayor empuje.

Después que tuvieron esta conversacion á solas en aquel rincón retirado, salieron del café cada

cual por su lado á caza de noticias, género muy abundante en aquellos días en que toda la Europa se hallaba envuelta en un universal torbellino.

Aquellos romanos que tenían juicio y conciencia estaban tristes, conmovidos y llenos de asombro de ver tantos y tan grandes desórdenes como amenazaban exterminar lo más sagrado, á saber: el imperio divino y humano de la potestad civil y religiosa.

Veían que este imperio se veía atacado por un frenesí de libertad política y moral, que es el fruto del principio protestante de la autoridad particular, llevado por grados en el espacio de tres siglos á sus últimas y más terribles consecuencias. La opinion privada, en materia de fe, por una hilacion inevitable, pasó del desprecio de la autoridad civil á la denegacion, luego á la rebelion, despues al ódio, á la ira y al furor contra todo cuanto fué establecido por Dios y por los hombres para poner un freno á las pasiones. Así que, conculcada la religion, arrastraron por el lodo los tronos de los Reyes, buriáronse de las leyes, los delitos se tuvieron por virtudes, la propiedad por un robo, la riqueza por un crimen y la autoridad por tiranía.

CAPITULO XVIII.

LOLA MONTES.

Mientras que el mundo estaba atento aguardando á dónde irían á parar tantos trastornos, representábase en la ciudad de Mónaco en Baviera una escena de comedia, que podia tener un trágico desenlace, y que conmovió profundamente á aquella soberana y gentil Atenas de la Alemania.

Hé aquí que junto á una iglesia refugióse, perseguida por la furia popular, una jóven, maltratada, con la cara encendida, la vista torva y los lábios ardientes: tiembla, se en urece, y dando un brinco, se pone de espaldas á la puerta del templo, y apunta á la turba con una pistola gritando: «¡Ea cavalla! abridme paso inmediatamente, y desgraciado del que intente ponerme la mano encima.» Pero un hombrecito que habia allí la asalta por el lado, la coge por las trenzas, la arrebató la pistola, y arrastra á esa nueva Pentasilea en medio de la turba que grita: ¡Matarla! ¡Cortemos las piernas á la bailarina! ¡Torcer-

le el cuello á esa orgullosa!—Dejadme, decia otro, que quiero arrancarle el hígado, y arrojarlo á mi gato. Y hubieran pasado á mayores, á no haber aparecido un piquete de caballería ligera, que rompiendo entre la multitud, rodeó á la desdichada, librándola de que la hiciera pedazos aquella turba alborotada.

Esta jóven era la célebre española Lola Montes (1), que habia llenado el mundo con sus escentricidades, y habia dicho que arrojaría los jesuitas hasta los últimos confines de la tierra; además creyó que podía gastar bromas con los estudiantes de la universidad. ¡Pobrecilla! Antes hubiera podido ella sola vencer á la caballería en una batalla campal, que á una turba de jóvenes, los cuales hoy resultan tan formidables, que en dos horas pueden destruir los reinos más belicosos y los imperios más antiguos y respetables de Europa.

Por lo mismo la señora Lola, la bailarina por excelencia, la hija del aire, la hermana del céfiro, reflexionando que el mundo, en vez de adorar á Dios, rinde culto á la garganta y á los gorjeos de las cantantes y á los pies y piernas de las bailarinas, fijó los ojos en las puntas de sus pies, y viéndolos tan bien dispuestos para dar brincos y hacer tercerillas y cuartas, metió-se en la cabeza el propósito de hacérselos divinizar por medio de sus admiradores.

---

(1) Tanto ha dado que hablar esta bailarina española, que fuera inútil añadir algo. Echada de Baviera parece que pasó á buscar fortuna en América.



Son las universidades, como siempre lo han sido, el semillero de las sociedades secretas, y principalmente en Alemania los estudiantes se inscriben en las mismas á las claras, y sin hacer de ello un misterio á los Gobiernos; los cuales aparentan no verlo, ó no hacer caso, cuando no creen sacar mucha utilidad, dominándolas y dirigiéndolas á los fines de una política, que ahora advierten, aunque sobrado tarde, cuán engañosa y fatal es á la verdadera felicidad de los pueblos. En las universidades alemanas, todo jóven al entrar debe dar su nombre y prestar obediencia á una sociedad parcial, que tiene sobre él completa autoridad, y le acoje é inscribe en su secta con ritos y ceremonias místicas y extrañas, con las que queda consagrado á la órden y divisa con que quiere señalarse.

Uno toma un nombre, otro tomo otro, éste tiene por divisa el color rojo, aquel el amarillo, ó el verde, ó el blanco, ó el azul. Cada órden tiene su presidente con sus colaterales, el secretario, el cajero, el reclutador, el instructor, con sus estatutos, leyes y costumbres; si faltan á ellas, castigos y multas, y si las observan premios y grados.

Ahí se vé cómo el espíritu del mal parodia las instituciones católicas. En los buenos tiempos de la piedad cristiana tenian los antiguos en las universidades sus congregaciones de Nuestra Señora; otras para los teólogos, y otras para los juristas, para los médicos, para los filósofos y lo mismo para las otras clases. El ejemplo de los protestantes se propagó

miserablemente á las universidades católicas: se reputó por vergonzoso hermanar la ciencia con la Religión, y el saber con la piedad; y, ¿qué aconteció? Que en vez de la congregacion de la Virgen, aparecieron las sociedades secretas; en vez de las santas reuniones, las profanas, con frecuencia inícuos conventículos; en lugar de los divinos Sacramentos, los juramentos diabólicos; y en vez de la devocion la más evidente impiedad.

Antes el pueblo daba á sus devotas cofradías los nombres del Santísimo, del Rosario, del Cármen y de los Difuntos, que se reunian los dias festivos en la oracion, en el oficio divino, en la comunion y en las vísperas, y tenian la caja de los pobres, de las viudas, huérfanos y enfermos de la cofradía.—¡Simplezas, supersticiones y locuras de la Edad media! —Pues bien, ahora los pueblos tienen igualmente sus asociaciones; pero se reúnen para comilonas, blasfemias, rebeliones; las cofradías se han convertido en clubs ó conventículos de la Montaña, del socialismo y del comunismo: dentro de aquellas cuevas donde se trata toda maldad, rugen los sectarios como leones que hacen estremecer el mundo.

¡Y luego decid que los retrógrados hacen mal en reanimar en el corazon de los pueblos el santo temor de Dios, á fin de conducirlos al respeto de las potestades legítimas, á la sumision á las leyes, á la observancia del sétimo y del décimo mandamiento del Decálogo, de no hurtar ni desear los bienes ajenos.

Volviendo á las universidades, aunque la de Múnaco estaba dividida en varias asociaciones, que tenían el nombre y la divisa de las cinco provincias del reino, y se llamaban de los Palatinos, de los Suevios, de los Franconios, de los Bávaros y de los Isarios; cada facción de los estudiantes se diferenciaba, ó por la hechura del sombrero, ó por el corte del cabello, ó por el color del corbatín, etc. Hasta la diosa Lola Montes quiso también tener sus sacerdotes iniciados en sus misterios, como los de Isis, de Berecina y de Eleusis, antiguas diosas de Egipto, Asia y Grecia. Púsoles el nombre de Sociedad Alemana, y les dió una hermosa divisa para que los reconociese por devotos suyos toda la ciudad de Múnaco.

¡Pero qué! los adoradores de la cabeza de Minerva no sostuvieron el culto profano de los pies de la bailarina española, y abandonando su partido, se coaligaron contra los que permanecieron en él. Tomaron sus medidas, se armaron de bastones de estoque y de palos á modo de picas con agudas puntas, y ocuparon las embocaduras de las calles, y las esquinas de las encrucijadas, en las que pusieron una buena guardia de cazadores. El grueso del ejército, reunido en masa en la plaza, atacó de firme á la Sociedad Alemana ó á los adictos á Lola. El ataque fué terrible: los lolianos hicieron frente debajo de la posada donde se juntaban para comer; pero cuando vieron relucir los estoques, y que se les daba una lluvia de palos en las piernas para

derribarlos, se refugiaron en desorden dentro de la fortaleza de la posada. Así nos pinta Tácito el ataque de los Vitelianos en la puerta Piciana, contra los Otonianos, y el pueblo romano, que como si asistiese á un espectáculo de gladiadores, permanecía tranquilo en las tiendas y en las puertas contemplando aquella atroz refriega en las calles de Roma; y cuando los Otonianos cargaban á sus contrarios, gritaban: ¡Viva Oton!—Y luego cuando los Vitelianos rechazaban á aquellos, exclamaba: ¡Viva Vitelio!

Pero los héroes de Lola Montes, encerrados y sitiados en aquella roca de Minerva culinaria, enviaron por una puertecilla escusada un mozo del posadero á que diese aviso de lo que sucedía á su Emperatriz. Como Lola supo aquella batalla, de derrota y de asalto, armóse con pistolas y puñal, y corrió furiosa como una víbora á poner en fuga con una sola mirada á los sitiadores. Cuando advirtió en ella el pueblo, empezó á rodearla á gritos, silbidos y pedradas, mientras que la desdichada no sabía dónde refugiarse en medio de aquella horrorosa tormenta, y gritaba pidiendo socorro: ya corría á una tienda, y era rechazada, ya á una puerta, y se la cerraban en los hocicos. Mientras tanto aumentaba el tumulto, y la gente la maltrataba, rasgábale el vestido, hasta que por último, no teniendo otro amparo, corrió á la puerta de la iglesia, como ya dejamos dicho, en donde vuelta un poco sobre sí, trataba de romper por entre el gentío para salvar á los sitiados;

con lo que por poco se pierde á sí misma.

Esta comedia fué en Múnaco el principio de mil agitaciones y tumultos, de faroles rotos por la noche, de ventanas apedreadas, de ataques y robos, que pusieron la ciudad en el mayor conflicto. Por fin llegó su día y Lola fué arrojada y desterrada para siempre de todo el reino de Baviera.

Pero calmado el tumulto en un estado, estallaba en otro; de suerte que toda la alta y baja Alemania asemejábase á un Océano agitado por impetuosos vientos, el cual levanta sus olas á las nubes rugiendo y reventando con horrorosa furia. Todos los Estados proclamaban la unidad germánica; y al paso que gritaban unidad de fueros, todo lo hundían en el desórden, puesto que empezaban por romper la fidelidad á sus príncipes, faltando á los pactos, desobedeciendo á las leyes, derribando los antiguos estatutos para plantar sobre las ruinas de las antiguas y propias Constituciones el árbol de la libertad.

Tales motivos se encendieron con una sedición más manifiesta en Berlin: queríase á la fuerza una libertad desmedida, y el Rey habíase empeñado en negarla; acuden los pueblos al palacio; el ejército lo defiende: rabia y furor que no se estinguen con sangre: aséstanse los cañones á la multitud, vomitan metralla; hay muertos, fugitivos, y corre la sangre por calles y plazas. Sin embargo, los que hoy fueron vencidos se amotinan de nuevo mañana: amontonan los cadáveres de la vispera; y aquella carnicería pútrida y hedionda (de la que destilaba sangre y po-

dredumbre que se encharcaban en derredor) se presenta como un espectáculo atroz á la vista de las turbas aterrorizadas: cojen al asustado Monarca, y llevándolo delante de aquellas víctimas le dicen:— ¡CONTEMPLALAS!

La Providencia por su parte abrió una escuela para que en ella aprendiesen los Reyes y los Gobiernos, á su gran daño y peligro, que una vez roto el freno de la Religión, la plebe se convierte en fieras que despedazan y devoran todo cuanto se les pone por delante; y ni los ejércitos armados, ni todos los instrumentos de guerra pueden por sí solos contrastar el ímpetu de las pasiones desencadenadas en unas almas que han perdido el santo temor de Dios.

A principios del año 1848, vió asombrada toda la Europa un sacudimiento tan súbito y general, que no ha tenido ni tendrá jamás en la historia otro semejante; de manera que todos los hombres, recogidos del mayor pasmo, se hallaban atronados y desconcertados como aquellos que al atravesar por la caverna de Posilipo se hallaban aturcidos con los gritos de—*¡A la montaña! ¡A la marina!*—Ni ven, ni oyen, y en medio de tanto ruido y desconcierto, ¿qué significan aquellas voces, qué importan aquellos gritos, mientras que en medio de tanto remolino de polvo, de tinieblas y de horrores, el diestro conductor guía tranquilo y seguro á sus viajeros á las amenas riberas de Chiaca?

El único medio de arreglar el mundo y de pacifi-

carlo consiste en que cada cual se mantenga en su camino, no volviéndose á la derecha cuando debe seguir la izquierda, ni á la izquierda cuando es menester caminar por la derecha, para no ser derribados y hechos pedazos.—¡A la montaña! ¡A la marina!

caste consiste en que cada uno se mantenga en su  
castro, no moviéndose a la guerra cuando se  
aparece la ocasión, ni a la paz cuando se  
pasa el tiempo del invierno, sino en ser  
los 7 hechos pedazos — la montaña la la  
mirada



## CAPITULO XIX.

### VIENNA Y MILAN.

Hola, señor Bártolo!... Con vos hablo, señor Bártolo, ¿estais? ¡Qué cosas! ¡qué portentos! ¡Al fin vuelvo á veros!

Estas frases interrumpidas procedian de Polisena mientras subia la escalera de casa de Bártolo. Luego que llegó á la primera salita, fatigada y anhelante, se echó el *boa* (1) suelto en les hombros, y entró en seguida pavoneándose en el gabinete de Bártolo.

Este se hallaba sentado delante de la chimenea con una gran bata de raso azul, acolchada con plumon de oca; estaba fumando un puro de la Habana, y encima de la cornisa de la chimenea tenia su cigarrera de ébano y algo apartada una pipa de espu-

---

(1) Llámase *boa* una especie de corbata larga y cilindrica de piel de marta con que se adornaban las señoras, envolviéndola al rededor del cuello, como una serpiente enroscada de las que los naturales llaman *Boa constrictor*.

ma de mar, y una hermosa bolsa para el tabaco hecha de punto, con fleco colorado, que le habia labrado Elisa para el dia de su natalicio. Estaba leyendo *El Contemporáneo* (1), hundido en un sillón, con las piernas cruzadas, con pantuflos colorados, y en la cabeza un colbak ó gorro turco, con larga borla violada. Cuando vió entrar á Polisena tan presurosa y admirada, quitóse de la boca el puro, y sacudiendo la ceniza con el dedo meñique, dijo:— ¿Pues qué sucede que estais tan exaltada?

—¿Qué sucede? No lo adivinariais en mil años. ¡Viva la Italia! señor Bártalo; ahora sí que se ha roto el dique: somos verdaderamente libres; no más cadenas, ni esposas, ni grillos: la Italia es libre como el águila. Rotas sus cadenas, se levanta á las nubes, y desde los cielos contempla á sus carceleros atónitos y desmayados.

—Estais robando la poesía á Gherardi y á Tomasoni (2); bajad de vuestros cielos, y decidme lisa y llanamente qué hay de nuevo, qué noticias son esas que os ponen tan alegre y hacen temblar de júbilo; pues en efecto, toda temblais y los ojos os centellean.

—¿Por ventura no tengo sobradísimo motivo, señor Bártalo? los votos de Italia al fin se ven atendi-

---

(1) Periódico romano de espíritu republicano.

(2) Gherardi y Tomasoni eran dos poetas que, como Tirteo en Esparta, excitaban en Roma á los italianos á combatir ó morir por la libertad.

dos, su día ha llegado, su estrella ostenta todo el brillo: el Austria no existe.

—¡Qué diablos! ¿creéis que...? Pero os alucinais; ¡el Austria no existe! ¿Y á dónde ha huido? Se ha marchado en diligencia, ó se ha trasladado á Tartaria ó al Perú?

—Quiero decir que la diligencia la han tomado el Emperador, Metternich, los archiduques imperiales, la nobleza de palacio, y principalmente la tremenda policía de Viena, que hacia temblar á la Italia y llenaba de víctimas los plomos y los pozos de Venecia, las torres de Mántua y las cloacas de Spielberg. En fin, el Trono de los Césares ha caído en el polvo, y en este instante en que estamos hablando, Viena, la imperial Viena, es democrática.

—Estais soñando, mi buena é italianísima Poliseña; ó mejor que un sueño, es una locura, un delirio. Mientras se trató de París, aunque en verdad fué cosa sorprendente; pero para aquellos que conocian el estado de la Francia, y el hervor de las cabezas francesas, la repentina caída de Luis Felipe fué un suceso que no salió de los límites de lo posible; pero que Viena se acueste imperial y amanezca democrática, esto se halla fuera de toda posibilidad. Cuidad que no sea una broma de las Palas para burlarse de los tontos.

—Señor Bárto, no se trata de bromas, sino de un acontecimiento real y positivo; esta mañana han llegado dos extraordinarios, el uno al Sr. Friborn, cónsul inglés, y el otro al Quirinal: en la plaza de los

Santos Apóstoles me encontré á Sterbini que daba el brazo á Galleti, y me detuvieron refiriéndome el hecho tal como ha sido; luego despues al atravesar la plaza Colona vi que se hallaba atestada de los italianos más ardientes: todo era correr, agruparse, estrecharse las manos y abrazarse con nunca visto entusiasmo. ¡Viva la Italia! ¡La Italia es libre! ¡Muera el extranjero! ¡muera el Croato!

—En verdad caigo de las nubes...

—Podeis caer de la luna si quereis; pero el hecho es positivo. Y lo más increíble es que el trono imperial se hundió en pocas horas, no por los esfuerzos de un poderoso ejército, sino por cuatro mozalvetes desenfrenados que corrian locamente gritando por las calles: ¡Viva la libertad! ¡Muera Metternich! En Viena todo es confusion, terror y muerte. El pueblo se armó asaltando los arsenales y las armerías; las más ricas y hermosas fondas son saqueadas, é incendiadas las casas más espléndidas de los suburbios; la suntuosa quinta de Metternich destruida y pasada á saco; el príncipe se ocultó en medio de aquel trastorno, y, ó permaneció sepultado bajo los escombros de sus preciosas galerías, ó se disfrazó y huyó.—El Emperador...

—¡Dejadme respirar, Polisenal! Ciertamente me dejais atu dido y sofocado.—¡Elisa! ¡Ven Elisa, oye!

—Hallábase Elisa en su estancia hablando con un sacerdote que habia sido su maestro de historia en San Dionisio, é iba alguna vez á conversar con ella llevado del afecto que la tenia desde pequeñita, y de

los bellos modales y amabilidad que observaba Elisa con todos, y principalmente con los que habian contribuido á su educacion. Como oyó que la llamaban tan aprisa, se levantó, y habiendo hecho seña á Don Severino para que la siguiese, entraron ambos en el gabinete de Bártolo.

Entonces Bártolo, hundido como se hallaba en su sillen, apenas hubo saludado al sacerdote, exclamó: ¡Oid lo que está diciendo Polisena! ¡Yo no sé lo que me pasal! ¿Sabeis que en Viena se ha levantado de improviso una rebelion de las más fulminantes, que ha trastornado todo el imperio?

¡Viva la Italia! gritó Polisena, dirigiendo una especie de mueca al sacerdote. Señor D. Severino, esta vez los negros pueden irse á esconder. Vuestro Metternich ha cerrado la coleta entre los viejos protocolos de la diplomacia, y puesto el sello del águila doble de la cancillería imperial: en adelante los dictados de Emperador, Rey de Hungría y de Bohemia, duque de Carintia, conde de Tirol, y especialmente el de Rey de Italia, son cosas propias de museo de antigüedades egipcias. Tales títulos no los veremos ya más—DIOS Y EL PUEBLO: hé ahí el título de la soberanía universal.

—Señora Polisena, hablais con mucho calor, y en dos palabras estais componiendo una historia; pero las historias son largas.

—Mejor diriais que lo fueron en los tiempos pasados porque ahora cada dia tiene su historia que necesitaria muchos volúmenes en fóllo. Hoy en Pa-

rís los hombres de blusa destruyen la monarquía constitucional; pero en Viena bastaron unos cuantos muchachos de la Universidad, para hacer añicos el mazizo trono de los Césares. ¿Lo entendeis? Unos cuantos muchachos, para quienes nada valen la majestad de los palacios imperiales, ni las fortificaciones, ni los parques de artillería, ni los numerosos y fuertes ejércitos.

—¿Pero creís vos, dijo el sacerdote volviéndose á Bártolo (pues en cuanto á Polisená ni aun se dignó honrarla con una mirada) creéis que Viena ha caído á mano de unos muchachos?

—Créolo, porque lo dice Polisená.

—Sí, del mismo modo que un niño puede matar á un gigante, tirando del gatillo de un trabuco. Lo mismo ha sucedido en Viena: el trabuco hacia mucho tiempo que estaba cargado, metida la bala y bien atacado, cebado, y preparado: lo que se ha hecho ha sido hacer tirar del gatillo al niño. ¿Qué extraño pues que al esfuerzo de tan pequeña mano se haya disparado el arma y el gigante haya caído muerto?

No sabeis cuantos años hace que se estaba cargando esta arma: José II puso la pólvora al deprimir á la Iglesia: el volterianismo en los bancos del parlamento imperial metió las balas: una falsa política, que dejaba el mal en el imperio por miedo de lo peor, púsole el cebo, pues dejó tomar el barlovento al feroz radicalismo helvético, sin poner un dique á

la irreligion que dominaba en las cátedras de las universidades.

Cuando la carga estuvo corriente, no faltaba más que disparar el arma, entonces el iluminismo por mano de las sociedades secretas levantó el piede-gato, tomó la puntería, y dió á tirar del gatillo á cuatro mozalvetes de la universidad. El tiro salió como un rayo; era muy natural: todo lo destruyó; tampoco tiene nada de extraño.

—¿Sabeis, D. Severino, que hablais como un libro? En cuanto á mí nunca me habia detenido á reflexionarlo.

—No sois vos sólo; no obstante, por poco que hubiese fijado la atencion, especialmente aquellos á quienes Dios confió el gobierno de los pueblos, hubieran visto tan claro como el sol que colocada la Europa en tan resbaladiza pendiente, no podria detener el impetu de su caída; y sólo un milagro podria impedir que se precipitase en el abismo de las más espantosas revoluciones y de los mayores trastornos que jamás se han visto.

—No obstante, observó Bártolo, de improviso estallaron tantas revoluciones en Sicilia, en Francia, en Austria, en Hungría, en Transilvania, que horroriza sólo pensarlo. Y estallaron de un golpe y simultáneamente, como cuando se quiere derrocar un gran monte por medio de una larga série de minas que se comunican entre sí por vías subterráneas.

—¿Qué hay que extrañar en esto? Lo extraño fuera que habiendo pegado fuego á la mina por tan-

tos medios y de tantas maneras, no reventase, y que reventando no volase todo por los aires.

—En vista de lo que decís, causa ciertamente admiración que no viesen todos una cosa tan clara y evidente.

—¡Si al ménos la viesen despues que estalló ya la mina, y que sólo contemplan en derredor escombros y destrozos! Pero no señor, aun ahora mismo, despues del estallido de las primeras ruinas, dejarán reventar las segundas y las terceras, hasta que el mundo se arruine y vuelva caer en el caos.

—Y esto sucede, respondió en tono acre Poliseña; porque vosotros los Sacerdotes sois enemigos de la libertad, negros como la media noche, retrógrados como los cangrejos, y perezosos como los caracoles. Dejad libres á los pueblos, y no habrá sacudimientos ni revoluciones.

—Señorita, si tuviese V. tanto juicio como petulancia, le haría tocar con la mano que la verdadera libertad de los pueblos consiste en aquella paz que es el fruto de la sumision razonable á Dios, á la Iglesia y á las autoridades legítimas que los gobiernan. Pero la libertad sin estas tres condiciones es desenfreno y perturbacion de todo órden natural ó civil; ó mejor aun, es verdadera tiranía, y la más cruel de todas las tiranías, pues con su peso aplasta á las naciones que Dios quiere castigar en su indignacion. Elisa, por caridad no gasteis chanzas con una libertad que huye de nosotros, y que si por desgracia la alcanzamos nos encadena en una triste es-



clavitud.—Dicho esto, despidióse D. Severino de la reunion; y se fué, dejando á Polisena mordiéndose los lábios. Bártolo entónces, como despertando de un sueño, despidió á las mujeres, vistióse y fué á dar una vuelta por la plaza y por el Corso, á fin de enterarse de las nuevas del dia.

Mejor que D. Severino sabian los astutos demagogos que no hay libertad sin religion; y por lo mismo al punto tomaron la máscara de la religion á fin de engañar á los pueblos, á quienes con pesar veian permanecer hijos fieles y obedientes de la Iglesia y estar muy poco dispuestos á prescindir del alma y de la conciencia en favor de una libertad que les arrebatase el precioso tesoro de la fe.

Así, tomando ocasion de los trastornos del Austria, impulsaron á la juventud italiana á una guerra que llamaban *guerra de religion y sagrada*. Gritaban que el extranjero profanaba los templos; que insultaba las venerables imágenes de los santos, que derribaba los altares, perseguia á los Obispos, encarcelaba á los Sacerdotes, robaba las mujeres, violaba á las vírgenes, asesinaba y traspasaba con las espadas á los niños, cuyas carnes tiernas y palpitantes arrojaba á los perros. Por lo mismo debian levantarse y cruzarse por la guerra sagrada; Dios y Pio IX les bendeciria, y el valor italiano les aseguraba grandes victorias en el Adige, en el Bachiglione y en el Tagliamento.

El dia 18 de Marzo se insurreccionó Milan contra la guarnicion austriaca, y tras una lucha de las más

empeñadas y sangrientas arrojó las tropas de la ciudad, del castillo y de todos los puestos militares. Las ciudades de Lombardía y Venecia tomaron también las armas, y el ejército del mariscal Radetzki, cogido por sorpresa en sus puestos, vióse rodeado por todos lados: y fué tan de improviso y tan recio el ataque, que no pudo reunirse para hacer frente á la tempestad que les cayó encima.

Los aldeanos de las populosas tierras de Lombardía cortaron la retirada á los batallones austriacos esparcidos por los campos; y rompieron las vías militares, derribaron los puentes, obstruyeron el paso con troncos de árboles: de modo que la artillería hundíase al atravesar los sembrados; la caballería caía en las zanjas, y hallaba obstruido el paso; y sobre todo, por todas partes las campanas tocaban á rebato, y las mujeres y los muchachos encaramados encima de los tejados, estaban dispuestos á arrojear una nube de piedras sobre los fugitivos que atravesasen la comarca.

Los soldados, apénas acababan de salir de un pantano que caían en otro, despues de vencidas las barreras, caían en las zanjas; quitado un obstáculo, levantábanseles mil; y mientras tanto, faltos de comida, abrasádoles la sed, agobiados de cansancio, exhaustos por las fatigas de la guerra, sin techo ni abrigo en medio de las lluvias y frio de la noche y hostilizados por todas partes, pudieron llegar muy pocos á Verona á refugiarse en los fuertes de Peschiera, de Mantua y de Legnago.

El Piamonte (aprovechando con afán una ocasión tan propicia para llevar á efecto sus antiguos deseos de ensaachar su Estado, y de formar un reino italiano de la Maera, del Panaro, del Pó y de las lagunas hasta todo el circuito de los Alpes desde uno á otro mar), el Piamonte, decimos, envió sus legiones á la otra parte del Tesino, y marchó en masa hasta el corazon de la Lombardia, llevando á su cabeza el Rey Cárlos Alberto y sus hijos el duque de Saboya y de Génova; y apénas habia penetrado por el lado derecho en Cremona, y por el izquierdo á la otra parte del Adda, que los Ducados de Parma y de Módena se rebelaron á sus senores; y estos Príncipes, precisados á expatriarse, se echaron en los brazos de Cárlos Alberto, quien por medio de sus secretos legados les prometió proporcionarles grandes privilegios y franquicias bajo la insignia de la blanca y gloriosa cruz de Saboya. Mientras tanto la juventud lombarda y toscana, excitada por los gritos de libertad que por toda la Italia proclamaban los corifeos de la independendencia, acudió armada desde todas las comarcas para reunirse al ejército subalpino y pelear en la santa guerra italiana.

No podia Roma mirar indiferente el ardor guerrero que inflamaba á los jóvenes de las principales comarcas de Italia, con especialidad en aquel tiempo en que esta ciudad se habia convertido en el foco de la más desenfrenada demagogia, en el receptáculo de los foragidos de todos los Estados de Europa, en la gran cloaca y depósito de

la hez de las sociedades ¡secretas.

Uno de los primeros pasos que dieron sus pérfidos agitadores (luego que supieron los movimientos de Viena y las revueltas del reino Lombardo-Veneto), fué romper pronto con el Imperio de Austria, y poner á Roma y al Papa bajo un aspecto de enemistad, de resentimiento y de violencia con aquella generosa naci6n. Y cualquiera puede figurarse hasta qué punto Roma, que antes celebró los execrables triunfos del radicalismo helvético sobre los católicos de los cantones primitivos, se vió arrebatada de júbilo ahora, viendo destruido por la alemana impiedad un trono tan augusto, y que por más de tres siglos opuso una barrera á la inundacion de la herejía, que amenazaba sumergir todas las tierras meridionales.

Iluminaciones, algazara, disparos, gritos, vociferaciones de ¡viva la independencial ¡muera el austriaco! ensordecian á los siete collados. Sin embargo, esto todavía no bastaba; sino que fué necesario hacer al Austria un nuevo ultraje, hollar el derecho de gentes, mancillar la blanca estola de la Iglesia romana, ofender los respetables fueros de la hospitalidad, violar el hogar doméstico del pacífico embajador imperial, y asaltar su palacio, en medio de imprecaciones y gritos de muera el conde de Lutzow.

Una horda impúdica con banderas, fajas y escapelas tricolores rodeó el palacio de Venecia, morada del embajador, y despues de haberse desaho-

gado con las maldiciones y amenazas que hemos dicho, arrimó las escalas, quitó las cadenas y bajó en medio de silbidos las armas del Austria con el águila imperial. Llegado apénas al suelo aquel grande y pesado disco de madera, pasaron dos largas cuerdas por los anillos de las cadenas, cogiéronlas aquellos pícaros agentes de Cicernacchio y fueron arrastrándolas por la plaza con un ruido y algazara infernal. Con ménos entusiasmo ataron los antiguos troyanos las largas y recias maromas para introducir el colosal caballo de los griegos por los rotos muros de la ciudad hasta la roca de Iion, á fin de colocarlo en el templo de Minerva.

Cuando aquellos furiosos vieron por el suelo las grandes águilas sin corona, parecióles ni más ni ménos que todo el Imperio estaba postrado en el fango, y á merced del valor romano, y (con dolor y vergüenza de los verdaderos romanos) empezaron á cubrirlo de lodo é inmundicia, escupiendo en ellas y arrojándoles piedras recogidas en las calles, golpeándolas con palos, y rompiéndolas y destruyéndolas de mil maneras. Otros beodos se sentaban, ya dos, ya tres, encima del escudo de armas, y se hacían arrastrar por el Corso, y cogidos de las manos figurando una danza, hacían mil muecas y gestos de mofa y de desprecio. Y aquellos cobardes, aquella chusma que llevaba también el uniforme de la Guardia cívica, traspasaban á bayonetazos el corazón de las pintadas águilas, cortándoles las cabezas con la corona imperial, con el mismo gusto con que les pa-

recia que desafiarian á un regimiento de húsares ó de dragones. ¡Ved, gritaban triunfantes, ved el caso que hacemos del Austrial—¡Mueran los croatos! ¡A ellos, á ellos! ¡Al diablo los austriacos!

Los nobles y generosos romanos se cubrían el rostro avergonzados, pesándoles entónces de ser ciudadanos de la ciudad eterna; y hubieran preferido hallarse en el fondo del mar, á tener que presenciar tales abominaciones cometidas por hombres que aturdián á la Italia y al mundo diciendo que deseaban regenerar las toscas costumbres de la barbarie clerical, hermanar íntimamente la libertad, la justicia y la paz, y hacer brillar el sol de la gentileza y cortesía en todas las tierras.

*que el Apenino parte, y el mar circunda á los  
(Alpes (1).)*

El proceder brutal y villano de aquellos desalmados en medio del Corso de Roma, ¿no podría figurar dignamente al lado de las bestiales danzas y festejos de los caribes, de los hurones y de las tribus más feroces de la Australia?

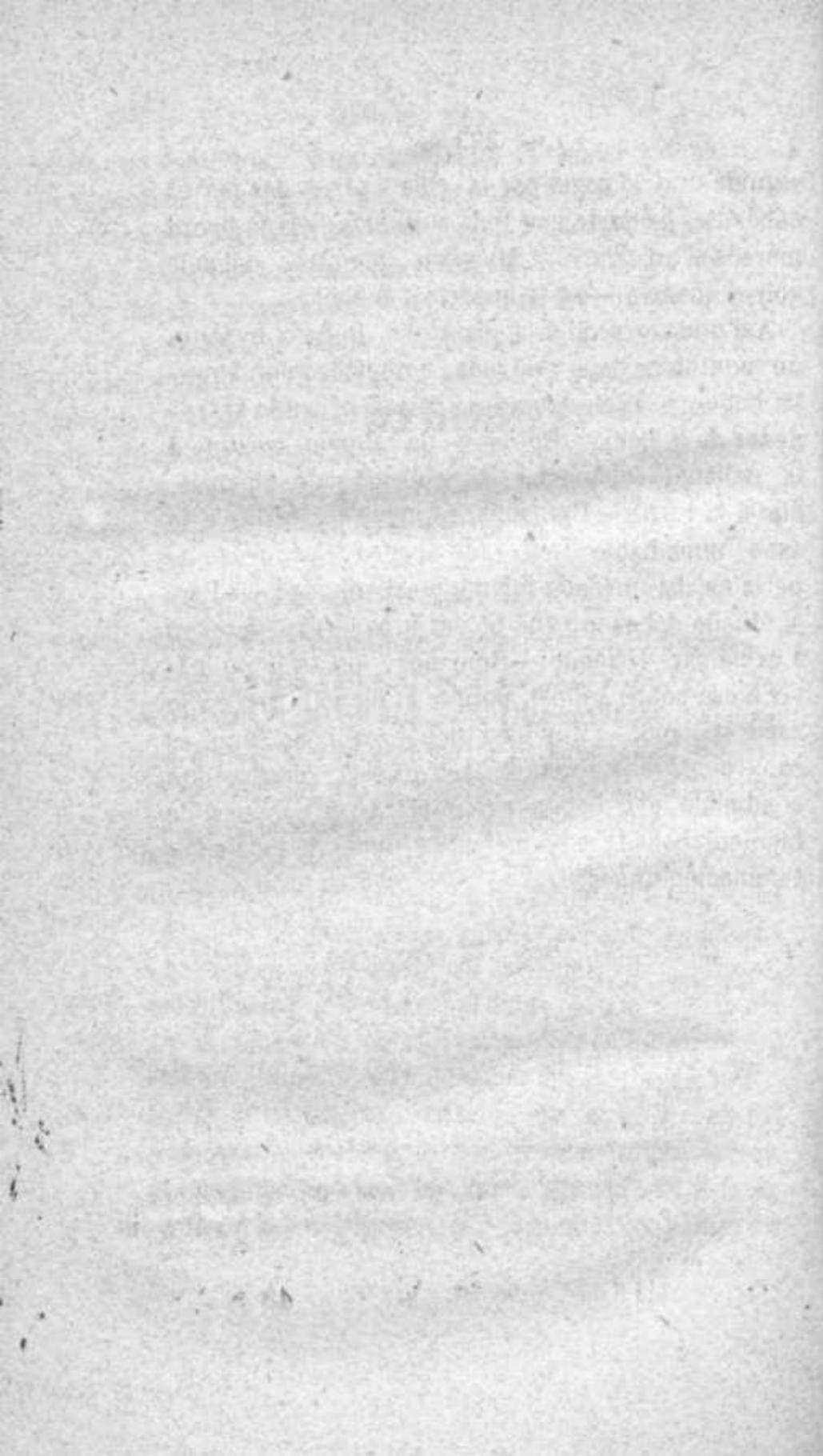
Pero el triunfo no era completo: por lo que llegaron algunos con mazas y hachas, y destrozaron enteramente las armas imperiales; luego cogieron por el cabestro un asno que acertó á pasar, y para mayor desprecio le cargaron aquellos destrozos: en

---

(1) Traducción del verso italiano: *Appenin parte é il mar circonda e l'Alpe.*

seguida uno lo cogió por la cola y otros dos por el cabestro, gritando con toda su fuerza:—Esta honra merece el austriaco.—Mientras que otros dándole golpes añadian:—¡A la horea! ¡al fuego!

Así que llegaron á la plaza del Pópulo hicieron un monton de paja y de leña, y quemaron en aquella hoguera las destrozadas armas, bailando al redor de la llama. Entónces un pilluelo, vestido á la italiana, echándolas de político y de chistoso, dijo á la turba:—Romanos, es menester matar este asno, pues habiendo llevado encima las águilas imperiales, ha quedado infame y excomulgado.—Pero el dueño del asno, que no era progresista, empezó á exclamar diciendo:—Romanos, no es lícito matar á ese pobre animal, porque al fin y al cabo es un asno italiano.—¡Muy bien dicho! exclamó uno, es sangre sagrada, sangre italiana.—Y el asno fué conducido al Tiber para limpiarle, y despues de bien enjabonado salió del agua limpio de toda contaminación imperial.





## CAPITULO XX.

### EL ALFÉREZ.

En esto llegaron más claras noticias de la sublevación de Lombardía, de la partida de Carlos Alberto y de las escuadras auxiliares que de todos los puntos de Italia acudían á reunirse al ejército sardo, con lo que reinaba en Roma la mayor fermentación. Los jefes de la liga secreta no estaban un instante en reposo, y en el círculo popular había un incesante flujo y reflujo de gentes, mediadores truchimanes, reclutadores y alistadores de voluntarios. Todo era llamar á los jóvenes y ponerlos, como suele decirse, entre la espada y la pared, para que fuesen á aumentar las filas de los valientes.

Por un edicto del príncipe Aldobrandino, ministro de la Guerra, se abrieron los registros de los nuevos alistamientos; el príncipe Rospigliose, general de la Guardia cívica, publicó una invitación á los milicianos romanos. Ciceruacchio era el contra-

maestre de los cuarteles, y sus agentes eran los correos, trompetas y heraldos de las órdenes de la Asamblea. Sterbini, Spini, Torre, Masi, el droguelo Galleti, oradores y tribunos de la plebe; y el padre Gavazzi, archipámpano de todo aquel movimiento. En todas las esquinas y en las plazas subíanse encima de los bancos y toneles haciendo ondear los pañuelos y banderas tricolores para atraerse oyentes de entre el pueblo.

Acudía la gente preguntando:—¿Qué hay? ¿qué es lo que quieren decirnos?—¡A la guerra italianos! ¡a la guerra! la patria lo pide á sus valientes. La libertad de Italia os aguarda en los campos de Lombardia... ¡A las armas, ó romanos, á las armas.

—¡A las armas! Está pronto dicho, decían ciertos veteranos meneando la cabeza. ¿Qué broma es esta? Hacerse matar por dar gusto á estos señores: ¡habrá locura!...

—Calla, cobarde, dijole un valenton; sin duda debes ser algun sacristan de Baravita (1).

—Señor guapo, respondió un grupo que tomó el partido de aquel buen hombre; ¿por qué no vais vosotros á hacerlos levantar los sesos de un balazo?

Unos hacían muecas al orador: otros al oír las al-tisonantes frases del mismo fruncían el ceño, ó se encogían de hombros, y la mayor parte se velvian á

---

(1) Oratorio nocturno de Roma muy frecuen-tado.

sus tiendas, en donde las mujeres les preguntaban: —¿Qué es lo que predicán aquellos embaucadores? ¡Jesús mio, y qué cosas! Hubo un tiempo en que predicaban en esta plaza Sacerdotes con un crucifijo; y ahora les han reemplazado esos alborotadores con sus banderas. ¿Virgen santísima, que nos falta que ver aun? El mundo ha llegado á su fin.

No faltaban algunas pobres madres que pasaban las mayores angustias viendo ese afán de atizar á los jóvenes á partir para la guerra; puesto que los astutos enganchadores alucinaban con sus mañas á los jóvenes de la Sapienza (1), y hasta á los niños del batallón de la Esperanza y á los mancebos de las tiendas, los acompañaban á los puntos donde se alistaba, y les hacían inscribir sus nombres.

Así volvían á sus casas ébrios de furor guerrero, sin que nada valiera el llanto de las madres, ni las caricias de las hermanas, ni la autoridad de los padres para contenerlos. Interrumpidos á lo mejor sus estudios, rotas las esperanzas de las familias, despreciados y conculcados los más dulces afectos de la primera juventud, de todos modos estaban decididos á ir á la guerra.

Viéronse crueldades é inhumanidades inauditas. Hijos únicos, que eran el sosten de sus madres pobres y viudas y de sus hermanas, que no tenían más

---

(1) La *Sapienza* es la Universidad de Roma, de la que salieron muchos héroes á la guerra de la independencia.

recurso que el fruto de sus oficios ó empleos, dejáronlas abandonadas sin ningun auxilio y en el llanto y la miseria. Maridos (y no pocos) que poseidos enteramente del demonio de la guerra, partieron furiosos sin siquiera despedirse de sus jóvenes y tiernas esposas, sin dar un beso á sus hijuelos, dejando á aquellas en triste viudedad, y á estos huérfanos y sin pan.

¡Cuántas en el día de la partida de las legiones se despertaron creyendo que el marido se había levantado para ir á sus negocios, ó á trabajar en su respectivo oficio, y en vez de ser así, más crueles y desnaturalizados que las fieras, tomaron un fusil y se unieron al tropel de furiosos, ausentáronse de Roma sin dirigir un sólo pensamiento á su familia, á pesar de que sabían faltarle todo sustento, y la mujer en cinta ó en lactancia, y los niños desnudos sin un pedazo de pan para aquel mismo día! ¡Cuántos á más, ántes de ausentarse, vendieron lo poco que tenían y hasta la cama, dejando á su mujer en un jergon! (1)

El verdadero amor pátric está subordinado á los sagrados deberes de la naturaleza, y un sentimiento no debe destruir el otro; por más que dijese los que impeliendo á los demas á la cruzada de la inde-

---

(1) Esto, que algunos creerán exagerado, lo saben muy bien los Párrocos de Roma y las infelices que se vieron en la necesidad de pedir un lecho porque el marido vendió el suyo por ir á la guerra.

pendencia, luego ponian otra vez su cruz en el armario y procuraban dejarse crecer los bigotes, y se paseaban por el Corso y el Café Nuevo fumando su cigarro, en vez de respirar el humo del cañon y el glorioso polvo de las batallas.

Era cosa de ver á aquellos Gracos y Brutos encaramados en sus toneles perorando de lejos contra los croatas, traspasando con la punta y con el corte las compactas falanjes, romperlas, dispersarlas, perseguirlas y sembrar en ellas la muerte sin dar á nadie cuartel, y despues de tan estupenda victoria bajar á la fonda del Angel, ó á la de Triton, ó á la de los Tres Reyes, y hacer grandes y succulentas comilonas, vaciando sendas botellas de Velletri y de Orvieto.—¡Viva la Italia!—¡Viva la independendencia!—¡Muera el austriaco!

Abriéronse en Roma todos los almacenes de efectos militares: y como aquel año el Papa habia hecho variar el cóрте de los uniformes de los soldados á la moda de los piomonteses, se sacaron de los depósitos las casacas viejas, los capotes y los morriones para darlos á los reclutas; pero como eran muchos, no hubo para todos, y no pocos tuvieron que contentarse con zapatos, correaje, cartuchera y morral. En lo demás iban de paisanos sin otro distinto militar que la placa pontificia en el sombrero, ó la escarapela tricolor. Todos eran gente allegadiza, cuya mayor parte sabia tanto del arte militar como de urbanidad y de Religion.

Mientras tanto decia el carbonero Basílico en la

taberna de la Estrella.—Moze, tráenos media azumbre del bueno de Genciano, que queremos probarlo con maese Tito.—¿Sabes, amigo, que el padre Gavazzi nos ha ensartado magníficos panegíricos hoy en el Coliseo?

—¿Has estado, replicó maese Tito, en el *Via-crucis* con los *Socconi* (1)? ¡qué milagro! Tus estaciones son siempre en las mejores tabernas de Roma.

—¿Cómo, ¿ignoras que se ha ido hoy de nuevo al Coliseo?

—Nada sabia de esto.

—Pues bien: sabe que el ejército romano se halla en camino para la Lombardia; va generosamente á dar libertad á Italia, y á destruir á los austriacos: correrán ríos de sangre: basta decirte, y esto lo he oido yo propio, que ciertos jóvenes han jurado traernos acá tantos bigotes de Croatos, que basten á hacer almohadas para sus queridas, á fin de que duerman sobre sus triunfos. ¡Qué juramentos! ¡capaces son de cumplirlos!

—Pero dime, compadre Basilio: ¿tienen los Croatos sus fusiles cargados con bala de algodón, y sus sables de papel plateado, como los que venden en la plaza de San Eustaquio en los dias de feria? Yo tengo para mí, que las balas serán de plomo, y los

---

(1) La cofradía de los *Socconi*, instituida por el beato Leonardo d'Porto Mauricio para hacer los viernes el *Via-Crucis* en las estaciones erigidas á lo largo del Coliseo.

sables de acero bien templado y bien afilados; no quisiera que se volviese la tortilla, y que algunos de estos jóvenes dejasen la piel, y sobre ella sus propios bigotes!

—¡Qué! dijo Basilio, el padre Gavazzi nos decía: Romanos, hijos de héroes, sangre troyana, (¿tú entiendes camarada?) sangre troyana, marchad impávidos hácia un enemigo que huye con sólo oír el nombre de Roma; cada uno de vosotros vale por mil de aquellos villanos. (Por consiguiente la cosa es hecha, compadre: uno por mil). Llevad el valor romano á los campos lombardos, y que luego las mujeres italianas vean brillar la cruz roja en vuestros pechos, y admirando vuestros rostros marciales, conciban esperanzas.

—¿Van acaso á buscar mujeres en Lombardía? preguntó Tito.

—¡Qué loco eres! replicó Basilio apurando el vaso.

—Al decir las mujeres, queria significar el Padre Gavazzi que vuestros bigotes causarían espanto á los austriacos; y luego añadió: Paréceme veros volar de victoria en victoria al Tebro, al Pó, al Adice, al Bottigllione, (todo esto son rios, ¿entiendes?) y qué! luego el Brenta, el Piava, el Tallamento... y tantos nombró, que nunca creí hubiese tanta copia en el mundo.

—¡Mozol otra media azumbre, gritó maese Tito: y en seguida volviéndose á Basilio, añadió: ¿Y cómo sabes tú estos terminachos?

—Muy fácilmente: yo nunca faltó al Circulo popular con Ciceruacchio, Mecocetto y maese Gerónimo; y en el Circulo todas las noches se oyen panegíricos y poesías. Pero hoy, durante el sermón del Padre Gavazzi en el coliseo, habia unos que nos explicaban los ríos, los lagos y las ciudades. ¡Qué abundancia de bienes hay en Lombardía amigo! Deberas enviar allá como soldado á tu hijo Nanetto y á tu sobrino Toto.

—Yo... dijo Tito, á mis hijos los quiero á mi lado: sobre que mi mujer Anunciata, si no los ve en casa entrada la noche, mueve una alarma de mil diablos. La otra noche, que fueron á dar una vuelta para ver las iluminaciones, descargó su furia contra mí de tal suerte, que D. Pepe el vicario, que á la sazón bajaba de visitar á un enfermo del tercer piso, entró y en vano trató de calmarla; ¡y ya conoces tú á D. Pepe!

En verdad, con respecto á la patria... ¡qué cosas decia el Padre Gavazzi: allí en persona ocupaba el púlpito de la *Vía Crucis*: tenia dos cruces rojas, una en la sotana, y otra en el manteo, largas de dos palmos.

—Lo mismo que las de los Padres Crucíferos de San Benito.

—Mucho más largas. A todos nos miraba por encima de la cabeza, (y nos hallábamnos en el espacio del anfiteatro). Con la mano izquierda cogia la extremidad del manteo y se lo recogia y apretaba en el costado izquierdo; luego extendia el brazo dere-



cho y decía:—¡Romanos, la pátris.... qué página inmortal para la historia! ¡Dios y la pátris!.... Jóvenes romanos, ¿no os sentís hervir la sangre, palpitár el corazón é inflamarse el alma?

—¡Oh! ¡qué cosas!

—Todavía, como soy un ignorante, no sé describirlas bien; y además, ¿quién es capaz de acordarse de todas? Despues, oye, despues, volviéndose á las mujeres, empezó á decir:— Mujeres romanas, no lloreis; dejad que vuestros hijos vayan á la guerra sagrada; ó mejor impulsadles y animadlos vosotras mismas, pues habeis infundido en sus venas sangre italiana, sangre noble, sangre de los antiguos Quirinos (¿entiendes compadre? se trata de Quirino)— O madres romanas, si jamás recibieseis la nueva de que vuestros hijos murieron en el campo de batalla, no lloreis; puez todas sus heridas las recibirán en el pecho y ninguna en la espalda.—Luego hablaba de ciertas madres (por supuesto antiguas) que se hallaban en un pais en donde llevaban los soldados muertos encima de los escudos, y le daba el nombre de Laci..... (y apuraba el vaso): ¡oh como el buen vino refresca la memoria!.... de Lacedemonia.

—¿No dije yo que este era asunto de demonios? No, no, mis hijos los quiero conmigo, no quiero lazos ni demonios.—Por lo mismo cada noche los encomiendo al ángel de la Guarda para que me los conserve sanos y en un santo temor de Dios y de su Santísima Madre.—Crea tú, Basilio, que como el P. Gavazzi no tiene hijos, puede muy bien decir:

madres no lloreis.—Siesto lo hubiese oído mi Anunciata, de seguro que le arrancaba los ojos.»

El bueno de maese Tito decía la pura verdad, esto muchas madres lo saben, y hoy día aun lloran el fruto de aquellas peroratas. A lo ménos Aser fué más acuerdo: no arrancó los hijos de los brazos de sus madres romanas; pues se hubiera avergonzado de una seúccion tan inicua cual era estraviar á unos jóvenes incautos é inespertos y llevarlos á recibir la muerte en un campo de batalla.

Aser, pues, habia alistado, no á lindos adolescentes, sino todos los vagos y facinerosos que habian venido á Roma de otras comarcas en busca de buena ventura; puesto que el tiempo corria propicio para ellos en esta ciudad, muerta la policía, el gobierno falto de brazos, los buenos desanimados y abatidos, y los facciosos llegados al punto de tener sofocados los firmes deseos y santas y nobles intenciones del Sumo Pontífice Pio IX, de cuya mano habian arrancado la espada de la justicia.

Estos malhechores vivian en Roma del robo y de la estafa, ó á expensas de las sociedades secretas. Estos, contentos con poco sueldo por lo que esperaban arrebatar en las ciudades de Lombardia, se alistaron en las filas de Aser, y ardian en deseos de marchar cuanto antes mejor á la guerra de la Independencia. En la junta secreta se habia resuelto hacer de estos hombres una especie de cuerpos francos, ó de exploradores, colocándolos siempre en la vanguardia y echándoles á los primeros encuentros;

pues en verdad sus caras eran las más propias para infundir terror al enemigo, y mantener á raya á la gente de la comarca, que era á la que más temian los conspiradores.

Caería en grande error cualquiera que se figurase que Aser saliese á la campaña de buena gana, y que no alimentase otros afectos que el amor de la libertad y de la gloria italiana; pues estaba traspasado su corazón de una pasión amorosa tan incontrastable, cuanto era más noble su objeto y se hallaba dirigida á la misma virginal inocencia, por lo que era para él sin esperanza; en términos que al propio tiempo, que llenaba de agitación su alma, le mantenía encadenado y oprimido. Pero las circunstancias de Aser no eran como las de otros muchos campeones, que excitaban á los demás á que partiesen á la guerra, mientras ellos se quedaban en Roma á llenar el vientre y á gozar de las noticias de la misma; puesto que ligado este joven á las sociedades secretas de Alemania, debía abrazar los partidos mas audaces á fin de promover y animar con su presencia las empresas mas osadas, y tener al corriente de los movimientos de Italia á los conjurados de Viena, Hungría y de los demás Estados alemanes.

Por otra parte la pobre Elisa se hallaba agitada de mil pensamientos; y sentia vivamente que Aser partiese á una guerra tan incierta y llena de peligros, con riesgo de morir en el campo de batalla, abandonado de todo humano consuelo; y cuando ménos, de tener que sufrir tantas fatigas de viajes,

intemperies, falta de vituallas; que acampar todas las noches en el duro suelo, siempre temeroso de una sorpresa, siempre en medio de privaciones y de toda suerte de peligros.

La tierna jóven nunca quiso confesarse á sí misma que amase á Aser, y disfrazaba con los nombres de compasion, de lástima, de reconocimiento, los vagos sentimientos que agitaban su corazon.

Fero cuando supo que debia partir sin tardanza con la vanguardia de las legiones, estuvo luchando consigo misma por decidir si faltaria acaso á su deber dándole una prenda de gratitud por haberla salvado de los piés del caballo que debia aplastarla en la apretura del foro de Trajano. Pensó, reflexionó una y otra vez; sintió incertidumbre, dudas, remordimientos, y luego respuestas interiores del corazon, solucion de sus dudas, nuevas perplejidades y nuevas seguridades; hasta que por último, vencido el combate interior, resolvióse á enviarle una medallita de oro, con la efigie de la Inmaculada Concepcion de María con rayos en las manos, llamada *Medalla Milagrosa*.

Y habiendo pasado por el anillo de la misma un cordoncito de seda encarnada, la colocó en una cajita de marfil, adornada con hermosos arabescos y cercos de oro; la llenó de algodón, y ántes de poner en ella la medallita, la besó, suplicando devotamente á la Virgen que no apartase nunca sus ojos misericordiosos de aquel pobre jóven; que lo protegiese en los peligros, lo defendiese en los ataques,

y le diese su especial amparo en todo cuanto pudiese acontecerle; pero sobre todo, que no le abandonase en caso de muerte, que le tocase el corazon y le inspirase arrepentimiento, luz y gracia de salvacion.

Hecho esto, cuando llegó su maestro de lengua inglesa, despues de haber tomado la leccion, le dijo:—Señor Alfredo, ¿quisièrais hacerme un favor particular?—Disponed de mí, señorita; sois tan buena y amable, respondió Alfredo, que tendré la mayor satisfaccion en complaceros.—Entónces Elisa sacó la cajita, y poniéndose algo colorada y con los ojos bajos, le dijo:—Segun me insinuásteis, vuestro amigo Aser se halla á punto de partir para la guerra; ¿me haríais, pues, el obsequio de presentarle á nombre de una jóven romana esta medallita de Nuestra Señora, suplicándole que la lleve pendiente del cuello, y que por ningun caso la separe de sí? Pero os ruego que no le digais absolutamente mi nombre; pues Aser es tan cortés con todo el mundo, que agradecerá el presente, cualquiera que sea la persona que se lo envíe.

Cuando Alberto hubo salido de la casa de Elisa, no se sosegó hasta encontrar á Aser; y le halló en el instante en que regresaba á su casa, triste y agitado, por cuanto aquella misma tarde debia ponerse en marcha sin que en todo el dia hubiese podido hallar ocasion de ver ni aun de lejos á Elisa, á quien en vano aguardó á que saliese de casa por ir á Misa en San Marcelo. Alfredo entonces, regocijado, aun-

que con aire misterioso, dijo á Aser.—Amigo, te traigo una buena ventura.—¿Cuál? dijo Aser con aire distraído.—Tal que acaso te hará marchar más ligero que si tuvieras alas.—Cálmate, que me inquieta mucho el pensar en esta marcha.

Entonces sacó Alfredo de su bolsillo la cajita, abrióla con toda cachaza, y luego manteniendo entreabierto con el dedo la tapadera, dijo á Aser, que le estaba contemplando:—Una doncella romana te envia un bello regalo; y como entre amigos no caben secretos, aunque me haya especialmente encomendado que no declare su nombre, sabe no obstante que esta pequeña Virgen (dijo sacando la medalla) te la envia Elisa, y te suplica encarecidamente que la lleves siempre pendiente en el pecho por amor de ella.

Tembló Aser de piés á cabeza, sobrecogido ya de calor, ya de frio, ya de sudor, y sintiendo un interior afán y tales palpitaciones, que parecia que el corazón iba á salirse del pecho. Con manos convulsas tomó de las de Alfredo la medalla, sin atreverse á fijar los ojos en la imagen; y desabrochándose la camisa, pasó el cordón al rededor del cuello; en seguida cogió la medalla con la mano derecha y la apretó fuertemente contra su corazón, exclamando:—Alfredo, dirás á ese ángel que nunca más se separará de mí ni siquiera un instante. Díe que con esta égida desafiaré yo solo á los escuadrones de caballería y á todo el fuego de la artillería, seguro de que la espada y el fuego me respetarán... Díe de mi

parte adios... y que ruegue por mí;—Y como si tuviese calentura procuró despedir con agrado á Alfredo, para quedarse enteramente entregado á sí mismo.

Apenas se vió solo, postróse de rodillas en medio de su estancia, inclinó la altiva frente hasta el suelo, exhaló una especie de rugido, y levantando de improviso la cabeza y los ojos al cielo, teniendo cogida entre ambas manos la medalla, exclamó:— ¡Oh Dios! tú sabes que no soy cristiano; aplica á la imagen de esta *mujer*, que es de la casa de Jacob é hija de David, las bendiciones que prometiste á nuestros padres. No mires mi iniquidad, considera la inocencia de Elisa, la que imita el candor de esta *alma* de Sion, á quien llamaste por boca de los profetas la *Flor de José*.

Dicha esta oracion, levantóse con el corazón sereno, y por algunos instantes sintió una paz que jamás gozó al salir de las impías jaulas de las sociedades secretas: ¡dichoso si nuevamente no se hubiese dejado vencer del espíritu maligno que lo arrastraba por las execrables sendas de los impíos, y por entre los torbellinos de las revoluciones!

Bártolo, siempre tenaz en sus utopias concenientes á la confederacion italiana, que en su concepto debia regenerar los Estados de la Península y procurarles una felicidad imparecedera, no advertia las nuevas desgracias que le preparaban los diabólicos planes de la Joven Italia; y vencido por la hipocresia con que se llamaba «santa y sagrada»

aquella guerra, sentia la mayor satisfaccion al ver las cruces que tomaban por divisa los valientes: no sólo esto, sino que se habia metido en la cabeza que el arrojar los alemanes de la Lombardia, era lo mismo que en el tiempo de las Cruzadas echar de la Palestina á los sarracenos y conquistar el sepulcro del Salvador. ¡Cuántos Sacerdotes, frailes y caballeros romanos cayeron entonces, no sólo en Roma sino en toda la Italia, en este pueril error! ¡Y ay de aquel que llegase á dudar de ello! tratábasele de desafecto al bien público, de reo de felonía y de sacrilego.

Mientras que Bártolo estaba enteramente arreglado, é iba á salir de casa vestido con el uniforme de la Guardia cívica para dirigirse al cuartel, entró en el cuarto sin previo anuncio y anhelante su cuñada Adela, la cual, dejándose caer en un sillón, empezó á llorar diciendo:—¡Ay amigo Bártolo! ¡ayudadme por caridad, socorred á una pobre madre, tened lástima de mis entrañas maternales!

—¿Qué es esto, Adela? ¿qué ha acontecido?

—¡Ay Bártolo! mis hijos Mimo y Lando se han empeñado de todos modos en que quieren marchar á la guerra. Venid por piedad de María Santísima á mi casa para quitarles de la cabeza tan funesto como precipitado designio. Mi esposo, mi hija y hasta el niño Severito lloran y se desesperan; los niños se arrojan al cuello ó abrazan las rodillas, ya del uno ya del otro; pero nada, ninguno les saca de la cabeza que han de marchar. Corred, Bártolo; yo les



he cogido los fusiles y los he dejado cerrados dentro de mi cuarto; pero me amenazan con echar abajo la puerta. ¡Venid corriendo, Bártolo, por amor de Dios!

Bártolo se puso el yelmo, y se fué con Adela, á quien dió el brazo; pero al llegar á la casa de esta última la hallaron sumergida en llantos y gemidos. ¡Qué sucede? gritó Adela.

Ay mamá, dijo Severito; Lando se irritó mucho con papá porque no queria darle dinero; y luego corrió furioso á la puerta trasera de vuestro cuarto, la abrió á la fuerza, y cogiendo su fusil y el de Mímo, ámbos fueron corriendo á la Sapienza á reunirse á la legion de estudiantes, que habia tocado llamada para la partida.

Al oír semejante novedad, Adela cayó hácia atrás desmayada. La tia y Bártolo la colocaron en un sofá, y la primera llamó á las mujeres y corrió á buscar un vaso con agua y vinagre. Bártolo salió á toda prisa por si podia alcanzar á sus sobrinos; y no hallándolos ya en el cuartel de la Sapienza, alquiló un coche en la plaza de San Eustaquio, y fué corriendo y bajando por el camino de Ripetta, para cogerles la vuelta, á la plaza del Pópulo, en cuyo punto debian hacer alto y aguardar la vanguardia de los cazadores de Aser.

Llegado que hubieron los tiradores ó descubridores de la Sapienza, Bártolo se presentó á sus sobrinos y empezó con buenas palabras á persuadirles que se volbiesen á su casa: que reflexionasen en el pe-

sar del padre, en las angustias de la madre desmayada y en peligro de muerte; diciendo que fuesen á reanimarla, y que luego despues podrian marchar con más comodidad con las demas legiones.

Pero los dos mozalvetes, enardecidos por las astutas y sediciosas palabras de los demagogos, y habiéndoseles ya endurecido el corazon, respondieron ágriamente á su tio, diciendo: Estamos firmemente resueltos á partir; y añadieron que la pátria era primero que las debiidades de una madre; y que pensase en enviarles dinero á Ancona.

Bártolo quiso insistir; pero varios de los muchachos que le rodeaban, y cuya mayor parte eran hijos escapados de los maternales brazos, empezaron á conmoveerse y luego prorumpieron en invectivas y amenazas.—Id aliá, decian, que sois un negro, un papista, un vil sacristan, un traidor jesuita.—¡A él, muchachos, que es un jesuita!—Y el desdichado de Bártolo, viendo la tempestad que se levantaba y que empezaban á relucir las dagas, subió de un salto al coche, y se retiró á su casa consternado, empezando á vislumbrar los frutos de religion y cortesía que daba el árbol de la libertad en Italia.

De regreso á su casa Bártolo, triste y ansioso por el estado de su cuñada, Elisa se le puso delante, y dijo:—¿Qué habeis hecho, papá, con los primos?

—¡Oh qué tiempos, hija mia, qué tiempos! ¡Cuántos perversos, cuántos ingratos, cuántos corazones desnaturalizados! Mimo y Lando, que eran tan buenos hijos y tan amantes de sus padres, se han vuel-

to peores que osos, peores que dragones, ¡qué crueldad! ¡Qué barbáriel!

—Bien os lo dijo mi tía que en esos pícaros cuarteles se echa á perder la juventud romana; con todo lo negabais, y casi la tuvisteis por sobrado timorata y escrupulosa: ya veis que tenia razon. ¡Pero Lando, que es tan cándido y religioso! ¡Ay papá!

—Calla Elisa, tienes mucha razon; pero no creí que se pudiese llegar á tanto.—En esto se presentó á Bártolo el viejo escribiente á hacerle repasar ciertas cuentas; y estaba muy enfadado porque un sobriño suyo se habia ausentado furtivamente de su casa por ir á la guerra.

—¡Ya, ya! decia, señor Bártolo, bien puede gritar el Papa desde la tribuna del Quirinal, diciendo: Que bendice á la Italia, que quiere la paz, que no tiene guerra con nadie, que todos los cristianos son sus hijos: que les ama á todos, á todos los abraza, y que ninguno es extranjero para su corazón; que los valientes romanos vayan únicamente hasta las fronteras de sus Estados, y que se limiten á defenderse si son atacados, pero que de ningun modo pasen más allá.—Bien puede exclamar, decimos, todo esto el Papa, que bonitos son estos furiosos para obedecer la voz de su padre y de su soberano.—Apuesto cualquier cosa á que esos dementes pasarán las fronteras y harán alguna diablura en el reino Lombardo-Veneto.

—No es posible. Pio IX dijo demasiado claro que con nadie quiere guerra, que no pretende ser con-

quistador; y sobre esto ha dado las órdenes convenientes á los generales Durando y Ferrari. Estos saben que el soldado tiene una obediencia de hierro.

—Sí; ¿acaso han de faltar pretextos á esos atolondrados jóvenes? Capaces son de arrastrar en pos de sí hasta á los generales; y si por acaso los generales, coroneles y capitanes se empeñasen en no faltar á las órdenes del Papa, me los dejarían plantados como estacas en esta parte del Pó. Pero tened por cierto que los capitanes Masi, Galletti y del Grande no son hombres para quedarse en zaga sentados á la ribera del rio. *Videbimus infra...* Señor Bártolo, firmad estos papeles.

En aquel instante, Elisa, que se habia retirado á su estancia, entró de nuevo en busca de unas tijeras en el cuarto de Polisena, la cual habia salido á dar un encargo á un criado. Y buscando las tijeras reparó en una silla cubierta con un gran pañuelo de seda, que se hallaba en un rincón del aposento; y habiendo levantado algo el pañuelo, vió debajo un uniforme de militar muy bien plegado y arreglado. La jóven lo examinó con curiosidad, lo desplegó, midió la longitud de los pantalones colorados, y vió debajo de ellos un cinturón charolado del cual pendia el sable con el puño dorado.—Como oyó que volvía Polisena, le preguntó:—¿Por qué teneis aqui este uniforme militar?—A lo que contestó Polisena, diciendo:—Me lo hizo remitir aquel jóven de Perugia que debe marchar mañana con la segunda le-

gion, quien ha dado esta mañana una vuelta á Frascati y el sastre no le hubiera encontrado en casa: esta noche mandará por él.

Aquella tarde estaba de guardia Bártolo; por lo que despues de haber tomado café con Polisena, Elisa y algun amigo, salió con estos saludando á las mujeres y diciéndoles, como de costumbre siempre que pasaba la noche en el cuartel:—Hasta mañana Elisa, acuéstate temprano.—Así lo haré, respondió la doncella, pues me duele algo la cabeza: la partida de los primos toda me ha trastornado.

Roma se halla en gran conmocion causada de una parte por una feroz alegría, y de otra por una angustiosa afliccion. Todos los jacobinos alborotaban el Corso, yendo y viniendo sin estar quietos un instante; todo era abrazarse con los que marchaban, besarse y refregarse las barbas; allí se regocijaban: el ruido de los besos se oia de lejos en medio de los gritos de—¡Bravo!—Adios.—¡Vivan los guerreros de Italia!—¡Viva la independencial—¡Volved pronto vencedores del extranjero!—¡Que ni uno sólo quede en el suelo italiano!

—Ninguno quedará, contestaban.—Pero vosotros, hermanos, haced de modo que á nuestro regreso no hallemos en Roma ni un sólo jesuita.

—Os lo juramos, gritaban aquellos furiosos; idos seguros de que limpiaremos á Roma de semejante contaminación.—¡Mueran los jesuitas!—¡Viva Pio IX!—Juramento en verdad digno de quien lo hizo, y de quien lo recibió. ¡Y Dios bendecirá una guerra em-

prendida bajo tan piadosos y santos auspicios, y dará á la Italia una libertad que empieza con la proscripción?

Por otra parte llenaban la plaza del Pópulo madres desconsoladas, esposas abandonadas, hijas, hermanas llorando, y amantes sin consuelo, lo que formaba un conjunto de gemidos, lágrimas, lamentos y agudos ayes imposibles de describir. Veíase un gesticular agitado, un levantar las manos al cielo, y un mesarse los cabellos que hubiera enternecido á las mismas piedras; pero que no hicieron el menor efecto en aquellos hombres desnaturalizados.

A eso de media noche, Bártolo, ansioso de Elisa á quien habia dejado aquella tarde algo pálida y con dolor de cabeza, no sosegó hasta que se resolvió á dar una vuelta por su casa á fin de saber su estado. Estuvo debajo del Pórtico, y en el acto de subir la escalera parecióle que alguien hablaba en el pequeño patio del lavadero. Detiénese admirado, pero atento el oído, y percibe la voz de Poliseña. Arrimóse á la pequeña puerta, y conteniendo la respiración, se puso á escuchar: pero sólo llegaron á sus oídos algunas frases interrumpidas.....—¡Oh! Elisa duerme..... ¡Ah! Mimo no puede abandonarme..... me ama..... ¿Y yo? ¿abandonarle?

Bártolo se mordía los labios de rabia..... ¡Ah, infame, traidora! ¡Con que andas en amores con mi sobrina!—¡Le has seducido! ¡Ahora ve! ¡ahora entiéndol aquel venir á horas desusadas.—Pero el pi-

caro se ha marchado dejándote plantada. No te incomodes, hipócrita, que juro que á su vuelta no te ha de hallar en mi casa. Mañana nos veremos.

Dicho esto salió sin hacer ruido á la calle, y se puso de acecho en una puerta de enfrente para ver si podia conocer al hombre que hablaba con Poliseña; cuando hé ahí que salieron dos individuos de la Guardia cívica embozados en sus capotes, de modo que no pudo conocerles.— ¡Vaya que la bribona no se contenta con uno, sino que necesita dos! ¡Y quién sabe cuantas noches habrá estado haciendo esa misma jugada! ¡Y quién sabe desde cuando! ¡Mientras yo y mi angelical Elisa dormíamos con toda seguridad, ella estaba manteniendo relaciones nocturnas con sus queridos!... Pero mañana....— Y se mordía las uñas mirando las estrellas.

Toda aquella noche se estuvo paseando por el cuartel fumando su cigarro, que sabia á acibar; sentábase, volvía á levantarse, apoyábase en una columna inmediata al centinela, daba dos pasos y de nuevo se paraba. Luego que volvieron las rondas, y vistos los partes de la noche, recogió á los soldados y probó de conciliar el sueño. Pero fué en vano, porque la rabia que le agitaba y los tumultuosos pensamientos se lo impidieron. Lo haré, sí, lo haré.... La maldita tiene de su parte á todos esos campeones de Italia.... Pero la echaré de casa. Ahora lo que se necesita es hallar un pretexto que deje á salvo el honor de Elisa. ¡Pobre ángel mio, y en qué manos te hallas!.... El bruto soy yo, que

debía haber advertido en sus tratos. Hablaba mal, y yo creyéndola una italiana franca y leal, en gracia de la Italia disimulaba sus correrías; por eso me está muy bien, aunque más vale tarde que nunca.

Envuelto en estos pensamientos, entre siete y ocho de la mañana fué á su casa á tomar café, según acostumbraba hacerlo siempre que estaba de guardia. Luego que entró se fué directamente al encuentro de Elisa, á quien encontró ya peinada y puesta de rodillas rezando sus oraciones delante de la Virgen.—Buenos días, hermosa; ¿cómo estamos? —Muy bien, papá mio; ahora acabo de rezar por mi pobre madre, y vengo al instante.

Bártolo pasó á la salita para tomar café, y detrás de él Elisa, la cual, después de haberle besado la mano, se sentó á su lado, presentóle la azucarera y le tomó la cafetera.—Y la señora Polisena, ¿no viene? preguntó Bártolo, á lo que respondió Elisa que aún no había salido del cuarto.—Aguardo Bártolo un poco; luego llamó al criado y le encargó decir á Mariquita que la llamase.

Mariquita, la camarera, fué á llamar á la puerta del aposento de Polisena, y no obteniendo respuesta, dijo en voz alta:—Nadie me responde; debe haber salido temprano. Entonces Bártolo llamó al criado y le preguntó:—¿A qué hora salió esta mañana la señora Polisena?—Yo no la he visto salir absolutamente, respondió el criado, y no me he movido un instante de la sala en donde he estado limpiando los quinqués.—Mariquita, añadió Bártolo, entra en la



estancia de la señora Polisena, y dila que la esperamos para el café. Se acuesta tan tarde por las noches, que luego le viene cuesta arriba el levantarse.

Al cabo de un rato vino la camarera fuera de sí exclamando:—¡No está en su cuarto! Yo en verdad no lo entiendo; la cama se halla intacta, y la señora Polisena no se ha acostado, pues he encontrado la escofleta y la almilla de dormir en el mismo lugar donde anoche las puse. A más de esto, sus vestidos diarios están dispersos por encima de las sillas; pero me parece que no ha salido de casa, pues su sombrero, sus guantes, y el chal están en su propio sitio.—Bartolo no supo que pensar; pero conteniendo su rabia, dijo con semblante tranquilo:—Ahora voy yo.—Etisa quería acompañarle.—No: tú quédate á tomar café, que al instante vuelvo.

Dicho esto entró en el cuarto de Polisena, cerró la puerta por dentro, echó una rápida ojeada al redor de la estancia, y entró en el gabinete, donde encontró abierta la puertecilla de la escalera secreta como tambien la que daba salida al lavadero; y no le cupo duda de que Polisena habia salido por aquel sitio á alguna nocturna visita. Permaneció un rato detrás de la puerta con el fin de sorprenderla en el acto de entrar, pues dijo para sí:

La pérdida no puede tardar mucho sabiendo que es la hora de tomar el café. ¡Con que yo guardo en mi cuarto las llaves de estas puertas; y esta infame ó me las quitó ocultamente, ó abrió con ganzúas; y mientras tanto, hé aquí la entrada libre para

cualquiera que hubiese querido robarnos ó asesinarnos por la noche!

Viendo que tardaba mucho Polisena, subió Bártolo otra vez, por no dar que sospechar á Elisa, y vuelto á la salita, dijo al criado:—Angel; buen guardian eres ciertamente. La señora Polisena ha salido tempranísimo, y tú, maldito dormilon, no lo has advertido. ¡Muy bien!—Con todo, mi señor, replicó Angel, eran las siete cuando he abierto la puerta de la sala.—Lo habrás soñado sin duda.—Créame, señor.—¿Todavía respondes, bestia? Vete.—Y el pobre Angel se fué cabizbajo.

Entonces Bártolo dijo á Elisa.—Yo debo volver al cuartel, pues mi tardanza ha sido mucha; pero cuando venga Polisena, dale los buenos días y dile que la hemos estado esperando para tomar café.—Después que hubo salido de casa, caminaba despacio mirando en torno de sí por ver si descubría á la señorita á su vuelta de Misa; pero fué en vano. En el cuartel halló un corrillo de oficiales que hablaban todos á un tiempo de la partida de la primera legion, metiendo una bulla infernal.—Salieron á las cuatro.—No, que eran las cuatro y cuarto.—No es verdad.—Si he oído en la plaza de España, el reloj de la Propaganda.—El coronel con su caballo blanco.—No señor que era pardo.—Hombres, estais ciegos; pues era bayo; el blanco era el del ayudante.—Que no.—Que sí.—En esto repararon en la presencia de Bártolo, y guardaron silencio; y todo era dirigirse señas y guiños.—¿Qué buenas noticias

tenemos, amigos? dijo Bártolo.—Tú las tienes en casa, respondió un mozalvete, meneando el penacho del yelmo. ¿Has visto á Polisena esta mañana?—No: ha salido temprano. (Nuevos guiños entre los oficiales).—¿De qué os reis? dijo Bártolo, y un capitán le contestó:—Ciertamente que tu Polisena ha sido madrugadora.....

En fin, ¿sabes que ha marchado como una amazona en traje de soldado? ¡Y qué avispada iba con sus pantalones colorados! ¡Y qué bien llevaba el fusil al hombro y el sable al lado!

—¿Cómo? dijo Bártolo interrumpiéndole: yo estoy soñando.

—Puedes soñar cuanto gustes, dijo otro; pero Polisena ha marchado con la legion á conquistar la libertad de Italia. ¡Cáspita y qué atrevida! Se le ofreció un carro para el camino, y lo rehusó, obstinándose en ir á pié. Todo el mundo le daba aplausos y alabanzas; y el coronel cobró tal animacion por el valor de esta doncella, que de buenas á primeras la ascendió á alférez de la primera compañía y puso en sus manos la bandera tricolor, la cual tomó con alegría; y como allí en la plaza no tenían á mano galones de oro, un sargento del sexto batallón de la Guardia cívica se quitó los suyos y los cosió en el brazo de la muchacha; mientras tanto todos los soldados gritaban: ¡Viva nuestro alférez de la primera compañía!

Elisa, mientras aguardaba á que volviese Polisena, entró á leer en su gabinete de estudio, y al

acercarse á la mesa ofreciósele á la vista una carta con sobre para ella y de letra de la misma Polisena, abriola y leyó lo siguiente:

«Querida mía:

»La pátria me llama, y yo respondo: ella me invita á conquistar su libertad, y vuelo á conquistarla; me impone el deber de echar de su suelo al extranjero, y obedezco. El que sienta latir en su pecho un corazón italiano no puede permanecer cobardemente ocioso cuando los valientes hijos de Italia van á combatir por su libertad é independencia.

»Tu, Elisa, gracias á tu carácter beato, no sientes estos gritos de la pátria, porque no los entiendes. Yo bien quise hacerte vigorosa, clásica, heroica, y en una palabra, italiana; pero me has salido una muchacha insípida y supersticiosa. Quédate con tus vírgenes y con tus *Agnus Dei*, que yo parto á la guerra. Quise inspirarte una virtud que te hiciese magnánima y apreciada de los hombres sabios; pero el cristianismo civil, que adelanta con el progreso de las naciones, no es religión de almas pequeñas ó de inteligencias mezquinas.

»La tuya no es capaz de tener sentimientos humanitarios, ni de profesar el culto de la pátria: las monjas te inspiraron una virtud de la edad media, una devoción vulgar y plebeya, que se alimenta con rosarios, novenas, misas y comuniones. Este es un cristianismo de jesuita, y tú no puedes elevarte al

noble, sublime y divino cristianismo de Gioberti: quédate cual eres.

»Saluda á tu padre: éste hubiera debido partir á la guerra; pero tu padre quisiera ver á la Italia libre y señora de las naciones, sin mover un dedo para socorrerla; y siendo como es papista, no quisiera otra Italia que la de las mitras y de la tiara, esto es, la de Gregorio VII y de Alejandro III; al paso que nosotros queremos la Italia de Guerrazzi, de Poerio y Mazzini.

»Ruégote, Elisa, que tengas cuidado de mis frioleras que dejo ya encerradas en el baul; y harás decir á Mariquita que las ponga en un rincon del guardaropa: la ropa blanca se halla en los cajones del armario; pues no he llevado conmigo más que pañuelos y calzoncillos, que es lo único que puede servirme en la guerra. Adios.

«Tuya POLISENA.»

Bártolo no podia volver de su asombro; y dirigiéndose á un capitán de su batallón, le pidió que le sustituyese otro por aquel día, que él le reemplazaria cuando le tocase ir de guardia. Luego que se le concedió cortesmente su petición, fuése de un salto á su casa, en donde encontró á Elisa fuera de sí por aquel inesperado suceso. No pareciéndole prudente dejarla sola en aquellos primeros momentos, mandó disponer el coche, y la envió á casa de su cuñada, donde con la prima se consolarían mú-

tuamente, lo que seria ademas un consuelo para la tia.

Bártolo, mientras tanto se paseaba de una á otra estancia sin permanecer un instante en reposo: reflexionaba en el papel ridiculo que representaria en concepto de toda Roma, en la burla que de él harian los ociosos, y en la nota de incauto y de imprudente en que habria incurrido en opinion de los hombres de bien por haber puesto al lado de su hija á una miserable é imprudente aventurera, que tan cruelmente la habia engañao.

Agitado por estos pensamientos, entró en el gabinete de Polisena, y vió en el hogar de la chimenea que esta habia quemado aquella noche varias cartas: cogió algunos pedacitos que el fuego dejó intactos, y en uno leyó:—Raven..... es necesario que muera Julio Mer... Y en otro:—Quitaremos frailes, clérigos, Cardenal... puercos, bribones, ya es tiempo.— Y en otro:—Protestant... Roma, libre y feliz.

Despues abrió Bártolo un cajoncito del pupitre, y halló varias carpetas de cartas con sobres ficticios, bajo los cuales se hacia escribir por los conspiradores: los habia con el sello del correo de la alta Italia, otros con los de Toscana, Suiza y hasta de Inglaterra, los cuales la buena alhaja iba ella misma á sacar del correo. Luego despues, abierta la cajita, y habiéndose inclinado algo Bártolo para examinar el fondo de la misma, vió en un rincon otra cajita de ébano que Polisena sin duda olvidó en medio de su apresuramiento, dejando en ella hasta la llavecita.

Bártolo la abrió lleno de curiosidad, y vió que estaba dividida en tres comparticiones llenas todas de cartas muy bien cerraditas, y algunas atadas con cintas de seda: cogiólas, y el primer papel que le vino, á la mano, fué la patente por la que quedó Polise-na inscrita en la jóven Italia bajo el nombre de Amistad: en otro papel se le elogiaba por los servicios meritorios que habia hecho á la Sacra Alianza: en otro el comité principal la nombraba reclutadora de primera clase, y le designaba varios distritos á más del de Roma: en otro, atado con una cinta negra, se hallaban las prescripciones y sentencias de muerte de que se la avisaba para que indicase los nombres de los traidores y de los sospechosos.

Bártolo sentia un sudor frio que le bañaba todo el cuerpo al leer los nombres de algunas de las victimas que se designaban, y casi no se atrevia á abrir los demás pliegos. Por fin, cobrando ánimo, encontró en la última comparticion de la cajita un sólo pliego, el cual abrió, y vió que era la lista de los que estaban inscritos en aquella infernal sociedad. ¡Oh! ¡qué nombres leyó! ¡cuántos hipócritas vió sin máscara en aquel instante! ¡cuántos traidores que por su empleo ó destino debian á Dios, al Príncipe y al Estado, una fe que aparentaban exteriormente inviolable, y á la que faltaban vilmente en secreto! ¡cuántos incautos juvenes! ¡cuántas mujeres que tenian fama de honestas y piadosas!

Cerró otra vez este pliego apresuradamente, arrepintiéndose de haberlo leído, y hasta queriendo

olvidar aquellos nombres que importunos se le presentaban al entendimiento, cerraba los ojos pero los veía escritos en su imaginacion; meneaba la cabeza como quien desprecia en sí mismo una idea molesta; y al mismo tiempo puso de nuevo cada cosa en su lugar, cerró el cajon, mirando en derredor, cual si temiese haber sido observado, y dijo para sí:— ¿Y si esta mujer infernal recuerda haber olvidado abierta la cajita? ¿y si llegare á sospechar que he leído sus papeles? ¡No hay duda que mi muerte fuera segura!—Volvió á abrir el cajon y examinó de nuevo, diciendo:—En efecto, está en su lugar..... así no... estaba algo más arrimada al rincon... muy bien.

Mientras que Bártolo salía sin hacer ruido del cuarto de Polisena, oyó un grande altercado en la sala, y al criado Angel que gritaba:—Señores, no lo haré... ó decidme vuestro nombre, ó no os anuncio á mi amo.—Habian acudido el cocinero y el galopin de cocina, y la disputa tomaba mayores proporciones, cuando Bártolo sonó la campanilla.



## CAPITULO XXI.

### SOR UMBELLINA.

En Florencia, fuera de la puerta de San Galo, corre límpido el rio Muñon, el cual bajando de los mantes de Fiesole, y más abajo por entre barrancos, cascadas y vallecitos, dando mil rodeos y murmurando, se apresura á confundir sus aguas con las del Arno. El valle se llama tambien Muñon del nombre del rio, y es uno de los más deliciosos y risueños contornos de Florencia a causa de los hermosos collados que lo circunvalan, llenos de olivares, viñedos y verjales de árboles frutales de toda especie; de pequeñas y agradables quintas, casitas y jardines hermosísimos desde las altas lomas hasta las márgenes del riachuelo.

Casi en el centro de este valle, en el punto en que más inmediatas están las faldas de los collados, en que se angosta el cauce del rio, se abre un vistoso llano, y en él entre altos y sombríos árboles, levántase humilde y solitario un monasterio de vírgenes consagradas á Dios.

En frente y al otro lado del río, por la parte oriental, levántase el cerro de Camerata, con la magnífica quinta que fué del marques Pedro Rinuccini, la que mientras vivió éste fue el albergue de toda nobleza. Subiendo aun más por la cuesta de Santo Domingo, se ve la quinta del senador De Mozzi, la cual está arriba, y completa la belleza del cuadro; la graciosa granja de San Gerónimo, dulce y amistoso asilo de Pedro Leopoldo Ricasoni, prior de los caballeros de San Esteban, quien la hermoseó con aquellos jardines, siempre llenos de rosas, con galerías y cobertizos por el lado correspondiente al delicioso vallecito de la abadía, los que ofrecen á la vista todo el valle del Arno desde San Miniato hasta Pontedera, con la magnífica perspectiva de Florencia, de sus colinas, y del paraíso de fértiles campiñas que por largo trayecto la embellecen.

El monasterio por sí no ofrece al viajero ningún punto de vista; y el curioso pasa de largo para subir á la majestuosa abadía, sin dignarse concederle una mirada, reservándose toda su admiración para la grande abadía que corona el valle, obra de Cosme el Anciano, padre de la patria, en la que concentró innumerables bellezas artísticas y sublimidades en el templo y en los claustros. La humilde Virgen que con algunas pocas hermanas, volviendo la espalda al mundo, se encerró dentro de las tristes paredes del humilde monasterio, era del todo desconocida al soberbio desden de la humana grandeza y vanidad, que no considera ni conoce la celestial

dulzura de la divina pobreza y desnudez de la cruz.

Esa mujer, tan pequeña á los ojos del siglo, tuvo la magnánima resolución de sembrar en aquella soledad la santa semilla de la primitiva regla de San Benito, con los dulces al par que austeros y árdulos frutos de la pobreza, del silencio, de la contemplación y de la penitencia. Las pocas y animosas doncellas que la acompañaron en tan escelso designio, después de haber dado un eterno adiós á las caricias maternas, á los efectos paternos, á la compañía de los hermanos, y á las alegres conversaciones con las amigas, se encerraron en aquel reducido claustro, apartadas de la vista, y hasta si fuese posible, de la memoria de los vivientes.

Allí, sepultadas en vida, al poner los piés en aquel austero recinto, cada cual se cortaba la cabellera, cubríase la cabeza, poníase el cilicio y cerraba los labios á todo coloquio: una celda, un crucifijo, un sayal, una lamparilla y unas ásperas disciplinas; hé aquí el precioso ajuar de esas santas vírgenes. Su comida consistía en yerbas, legumbres y pan bazo. Por la media noche interrumpían el sueño para bajar al coro, donde cantaban el oficio divino en pié, con pausas tan largas, y con cadencias tan lentas y prolongadas, que acaso les sorprendía el alba en el coro.

Durante el día sólo se veían juntas un rato después de comer, pero guardando el más profundo silencio, y solamente una, la que señalaba la superiora, hablaba algo acerca de las cosas de Dios, de

la suavidad de la vida interior, de la dulzura del padecer, de las inefables delicias de la cruz, de los consuelos de la contemplacion, de los tesoros de la pobreza, de la sublime humildad de Jesucristo, de los frutos de la redencion, y de la voz de aquella inocente sangre que intercediendo de continuo delante del trono de Dios, lava nuestras culpas y pecados, alcanza nuestro perdon y nos abre las puertas del cielo:—*Breve padecer: eterno gozar:* era la sublime divisa de esas esposas de Jesucristo.

Hacia algunos años que en los montes más solitarios de Fiesole veíase un anciano de aspecto venerable, de rostro macilento y flaco, de cabellos canos, largos y descuidados, vestido de negro, de paño fino, pero viejo y raído. Nadie sabía donde se recogía por la noche; y muchos creían que vivía como los animales silvestres en alguna cueva, ó debajo de algun peñasco, ó allí donde le cogía la noche (que pasaba casi entera en celestiales contemplaciones) y allí fatigado se echaba en el duro suelo ó debajo de alguna árbol.

De dia iba á las casas de algunos campesinos, que de limosna le daban un mendrugo de pan, á lo que correspondia dándoles saludables consejos, enseñando el catecismo á los niños y á las niñas ó inspirándoles el santo temor de Dios y horror al pecado. Llegaba á veces á la Granja empapado en agua á causa de la lluvia, y la bondadosa aldeana encendía un sarmiento, á cuya llama se secaban los vestidos del solitario encima de su mismo cuerpo, y

despedían el vaho del sudor y del polvo en que estaban impregnados: mientras tanto, él hablaba de Dios. Luego de enjuto y de haber comido un pedazo de pan duro, retirábase á los sitios más yermos del monte. (1)

Al cabo de algunos años de tan áspera penitencia difundióse el buen olor de su santa conversacion, de modo que no pocos ciudadanos distinguidos de Florencia, durante la temporada del campo, buscaban con la mayor solicitud el medio de visitarle para hablarle de las necesidades de sus almas; hasta que por último se esparció tanto su fama, que los altos personajes de la corte del gran duque subían ocultamente á los montes y se volvían con instrucciones y consuelos admirables para sostener los disgustos y amarguras de las humanas grandezas.

Así, pues, ese misterioso solitario (que algunos creían ser noble y soldado de Napoleon cansado de la guerra y del mundo, y otros un Obispo caído en el cisma del Emperador, y nuevamente convertido) bajaba á menudo al despuntar la aurora á visitar el monasterio, teniendo largos coloquios con la funda-

---

(1) En 1826 el autor fué á verle en los montes Fesulanos un día de San Miguel de Setiembre, y lo encontró delante de un pequeño retablo, de rodillas y absorto orando. Era muy de madrugada y había llovido mucho durante la noche, de modo que el pobrecillo tenía los vestidos empapados en agua y daba compasion.

dora y con las demas religiosas sobre la vida espiritual, guiándolas por la angosta senda de la perfeccion y dándoles sábios consejos, amaestrándolas á conservar entero el espíritu interior, el deseo de mortificacion y del humilde retiro de las vírgenes de Dios.

Mientras estas devotas doncellas pasaban una vida celestial, sucedió que en Florencia vivia una hermosísima jóven, de noble corazon, de elegantes y corteses modales, siendo además de muy buenas costumbres: así no habia reunion ó fiesta en que se hallase que todo el mundo no la admirase y celebrase sus gracias.

Como tocaba el piano con prodigiosa habilidad, y estaba dotada de una voz en extremo suave para el canto, estas circunstancias aumentaban el atractivo de su hermosura en las placenteras veladas, siendo el alma y la reina de las tertulias, en las que arrebatava todos los corazones. Tales dotes naturales están llenas de peligros para una doncella discreta y modesta, y con frecuencia suelen ser causa de amargas lágrimas y de profundo desconsuelo.

Sucedió, pues, que una noche, entre otras, en que estaba tocando el piano y cantando en una selecta y brillante reunion de señoras y de jóvenes de distincion, habia, entre otros extranjeros, un ingles y riquísimo lord por añadidura, quien desde que vió á Umbellina en el piano y oyó su dulce canto, quedó tan ardientemente enamorado, que la siguió por todas partes; y como inglés y hombre escéntrico, ha-

cia por ella increíbles estrañezas y locuras. Pero Umbellina, á más de ser sumamente modesta y ruborosa, estaba dotada de tal juicio y discrecion que conoció que aquel noble ingles jamás podría ser su esposo á causa de su esclarecida alcurnia, siendo ella hija de un honrado músico del teatro de Pergola; y aun cuando hubiese querido cometer el desatino de tomarla á toda costa por esposa, ella jamás lo hubiera consentido.

Los enamorados, en especial si son nobles, ricos, desocupados, prendados por acaso ó capricho de sujetos que no les corresponden por cualquier causa que sea, por lo regular dan á sus amores un colorido de singularidad, de aspereza y de terquedad extraña y algunas veces violenta; y ¡ay! de la jóven que ha tenido la desgracia de agradarles y de inspirarles aquel frenético y loco delirio. Este lord no tenía un instante de reposo, pasaba mil veces al día ya á pié ya á caballo por delante de la modesta casa de Umbellina en la calle del Guindo. Por la tarde paseábase por los alrededores esperando verla salir ó regresar al lado de su padre; por la noche ya lo teníamos husmeando como un perro por verla al regresar de las reuniones con sus amigas; plantábase como una estaca debajo de sus ventanas, impaciente, inquieto, golpeando el empedrado con las espuelas, haciendo chasquear el látigo, silbando entre dientes; de suerte que los vecinos ó se reían ó se indignaban, y los tenderos se preparaban á divertirse con las estravagancias de aquel loco.

Umbelina se hallaba apurada sin saber qué partido tomar para librarse de semejante fastidio y quitarse de delante aquel importuno; pero era tan tenaz el lord, que la pobre criatura no sabia como evitarlo. Una tarde, volviendo Umbelina á su casa, lo vió con la corbata suelta y pendiente del cuello, un sombrero de paja y una especie de blusa de *piqué* blanco, con los brazos cruzados y el puño derecho bajo del sobaco, mirándola con ojos despavoridos; y habiendo sacado el puño que tenia escondido, dejó ver el cañon de una pistola.

Horrorizóse la doncella, de manera que pasó aquella noche en continua zozobra, temiendo que aquel hombre delirante cometiese algun acto de desesperacion. Por consiguiente, al despuntar el dia bajó poco á poco la escalera, y se fué en derechura á la iglesia de los Servitas; arrodillóse delante del altar de la Santísima Anunciata, y con el más profundo recogimiento se le encomendó con una fé tan ardiente y con tan lítil amor que edificaba á cuantos la miraban.

Después se levantó de delante del altar, con grande impulso del corazon, y se fué directamente á la catedral, habló á su confesor, que era un sábio y piadoso Cauónigo, y en ménos de veinte dias Umbelina no era ya del siglo. El grave silencio del valle de Muñon, el humilde claustro de que acabamos de hablar, la celestial conversacion de aquellas vírgenes, la vida penitente, retirada y austera de aquel santo instituto, acogieron á esa magnánima donce-



lla, que despidiéndose para siempre del mundo, trasplantó la flor de su hermosura y el candor de su inocencia al jardín de Jesucristo.

Una joven de diez y siete años, bella, con talento, llena de gracias, que toca con maestría y canta con dulzura, dotada de todas las prendas que atraen la admiración del mundo, y que con todo se encierra voluntariamente en un claustro, y en él vive dichosa, es un misterio que la ceguera humana no puede concebir. El mundo pregunta á veces con curiosidad á alguna virgen en el primer fervor de novicia, y la oye decir con el mayor aïan que le tarda mil años el dichoso momento de emitir el gran voto de su profesion. El mundo pregunta á una profesa, y la oye bendecir el instante en que fué elevada al grado y altura de esposa de Jesucristo, asegurando que no cambiaria el noble y sublime sacrificio de sí misma con la suerte de la más envidiada Emperatriz de la tierra. Por último, si observa alguna venerable anciana, que ha pasado treinta ó cuarenta años en aquel retiro absoluto de los placeres del siglo, la ve llorar de dulzura, dar gracias á Dios de haberla concedido el don de santa perseverancia, y esperar con franca serenidad el tiempo de su disolucion para unirse al celestial esposo que la aguarda en medio de eternos goces.

Del menosprecio en que ha caido la vida religiosa en concepto de la actual civilizacion, la Iglesia ha sacado la ventaja preciosa de que los que toman la resolucion de consagrarse á Dios, lo hacen de todo

corazon, con valor y desprendimiento de todo afecto mundano; así el entendimiento saborea la entera conviccion que en él produce la luz de la gracia, y el alma goza de las delicias más puras y suaves. Hoy la monja de Monza es imposible (1); pues muy léjos de halagar y seducir á las jóvenes para que entren en el claustro, se les presentan insidiosas reflexiones y artificios para apartarlas de tan santa determinacion; y á donde no llega la astucia, llega tal vez la fuerza de parte de los padres.

No desmayó Umbellina al aspecto de la vida penitente; ántes se fortificó en la oracion, y con un santo valor, con su entera consagracion á Dios, sostuvo la batalla con sus enemigos, los oprimió con el brazo del Señor, y teniéndolos en estrecha cadena los hizo esclavos de Jesucristo. Aquellas generosas y antiguas vencedoras de sus afectos quedaban pasmadas viendo el afan de Umbellina en aquella nueva palestra, de suerte que se aventajaba á sus connovicias en el silencio, la humildad, la externa é interna mortificacion de los sentidos, y particularmente en la caridad que la convertia en sierva de las siervas de Dios. Así habiéndola destinado para ayudar á la enfermera, no se separaba un punto ni de dia ni de noche del lecho de las hermanas, ni habia servicio por bajo que fuera á que no se humillase, ni consuelo que no procurase proporcionarles. En el

(1) Alude el autor á la notable novela histórica titulada *I promessi Sposi* (*Los Novios*) por Alejandro Manzoni.

coro, su voz resaltaba cándida y fervorosa sobre las demas; y en las solemnidades acompañaba con el órgano los salmos, el oficio divino y los afectuosos cánticos de la comunión.

En la noche del 7 de Diciembre, á las once dadas, salia sólo de una pequeña quinta de lo interior del valle de Muñon un gran señor, quien habia pasado una alegre velada con otros amigos forasteros que recorrian el país para gozar del otoño, que aun se presentaba sereno y placentero, aunque la estacion se hallaba muy adelantada. Los amigos trataban de persuadirle con dulzura que no se arriesgase de aquel modo sólo en medio de la oscuridad, en hora tan desusada, y en una noche fria y que se habia vuelto tempestuosa; pero aquel jóven temerario, agitado por unos agudos celos que le despedazaban el corazon, se habia metido en la cabeza sorprender infragante á su rival; por lo que, disimulando y dorando con bastardos pretextos la necesidad de volver aquella misma noche á Florencia, se despidió de los amigos que le habian convidado, y bajó hácia la abadía para pasar el puente.

Iba con ánimo cruel revolviendo en su mente los más terribles designios; metiendo á menudo la mano en el bolsillo para asegurarse de su pequeño puñal, y haciendo dar la hora á su repetición por ver si se acercaba la media noche. El sordo rumor del torrente que se estrellaba en las rocas, el silbido del viento que azotaba á los olivares, el resonar de los batanes y molinos de las riberas del rio, aumenta-

ban más y más la tempestad que bramaba en su corazón. Llegado á la mitad del puente, oyó de improviso en el fondo del valle el lento tañido de una campana. Sintió un repentino estremecimiento; detúvose, paró el oído, y procuró penetrar con la vista las tinieblas; pero bajo un cielo tenebroso y nublado mal podía ver de dónde salía aquel sonido.

Acortando el paso y continuando el tañido de la campana, penetraba este en el corazón agitado del caballero como una voz amiga que tratase de introducir en él algún sosiego: cedía algo el furor de los celos, y en medio del tumulto de las pasiones introduciase un poco de calma y alguna dirección en aquel torbellino de pensamientos y de afectos. Así decía para sí:—¿Y luego? ¿Si lo sorprendo? ¿Si lo mato? ¿Saldré yo limpio? ¿Podré librarme de la justicia? ¡Y mi honor! ¡Y el de mi casa! ¡Y mi pobre madre que tanto ha sufrido por mí!

El sonido de la campana se iba retardando; mediaba alguna pausa, y luego daban cinco, seis toques acompasados, después tres ó cuatro acelerados, y en fin el más absoluto silencio. Caminaba el caballero con inciertos pasos, chocando á menudo y perdiendo el equilibrio al poner el pié en las desigualdades del terreno, distraído en los profundos pensamientos que le embargaban el ánimo. En esto le pareció oír de lejos una armonía como que saliese de los árboles, ya oscura y profunda, ya clara y aguda. A medida que iba adelantando, más distinto percibía el canto, hasta que vió blanquear por en-

tre los árboles las paredes del monasterio.

Habian bajado entonces al coro las monjas; y concluido el invitatorio, empezaba el canto del himno acompañado del órgano. Lo yermo y solitario del sitio, la hora solemne de más de media noche, el profundo silencio de la naturaleza, la oscuridad, todo contribuia á aumentar la dulzura y el misterio de aquellos cánticos, la majestad de la armonía, y hacia penetrar en el ánimo del pasajero la tristeza y el placer, el remordimiento y la paz, el arrepentimiento y el amor. Detuvo el paso como suspenso sin pestañear, sin soltar el aliento, con el oído atento y el ánimo recogido para gozar del delicioso efecto que producian las armonías celestiales de las vírgenes del Señor. Aquel himno parecía cantado por ángeles, descendidos del cielo para hacer gozar á los mortales de las alabanzas de aquella Mujer bendita, única que fué concedida sin mancha para ser digno albergue del Verbo del Padre.

Aquella noche Umbellina cantaba con mas dulce melodia, y daba á las notas, á los gorgoros y á los sonidos agudos cierta vibracion llena de suavidad, como que procedian de un alma profundamente enamorada de María, y estasiada en la contemplacion celestial; en términos que conmovia con más fuerza que otras veces á las mismas religiosas.

Acabado el himno, y empezada la salmodia, el caballero, como en éstasis, permanecia inmóvil, apoyado en un árbol de la plazuela frontera á la

iglesia, sin que volviese de su estupor hasta que despuntó la aurora.

Toda la noche la pasó en una lucha interior entre variados afectos; tales como la reflexion que le llevaba á lo justo, el espíritu que le consolaba y lo conducia á formar nobles propósitos, el influjo de la gracia que iluminaba su entendimiento, y la repugnancia de la naturaleza, que presentia el trastorno de nuevos combates. Luego los placeres y seducciones de la juventud, despues la cruz y las espinas de la penitencia; de un lado el remordimiento, de otro el gozo que infunde la virtud y el triunfo de sí mismo,

Apenas vió asomar los primeros albores del dia, que dirigiéndose á la puerta del monasterio tocó la campanilla, y habiéndosele abierto la primera puerta, se acercó al torno, y dijo en tono suave á la tornera que un forastero tenia urgente necesidad de hablar á la superiora. Hiciéronle entrar en el locutorio, y no tardó en ver bajar y aproximarse á la reja con el velo caido á la venerable sierva del Señor, á quien el caballero abrió enteramente su pecho.

Escuchole la superiora con grande humildad, habiéndole con dulzura, le animó para hacer santos propósitos con maravillosa uncion y fuerza de sentimiento, y por fin le dijo que se tomase la molestia de esperar un rato, pues iba á llegar luego quien podia darle las más saludables instrucciones y consejos para llevar á cabo su magnánima resolucion;

cuando hé aquí que llegó el santo ermitaño de Fiesole, de quien ya hemos hablado, y la superiora le confió aquella nueva conquista de la divina gracia: él la tomó á su cargo para guiarla animosamente por la ardua senda de la perfeccion cristiana.

Pasó Umbellina afanosa en la práctica de las más sublimes virtudes el espacio de más de diez años, cuando el Señor, deseando purificarla como el oro en el crisol, la puso á prueba con una larga y penosa enfermedad, la cual la tuvo sumida por muchos años en el lecho con una parálisis en ambas piernas, las cuales no podian sostener el cuerpo. Esta alma santa, en medio de los más penetrantes dolores, no perdió jamás su dulce mansedumbre, ni su celestial alegría, ni la serenidad del semblante, ni los nobles modales con que interesaba á los corazones de las hermanas.

Así tendida como estaba en la cama, con el cuerpo sostenido por medio de almohadas, no permanecía ociosa un momento; y cuando la obediencia otra cosa no le permitia, se ocupaba en hacer hilas para curar las llagas de alguna enferma, ó para enviarlas á los heridos del hospital de Santa María la Nueva. Cuando se hallaba sola, meditaba en los tormentos de su Divino Esposo en la cruz; si suspiraba, eran suspiros de amor; si hablaba, palabras de bendicion á Dios, por haberse dignado concederle una prueba de su afecto haciéndola padecer.

En medio de tan admirable sosiego y gozo espiritual, tenia no obstante Umbellina un pesar secreto

en lo profundo del corazón, que le causaba continuos espasmos, y la impulsaba á pedir á Dios con grande instancia el cumplimiento de un deseo intenso, de un grande anhelo que la oprimía. Umbellina era hermana de Polisena, y derramaba inconsolables lágrimas por causa de sus extravíos, y especialmente por la falta de fe, que á una vida desordenada añadía en ella la prevaricación de la impiedad, la dureza del corazón y el desprecio de Dios. Hubiérala tolerado diez veces más pecadora, como no hubiese perdido la luz vivificante, que mientras está viva en el pecho, al fin alumbrá al entendimiento y enciende la voluntad hácia el bien.

Umbellina no sólo ofrecía tácitamente á Dios en favor de Polisena los dolores de sus enfermedades, sino que todos los votos de su corazón se dirigían á alcanzar la gracia de ablandar aquella roca volviéndola flexible por medio de la misericordia divina. Y aunque Polisena correspondió por su parte con la mayor indiferencia á las suaves y amorosas amonestaciones de su santa hermana, no por ello disminuyeron las esperanzas de Umbellina; antes sus negativas la hicieron llamar con más ahínco á la puerta de la infinita bondad del Salvador.

Entre los misterios de las contradicciones humanas se observa que ciertas almas, aun cuando están entregadas al vicio, sin embargo, admiran la virtud y la eligen por confidente de las mismas culpas á que se dejan arrastrar por la violencia de las pasiones. Polisena, siempre sorda á las súplicas de



Umbellina en estilo chancero, pidiéndola que dirigiese la contestacion á Bolonia, en cuyo punto dentro de pocos dias debia reunirse á la legion romana.

«La sierva de Dios, á tal nueva, sintió faltarle el aliento, y tal opresion de ánimo que la obligó á exhalar un gemido angustioso: levantó los ojos al crucifijo, y como fuera de sí, quejose á su divino esposo diciendo:—¡Vos tambien, Jesús mió! ¿Así me cumplis la promesa de entregarme á Polisena? Y despues de haberse desahogado dulce y largamente con Dios y de haberle pedido perdon por haber dudado un sólo instante de su proteccion, pidió á la hermana enfermera que le acercase una mesita, papel y tintero, y escribió á Polisena lo que sigue:

«Querida hermana,

«La gracia y la caridad del Señor sean contigo con la paz del Espíritu-Santo. La dolorosa nueva de tu partida me ha traspasado el alma con envenenada saeta, y por poco me quita la vida, si la fuerza de la virtud divina no hubiese venido pronto á mi socorro.

«Dices, hermana, que vas á arrojar de Italia al extranjero, y á derribar y destruir á los tiranos. Quiera Dios que echés al extranjero de tu corazon, que es el demonio, y que destruyas el tirano que te esclaviza, que es el pecado que se ha apoderado de tu alma, la cual Jesucristo redimió haciéndola libre y señora con derramar su preciosísima sangre. Esta

sublime libertad que te hace reina de tí misma, no hay tirano externo que pueda esclavizarla: tú sola puedes ahrojarla con las cadenas del pecado que es el más fiero y cruel de los tiranos. Este debes procurar echar de tí militando bajo la bandera de Jesucristo que es el Jefe de los elegidos.

»Polisena, hace muchos años que lloro por tí, suplico á Dios que guie tu entendimiento, que vivifique las virtudes que sembró en tu alma, que aumente tu fe, y encienda en tu corazon la llama pura y suave de la caridad. No ignoras, querida hermana, que en Florencia fuimos educadas cristianamente en el *Conventino* (1), cuando nuestro padre vivia en la calle de los Serrallos. ¡Eras entónces tan buena, tan ruborosa y amable!

»A los quince años saliste para Milan, á donde te acompañó nuestro padre, dejándote encargada á aquella noble señora á la que debíamos muchos beneficios: ¡ah! ¡ojalá que hubiese vivido más tiempo y no te habrias perdido! ¡Desgraciada! quedaste jóven, huérfana, lejos de los tuyos, colmada de gracias y hermosura y con particular habilidad en la música y el baile.

»Estas mismas prendas te sedujeron y causaron tu extravío. ¡Cuánto te compadezco! Pero todas las co-

---

(1) Dan el nombre de *Conventino* á un conservatorio de jóvenes ciudadanas y nobles de Florencia, dirigido por una especie de Salesianas, virtuosas maestras, que tienen tambien escuelas externas.

sas deben tener un término: ahora has llegado á la edad madura; ¡cómo es posible que todavía te dejes arrebatar por los insensatos antojos de la juventud! Que en el ánimo de una joven se levante como tirano el loco afán de romántica lujuria, puede disimularse á la inesperienza de la mocedad, al poder de las humanas seducciones, y á la ligereza del juicio; pero ¡á treinta años! ¡Ah Polisenal

»Y luego, ¿qué mal han hecho los austriacos? ¿Acaso no son cristianos y católicos como nosotros? ¡Y contra ellos te has cruzado cual si fueran turcos ó paganos! ¿Hemos vuelto al tiempo de los albigeneses? ¿Por qué profanais el signo de nuestra redención empleándolo contra verdaderos adoradores de la cruz? ¡O buen Dios que inaudita ceguera! ¿Sabes, Polisena, contra quién debiera cruzarse la Italia? Contra el verdadero extranjero, contra el verdadero tirano que la amenaza, y este es el protestantismo; el cual ¡desgraciados de nosotros si llegare á triunfar de nuestra patria y hacerla esclava, miserable y privada de todo bien, hasta de su único tesoro cual es la Santa fe de la Iglesia romana!

»Así, pues, Polisena, besa la cruz que llevas en el pecho, adórala con verdadera convicción y vuelve sobre tí misma. Si esta carta mia llega á tus manos en Bolonia, ponla junto á tu corazón, y oirás que te dice: Ven á mí, la caridad de estas hermanas no te apreciará ménos. Y luego si te obstinas en ir á la guerra, sea enhorabuena, y Dios y el Angel custodio te acompañen. Yo y otras seis compañeras roga-

mos continuamente por ti, y nos relevaremos de día y de noche llamando incesantes en el corazón maternal de María Santísima para que te cubra con el escudo de su amor.

«Polisena, acepta la invitación de tu hermana; ven á consolarme, y mientras tanto recibe el beso de paz que te da con toda el alma tu hermana»

UMBELLINA. v



me amenazaron. Yo llamé á Cristóbal, que al punto compareció con el delantal y el gorro blanco, y tras él vino el galopin armado con la mano del almirante.

—A su vista aquellos fanfarrones se humillaron, y hablaron como dos frailes mendicantes: empezaban diciendo que venían de parte de la señora Polisena, cuando he oído la campanilla...

—Hazlos entrar, dijo Bártolo, en mi gabinete; y mientras tanto tomó dos pistolas que tenía encima de la chimenea, y las escondió en el pecho por lo que pudiera tronar. Entraron, pues, le saludaron, y dijéronle con aire desvergonzado y mirándole fijamente: Venimos, enviados de Storta, por cierto cofrecito de la señora Polisena.

—¿De qué cofrecito habláis, y en dónde lo ha dejado?

—Se nos ha dicho haberlo olvidado en su gabinete, en un cajoncito á mano derecha hácia la ventana.

—Seguidme y lo buscaremos.... ¿os ha dado la llave del cajoncito?

—Debe estar abierto; y el cofrecillo es de ébano con filetes blancos y una pequeña llave de acero.

Bártolo los llevó al cuarto de Polisena, y haciendo como que nada sabía, díjoles:—Señores, buscad.

—Ellos abrieron varios cajones, y por fin en el fondo del de la mano derecha por el lado de la ventana hallaron el cofrecito de ébano. Cogiéronlo diciendo:

—Este es.

Bártolo replicó:—Señores, dispensadme; pero debo cerrarlo delante de vosotros, envolverlo junto

con la llave en un lienzo, y sellarlo poniendo mi cifra. Ya me escribireis el recibo.

Hízose todo así, y se marcharon alegres, bien persuadidos de que Bártolo no lo había visto ni tocado. Agradecióselo Bártolo á su buena dicha, pareciéndole que al salir de su casa aquel mueble le libraba de la contaminacion de un espíritu maligno.

Hallándose Elisa en casa de su tia, y tratando de consolarla de la partida de sus hijos á la guerra, pasó los primeros dias entre los pésames y las enhorabuenas de las amigas, entre las cuales unas decian que Polisená era mujer de mucho talento, de excelente trato y de gran corazón, de modo que Elisa debia estar satisfecha por gozar de su amistad, y otras, por lo contrario (y eran las más prudentes y razonables), la criticaban sin dejarle hueso sano.

—Yo siempre lo dije: aquella carita aguda con la nariz pequeña cuya punta miraba hácia arriba, maldito lo que me gustaba: traslucíase en aquella fisonomía mucha malignidad y sarcasmo.

—Reparasteis en sus ojos de lechuza, añadía otra. La llamaban hermosa; bien que en materia de gustos cada cual tiene el suyo; lo que es para mí no tenia maldita la gracia.

Otra decia:—Su color mezclado de pálido, lívido y ceniciento, era indicio de mala conciencia: á más, nunca reía: ni aun cuando mi Bice, que es tan loquilla, hacia desternillar de risa á toda la reunion de las amigas.

—¡Eres muy cándida! A estas Marfisas no les in-

teresan las niñas; otra cosa tienen en la cabeza: bigotes y barbas.... y Polisena.... basta.... debía acabar así.

—¿De veras? ¿Qué decís?

—Yo sé bien lo que digo.... Bártolo es demasiado literato.—Requíerese ser mujer como nosotras.... Creedme, la fuga de Polisena es para Elisa el acontecimiento más feliz, y en reconocimiento de esta gracia debería poner un ex-voto en San Agustín.

Pero la buena Adela, sin charlar tanto, se llevó un día su sobrina á San Marcelo, y pidió á un Padre muy docto y discreto que fuese á casa de Bártolo. Fué en efecto, y habiendo entrado en el cuarto que fué de Polisena, llevóse todos los malos libros de que estaba atestado, sustituyéndolos para estudio y entretenimiento de Elisa con otros que al mejor gusto literario reunían una sólida y verdadera doctrina. Sobre esto le dijo:—Señorita, esté bien persuadida que la lectura de los malos libros nada absolutamente enseña; pues ó son historias cuyos hechos maliciosamente se alteran, y llenan de falsedades la mente del lector, ó racionios filosóficos y morales; y si los envenena la falacia de los sofismas, el que los estudia se llena el entendimiento de errores, tanto más pernicioso, en cuanto más sutil es el tósigo que penetra las raíces de las principales verdades que se han infundido en el entendimiento de los jóvenes, echándolo á perder en los puntos principales.

Las historias bastardas y los falsos razonamien-



tos son en el día las armas más mortíferas de que se vale la impiedad para corromper al mundo. Los volterianos del siglo pasado acostumbraban mezclar con los errores los asuntos más lascivos y asquerosos; hoy se obra con mayor astucia, puesto que el vicio se presenta cubierto con la máscara de la virtud y se hace penetrar el veneno en los principios; esto es, emponzoñando las raíces en lugar de hacerlo con los frutos.

¿Cuál es el resultado de este sutilísimo artificio? El dar á los libros de educación y de instrucción un aire compuesto, grave y casi modesto. Los padres no ven en ellos descripciones obscenas, amores libertinos, pasiones impúdicas ni pinturas provocativas, y dicen:—Hé aquí un libro muy á propósito para nuestras hijas: ¡qué bien habla del pudor virginal! ¡cómo las hace esquivas á toda mirada, recogidas, amables, humanas, y les inspira la admiración á la virtud! ¡qué bien escribe este autor! ¡este es un libro de oro!—Sin embargo, debajo de ese oro está el arsénico que con el sólo hálito turba el entendimiento, corrompe el corazón y deja el alma enferma. Por lo mismo, señorita, debeis poner muchísimo cuidado en lo que leéis; pues si hasta ahora habeis leído tales libros, es menester que busqueis el antidoto, toda vez que aun es tiempo.

La buena de Elisa, poniéndose colorada, prometió que así lo haría, y la tía volviéndose al religioso y sonriendo, dijo:—Mi reverendo Padre, dignaos dar la bendición á esta muchacha. ¡Qué lásti-

mal ¿no es cierto? ¡La Virgen la ha protegido! Y aquella bribona.... pero no se hable más.... Sobre todo hay algunos padres que las echan de sábios, y ven las cosas por los codos. No lo digo por el tuyo, hija mia; pero mil veces le dije que aquella maldita le daría mucho que sentir. Que se vaya enhorabuena alegre con sus soldados á la guerra, y que haga alardes delante de los cañones para que la coja de lleno alguna bala.

—No habéis mal de ella os ruego, tia: fué un capricho, y no dudo que estará ya arrepentida. Decidme: yo desearia que papá me permitiese pasar algunos dias en San Dionisio: ¿qué os parece?

—Me parece una idea feliz; pues un poco de retiro es provechoso así al alma como al cuerpo. ¡Son tan ¡buenas aquellas monjas! ¡Piensa con cuánta satisfaccion no te recibirán! y todavía encontrarías algunas compañeras que te verían con el mayor regocijo.

## CAPITULO XXIII.

## EL PRIMER DESCANSO.

Mientras tanto, las romanas legiones se dirigian alegres á vencer al Austria. Esos drusos caminaban animosos y contentos durante la primera marcha. Gritaban, cantaban, silbaban y alborotaban como estudiantes que salen de la clase en su primer impetu para volver al juego. Desde la puerta del Pópolo fueron á galope hasta Storta. Aquí dieron mucho que hacer al posadero vaciando muchos toneles y comiendo gran cantidad de carne, pollos, huevos, queso, etc., esparcidos por el camino y por los campos, formando grupos de diez y de doce hombres, soldados, cabos, sargentos y capitanes mezclados sin distincion.

Polisena, como allérez, se plantó con su bandera al pié de un árbol, sacudiose un poco, estendió los brazos, quitose el polvo y empezó á gritar:—Vamos, camaradas, arreglémonos aquí bajo de esta sombra. Ea, soldado, ve al posadero y dí que nos

traiga algo con que refocilarnos.—Dicho esto recostose encima de un pañuelo, el oficial se sentó á su lado y llamaron á algunos soldados, los que vinieron á formar corro.

Un furriel con cinco individuos fué á buscar provision de pan, queso, jamon, y un pollo para el oficial y Polisena. Todo eran frascos, botellas y barriles.—Venga acá.—Dámelo á mí.—Yo soy antes.—Y sin vaso, y con la misma botella, ó desde las espitas de los barriles, bebieron como los mismos Tudescos contra quienes iban á pelear. Y os aseguro que si la batalla consistiese en apurar botellas, la victoria era nuestra.

Por otro lado se habia empeñado una séria refriega.—Estos huevos son pasados, gritábase en medio de un corrillo de soldados.—¡Uff! parecen hervidos! decía uno.—¡A la cabeza del posadero! decía otro.—Dicho y hecho: vuelan por el aire los huevos disparados á los mozos de la posada; béjate estos por evitar el golpe, y los huevos van á estrellarse en la cabeza de otros soldados que se hallaban á la otra parte, poniéndolos como nuevos.

—¿Qué es esto muchachos? ¿estais en vuestro juicio? ¿qué juegos son estos? gritaba un capitán: ¿en dónde está la gravedad romana?—¡Viva nuestro capitán! gritaban los más alegrillos por el vino; pero mientras tanto, sin saber de dónde, viene á caer un huevo en el sombrero del capitán, y se estrella en la escarapela tricolor cambiando sus colores en blanco y amarillo.

—¡Oh infames!.. ¿á mí?

Pan..... rataplan..... plan: las cajas tocan á reunirse para marchar: entónces todo se vuelve levantarse, limpiar e le boca, apurar las botellas y arrojarlas al aire, romper platos, y meterse los más glotonos tajadas de carne en los bolsillos, lonjas de jamon y panecillos para la merienda.

—Arriba, vamos á las banderas. Cabo, ¿dónde están vuestros individuos?—Luego, luego.—Despacha bestia, perezoso; sino con un putapié...—¿A quién? ¿á mí? Voto á... Yo á los cabos me los como: quiero hacer lo que me dé la gana.—¡Cómo valientes! Alférez id vos delante.—Soy de la segunda compañía: ¿en dónde está?—Alis bajo: esta es la primera.

Al mismo tiempo unos saltan un hoyo, otros se echan en una zanja, otro, que aun no ha vaciado la botella, se levanta y la rompe de un puntapié.

Etelos al fin reunidos:—¡Arma al brazo!—¡Armas á discreción!—¡Viva Pio IX! ¡Viva la Italia!—¡Muera el tudesco!—Subian hácia Baccano en partidas de seis ó de ocho, y algunos marchaban de frente dándose el brazo y ocupando toda la anchura del camino.—Paso á la tropa, el camino es nuestro.—Y esto diciendo, uno de los grupos da una arremetida, y pasó delante de los que se oponian á su paso.—Mala peste se os lleve, decian éstos, canalla grosera.—Y los que tenian de su parte la fuerza, ponianse la punta del dedo pulgar en la nariz, y con la mano estendida y apuntádoles el dedo meñique, hacíanles muecas como diciendo:—Cógenos si pue-

—¡Oh infames!.. ¿á mí?

des.—Y seguían apresurados su marcha. No pasaba carruaje, sin que tres ó cuatro de ellos se subiesen á él por todos los lados. En vano clamaban los conductores diciendo:—No veis que las pobres bestias tienen sobrada carga con la que llevan, y os añadís vosotros sin compasión.—Pero los legionarios hacían orejas de mercader. Otros por añadidura ponían encima del carro los fusiles ó los morrales, y así sentados con las piernas colgantes daban la mano á otro, que de un brinco se subía al carruaje, y se tendía encima de los sacos.

—¡Hola, un cochel! Muy bien: allí viene hácia Roma! A propósito nos llega! ¡Alto, cochero!—Por favor.—;Alto ahí.—Dejadme pasar, os ruego, porque se me ha hecho muy tarde.—Al mismo tiempo otros abrían la portezuela diciendo:—Señores, los pasaportes... hola uno, dos, tres y tres seis... y todos sin barbas, ¡qué caritas tan modestas! ¡Qué bella palidez! Esto huele á jesuita que apesta...—Y al decir esto el uno tose, el otro escupe.

—¿De dónde vienen ustedes, señores?—De Gubbio.  
—¿Y á dónde van?—A Roma.—¿Con qué objeto?—Tenemos ciertos negocios...

—¡Oh! vuestros negocios están acabados: en todas partes se cierran las tiendas.

En efecto aquellos desdichados eran ¡seis jesuitas del colegio de Camerino, en donde fueron maltratados de mil maneras, pues unos querían quemarlos con la casa, otros arrojarlos por la ventana. Uno de ellos llevaba la mano vendada, por tener magu-

llado un dedo de una pedrada. Al pasar por Gubbio cayeron en manos de unos desalmados que querían desollarlos vivos, de suerte que con muchísimo trabajo pudieron escapar de sus uñas, gracias á la indignacion que por esto manifestaron algunos ciudadanos. Entónces un compasivo prelado les envió trajes de seglar y algunos guias que los pudiesen á salvo por caminos estraviados. Pero como los vestidos no fueron hechos para ellos, se conocia á la legua que eran prestados; lo cual unido principalmente á la palidez y al susto que se leia en sus semblantes, dió á entender á aquellos héroes que eran de buena presa.

¡Abajo, infames, fuera del coche!—¡Ah traidores, enemigos de Italia, vendidos al Austria: acabóse ya para vosotros!—Echémoslos á los infiernos á todos seis.—Paso.—¿Vamos á fusilarles?—De rodillas, canalla.—Aser de un salto se puso en medio de aquellos asesinos, y desenvainando la espada y dando de llano en las espaldas de los más bárbaros.—¡Atrás, villanos, dijo; ataquemos á los croatos, y no manchemos nuestras armas con sangre italiana!

—Pero queremos el coche, lo queremos.—Tomadlo.—Cochero, da la vuelta....—¡Pero, señores, por piedad!—Y dos se ponen al frente del tiro, y le hacen dar vuelta; luego se meten dentro algunos, otros se colocan fuera en el banquillo, otros arriba, y gritan.—¡Adelante, brutal!

Los asandereados Sacerdotes, arrojados así del

coche, se desviaron del camino, y dispersos por los campos anduvieron todo el día errantes para llegar salvos á Roma; lo cual no pudieron conseguir hasta una hora avanzada de la noche, y entraron por la puerta Angélica, uno á uno y desfigurados por el susto que habian pasado y por el polvo y el fango de los charcos. Así llegaron al Colegio romano, de donde debian ser arrojados con furor otra vez dentro de pocos días.

La vanguardia de la legion se habia adelantado al grueso del ejército para disponer los alojamientos: las primeras compañías debian llegar hasta Monterosi, para poder hallar albergue y vituallas, y las últimas debian hacer alto en Baccano y en las casas de los alrededores. La compañía de Monterosi se presentó á la municipalidad pidiendo alojamiento y raciones de pan y de carne para media legion; pa-peletas numeradas segun la capacidad de los cuarteles, establos, paja y cebada para los caballos.

Otra turba entra en la posada principal de Monterosi, y ve las mesas puestas, las camas arregladas y todo preparado para recibir mucha gente:—¿A quién aguardais? preguntó un guardia cívico de Trevi al posadero.—A vuestro coronel y oficialidad, pues ya ayer tarde se nos envió aviso desde Roma.—Está muy bien, contestó; ¿y está pronta la cena?—No falta más que guisarla; lo demas todo está á punto.—Pues bien, pon inmediatamente la comida al fuego y despacha, gritaron á una voz los de la turba.—¿Y los oficiales?—Los oficiales somos nosotros.



¿Qué privilegios, qué tiranía es esta? ¡Para los soldados pan negro, y á los oficiales capones y perdices!—Venga la cena pronto.—Pero señores.... En efecto, somos señores: venga la cena. ¿No estamos todos aquí por la causa de Italia, y para echar de ella á los austriacos? ¿y los oficiales quieren cena aparte? ¡Anda! Decir esto, sentarse á las mesas y empezar á poner mano en la manteca, en las anchoas y en el jamon fué cosa de un abrir de ojos.

Continuamente iban y venian de la sala á la cocina para asegurarse de que el posadero no les defraudaba.—Aquel estofado, ¿sabes?—Los pollos—Cuidado con olvidar algo, ó sino.... y aquí dos blasfemias capaces de hacer temblar á las piedras.—¡Vino! ¡trae vino!—¡Pronto!—¡del de Orvietol Aprisa.

El posadero iba diciendo en voz baja á los mozos:—¿Y quién paga?—Los mozos se encogian de hombro.—El posadero murmuraba, nuestros héroes bebían y comían, de modo que en ménos de una hora quedó todo despachado. Al levantar los manteles, se presentó el dueño con mucha gracia diciendo:—Buen provecho, señores; creo que me pagarán la cuenta del gasto; tambien yo soy progresista, pero un pobre hombre; les he tratado á ustedes bien, ¿no es verdad?—Muy bien.—Cual corresponde á unos señores como Vds. Aquí está la cuenta.—Muy bien; pagará el furriel.—Y uno tras otro fueron tomando la escalera, bajaren á la plaza, dejando al posadero con la lista en la mano, y di-

ciéndele que pagarian al volver triunfantes de la toma de Viena.

Los oficiales que llegaron despues con el cuerpo de la legion, tuvieron que contentarse con una cena muy parca, y con que á lo ménos les hubiesen dejado intactas las camas, que no fué poco. Al dia siguiente marcharon con buen aliento, festejados en Civita Castellana, y se dirigieron hácia Narni, visitando cuantas cantinas hallaron en el camino, y brindando por la Italia con gritos que llegaban á las estrellas.

En el puente del Borghetto, para pasar el Tiber, los furrieles (se entiende) bajaron á una posada y pidieron al huésped pan y algo de fiambre para almorzar. Entran en la sala, y asomándose á la ventana vieron un coche en el patio.—¿De dónde viene? ¡Eh, cochero! ¿quién vino en el coche?—Cuatro señores.—Queremos verlos.—Eran, en efecto, cuatro jesuitas del colegio de Fano, á los que hacia algunos dias que daban caza por los montes, y por milagro habian podido escapar hasta Espoleto.

El huésped respondió:—Ya los verán Vds.; tengan un poco de paciencia, que están descausando.—No señor; queremos verlos ahora mismo.—Aquí, soldados, cruzad las bayonetas en la escalera; ¡centinelas allá en las puertas!

Al mismo tiempo la mujer del huésped, que era una mujer compasiva y amable, tuvo lástima del peligro que amenazaba á los siervos de Dios, y corrió detrás de la casa, por la parte del monte, y arri-

mó una escala de mano á la ventana, haciéndoles bajar por ella, y encargando á su hijo mismo que les guiase fuera y les hiciese esconder detrás de los matorrales.

Los desdichados, llenos de miedo, anduvieron á gatas por la pendiente del monte, dando vueltas y más vueltas, hasta que debajo de unas peñas cortadas descubrieron unas cuevas, en las que se cobijaron buscando en ellas su salvacion.

Aquí permanecieron acurrucados todo el dia, viendo por entre el ramaje de los árboles y malezas á las turbas desenfrenadas y crueles que pasaban por debajo en el valle, y desfilaban por el puente, exclamando, ahullando, embistiendo á los carromateros, haciendo apeaar de los mulos y jumentos á los montañeses de Sabina y quitándoles sus bestias, que luego cargaban sin contemplacion con hombres y bagajes.

Llegada la noche el posadero mandó á buscar los fugitivos, los cuales salieron de sus madrigueras, y vieron que el coche en que vinieron habia dado mal de su grado la vuelta á Narni lleno de soldados. El amo de la posada estaba sobresaltado y de mal humor, no sólo por las amenazas que le hicieron por haber hecho desaparecer á los jesuitas, sino tambien por la gran cantidad de vino que la soldadesca habia bebido sin pagar; no obstante dió á aquellos pobres perseguidos algo con que recobrasen sus fuerzas, les hizo dormir algun tiempo á fin de que en el camino no encontrasen las legiones y peli-

grasen sus vidas, y luego les hizo embarcar en un pequeño vapor que desde Sabina llega por el Tíber hasta Roma.

Si no fueran tan recientes los hechos que vamos refiriendo, los cuales muchos han preseaciado y la mayor parte son públicos y notorios, no sólo habria cierta dificultad en darles crédito, sino que se conceptuarían sueños ó invenciones de imaginaciones románticas, hiperbólicas y delirantes, un nécio afán por lo maravilloso, que hace que el escritor cambie á cada paso la naturaleza de los sucesos á fin de alucinar á los lectores lejanos del lugar en que se suponen acaecidos. Pero realmente nadie es capaz de referir todas las maldades, perfidias y atrocidades de que fueron víctimas los hombres religiosos, arrojados de sus pacíficas moradas con una rabia infernal; robados, despejados, envilecidos y escarnecidos de mil modos, incluso los más viles y obscenos, y luego perseguidos, hostigados en todas partes y arrancados de las casas compasivas que les dieron un refugio.

Algunos, huyendo de las ciudades, refugiáronse en los montes; otros en casas de campo solitarias; y otros, por último, en lugarejos apartados y olvidados. Véase á los exaltados buscándolos en todos los rincones, atacarles por la noche y llevar su persecucion hasta en los lugares más agrestes é inaccesibles, privándoles de la tierra, del fuego y del aire como á los hombres malditos.

Vióse entre las legiones á hombres que iban á

combatir con el extranjero, que se ennoblecían con el nombre augusto de Roma, y se preciaban de magnánimos y de generosos; vióseles, decimos, en medio de sus gloriosos intentos guerreros, hostigar, como los perros á las fieras del monte, á algun jesuita que acaso se ocultó por allí cerca, ó que siguió su camino, y echársele encima y maltratarle como á un hombre infame y criminal.

Vióse á los oficiales Checchetelli, Del Frate y Teodorani, apénas llegados á Espoleto, dar al Gonfalonero de la ciudad y al capitán de la guardia cívica la orden de echar los jesuitas de su colegio; y aquella misma noche, pobres y abandonados, se vieron echados de su casa sin la menor compasión. Esto mismo lo vimos publicado en Roma el día 3 de Abril en el periódico *La Pallas* con una cruel satisfacción y alegría, como si las legiones romanas hubiesen tomado la fortaleza de Mántua ó de Verona.



CAPITULO XXIV.

LA CARTA.

A la mañana ya tarde salia Bártolo de debajo del pörtico de la casa de Correos, y paso á paso se dirigia á la subida de Montecitorio, mirando el sobre de una carta y el sello de la ciudad. ¿De dónde vendrá esta? decia para sí. Estos sellos de correos son muchas veces incomprensibles; les cargan de aceite, que se extiende y borra las letras.—Saca su lente, mira con atencion, y dice:—Me parece que este sello es de Foligno. ¡En efecto, Foligno! No tengo corresponsales en este punto..... Vamos á ver.....

Abre la carta, mira la fecha, y dice:—¡En efecto, Foligno! bien lo dije.—Leyó la firma.—¡Oh Landó! Ahora que ha hecho la fanfarronada de marcharse, se volverá á mí para que lo saque del atolladero. ¡Se habrá visto!..... ¡Oh bribon, oh ingrato con los suyos! Esto es muy bueno; hacer morir de pesares á aquella pobre mujer, y luego..... pero veremos qué dice la buena pieza!

Así caminando despacio continuó la lectura de la carta, deteniéndose, y volviendo á leer ciertas frases y algunas veces irradiaba en sus ojos la alegría que le causaban. Así que acabó de leer cerró la carta, volvió á examinar el sobrescrito, se la metió en el bolsillo y exclamó:—No puede negarse que nuestros jóvenes romanos tienen excelente índole. Vivos como el fuego, caprichosos como un potro, fieros como leones, hacen travesuras propias de su atolondramiento; pero luego... son bonachones y de la mejor pasta del mundo... Aquí está Lando que me echa los brazos al cuello; pídemle que le perdone la descortesía que usó conmigo en la plaza del Pópolo; se lamenta de los pesares que ha causado á su madre, abrázale las rodillas, pídele su bendición, y quiere besarle la mano: al mismo tiempo le envía dentro de esta carta un mechón de sus cabellos..... ¡Pobrecito!... ¡Muchachadas! Primero hacen las mayores imprudencias, y luego se arrepienten cuando la cosa no tiene ya remedio.—De este modo hablando entre sí, fuése á casa de su cuñada para darle informes de sus hijos.

La buena Adela, al saber que Lando había escrito (era en efecto Lando su Benjamin), púsose colorada y pálida alternativamente, sintió trasudores, le asomaron las lágrimas, latióle el corazón con fuerza, tembláronle las rodillas; y sin embargo (como sucede en la lucha entre contrarios afectos), respondió desde luego alterada á Bártolo:—¡No, nada quiero saber de él! ¡ingrato! ¡ruell! ¡es modo el suyo de



tratar á una madre?—Nada deseo saber: que el Señor le bendiga, que yo ya no tengo hijos....

—Con todo, Adela...

—Elisa, Anita, venid acá. ¿No habeis oido?...

—¿Qué es esto mamá? ¿qué hay, tia?

—Lando ha escrito á Bártolo.—Ante todo decidnos, cuñado, ¿están buenos? ¡Pobres hijos! ¡quién sabe cuántos padecimientos! ¡cuántas malas noches!... Criad á los hijos con tanto amor y solicitud, para que luego... vayan á la guerra á ser destrozados por una bala de cañon.

—¡Por Dios, Adela, un poco de calma!

—Mimo se dejó olvidados hasta los calzoncillos, y Lando puso en el morral dos camisas.... ¿Y qué harán ahora, ellos que tan delicados son en punto á ropa blanca?

Mientras tanto Bártolo abria lentamente la carta. Adela se enjugó los ojos; las dos muchachas se pusieron á un lado para echar tambien su ojeada en el papel, que decia así:

«Estimadísimo tío:

«No tengo valor para presentarme delante de vos, pero sois tan bueno, y teneis un corazon tan generoso que no querreis echarme de vuestra presencia. Sí, querido tío: aquí me teneis postrado de rodillas suplicándoos que me perdoneis. Bien podeis creerme, aun no habia salido de la puerta del Pópulo, que ya me traspasaba el corazon el sentimiento de haberos tratado con tanta groseria: caminaba triste, silencioso y apesadumbrado: tenia siempre de-

lante mí la imágen de mi madre: veíala desmayada; oía sus lamentos y sollozos y quería abrazarla para consolar su pena....»

Aquí Adela prorumpió en llanto; Bártolo suspendió la lectura y observó á las jóvenes que, entre conmovidas y curiosas, trataban de leer lo que faltaba. Luego Bártolo prosiguió:—Aquí Lando continúa desahogando su corazon por medio de dulces y sentimentales frases propias de un buen hijo, y os pide la bendicion en su nombre y tambien en el de Mimo. Veamos, Adela bendecidles.

—Sí, mil veces... Y los sollozos le cortaron la palabra.

—Siguió Bártolo leyendo una parte murmurando entre dientes, y en seguida continuó en alta voz, diciendo ántes:—Poned atencion en lo que sigue, Adela, y vosotras tambien muchachas.—«¡Ojalá querido tío! ¡cómo referiros los festejos que por todas partes hemos tenido! Los labriegos van delante de nosotros cosa de media jornada, y dan aviso de nuestra llegada; todas las ciudades se ponen en comunicacion con un júbilo inesplicable.

Los amantes de Italia van de casa en casa y recojen viandas para darnos almuerzos, comidas y cenas suntuosísimas. Por el camino donde debemos pasar mandan poner alfombras en las ventanas, y el que no tiene las pide prestado, ¡ay del que se niega á prestarlas, pues todo son silbidos y pedradas á sus ventanas: de modo que todos darian hasta los cubrecamas. Salennos al encuentro con mú-

sica, y con la misma nos acompañan, en medio de los gritos de—¡vivan las legiones romanas! ¡vivan los libertadores de Italia!—Al mismo tiempo las mujeres nos arrojan flores desde las ventanas y hasta macetas enteras y guirnaldas de laurel. Nosotros al verlas caer las ensartamos en las bayonetas y las guirnaldas cuelgan de los fusiles, mientras que las señoras gritan:—Valientes italianos, estas guirnaldas son en premio del valor pátrio que os ha obligado á partir; otras reservamos para cuando volvais victoriosos del enemigo.

»En resúmen, querido tio, esto es una cucaña; pero habeis de saber que nos cuesta muy cara: eso que escriben á Roma, de que llegamos á las estaciones frescos como rosas, y de que apénas llegamos y sacudimos el polvo, estamos tan fuertes y contentos que bailamos toda la noche, son puros cuentos. Llegamos cansados, desvencijados, y los que en el camino pueden encontrar algun carro ó coche arremeten á él como el gato al raton, y no lo cederian al mismo Rey.

»No hablo de los plebeyos, gente dura y acostumbrada á la fatiga, que no teme la lluvia, ni el sol, ni el barro, de robusta complexion y áspero oficio: hablo sólo de nosotros, los que hemos sido criados con blandura, y que á lo más estamos acostumbrados á dar un paseo por el Corso ó por Villa Borghese. Repito que llegamos molidos hasta los huesos y tan quebrantados, que nos parece que tarda mil años el instante de tendernos sobre cual-

quier cosa. Hay muchos que así que llegan se tinden encima de las mesas, de los sofás, de los bancos, boca arriba ó boca abajo ó en mil posiciones diversas.

»Pero lo peor es las ampollas que se nos levantan en los piés, las escoriaciones y las hinchazones; lo primero que hacemos es lavárnoslos con vino ó con rom; algunos los untan con manteca, sebo, etc., y hay ciertas señoritas (italianas hasta los tuétanos) que se los curan, los vendan y arreglan con un amor que á veces les arranca lágrimas.»

—¡Pobres hijos míos! exclamó Adela interrumpiendo; y la hermana con una lagrimita decía:—¡Si yo estuviese allí, cómo se los vendaría! Cuando Mimo volvía de caza siempre era con los piés desollados y con vejigas en los talones.

Bártolo dijo:—¿Sabeis quién ha descubierto el mejor medio para que no se escorien los piés á los jóvenes? El caballero de Lamármora, coronel de cazadores piamonteses. Sucedió que habiendo el Rey Cárlos Alberto publicado la guerra contra el Austria, todos los jóvenes de la universidad de Turin, y muchísimos otros por añadidura, entusiasmados por ir como auxiliares á tan sagrada empresa, juraron alistarse en el ejército. El Rey se vió agobiado de súplicas de parte de los padres: unos decían que no tenían otro hijo que aquel, á quien reclamaban; quién exponía la flaca complexion del suyo; quién su demasiada juventud; de manera que el Rey se fastidió. Hablaba de esto á sus generales cuando el

coronel Lamármora añadió:—Señor, dejad á mi cargo este asunto, y no paseis cuidado.—Consintió el Rey y quedó tranquilo. Al otro dia Lamármora mandó hacer un pregon en nombre de S. M., llamando á los jóvenes á que le siguiesen, diciendo que el alistamiento se hacia en Chiavaso; y que los que desearan tener esta gloria se hallasen al dia siguiente en la plaza de Italia y marcharian junto con él reunidos á sus cazadores.

Al amanecer presentáronse algunos centenares de jóvenes todos en disposicion de ponerse en marcha. El coronel mandó que las trompetas tocasen al paso de carga, y adelante. Los cazadores no andan, sino que van á galope; y á seis millas los jóvenes se hallaban inundados de sudor, y tan cansados que sacaban un palmo de lengua. Al llegar al puente de Dorabalte, muchísimos no pudieron pasar adelante y se detuvieron; los más robustos siguieron la marcha, pero á las doce millas faltaban más de la mitad; por último, en Chiavaso eran solamente seis. Los demas, dispersos por el camino, volvieron á sus casas y trataron de curarse los piés.

Pero sigamos la lectura de la carta de Lando. «Querido tío, decid á mamá que no tenga cuidado porque en adelante no volveremos á separarnos de su lado. Aser está encargado de una comision extraordinaria, y se dirige al campo de Cários Alberto y nos ha ofrecido á Mimo y á mí cedernos un lugar en su coché hasta Bolonia: verá tambien á Polisena para animar á los jóvenes boloñeses á mar-

char á la guerra sagrada contra el extranjero.»

—¡Virgen Santísima qué escuchó! exclamó Adela; más quiero que se les llaguen los pies y se pongan cojos, que no que se mezclen con Aser y con Polisenal

Elisa bajó la vista; y Bártolo respondió: —¿Qué quereis Adela? *etatem habent.*

—¡Sí, hablad en latin! ¡buen consuelo! El latin es que Mima se halla de buena gana junto á Polisenal, y me temo que la maldita me lo haya hechizado.

Bártolo continuó leyendo: —«Nuestras filas se aumentan cada dia: ¡oh, qué hermosa juventud se nos reúne de todas partes! El jóven Bianchi de Recanati tuvo encargo de visitar la universidad de Perugia, Camerino y Macerata á fin de invitar á los intrépidos estudiantes á que se uniesen á la legion universitaria, y se nos unió más de un batallon.»

—Sí, para hacer llorar á un batallon de madres, observó Adela. ¡Ah cabezas destornilladas! Buenas ciencias aprenderán, y luego, ¿el alma? ¡El alma que se pierda!

—En verdad hablais como desesperada, dijo Bártolo: ¿acaso no es posible ser buen soldado y al mismo tiempo buen cristiano?

—Querido Bártolo, siempre teneis una respuesta para todas las dificultades; pero el que vuelva atrás podrá contar con muchas cosas de estos cruzados: la cruz en el pecho y el demonio en el corazon.

—¡Silencio por Dios, Adela!...

## CAPITULO XXV.

### EL HERADO.

En el fértil y risueño llano , rodeado de agradables colinas y de magníficas costas , y adornado de vides y de árboles frutales, que se extiende por entre el curso del rio de Livenza y del Tagliamento, habia apartado y solitario en el campo un cortijo; sus habitantes eran unos honrados labriegos, llenos de recelos y de temores relativamente á la guerra que ponía en alarma á todos aquellos contornos. Un padre de familia habia arrendado allí una hacienda, que cultivaba con sus propias manos , ayudado de su mujer y de una hermana , á más de dos hijos que tenia , el uno de diez y nueve años de edad y el otro de diez y siete , y cuatro doncellas de quince años para abajo , que ayudaban desempeñando las faenas proporcionadas á su edad. La mayorcita guiaba los bueyes siempre que el padre debia labrar el campo : llevaba la comida y la merienda á los trabajadores, y los menores llevaban á pacer un pequeño rebaño, la vaca y el cerdo.

Después de una recia batalla que tuvo lugar en aquellas inmediaciones á dos leguas de distancia entre los austriacos del general Eugent y las legiones italianas del general Zucchi, Antonio, el segundo hijo del labriego, que era el boyero de la casa, salía de la cuadra que habia debajo del pórtico para sacar los bueyes, y se dirigia á un zaguan que habia en el fondo de dicho pórtico junto á los establos. Llevaba en la mano un farol, y caminaba despacio y algo medroso, puesto que durante todo el dia habia estado hiriendo sus oidos el estampido del cañon y el incesante fuego de fusilería, y hasta en las lejanas tierras habia divisado los grupos de cazadores disparando hácia el valle, bajando, volviendo á subir, ya reuniéndose, ya dispersándose.

Estas imágenes habian hecho honda impresion en su fantasia; de modo que aun le parecia retumbar en sus oidos los cañonazos, estremeciéndose todo su cuerpo cada vez que esto le sucedia; y las hermanitas se tapaban los oidos y corrian á esconder la cara entre las rodillas del padre ó en el regazo de la madre, la cual tambien se ponía pálida y temblaba.

Mientras, pues, que Antonio caminaba en silencio por el pórtico, parecióle oír en el fondo del zaguan como unos lamentos ó gemidos, ya agudos, ya profundos. Detiéndose, y un sudor frio recorre todo su cuerpo, palpítale el pecho, pára el oido... pero nada; todo queda silencioso.—Avanza algunos pasos, párase, escucha, y después de un instante oye



como un ¡Dios mío! lamentable, prolongado y que se perdía en la paja.

El mancebo, en vez de gritar: ¿quién va allá? retrocede temblándole las rodillas; abre enteramente la puerta y se pone á gritar:—¡Ah, padre mío!—El padre se levanta y dice:—¿Qué sucede?—¡Ay padre!—¿Pero qué ha sucedido?—Allá en el zaguan encima de la paja, hay un alma del purgatorio que se lamenta: yo mismo acabo de oirla.

—¿Qué alma? replicó el padre. Durante el octavario de los difuntos hemos rogado por ellas; mandé celebrar una Misa para tus abuelos, mi padre y mi madre, que Dios tenga en su gloria; durante los ocho dias hicimos limosnas de medio saco de habichuela y un moyo de harina; y sobre todo cada noche se reza el rosario; con que no hay que temer de las benditas almas.—¿Sabes qué habrá sido? que te han metido miedo los tiros de cañon y de fusilería.—Anda á dar la yerba á los bueyes y no tengas cuidado.

Obedeció Antonio, y se fué diciendo:—Dejad la puerta abierta;—y al instante los muchachos abrieron de par en par la puerta y adelantaron la cabeza dirigiendo la vista al fondo del pórtico. En un pilar que habia delante del establo, como es costumbre en la Marca trevisana, habia pegada á la pared una estampa de Nuestra Señora de Loreto, con la cara morena y el vestido tieso y de color encarnado, con círculos blancos, azules y verdes que representaban los diamantes, topacios y esmeraldas que adornan á

la imagen en el altar de la Santa Casa. Debajo de la estampa se veía una mesita, en la que de día ponían un vaso de flores y de plantas olorosas, y de noche una lámpara hecha con un vaso lleno de agua y aceite.

Mientras que las doncellas miraban á la Virgen, Antonio retrocede y con los brazos estendidos hácia delante y la vista despavorida grita:—¡Allí, padre mio, allí!—¿Pero qué es lo que hay allí?—La voz: yo mismo la he oido gemir, suspirar y exclamar: ¡Dios mio!

El intrépido labriego dijo á su hijo mayor, dame acá la horca y toma tú el bieldo: Antonio vé delante con el farol.

—¡Pero padre!

—¡Ahí entiéndo: dámelo acá.—Siguiéndole el hijo mayor fué avanzando el padre paso ante paso, deteniéndose cada dos ó tres, y parando el oido. En efecto, en medio de la oscuridad y del silencio percíbase en el fondo del zaguan un gemir prolongado que participaba del llanto, del suspiro y del sollozo.

Avanzan, páranse de nuevo y los gemidos se perciben más agudos. Entónces Márcos avanza resuelto, y mirando á la Virgen dice:—Madre de misericordia, ruega por nosotros: luego se acerca al emparrado del zaguan algo de lado, diciendo en alta voz:—¿Quién anda ahí?

Luego oye en un gran monton de paja una voz flaca que decia:—¡Socorro, cristianos!—Márcos se

adelanta, levanta el farol, y ve un soldado hundido en la paja, con las piernas dobladas sobre el pecho, que con una mano se apretaba el costado y tenia la otra pendiente en el borde del monton de paja. Acércase más, y ve un jóven pálido y desmayado, con los ojos lánguidos, hundidos y moribundos, incapaces de sostener la luz. Reanimase el soldado á la vista del labriego, se apoya en la mano para levantarse un poco; pero vuelve á caer más hondo en la paja.

—El labriego, juntamente asustado y lleno de compasion, lo observa, y ve que está herido en el costado derecho; quiere quitarle la ropilla; pero el soldado le detiene la mano, y le dice en medio de afanosos sollozos.—Buen hombre, ¿teneis mujer?

Márcos le respondió afirmativamente.—Pues entónces, hacerme la caridad de decirla que venga y me traiga unos trapos.

—¿Y no puedo yo hacer os este servicio?

—No: os suplico que venga vuestra mujer.

—Bien, vendrá con mi hermana, pues sola tendria miedo.

—Que vengan las dos, y vos permaneced mientras tanto delante de la estampa de la Virgen.

Márcos, sumamente pasmado y conmovido, fué á la cocina, y esplicó de prisa á las mujeres lo que pasaba. Ellas se disputan, tienen miedo; Márcos las anima, y al mismo tiempo saca de un cajon dos tohallas y una faja de criatura, diciendo:—Vamos que

el infeliz herido quiere que vayais vosotras, yo no me apartaré mucho, no tengais cuidado.

—¿Solo? preguntóle Matea su mujer.

—Pues, solo. Tú, Esperanza, toma el farol y alumbrá. Tengo para mí que ese pobre jóven no llegará á mañana. Será sin duda un gran señor pues es blanquísimo, tiene las más hermosas formas y unas facciones sumamente delicadas. ¡Pobre juventud! Quieren ir á la guerra y luego... viene una batalla y adios.

Márco tomó el candil de la cocina, y dijo al mayor y á Antonio que tuviesen cuidado de las hermanas, y se fué con las mujeres, que temblaban y sudaban de miedo.

Márco se aproximó al zaguan y dijo al soldado: —Aquí está mi mujer y mi hermana: ánimo, que no queremos más que seros útiles. Si alguno de mis hijos estuviese herido (que no lo permita Dios) mucho me holgara de que hallase caridad en el prójimo.

Las dos mujeres, luego que vieron al jóven en tal abandono, sintiéronse desmayar y Matea dijo á Esperanza (robusta muchacha de unos veintiun años):—Solevántale un poco, que está muy hundido en la paja.—Esperanza subióse al monton, y cogiendo suavemente al soldado por los sobacos lo levantó en peso; miéntras que Matea con la mano que tenia libre del farol removía la paja apoyándola con la rodilla para que no se derramase.

Luego que el herido estuvo algo incorporado

volvióse con ojos tristes á las mujeres, que estaban mirándole compasivas, y les dijo:—Queridas mujeres, os pido perdon de haberos causado tanta molestia: pero no queria que hombre alguno pusiese en mí la mano, puesto que bajo ese uniforme militar teneis en mí una mujer como vosotras.

Las dos mujeres se asustaron, y ámbas á un tiempo exclamaron:—¡Virgen Santísima! ¿sois en efecto mujer?

—Sí, queridas, desatadme la túnica, y soltadme los corchetes del pecho, que estoy empapada de sangre.

Matea fué soltando con tiento la hebilla del cinturón, y luego uno por uno los corchetes del pecho. Debajo del uniforme halló un corsé con la abertura por delante, y cogiendo las tijeras, que traía colgantes de la cintura, cortó el cordón, é hizo un rasguño en la camisa para descubrir la herida.

Esta era producida por una bala de fusil, que entro por debajo de las costillas y salió por los riñones: habiase irritado, y la sangre corria á lo largo del costado por debajo de la costra que coagulándose habia formado entre la camisa y la piel. Empezaron las mujeres á lavar los bordes de la herida y el cuajo de la sangre con agua caliente, y la sangre fluyó más abundante. Matea acudió con la toalla y algunos trapos para restañarla; pero como no pudo conseguirlo, dijo á su marido que fuese á la cocina y pusiese á calentar en un pucherito un

poco de vino puro, trayéndoselo luego que estuviese tibio.

Al mismo tiempo Esperanza con la otra tohalla limpiaba el sudor á la paciente, tratándola con amor y animándola á que tuviese confianza en Dios.

El herido de que se trata era la misma Polisena, que peleando con intrepidez detrás de un castaño, en el acto de encorvarse para disparar, fué herida en el costado por una bala de mosquete. Era cerca del anochecer : en el hervor de la sangre, pudo bajar la celina, y echó á correr por el valle que salía á los campos en que se hallaba situada la granja de Márcos. Pero, al fin la pérdida de sangre y el espanto acabaron sus fuerzas y cayó casi desmayada. Vuelta luego en sí, y animándose más y más, volvió á levantarse, dio aun algunos pasos corriendo y volvió á caer; entónces no volvió á levantarse sino que se fué arrastrando hasta el zaguan, y allí se abandonó sin fuerzas encima de la paja.

Miéntras que Esperanza la animaba, y que Matea le mantenía cerrada la herida aguardando el vino para lavarla, Polisena exclamó :—¡ Justicia y misericordia divina! Hermanas, yo soy una pecadora, una impía : he cometido grandes culpas y causado muchos males, por lo que merezco ser abandonada de todo el mundo. He vivido como una bestia, y debiera morir como un perro y caer en el infierno... Pero no, Dios no me ha abandonado.... me ha enviado vuestra caridad.... ¡Las oraciones de mi hermana, de aquella santa !... Sí, Umbellina, te veo, te

oigo, da gracias por mí á estas bondadosas mujeres, y ruega á Dios por tu hermana.... para que sea....

Las dos mujeres se miraron mutuamente pasmadas, y dijeron:

—¿Señora, con quién estais hablando?

—Con mi hermana, ¿no la veis?

—¿En dónde?

—Allí, allí; ved cómo me señala el pilar en que hay la Virgen Santísima, y me dice que tenga esperanza, puesto que la Virgen me ha perdonado. ¡Oh! la Virgen ántes que vosotras vinieseis, me ha mirado fijamente... La luz se hacia más viva y otra luz más radiante brilló en torno de María! En un instante sentí palpitar mi corazon y experimenté un cambio completo... ¡Ah! ¡cuántos pecados he cometido, hermanas!... María, perdon!.. ¡Ah! si ¡tuviese un confesor!

—Señora, el Cura vive á más de una milla de aquí: ¿cómo ir á buscarle á estas horas? Y sobre todo con el miedo de esta guerra?

—¡Paciencia, Jesús mío!... Me arrepiento de todo corazon!... Ven, Umbellina, abrázame, siéntome desfallecer... Y vosotras, hacedme promesa de que despues de muerta, nadie me tocará... Sólo vosotras... Vosotras... ¿Me lo prometéis?

—Contad con ello, le respondieron sumamente conmovidas aquellas pobres mujeres; no lo dudeis, os damos palabra de que nadie os tocará... Sin embargo, esperamos que curareis...

Polisena quiso cojer la mano de Esperanza y luego

la de Matea; pero la de esta última no pudo, pues le dió un acceso de frio y se desmayó.

—Pronto, Esperanza, trae un poco de agua y vinagre, gritó Matea; y en el mismo instante pareció Márcos con el vino. Matea arrojó de pronto la tohalla encima del afanoso pecho de Polisena, le derramó un poco de vino entre los lábios, le frotó con el mismo las sienes; y la doliente abrió de nuevo los ojos, arrojó un profundo suspiro, y exclamó:—¡Dios mío!

—Aquí estamos, señora, no lo dudeis; é hizo seña á su marido para que se retirase.

Entónces Matea mojó un cabo de la tohalla en el pucherito que tenia Esperanza, y con gran tiento empezó á lavar la herida; la que luego que estuvo desembarazada de la sangre que se habia coagulado á su rededor, se abrió y se ensanchó. Matea la lavó del todo, y desgarrando un pedazo de la camisa de Polisena, lo puso en varios dobles y lo mojó en el vino; luego juntó los lábios de la herida y la vendó lo mejor que pudo, en atencion á la posicion incómoda de la paciente.

Así que la doncella sintió aquel poco de refrigerio, se rehizo un tanto, miró con ojos más animados á sus bienhechoras, y con una dulce sonrisa pareció que decia:—¡pobres mujeres! ¡cuán agradecida os estoy! ¡cuánta molestia os causó! Pero sois tan bondadosas y caritativas, que Dios y la Santísima Virgen os recompensarán. No me abandoneis en lo poco que me queda de vida..... sí, muy poco... ¿Cómo os llamais, amigas mías?



Y respondieron la una Matea y la otra Esperanza: lloraban, le prestaban afectuosos cuidados y decían: —Señora, estad segura de que no os abandonaremos. Somos unas pobres, pero buenas cristianas; también tenemos un corazón sensible y sentimos el mayor gusto en auxiliarnos y socorrerlos como Nuestro Señor nos manda. ¡Si á lo ménos pudiésemos trasladaros á nuestra cama! pero ¡si os movemos corremos riesgo de perderos.

Polisena fijaba con frecuencia la vista en la sagrada imagen, alargábale los brazos y decía con grande ansiedad: —¡Misericordia! —Otras veces cerraba los ojos, arrugaba la frente y le rechinaban los dientes; eran los remordimientos que la despedazaban; el enemigo que le ponía por delante todas sus iniquidades, y las hacía ver á aquella alma espantada en toda su fealdad y con todo el horror de que van acompañadas, se las presentaba como gigantes crueles, como monstruos terribles que la acometiesen para despedazarla y hacerla añicos. La infeliz se encogía toda, cerraba los puños, crugíanle los dientes, y abría desmesuradamente los ojos; pero cayendo sus miradas en la Virgen, todo su terror se desvanecía, calmábase su afán y ansiedad, y reconocía en su corazón una dulce esperanza.

Después de una lucha larga y porfiada, alargó la mano á Matea y le dijo: —Ayudadme á rezar el Ave María. ¡Ah! Matea, ved á esta pecadora contrita, que apenas se acuerda de esta santa oración! ¡Hace tantos años que mis labios no la han pronunciado!

Muy al contrario, en lugar de bendecir á María, blasfemé de ella... pero ayudadme, no me abandonéis... persignadme...

Creían aquellas mujeres que la herida estaba delirando, y la acariciaban y la animaban: decían el Ave María, y Polisena repetía sus palabras entre los labios; y sentía derramarse en su alma una nueva suavidad, una calma desconocida, una esperanza y un amor inefable. Veía á Umbellina con un semblante claro, sereno y risueño, y la saludaba diciendo:—¡Oh bendita hermana, ven, tócame y quedaré sana, bésame y me volveré cándida y pura, y los pecados huirán de mi alma!

¿Fué esto una vision? ¿fué un sentimiento interior? ¿un raptó del espíritu que hizo que Polisena viese delante de sí á su hermana Umbellina? ¿Quién es capaz de penetrar los misterios de la gracia y los abismos de la misericordia? No hay duda que Umbellina en aquella hora en su lecho de dolores rogaba á Dios por la infeliz hermana. Las santas monjas cantaban en el coro; y mientras que los impíos veían en sus infernales conciliábulos para hacer más cruda guerra á Jesucristo y á su iglesia, sus devotas siervas, sus amadas esposas, levantaban su voz enarmonada que penetra los cielos alabando su santo nombre, rogándole que convierta á los que van errados, venciendo y castigando con la fuerza de su brazo el poder de sus enemigos, reduciéndolos á polvo, confundiéndoles en sus malvados designios, humillando su soberbia y ablandando su dureza.

61 Aquellas humildes plegarias , que salen de unos corazones sencillos y se elevan como olorosa nube de incienso hasta el trono del Omnipotente , nunca son desoidas. Cada noche cae del cielo el rocío de la divina misericordia par . regar algunas pecadoras: ¡dichoso quien le da acogida , el que gusta de su fragancia y suavidad y prueba su celestial virtud! En un instante aquel corazón sufre una completa mudanza, adquiere una nueva vida ; se rejuvenece como el águila ; bórranse las manchas del pecado; disípanse las oscuridades, y sánanse las enfermedades. En un abrir de ojos aquella alma rompe las cadenas de Satanás, huye de la culpa, y con dilatado vuelo y á impulsos de la caridad se lanza al seno de Dios Omnipotente, y en él se inunda, se embriaga y se anega en aquel Océano de dulzuras , de esperanzas y de amor.

El que hubiese visto á Polisená por la mañana de aquel mismo día, sin Religión ni pudor, mezclada entre soldados, blasfemando con el ódio de sus semejantes en el corazón, y con la venenosa rabia que les impulsaba á matar á los siervos de Dios, y la viese por la noche en aquel zaguan encima del montón de paja, herida y en medio de las ansias de la muerte cuidada por aquellas compasivas labradoras, delante de la imagen de la Virgen, que la contemplaba con ojos de la más tierna de las madres, sin duda no la hubiera conocido.

El bondadoso Marcos se hallaba fuera en frente del pilar, apoyado en la puerta del establo, con los

brazos cruzados, silencioso y admirado oyendo que sus mujeres respondian:—Sí señora.—No señora.—Le parecia entender algo y queria entrar; pero no osaba. Veia allí algun misterio; pero respetaba la súplica que le habia hecho aquel pobre herido, tan hermoso, cuya voz era tan dulce y que le habia rogado con acento tan lastimoso:—¿Quién podrá ser? decia para sí. ¡Parecióme un jóven tan delicado! ¿Si será algun Príncipe? Pero oigo que Matea le dice: No dudeis, señora... y aun á mí su voz me ha parecido de mujer. ¿Pero quién ha visto jamas una mujer en traje de soldado?—¡Con todo, vemos hacer tantas necedades contra esos pobres alemanes! Pasan y vuelven tantos jóvenes que andan como locos, semejantes á una partida de caza corriendo tras las liebres... ¡Sí, liebres! Pobres muchachos, no sabeis que los alemanes son más que osos ó leones; y no van á la guerra con guantes como vosotros; no son barbilampiños, ni tienen el cutis blanquísimo y los cabellos olorosos y bien peinados, sino que tienen la piel bronceada, los bigotes erizados y las manos callosas...

Para pelear con ellos se necesitarian labradores como nosotros; pero en esta guerra yo no veo más que hermosos mozaletes de las ciudades, y hasta algunos que parecen mujeres; y si acaso hay entre ellos algun labriego, tiene toda la traza de vagabundo ó de hombre de mala vida. ¿Qué significará que hoy hacen la guerra los señores que ántes permanecian en la ciudad pasando su vida en medio de pla-

ceres, mientras que los aldeanos y artesanos, gente robusta y guerrera, se halla tranquila observándolos porque no tienen odio ni rencor á los alemanes? En efecto es cierto el refran que dice que todos los señores tienen algo de loco.—Ahora les ha dado la locura de ir á la guerra; pero acaso los austriacos tendrán la medicina que habrá de curarlos.

Mientras Márcos resolvía en sí estos pensamientos, Matea le llamó diciendo;—Márcos, este jóven (y le hizo seña para que se acercase diciendo en voz baja: Es una señora pero *psit*.) Este jóven necesita algo que le reanime: ¿cómo lo haremos? Somos pobres, no tenemos caldo, y de aquí á la posada de la aldea hay más de una milla, es de noche, la guerra en el contorno y los caminos peligrosos. ¿Sábes que puedes hacer? ordeña un poco de leche de la vaquilla, y tráela pronto.

Márcos entró otra vez en la casa, halló que las niñas se habian acostado; y á los muchachos adormecidos el uno encima de un banco y el otro tendido en la mesa: toma un vaso, entra en el establo y ordeña á la vaca, cuela la leche en un lienzo para quitarle la espuma y se dirige al zaguan pensando siempre entre sí:—¡Una señora! ¡pobrecilla! ¡que gusto el de venir á morir encima de un monton de paja, cuando quién sabe cuantas comodidades tenia en su casa! ¿Y esto para qué?.... Para matar austriacos algo más se necesita que señoritas.... ¿Y quién sabe de dónde es? ¡Acaso vino de muy lejos!

Y si no lo sabemos, y esta noche se nos muere, sus parientes la estarán esperando eternamente.—¡Qué locuras! ¡qué locuras!—Y se nos viene á morir precisamente aquí.... Pero, Dios mio, os doy gracias porque á lo ménos morirá en compañía de cristianos, sin haber caído en una zanja ó en un foso como tantos otros.

Mientras que Márcos estaba sumido en las anteriores reflexiones, y avanzaba con el candil pendiente de una mano y en la otra el vaso de leche hacía el pórtico, oyó un rumor por la parte exterior. Detiénese y vé correr por debajo del pórtico un soldado.—¿Quién hay aquí? gritó entre temeroso y resuelto.

—Buen hombre, tened lástima de mí; soy un soldado de la legion romana: hallábame de ronda con una patrulla nocturna, cuando de improviso se nos echó encima un cuerpo de austriacos, nos rodeó, é hizo prisioneros á la mayor parte de mis compañeros. Por dicha me levanté, y corriendo y brincando como un gamo por en medio de los valles, campos y barrancos, he estado corriendo por más de dos horas sin saber á dónde voy; pero habiendo visto una luz debajo de esta bóveda vengo á refugiarme en vuestros brazos. Prestadme ayuda, recojerme por esta noche: un poco de heno me basta.... el pajar.

—Señor soldado, dijo Márcos como buen hombre.... si os contentais, un rincón siempre lo encontraremos.... Pero allá en el zaguan hay quien se

halla á la muerte. Si quereis venir conmigo, ¿quién sabe? acaso le conozcais y sepais quien sea.

El soldado iba siguiendo á Márcos, que decía interiormente:—Aquí tenemos otro: ¡pobres muchachos! Son en efecto como un rebaño disperso.... Y este tambien, ¡qué hermoso! ¡qué delicado y qué agraciado es! Estos señores han dado en la manía de hacerse matar, y no parece sino que les pesa demasiado la piel; ¡no obstante la tienen tan fresca, suave y juvenil!

Luego que hubieron entrado, las mujeres levantaron la cabeza y viendo un soldado al lado de Márcos, se asustaron y perdieron el color. El soldado se acerca, contempla al herido, quien por su parte tambien le mira y exclama tendiendo las manos:— ¡Ah! ¡Mimo! tú... ¿aquí? ¿cómo?

Mimo apenas pudo pronunciar el nombre de Polisena: tal fué el pasmo que le sobrecogió, la angustia interior y el afán que le embargó enteramente. Permaneció inmóvil delante de aquella cara pálida y desfigurada, y de aquellos ojos hundidos, lánguidos y moribundos.

Las mujeres, recobrándas ya del susto, tomaron el vaso de las manos de Márcos; levantaron suavemente la cabeza de la doncella, y le introdujeron á sorbos la leche en la boca. La infeliz en medio del doble afán causado por el mal que se iba agravando, por la presencia de su amante, y por los remordimientos que la agobiaban, solo gota á gota pudo tragar la leche: parábase, miraba en torno de sí como

temerosa; por entre los que la rodeaban, veia la Virgen del Pilar; fijaba en ella la vista, se calmaba un rato y podia entónces beber un poco más libre. Después de haber tomado la leche y un tanto reanimada, alargó la mano casi helada á Mimo, quien la estrechó lánguidamente entre la suya, y la retiró diciendo:—Mimo; la Virgen Santísima te ha traído aquí, no sé de qué manera: como ves voy á morir, pues estoy herida de parte á parte en el costado; ya no tengo sangre, y el corazon y el aliento me abandonan. Pero esta muerte para mí es la vida. María Santísima, abogada de pecadores, en sus misericordias ha alcanzado de Jesus el perdon de mis pecados, borra mis maldades, y mi corazon ha experimentado un cambio completo. ¡Oh! mi Umbellina ha obtenido para mí esta gracia! ¡Tanto ha rogado por mí! Mirala aquí que no se aparta un instante de mi lado.

Mimo echa una ojeada al rededor de sí como atónito buscando con la vista á esa Umbellina; lo mismo hacen Márcos y las mujeres: todos lloran, pero no ven mas que la sombra de los arcos del pórtico, y la lámpara de encima de la mesita, que alumbraba á la estampa de la Virgen, y que empezaba á apagarse rozando la llama entre el aceite y el agua que estaba debajo.

Polisena exhaló un profundo suspiro (Esperanza le enjugaba el sudor frio que le bañaba la frente), y luego continuó:—Mimo, perdóname el mal ejemplo que te he dado, las burlas de Jesucristo y de los ob-



jetos sagrados que tantas veces escuchaste de mi maldita lengua; y principalmente las instancias que te he hecho para que entrases en la sociedad secreta, en los sacrílegos sacramentos y en los perversos y execrables tratos. Júrame que no te inscribirás nunca; júramelo, Mimo.

—Te lo juro, respondió Mimo con voz interrumpida por los sollozos.

—Dame la mano, y júramelo por la Virgen..... Vuélvete, y mírala allí que nos oye y nos observa.

—Sí, te lo juro por esa santa imagen.

—Mimo, entre todas mis iniquidades, la que en este instante más me escuece y roe mi corazón es el remordimiento por haber impulsado á que partiesen á la guerra las infelices y mal aconsejadas doncellas de Forli y de Bolonia, y principalmente la traicion de Julita de Pádua. ¡Querida jóven! ¡de quince años! ¡arrebataada á su bondadoso padre! ¿Cómo llorará aquel buen señor? ¡Oh búscalá y procura devolverla á los abrazos paternales, Julita vendrá, pues se halla tan arrepentida la pobre criatura!

—Sí, tranquilízate, haré cuanto me sea posible.

—Mimo, si Dios te concede la gracia de regresar á Roma, dirás á esa alma cándida de Elisa, á ese ángel, que me postro á sus piés; que le pido encarecidamente por María Santísima que me perdone

los escándalos que le he dado; que arroje al fuego los malos libros que compré para pervertirla, y que eche en completo olvido ciertas máximas irreligiosas y corruptoras....

Aquí la infeliz se turbó toda, contrajéronse sus facciones, aumentaron sus ansias, y en medio de su afán quería seguir hablando, pero no podía. Mimo se echa á sus plantas, oculta la cara entre las manos, inclina la cabeza sobre el monton de paja, y llora y solloza. Polisená hace seña á Matea para que se acerque, le coge la mano y la lleva al bolsillo de su sobrevesta, le hace sacar una carterita y le dice en voz baja:

—Matea, en esta cartera hay diez gregorinas de de oro, cincuenta escudos: emplead dos en hacer celebrar algunas Misas en sufragio de mi alma y de las de tantos pobres italianos como hoy han muerto en la batalla: lo demas recibidlo vos y Esperanza en memoria de tanto bien como habeis hecho.—Dicho esto calló, volvió los ojos como saludando á otra persona que tuviese cerca de sí, y el rostro se le serenó, al mismo tiempo que decia entre dientes:—Sí, ya vengo Umbellina.... ¡oh.... ruega por mí!—Volvió un poco la cabeza hácia la Virgen, abrió todavía los ojos por dos veees, la miró, se sonrió y exclamó:—¡María! Plegó las manos, que volvieron á caer sobre el pecho. Su aliento iba debilitándose y se volvía más sutil y tardo, con cierta ronquera; abrió la boca, inclinó la cabeza, y espiró.

Hasta á Marcos le brotaron las lágrimas; cogió á

Mimo por el brazo, lo levantó, y le dijo:—Venid conmigo.—Mimo, como estúpido, no hablaba y se dejó llevar hasta la cocina. En esto empezaba á despuntar el día.

Mimo por el dize, lo levante, y lo dice—Vend  
comigo—Mimo como cuando, en la vida, y se  
debe llevar hasta la cocina, ha sido en un xato a  
despues de la...

## CAPITULO XXVI.

## EL CAMPO PIAMONTES.

Por ese mismo tiempo todo el pais traspadano estaba inundado por las legiones italianas, las cuales, despues de haber pasado el Pó, se derramaron por Venecia, Rovigo, Vizenza, Pádua, Treviso, y hasta el Tagliamento; en todas partes hormigueaban los soldados, que iban y venian sin que tuviesen un punto de sosiego. El general Durando estaba más cerca del alojamiento del Rey Cárlos Alberto (1) para

(1) El general piemontes Durando fué dado al Papa por el Rey Cárlos Alberto para que reorganizase el ejército pontificio; el Papa le confirió, juntamente con el general Ferrari, el mando de las legiones romanas para guardar las fronteras de los Estados de la Iglesia. El general Zucchi, que se halló implicado en los movimientos de la Romanía en 1831, ahora al frente de los sublevados italianos hostigaba al ejército austriaco en Friuli, Zambeccari, caballero bolonés, se habia hecho guia y jefe de un cuerpo de voluntarios recogidos en la Romanía.

ver el modo de reunirse al ejército piamontes, ó para disfrutar á lo ménos de los refuerzos que le llegaban de parte del Rey para ponerse en marcha en derechura, á romper la retirada de la columna que bajaba por la Carnia al socorro de Verona, en donde se hallaba el mariscal Radetzki disponiéndose á envolver los movimientos del Rey, que acampaba entre el Adige y el Mincio.

El general Ferrari, con las legiones romanas, se marchó directamente á Treviso á fin de animar á la legion del general Zucchi, el cual gobernaba con mucho trabajo la fortaleza de Palmanova; y caida ya Udina en poder de las armas austriacas, y él tambien metido en continuas refriegas y ataques, habiendo perdido mucha gente, se hallaba tambien como sitiado en aquella plaza. Zambeccari con los boloñeses y romaninos rompió el primero los límites del campo entre los generales pontificios, cayó sobre Módena en ayuda de los rebeldes del Duque; de ahí torció el camino, y se echó á la otra parte del Pó para acudir al auxilio de los lombardo-vénetos, sublevados contra el Austria; pero dejados por Cárlos Alberto á merced de su valentía y temiendo á cada paso verse acometidos por el ejército de la Carnia y de Pontieba.

En Venecia, despues de haberse sacudido al mariscal Zichy, dueña ya de sí y habiendo proclamado la república, hacia ondear en las antenas de la plazuela de San Márcos el antiguo leon del Adriático, al que se habian vuelto y dedicado las ciudades de

tierra firme, esperando que las protegeria y defenderia con sus rugidos. Pero el leon de Venecia, viéndose con las uñas gastadas y romas, aunque rugia fuertemente, no era para defender á las ciudades confederadas, sino llamando para sí la ayuda y el socorro de las legiones romanas y de los valientes de las guarniciones de Nápoles y de Lombardia.

Sucedió pues una mañana de Mayo, que hallándose dos jóvenes veroneses de estancia en Treviso con otros voluntarios de la universidad de Pádua, y paseándose por diversion á lo largo de las deliciosas riberas del Sile, les vino el deseo de entrar en los Dominicos para admirar el cuadro de fray Sebastian del Piombo, que es un prodigio del arte.

Asi, caminando despacio, y mientras que el aire de la mañana jugueteaba con las plumas de los penachos, dijo uno de ellos, llamado Mezzusbergo, á otro llamado Antenon:

—Anoche no estuviste en el café de la plaza, y por lo mismo no oiste las grandes nuevas que nos llegaron del campo del Rey por boca del comisario de las legiones romanas invitadas por el general Ferrarí.

—¿Y qué trajo de bueno?

—La desgraciada Peschiera se encuentra en los mayores apuros, y están á punto de arruinarla los grandes cañones de sitio, los cuales con sus boquitas les envian ciertos besos que á donde caen no queda títere con cabeza. Rebellines, medias lunas,

escarpas y contraescarpas, baluartes y cortinas, todo lo desmoronan sus disparos, todo lo hunden y reducen á escombros. Existen ya grandes aberturas y la brecha es más ancha que la boca de un horno; de suerte que si el duque de Génova prosigue en atacarla tan rudamente, aquella pobre fortaleza está perdida, y mañana esperaremos que nos traiga la noticia el correo.

—Si así sucede, Mantua y Verona pronto se verán encima á los piemonteses.

—Ciertamente; y ya el Rey ha situado el cuartel general en Mozzambano. Es menester convenir en que los piemonteses son guerreros y valientes como los mejores italianos.

—En cuanto á mí, hasta que vea á Carlos Alberto comiendo con sus generales en el terradito del palacio Canosa, que corresponde al Adige, tengo poquísimas esperanzas. Radetzki es gato viejo. ¿Qué dice el comisario de lo que sucede en el campo?

—Dice que los oficiales y los soldados son unos leones, y que tienen á la Lombardía y á Venecia en el puño.

—¡Quiéralo Dios!

—¿Sabes Antenor, quién es el comisario?—Anoche le vi un rato entre una porcion de cazadores romanos que le acompañaban al alojamiento. En el barrio se estendió la voz de que era un valiente que acababa de llegar á las ciudades Anseáticas para promover la guerra de la independencia, y todos



creyeron que era un Príncipe sueco ó dinamarqués.

—Te engañas, amigo, pues es un conciudadano nuestro, y tú debes de acordarte muy bien de él.

—Bien; pero en resumen, ¿quién es?

—¿Acuérdate de Aser, de aquel hebreo rico que estudiaba retórica en las escuelas del colegio imperial de Santa Anastasia cuando nosotros estudiábamos también?

—Perfectamente: ¿pero qué tiene que ver con Dinamarca y con Suecia?

—Nada por cierto: no obstante, tendrás también presente que era el único hebreo de quien no se burlaban los estudiantes, ó haciéndoles gestos, ó simulando con las faldas del vestido dobladas unas orejas de asno y arrimándolas á su cabeza por detrás, ó mofándose de él de cualquier otra suerte? En efecto, tenía tanto talento, que poquísimo le igualaban, y á más era tan elegante y cortés, que no se traslucía en él nada de judío; ántes parecía todo un caballero. Paseábase siempre fuera de la Puerta Nueva y á lo largo de la ribera de la Victoria, siempre solo, leyendo y pensativo.

—¡Oh, bien me acuerde! En efecto, Aser me convidaba muchas veces al café de la esquina de las dos Torres. De repente desapareció, y yo creí que había ido á la universidad.

—No, su padre, que es banquero, que tiene frecuentes relaciones con el mío, y aun el último otoño vino á vernos en la quinta y permaneció algunos días con nosotros: este, pues, nos refirió que Aser,

despues de haber estudiado el primer año de filosofía, le llamó á Hamburgo un tio suyo, que vive allí riquísimo, y tiene buques en el mar y tráfico con todas las costas del Báltico y del mar Blanco hasta Arcángelo, en cuyos puntos abre almacenes y bancos que tienen gran curso en las Bolsas de Stokolmo, de Cristiania y de Copenhague. Aser en casa del tio se dió muy buena vida: viajó, aprendió varias lenguas, y se presentó con un tren y un boato correspondiente á su mucha riqueza.

Su padre nos dijo que en las córtes del Norte nadie le aventajaba en fausto y esplendor: era íntimo amigo de los Príncipes y duques. Sin embargo, se entusiasmó luego tanto por la libertad germánica, y contrajo tan estrecha intimidad con los principales agitadores, que dirigiendo su exuberante ardor juvenil á más altos intentos, se consagró enteramente á la resurreccion europea; y para esta derrama y gasta todas sus riquezas y su talento. En la actualidad lleva alistados á su sueldo y de las sociedades alemanas á muchísimos jóvenes para esta guerra de la independenciam italiana.

—Entiendo: y entre las legiones romanas se hace pasar por un Príncipe.

—Muy al contrario; lo cierto es que Aser se mantiene desconocido; pero como es rico y generoso, viene de lejanos paises, y ademas es hermoso, viste con lujo y se trata á lo grande, lleva fama de Príncipe.

—Principes Nephtali, Principes Iudá, Princi-

pes Zabulon! Será un segundo Sansón, y los austriacos serán los filisteos; pero no sé si se les podrá derretar con una quijada de asno.

—¡Siempre estás de broma como buen veronés! ¡Muy bien, Autenori!

—¿Qué hemos de hacer? Hemos cometido ya la necedad de interrumpir los estudios para arrojarnos á esta guerra; y en Verona si no entra Cários Alberto, no será posible poner los piés, aun cuando las balas austriacas tuviesen la cortesía de pasar por encima de nuestras cabezas. Pero, querido Mezzusbergo, bueno es matar el fastidio divirtiéndonos y entregándonos al, o á los placeres y á la buena vida.

—¿Quieres que busquemos á Aser y que renovemos nuestra antigua familiaridad?

—De muy buena gana, pues tengo indecible curiosidad de saber á punto lijo los sucesos de Lombardia.

—Aser, despues de haber dado una larga vuelta con los generales Ferrari y Guidotti, con los coroneles de las legiones y con los mayores de batallón en que tomaron el partido de desembarazar del sitio á Palmanuova y de arrojar las tropas austriacas no sólo de Udina, sino hasta cien millas más allá de Piava, Aser, decimos, se volvió á la posada á comer en medio de una regocijada reunión de legionarios romanos.

—Allí, mientras el huésped disponia unas chuletas y una fritada de ibigado y de crestas de pollo á la

milanesa, los dos jóvenes de Verona le hallaron en la sala que estaba hablando con sus amigos; por lo mismo, despues de haberle saludado cortesmente, le pidieron que tuviese la bondad de oírles un rato aparte. Aser, despues de haberles estrechado militarmente la mano, se los llevó á su aposento; en donde despues de haberle dicho la pátria y el nombre, manifestó el mayor júbilo y les preguntó acerca de mil objetos y de mil personas.

—¿Qué hace Alejandro de Vidnueva?

—Ha tomado esposa, y tiene ya dos niños, mientras está aguardando la ocasion de ganar dinero.

—¿Y Gigio de la calle Mayor?

—Este tuvo más juicio que los otros; pues siendo muy rico, pensó quitarse de encima todas las molestias de factores, administradores y contadores entregándose desesperadamente al juego, á la crápula y la lujuria más brutal.

—¿Es posible?

—Tan posible que de lo alto de su riqueza cayó en una profunda miseria; de modo que quedó libre y desembarazado de toda la molestia y afan que suele causar el tener que estar siempre ahorrando. Ahora de tanta hacienda sólo le ha quedado un pequeño vitalicio, lo bastante para no morir de hambre.

—Muy bien: ¿y Checco, el de la calle de Santo Tomás, y su primo Cárlos, que eran inseparables? Eran dos muchachos garbesos, muy bien educados y de talento y aplicacion: ¿qué se han hecho?

—Cheeco sedió al estudio de las lenguas orientales: viajó por la Siria, por la Palestina y el Líbano; pasó el Tigris, llegó hasta la Persia, y el año próximo pasado volvió á Verona, en donde vive sumido en sus investigaciones etnográficas. Nos refirió prodigios de las escavaciones de Ninive, y nos enseñó algunas de aquellas piedras con bajos relieves, varios cilindros y símbolos de los cultos asirios, de manera que su conversacion es de lo más instructivo y agradable.

—Es necesario un genio especial para dedicarse á semejantes estudios: ¿no os acordáis que nosotros nos burlábamos de él cuando al salir de la clase se iba diariamente debajo de Santa Libera á examinar las escavaciones del teatro romano; y que cuando acaso encontraba un amigo, este pobre no se desprendia de él tan fácilmente?—¿Ves? deciale: este fué el Odeon: aquí, en efecto, estaba el proscenio: aquellas bocas esparcidas entre los escalones eran los vomitorios, y allá arriba debieron estar los palcos de las familias patricias. Allí veo sus nombres grabados en los nichos, y aquellos agujeros servian para sostener las barras del telon.

—¿Y en el anfiteatro? ¡qué satisfaccion era la suya! ¡cómo se revolvia por debajo de aquellos arcos, de aquellas extensas bóvedas y de aquellos oscuros sótanos que se perdian debajo del suelo! Muchas veces le ví suspirar en la esplanada de la ciudadela delante de las amontonadas piedras del arco de Vitruvio y esclamar: ¡Cuándo se levantarán estos clá-

sicos mármoles para recomponer el arco más magnífico que quedó á la Italia del siglo de oro de Augusto! No se contentaron los franceses con derribar y destruir los baluartes de San Miguel, era necesario que arruinasen tambien el arco de los Gavios, que era la admiracion del mundo. (1)

—Pobre Checco, tengo para mí que tendrá que suspirar por mucho tiempo. Aquí Aser varió el rumbo de la conversacion llevándola hácia otros objetos que le interesaban más, con respecto al actual estado de Verona, á las opiniones, tendencias y propensiones de los ciudadanos, á las fortificaciones militares, á las vitallas y al ejército de Radetzki; pero aquellos muchachos sólo sabian donde vendian los mejores cigarros, en qué fonda daban mejor comida, ó dónde vivia alguna buena moza, no pasando de aquí toda su estrategia.

Por lo mismo Aser, asegurándoles de su afecto, los cogió por el brazo y los acompañó otra vez á la sala, instándoles vivamente para que se quedasen á comer con la reunion de amigos.

Durante la comida se habló de varios asuntos; pero la mayor parte referianse á las esperanzas fundadas en el ejército sardo: sobre lo que Aser dijo

(1) El arco de la familia Gavia, erigido por Vitruvio en Verona, obra maravillosa de arquitectura y de escultura, hallábase situado en el Corso cerca de Castel Vecchio, y fué derribado por los franceses con el fin de ensanchar el camino, ó porque impedia á las baterías de hácia el teatro.

cosas verdaderas y asombrosas del valor de aquellos héroes y del fuego de que estaban animados para arrojar de Italia al extranjero.—¡Deberais ver al Rey, decía, y las grandes aspiraciones que animan su corazón cuando se ve en medio de sus generales! Yo pertenezco á su séquito cuando desde las alturas de Mozzambano miraba los collados y debajo de estos los dilatados llanos que rodean á Verona; los majestuosos giros del Adige, las alturas de San Máximo y á la izquierda las de Bussolengo. Velase entonces brillar en su semblante la estrella de la victoria: esa estrella que mira con amor hace tantos años en su escudo un león cuyo hocico descansa en las garras, y mirando al cielo contempla aquella suave luz diciendo:—Espero á mi hermoso astro.— Este astro, os digo, brilla en su frente como encendido rubí, y le promete triunfar de los opresores de Italia. No le arredra la vista de las invictas fortificaciones que cercan á Verona por el lado del Norte, ni los profundos fosos, ni las empalizadas, ni las líneas de mosqueteros que forman su frente por la parte de Mediodía. Contempla los torreones de Maximiliano, que desde las sierras de Avesa se encadenan hasta el collado de San Leonardo, y dice á sus edecanos:—Allá abajo, en aquella plataforma, quiero que brindemos por la salud de Italia.

Si el Rey tiene tan altos pensamientos y tan brillantes esperanzas, no le van en zaga sus oficiales de todas armas; de suerte que les he visto despedir fuego por el ardor de entrar en combate; y en la

pelea se arrojan como leones. Una mañana me encontré en el campo de la vanguardia, junto al Minicio, y todos los oficiales de acción estaban formando corro al pié de un gran tilo en las altas riberas que miran á Valegio por la parte del puente del Borghetto. ¡Qué briosa juventud! ¡qué aire tan alegre, tan jugueton! Aquí estaban mezclados los tenientes de artillería con los dragones, cerca de un grupo de guardias de caballería ligera; por otro lado la caballería de Aosta y Novara y con ellos un capitán del regimiento de Génova y un teniente del de Niza con otros oficiales de la brigada de Saboya y de Pinerolo. Era un gusto verlos comer en la yerba, como en la más rica mesa, uno á horcajadas encima de un cañon, dos sentados en un mortero, y otros tres encima de un monton de bombas; otro tendido y apoyado con el codo, otro cortando la vianda, y tres ó cuatro empinando las botellas y gritando:—¡Viva el Rey!

Al mismo tiempo todos rien y charlan: este cuenta una accion de guerra, aquel refiere sus hazañas y las de otros diciendo:—Yo cargué sobre el flanco derecho.—Y yo con una contramarcha me abrí paso en medio de una columna de bohemios.—Y yo, deslizándome con solos treinta hombres, de improviso sorprendí á un batallon y le hice volver la espalda, persiguiéndole hasta debajo de las mismas baterías enemigas.

—¡Así debeis confesar, gritaba un jóven robusto, que aquel socarron os calumnió grandemente



cuando dijo que la educacion de los jesuitas nos ha afeminado! Quisiéramos verle aquí en medio de los combates, y entónces le demostraríamos si somos ovejas ó leopardos,

—¡Muy bien! ¡Vivan los jesuitas!

—Vivamos nosotros y nuestra valentía. O sino decidme: ¿no somos en el ejército más de doscientos oficiales de todas armas educados por jesuitas? ¿y no combatimos con tanto valor como vosotros que procedeis de la academia militar?

—Sois un prodigio, pero oleis á fraile.

—Olemos á pólvora, y al sudor glorioso de los campos de batalla: ¿quién fué el que primero saltó el puente de Goito, y murió por la gloria de Italia? Fué un pensionista del colegio Real de Turin, que servia en el regimiento de Real Navi. Aquel oficial de dragones que cargó el primero, desafiando las bayonetas austriacas, que espoleó el caballo y fué arrojado en medio de las filas contrarias con asombro de los enemigos, fué tambien un condiscípulo nuestro. Y del mismo modo, otros muchos, así en baterías como en los parques volantes, en peligrosas exploraciones y en los más formidables asaltos, muestran claramente que los afeminados son ellos, ó el que escribió tales necedades sentado en un blando sillón en la más completa seguridad.

—Perfectamente: es muy cierto lo que dices: bebe un trago; no sea que el demasiado perorar te sofoque.

— ¡Contagi (1)! exclamaba otro alumno, y nosotros que por la empresa de Italia hemos arrojado nuestros lauros doctorales al pináculo de San Lorenzo, cambiándolos con el yelmo, ¿no nos hemos unido al ejército y combatido como valientes? Los jesuitas nos enseñaron á rezar el rosario, pero no por esto extinguieron de nuestros corazones el amor de la patria. Apenas vimos al Rey pasar el Tesino, sentimos palpar en nuestros pechos un corazón piemontes, y recordamos que la nobleza del Piemonte nació más bien para las armas que para la toga; las glorias de nuestros antepasados se ven representadas en nuestros viejos castillos: la casa de Saboya los ha visto siempre á su lado llevando la cruz blanca á donde les llamaba el campo del honor para pelear, vencer ó morir.

— ¡Cuánta retórica! he ahí un fragmento de Tito Livio; ¿y decían que fuiste reprobado en los exámenes de tercer año de jurisprudencia?

— Reprobado en leyes, pero laureado en el campo de batalla: este es el lauro del verdadero noble piemontes: Y tú no ignoras que yo me fui con otros muchos condiscípulos, todos como soldados rasos, cuando ahora llevamos charreteras de teniente ganadas en el paso del Mincio, y en las acciones de Goito, Villafranca, Sommacampaña, Sona y Pastrengo. ¡Viva el Rey!

---

(1) Contagi es una exclamación favorita de los piemonteses, y la usan lo mismo chanceándose que cuando se enfadan.

De esta suerte continuaron zahiriéndose, con réplicas y contra-réplicas, esgrimando con las manos, pateando el suelo y haciendo resonar las espuelas. En fin, amigos, os aseguro que nunca he disfrutado días más felices que los que pasé en el campo del Rey Carlos Alberto. Ojalá pudiera decir lo mismo de las legiones romanas, que á fe mía nunca he visto ni pienso ver jamás una aglomeración tan desordenada, y que me fastidia más de lo que puedo decir.

En seguida, levantándose de la mesa y estrechando la mano á los dos jóvenes de Verona, fué á dar una vuelta al café de la plaza, donde debían entablarse otros negocios concernientes á la guerra con los comandantes de las legiones.

Aser decía verdad cuando ponderaba el valor de los oficiales piemonteses; de modo que para los buenos italianos fué sumamente sensible verlos comprometidos en una guerra tan injusta. Si los que so color de gloria, de libertad y del renacimiento de Italia, arrojaron al Rey Carlos Alberto á esa desgraciada empresa, no hubiesen estado ciegos por causa del espíritu de partido, debieran haber visto que si era lícito á los lombardos llamar en auxilio de su rebelion al Piemonte, segun la misma ley debia ser lícito á los genoveses y saboyardos solicitar el auxilio de la Francia y de la Inglaterra para rechazar la dominacion piemontesa. Ahora, la antigua ley: no hagas á otro lo que no quisieras que él hiciese contigo, es una ley natural de que se hace muy poco caso.



**CAPITULO XXVII.**

**HABLADURÍAS Y MENTIRAS.**

Antes de ir más adelante en la relacion de nuestra historia, debemos detenernos á considerar qué sendas es necesario seguir para llegar á la mansion de la verdad: cosa más difícil de lo que pueden creer algunos; pues tiempo de guerra, tiempo de habladurías y de mentiras, segun cierto antiguo refran; como si la charia y la mentira no fuesen señoras del mundo en todos los tiempos y situaciones. Pero si tal dice ese refran, es porque nunca es más visible y general el prurito de charlar y mentir que en época de turbulencias y discordias: entónces cada cual dice la suya; y pinta los sucesos segun le dicta la pasión, sus esperanzas ó sus temores; aunque no pocas veces tambien sin esperar ni temer cosa alguna se echan á hablar por hablar, y estos son los que más bulla meten, pues repiten los dichos de todos los partidos y facciones.

Sin embargo de lo dicho, en la guerra de la independencia italiana las cosas iban de otra suerte, gracias á que el campo de las habladurías y de las mentiras lo recorrian particularmente, como en una cacería reservada, tan sólo los que deseaban muertos á los austriacos y la Italia renaciendo á una nueva vida de libertad. Pero á todos aquellos que no tomaban interes en esta resurreccion, ó porque nunca creyeron que la Italia estuviese muerta, ni que fuese esclava; ó porque no podian concebir la felicidad de las nuevas instituciones; ó porque con tanta luz se quedaban á oscuras; ó porque les aturdián los incesantes gritos y confusion de voces, de vivas y de mueras; ó porque se obstinaban en el antiguo credo, y no veían todavía bautizado al cristianismo civil, teniéndole en consecuencia por pagano, por turco, por hebreo; ó porque, en medio de tantas alabanzas á la religion, oían tales inculpaciones á sus ministros; ó porque no sabían conciliar los vivas á Pio IX con los mueras al Papa: ó porque veían en Roma y en las legaciones, que en lugar de Cardenales gobernaban ciertos buenos cristianos, que hasta entónces habian hablado mal de Jesucristo y le habian perseguido; ó porque en medio de tantos escantos de la felicidad pública, oían decir en voz baja que se hallaba exhausto el erario, aumentada la deuda del Estado, muerto el comercio, pobres, flacas, trémulas y despreciadas las artes; ó porque observaban que el oro y la plata habia desaparecido, y en su fuga habia salido del

seno de la libertad, tanta cantidad de papel-monedada, que con él podría cubrirse todo el Vaticano, así exterior como interiormente; ó porque veían algunos bolsillos poco ántes flacos, enjutos y arrugados, y ahora lisos, abultados y repletos; ó porque....

—¡Qué diablo! no se nos tenga en suspenso con tanto porque, pues nos cansa en verdad.

—¡Oh! *porques* los son todavía muchísimos, tantos, que con los que faltan formaríase una procesion desde aquí á Milan; pero si los dichos os bastan, me contentaré con decir que á todos los que no creían en la regeneracion de Italia, por cualquier causa que fuere de las dichas, ó de las que dejo en el tintero, le estaba prohibido hablar conforme á sus opiniones; sino que debian permanecer mudos y agobiados bajo aquel cúmulo de *porques* en la imaginacion, y así podian no desembuchándolos, hincharse ó reventar á su gusto, que era lo mismo.

Y si alguno, confiado en la libertad, se atrevia á despegar los labios, caiale encima un chubasco de injurias, ultrajes y amenazas, así en público como en particular; y á mayor abundamiento pegábase en las esquinas ciertos pasquines impresos ó manuscritos, en que se leia:—«Fulano es un negro.—Zutano un retrógrado.—Si Ticio no calla, en adelante se le pondrá un bavador.—Si Cayo sigue hablando, se le pondrá una mordaza.—Y si fulano de tal, que vive en tal calle, piso tercero, número 30, no pone un término á su charla, encontrará un estoque que se lo pondrá á su vida.

Los romanos leían estos papeles, y cada cual, ya se sabe, hacia del aturdido y decía á los que hacían grupo con él:—Así va bien, que mueran los negros; pero interiormente sentía ciertos trasudores, y decía para su sayo:—Ya entiendo, este aviso tan cortés va dirigido á mí, con que calla lengua, ó grita viva la libertad:—y pasaba adelante con aire determinado. De suerte que los liberales tenían de su parte á todo el pueblo; y si alguien lo duda, atienda á que querían que la palabra fuese libre como el pensamiento, y así el voto general era espontáneo; esto bien lo saben.

—Sí, pero, ¿y aquellos pedazos de papel de color de rosa, verdes ó amarillos pegados á los esquinas, con los nombres arriba dichos y con los cumplimientos mencionados?...

—Eran cosa de chanza, puestos allí por pasatiempo ó por gana de bromear.

—¿Y aquel desdichado, á quien se encontró muerto la otra noche en la plaza de España?...

—Cayó borracho, y se abrió los sesos.

—¿Y aquel otro allá abajo en Banqui?

—Resbaló, y cayó de pecho en el corte de un guarda-canton.

—Sin embargo, á aquel se le encontró con la cabeza íntegra y el costado abierto de un bayonetazo; y el segundo tenía cortado el gáznate; pero el uno había dicho mal de la guerra y de Cicertuacchio en la fonda de la Escalinata de la Trinidad de los montes, y el otro en la taberna de Monserrate.



Fueron dos tontos: en las tabernas se requiere prudencia; puede decirse cuanto mal se quiera de los Sacerdotes, de los Cardenales, del Papa, de Jesucristo; pero de la guerra, de Ciceruacchio ó de Sterbini, de ninguna manera.—¿Y si fuera un pobre padre de familia que se lamentase de que le habian arrebatado su hijo único para enviarlo á la guerra? —Repite que fuera un majadero, un bestia. La guerra es sagrada; Ciceruacchio es el tribuno de la plebe; Sterbini el padre de la patria: desgraciado del que hable mal de estos objetos: ¡mueran los negros!

Pero los que tenian Real privilegio para charlar y mentir á su sabor en pró de la guerra de Italia eran los periódicos. En efecto, los diarios tenian carta blanca, pasaporte para todos los puntos, billetes para toda mercadería, cédula para toda aduana, y salvo-conducto para toda contumacia; nadie les pedia sus gabelas, ni las multas por contrabando; nadie les exigia el peaje; al contrario, pasaban seguros y libres de todo impuesto, contribucion ó multa; y cuanto más monstruosas, colosales y tremendas eran las mentiras, tanto más debia dárseles un certificado de fidedignas, el visto bueno de exactas, el diploma de sinceras y la bula de oro de veraces.

Todo el mundo dice á una voz que tales nuevas echadas á volar por cien periódicos, y caidas de las nubes como un chubasco encima de todas las ciudades de Italia, son sueños, delirios y fanfarronadas. Pero nada importa esto; y todos se lo tragan como

una quinta esencia capaz de animar á los cerebros mas frios, y de infundirles la ciencia.

Esas mentiras conducen á la Italia hácia la felicidad, por la que suspira hace tantos años, le comunican la robustez y la decision para combatir á los austriacos hasta exterminarlos. ¡Ya podeis figuraros! á cada cañonazo de *la Pallas*, á cada bomba de *D. Pirlone* (1), las falanges austriacas se disminuyen de millares de hombres; el mariscal Radetzki cae muerto y es arrastrado á la cola de un caballo por todas las ciudades lombardas, ó ahorcado, ó descuartizado, y colocados sus miembros en las puertas de Milan, Lodi, Bérgamo y Brescia, de la misma manera que se clavaban en las puertas de los antiguos castillos las lechuzas, los gavilanes ó los buhos.

Digase luego que los periodistas tienen las piernas cortas, los brazos manceos y el cuerpo inerte, cuando más de cuatro veces condujeron á Cárlos Alberto triunfante á Verona.—Hicieron rebelar contra el Emperador de Austria al Tirol, y sublevarse los valles de Judicaria, Ledro, Nona, Fiema y la Folguería.—Cortaron la retirada á Radetzki.—Mataron al general Aspre.—Derribaron los muros del fuerte de Legnago.—Hicieron temblar y henderse de miedo los baluartes de Mántua.—Tomaron diez veces á Viena, y otras diez Udina fué recobrada por los ita-

---

(1) Periódicos que se publicaban entonces en Roma.

lijanos de Zambeccari.—Ciento veinte toscanos hicieron emprender la fuga á mil húsares; inutilizaron con su artillería ocho cañones, y cogieron un parque entero, que se hallaba tomando el fresco en las esplanadas exteriores de Mántua. ¡Dígase luego que las mentiras no son guerreras y que no arrojan balas de á sesenta!

Finalmente, en ménos de un mes, entre batallas campales, acciones nocturnas, escaramuzas improvisadas, refriegas al hacer aguada ó recoger forraje, y emboscadas preparadas junto á los vados de los torrentes, perdieron los austriacos tantos millones de hombres, que su número superaba de diez veces á los más grandes ejércitos de que habla la historia.

¿Pero en dónde estaba la fragua de que salían tan prontas y estupendas mentiras? ¿y cómo lo hacían para difundirse con tal rapidez, para hablar tan claro, gritar con tal osadía é imponer fe en el inmenso número de los tontos? Véase cómo esto se explica: Cierta tarde solicitó audiencia de un célebre Prelado un jóven vestido de terciopelo negro á la moda italiana.

Fué admitido é introducido, y despues de haber hecho un respetuoso saludo, dijo:—Vengo á pedir un socorro, en primer lugar á Dios, y luego á vos; puesto que estoy arruinado y me muero de hambre si no me alargais algo la mano. Soy periodista, ó escribia en un periódico, con que me iba perfectamente y nadaba en la abundancia; pero como aun

no vendí enteramente mi alma al diablo, me separé de la redaccion, pues me parecia ir en derechura al infierno.

El Prelado, hombre muy sutil y perspicaz así de vista como de entendimiento, le dijo:—Amigo, los periódicos son como los conductos de las fuentes, que llevan el agua tal como la reciben del manantial; si el agua es pura, límpida, cristalina, fresca y dulce, la llevan y derraman en la pila con las buenas cualidades que tenia al recibirla los conductos; y tambien si el manantial es impuro, si el agua es cenagosa, corrompida y amarga, la llevan del mismo modo á la fuente, y las gentes que van á buscarla, deterioran con ella los manjares y se envenenan la sangre. A esto vienen á parar los periódicos: son como las fuentes públicas, que riegan y dan de beber á las ciudades: pero vuestras fuentes no llevan otra agua que la que corre por los conductos: si las doctrinas son sanas, y las máximas son puras, el que las bebe refresca el entendimiento y el corazon; de lo contrario bebe un tósigo y con él su perdicion y su muerte.

—Señor, las aguas que corren por nuestros conductos son cenagosas, pútridas, sosas; y no puede dejar de ser así, en atencion á los perversos manantiales de que brotan para daño de la Italia. El manantial nace del centro del infierno, que tal pueden considerarse las sociedades secretas, de las que fluye por las hendiduras y rendijas de sus cuevas un agua ponzoñosa, la cual llega al público por con-

ducto de los periódicos y contagia á todo el mundo.

Sabed que su principal centro está en Roma. Cada noche los directores y compiladores de nuestras efemérides se reúnen y leen las órdenes de Mazzini, las que luego se transmiten á los demás comités centrales de Nápoles, Florencia y Bolonia.

En lo respectivo al Piamonte y á la Lombardia, la jóven Italia obra desde la Helvecia directamente. En seguida dichos directores hablan de lo que conviene hacer: en estos comicios cada cual dice la suya, propone, alega y ventila los partidos que deben tomarse; y segun lo que resulta de la discusion y de la aprobacion de la mayoría, se señalan las materias para los periódicos. *El Contemporáneo* se complace en tratar las altas razones de Estado; *La Balanza*, *La Época* y *La Esperanza* abren sus polémicas: uno dice sí, otro contesta no; y mientras tanto, al propio tiempo que disputan y aparentan dirigirse á la tetilla izquierda, todos van á un mismo fin, que es traer engañado al público; y si por la mañana se enfierecen por medio de la imprenta, por la tarde les encontrareis en la fonda comiendo juntos en buena compañía y brindando á la salud de los tontos que les creen.

—Tú dirás que lo queremos república.—Tú, sin impugnar la tésis, irás rodeando y dando un golpe en el clavo y otro en la herradura.—Tú clamarás contra Mazzini, diciendo que Italia no quiere tutores; que cuando Italia era jóven, la pobre no podia conducirse sino bajo la tutela de Mazzini; pero

que ahora ha crecido y ha llegado á su mayor edad, siendo un verdadero diablo, alto, valiente y decidido, que puede hacer por sí sus negocios sin ayuda de curadores ni de consejeros (1).—Tú ensalza hasta las nubes la Constitución.—Tú, en fin, di que Mazzini ama á la Italia más que á su alma, y que Guerrazzi daría hasta su última gota de sangre por la libertad de la patria.

De esta suerte hacemos lo mismo que los fulleros, que aunque de día riñen, luego por la noche se juntan y reparten el botín. De esta suerte se van preparando los caminos para la república sin que los necios lo adviertan, los cuales, impelidos por nuestros discursos, andan, andan, andan, y luego caen de cabeza en la red.—Tú, *Pallas*, chancéate, recreáte con jocosidades; da caza á los retrógados, inventa conspiraciones, sediciones y motines de negros y de jesuitas.

—Tú, *Epoca*, y tú, *Esperanza*, no caseis de gritar alto á la Italia que vuelva la vista á Roma; que en ella se cifran todas sus esperanzas, que en ella está la salvacion; proclama que Carlos Alberto es la primera espada de Italia; y especialmente procura que las frases sean elevadas, los conceptos nobles, la dición elegante y los períodos enérgicos y retumbantes.

Luego de haber dado estas recomendaciones, ¿lo

---

(1) Palabras de la *Pallas*, periódico muy hábil en esta clase de enredos para engañar al público.

creeréis, señor? entónces vienen las burlas, los sarcasmos, las gesticulaciones y el decir sin cumplimientos y con la mayor llaneza:—A nosotros toca engañar á todo el mundo.—¡Aguardad un poco y vereis que reemplazará á la tiara el gorro colorado con otras baladronadas de esta misma especie: ¡y luego van erguidos por calles y plazas haciendo gritar á la gente: Viva Pio IX!

Vivia yo entre ellos para medrar y sacar buenos escudos de cada artículo que escribia, y cuanto más colosales eran los embustes, tanto mejor me iba con ellos.

Fingia noticias procedentes de Viena, de Berlin, de Milan ó de Venecia: hacia morir Emperadores, Reyes, Príncipes y generales, aunque dentro de algunos dias debiese decir lo contrario; hacia pronósticos, inventaba sucesos favorables á la causa italiana, y siempre tenia en la manga algun caso atroz para achacarlo á la crueldad de los austriacos: los asesinatos cometidos en diferentes ciudades de la Romania, de la Umbría y de la Marca, atribuía los á los negros, y principalmente á los jesuitas, los cuales se vengaban de aquellos generosos italianos que los habian echado de sus cuevas; soñaba millones escondidos por los mismos reverendos, ó derramados á manos llenas en las poblaciones de Italia para conmoverlas y amotinarlas en favor de los croatas. Despues que los mismos fueron echados de Roma, unas veces hacia viajar su general al campo de Radetzki con los tesoros robados á esta ciudad; otras

al campo piemontes á corromper á los jefes; otras veces á la córte imperial á maquinare en daño de Italia; así lo trasladé en peso hasta San Petersburgo y dentro del palacio del Emperador Nicolás, para tratar de que hiciese venir los cosacos á ensartar con sus lanzas todas las constituciones como pollo, en el asador.

¡Ya veis qué locuras! No obstante, no faltaban mil políticos que enarcaban las cejas, las referian y comentaban con una profundidad de investigación y una sutileza de silogismos cual jamas se vieron iguales. Los demas periódicos de Italia las recopilaban, y las hacian resonar y formar eco en todos los rincones de esta nacion crédula é ignorante.

Hasta aquí, señor, confieso que todas estas bromas de charlatan en mi concepto eran simples jocosidades; pero no paró aquí el asunto; sino que teniendo yo un estilo enérgico, acre y satírico, quisieron que me desenfrenase contra Dios y su Iglesia; que predicase desembozadamente el protestantismo, el panteísmo y el socialismo. Consentir era difícil: negarme á ello peligroso; por lo que me fingí enfermo, esparcí la voz de que adolecia de irritaciones de nervios, que no me dejaban escribir ni siquiera pensar. Entónces todos me volvieron la espalda, y si ántes me halagaban, ahora no hay un perro que me dé un escudo, ó que me convide á comer.

Señor, si pudieseis proporcionarme colocacion, en cualquier parte que fuere, procuraré servirlos con



fe. Pero en cuanto á escribir es diferente, puesto que la cosa se ha vuelto imposible: la buena causa no puede en adelante imprimir una sola línea en defensa de la verdad y de la justicia. Los facciosos han cerrado el campo del error y de la mentira por todas partes, y le han fortificado con barrera, contra-barrera y antemural, de tal suerte que están libres de cualquier asalto. Han corrompido á todos los impresores de Italia y se han unido á la falange de la impiedad. A los pocos buenos ó neutrales se les intimó bajo grandes penas que ninguno osase imprimir una sílaba sin la vénia de su maestro del sacro palacio, como llaman por imitacion á los revisores de la secta.

Estos exclaman sin cesar contra el tribunal de la Inquisicion; pero la suya deja muy en zaga á la misma de España ó de Portugal. Tendreis presente, señor, que no hace mucho tiempo salió á luz en Roma no sé qué hoja volante en defensa de algunas personas que habian sido calumniadas. De repente se reunió la junta secreta, y hubo en ella tales imprecaçiones, gritos, ahullidos y blasfemias, que no parecia sino que el mundo se venia abajo.—Que se amenace de muerte al impresor, decian unos.—Otros respondian:—No señor; que muera.—Que no viva un sólo dia más.—Esta noche, en casa.—No, en la calle, para terror y escarmiento.—Pero miétras tanto el folleto se vende por el Corso: córrase allá y arránquese de las manos de los vendedores; que se les coja y apalee hasta que digan de dónde lo han sacado.

Dicho y hecho: echáronse como perros rabiosos encima de aquellos muchachos, y gritando y amenazando se hicieron llevar á casa del impresor. En seguida confiscaron todos los ejemplares; habiéndolos reunido, los echaron al fuego, al mismo echaron las cajas de los caracteres, los bancos, las prensas, y en el mismo querían abrasar vivos al dueño de la imprenta, al regente y á los cajistas y prensistas.

— ¡Ved, pues, señor, si es posible imprimir nada de provecho en Italia! La gente clama diciendo:— Pero las autoridades debieran hacer ó decir esto y aquello.— Y no ven que no hay en el mundo fuerza alguna que pueda oponer un dique á semejante marea. Esto se reserva para el brazo divino, el cual cuando se mueva é misericordia en favor de su Iglesia, quebrantará á los impíos como vasijas de barro, y aventará el polvo maldito por los cuatro vientos.— Esto dijo el periodista.

Pero acaso diga alguno: ¿De qué sirve toda esa dolorosa historia concerniente á las picardías de los periodistas del año 1848? ¿No veis qué expresiones tan duras, dichas con aire de tanta gravedad y publicadas en tono tan plañidero contra un arte tan noble y saludable? En este año de 1850 se obra de otro modo.

¿Cierto? Nos alegramos, y damos la enhorabuena á este año de 1850; pero en el de 1848 las cosas sucedían como aquel buen hijo las refirió al Prelado; y nosotros lo repetimos porque son muy preciosas

para aplicarlas á ciertas noticias que á la sazón se juraban por tan ciertas, notorias y averiguadas, que sólo dudar de ellas parecia un crimen.

Con frecuencia se oia en Roma: ¿Qué parecer ha manifestado el Papa?

—¡Cómo el Papal Habiéndolo dicho y publicado *El Contemporáneo*, ya nada hay que decir; es como la luz del sol.

—No obstante, me permitireis.....

—*El Contemporáneo*, lo repito; y extraño que vos.... Un periódico de tanta autoridad sabe muy bien lo que dice.

—Pero el Papa jamás dijo ni siquiera pensó en tal cosa; piensa todo lo contrario.

—Sois un imbécil: *El Contemporáneo* no se engaña ni puede engañarse, es como la bu'a.

O como una bola de jabon: adios.

para aplicarlas a ciertas noticias que se le sacaron de  
fuerza por las ciertas noticias y averiguadas,  
que esto hizo de ellas parece un crimen.  
— Con el consentimiento de un hombre que se le  
manifiesta el T. 2.º  
— ¿Como el T. 2.º? Hechados de un y publico  
Al Compañero, ya cada uno de los  
la lista de los  
— No obstante, me permitireis.....  
— El Compañero, lo que yo y el otro que  
vos... un principio de hacer justicia, cada uno  
plano y no dice.  
— Pero el T. 2.º que dice en algunos casos en  
las cosas de los T. 2.º  
— No es un malicia? Al Compañero, no es en  
que se le da un malicia, como se le da  
O como una de las cosas de los T. 2.º

CAPITULO XXVIII.

LA CROATA.

En la parte más angosta del corazon de la Croacia, y al pié del ramal occidental de los altos montes de Bellovar, se ve la pequeña ciudad de Ivanich, en una situacion sumamente amena en la confluencia de los plateados riachuelos de Chasina y de Illova. Las lomas de aquellos montes, que se elevan con suavísima pendiente hasta las sonoras selvas de hayas, alerces y abetos, son en extremo alegres, amenas y abundantes en pastos, los cuales son famosos por todas las vecinas comarcas á causa de la infinita muchedumbre de yerbas olorosas y aromáticas de que están llenos. Allí se apacientan los numerosos rebaños de ovejas, tan buscadas y apreciadas en Hungría, en Banato y en Italia, á causa de lo suave y largo del vellon que las cubre y por ser en extremo fecundas y abundantes en leche. La dilatada extension de los valles que por el lado del mediodía descienden hácia la Esclavonia, la Dalma-

cia y la Erzegovina turca, son sumamente fértiles en grandes pastos, con que se crían los potros ligeros y enjutos de carnes que luego corren con tal rapidez en las batallas, soportan grandes fatigas en los viajes, y se apoyan con gran seguridad y firmeza en las peñas y pendientes de los montes, y en los escarpados ribazos.

En la parte superior de dichos montes y en los valles del territorio de Ivanich se ven dispersas un sin número de cabañas, que tienen sus cimientos y las primeras piedras que forman su base con ángulos y resaltes interpuestos los unos dentro de los otros con sumo arte y simetría, lo que aumenta su solidez. Encima de las paredes del recinto, las que sólo tienen algunos palmos de altura, se fijan por medio de travesaños afianzados en las piedras unas tablas de madera anchas y macizas que forman la altura de la pared externa de la habitación. El envigado del techo está cubierto de paja, de helecho y de estopa tan bien arreglado que ni la lluvia filtra, ni la nieve al liquidarse por la primavera.

En medio de la primera pieza hay el hogar, cuyo humo, no teniendo otro respiradero que una abertura en el techo, antes de salir se esparce por la estancia y ahuma el entarimado del desván. Dicho hogar se halla en el mismo suelo y está rodeado de grandes piedras, en medio de las cuales se colocan los trébedes para sostener la marmita, y también se ponen las brasas para asar la carne, que los croatos comen siempre asada. Después, por la noche, los

mozos se tienden á un lado del hogar encima de esteras con las plantas de los piés vueltas hácia el fuego.

Esos pueblos pasan una vida patriarcal, habiendo muchos bastante acomodados y poseedores de grandes rebaños de carneros y de caballos; pero que sin embargo, nunca se separan de su nativa sencillez: son parcos, sóbrios, francos é ingeniosos: la feliz ignorancia en que viven no aumenta su ambicion, sino que viven contentos con sus montes y con sus valles, en donde trascurren pacíficos sus dias con sus deseos muy limitados. Temen á Dios, respetan al corto número de sus ministros, obsequian de buena voluntad al Emperador; profesan gran veneracion á sus mayores, obedecen á sus padres y se someten gustosos al que es cabeza de la familia, quien es un rey soberano entre los suyos, y mútuamente se tratan con amor: las mujeres son caseras y hacendosas, las muchachas apacientan los rebaños, y los mancebos atienden á los caballos, á la caza y al ejercicio de las armas.

Cada lugarejo, aldea ó alquería de las que están esparcidas por ese extenso país tiene gente de guardia contra los montenegrinos, que son los ladrones de la comarca; contra los gitanos vagabundos y malignos y contra algunas tribus de la Bosnia y de la Sérvia, gente selvática y áspera que vive de sangre y de rapiña, y huyendo luego con el botin se esconde en el centro de sus negros y espesos bosques.

Los croatas descienden de los Pelasgos liburnios y

casi nunca se han mezclado con otras razas: son de bella presencia, altos, robustos y de una musculatura fuerte y bien contorneada; tienen la piel morena, los ojos morenos y penetrantes y los cabellos también negros, los cuales en largos mechones les caen sobre los hombros. Llevan unos anchos calzones, recogidos y atados en los tobillos; un chaleco con dos hileras de botones redondeados, y una especie de chaqueta con medias mangas anchas y forradas de seda ó de algodón de color azul; y tanto el chaleco como la chaqueta están guarnecidos de hermosísimos dibujos y lazos formados con trencilla y cordón de oro, que hace muy buen efecto encima del color encarnado oscuro ó de amaranto de dichas prendas. Llevan ceñida una larga faja de varios colores, la que da algunas vueltas en la cintura. Dentro de esta faja llevan un cuchillo corto, y en tiempo de guerra un par de pistolas. Aléitanse la barba, pero llevan grandes, negros y espesos bigotes con las puntas dirigidas hácia abajo. Cúbrense la cabeza con un gorro colorado y ancho, y en él una gran borla violada que cuelga por detrás.

Las mujeres llevan el vestido muy ajustado al cuerpo, y cerrado en el cuello con dos hileras de botoncitos dorados, y unas soguillas que, sujetas en la cintura, diríjense hácia arriba por el pecho hasta los hombros. Llevan además un cinturón que sujeta las sayas oscuras, holgadas y cortas hasta media pierna. Cuando montan á caballo, en cuyo ejercicio son muy diestras, llevan debajo de las sayas unos



pantalones de lienzo fino y sumamente blanco , con pliegues muy delgados ajustados á la garganta del pié. Sus cabellos, negros como el azabache, espesos y largos, los llevan repartidos en dos trenzas, atadas con una cinta negra ó de color, y sus extremos, cuando están sueltas , les llegan hasta la falda del vestido, y cuando las llevan recogidas les dan vueltas alrededor de la cabeza hasta la frente formando como una hermosa diadema natural; de suerte que jamas se ha visto un peinado más gracioso (1).

La jóven Olga Ukassowich hasta la edad de quince años habia apacentado los rebaños de su padre junto con sus hermanas y primas en los montes inmediatos á su cabaña. Nicolás , el abuelo , que gobernaba la familia, tenia seis hijos , todos casados y con hermosos y numerosos hijos que rodeaban al venerable anciano de cerca de noventa años. Aquella casa , muy rica en ganado , lo era aun más en virtud y en tranquilidad. Gobernaba Nicolás como

---

(1) Hemos recibido cartas muy corteses de Palermo, en las que el Príncipe de Cacamo nos dice, que él vivió cinco años en estas partes de la Croacia, y ha encontrado que nuestra descripción y pintura de sus costumbres es tan puntual y exacta , que al leer estas páginas le parecia haberse trasladado de un salto y como por encantamiento á aquellas comarcas. Damos, pues , las gracias al señor Príncipe por su atenta manifestacion , y confiamos que todas nuestras descripciones parecerán tan exactas y precisas á cuantas personas se hayan hallado en los lugares de que tratan.

señor temido, amado y respetado de los hijos y sobrinos, que entre todos ascendían al número de cuarenta y cinco: todos se sentaban á la gran mesa, y por la noche se reunían para rezar sus oraciones, en invierno alrededor del hogar, y en verano debajo de un olmo colosal que sombreaba la era de la cabaña.

Jorge, el cuarto hijo de Nicolás, no tenía más que un hijo varón, y los demás, en número de cinco, eran hembras, siendo Olga la mayor. Lo mismo que los hombres, aprendían los ejercicios militares (según dejamos dicho) para defensa del pátrio suelo y de los ganados y haciendas, como también para entrar en los regimientos que la Croacia debía suministrar al ejército del Emperador. Sucedió que Lao, que era el hijo único de Jorge, se hallaba de guardia mucho más á menudo que los demás sus primos, quienes se repartían este trabajo alternativamente con sus respectivos hermanos.

En vista de ello, cuando Olga llegó á sus diez y seis años, por amor á su hermano, y también, según costumbre del país, se adiestró en el manejo de las armas y de los caballos con tal intrepidez, que en las rondas, expediciones y en las patrullas nocturnas, igualaba á los más robustos mocetones; y no pocas veces, al frente de sus primos y otros muchachos, dió irresistible carga á los baldidos Bessios, Sérvios y hasta Albanios, que iban robando en las aldeas del contorno.

Esta valiente doncella reunía á su particular ga-

llardía un extraordinario talento y penetración; de manera que tanto si ejercitaba las armas como si apacentaba los rebaños de su padre, no podía dejar de leer así en lengua eslava como en la alemana (que había aprendido perfectamente en las escuelas del comun) la historia de su pátria y las de las naciones antiguas y modernas del Asia y de Europa. A más de esto, manifestaba la mayor curiosidad por oír del abuelo y de los demas ancianos del país las tradiciones de la comarca donde había nacido, y de los pueblos circunvecinos; y por otra parte, ella las referia á sus primas y demas amigas de los valles.

Sucedió en esto que la mujer de Jorge tuvo un hijo varon, á quien ellos, como esclavo, dieron el nombre de *Ostutni* ó el *Tardto*; y habiendo ya caido desde el año 1846 el turno de reforzar las tropas imperiales, tocaron tres nuevos soldados á la casa de Nicolás. Reunióse la familia, y pusieron en una bolsa los nombres de los jóvenes de la casa Ukassowich desde veinte á veinticuatro años; sacaron por suerte los de Bernabé, de Estéban, Juan, Atanasio, Lao ó Ladislao y Jorge. Entónces Olga se adelantó denodada y dijo:—No sucederá jamas que Lao vaya á la guerra, dejando sin hijo varon á mis pobres padres, puesto que no hay que contar con Ostutni, que sólo cuenta algunos meses.

Al oír esto el viejo Nicolás, puso la mano en la cabeza de Olga, y exclamó:—¡Muy bien! ¡la sangre de los Ukassowich siempre ha sido generosa! Acuér-

date, hija mia, de que mi hermana Irene quiso tambien reemplazarme en la campaña de Silesia, bajo el reinado de la Emperatriz Maria Teresa, y se portó con tal valor, que en el mismo campo del honor le fué concedido el grado de coronel del regimiento de Gradisca. Acuérdate de que en los fastos domésticos tenemos una Zoe, que fué la admiracion del mundo en la guerra de sucesion de España; y una Eufemia, que perdió la vida en el asalto de Belgrado, en el acto de ir á plantar en el primer rebelin la bandera imperial. Tú, Olga, sé buena, piadosa y valiente.—Dicho esto, el venerable anciano hizo poner de rodillas á los tres sobrinos y los bendijo.

En el año de 1848, Olga habia formado parte de las guarniciones de Capo de Istra, de Verona y de Pádua, ansiosa siempre de leer y de instruirse, y últimamente hallábase en Mestre, cuando el mariscal Zichy cedió nuevamente Venecia á los rebeldes; por lo que se retiró tambien Olga con la columna austriaca hácia Klagenfurt, desde cuyo punto despues bajó con el general Nugent para recobrar á Italia.

Eran ya las tres de la tarde, y todavía no habia parecido Bernabé Stefanowich en los alojamientos, despues de la sangrienta jornada de Carbonera, en que combatió tan recientemente un escogido escuadron de la legion romana, y el destacamento de la legion de los Desterrados italianos, al mando de valientes y decididos capitanes. Los austriacos iban

muy cerrados por el camino de Fontana, cubriendo una banda de cazadores que seguían detrás dos gruesas piezas de artillería y apoyando á un numeroso escuadrón de caballería, oculto detrás de un caserío. En el primer ardor de la pelea, abrieron sus filas los cazadores, y empezó á jugar el fuego de artillería y las cargas de caballería; de modo que los italianos no pudieron resistir la acometida, y se refugiaron en Treviso, teniendo siempre en sus talones á los alemanes. Murió el general Guidotti, y con él cayeron muertos ó heridos otros muchos jóvenes de Roma y de otras provincias de Italia.

Después de esta sangrienta acción, Olga se retiró con su caballería á los alojamientos de Fontana: vió á su primo Juan, que había recibido una leve herida de una bala que le rozó en el brazo hacia el hombro izquierdo; le quitó el vestido, le arrolló la manga de la camisa hasta el sobaco, y vió que la bala había desgarrado un poco la piel; así le puso hilas y una venda, y luego se dispuso á gobernar su caballo y el de Juan.

Olga estuvo aguardando á su primo Bruabé por espacio de más de una hora; pero como no le vió llegar, preguntó si acaso estaba patrullando; pero unos rastrillaban su caballo, otros limpiaban sus arreos, quién quitaba el polvo de la manta, quién limpiaba las almohadillas de la silla, y nadie respondió á la pregunta de la joven guerrera. Esperó todavía cosa de un cuarto de hora, que le pareció larguísimo; pero luego, agitada por mil pensamientos,

ensilló el Emir, que así llamaba á su caballo, y marchó en busca de su primo. Preguntó por él en la Virgen de Rovere, en Fiera, en Visnadello, en las Castretas y en Ponzano; pero nadie supo darle noticia ni el menor indicio que pudiera satisfacerla, por lo que la jóven se halló en la menor ansiedad.

Al fin se dirigió en medio de su afán al lugar de la batalla entre la Carbonera y Treviso, para ver si por acaso le hallaba entre los muertos ó heridos. Subió á una pequeña altura, y miró en derredor de sí, dirigiendo la vista hasta los límites del campo, y luego, descendiendo poco á poco, miraba y examinaba cuanto se le presentaba delante.

El que nunca ha visto un campo de batalla, no puede ciertamente formarse una idea de todo su desórden, estragos y horrores. En un vasto circuito de llanos y de collados, nada más se ve que el negro y multiforme aspecto del dolor, de la confusion, de la desesperacion y de la muerte. En todas partes se ven esparcidas por el ensangrentado suelo armas y bagajes, fusiles y cajas, arrojadas por los fugitivos para correr con más desembarazo, habiéndolo inutilizado para que los enemigos no lo empleen contra ellos; sables, espadas, bayonetas, sembradas en el campo, unos con vaina, otros desenvainados, mochilas y cartucheras, yelmos, morriones, botellas, platos, morrales con los correajes, y á veces estos rotos para no perder tiempo en desatar las hebillas: aquí fajas, allá corbatines arrancados del cuello y arrojados á fin de correr más libremente, prendas

de uniforme y muchas de ellas rasgadas, y girones que se engancharon en los sarmientos al tiempo de saltar por encima de las cepas, con mil objetos.

Aquí hay un caballo herido que está dando las últimas boqueadas, allá una cureña rota y derribada, con un caballo al que no se cortaron á tiempo los tirantes y que relincha y da saltos, y cuanto más se debate más se enreda, y saca espumarajos.

El suelo revuelto, hediondo, con charcos de sangre, con árboles hendidos, truncados y destruidos por las balas de cañon; deshojadas y cortadas las ramas por los sables de la caballería, taladrados, y acribillados por los tiros de fusilería, y yerbas ensangrentadas, magulladas y destruidas por los piés de los combatientes.

En medio se sienta la muerte con aspecto terrible: aquí se ve un monton de soldados que derribó la metralla y cuyo menor mal es haber muerto; entre ellos se ven algunos con el pecho abierto, con los rostros cárdenos, otros con los brazos rotos y mancos, ó las piernas fracturadas, ó los muslos magullados, ó los ojos arrancados de sus cuencas y colgantes por encima de la cara, ó la boca rasgada, ó desquijarrados, ó con las orejas cortadas y pendientes, ó con el cráneo abierto, los sesos derramados y los cabellos empapados en sangre: allí hay vientres abiertos, entrañas palpitantes, intestinos rozando por el suelo y el polvo, en fin, sangre, carnicería, podredumbre y hediondez.

Allí donde ha operado con sus sables la caballe-

ría, la muerte se reviste de nuevos horrores, desfigurando los rostros con anchas heridas, hendiendo las frentes, derribando mejillas que quedan colgantes, y dejan al descubierto las muelas; cabezas medio desmenuadas, manos cortadas, brazos mutilados y colgantes que sólo se sostienen por los tendones: luego las varias cuanto horrorosas posiciones de los cadáveres, unos boca arriba, otros supinos, otros ladeados, otros en las postreras convulsiones de la agonía: todos encogidos y con los miembros doblados, con el cuerpo encorvado, las rodillas arrimadas al pecho y los puños cerrados y llenos de tierra, de sangre y de fango, por haberse querido agarrar del terreno, durante sus últimas convulsiones. Los que cayeron en las zanjas, los que rodaron á los fosos y los que cuelgan de los arbustos y de las puntas de las peñas; los que quedaron magullados ó aplastados bajo de las ruedas de los trenes de artillería al atravesar el campo para ganar alguna altura ó para plantar una batería, ó bien para ponerse en salvo: los que fueron pateados y hollados por los piés de los caballos que corrian formados en cerrados escuadrones en daño de los soldados de infantería.

De los heridos no hay para qué hablar: pues rotos los miembros, llenos de heridas cortantes, punzantes y contundentes y nadando todos en su propia sangre, aumentan el horrible cuadro que ofrecen á la vista y la lástima de verlos vivos, presa de los más atroces tormentos, entre la sangre cuajada sobre sus cuerpos, el sudor de la angustia, la recru-



descencia de las heridas, lo molesto de las posiciones, los ardores de la sed, los desmayos, los delirios, los estremecimientos, las convulsiones, los ayes y gemidos que llenan el campo de desolacion (1).

Habiendo llegado Olga (2) á los primeros puestos del ataque, se apeó, ató su caballo por las riendas al tronco de un árbol, y se puso á buscar á su primo, examinando sólo aquellos soldados que llevaban el uniforme austriaco (que no eran muchos), y aun entre éstos sólo llamaban su atencion los de caballería ligera, á cuyo cuerpo pertenecia Bernabé; pero de dos ó tres que habia, vió con satisfaccion que ninguno era su primo. Traspasaba el compasivo corazón de la sensible jóven la vista de aquella hermosa y florida juventud italiana tendida miserablemente por aquel campo y por aquellos collados, y reflexionaba en las lágrimas y lamentos de las madres y hermanas, de las novias ó de las esposas de tantos infortunados á quienes esperarían en vano. Maldecía á los demagogos de Italia, que so preteste de libertad aspiraban al mando, y por su medio á la tiranía, al latrocinio y á la destruccion de tantos adolescentes como pérfidamente habian seducido y que murieron en la guerra, miéntras que ellos se gozaban seguros en sus casas.

---

(1) El autor sólo describe lo que él mismo presencié despues de algunas batallas de Napoleon.

(2) Debemos advertir, que Olga llevaba bigote postizo á fin de ocultar el sexo y evitar el peligro que corria entre la soldadesca.

Vió que de las casas vecinas venian ya los enteradores, y en pos de ellos los carros para trasladar los heridos; al mismo tiempo indignóse viendo como quitaban de los cadáveres el dinero que llevaban en las filtriqueras, los relojes y las cadenas de oro, arrancándoles de los dedos las sortijas, y hasta robándoles los vestidos; y luego ponerlos desnudos en las angarillas para llevarlos á enterrar en las profundas huesas que habian escavado en los alrededores mezclados con la mayor confusion. Acá y acullá, á gunis vivanderas, atraidas por la codicia y el ansia del despojo, palpaban sin piedad á los muertos, sacándoles monedas mezcladas con cuajos de sangre, los perros de los labradores, atraidos por el olor, se revolvián entre los cadáveres lamiendo la sangre, y los cuervos y cornejas revoloteaban para arrojarse á los cadáveres.

Adelantóse Olga por en medio de tantos horrores, y llegó á la vista de Previso, pues hasta allí habian los austriacos perseguido á las fugitivas legiones; y dando gracias á Dios por no haber encontrado muerto ni herido á su primo, se imaginó que habia ido á escoltar los forrajes, y ya iba á montar de nuevo á caballo, cuando habiendo llegado á una encurecijada, en medio de la cual habia un pilar con una capillita de San Antonio, oyó al pié del ángulo opuesto un gemido ronco y doliente: dió vuelta al pilar y vió tendido en el suelo un hermoso jóven italiano que estaba herido.

Era este el mismo Lando, primo de Elisa, que ha-

bia combatido con valor en aquella accion ; pero habiéndole herido una bala de fusil medio palmo más arriba de la rodilla , miéntras el golpe era aún fresco pudo salvarse huyendo del combate , hasta que el dolor y la falta de fuerzas le hicieron caer en aquel sitio. Olga , estando de guarnicion en Venecia , había aprendido perfectamente la lengua italiana ; y así mirando con profunda lástima al herido , le dijo :—No temais , valeroso jóven , que si en el campo de batalla somos enemigos , fuera de él somos hermanos. ¿ En dónde teneis la herida ? Encima de la rodilla , respondió Lando , tranquilizado por las corteses palabras de Olga.

Esta le abrió los pantalones con un pequeño cuchillo , y se los levantó hasta la mitad del muslo , luego sacando una calabacita que llevaba pendiente al cuello , se echó vino en el hueco de la mano y le lavó la herida. No es mortal , dijo la jóven , y espero que con algun cuidado pronto se curará. Quitóse del cuello un corbatin de seda negra , y con él vendó la herida con grande esmero.

Olga era de alta estatura , robusta , de mucha fuerza , y así , habiendo levantado á Lando del suelo , cargó con él acuestas y se dirigió á donde estaba el caballo. Sentóle en el arzon , y despues púsose ella de un brinco en la silla ; en seguida lo colocó sobre sus muslos , le hizo pasar el brazo alrededor de su cuerpo , y siguió su camino con paso suave á fin de no irritar la herida.

Lando sentíase reanimado despues que le venda-

ron la herida, y viendo que no moriría ya de debilidad y de dolor al pié de un pilar y abandonado de todo auxilio humano. A veces ocurríasele un triste pensamiento:

—Soy prisionero de guerra y me hallo en medio de un enemigo justamente irritado contra los que voluntariamente tomaron las armas por ódio á su nombre. ¡Quién sabe dónde me enviarán! y no veré más á mi inconsolable madre! Dios, en verdad, me castiga. ¡Señor, tened piedad y misericordia de mi necesidad. En seguida, volviéndose á Olga, le dijo: Generoso soldado, á ti me encomiendo, ¿á dónde me llevas?

—Al alojamiento, respondió Olga, en donde se te curará la herida. Ten ánimo. ¿Cuál es tu patria?

—Soy romano.

—¿Con que habrás visto al Santo Padre Pio IX?

—Muchas veces.

—¡Dichoso tú! Si pudiera yo verle, aunque fuera una sola vez, y recibir su bendición, sería muy feliz: ciertamente iría á Roma á pie descalzo para obtener esta gracia. Dos son mis votos más ardientes: hacer una visita á Nuestra Señora de Loreto y ver al Papa. Y vosotros los romanos disfrutais á vuestro arbitrio de la vista del padre de los fieles y Vicario de Jesucristo; y sin embargo, os molestais para venir á matarnos á nosotros que somos cristianos y hermanos vuestros en la santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

¶ Lando se puso colorado al oír una reprensión tan merecida, sin atreverse á mirar de frente á Olga, en cuyo pecho se abrigaba una fe tan pura y tan noble caridad. Llegado á la Fontana, y habiendo entrado en el patio en donde habitaba Olga, vió á Bernabé que había vuelto de una descubierta. Llamóle al instante y le dijo:—Llévate poco á poco en hombros á este mi prisionero de guerra, que está herido, y colócalo en mi jergon que yo al momento vuelvo.

Bernabé cumplió exactamente las disposiciones de su prima, miéntras que esta, despues de haber entregado su caballo á dos soldados para que lo limpiasen y acepillasen, volvió luego al cuarto de Lando. Encima de otro lecho estaba echado, ó mejor sentado, Juan con el brazo en el cabestrillo y fumando tranquilamente con su pipa, pues su herida era tan leve que le causaba poca incomodidad. Olga envió un soldado á buscar al cirujano, y miéntras llegaba este fué á proporcionarse un poco de caldo para refocilar al herido, el cual en todo el día no había tomado un bocado y se hallaba exhausto. El cirujano examinó la herida, la sondeó, y vió que se hallaban ilesos los músculos y ligamentos de la rodilla: púsole unas hilas y compresas, vendóla con mucho arte, y se fué á visitar á los demas heridos.

Olga habló al coronel, que era algo pariente suyo y muy amigo de su padre, alcanzó de él poder curar á su prisionero, y se le dió de baja para el servicio los dias que necesitase para completar

la curacion; tanto más, cuanto su primo se ofreció generosamente á reemplazarla en los actos del servicio. No se apartaba un instante de día ni de noche Olga del lecho de Lando, de modo que una madre ó hermana no anduvieran más sollicitas en cuidarle si hubiese caído enfermo en la casa paterna.

Preguntóle la doncella si acaso tenia madre y hermana; y habiéndole Lando contestado por la afirmativa, prosiguió:—Pues bien, yo haré contigo las veces de una y de otra; pues has de saber que soy mujer, y con la vida militar no he perdido ni se ha disminuido en mí la sensibilidad y ternura propia de mi sexo: la vida dura de la guerra ha aumentado mi fuerza y mi resistencia para las fatigas, las que si en el campo se me hacen soportables son para mí muy dulces al lado de un enfermo. No fueron sólo palabras, sino que desempeñó con sumo cuidado y esmero el oficio de enfermera: ella estendia los unguentos en las planchuelas de hilas, arreglaba las vendas, tenia preparado el vino caliente en un pucherito, y preparábale con sus propias manos electuarios y cordiales. Por la noche echábase al suelo encima de una esclavina, y á cada instante se levantaba á darle caldo y arreglarle las almoadas, levantándole la cabeza con aquella amabilidad que ablanda el corazon hasta del más obstinado enemigo.

Con tan constantes y delicados cuidados mejoró Lando en pocos dias, y se halló con la herida cicatrizada y cubierta de una nueva piel; de modo que

le permitia dar algun paseo por la estancia. Asi fué sucesivamente reforzándose mediante unos baños confortativos, y se halló en el caso de poder montar á caballo, y aun de hacer un largo camino. En medio de tanto amor como se le habia mostrado, hallábase triste y lleno de recelos con respecto á su suerte: oyó decir que los austriacos conquistaban rápidamente las ciudades de Venecia; que el general Nugent se habia reunido al grueso del ejército en Verona, y por consiguiente, que Udina, Belluno, Castelfranco y Bassano, con toda la línea del Brenta y con todo el circuito de los montes de Vicenza, habian caido de nuevo en poder del imperio.

Hé aquí que cierta mañana vió entrar á Olga, que con una dulce sonrisa le dijo:—Valiente romano, ahora que te hallas del todo curado, eres libre de volver á ver á tu madre: en cuanto á mí, no tengo valor para prolongar las angustias de la que tanto te ama. Así, pues, dirígete á Treviso, en donde aun hay guarnicion italiana, y desde allí puedes volver cómodamente á Roma.

Mientras que Lando, sumamente confuso á vista de tanta generosidad, se disponia á dar á tan magnánima dencella las gracias de lo íntimo de su corazón, ella le interrumpió diciendo:—Cuando des un abrazo á tu hermana, dile que encontraste otra en el campo de batalla; dile que es una croata que tiene un corazón romano; que la caridad no se halla sólo en el Tiber, sino que tambien la hay en Illova, y por último que tambien los croatos tienen un co-

razon cristiano. Luego te pidió otro favor para mí, para mi familia y para nuestra gente; y es que visites en Loreto la santa Casa; y al llegar á Roma póntrate ante el sepulcro de los príncipes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, rogándoles que me mantengan firme en la santa fe católica hasta mi último suspiro.

Dicho esto, cogió á Lando de la mano y lo acompañó á la caballeriza, donde encontró preparados los caballos; y habiéndole hecho subir á uno negro, ella y sus primos fueron á su lado para acompañarle con una buena escolta de caballería ligera. Al estar cerca de las primeras centinelas italianas, se adelantó Bernabé con bandera blanca para parlamentar con ellos; mientras que Olga, á punto de despedirse de su prisionero, le dijo:—Lando, vive feliz, y acuérdate alguna vez de Olga la croata; dí á las legiones italianas que no tienen razon gritando continuamente mueran los croatas, ni en mirar con tal desprecio á este pueblo belicoso, que por grande injuria llaman croato al Emperador. No sólo esto, sino que dan el mismo nombre hasta á los napolitanos, pues los liberales de Italia han dado en la gracia de llamar con el nécio calificativo de croatos á cuantos soldados son fieles á sus Monarcas; del mismo modo que dan el nombre de jesuitas á todos aquellos que permanecen fieles á Dios y á su Iglesia. Los jesuitas y los croatos son los dos tremendos escantajos de la Joven Italia.

Pero te repito que les digas que no tienen razon



de tomar el nombre de croato como injurioso; pues ahora que vuestro Gioberti y todos vuestros demagogos llaman á los italianos hombres pelásgicos, debieran mirar con respeto y amor al croato, que es el hombre pelásgico por excelencia. Nosotros somos los pelasgos liburnios, y jamas nos hemos mezclado con otras naciones. Entre nosotros aún está viva la tradicion de que fuimos los primeros pobladores de Italia. Cuando me hallé de guarnicion en Padua, el doctísimo Menia, que está componiendo la historia de todos los pueblos del mundo, tuvo conmigo muchas conferencias con respecto á las tradiciones de la Croacia Liburnia, y comparó muchas de nuestras actuales costumbres con cuanto los antiguos dejaron escrito de los primitivos pelasgos.

Ve pues, Lando, cuán imbéciles son vuestros jacobinos pelásgicos en tenernos ódio porque conservamos inviolables las groseras costumbres de los primeros pueblos del mundo, y por no haberse introducido entre nosotros todavía una civilizacion voluptuosa y afeminada, sino que robustecemos el alma y el cuerpo con ásperos ejercicios pastoriles, campestres y guerreros. Diles pues que miétras que en Italia tuvieron los antiguos pelasgos unas costumbres sencillas y una vida sóbria y guerrera, fundaron el vasto reino de Etruria, que se extendia desde las llanuras del Adriático hasta más allá del Volturno; y que despues afeminados por una civilizacion asiática y licenciosa, perdieron tan dilatado territorio, la libertad, y hasta el nombre. Diles que

vosotros los romanos, en tanto que observásteis la vida sencilla y templada de los Peiasgos, Oschios, Ausonios y Latinos, llevásteis vuestras vencedoras águilas hasta los confines del mundo; pero luego de haber caído en una vida de sibaritas perdisteis sucesivamente el valor y el imperio.

Hablando así, llegaron á las centinelas avanzadas de la guarnición de Treviso, y haciendo entrega de Lando y saludándole cortesmente, lo dejaron lleno de agradecimiento y de asombro.

## CAPITULO XXIX.

### EL JUSTO MEDIO.

Obsérvese que no hay mejor orador que el desden cuando se abriga en un pecho noble: ¿y qué otro afecto pudo dictar á Olga tan graves y justas expresiones? ¿Y quién, á no ser de sus lábios, pudiera oír hablar de los croatos, diciendo que si estos no son la flor de la gallardía, tampoco son bestias ni desecho del mundo? Olga hizo muy bien en defender su Croacia Liburnia delante de ciertos italianos que en estos tiempos se comportan á los ojos de Europa mil veces peor que los croatos. Y si Olga no hubiese dicho sus razones á Lando, de seguro que ningun italiano las hubiera expuesto ni escrito por miedo de verse llamado croato por todos los peninsulares pelásgicos.

Quando el amor pátrio es verdadero, genuino y honrado, es sin duda la cosa más santa, y digna de pregonarse en alta voz y de grabarse en todos los corazones; pero hoy se estila un amor pátrio hincha-

do, ampuloso y hueco, que todo lo hace consistir en algunas palabras, como las que se ponen en ciertas cajas de botica, que llevan escritos en sus rótulos: clavos de especia, culandrillo, nuez moscada, etc., y por dentro están vacías, ó llenas de polvo ó de papelotes de estraza.

Así en los dos años trascurridos era de moda el amor patriótico; pero luego que se abrió la caja, se halló dentro, en lugar de aquel, el amor propio, el afán de tiranizar á los ciudadanos, la codicia de los bienes ajenos, el deseo de licencia, orgullo, ambición, vanidad, impiedad, y todos estos afectos, bajos y perversos, cubriáanse con la capa de constitucion ó de república, ó se señalaban con una cruz roja como ropa de sacristía.

¡Ya estamos! exclamará acaso alguno algo alterado: ¿es posible que hoy al hablar ó escribir de los sucesos que ocurrieron en 1848 se caiga siempre en los extremos? Pero ya se ve; ahora los negros, los retrógrados y los jesuitas se desquitan del miedo que entónces les hicieron pasar los bandidos, y obran como en represalia. Concedemos que la demagogia tenia pérdidas é hipócritas intenciones, como lo dicen los hombres de bien, pero debemos dignarnos, á lo ménos una vez, echar una mirada (ya que no una alabanza) á aquellos hombres templados y prudentes que deseaban una libertad llena de honradez, de probidad, de amor de Dios y del prójimo. Véase cuantos hay de estos ahora en Roma, en Nápoles, en Toscana y hasta en el Piamonte.

—¡Esto es cierto, ciertísimo! Pero si abriésemos también la caja de los moderados, encontraríamos con la nobleza, con la generosidad, con la ilustración civil, metido en un rinconcito y envuelto con tan bellas virtudes, mucho ópio, gran cantidad de adormideras, y sobre todo un error craso y temible, cual es creer que puede hacerse la felicidad de los Estados con pócimas compuestas de venenos y contra-venenos. Por ejemplo: *Recipe*: una dragma de justicia mezclada con algunas leyes contra las manos muertas, con la jurisdicción civil en los lugares pios, etc., etc. *Item Recipe*: dos onzas de libertad civil, mezclada con una gran dosis de restricciones á los Obispos, al Ctero, á las colegiatas, con tres granos de *placet* á las Bulas pontificias, á las jurisdicciones de la Iglesia, etc., etc. *Item Recipe*: un decocto de devoción pública, de buenas costumbres, de respeto á los Príncipes, á los magistrados y á las personas de los ciudadanos, con una infusión de libertad de imprenta, de libertad de cultos, y de libertad de toda rapia y lúbrica representación teatral.

Pero este desvarío nace del *duobus dominis servire* que el Verbo divino, verdad eterna y sabiduría infinita, ha declarado ser imposible no sólo en el gobierno de los Estados, sino en la conducta particular de cada cual. Pero nuestros políticos le plantaron encima otro dogma que concertase tan inconciliables extremos, y lo llamaron justo medio; herejía la más insensata y al propio tiempo la más

trascendentalmente dañosa de nuestros días. Así, pues, viendo estos Solones que hasta las mujeres saben en latin y en vulgar que *in medio consistit virtus*, inventaron la tontería del justo medio para dar á entender á la gente que ellos están sentados en el mismo regazo de la virtud, cuando en realidad lo están encima de las rodillas de dicha máscara.

El justo medio desde el padre Adán hasta que vino la nueva secta de los moderados era ese punto que se halla en equilibrio entre dos vicios extremos y contrarios, exactamente como el filo de unas balanzas: por ejemplo, el punto céntrico entre la avaricia y la prodigalidad, entre los escrúpulos y la negligencia, entre la timidez y la osadía; pero nuestros supuestos moderados colocaron el justo medio entre el vicio y la virtud contraria; como por ejemplo, entre la religion y la impiedad, entre la fe católica y la herejía, entre la justicia y la iniquidad, entre la verdad y la mentira. ¿Es acaso posible un justo medio entre tales extremos? Es como querer juntar el agua con el fuego, ó desear lo imposible; puesto que el agua apagará el fuego, y el resultado será un faago compuesto de cenizas y de carbon. Un poco de vicio con un poco de virtud; algo verdadero con algo falso harán un compuesto detestable, porque si el bien no es tal enteramente, se convierte en mal; y lo verdadero, si no lo es enteramente, resulta falso. ¿Lo entendeis, moderados? ¿No hallais que este racionio es lógico y evidente?

El justo medio asesina al mundo, que contento, como Pilátos, con una justicia y una injusticia, se lava las manos; y gravemente sentado *pro tribunali* se va pregonando como inocente de nuestras desgracias y ruina. ¿Acaso no son al ménos más consecuentes consigo mismos los hombres de los partidos extremos? Estos dicen claro:—Pueblos italianos, haceos protestantes, negad á Cristo: cada cual de vosotros es emanacion de Dios, y sin embargo igual á Dios: en consecuencia, no necesitais ya leyes divinas ni humanas; la propiedad no existe; todos sois señores de todo; el pueblo es Dios.

En este modo de hablar hay á lo ménos franqueza y lealtad; de modo que sobre este punto Mazzini es superior á todos los moderados de Italia, los que claudicando, ya del lado de la verdad, ya del de la mentira; ya inclinados á la justicia, ya á la iniquidad, ora á la libertad, ora á la tiranía, al fin harian caer á los pueblos católicos en una tisis, que consumiéndoles y acabando con sus fuerzas, los precipitaria, ni más ni ménos de lo que quiere Mazzini, en el abismo de la impiedad.

Ciertamente ninguno de los que se dan por moderados en Italia se reconocerá en este espejo: con todo, son ellos mismos, tanto si se consideran en conjunto como individualmente; y ora lo confiesen, ora no, su cara es esta y no otra desde la frente al menton, y desde la oreja derecha á la izquierda.

Aquella bendita Olga, con su amor patrio á la moda croata, estaba muy ajena de pensar que

miéntras hablaba á Lando en un estilo propio del mismo Tácito, sus palabras debian originar una re-  
prension á los moderados de Italia porque usaban  
dos balanzas. ¿Pero qué se habia de hacer? ¿Compa-  
rar entónces el amor patrio de los croatas con el de  
algunos ciudadanos romanos, que se habian alejado  
precipitadamente de las siete colinas para ir á arro-  
jar enteramente del territorio italiano á los croatas?  
Pero tales observaciones no pueden hacerse en pú-  
blico, y apénas era posible oirlas en particular.

usar ni disminuir; la propiedad existe; todo lo  
añores de todos; el hecho es Dios.  
En este modo de tributar á los nuevos terraten-  
es y fealdades de modo que sobre este punto se xian  
es-ropos á todos los monarcas de Italia, los que  
claudicando, ya habido de la verdad, ya del de la  
natura, ya de la justicia, ya á la impu-  
dad, ya á la libertad, ya á la justicia, ya á la  
car á los que los croatas en un momento, los que  
similares y semejantes á los croatas, los que  
gustar, ni más ni menos de lo que por la xian,  
en el ánimo de la multitud.  
Ciertamente ninguno de los que se dan por in-  
dignos de Italia se reconocen en este punto; con-  
tos; son ellos mismos, tanto si se consideran su-  
cinto como individualmente y ora se confiesan,  
ora no, en esta es esta y no otra cosa la tierra ni  
mentar y desde la otra de esta á la espaldas.  
Aunque habita Dios, con su amor puesto á la  
moza croata, estaba muy ajena de pensar que



### CAPITULO XXX.

#### EL AMOR PÁTRIO.

Cierto día hallábase Bártolo, después de comer, hablando con D. Próspero, caballero que había permanecido muchos años atrás en los conservatorios del Capitolio; y como suele acontecer, aun entre amigos, en tiempo de guerra y de partidos, D. Próspero era muy adicto al antiguo orden de cosas, mientras que Bártolo estaba en favor del nuevo, y cada cual, como sucede siempre, perfiaba por tener de su parte la razón.

Yo digo y sostendré siempre que esta es una guerra insensata, que los romanos llevan por toda Italia. Preseindamos de que el Papa los envió á las fronteras con orden terminante de no pasar el Pó, y que las legiones no han querido obedecerle bajo mil especiosos pretextos, diciendo ya que ellos también son italianos; que la guerra es nacional; que en Italia no debe haber ni un extranjero; que los croatas la injurian y manseñan; que todo pue-

blo tiene derecho á su autonomía (estos son nombres propios de los jacobinos!) que Dios está con ellos, y que el ángel de la Italia los acompaña y la cruz los defiende.—Con todo esto, os aseguro que los romanos cometieren la mayor locura en arrojarse á esta guerra.

—Escuchad, amigo D. Próspero: vos sois algo viejo, y por lo mismo apegado á las antiguas ideas y opiniones: creéis que Roma es aun la misma que en tiempo de los senadores; pero hace dos años, amigo, que Romá ha despertado de su largo sueño; el Senado se ha convertido en municipio, el Capitolio nos recuerda los Camilos, los Fábios y los Torcuatos. La juventud romana arde en amor pátrio como en tiempo de los Scévolas y de los Brutos.—Cállad, Bartolo, por favor: el amor pátrio no es cosa que se compra en las farmacias, ni puede abrigarse en los corazones afeminados, corrompidos é irreligiosos: en boca de los hombres astutos de nuestros días el patriotismo es una máscara que oculta á la ambicion, al orgullo, á la avaricia y á la más insufrible tiranía. En los tontos el patriotismo no es un sentimiento, sino un nombre vago, sonoro y retumbante, que el aire se lo lleva; en los jóvenes es una llama que soplan y atizan con el mayor afán los demagogos; llama que en sí misma es muy noble, pero que vuelve maligna y dañina el fomes de las sociedades secretas, las cuales se valen de ella para abrasar el mundo. Ahí tenéis cual es el amor pátrio que nos llevaron á Roma todos los conspira-

dores así antiguos como modernos que vinieron por nuestra desgracia.

—Pero vos habláis como un retrógrado, lo cual no sólo me maravilla, sino que haceis agravio á Roma hablando en estos términos.

—¡Roma decid! ¡Como si Roma se hubiese hecho representar por procura por ese puñado de locos! ¿Teneis vos los poderes escritos por escribano y en papel sellado? Para causaros todavía mayor asombro, os expondré otra verdad; que ciertamente no esperais, y es que semejante patriotismo, el cual tanto ponderais en los cívicos romanos que corrieron á tomar parte en esta guerra, se ha vuelto contra ellos mismos y les ha hecho un objeto de mofa para toda Italia; así los voluntarios lombardos, toscanos, piemonteses, napolitanos, venecianos y romanianos, sostienen con más ó ménos valor la guerra; al paso que los romanos, querido Bártolo, y me avergüenzo de decirlo, se portan peor que las mujercuelas de la plaza Navona.

—¡Pero qué es esto, D. Próspero?... (y diciendo esto Bártolo se alisaba los bigotes) hoy parecé que os habeis puesto en la cabeza irritarme con tales exageraciones.

—¿Exageraciones, eh? ¿Teneis por ahí la *Palas*?

—La tengo, pero no la leo; leíala Polisena.

—Vainos, ¿creeis que la *Palas* tiene amor patrio?

—De sobras.

—Decís muy bien, porque lo vende muy barato: aquí teneis pues la *Palas*, que con todo su patricismo habla de muchos romanos, y hasta de los más exaltados, de aquellos que chispeaban el amor pátrio como una rueda de pólvora en los fuegos artificiales; no obstante, según iba diciendo, habla de ellos como de ciervos, liebres y conejos. Formalmente: aquí, aquí, dadme el periódico... en el número 247. Oid lo que dice de nuestros Escipiones y de nuestros Metelos:

«Referimos el lunes en el boletín de las legiones romanas... la noticia de la toma de Verona, y la derrota de los croatas en Cornuda, cogidos por la espalda por el general Durando. Estas nuevas no han resultado verdaderas. La causa del error fué como sigue: Después de medio día, vióse venir por el camino Real una carretela á todo escape, llena de oficiales de la guardia cívica, que gritaban: ¡Victorial ¡victorial! Pero aquellos oficiales eran unos viles desertores que, para salvarse huyendo sin que los detuviesen sus compañeros, propagaron tales mentiras. ¡Vergüenza á los cobardes!—Ya lo veis: una carretela llena de oficiales cívicos, todos romanos; sin que hubiese ni un toscano, ni un lombardo, ni un napolitano: ¡romanos!

Bártolo dijo:—Perfectamente; yo también digo: vergüenza á los cobardes; pero, ¿hay más que unos pocos oficiales?

—Flema, amigo; ya vereis como los pocos se multiplican (y, mientras decía esto se humedecía el pul-

pejo del dedo índice, y hacia deslizar el papel)... aquí, número 245, oid:

«Si los nuestros (en Cornuda) hubiesen sido mandados por jefes más valientes y experimentados, aquel cuerpo de Nugencianos hubiera sufrido una solemne derrota.» (El valer lo tuvieron en los lábios en la plaza del Pópulo, en las buenas mesas de Fermi, de Foligno y de Ancona, al dar el asalto á las gallinas en los mercados y principalmente en el ataque de la volateria en los llanos superiores. ¿Qué os parece, amigo?—Adelante D. Próspero). «La *Palas* sabe de buenas fuentes... que varios tenientes y otros oficiales (superiores se entiende) se mostraron indignos de sus grados, pues abandonaron sus puestos.» (Toma, si las balas eran de hierro y de plomo, ¿qué habian de hacer?) Así han dado estos una prueba que no son más que oficiales de teatro y de parada.» Estos, Bártolo, tenían el patriotismo encerrado en el vientre, y para que las balas, lanzas ó bayonetas de los croatos no hiciesen en la piel algun agujero por donde se escapase, quisieron quitarlo del peligro y conservarlo enterito.

—Indígname en verdad tanta cobardía, exclamó Bártolo.

—Y yo me rio, replicó D. Próspero. ¿Qué podia esperarse en efecto de esos espadachines de comedia, de esos muñecos que hace tantos años vemos pasear en Roma, viviendo de estafas, hurtos y truhanerías del juego? ¿malos curiales, pendencieros, borroneadores de papel, hombres de largas

uñas, convertidos de golpe en Curcios, Cincinatos y Coriolanos? Ha sido una verdadera función de títeres. El campo de batalla de esta gente está en las tabernas y no en otra parte. ¿Sabeis quiénes son los que se conducen con valor y gallardía en las legiones romanas? Son aquellos honrados y sencillos jóvenes que partieron á la guerra seducidos por la astucia de los agitadores: estos sí que son verdaderos romanos; y si nuestras legiones estuvieran formadas por estos solamente, pardiez que el honor de Roma quedaria en el mejor lugar á los ojos de Italia y de Europa.

—Ruégos, D. Próspero, que no leais más, pues con lo leído tengo bastante.

—Todavía un poquito. La *Palas* pónese el yelmo y la coraza, blande su lanza, embraza el escudo horrendo de Medusa, y se echa á bravatear contra los fugitivos, quienes, si ántes temblaron al silbar en sus oídos las balas de los croatas, ahora por añadidura tuvieron tal susto que dieron mucho que hacer á las lavanderas... Oid:

«Si desgraciadamente resulta cierto que una parte (y mucha) de vosotros haya desertado de la bandera de la independencia, que ántes de partir estrechasteis en vuestros brazos y besasteis con entusiasmo... ¡ay de vosotros si fué aquel el beso de Judas! Vuestros conciudadanos, vuestros hermanos y esposas, que esperaban que á vuestro regreso les hariais un don del laurel guerrero, ¡oh! con cuánta indignación no os rechazarán de sus brazos... Y luego...»

—Sr. Bártolo, este periódico hace un ruido tan espantoso, que no me atrevo á concluir su lectura. Sigue hablando de fuga, de miedo, de temblores, de arrojar-se boca abajo en los fosos en tanto que granizaban las balas, de vendarse la mano con un pañuelo ó poner el brazo en cabestrillo, fingiéndose heridos para que los enviasen al hospital, de acurrucarse dentro de los confesionarios (en la parroquia de Montebellino), ó tenderse en los bancos de la iglesia con su fusil, y hasta de dos que se metieron á pie puntillas dentro de un gran tonel vacío que hallaron en la bodega del señor Cura. Estad cierto que la *Palas*, como diosa de la sabiduría, pudo distinguir con sus ojos de lechuza á los que fueron cobardes y pusilánimes: y ¿sabeis quiénes fueron?

—¿Qué he de saber? dijo Bártolo. Sus nombres deben haberse conservado para que sirvan de objeto de mofa.

—Pues ahí los hallareis en el núm. 247 y en otras partes. Son algunos croatas vestidos de cívicos romanos.

—¿Pero qué bromas son estas, D. Próspero? Veo que estais hoy de buen humor.

—No es broma; ahí está, leed: y principalmente esta carta de Horacio Antinori, de 16 de Mayo en Venecia, que ella sola vale una trenga de Tito Livio. Despues de haber dicho el tal Antinori que por obra de los croatas se ha introducido la discordia en las legiones, hasta el punto de hacer traidor al general

Ferrari, añade: «Los viles y los engañadores han sido aquellos oficiales nuestros que, acostumbrados á los campos de Venus, pasaron de improviso á los de Marte, y convertidas así las flores en balas de fusil, y las lisonjas en gritos de los pueblos y terribles rugidos de guerra, se disipó su fingido valor caballeresco, y han creído que podría servirles de excusa para no ir adelante y decir que todo era una Babilonia; que no habia quien mandase, y que sin duda querian ellos defender á Italia (con su charla, se entiende, no con su sangre).... En este desgraciadísimo asunto es cierto que los soldados tienen la menor culpa; pero no por esto debe disimulárseles la inconstancia de que han dado pruebas abandonando la empresa. Sé que en Pádua se ha recibido á silbidos á estos desertores de la causa italiana, y espero que harán lo mismo todas las demas ciudades; de modo que cuando regresen á la santa ciudad sea avergonzados, fugitivos y despojados de la cruz á la que fueron traidores.» ¡Cáspital amigo Bártolo, si lo hubiese dicho yo, me hubierais llamado calumniador y creato á boca llena; pero Antinori continúa mofándose de ellos que es un gusto, y dice: «Creo que muchos oficiales, oficialitos, etc., volverán á Roma, y quiero que les preceda la fama.» (número 249.) Observad, amigo mio, cuántas picardias han hecho los pobres creatos á las legiones, hasta el punto de fingirse romanos. Pero á más de los creatos se introdujeron en las legiones con el yelmo y el penacho colorado y con el uniforme de la guardia



cívica, ¿no adivinareis quién? ¿puesto la cabeza á que no acertais!

—¿Los embusteros del Café Nuevo?

—¡Hola!

—¿Los presidiarios de Termini, que acaso han dejado su traje y vestido el uniforme militar llevando la cruz tricolor?

—¡Hola!

—¿Los ladrones de las cárceles que habrán dejado sus grillos y puéstose el pantalon encarnado?

—¡Qué!

—Entonces, ¿quiénes habrán sido?

—Hacedos cruces, querido Bártolo: ¡los jesuitas!

—¿Los jesuitas como cívicos romanos, se metieron expresamente disfrazados en medio de las legiones para introducir en ellas el desconcierto en lo más reñido del combate y obligarles á emprender la fuga!

—Los mismos: ó si no ved lo que dice el periódico en su número 250. «Noticias de Italia. Los jesuitas que se hallaban entre nosotros bajo el uniforme de cívicos romanos, se han salido con la suya. Nuestras legiones han perdido enteramente el prestigio moral, etc. etc.» ¡Ya lo veis!

—Ya veo ahora por qué estais de tan buen humor: cierto que hay motivo para desternillarse de risa al leer tan divertidas nuevas.

—Y aun os aseguro, Bártolo, que si se hubiesen hallado jesuitas entre las legiones, hubieran gritado con todas sus fuerzas: Deteneos cobardes, no que-

rais ser la burla de los croatos, y si nada os importa vuestro honor, hacedlo al ménos por el honor de Italia y de Roma.

—Sin embargo reflexionemos con seriedad: no es menester confundir á cuantos pertenecen á las legiones; no hay regla sin sus excepciones.

—Sin duda los romanos son valientes por naturaleza, bastante os lo he dicho; pero se entiende esto de los verdaderos ciudadanos romanos, y no de los holgazanes llenos de vicios y de impiedad que se mezclaron entre ellos. Creo que Dios ha permitido tanta villanía, por haber partido con una jactancia desmedida y depresiva para todos los demas italianos. En las demas ciudades y provincias de Italia nuestra juventud hizo ménos ruido y ménos alarides; pero ha tenido más constancia y se ha portado con mayor bizarría.

Todas las fanfarronadas de nuestros cívicos se dirigieron á los jesuitas, quienes no tenían fusiles, ni sables, ni espadas, ni cañones. Y al verlos tan intrépidos en Gesu y en el colegio romano, cuyo asedio prosiguieron por más de dos meses con una tenacidad mayor que la que empleó Soliman con la isla de Rodas, ¿quién habia de decir que.....? Cada noche volvian los pícaros al asalto gritando:— ¡Mueran los jesuitas!—Era cosa de verlos con aquellas caras rechinar los dientes, levantar el puño amenazando á las ventanas, arrojarles piedras, apuntarles los fusiles, amolar los sables en las paredes á los gritos de— ¡Vayan fueran los infames!

¡Fuera los enemigos de Italia y de Roma!—Que se ahorque á esos pícaros croatos. No faltaron algunos jóvenes generosos que pertenecian á la misma guardia, quienes durante algunas noches patrullaron alrededor de las dos casas; pero se vieron obligados á retirarse, pues aquellos malvados sólo echan el gallo allí donde saben que no han de hallar resistencia. Allí gastaron aquellos héroes todo su valor contra los jesuitas, en términos que al tratarse de combatir con las tropas del general Nugent no les quedaba de él siquiera un adarme.

—Es muy cierto, dijo Bártolo, y yo mismo les oí gritar en la plaza del Popolo al partir para la guerra:—Haced de modo que á nuestro regreso á Roma no hallemos ningun jesuita; este es nuestro testamento.

—¡Grande hazaña! Los hermanos cumplieron su palabra y no pararon hasta que echaron á los pobres jesuitas de su casa.

—La altanería, la presuncion y fanfarronada con que se presentaron en el Corso, en las tabernas y en los cafés despues de haber arrojado á los religiosos aquellos hombres perversos, al fin han venido á parar á tener que esconder la cara avergonzados. Baste decir que al ver á los austriacos fué tal la desercion que de sus banderas hicieron los cívicos, que en Padua y en Boloña, como dice la *Palas*, fueron silbados y se les arrancó de encima la honrosa divisa de la guardia cívica, haciéndoles otros mil escarnios; en términos que el ministro Mamiani

creyó conveniente expedir una circular á las justicias de las provincias, diciendo que se apoderasen de los fugitivos. Ahí vereis: ¡los mismos que habian volado á libertar á la Italia con tanto boato, atados con las mismas cadenas con que querian atar á los croatos! Y el príncipe Aldobrandini, en su órden del día 19 de Mayo, dice:—Borremos de nuestras listas sus nombres, pues no pueden ni deben formar parte de la guardia cívica de Roma.

—¡Yo, no obstante, tenia grandes esperanzas en la libertad de Italia conquistada por nuestros valientes! Y mis esperanzas se han desvanecido como el humo. Es cosa de volver á uno loco viendo tal insensatez en hombres que gritaban:—Nosotros bastamos á Italia.—Y tenian ya en el puño el ejército de Nugent, de Aspre y de Radetzki, y se disponian á matarlo con la uña como á las pulgas... Pero no se atreverán á presentarse al público.

—¿Que no, decís? replicó D. Próspero: como que casi todos están ya en Roma habiendo entrado de noche; se mantendrán algunos dias encerrados y sin asomar la nariz en parte alguna; pero luego irán saliendo al público, en los paseos y con la frente erguida é impertérrita dirán:—Yo maté diez croatos.—Yo quince.—Y yo veinte.—Y aun les creerán los babiecas y exclamarán: Muy bien, bendita la matoque...

Miéntas conversaban así los dos amigos, pareció el criado que llegaba con cartas del correo. Dame acá, dijo Bártolo; ¡en buen hora! Es Lando que me escribe desde Padua; veamos:

«Querido tío:

»Ya es hora de que os dé noticias mias; pues he estado mucho tiempo sin poder hacerlo por causa de la guerra, y de otros lances que me han acaecido. Sabed que entre Treviso y Carbonera fui herido por una bala de fusil en el muslo, algo más arriba de la rodilla; pero Dios me hizo la gracia de que quedasen ilesos los tendones y las arterias; de modo que puedo mover bien la articulacion y caminar derecho con la misma soltura que antes.

»No obstante, aun estoy algo débil y me conviene volver á casa. Debo mi vida enteramente á una oficiala croata. Esta altiva doncella, cuando yacia yo en el campo medio desangrado, tuvo lástima de mí, y me llevó á su alojamiento en donde me curó con tan asiduo y tierno esmero, que no hubiera podido hacer más mi propia hermana. Una vez curado, me volvió la libertad dejando en mi alma la más profunda gratitud.

»Nosotros tenemos á los croates y á todos los alemanes por unos hombres bárbaros y crueles: pero sin hablar de mí ni de mi generosa bienhechora, habeis de saber que cuantos de nuestra parte cayeron en sus manos heridos ó prisioneros de guerra, fueron tratados con tanta humanidad y benevolencia, que no podemos ménos de proclamarlo muy alto delante de toda Italia.

»No es posible daros una idea del buen trato que recibimos de los oficiales, de los coroneles, y hasta del mismo general Nugent, el cual vino varias

veces á visitarnos; nos recomendó á los médicos y á los cirujanos del ejército; mandó á los soldados que nos respetasen, y cuidado que alguno nos hubiese dirigido el menor gesto de burla. Y esto que estaba enterado punto por punto de todas las moñas, sarcasmos y obscenidades que en Roma se imprimen y se publican contra él, contra el mariscal Radetzki y el ejército. En sus manos tiene todas las caricaturas que salen á luz en Roma, Nápoles, Toscana, Génova y el Piamonte: guarda de ellas un rimero; y se divierte mucho al ver las inmensas narices, las jorobas, las piernas largas, los barrigones, los bigotes de gato, los cuernos de cabron, las colas de asno, y el hocico de puerco con que están retratados él y el mariscal Radetzki: así exclamaba:— No pueden darse que estos italianos son gente muy alegre y de buen humor; si llegasen á manejar la espada como manejan el lápiz y la pluma, ¡desgraciados de nosotros!—Y esto diciendo nos despedía para nuestras casas.

»Querido tío, ¡oh cuántas vendas han caído de mis ojos! Y no sucede esto á mí solamente, sino á Mimo y á otros muchos amigos nuestros. Os aseguro que los verdaderos ciudadanos romanos dieron grandes pruebas de valor y de bizarría; pero la escoria y las heces de nuestras legiones mancharon horriblemente el nombre de romanos. Hemos visto villanías increíbles. En las Marcas, nuestras legiones robaban y destruían cuanto caía en sus manos. No se contentaban con las camas que les ofrecían, y arroja-

ban á los patrones de las suyas; vaciaban sus bodegas y corrales, limpiábanse los zapatos con las sábanas, manteles y servilletas; ensuciaban las paredes, desmantelaban los cuartos, rompian los vidrios, destruian el enladrillado para hacer polvos con que limpiar los fusiles, y otras fechorías que ofenden los oidos con solo referirlas.

»Pero una vez llegados á las veras, la mayor parte de nuestros valentones huian como lebreles á la vista de un oso, y con la cola entre las piernas corrían á buscar un escondrijo; muchos ni aun volvian la cara atrás por miedo de ver la figura de algun croato: y de modo huyeron, que creo que no habrán parado hasta Roma.

»Tanto hicieron cuantos cobardes son mengua de nuestras legiones, que nadie puede ya verlos ni sufrirlos, y se han hecho odiosos á todas las ciudades y aldeas de Venecia. Al mismo tiempo escriben á Roma contando hazañas dignas de los Pompeyos y de los Césares, y ponderan el orden, la disciplina y la armonía con que se portan en sus marchas y en las guarniciones; en donde, muy al contrario, á la primera noticia de su llegada, muchos buscan un refugio en las ciudades, llevándose sus haberes para ponerlos en salvo: en las mismas ciudades ciérranse las fondas y las tiendas como si hubiese de pasar una banda de Cosacos y de Panduros. Con esto, nosotros, los verdaderos romanos, nos mordemos la lengua y cubrimos de vergüenza.

»Espero que habreis recibido ya carta de Mimo

con informes acerca de la muerte de Polisena....»

— ¡Cómo! esc. amó Bártolo, ha muerto Polisena? en ¿dónde? ¿cuándo? No he tenido carta de Mimo, se habrá estraviado. En fin prosigamos, veamos lo que dice Lando.

«¡Qué digna muerte! ¡Cómo Dios le tocó el corazón! ¡Cuánto afán tenía la pobrecilla por confesarse! ¡Dichosa ella que murió como cristiana y como valientel...»

Angel, vé de un salto al correo, y pregunta si hay otra carta para mí... «Murió como cristiana y como valiente...» Angel, aguarda; mejor será que vaya yo mismo.—Vamos, D. Próspero.

Cuando se acercaron á la plaza Colonna, D. Próspero no hacia más que mirar á aquellos liberales, que despues de haber impulsado á la juventud romana á partir á la guerra, se estaban ellos paseando, perezosos é indolentes, haciendo ostentacion de sí mismos en el Corso: al verlos, el pobre hombre, por una parte, les tenia miedo, y por otra excitaban su indignacion; acudíanle mil pensamientos que hervian en su cabeza, de modo que casi no podia contener el impulso que le obliigaba á expresarlos con palabras. Pero como hablar alto le era imposible, á causa de la mucha gente que le rodeaba, tragábase ciertas frases que le venian á la punta de la lengua, y al deglutirlas se le atragantaban, y sólo con grande exfuerzo y extraños visajes podia lograrlo. Así fué, que el infeliz estaba á punto de reventar del todo; lo que no sucedió, gracias á que al



dar la vuelta al palacio de Chigi halló un ancho espacio libre del gentío. Exhaló un profundo suspiro, como quien al salir de una grande opresion puede dar aliento á los pulmones y respirar con libertad. Así, cogiendo estrechamente el brazo de Bártolo, y dándole con el codo, dijo: ¿No veis qué caras tan ceñudas? ¡qué jaectancia en sus fisonomías! ¡qué necia presuacion! Apostaría mil contra uno que con estos guapos no hay dos romanos entre diez! ¿Si conoceré yo á los romanos? Toda esa es gente que ha venido Dios sabe de dónde; y aquí la tenemos para gastar el empedrado de nuestras calles, y hacernos todo el mal que pueden: las cosas, amigo Bártolo, han llegado al punto de acabar con nuestra paciencia. Cuando veo al Papa tan maltratado por estos, me hierva la sangre en las venas; y desearia verlos muertos y trinchados.

—Prudencia, D. Próspero, dijo Bártolo dándole un apretón en el brazo. ¡Ay de vos y de mí si alguien nos oye! Ya teneis fama de retrógrado y de negro, y esta gente no gasta bromas.

—Yo no hablo de broma, y diré siempre que si amasen de veras la independendia italiana no se estarían paseando, sino que tomarian un fusil y se irian á Lombardia al encuentro de los creatos.

—Los campos de Lombardia están llenos de valientes, pues acudieron allá como á una fiesta todas las provincias de Italia, de modo que han quedado desiertas las ciudades.

—¡Por Dios, amigo, que no seais tan crédulo!

Ayer precisamente llegaron á mis manos cartas secretas de José Giusti, escritas en Florencia y dirigidas á un primo suyo, las que contienen grandes descubrimientos.

—¿Y cómo llegaron á vuestras manos?

—¿Cómo llegaron á mis manos, decís? Cayeron en mi faltriquera para desengañar á muchos inexpertos y darles las más saludables instrucciones que pueden imaginarse. Luego, volviéndose D. Próspero al callejon que hay detras de las caballerizas del palacio, sacó una cartera. Bártolo echó mano á su doble lente, y se dispuso á leer.

—Acercaos un poco, y leed aquí:—«Los asuntos de Génova parecen terminados, y tambien aquello ha sido un inconsiderado movimiento de pocos; pero esto no puede decirse. Ahora los fugitivos vendrán á esa, y puede suceder que se den la mano con los demás que están allí hace ya meses, de modo que unidos á los susurrones y espadachines del interior procuren revolucionar á Liorna, Pisa y Florencia. El golpe al fin acabaria por dar en vago, lo mismo ahí que en otras partes; pero correríamos riesgo de pasar terribles momentos. Las figuras que pasean nuestras calles meten miedo con solo verlas: mochetones con pistolas y estoques en el cinto, vestidos de mil colores, que hablan un lenguaje bajo, torpe y provocativo; que se niegan á pagar á los posaderos y á los conductores de carruajes; que violan el domicilio de las clases inferiores del pueblo, para cometer estupros y rapiñas.

En una palabra, esto es un principio de infierno, y digo un principio, porque por ahora estos hechos son pocos y raros; sin embargo, pudiera agravarse el mal: yo no soy de los que tienen miedo ó desmayan, aunque no hay duda que la mayoría está llena de temores. No son estos los frutos de la verdadera libertad, etc., etc.»

—¿Qué os parece? Y es) que Giusti es uno de los liberales que tienen la sarten por el mango: es diputado, enemigo en prosa y en verso de todos los monarcas de Italia; en fin todo un italiano. ¡Y qué confesion! Observad luego que aquí viene otra leccion. ¿Deciais que los valientes habian dejado desiertas las ciudades de Italia para militar en Lombardia? Pues Giusti ve en Florencia lo mismo exactamente que vemos nosotros en Roma; atended:

«Cuando corre la sangre por los campos lombardos, ¿con qué corazon puede verse aquí en Florencia á una numerosa juventud de aquel pais paseándose como si nada sucediese? Pero quede esto entre nosotros, que en estos tiempos al buen sentido se le llama espíritu de rebellion.»

En electo, tanto se rebela, que porfia por llamar blanco á lo negro, bien al mal, dia á la noche; y si algun cristiano quiere desvanecer su error, entónces este es el loco, y por añadidura se le llama retrógrado y traidor. Pero sigamos leyendo otras cartas en que Giusti se confiesa con su amigo.

«Los lombardos y demas foragidos se hallan aquí hace cinco meses para gritar guerra y para corrom-

per y revolucionar el pais; no obstante, viene la guerra, y se están quietos como si no los tocase á ellos. Al verlos aquí en Florencia con traje militar y con su penacho, me parecen estrañamente ridículos, y si no se hallase de por medio el honor y la utilidad del pais, fuera una verdadera comedia. El que diese crédito á nuestras ideas y á nuestros discursos, creyera que el mundo se dirige á los más grandes destinos; pero si se atiende á nuestros hechos vése que los convierten en un teatro de maldades.

Necesítase una fe extraordinaria para no despertar del todo viendo cómo se repiten nuestras desgracias, y que nosotros mismos somos sus verdaderos autores.»

Tened, pues, en cuenta, Bárto!o, que como no tengo yo esa fe extraordinaria, digo y repito que todo ese boato de la guerra es un teatro de maldades en el mismo sentir de Giusti, y que todos aquellos tunantes que se pasean por el Corso son unos glotones, sin fe, sin honor, ni valor, unos aventureros que se bautizan con el nombre de romanos, pero cuyo aspecto de extranjero se les ve desde una legua; y hasta juraria que no son siquiera italianos. Estas expresiones de Giusti valen un Perú, lo mismo que las siguientes:

«O me equivoco mucho, é lcs hechos serán una amarga sátira para el partido de los vociferadores furibundos. Cuando se trata de gritar por las calles todos están prontos; pero cuando hay que blandir

formalmente un arma, todos se vuelven mancos. Esos vagabundos me parecen unos títeres vestidos militarmente. Ahora verás como en vez de ayudar á la guerra, nos saldrán proclamando la unidad con Roma, etc., etc.»

Si todo esto lo escribiese un hombre sábio, dijérase que era un viejo mal criado que á fuerza de mentir trataba de calumniar á la santa causa de la independéncia italiana. Bártolo, tened juicio, y creed á esos hombres de canas; no es oro todo lo que reluce. Adios, que me están aguardando á medio dia para un asunto urgente.

Bártolo, que no era tonto, iba hácia el correc, reflexionando en lo que acababa de leer. Conocia personalmente á Giusti, sabia que era un conspirador que trataba de introducir novedades en Toscana; y no obstante veia como se desahogaba con su amigo haciéndole las mayores confianzas. En consecuencia, decia Bártolo para su sayo:

Los retrógrados no carecen enteramente de razon cuando niegan el valor á nuestros agitadores, diciendo que son unas máscaras con disfraz de héroes; y que debajo de sus vestidos late un corazon vil, mas codicioso de riquezas que de gloria, más de mando que de libertad, más de ódio á los Reyes que de amor á la pátria. Aquí tenemos al mismo Giusti, que es uno de los caudillos de las revueltas de Italia, y que confiesa claramente que esta es un teatro de maldades y una comedia. Y con todo, aun porfia en defender una causa que él tiene por mala y per-

divia. Este modo de obrar contra lo que dicta la conciencia, en sentir de los confesores es una verdadera hipocresía, y un modo de hablar y de obrar propio de vagabundos.

Haciendo Bartolo estas reflexiones, llegó á la administracion de Correos, y preguntó si habia alguna carta con su nombre.

—Las hemos entregado al criado, respondió el repartidor.

—No todas, pues yo sé que me han escrito hace algunos dias, y vosotros andais siempre distraídos en la distribucion, en especial desde que el renacimiento de Italia os saca de quicios.

—Quién está fuera de quicios sois vos; y repito que en el cajoncito C. no hay otra carta para vos.

—Hacedme el favor de volverlo á mirar con atencion, pues es carta que me interesa mucho, y os lo agradeceré infinito.

Entonces el oficial empezó á rebuscar entre las cartas que no siendo recogidas, quedan á vista de los que van á buscarlas, y al fin vió una con el sobre á Capegli: así la entregó á Bartolo. Este estuvo contentísimo, y por el camino la leyó, y vió que en efecto era de Mimo. No hay que decir la grande admiracion que sentia al leer la santa muerte de Polisena, y cuán conmovida tenia su alma y llena de suaves y piadosos afectos de reverencia y de fe. Pero cuando llegó al trance en que la jóven pedia confesarse á un Sacerdote, en medio de aquella soledad, tan á deshora de la noche y en medio del fu-

ror de la guerra, y que no siéndole posible se volvió con gran impulso de contrición y de amor á la estampa de María, entónces Bártolo no pudo contener las lágrimas hasta que llegó á casa de Adela, á la que se dirigia.

Halló á su cuñada triste, porque hacia mucho tiempo que no habia recibido carta de sus hijos, y cuando esta vió á Bártolo alterado y con los ojos húmedos, se asustó toda. Tranquilizaos, porque vuestros hijos al present; están vivos, se portan como valientes, y ámbos están otra vez en camino para Roma; de modo que dentro de algunos dias tendreis la satisfaccion de abrazarlos.

—Su hermana dió un chillido de alegría al paso que la madre quedó inmóvil mirando atónita á Bártolo con los ojos abiertos y fijos como una estatua. Este la sacó de su asombro leyéndole en resúmen las nuevas de Pclisena; compendió lo que escribia Mimo, y en los pasajes más interesantes se le anudaba la voz en la garganta y veíase obligado á interrumpir la lectura. Cuando llegó al punto en que la moribunda pedia perdon á Elisa, Aleta saltó del sofá y se arrodilló delante de una pequeña imágen de la Virgen, obra de Cárlos Dolci, abriendo los brazos, y luego juntando las manos, dijo:—¡Oh María, madre de misericordia, cuán amada y amable sois! ¡Haced que la pobre reciba entero perdon de vuestro divino Hijo, y salga pronto de las penas del purgatorio! Yo hago por ella la promesa de encender una lámpara en San Agustín durante seis meses

y de ayunar siete sábados en memoria de vuestros dolores.—¡Qué consuelo para Elisal Bártolo, dadme la carta que quiero llevarla á San Dionisio, y vos id al *Anima* y al *Sufragio* y hacedle celebrar cien misas.—¡Oh, hija mia, qué prodigios de la gracia! Pobre Polisena, no hablemos nunca mal de ella, que es una alma bendita.



CAPITULO XXXI.

FELIPE.

Miéntras que Anita, la hija de Adela, volvía á la sala, despues de haber mandado que preparasen el coche, anuncióse la visita de una señora amiga de Adela, que venia con su hijo, jóven de talento y honrado que tenia algunos designios sobre Anita, la cual, por su parte, era una doncella virtuosa y linda cuanto puede imaginarse.

Este jóven hacia poco que habia llegado de Nápoles; así fué que Bártolo le preguntó con grande curiosidad cómo iban allí los asuntos, y si los napolitanos estaban dispuestos á ayudar á la guerra de Lombardia. A esto respondió el jóven que los napolitanos en general eran muy poco inclinados á abandonar sus deliciosas riberas para tomar parte en una guerra que no saben hasta qué punto será agradable á su Rey. Y este, por más que digan los conspiradores, es siempre para los napolitanos un objeto sagrado, respetado y amado de todos; en

términos, que desdichado del que hablase mal de él.

El pueblo da á los liberales nombres burlescos; y os aseguro que en las calles de Nápoles, en el muelle del puerto, en las riberas del Cármén y de Santa Lucía, he oído al pueblo maravillas contra los tales. Lo mejor es, que en las provincias, los labriegos preguntan á sus Párrocos, diciendo:—Me sabreis explicar, Reverendo, qué viene á ser esa constipacion que tanto nos ponderan nuestros liberales? —El Cura les contesta:—Allí lo teneis: primeramente nos mandaba nuestro Rey (á quien Dios bendiga), y ahora nos hacen la ley los liberales.—Y los pueblos replican:—Que se vayan al diablo estos, que nosotros queremos nuestro Rey. Los soldados no hay que decir si ven de mal ojo á esos barbudos, y cuanto temen ponerles la mano encima; y al contrario los liberales les hacen bafa; dicenles que son unos cobardes esclavos del Rey, y llegan hasta delante de los centinelas del palacio real, despreciándoles y mofándose. Así es que la tropa está rabiando y dice á sus oficiales:—Concédanosenos dos horas, y si no limpiamos las calles de esta canalla, que no sea dicho.—Bártolo le interrumpió diciendo:—Los liberales se arrepentirán de su locura, y pagarán con rios de sangre el haber despreciado los avisos de Mazzini acerca de la necesidad de halagar y lisonjear á la tropa para tenerla favorable á las revueltas determinadas por los regeneradores de Italia.

—En Nápoles es muy cierto que los soldados se ven escarnecidos por los liberales; pero cuanto más les insultan más se adhieren al Rey, que les honra como á unos valientes y les ama como á leales. Algunas veces al pasar por delante de los cuarteles de los suizos, si hubierais visto cómo se erizan sus bigotes al ver entrar por las puertas aquellas caras burlonas... Yo les oí decir mutuamente en frances y en aleman:—¡Ah bribones; ya caereis bajo nuestras uñas, y de vuestra piel haremos una criba!— No dudo que los mazzinianos de Nápoles siguen mal camino, del que saldrán con las manos en la cabeza.

Mientras tanto es un diluvio los forasteros que acuden á la hermosa Partenope, y vienen de todas partes para ser carne de matanza. En cuanto á esto he sido el más afortunado del mundo, pues habiendo salido de Roma hace unos veinte dias, como sabeis, á la vuelta de Nápoles me junté acaso con otros tres viajeros, que vinieron conmigo en la diligencia, y uno de ellos era el famoso Ruffini, jefe de los principales de la Joven Italia, el otro era uno de Perusa, y el tercero un necio de la curia romana, llevando el capucho de la guardia cívica. ¡Ved pues si me hallaba bien acompañado! Mucho me valió llevar la escarapela tricolor en el sombrero, la corbata tricolor, la cinta en el ojal con igual divisa, y hasta el chaleco de los mismos colores, combinados en cuadros colorados, verdes y blancos, que parecia toda mi persona un arco iris.

Nos hallábamos á un tiro de piedra fuera de la puerta de San Juan, cuando los tres caballeros, á fin de probarme, se dieron la mano gritando: ¡Viva la Italia! Yo, despues de haber dado un apretón de mano primero á Ruffini y despues á los demas, y quitándome el sombrero, como tratándose de una cosa sagrada, grité más alto que ellos: ¡Viva la Italia! Estas palabras fueron la llave que abrió lo más secreto de los corazones, y no hubo rincon que quedase patente, ni velo que no se levantase.—Libertad y fraternidad, dijo Ruffini.—Para siempre, respondió el Perusino; y yo que me habia metido en la cabeza comprar barato muchas mercaderías liberales exclamé:—*In æternum et ultra*.—Muy bien, dijo el curial: un poco de latin remacha el clavo.

¿Os parece si me cuido yo de ese italianismo? Ya sabeis que soy más negro que el carbon; no obstante, por salir del apuro y divertirme á costa de aquellos caballeros, fingime italianísimo, é hice coro en sus disparatadas esperanzas sobre la independencia de Italia.—¿Qué asuntos tienes tú en Nápoles? me dijo Ruffini:—Y yo le respondí de improviso—Tengo ciertas embajadas importantes para cierto ingles que lord Minto dejó en Nápoles, el cual tiene gravísimos encargos de lord Palmerston.

Oyendo esto Ruffini, como si hubiese yo tocado la cuerda más sensible, dijo:—Y nosotros vamos á Nápoles para sacudir un poco á esos perezosos, echándoles en el cuerpo una chispa de amor pátrio, y á expolearles para que hagan una buena leva de

gente y la envien á la guerra de Lombardía, porque es una vergüenza ver al pueblo de Nápoles tan cobarde y mezquino cuando se trata de una grande empresa. Ahora que hemos obtenido de Pio IX cuanto queríamos, quedanos que llevar á ejecucion el principal proyecto de la Jóven Italia, para el que hace tantos años se trabaja, y que al parecer ha llegado la hora de plantearlo.

¿Y cómo no; dije yo, teniendo unos campeones como vosotros, tan valientes en las obras como sabios en el consejo? Así es infalible la maravillosa institucion de la libertad, la igualdad y la fraternidad, que si ántes fué el sueño dorado de los animosos hijos de Italia, ahora es su más dulce esperanza.

Al oír estas palabras el Perusino, que estaba en frente de mí, me aplicó un beso en los labios, tan fuerte, que dando en aquel punto el coche un salto nos hizo topetar de frente y de narices como dos carneros, y nos levantó un rubicundo chichon que duró más de dos horas. Nos reímos, dimos con la mano unas friegas en la frente, y concluimos con decirnos mutuamente un *perdonad*. Ruffini que, contra su costumbre, estaba en humor de charlar, continuó diciendo: — Hermanos, es cierto que Pio IX debió conceder de mala gana á nuestras amenazadoras súplicas, más de lo que al principio pensó otorgar á sus queridos pueblos; y así ea nada se lo agradecemos, pues vemos que echó pan al perro para que no ladrase; pero á nosotros no se nos tapa la boca tan fácilmente. La Jóven Italia está

hambrienta de reinos, y sólo con reinos y Reyes se satisface; por lo mismo, en tanto que haya en Italia monarquías y coronas no dejará de ladrar y de aguzar las orejas. Considerad pues si estará hambrienta de la tiara. Es un bocado muy dulce para ella, y el Papa nos verá rechinar los dientes y morderle los costados hasta que nos eche el último florón de la tiara.

—¿Y qué tendría que decir!— Dije yo como quien no entiende un misterio.—¿Queremos pasarnos sin Papa?

—Sin Papa, no; pero sin Príncipe sí, respondió Ruffini. Sea Papa con la cruz en la mano, pero no con la corona en la cabeza; breve amigo, queremos tres cosas, sin las que Italia jamás será señora de sí, ni reina de la civilización occidental: primeramente queremos que Roma sea un Estado seglar, y no sacerdotal: en segundo lugar queremos esterminar el tirano de las Dos-Sicilias; y por último, queremos la guerra de la independencia italiana contra el extranjero.

—Tres frioleras, dije dando algunos golpecitos en las rodillas de Ruffini. Pero decidme, se me ocurre una dificultad: ¿de dónde sacaremos tanto dinero como se necesita para una guerra tan larga, dispendiosa y encarnizada con un Imperio tan poderoso?

—¿De dónde? Fundiremos las campanas de cuantas torres se levantan erguidas, y tendremos cañones y piezas de todos calibres.

—¡Cáspita! ¡muy bien! ¡perfectamente! ¿Pero cómo tocarán á Misa?

—Golpeando los orinales.

—¿Y la pecunia?

—Es muy fácil: venderemos todos los bienes eclesiásticos, y nos producirán grandes tesoros, y fundiremos los cálices, los incensarios, los relicarios y todos los objetos de oro y plata de la superstición clerical; y á fe de buen italiano os juro que habrá moneda para hacer la guerra á todos los Reyes del mundo.

—A lo ménos dejad en la sacristía algun pequeño caliz para las celebraciones.

—Nada: esos Clérigos glotones que celebren sus Misas con vasos de vidrio; á más de que, creedme: en adelante pocas Misas habrá en Italia: esta necesita soldados y no Curas.

Atienda el lector que esta conversacion tuvo lugar á mediados de Abril de 1848, y verá que Ruffini no hablaba de chanza, sino que más bien leía un libro ya compuesto, y lo leía tan correctamente, que no equivocó ni una palabra ni un punto ni una coma. Sólo el bonachon de Bárto, mientras que Felipe referia esta aventura, meneaba la cabeza, y hacia muecas como tratando el discurso de una puerilidad ó una broma de Felipe, con el fin de que le tuviesen por avisado y astuto en el modo de portarse en las reuniones. Adela, aunque mujer, era más perspicaz que él, y volviéndose al jóven, le dijo:

—Sobrado te arriesgate con aquellos bribones; y podía costarte caro el jugar con serpientes, cuyo aliento atosiga, y cuya mirada mata.

—¿Qué quereis? Fué una calaverada de que pronto debí arrepentirme, pues, á no haberme ayudado Dios, caía en el lazo.

—¡Virgen Santísima! ¿Y qué querian hacerte aquellos pícaros? ¿Tuviéronte acaso en sospechas de negro y querian matarte?

—Ahora lo sabreis: Llegó el carruaje á Terracina cerca de media noche, donde esperó que llegase la diligencia de Nápoles para trasladar los pasajeros y géneros; de estas diligencias la una vuelve á Roma con los pasajeros que proceden de Nápoles, y la otra á esta última ciudad con los pasajeros que vienen de Roma. Así siempre hay una buena hora de espera mientras están descargando y cargando los fardos, bultos, baules, etc., y este tiempo lo pasan los viajeros bajo de un ancho cobertizo, leyendo gacetas, ó mirando las estrellas. Paseábame sólo, envuelto en mi capa y con las orejas del gorro atadas debajo [del menton, cuando se me acercó el Perusino, y cogiéndome la mano y apretando la palma tres veces con el pulgar, me dijo:

—¿A qué sociedad secreta estás inscrito?

—A ninguna.

—No lo creo. Por cierta señal que hiciste á Ruffini con los ojos he conocido que perteneces á la Joven Italia.

—Ha sido casualidad: me gusta ser libre en mi



persona y en mis acciones, y no quiero ligarme con nadie del mundo: esto lo dejo para los búfalos que se dejan conducir por las narices.

—Te engañas en esto, pues somos libérrimos, y apenas damos el nombre á la sociedad, que ya gozamos de todos sus privilegios.

—Empezando por el de ligarnos por medio de terribles juramentos á la más ciega obediencia de personas que no conocemos, y que pueden mandarnos dar muerte hasta á nuestro mismo padre. ¡Oh! nunca seré tan loco que voluntariamente me encadené hasta tal punto. Luego decidme: ¿qué necesidad hay de afiliarse en las sociedades secretas para desear con toda el alma que nuestra Italia sea una verdadera nacion, ya por medio de confederacion, ya por unidad del poder? Yo creo firmemente que ninguna. El verdadero y genuino amor pátrio debe ser franco y público, y no debe subordinarse á la accion misteriosa de las sociedades secretas. En fin, amigo, creeria ofender á todos los nobles y generosos italianos, si me separase de la sociedad general para echarme en el insondable abismo de las secretas conspiraciones de unos pocos sugetos tan desconocidos, como el éxito de sus designios.

Al oír estas razones, al bribon le parecieron concluyentes, volviómé secamente la espalda; sacó un cigarro de la petaca, frotó un fósforo en la pared, y resguardándolo con la mano del viento fresco de marina, lo encendió y púsose á fumar y á pasearse arriba y abajo. De este modo mi ángel bueno me

libró de enredos, de lo que me alegré infinito, viéndome salir sin daño de tan pérfida insidia en que estuve á punto de enredarme. Puestos otra vez en camino, aquellos buenos pájaros dormitaban tranquilos, mientras decia yo mentalmente:—Ahora estos hombres duermen, y cuando despiertan su primer pensamiento es perturbar la paz del mundo, inspirados por el mismo demonio, y ocasiones hubo en que les tuve miedo.

Llegados á Fondi al amanecer, y luego á Mola de Gaeta y á Capua, en el poco tiempo que duraron estas paradas, todos los sectarios del contorno los conocieron por señas, y se hablaban y entendian con los ojos, y se animaban con un coloquio tan vivo y ardiente, que bien se veia comunicarse entre ellos un espíritu infernal. Llegados despues á una milla de Nápoles, comparecieron (por casualidad, por supuesto) en el mismo camino como divirtiéndose Petruccelli, llevando del braze á Cecilia, Zuppetti con Irace, Molica con Romeo, Mirillo con Santillo, y otros jefes de la conspiracion.

A cada uno de estos, ya Ruffini, ya el Cívico, ya el Perusino, dirigian gestos y señales, y nuevos saludos; echando desde las portezuelas á Romeo ó á Cecilia cartas y pliegos, que estos recogian del suelo y se los metian en los bolsillos sin abrirlos. En el despacho de las diligencias habia algunos empujones, y ciertos parlanchines con todas las trazas de conspiradores; los que se arrojaron al cuello de los tres, empezaron á besucarse y á darse tantos apre-

tonés de manos, que decían mucho.—Entonces el bribón del Cívico, habiendo acaso entrado en sospecha de mí, preguntóme en alta voz.—¿Y vos á dónde vais á albergaros?—En el palacio Ricciardi, contesté.

Debe saberse que José Ricciardi, sobre ser uno de los principales conjurados, acogía en su vastísimo palacio, que ántes fué de Gravina, á la flor de los alborotados; siendo allí á más el centro de las deliberaciones, y el asiento del comité secreto. Pero al lado de esa gente, en otras partes del edificio, habia hombres de bien acreditados y hasta de clara nobleza; quienes no sabiendo ni sospechando cosa alguna de semejantes tramas, vivian tranquilos en su casa. Entre estos se hallaba mi tia Nicolasa, hermana de mi madre, y yo tambien debia estar á su lado durante mi permanencia en Nápoles.

Apénas aquellos conspiradores oyeron que iba yo al palacio Ricciardi, cuando me rodearon, me colmaron de besos, de apretones de mano y de golpes de rodilla, que debian de tener mucha significacion en los misterios de la sociedad secreta. Por mi parte correspondia con rodillazos en el mismo lenguaje de huesos y de canillas. Mis tres compañeros de diligencia se dirigieron á la posada *del Globo*, y empezaron sin perder momento su empresa de encender los ánimos irresolutos de muchos, y unidos á muchos calabreses y cilentinos, ponian todos sus esfuerzos en llevar la conspiracion á los últimos excejos, y en arrojar hombres á la guerra.

Cristina Trivulzio Belgioioso presentábase en todas partes hecha una nueva Pentasilea, y tanto hizo y dijo y corrió y volvió y gritó, que al fin acaloró para ir á la guerra bajo sus órdenes á más de un centenar de hombres. Era de ver con su corpiño de terciopelo con cintas y sus calzoncillos corsos, hecha una verdadera capitana, con aire intrépido y denuddado; mayormente con su sombrero calabrés, que le caía sobre la oreja izquierda, y que por la sien opuesta dejaba escapar una hermosa trenza que se rebelaba contra la sujecion del tocado. Una hermosa pluma de avestruz ondeaba ligeramente á cada paso que daba y á cada soplo del aire.

Cierto dia, hallábame en el calé de Europa, en donde estaban reunidos muchos jóvenes napolitanos, sicilianos y de varias provincias. De repente entró la princesa de bracero con Romeo, y al llegar al medio de la sala, miróse rápidamente en los grandes espejos que adornaban las paredes, y viéndose en aire tan guerrero, se jaleó un poco, irguió la cabeza, quitóse un blanquísimo guante y lo arrojó al suelo con altivez, gritando:—Jóvenes de Par-ténope y de Trinacria, generacion de los Pelasgos y de los Sicanos, la sangre de los gigantes de Fiegra y de los Ciclopes circula por vuestras venas. La clásica tierra de Italia, madre de héroes, es esclava; ¿no ois sonar sus cadenas? ¿no veis la tristeza de su fisonomía? ¿no os atruena los oidos el clamor de su desesperacion? ¡Eal levantaos, recoged ese guante que ella os encomienda, volad á los campos

lombardos y despedazad sus grillos!

Observáronse unos á otros atónitos, pero ninguno se levantó, y ni siquiera la saludaron ni miraron; sólo algunos viejos maliciosos se hicieron señas, y con el pié tocaron al vecino por debajo de la mesa. La princesa sostúvose un instante á la misma altura del heroísmo, pasó revista con ardientes miradas á la reunion, y meneando la cabeza volvióle la espalda exclamando entre dientes:— ¡Cobardes!—y desapareció. Luego cada cuál bajó la cabeza y siguió tomando su sorbete, ó su granizado, ó su bola de nieve, como si dijesen interiormente:— ¡Viva la Italia! ¡viva la guerra! pero esto es más sabroso que las balas de cañon ó de fusil.

Al oír las noticias que les referia Felipe, Bártolo y las mujeres prorumpieron en un acceso de risa; luego se levantaron, y despidiéndose Adelaida, subió con Anita al coche para ir á San Dionisio.

luzes y desaparecieron sus rayos I  
— Observaron pues á otros ámbros, pero ninguno  
no se levanta, por alguna de las razones de arriba;  
y solo algunos otros raros se hicieron sentir, y  
con el del toron al punto por el paso de la mesa.  
La princesa sostuvo de instante á la misma hora  
de del toron, pero revista con ardientes miradas  
á la reyna, preguntando á cada vuelta la ex-  
plicitud de las cosas, — ¡Oh toron! —  
después. Luego cada cosa se le iba exponiendo  
que tocando su oído, ó en grande, ó en  
de paso, como si dependiese instantáneamente; — ¡Vaya!  
¡Tal vez la gente que está en esta sala de  
de los de canon ó de guerra, ó de guerra,  
— Atónitas miradas que se le iban dando, mirando  
y las miradas de repente en un momento, y  
fuego de revólver, y en palabras de Adán, in-  
dio con Ana al punto para ir á su D. Juan.

## CAPITULO XXXII.

ROMA EL 1.º DE MAYO DE 1848.

Entretanto que los cívicos romanos se disponían á hacer contra los croatas las proezas de que dejamos hecha mencion en parte anteriormente, el Papa quiso proveer á la desobediencia de haber pasado la frontera, trasladándose á la otra parte del Po á las tierras de Venecia, á pesar de haber mandado lo contrario. Asi se tendrá presente que habiéndose enardecido el pueblo en Roma, cogieron los estandartes tricolores y los enarbolaron en lo alto del Capitolio á vista de todo el mundo, jurando que no descansarían un instante hasta haberle plantado en la torre de San Esteban de Viena. Habiéndolo observado el Papa desde la tribuna del Quirinal, bendijo á la Italia, diciendo al mismo tiempo:—Que él con nadie tenía guerra, que todos los cristianos eran hijos suyos; que á todos los abrazaba con sus paternas brazos; que los voluntarios romanos po-

drian unirse á su milicia, que enviaba para que guardasen y defendiesen los Estados pontificios, y no para que pasasen sus límites.

Pero habló á los sordos. Aquella bendicion á la Italia, en concepto de los buenos católicos, eran ruegos del Pontífice para obtener sobre la Italia los excelsos dones, la gracia sobreabundante, la firmeza en la fe, la viveza en la esperanza y el ardor en la caridad, que elevándela sobre las demas naciones y hasta sobre sí misma, la presentase á los ojos de Dios con grande é incomparable magnanimidad, paz, concordia y emulacion en todas las excelsas virtudes, así espirituales como materiales. Bendicion que, elevándola más y más á la claridad de la eterna luz del Evangelio, la hiciese aun al presente maestra de la verdad para los pueblos, desde los más cercanos á los más remotos, lo mismo que en los siglos pasados; lumbrera para los ciegos que caminan entre las sombras de la muerte, y guia para los que se extraviaron del camino que conduce á la vida eterna. Bendicion que debia atraer sobre Italia el rocío del cielo, la fecundidad de la tierra, la poderosa y alta proteccion de los Príncipes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, la fuerza del invicto brazo del Arcángel San Miguel, campeón del excelsos, guarda de la Iglesia de Roma, espanto de los espíritus infernales, escudo de los creyentes y espada de fuego para los impíos. Bendicion, en fin, que debia devolver á la Italia aquella grandeza y dignidad que la elevara sobre las demas naciones



por la sublimidad del génio, por la disciplina de las artes y la fuerza de su brazo y de sus determinaciones.

Esto significata aquella grande bendicion de Pio IX, Pontífice Mximo de la Iglesia de Dios, dada á la Italia y á sus hijos; pero los ignorantes la comentaron, glosaron é interpretaron, dándole tantos significados, fines y propósitos, que dejaron muy atrás á los mismos glosadores de las Pandectas.—Bendijo á la Italia; por consiguiente maldijo al austriaco—hé aquí lo que deducian en la plaza Colona estos intérpretes, y si algun trastiberino meneaba la cabeza diciendo que la consecuencia era absurda, puesto que si uno bendice á su hija Nunciata, no se deduce que maldiga á su otra hija Felicitas: al punto se le presentaban cuatro jóvenes con sus bigotes, y se burlaban y hacian menosprecio de sus palabras.

—Bendijo la Italia;—luego bendijo las espadas, las lanzas y los sables de los italianos coligados.—Otro decia entre dientes:—Más necesario fuera bendecir los brazos que vibran las espadas, y más aún los corazones, para que no tiemblen dentro del pericardio.—¿Qué estás diciendo, infame negro? le decia un amigo de Ciceruacchio.—Mueran los austriacos decia otro.—Así va bien; que revienten los negros.

—Bendijo la Italia—por lo mismo debe esta obrar por sí para lograr su libertad, para ser una verdadera nacion. Esta vez que tiemble el croato, que

haya, y que ninguno se atreva á volver la cara á mirarla: es tierra sagrada, tierra bendita.—Por lo mismo que es tierra bendita, decia para sí algun anciano, la quieren tanto los extranjeros y la codician en términos que la pagarían á una libra de sangre el palmo.

A más de esto, los periódicos desde el Isonzo hasta el Sillaro dijeron tantas y tales cosas, que seguramente jamas hubo bendicion más bendita que aquella: y la hicieron volar de fila en fila, de cañon en cañon, de fusil en fusil, de manera que el verlo era una bendicion; pero el saco de bendiciones lo llevaban los cívicos romanos al Piave, á Livenza, al Silo y al Tagliamento, y las esparcian á puñados y á manojos como una lluvia. Y como todos huyeron, es preciso decir que perdieron la bendicion por alguna rotura del uniforme; ó bien al dejar á los austriacos dueños del campo, cayó en sus manos junto con las armas y bagajes, y la hicieron prisionera de guerra, guardándola con afecto y sirviéndose de ella contra los italianos, que la perdieran.

Todo el mundo sabe que de tres siglos acá empezando en Lutero y Calvino, siguiendo hasta Voltaire, y de este hasta Carlos Botta, se levantó el mundo contra la excomunion pontificia. Esos pobres Pontífices Gregorio VII, Alejandro III, Bonifacio VIII, Clemente VIII y por último Pio VII recibieron tantas excomuniones de los escritores por las que ellos lanzaron contra los Emperadores alemanes, contra Felipe el Hermoso, Enrique VIII y

Napoleon, que el sólo nombre de excomunion era tenido por delito por la presente civilizacion: ó mejor, podría decirse que en Roma reinaba el gran Sultan, y que un Papa no puede ya excomulgar, no diremos á un Emperador, pero ni á un simple soldado. Sin embargo, sucedió lo siguiente: Hallábanse reuni los comiendo en una fonda de la calle de *Condotti* seis alborotados (de los mismos precisamente que perorando al pueblo romano lo incitaban á la guerra.)

Estaban hablando magistralmente de los sucesos y circunstancias presentes de Roma y de Italia. Despachaban entónces un pastelón de macarrones de la Pulla, relleno de higado y de crestas y huevecillos de gallina, cuando Sterbini, que era el Rey de la mesa, dijo al mozo:

—Tráenos el *Madera*.

—Pronto, corre á la bodaga.

—No, bestia, este es el Burdeos: ya lo has servido dos veces: el Madera digo.

—Muy bien; y despues de los faisanes nos echarás el *marsalla*, y tras el esturion el *pellet*, que es nuestro Radetzki.

—¿Y el *Champaña*, cuándo le quereis?

—¡Oh! este es nuestro Carlos Alberto; nos lo darás el último, pues con su espuma y su sabor picante, parece hecho de intento para brindar por Italia.—Luego volviéndose á los comensales, dijo enjugándose los lábios:—Hemos de romper la cabeza á esos austriacos que han tenido la osadía de

salir de la ciudadela de Ferrara, y de alojarse en la ciudad como en casa propia.

—¡Cosas del día! exclamó Ciceruacchio, que estaba sentado al otro extremo de la mesa, en frente de S'erbini. ¿Y es verdad que esos bigotazos han tenido tanto atrevimiento? Es necesario enfiarlos á todos en el asador y hacer con ellos un buen asado. Y aún mejor será trincharlos con el trinchador de hacer salchichones; y haremos embuchados que llamaremos salchichones á lo Radetzki, morcillas á lo Nugent, chorizos á lo Wenden, longanizas á lo Jellachich, etc.

—Muy bien, patron, príncipe de los fondistas de carne por cuna tedesca. ¿Pero en dónde hallarías tal cantidad de intestinos para meterla?

—La cosa más fácil del mundo: se mata un batallón de jesuitas, y tendremos tripa para meter un ejército de croatos.

—¿Y las drogas?

—Estas nos las proporcionarán los Liguoristas, los Pasionistas y los Ignorantelos: tendremos un poco de canela en algun fraile de Santo Domingo: cuatro culantrillos, un poquito de hinojo y de clavos, para lo cual nos servirán los Sacerdotes del Vicariato, y la pimienta y la sal..... ¡Oh la pimienta y la sal la obtendremos de los reverendísimos Padres de la Santa Inquisición! ¿No será una cecina exquisita? Seguramente tendré despacho para toda la Italia: enviaré sendas cajas á Liorna y á toda la Toscana, á Génova, al Piamonte, á Milan y á Lom-

bardía. Llegaré á ser más rico que el duque Torlonia. ¡Viva la cecina austriaca!

Pero patron, dijo con voz meliflua y arreglándose los rizos en la sien el conde Mamiani: las entrañas de los jesuitas y las especies de los frailes y de los Sacerdotes, podrás tenerlas barato; pero en cuanto á esos jabalíes croatos, tienen unos colmillos muy agudos, sacan fuego y llamas por la boca, y gruñen y se revuelven tan fieros, que harlo te costará cogernos por las piernas, sacarles la sangre, y derribarlos para quemarles el pelo, abrirlos y sacarles la carne para las morcillas y embuchados.

Entonces Sterbini, algo ceñudo, levantó la cabsza y dijo con una gravedad de Catón: Para arrojar los austriacos, á más del invicto valor de las legiones romanas, es necesario un arma aguda, una espada de dos filos. ó la de fuego con que el Querubin echó del Paraiso á nuestros primeros padres.

—¿De qué Querubin habláis? dijo el fondista: ha pasado ya el tiempo de los Querubines; se les han arrancado las alas, y ahora les hacen otras en lo más alto de los cielos.

—Quiero decir, añadió el doctor, que no es tiempo de estarse con las manos en los bolsillos; y si no tiene el Papa á bien desenvainar la espada de San Pedro y dar suelta á los rayos del Vaticano, acabóse: los austriacos entrarán en las tierras de la Iglesia, y harán trizas de los Ferrareses, pues al presente están ya excomulgados. Pero no basta: Pio IX debe dar al mundo un ejemplar lanzando so-

lemnemente al Emperador una excomunion mayor, *latæ sententia*.

El Prelado prorumpió en una carcajada tan récia, que salpicó la cara de los comensales, y exclamó:—  
¿Eres tú, Sterbini? ¿Tú mismo?... Excomunion.....  
Pedro Sterbini... año 1848.

—¿Pues qué?

—Ese vaso de Madera le ha traído de España el génio de Torquemada y de Ximenez; no puede ser otra cosa. ¿Y esta excomunion en dónde se fulminaría?

—A la puerta del Vaticano, en la forma acostumbrada.

—Será necesario buscar en la sacristía de San Pedro los antiguos rituales de pergamino y quitarles el polvo: Ciceruacchio hará de facistol viviente, y vos y el conde Mamiani tendreis en la mano los cirios encendidos; y cuando el Papa haya pronunciado las tremendas palabras, responderéis Amen, y los apagareis conforme al rito.

—No estamos para bromas, monseñor: cada cosa á su tiempo. Esto no lo digo por mí; sino que esta misma mañana en el café nuevo de Picioni, y en el Circulo popular se pronunció unánimemente la palabra excomunion... (1).

—¿Pero qué dirá el mundo? Despues de tres siglos que se declama á voz en grito contra las exco-

---

(1) Parece imposible; sin embargo, el autor la oyó y otros la oyeron en Roma en aquellos dias.

muniones, se verá ferjar en el yunque del Vaticano una excomunion tan ardiente y aguda para fulminarla á la cabeza de un Emperador! ¿Y quién la provoca? ¿Acaso el Sacro Colegio? No, sino el Circulo popular, que fué el primero que hizo invadir el territorio austriaco.

—El Papa es Papa *hodie et nudius tertius*: por lo mismo Pio IX en conciencia debe conservar inviolable su territorio: Dios le dió á la Iglesia, y desgraciado de quien la toque.

—¡Véase que malignidad! no obstante he oido decir á menudo que Pedro Sterbini y comparsa esperan la ocasion para invadir el Estado de la Iglesia, y apoderarse del mando de Roma.

—Quien tal dice miente como un bellaco. Nuestro Galletti juró á Pio IX y dará por él hasta la última gota de su sangre en defensa del Pontificado; y yo daré la última gota de la mia, y por añadidura el sistole y diastole del corazon.

Miéntas que asi se acaloraban hablando de excomunion y de derramamiento de sangre, entró uno muy asustado y con los ojos que le salian de sus órbitas diciendo:—¡Somos vendidos!

—¡Cómo!

—¿Qué sucede?

—Sucede que, como ya sabeis, hoy el Papa ha tenido Consistorio secreto. Pues bien, todo se ha concertado: nosotros deliramos como niños por los futuros triunfos de nuestras legiones, por la pronta emancipacion de Italia, por la naciente libertad, por

la nacionalidad indisoluble y eterna... y todo se ha desvanecido como un sueño.

—Pero espícate, ¿acaso ha excomulgado al Emperador?

—Nos ha arruinado, hermanos, y nos ha echado encima una legía hirviente, que nos levantará ampollas peores que cien excomuniones.

—¿Pero en sustancia qué ha sido? al grano, al grano.

—El grano se halla en una alocucion sumamente dañosa para nosotros, que se ha impreso secretamente y se ha pegado á todas las esquinas de Roma.

—¿Pero qué se dice en ella?

—Se dice que el Papa no tiene ánimo de hacer la guerra al Austria.....

—Has leído mal.

—¡Yal He leído mal, ¿no es verdad?... Aguardad un poco, que he tomado copia con lápiz. Escuchad: «Pero deseando ahora algunos (¡algunos, dice! todos lo deseaban ménos los negros) que emprendiésemos la guerra con los austriacos, y con los demas pueblos y Príncipes italianos, creemos que es nuestra obligacion declarar en este solemne consistorio que esto dista muchísimo de nuestras intenciones (¿he leído mal, eh?); porque Nos, aunque indigno, ocupamos en la tierra el lugar de aquel que es autor de la paz y amante de la caridad; y conforme á la mision de nuestro apostolado, abrazamos con el mismo amor paternal á todas las gentes; pueblos y



naciones (¡Padre tambien de todos los austriacos!). Y sí, no obstante esto, algunos de nuestros súbditos se ven arrebatados por el ejemplo de otros italianos. ¿cómo podremos contener su ardor? (¡Oh, ya lo ha encontrado ese modo de enfriarlos, aunque sean más calientes que el hierro de la fragua del Tívoli!).

Al oír esta lectura dió Sterbini un puñetazo tan récio en la mesa, que hizo saltar los platos y volcó una botella. Monseñor lo miró fijamente con laire embobado; Ciceruscchio echó un par de votos redondos, con una multitud de blasfemias que dirigió á los Cardenales y á los negros, con tales gritos que parecia un furioso.—Son los malvados Cardenales, que han dictado á Pio IX esta maldita alocucion; pero su capelo no los salvará esta vez. ¡Mueran los Cardenales!

El conde Mamiani, al contrario, con su carita impasible:—¡Calma, dijo, hermanos, calma! Lo mismo que á todos vosotros os causa tanta grima y os saca de quicios, á mí al revés, me inspira una hermosa idea, una idea de las más halagüeñas.

—¿Qué es esto de ideas halagüeñas? ¡Ideas de sangre debemos tener, proyectos de horrenda venganza y muerte!

—¡Calma, repito por Dios, hermanos! pues veo que este alarde de Pio IX le va á costar muy caro. Yo veo en esto abierta de par en par la puerta á una nueva libertad, á nuevos intentos y á nuevas empresas; pero sed cautos, y no dejaremos de lograr el objeto y de llegar al fin.

adstige, quilli su de carpo con nos evolvo

—Decid, conde, ¿qué hallais de bueno en esto? Y mientras tanto la guerra sigue adelante á las mil maravillas. —

—Todavía no; pero si fuera ministro un Mamiani, (un Galleti... creed que puede renovarse la guerra con más fervor. Mientras tanto debemos contentarnos con lo presente. Vos, Sterbini, id al Corso, inflamad los ánimos: decid á gritos que hay una traición, excitad el furor en aquella buena parte de la Cívica que es enteramente nuestra. Tú, Cicero Ruacchio, recorre los montes, la Rogola y el Tras-tiber, llama á los tuyos; di que Roma está en peligro; que nos amenaza una reacción cardenalicia, que estamos en vísperas de caer de nuevo bajo las garras de Lambruschini y del Nardoni, y que los negros quieren matarnos á todos: vocifera, maldice, blasfema... anda, no hay que perder tiempo. Yo entre tanto corro á ver al senador Corsini, al duque de Rignano, y al ministro de la Guerra. ¡Sobre todo que haya juicio! ¡Adelante, Sterbini! y vos también, señor fondista; y vos, monseñor, ayudad á llevar la barca á salvamento: haced que trabajen los periódicos, que vomiten fuego y llamas; por lo demás descuidad en mí, y saldremos victoriosos sin falta alguna. Que cada cual atienda á su juego, y vaya á su respectivo destino. —

Sterbini, llegado que hubo á la plaza de España, subió al coche y se dirigió al Corso, y mientras que los caballos corrian á escape, él levantado de pie y apoyándose con una mano en un tirante, agitaba

con la otra un pañuelo blanco, y hacia señal á cuantos encontraba al paso y que desembocaban de las calles inmediatas, para que marchasen hácia el palacio Chigi. Simultáneamente, salia del estanco de Piccioni un enjambre de hermanos; el Café Nuevo arrojaba tambien un torrente hinchado y espumoso de las mismas: todos los corrillos y grupos que se habian juntado á lo largo del Corso á leer la allocucion, ó á maldecir de ella, se metieron en aquel torbellino que arrebatava consigo á cuantos bajaban á la calle desde las fondas y de los demas cafes.

—¡Al cuartel de Poli! (1) gritaba Sterbini,—al cuartel de la plaza de Borghese: pronto, vivo, corred, haced tocar llamada. Nos venden, nos asesinan! Pio IX está en peligro.—Pronto, re ito, al cuartel de la plaza de Venecia, al de los Santos Apóstoles.... Apoderaos de los primeros carruajes que encontréis; volad al cuartel de los Monte, á la Cancillería, á la plaza Farnesia.... Que el diablo os preste sus alas; no hay que perder un instante.... ¡A las puertas de Roma! ¡á las puertas digo!.... ¡al castillo!.... ¡Traidores! ¡malvados!.... ¡al castillo!.... ¡al cuartel de Pontel Y nosotros, el primero que llegue, que empiece el asalto.... Apoderémo-

---

(1) Algunos batallones de la guardia cívica de Roma tomaban entre el pueblo el nombre del lugar en que tenian su cuartel, como el del palacio Poli, el de la plaza Borghese, el de la plaza de Venecia, etcétera, etcétera.

nos de los fuertes ántes que los ocupen los Cardenales y bombardeen á Roma.

—¿Qué es esto? ¿Bombardearnos? ¿bombardear al pueblo romano, al pueblo soberano! ¡Picaros, infames!—¡Mueran los Cardenales!—¡Mueran los bombardeadores!

Por otro lado corría Ciceruacchio como un rayo; sembraba ascuas ardientes, introduciase en las tabernas, en los cuarteles de la guardia cívica y en ciertos rincones conocidos de él, en cuyas cuevas recogía á sus tigres, leopardos y dragones.—«¡Afuera canalla! ¡raza de perros, afuera gritad, bramad!—¡Mueran los Cardenales, mueran los Clérigos!—Luego fuese de un salto al Campo Vaccino de los explotadores de la beneficencia, en donde estaba la falangé sagrada, los velites de Satanás.—«¡Arriba al Corsol deciales, reunios y gritad, pedid, impacientaos.—Vosotros, id á la bajada del Capitolio; vosotros á la plaza Montanara, y vosotros al foro Trajano y á los Santos Apostóles. ... Esta tarde tendreis una bota de vino, y ademas pan y queso.—¡Pronto, pícaros, manos á la obra!

Hacia dos dias que Roma se hallaba en el mayor trastorno. Los mas furiosos de la Guardia cívica corrían por la fuente de Borghese, por el Orso, y otras partes y se amontonaban en el puente de San Angelo hácia el Castillo.

—¡Quién vive! grita el centinela.

—La Cívica romana.—Pronto, el oficial del puente.

—¿Qué quereis? dice el oficial.

Orden de Pio IX de que nos juntemos á vosotros para la guardia del Castillo.

—¿Veamos la órden?

—La hemos recibido de viva voz..... Palabra de honor... Oficial, vamos de buenas, pues somos hermanos.

—Adelante, entrad.

Entran atropelladamente, arrojan de su puesto al centinela, y dos se plantan de facción: los demás entraron por el puente levadizo, ocuparon el antemural y pasaron al fuerte. Luego van llegando otros, de tres en tres, ó de cuatro en cuatro, á la desbandada, y engruesan así la guarnicion: todo el fuerte quedó suyo. Era cosa de ver á aquellos héroes del penacho colorado pasearse por los muros, estacadas, terrapienes y demás obras del castillo de San Angelo: hinclados, erguidos y tiesos, miraban con ademán amenazador á la pobre ciudad de Roma, como enseñoreándose y haciéndola temblar á cada sacudimiento de sus terribles cimbras. Con menos altanería la contempló en su tiempo Atalarico con sus visigodos; Gensericó con sus Vandalos, y Atila con sus Hunos y Alanos. A mano derecha contemplaban el Vaticano, y extendiendo el brazo triunfante, decían:

—Eres vencido.

Volviaa á la izquierda la vista, y señalando con la punta del sable el Quirinal, exclamaban:

—Pio IX es nuestro.

En los cuarteles mas inmediatos á las puertas se plantan al mismo tiempo varias banderas: envian los centinelas á las oficinas de la aduana y al cuartel de los dragones, diciendo ser órden expresa de Pio IX, del senador, del ministro de la Guerra, que se cierran las puertas de Roma; y la ciudad en pocas horas queda cerrada, sin que nadie pueda entrar ó salir de ella: el que está fuera, en vano llama; y el que está dentro, no puede acercarse.

—A la espalda, nadie pasa: atrás.

—Pero si tengo fuera el baul, mi mujer y mis hijos.

—Atrás.

—Tengo asuntos urgentísimos.

—Atrás.—Pero yo soy de Tivoli.—Y yo de Monte Porcio.—Y yo de Frascati.—Y yo de Monte Rossi.—Y yo de Viterbo.—Atrás, atrás; y cada cual á pesar suyo tuvo que dar la vuelta á su casa si era romano, y á la posada si era forastero.

Sucedió precisamente aquel dia que el Arzobispo de Tuam, con otro Obispo, que era el de Irlanda, y hacia algunos dias que se hallaban en Roma, quisieron salir por la puerta Salara para ir á la pequeña quinta del Colegio Ibérico. Así que el coche en que iban llegó á la puerta, hé aquí que un cívico gritó al cochero:—Atrás.

El cochero contestó:—Abrid al Arzobispo de Tuam.

—Atrás os digo.—Y se planta delante de los caballos, poniendo atravesado el fusil á modo de bar-

rera; sin pensar el imbécil la inutilidad de esta maniobra cuando la puerta estaba asegurada con grandes cadenas y enormes candados: hasta que lo advirtió el mismo cochero diciendo:—¿Qué haceis con el fusil atravesado? No temais, señor soldado, ¿no veis los candados que aseguran la puerta? ¿ó temeis acaso que los caballos salten á pié juntillas por encima del castillo?

Entónces el Prelado se asomó á la portezuela y dijo:—¿Qué haceis allí? Abrid la puerta.

—Para nadie se abre, contestó el centinela.

—¿Cómo que no se abre? ¿En dónde está el oficial de la guardia?

—Aquí me teneis.

—¿Por qué causa se impide á los ciudadanos que vayan á sus negocios?

—Es la orden.

—¿Y quién os ha dado esta orden? ¿estais locos?

—Monseñor, el soldado cuando está de faccion, no conoce á nadie más que á su consigna.

—¡Ah villanos disfrazados con yelmo y uniforme haceis el guapo con los Cardenales y Obispos, porque estos no pueden oponeros otras armas que la cruz; pero si tuvieseis que habéros las con cuatro húsares austriacos, ya veriais! ¿Y es esta la libertad que pregonais? ¿Libres con las puertas cerradas? Y vosotros, cívicos romanos, que habeis jurado al Papa sostener el orden y proteger las haciendas y á las personas, vosotros sois los primeros enemigos de Roma.

Luego, habiendo levantado la cabeza hácia el cochero, le dijo: Vuelve á mano izquierda hácia la puerta de Pincio, que no se diga que el Arzobispo de Tuam, que con tanto ardor defendió la verdadera y santa libertad del pueblo irlandés ante las Cámaras de Inglaterra, haya vuelto la espalda á estos soldados de carton.—En efecto, el Arzobispo bajó por el Pincio para tener el gusto de decir cuatro frescas á los perdonavidas de la puerta del Pópolo.

Miéntas tanto el conde Mamiani no permanecía ocioso; sino que se le metió en la cabeza que era la ocasión de hacer un ministerio lego; y no se detuvo hasta haber inculcado á los conspiradores la idea de gritar que querian un ministerio liberal. El Papa mantenía con firmeza su resolución de no querer la guerra, y desvanecía cuantas razones en contrario le propusieron algunos, que le fueron enviados para desviarle de sus altos designios, entre los cuales se le presentaron dos representantes de Toscana y de Cerdeña, que recibieron del Papa una reprension que no les debió hacer mucha gracia. Agitábanse otros muchos á impulso de Mamiani y de continuo aturdián los oídos del Santo Padre, quien estaba sumamente aburrido viendo tal persistencia. Decíanle que atendiese á la furia del pueblo, á los ímpetus de los padres, á las ánsias de las madres y á los alaridos de los hermanos.

Su alocucion era santa y digna del Vicario de Jesucristo y Padre de los fieles, de quien tambien eran hijos los romanos; no obstante, decian, hételos



en la otra parte del Pó, en el territorio austriaco, con enemigos en frente; y cuantos caigan en las uñas de los austriacos, otros tantos serán despedazados, ó á lo ménos ahorcados como asesinos; puesto que tras una declaracion tan manifiesta del Príncipe, de que no quiere la guerra, los romanos no pueden ser, ni siquiera llamarse, soldados. Reúnase un ministerio lego compuesto de hombres queridos del pueblo romano: que como Papa aborreciese la guerra, pero como Príncipe que la dejase hacer á sus ministros; pues existian en Roma por fortuna hombres de gran talento y de alma grande.

Él les miró con entereza, y respondió (sin vacilar:—Para que los voluntarios romanos no sean mirados por justa razon de guerra como bandidos en concepto de los austriacos, enviaremos legados al campo del Rey Cárlos Alberto, para que los reciba bajo sus banderas, los haga reconocer públicamente por soldados auxiliares del ejército sardo, y se hallen en todo bajo sus órdenes. De esta suerte los voluntarios nada tendrán que temer de los austriacos: que aguardasen sus decisiones.

—Padre Santo, sois el ángel del consejo; vos sólo disponeis de los destinos de Roma y de Italia: no teneis necesidad de consejeros: decid vos mismo vuestra voluntad.

El Pontífice se mantuvo firme. Estas embajadas eran continuas: el Círculo popular esperaba rabian- do, y la guardia cívica zapaba aquella roca de Minerva. Al fin vuelven los parlamentarios diciendo

que el Pontífice se muestra inmutable y que dice que responderá mañana.

—¡A la Polvorera! grita una voz.—¡A la Polvorera! responden otras ciento:—y una multitud de cívicos sube á los coches y corre al asalto de la Polvorera, en la puerta de San Pablo. En aquella época Roma dió admirables ejemplos á Europa de estos cómodos asaltos emprendidos en coche: nueva estratégica digna de los vencedores del mundo. Los antiguos romanos marchaban á pié, venciendo los obstáculos y escabrosidades de los Pirineos, las nieves y los hielos de los Alpes, las abrasadoras arenas de la Libia; pero los descendientes de aquellos héroes corren á los triunfos en coche, con el fusil entre las rodillas, fumando su cigarro, deteniéndose en las tabernas, y apurando botellas.

Sí, pero el asunto de Roma era un caso sério; y no hay más que leer unos pasajes de *La Epoca* para conocer toda su gravedad. Así la señora *Epoca*, despues de haber dicho que el pueblo lleno de su dignidad, convencido de la grandeza de su situación, habia declarado su voluntad y decretado—**LA INDEPENDENCIA DE ITALIA Á TODA COSTA**—añadía: «Reúnesé á eso de las diez el respetable número de 1500 personas; eligense cinco ciudadanos, que presenten varios proyectos relativos á lo que debia establecerse. Exteriormente, el Casino (del círculo popular se entiende) se halla circunvalado por la guardia cívica sobre las armas, y por un pueblo inmenso. El asunto tiene el carácter im-

ponente de un pueblo que decide con firme voluntad de su destino. (¿Y el Papa no debe entrar para nada? ¡esto es admirable!) Todos los miembros de la reunión se hallan alineados en un vasto semicírculo, y el presidente y diputados ocupan un banco delante de todo el pueblo. (¿No se parece esto al congreso de los dioses en el Olimpo que nos describe Homero?) Al lado hay un piquete de la guardia cívica mandado por Miguel Brunetti (*Ciccrucchio*), y se abre la discusión en medio de la mayor calma.

¿Sabeis el asunto que se discutía? ¡U. a friolera! El conde Mamiani tenía poderes del pueblo (no por insinuación del mismo señor conde, esto ya se sabe), para presentar al Papa un memorial, en que se pedía la formación de un ministerio enteramente lego, y de principios enteramente liberales.—Ya puede uno figurarse que el conde Terencio, que ni es del todo lego ni del todo liberal, no podía ser nombrado ministro, y por lo mismo no salió ministro el señor conde.

Sobre esto *La Epoca* dijo maravillas, habló de prudencia política, de sabiduría civil, del pueblo generoso y noble, y de almas sublimes y magnánimas; veía para Roma una nueva era: con sus miradas de águila penetró hasta más allá del Po; vió victorias en lo presente y triunfos para el porvenir, desgarrando el velo que oculta los grandes y profundos arcanos de lo venidero.

Peró cuidado con desgarrar el velo; pues aunque

dice el periódico que lo desgarrá, sin embargo, lo dobla y redobla, de modo que la vista más lince no puede traslucir nada. El velo no se rasga en Roma á los ojos del Pontífice, á quien se ha hecho traición, ni del pueblo romano, á quien se ha engañado, sino que se corre y abre en Nápoles. Así, pues, véase en el periódico *El Tiempo*, en su número correspondiente al 6 de Mayo, donde dice: «Ayer publicamos una carta de Roma en que se expresan las dudas, temores y nuevos deseos que agitan á aquel pueblo casi abandonado de su Pontífice (¡abandonado! ¡esto sí que es nuevo!); y ya ese pueblo corre tras unos deseos que pudieran llamarse desenfrenados, si no los justificase la dura y difícil situación en que se encuentra. Háblase ya de separar el poder civil de la autoridad eclesiástica; trátase de constituir un Gobierno provisional, y de la necesidad de que el partido radical suba al poder para salvar á Italia.

Esto es rasgar el velo de los misterios; por otra parte rasga un pedazo el periódico *la Palas*, y nos demuestra quién fué la causa de tanto trastorno, diciendo rabioso como una lavandera de Ponteroto:— «El pestilente hálito de la hidra austro-jesuítica formó una nube satánica, que nos ocultó el sol de Roma, de Italia y del mundo; pero esa hidra infernal caerá bajo la clave de un Hércules invencible. (¿Quién será este Hércules? ¿Mamiani acaso? ¿Sternini? ¿Mazzini? Será nada ménos que la República.) Vergüenza eterna, ódio inextinguible á los hi-

pócritas, á los viles é infames conspiradores.

Al mismo tiempo en el café de Bellas Artes una especie de Catilina de un salto se encaramó á una mesa de mármol, y se puso á gritar desaforadamente:—«Romanos, somos vendidos; pero para descubrir los traidores y la traicion, el mejor medio es apoderarse de los secretos del correo. A más; que se vaya á la administracion, y recojamos cartas, despachos, pliegos, etc., luego veremos y leeremos las diabluras que se escriben los Reyes, los embajadores, los nuncios, los legados, los cónsules y todos los demas tiranos y verdugos de los pueblos.

—¿Hasta las cartas del Papa? gritó una voz.

—Las del Papa han de ser las primeras que se lean, luego las del Cardenal secretario de Estado, y las de los de las Cardenales.

—Sea enhorabuena: ¿y tambien las que vayan dirigidas al Cardenal penitenciario?

—Tambien: en una palabra, todos.

—Muy bien: ¡Qué grandes pecados veremos!...

En medio de aquel desconcierto hubo un hombre franco que exclamó:—«Esto es una infamia, un acto detestable: el secreto de la correspondencia es sagrado é inviolable. El derecho de gentes está asegurado y garantido por el sello, y el que lo rompe es un infame, un traidor, enemigo de la seguridad y de la libertad civil.

—¡Qué libertad ni qué seguridad! Los tiranos no son dignos ni de una ni de otra: así, ¡al correo hermanos!

—¡Al correo! ¡Al correo! gritaron aquellos furiosos. En efecto, una nube de facciosos corrió á la administracion de correos.—Vengan las cartas, dijeron, ó aquí sois muertos todos.—Los empleados de la administracion debieron entregarles las cartas, como el caminante su bolsa á los ladrones. Cada cual se llevó cuantas pudo en las faltriqueras, en los sombreros, y donde mejor pudieron.

—¡Al Capitolio! Que se abran en la tribuna, y léanse desde allí al pueblo: el pueblo tiene derecho de saber las traiciones de sus tiranos.—Allí Ciceruacchio y los demas alborotados querian obligar al senador á cometer esta felonía.

Indudablemente que desde la fundacion de Roma jamás vió el Capitolio tanta prevaricacion, ni fué manchado con tantas vilezas. El pueblo romano arrastró allí varias veces por las gemonias á sus Emperadores; pero aquel fué un furor ciego y repentino, producido por imprevistas tempestades, y no fueron perfidias de secta, frias y villanas, como la de que tratamos. Nuestros descendientes no lo creerán, como tampoco los demas excesos que se refieren en esta relacion; tanto ménos cuanto que hasta los presentes nos escriben de diferentes puntos de Italia que nos complacemos por aborrecimiento y espíritu de venganza en cargar demasiado la mano, y en referir cosas exageradas, pintándolas con falsos colores, y presentándolas bajo un aspecto burlesco y loco, como para hacer reir á los lectores.

Sin embargo, no dicen esto mismo los romanos, puesto que fueron testigos presenciales de semejantes monstruosidades, tan fuera de la naturaleza y tan sensibles para todo el pueblo cristiano y civilizado: ellos, pues, aseguran en alta voz á la Italia que nuestra relacion no pinta ni describe la milésima parte de los desafueros cometidos en Roma durante aquellos dias. No puede tampoco decirse que escribimos por resentimiento ó por venganza: pues en toda esa dolorosa relacion sólo repetimos lo que los conspiradores de Italia obraron á la luz del dia, públicamente, en presencia de Roma y de Europa, vanagloriándose, alabándose por ello, publicándolo con jactancia y como un triunfo en todos los periódicos de la Peninsula, con un estilo tan hinchado y campanudo, que al leer cosas tan despreciables y locas, no puede evitarse un sentimiento de indignacion, de lástima ó de risa.





## CAPITULO XXXIII.

## UN DEBENGAÑO.

Oh! en cuanto á mí decia (Bártolo al Sr. D. Fernando en el locutorio de San Dionisio, á donde fué á ver á Elisa, quien tendrá presente el lector que habia pedido permiso para ir á pasar algunos dias al lado de sus buenas y queridas madres), en cuanto á mí, Sr. D. Fernando, en verdad no sé dónde tengo la cabeza: hace dos dias que Roma puede compararse á una enferma que se agita en medio de las más crueles convulsiones. Despues de calmarse un poco, se mira con ojos entre alegres y desmayados; pero luego, sin saber por qué causa, cierra los dientes con un rechinauiento y crugimiento terribles, aprieta los puños, menea la cabeza, apuntala las rodillas, enarca el cuerpo y despide unos chillides cual si estuviese espiritada. Aquella tarde del 29 de Abril parecia que iba á hundirse Roma y el Corso en el infierno abierto á sus piés.

Toda la noche fué terrible; de suerte que hasta las tres de la mañana no pude entregarme un rato al sueño.

—Si todo ello no hubiese sido más que ruido, dijo D. Fernando, ménos mal; pero es muy diferente, y no extrañaria que de hoy en adelante vayan empeorando hasta tal punto las cosas, que al fin Roma quede desierta.

No lo permita Dios. El lo parece ser uno de esos trastornos y alborotos que sobresaltan á Roma, y que luego caen por sí mismos; pues ya conocéis el carácter de los romanos: despues de mucho alborotar, de modo que parece haber llegado el fin del mundo, luego cada cual se aplaca y acude á sus negocios, quedando todo tranquilo como una balsa de aceite.

—Ya vereis, Bártolo, si sucederá tal como lo digo. No es esto una broma: sino que va á salir un demonio de la casa de la Joven Italia; por cada diez romanos hay lo ménos cien forasteros que van soplando el fuego, y estad cierto que los romanos, dejando su buen natural, se entregarán á los actos más brutales. El del cardenal Canciller vale ya por todos.

—¿Pero qué tiene que ver en esto ese ilustre purpurado? Yo sé que los hermanos le quieren mal, puesto que el día 31 con un pedazo de papel pegado de noche á las esquinas del Corso, los desbarató como el viento esparce el polvo.

—Ya veo que estais muy ignorante de lo que ha

tenido lugar hace dos horas. Ya sabeis que el Papa, habiendo oido ciertos gritos de muera contra algunos Cardenales, les llamó á Palacio. Uno de los más respetables, apénas atravesó el Corso; que una turba soez de hombres atizados por los satélites de Ciceruacchio empezaron á dar silbidos y á arrojarle todo é inmundicias, y empezaban ya á volar las piedras, cuando el cochero puso el tiro á galope y fué como un rayo por la calle de Condotti. Según aquellos furiosos, ¿no diriais quién iba en aquel coche?

—Un espía decian unos.

—No; un austriaco disfrazado, gritaban otros.

—Quería pegar fuego al café Nuevo.

—¡Desgraciado!

—Ha dado muerte á una criatura.

—¡Infame! ¡a él! ¡cojerlo á ese austriaco!

Yo me dirigí á la bajada de *Capo alle case* y ví un coche que huía perseguido por algunos pilluelos que gritaban:—¡Detenerle!—Pero el cochero hacia caer una lluvia de latigazos sobre los caballos, y corriendo como el viento, dejó detrás de sí á mucha distancia una oleada de gente que pcr instantes se aumentan de un modo horrible. En las dos carnicerías, los cortantes, los vendedores de leña, los revendedores, gritaban y salian de las tiendas preguntando:—¿Qué es esto? ¿qué hay?—Un austriaco.—A él todos.—Tado el mundo salia á la ventana, arrojábase á las puertas, las mujeres en medio de aquella apretura de gente levantaban al aire sus

criaturas y corrían, ó mejor eran arrastradas por el gentío, que se asemejaba al mar enfurecido.—¡A él!—¡Muera!—Es un incendiario.—Al fin sólo con grandísimo trabajo pudo el feliz Cardenal llegar á ponerse en salvo detrás de los jardines del Papa.

—¿Qué me cuentas, Sr. D. Fernando? ¿Qué indignidad! ¿Y es posible que en Roma se cometan semejantes excesos?

—Hombre esto es nada en comparacion de lo hecho en el palacio de la Cancillería. Habiendo Su Santidad llamado al Cardenal, envióle el coche en que iban monseñor mayordomo y un camarero secreto, para arrancarlo de las manos de los cívicos, que lo miraban como su prisionero. Apenas asomó el coche á la plaza, que salieron aquellos del cuartel, y se alinearon delante de la portezuela, y apuntando las bayonetas, gritaron:—Detente: aquí no pasa nadie.

El señor mayordomo dijo: que tenia orden de Su Santidad de llevarse al Cardenal á su palacio. Entonces se adelantó un temerario, segundo ayudante, y respondió con la mayor insolencia:—¿Es una orden escrita?—Monseñor le contestó noblemente que cuando el Papa envia su mayordomo en persona y con el hábito de tal, nunca da las órdenes por escrito.—Pues sin orden nadie pasa.

Quando el Pontífice tuvo noticia de semejante violencia, hizo llamar al general de la Guardia cívica, y le encargó que le llevase el Cardenal. El general subió al coche acompañado de un Prelado,

y se dirigieron al patio de la Cancillería, y llamando al capitán de la guardia, le notificó la orden de Su Santidad. Mientras que el capitán se disponía á responder, el teniente que habia intimado el arresto del Cardenal, le interrumpió diciendo en tono brusco:—¿Qué Papa ni qué?... El Cardenal es un traidor y nuestro prisionero.

—Pero señor oficial, señores soldados, tengan ustedes juicio: esta orden procede del mismo Soberano, y es cosa decidida: quiere tener al Cardenal junto á su sagrada persona: sean Vds. romanos y no se obstinen en resistir.

—No, no saldrá.—Entonces el general, mirándole de soslayo, le dijo:—Veremos quién se atreve á tirar á mi pecho cuando lleve á su Eminencia.—Y aquel desdichado añadió:—Firaremos á ámbos.—Luego dió una ojeada á los demas, quienes corrieron á tomar los fusiles, y se arrojaron á las escaleras, á las tribunas y á las puertas con las bayonetas armadas; de manera que el Cardenal no salió de su aposento, como el mejor partido que podia tomar. El general se volvió irridadísimo en medio de los gritos y silbidos de aquellos alborotados.

—Sabreis, amigo Bártolo, que en aquel gran palacio de la Cancillería hay una escalerilla secreta, para librarse por ella en los casos apurados que pueden acontecer á los grandes señores. A uno de los oficiales de guardia, que conocia á palmos el palacio, le ocurrió la idea de dicha escalerilla, cuya existencia ignoraban completamente todos aquellos

furiosos: este hombre bárbaro, en lugar de dejarla libre y desembarazada, movido á compasion por su Eminencia, á fin de que pudiera escapar, muy al contrario, cometió la villanía y la crueldad de enviar á ella cuatro soldados con órden de ensartar á bayonetazos al Cardenal si intentaba franquearse el paso y huir.

Al oír Bártolo semejantes sucesos, rabiaba, se agitaba en la silla, cogíase á la reja del locutorio; que hacia temblar con sus apretones, y ya miraba á Elisa, que acababa de bajar á verle, y ya hacia señas y echaba significativas miradas á la superiora.

—¿Qué tal os parece este, amigo? Vos que tanto exaltábais á la Guardia cívica, ¿cómo podríais crser que entrasen los sectarios á corromperla y á extrañarla hasta ese extremo? En este mismo instante, las casas de los Cardenales están bloqueadas y á nadie se permite la salida. Yo mismo al venir aquí he visto dobles centinelas en las puertas de los palacios y en todas sus salidas; vos mismo podreis verlo al volver á vuestra casa.

—Entónces me voy á Albano: Elisa, arréglate y disponte á acompañarme, pues quiero apartar de mi vista unos espectáculos tan dolorosos para mí.

—Muy bien: ahora hablais como un hombre.

—Creedme, D. Fernando, que cada dia voy viendo más claro. Elisa, arregla tus cosas, que mañana por la mañana vendré por tí, y despues de hacer una visita á la tia, nos iremos á disfrutar algun sosiego en la quinta de Albano.

Miéntas tanto los demagogos estaban rabiosos por obligar al Papa á desdecirse de su alocucion, ó al ménos á declarar que el nuevo ministerio continuaria la guerra de su propia cuenta. Pero la roca del Vaticano se resentó incontrastable: Pio IX. ha pronunciado palabras propias del Pontíficemáximo, y su palabra no cede en un ápice. Ha dicho Paz, y habrá Paz.

En efecto, Su Santidad hizo escribir al comisionado que habia enviado al campo real que indujese al Rey á declarar por suyos, admitiéndolos bajo sus banderas, á los voluntarios romanos; y al mismo tiempo envió un nuevo legado al Rey y al campo imperial con el fin de entablar pláticas y condiciones de paz. ¿Qué más podia hacer el Pontífice en medio de tanta perturbacion de cosas, de tanto furor en los partidos, y de tantos desórdenes, promovidos por los que se habian conjurado para su dañe? El Rey proclamó en todo el ejército por suyos á las milicias romanas; y ningun soldado ó voluntario cayó prisionero de los austriacos que no recibiese las atenciones de buena guerra.

No obstante, á fin de aumentar la alarma y encender más y más la rabia de los alborotados de Roma, se inventó y se propagó la fábula de que el pintor Caffi, belunés, q e habia partido con las legiones con uniforme de guardia nacional romano, habiendo caido prisionero en poder de los austriacos, fué clavado por el cuello al tronco de un árbol, y que por mofa se le habia puesto en el

pecho un cartel que decía en letras grandes: «Así son tratados los guardias cívicos romanos.»—Mientras tanto, el bueno de Caffi estaba fumando tranquilamente su cigarro en el campo, y escribía á sus amigos de Roma que jamas estuvo mejor ni más alegre. Por otra parte, todos los prisioneros hechos por los austriacos en los encuentros del Isonze, de Livenza y del Tagliamento ponderaban hasta las nubes el buen trato que recibían de sus generosos enemigos.

Pero volviendo á hablar de la alocucion del 29 de Abril, continuábase en Roma el pérfido plan de dar á entender que no fué espontánea del Pontífice, sino que los conspiradores le habían obligado á desafiar la ira de los enemigos del Austria negándose á la guerra: así la *Palas* inventa de improviso la conspiracion de Ancona; y aunque fué desmentida á los dos ó tres dias, no obstante, logró el objeto que se habia propuesto el que la publicó:

«Ancona 29 de Abril (la misma fecha de la alocucion.)—Tenemos una conspiracion fraguada aquí para favorecer al partido austriaco. Por denuncia muy circunstanciada de un cazador de línea y de un artillero, quien se supone que dijo haber estado encargado de dar fuego á una mina, nombrando la hora y las personas, fueron presos á las cinco de la tarde del 28 por los cívicos, los siguientes sujetos:

Savini, capitan de dragones retirado.—Schiatti, capitan, comandante de artillería.—Landini, te-



niente, comandante de ingenieros.—Chiese, empleado en el tribunal de primera instancia.—Castegoni, comandante de la darsena, etc., etc. Inútil es que digamos que todos estos nombres eran de personas de bien, francas, fieles y adictas á su Soberano, pues solo los hombres de esta clase eran odiados del periódico la *Palas*.

—¿No veis si hay una conspiracion? gritaban en el Corso los satélites de Ciceruacchio.—¿Ved si hay traidores! ¿Lo entendeis? Querian minar la Roca de Ancona, y sepultar bajo sus ruinas á los defensores de Italia. ¡Pérfidos, infames! ¡Mueran los conspiradores!—¡Mueran los negros!—Son los Cardenales que aborrecen la independendencia.—Ellos son los que pagan las traiciones con el dinero del Austria.

Otros gritaban en los círculos:

—¿Queremos un ministerio liberal! ¿Se ha nombrado todavía?

—Ya está escrita la lista de los ministros.

—¿En dónde?

—En los libros de la secretaría de Estado.

—Queremos saber sus nombres.

—Sí, sí, gritó uno que acababa de entrar. Los ministros están ya nombrados, y esta tarde los veremos.

—¡Vivan los ministros! — ¡Viva la guerra! — ¡Guerra!

—Pero si al mismo tiempo el Papa no se retracta, nuestros valientes estarán desanimados, y en sus corazonas se apagará hasta la última chis-

pa del fuego marcial: se habrá perdido el heroísmo romano; y quien tendrá de ello la culpa será el Papa.

—La culpa será del Papa, y las causas nos las explicará *La Palas* á su modo, en términos que las oirán los sordos. Así primeramente nos participa que las legiones eran una reunion de gente divertida, pero impropia para sostener las fatigas de la guerra, la cual marchó al Pó, revuelta é insolente, despreciando las órdenes de los comandantes, la disciplina militar, el honor de italianos, el pundonor guerrero y el afecto y confianza en sus jefes: circunstancias todas sin las que nadie puede ser valiente en las acciones de guerra. Véase ademas el número 216 del mismo periódico, que dice:—«Recebimos muchas cartas de la legion romana, en que se quejan de los oficiales sus cohermanos (¿por qué no son sus superiores?) porque (dicen) olvidando que por nosotros fueron elegidos, se apropian tal aire de superioridad, que ántes promueven la risa que inspiran respeto.

No elviden que somos soldados no como quiera, pues muchos pudieran enseñar sus deberes á los mismos oficiales, y que tarde ó temprano podemos arrepentirnos de haberles elegido y en consecuencia desecharlos.» ¡Qué gusto mandar á unos soldados tan bien dispuestos á la obediencia. Y si con tan admirable disposicion á la disciplina, son derrotados por las tropas de Nugent, que en este concepto son un modelo, entónces toda la culpa la tiene la alo-

cucion del Papa. En el número 209 añade *La Palas* una noticia de los actos reprobables cometidos en Terni, de la indignacion del general Ferraxi, de la discordia entre los oficiales, de la grande ambicion de los jefes y del descontento general de las legiones.

En el número 211 nos dice claramente, «que los valientes cazadores están muy disgustados de algunos de sus jefes... En Otricoli, con motivo de una contienda sobrevenida entre dos jefes, protestaron, etc., etc. (Si ya esto sucede en Otricoli, ¿qué será en Ferrara? ¿qué en el campo de batalla?) Los voluntarios están muy disgustados de que se guarden consideraciones en las promociones de grados.

En el número 215 y en otros el mismo periódico da tales informes, que con ellos pudiera trazarse la más completa historia de aquella campaña; y cuidado que *La Palas* doraba siempre de una manera brillante los gloriosos hechos de la Joven Italia.



## CAPITULO XXXIV.

### LA QUINTA DE ALBANO.

El día 4 de Mayo á las ocho de la mañana, hallándose las puertas de Roma abiertas y desembarazadas de los rígidos guardias, salió Bártolo en compañía de Elisa hácia las alturas de Albano. Elisa hallábase aún muy conmovida por la nueva separacion de sus queridas maestras y amigas, que le hicieron gozar durante los dias de retiro de una dulzura celestial, desconocida de las jóvenes que viven en el mundo, seducidas por sus halagos y desprovistas de la virginal sencillez que infunde el gozo más puro en lo íntimo del corazón de las jóvenes. Noble doncella que acaso lees este libro, si tu alma conserva todavía el candor, sabes si digo verdad, y comprendes todo el sentido de mis palabras, por lo que me bendices y sientes la más viva inclinación á Elisa, que tantas virtudes tiene de las que animan á tu inocente corazón.

Elisa, en aquella morada de la paz, donde habia pasado su infancia imbuida en santas y dulces ideas de piedad, veneración y fe, y donde habia fortalecido nuevamente su alma debilitada y distraida por el venenoso aliento de las conversaciones mundanas, al llegar hoy á la pequeña quinta de su padre, le pareció más hermosa, más frescas, vivas y olorosas las flores, más verdes y lozanos los árboles, y más tiernas las yerbas y las plantas; el cielo más bello y trasparente, más alegre y bullicioso el canto de los pájaros, más límpidas y argentinas las fuentesillas; puesto que la pureza del corazón al parecer se refleja en todos los objetos de la naturaleza. Era esta la primera vez que se hallaba en casa sola y sin la compañía de Polisena, cuya muerte lamentó y le arrancó sinceras lágrimas, y cuya conversión le habia hecho aun más querida y agradable su memoria. Un corazón bondadoso olvida muy fácilmente los agravios y culpas ajenas, y así Elisa habia olvidado completamente las pérfidas insinuaciones de su falsa amiga; y si alguna vez recordaba alguno de aquellos gestos desdeñosos ó de burla con que miraba Polisena su devoción, principalmente á la Virgen Santísima, tenia por ello Elisa un gran pesar y se confundia, diciendo:—Dios haya perdonado á la infeliz: ¿y habré de negarle yo mi perdón? La Virgen la ha recibido en sus brazos como á hija; ¿y yo me acordaré aun de sus culpas? ¡Oh dulce Madre mia, dad paz y descanso en vuestro seno á su alma!

— Con frecuencia despues de comer salia á un terradito que daba vista al jardin y á Roma, y cojiendo el arpa tocábala con tal suavidad y cantaba con tan dulce melodía, que nunca salió tal de los lábios de una jóven; pues libre allí el ánimo y lleno de sentimiento se esparcia expresando mil afectos. Ocurrióle cantar el aria del *Voluntario en los campos lombardos*. Recorria tristemente las cuerdas del instrumento cantando las notas, mientras que un pensamiento tácito y temeroso le representaba á Aser arrojándose con intrepidez en lo mas reñido de la batalla, defendiéndose de un círculo de hulanos, y que mientras derribaba á uno de frente, otro le pasaba el costado con la lanza: veíale caer muerto de la silla, sin que hubiese nadie que le socorriese, le restañase la sangre, y le curase y vendase la herida. En medio de esta lucha entre la imaginacion que la arrastraba y la razon que la reprimia, Elisa sentia correr sus dedos por las cuerdas, por hábito y como por instinto armónico; pero la voz espiró en sus lábios, y quedóse mirando al cielo como enteramente enagenada. La hizo volver de repente en sí una golondrina que volaba á su alrededor tras de una abeja, y le rozó el ala en la cara al mismo tiempo que dió un agudísimo chillido. Elisa se resintió algo, encendiósele el rostro, y como por despecho sacó del arpa un conjunto de notas rápidas desde las cuerdas más agudas hasta las más graves, por medio de caprichosos saltos. En seguida, volviendo los ojos hácia la cúpula de Nues-

tra Señora de Galloro, que sobresale aislada por encima del espeso bosque, y como por expiación de haber estado distraída un momento, cantó acompañándose con el arpa y con suavísimos versos el *¡Virgo singularis! Vitam presta puram, iter para tutum*, subiendo con unos gorjeos tan finos y delicados que apenas hería el aire.

A Bártoio gustábale salir á menudo por la mañana con su hija á caballo, y se complacia viéndola hacer corvetear su montura, blanca yegua española, que caracoleaba de un modo maravilloso y con una ligereza y gracia inconcebibles; y Elisa seguía todos sus movimientos con su cuerpo elástico y gracioso, con tal exactitud que apenas se movía la cola de su vestido de amazona ni la pluma que adornaba su sombrero. Así la llevaba á menudo á paseo por las extensas y floridas playas del lago de Alba, ó por la densa y antiquísima selva de Ferento, ó por Marino hasta la falda del monte de Júpiteracial, y á la Virgen del Tufo y á la abadía de la Gruta Ferrata, para ver y admirar las bellísimas pinturas al fresco del Dominico.—Pero, díjole un día Bártoio, si quieres ver otras pinturas maravillosas, te llevaré por los cerros que se ven encima de la abadía á la quinta de Montalto.

—¡Oh, sí, con mucho gusto, padre mio, respondió Elisa; tengo en efecto un vivo deseo de ver esa quinta, porque á menudo me ha dicho Erminia que el bosque es hermosísimo, sombrío y denso, y que al pié de un altísimo cerro hay una pequeña capilla



dedicada á la Virgen, á la que hacen sombra los árboles con su ramaje. A mas los alumnos de la Propaganda, que van á recrearse allí, el día 8 de Setiembre, iluminan el bosque con faroles redondos y transparentes de diferentes colores suspendidos con cierto orden simétrico en las ramas de los árboles, lo cual produce una hermosísima vista. Después cantan las alabanzas de María Santísima en todas las lenguas del mundo. Díjome mi amiga que el año último (teniendo la casita que hay en el extreme del bosque) fue allí con sus hermanos, y oyó cantar en las lenguas Chinesca, India, Persiana, Curda, Árabe, Cefta, Etiópica, Griega, Armenia, Eslava, y en todas las demas así de Oriente como de Occidente. ¡Qué prodigio, padre miol La Virgen, que todas las entiende, cuánto no se gozará en el cielo oyendo en tantos idiomas sus alabanzas y las de Jesús, que con su divina sangre redimió á todos los pueblos del mundo.

Contóme que entre aquellos padres que instruyen á los alumnos, habia uno que en union con un indiano de Ceilan (1), acompañaba dulcemente con la flauta aquellos cantares, mientras que otro jóven tocaba el piano; lo que aumentaba la dulzura y gracia de la escena en aquel oscuro y silencioso bosque.

---

(1) Era el Sr. Fernando, que era ya Sacerdote y hoy se halla en las Indias.—El que tocaba el piano era el Sr. Reth, que en la actualidad enseña las lenguas orientales en Inglaterra.

Mientras así hablaban, acababan de pasar por los extensos matorrales, y vieron la capilla y la venerada Imágen, contemplando el antiguo cerro y pasando la verja del ancho patio de la quinta. Adelantóse un viejo con ademán algo triste pero cortés, quien después de haberles dado la bienvenida, y pido que deseaban ver las pinturas de las salas del palacio, cogiendo los caballos por las riendas, les ayudó á apearse.

Elisa se detuvo algun tanto mientras se abrían las ventanas para ver la sombra de dos grandes encinas que entretajan sus ramas por encima de dos pequeños bancos, en donde se sientan los alumnos para el rezo; dió vuelta á una fuente que despide á gran altura un surtidor de agua límpida y fresca, que precipitándose en una pila de mármol, vuélve á caer destrenzada en otra pila de mayor ámbito, rodeada de una baranda de hierro. En frente se ve un florido jardín con verdes espalderas y largas filas de naranjos y limoneros, que terminan en una altura cubierta de verde y menuda yerba, cuya eminencia da frente al palacio y le ofrece una vista deliciosa.

Después de haber visto estos amenos sitios entraron en la sala principal, cuyas pinturas todas son obra de Zuccheri, quien á fin de dar más desahogo y espacio á la bóveda, que es algo baja, levantó en las dos paredes algunas esbeltas y ligeras columnas que figuraban sostener un emparrado, dentro del cual por encima de las vides se veían pájaros de to-

das especies, cuyos colores eran tan vivos y naturales como sus actitudes, todo lo cual les hacia parecer vivos y movedizos por entre los pámpanos y las hojas. A mano izquierda se ve el palacio del Sol, obra insigne del Dominiquino, quien pintó el fondo de la bóveda de un vivísimo color anaranjado. Entre los estribos de la misma, asomaban dos medios catallos que con todo el pecho y la cabeza hacia fuera como anhelantes, con los ojos inflamados, las narices hinchadas, los brazos arqueados, dispuestos á arrojarse al aire, muéstranse en acto de elevar por encima del Océano el carro del Sol. Vése la mitad de este, y encima un jóven hermosísimo y luminoso que representa el Sol naciente, el cual se baja algo para refrenar los caballos, despidiendo rayos blancos y encendidos.

En el centro de la bóveda vése el sol en un escorzo admirable, en pié sobre el dorado carro, y los inflamados caballos recorren lo más alto del firmamento pasando rápidos por encima de un grupo de nubes encendidas por el lado del Sol, y cenicientas por el opuesto.

En el otro extremo de la bóveda, en que está figurada la puesta del sol, vése á los caballos hundirse en el Océano, dejando ver apenas las oscuras grupas con la parte posterior del carro y un poco la espalda de Febo, que echando un brazo atrás en el acto de tirar de las riendas, parece que se escapa de la vista.

Esta magnífica quinta fué edificada por el Car-

denal de Montalto, sobrino del Papa Sixto V; y precisamente por esta circunstancia el Cardenal hizo pintar dos inapreciables frescos, en que quiso retratar al Papa Sixto en edad juvenil. En uno de estos retratos el Dominiquino nos lo pinta siendo muchacho boyero, volviendo del campo con su padre delante de los bueyes uncidos al arado. El muchacho era sumamente vivo, y acariciaba á un perro que saltaba por delante.

En el otro retrato estaba representado el Pontífice por un adolescente de unos quince años, que después de la siega meridiana, á causa del cansancio, se había dormido bajo de un frondoso árbol. Figura la hora de la comida: la madre arregla algunos platos; el padre, encima de una piedra, corta el pan; la hermana (que después fué madre del Cardenal), llevaba unas sayas azules, y se inclinaba recogiendo con una mano agua en un límpido arroyuelo, y con la otra sacudiendo al hermano para que despierte y se levante á comer. Aquel sueño es tal dulce, la timidez de la doncella tan suave, y la expresión del padre tan franca y reflexiva á un tiempo, que la vista jamás se cansa de contemplar aquella maravillosa pintura.

Por el otro lado de la sala se entra en la estancia llamada *de la Noche*, pintada por Anibal Caracci. Este extendió un campo azul oscuro, figurando un cielo estrellado, con el joven Hespero en el centro, en el acto de encender dos antorchas en el seno de una ninfa que guía un carro tirado por dos bueyes;

y la otra antorcha encendíala en los dedos de una naciente aurora.

En el lado opuesto, en lo más oscuro de la noche, se ve descender con la cabeza hacia abajo y en un escorso atrevido un Mercurio con su sombrero y sus sandalias aladas, llevando el caduceo en una mano y en la otra una bolsa, como mostrando á los ladrones los caminos del robo, al mismo tiempo que va á conducir las almas de los muertos en los oscuros reinos de Pluton. Alrededor de la estancia corre un friso en que están pintados los símbolos de la noche, y encima está representada la misma noche llevando en brazos el sueño y la muerte.

Las demas estancias fueron pintadas por Zuccheri con grotescos, fantasías y caprichos admirables y raros. Desde los balcones y tribunas de esas mismas estancias, se goza de las más deliciosas vistas y del hermoso espectáculo que ofrecen el Túseulo, las quintas de Aldsbrandini y de Conti, y de otros palacios, jardines, parques, fuentes y profundidades, por entre las cuales llega la vista ya hasta Roma, ya hasta los montes Sabinos, ya al Lacio, hasta el mar que reluce en el horizonte por el lado del Mediodía.

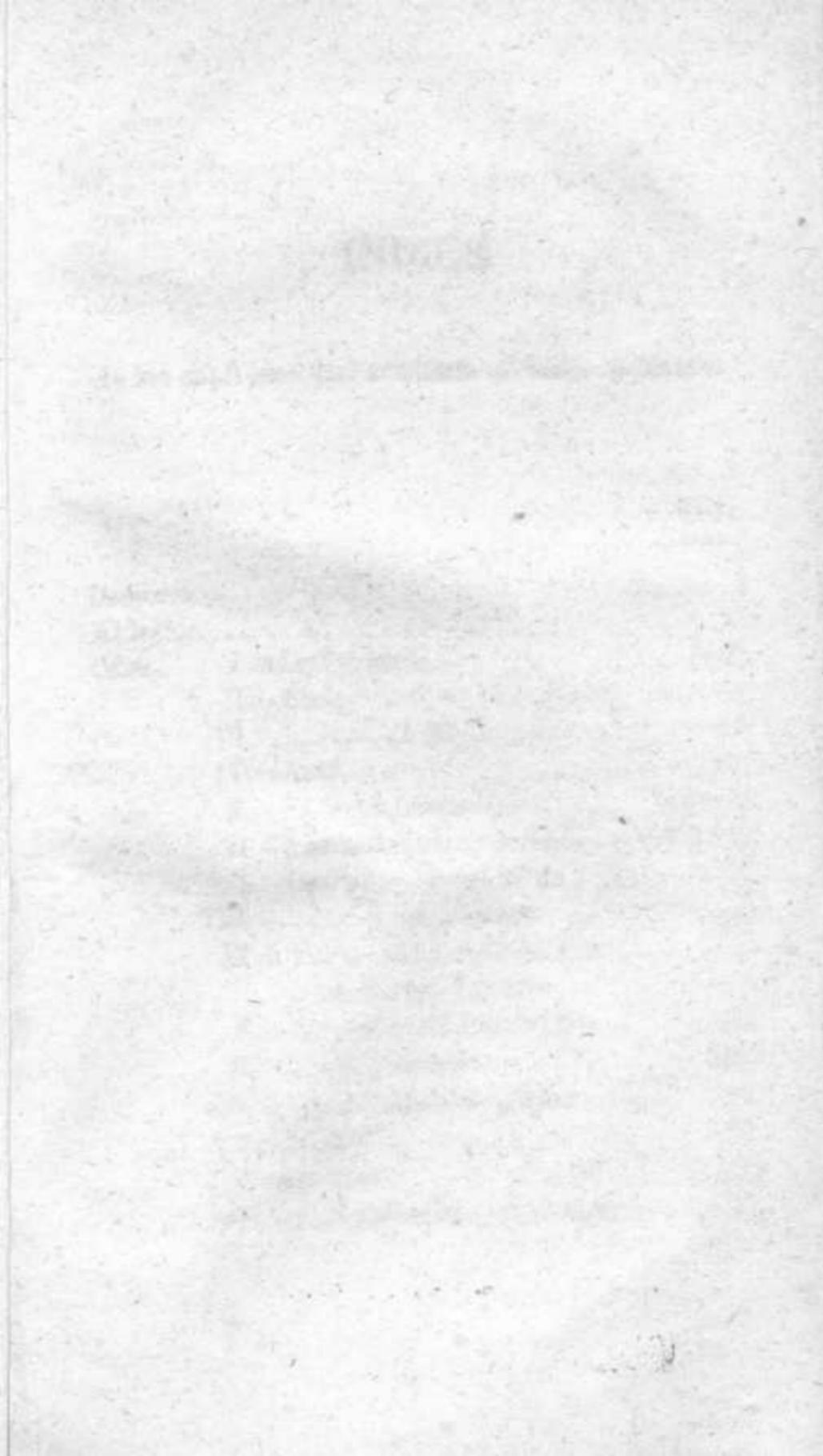
Elisa estaba maravillada viendo tantas bellezas, y no queria separarse de ellas; pero su padre, viendo que era más tarde de lo que creía, quiso volverse á Albano. Así, pues, al salir al patio de la fuente, dijo al portero:

—Observo en vuestra cara que estais algo triste;

¿acaso os ha sucedido alguna desgracia? El anciano contestó:—Señor, este traje seglar que visto es para mí nuevo; precisamente antes de ayer mi superior por amenazas de los conspiradores se vió obligado á salir del colegio y abandonar á sus queridos alumnos. Aquella pequeña estancia al lado de la capilla era la suya. Hé aquí por qué al pasar vos me visteis turbado. ¡Bendita sea la voluntad del Señor! Bártolo le estrechó la mano sin decir una palabra. Elisa lo miró con ojos de lástima; y subiendo luego á caballo, se pusieron de nuevo en camino.

Bártolo observó que Elisa, á pesar de los aires saludables de aquellos sitios, sentia frecuentes ataques de nervios; por lo que se resolvió á llevarla para distraerse hasta Nápoles; pasar el mes de Mayo en Pórtici, el de Junio en Castellamare y todo el de Julio en las hermosas riberas de Sorrento, on donde podria tomar los baños, tan saludables para las afecciones de los nervios y tan útiles para robustecer á los enfermos. Esto fué tan pronto pensado como puesto en ejecucion, y á los tres dias corrian ya con la diligencia hácia Terracina con gran contento de Elisa.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



The first part of the book is devoted to a general introduction to the subject of the history of the world. The author discusses the various theories of the origin of the world and the different views of the progress of human civilization. He also touches upon the religious and philosophical views of the ancients and the moderns. The second part of the book is a detailed account of the history of the world from the beginning of time to the present day. It covers the various civilizations and empires that have flourished on the earth, and the events that have shaped the course of human history. The author's style is clear and concise, and his treatment of the subject is comprehensive and balanced.

The third part of the book is a critical examination of the various theories and views of the history of the world. The author discusses the strengths and weaknesses of the different theories, and offers his own views on the subject. He also discusses the various methods of historical research, and the importance of a sound historical method. The fourth part of the book is a summary of the main points of the history of the world, and a final chapter on the future of the world. The author discusses the various theories of the future of the world, and offers his own views on the subject. The book is a valuable contribution to the history of the world, and is highly recommended to all who are interested in the subject.

The book is written in a clear and concise style, and is highly readable. It is a valuable contribution to the history of the world, and is highly recommended to all who are interested in the subject.

The book is a valuable contribution to the history of the world, and is highly recommended to all who are interested in the subject. It is a clear and concise account of the history of the world, and offers a comprehensive and balanced treatment of the subject. The author's style is clear and concise, and his treatment of the subject is comprehensive and balanced. The book is a valuable contribution to the history of the world, and is highly recommended to all who are interested in the subject.



# INDICE

388	. . . . . D. Silvano. . . . .	XVI
389	. . . . . El casto de Honori.	XVII
390	. . . . . Lois.	XVIII
391	. . . . . Viana y Millan.	XIX
392	. . . . . El alfiler.	XX

## de los capítulos que contiene el tomo primero.

393	. . . . . las mutaciones.	XXII
394	. . . . . El primer de campo.	XXIII
395	. . . . . La carta.	XXIV
396	. . . . . El herido.	XXV
397	. . . . . El campo piamontés.	XXVI

**PÁGS.**

<b>Dedicatoria.</b>	. . . . .	5
<b>Al lector.</b>	. . . . .	25
<b>CAPs.</b>	<b>I.—La Erupcion.</b>	35
	<b>II.—Elisa.</b>	55
	<b>III.—La luna de miel.</b>	77
	<b>IV.—Aser.</b>	107
	<b>V.—El festin campestre.</b>	123
	<b>VI.—Las sociedades secretas.</b>	139
	<b>VII.—Conspiracion del 27 de Julio.</b>	155
	<b>VIII.—Amor y entusiasmo.</b>	179
	<b>IX.—Visita de Su Santidad á la iglesia de San Ignacio.</b>	193
	<b>X.—Barbarina de Interlaken.</b>	205
	<b>XI.—Artes y astucias.</b>	223
	<b>XII.—La fragata San Miguel.</b>	237
	<b>XIII.—Cestío.</b>	257
	<b>XIV.—El arpa.</b>	269
	<b>XV.—A la montaña.—A la marina.</b>	277

	XVI.—D. Silvano. . . . .	293
	XVII.—El café de Bagnoli. . . . .	229
	XVIII.—Lola Montes. . . . .	309
	XIX.—Viena y Milan. . . . .	319
	XX.—El alférez. . . . .	335
	XXI.—Sor Umbellina. . . . .	367
	XXII.—Las murmuraciones. . . . .	387
	XXIII.—El primer descanso. . . . .	393
	XXIV.—La carta. . . . .	405
	XXV.—El herido. . . . .	413
	XXVI.—El campo piamontes. . . . .	435
	XXVII.—Habladurías y mentiras. . . . .	451
	XXVIII.—La Croata. . . . .	467
	XXIX.—El justo medio. . . . .	489
	XXX.—El amor pátrio. . . . .	495
	XXXI.—Felipe. . . . .	519
	XXXII.—Roma. 1.º de Mayo de 1848. . . . .	533
	XXXIII.—Un desengaño. . . . .	559
	XXXIV.—La quinta de Albano. . . . .	571
	VII.—Compañeron del 27 de Julio. . . . .	
	VIII.—Amor y entusiasmo. . . . .	
	IX.—Visita de Su Santidad á la iglesia de San Ignacio. . . . .	
	X.—Barbarina de Intersaken. . . . .	
	XI.—Artes y astucias. . . . .	
	XII.—Casto. . . . .	
	XIII.—El agua. . . . .	
	XV.—A la montaña.—A la marina. . . . .	

**FIN DEL INDICE DEL TOMO PRIMERO.**



Biblioteca Pública de Valladolid

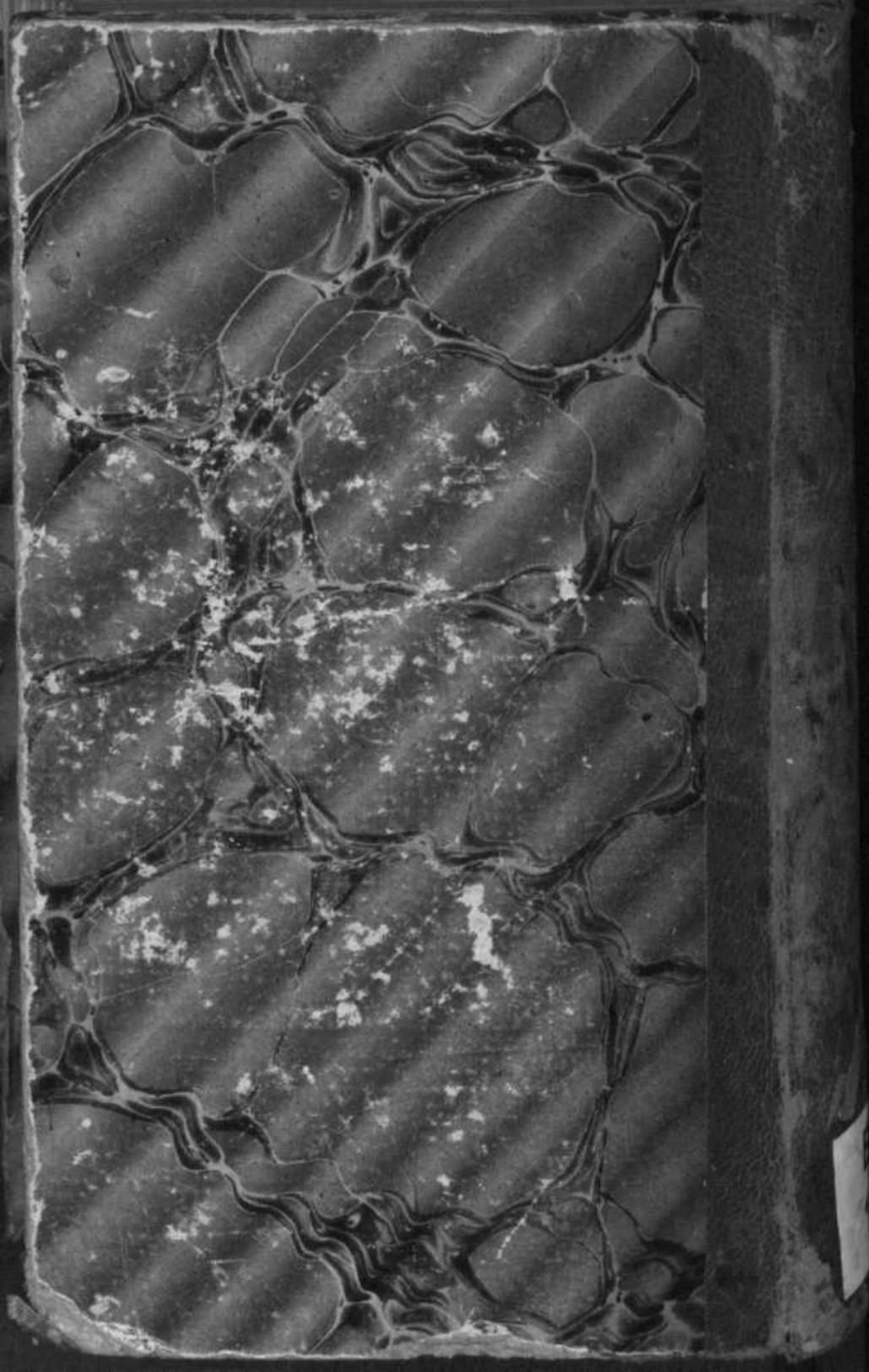


72009576 BPA 1704 (V.1)











EL HERRERO  
DE VERO

**BPA**  
**1704**